

Solo en **Berlín**



Hans
Fallada

«Una obra maestra por fin recuperada.»

The Sunday Telegraph

Lectulandia

Berlín, 1940, la ciudad está dominada por el miedo. Cuando la carterera Eva Kluge llega a casa de los Quangel en el número 55 de la calle Jablonski, con una carta que les anuncia la muerte de su único hijo en un campo de batalla francés, el golpe es terrible, insoportable. Es el principio de la Segunda Guerra Mundial y toda la ciudad, todo el país y pronto media Europa, vive bajo el yugo del régimen de Hitler. Otto y Anna Quangel se plantean entonces si están haciendo todo lo que está en sus manos para luchar contra el Tercer Reich. Sí, son gente corriente, sin ninguna posibilidad frente al régimen nazi, pero ¿realmente se pueden quedar de brazos cruzados cuando la barbarie se ha llevado a lo que más amaban en el mundo? ¿Pueden compartir el mismo silencio cómplice que la inmensa mayoría de la población? Empieza entonces un acto de heroicidad que llevará a Otto a distribuir tarjetas postales de denuncia a Hitler por todo Berlín; y a perseguir al ambicioso inspector de la Gestapo Escherich. Muy probablemente constituye un acto suicida y también un peligroso juego en el que, sea quien sea quien pierda, lo pagará con su propia vida.

Lectulandia

Hans Fallada

Solo en Berlín

ePub r1.1

Ablewhite 10.01.16

Título original: *Jeder stirbt für sich allein*

Hans Fallada, 1947

Traducción: Rosa Pilar Blanco

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

LOS QUANGEL

Capítulo 1

EL CORREO TRAE MALAS NOTICIAS

La cartera Eva Kluge sube despacio los peldaños de la escalera del número 55 de la calle Jablonski. Su lentitud no se debe solo a que la caminata del reparto la ha fatigado, sino también a que su cartera contiene una de esas cartas que odia entregar y tiene que hacerlo dentro de un momento, dos tramos de escaleras más arriba, en el hogar de los Quangel. Seguro que la mujer la aguarda con impaciencia, desde hace más de dos semanas espera recibir una carta oficial del Ejército.

Antes de que la cartera Kluge entregue la carta mecanografiada de los militares, tiene que entregar el *Völkischer Beobachter* en el piso de los Persicke. Él es funcionario del Partido, dirigente político o algo por el estilo, Eva Kluge aún confunde todos esos cargos. Sea como fuere, en casa de los Persicke hay que saludar diciendo «¡Heil Hitler!» y tener mucho cuidado con lo que uno dice. Bueno, la verdad es que hay que tenerlo en todas partes, es raro que haya una persona a la que Eva Kluge pueda decir lo que piensa de verdad. Ella no siente el menor interés por la política, es una mujer sencilla y como tal piensa que no hay que traer hijos al mundo para que los maten de un tiro. Un hogar sin un hombre tampoco vale nada; por el momento ella ya no tiene nada: ni a sus dos hijos ni a su marido. En su lugar debe mantener la boca cerrada, ir con pies de plomo y entregar asquerosas cartas de los militares que no han sido escritas a mano sino a máquina, y cuyo remitente es un oficial del regimiento.

Toca el timbre de los Persicke, dice «¡Heil Hitler!» y entrega su *Völkischer* al viejo borracho que luce en la solapa los emblemas del Partido y del Estado.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunta.

Ella contesta con cautela:

—Y yo qué sé. Creo que Francia ha capitulado. —Y añade deprisa—: ¿Hay alguien en casa de los Quangel?

Persicke no presta atención a su pregunta y abre bruscamente el periódico.

—Aquí lo dice: Francia ha capitulado. ¡Demonios, señorita, y usted me lo suelta como si estuviera vendiendo panecillos! ¡Tiene que soltarlo con más brío! ¡Tiene que decírselo a todos los que no tienen radio, eso convencerá a los últimos derrotistas! ¡También ganaremos la segunda guerra relámpago, y en un santiamén nos plantaremos en Inglaterra! ¡Los *Tommy* s serán liquidados en tres meses, y entonces verán la vida que nos depara nuestro Führer! ¡Entonces sangrarán los otros y nosotros seremos los amos del mundo! ¡Pasa, muchacha, toma un aguardiente conmigo! ¡Amalie, Erna, August, Adolf, Baldur, venid todos! ¡Hoy haremos fiesta, hoy no se trabaja! ¡Para empezar nos remojaremos el gaznate, y esta tarde haremos una visita a

la vieja judía del cuarto, y esa cerda tendrá que darnos café y pastel! ¡Os digo que la vieja lo hará, ahora que Francia ha mordido el polvo, ahora ya no tendré compasión! ¡Ahora somos los amos del mundo y todos tienen que inclinarse ante nosotros!

Mientras el señor Persicke, rodeado de su familia, se desfoga con declaraciones cada vez más excitadas y se echa al colete las primeras copas, la cartera sube al piso de arriba y toca el timbre de los Quangel. Lleva la carta en la mano, dispuesta a marcharse en el acto. Pero tiene suerte; no abre la mujer, que casi siempre cruza unas palabras amables con ella, sino el marido, de rostro severo, parecido a un pájaro, boca de labios delgados y ojos fríos. Recoge la carta sin decir palabra y le da con la puerta en las narices, como si fuera una ladrona frente a la cual es preciso tomar precauciones.

Pero Eva Kluge se limita a encogerse de hombros y vuelve a bajar la escalera. Algunas personas son así; en el tiempo que lleva repartiendo el correo en la calle Jablonski, el hombre todavía no le ha dicho ni una sola palabra, ni siquiera «Heil Hitler» o «Buenos días», a pesar de que también él, ella lo sabe, tiene un cargo en el Frente del Trabajo. Bueno, qué más da, ella no puede cambiarlo, si ni siquiera ha podido cambiar a su propio marido, que malgasta su dinero en las tabernas y en las apuestas y que solo se deja caer por casa cuando está sin blanca.

Con la agitación, en el piso de los Persicke han dejado la puerta abierta, de la vivienda sale ruido de copas y alboroto de los que celebran el triunfo. La cartera cierra la puerta con cuidado y continúa el descenso mientras piensa que, en el fondo, eso es una buena noticia, pues con la rápida victoria sobre Francia la paz está más cerca. Llegado ese momento, sus dos chicos regresarán.

Pero la inquietante sensación de que entonces mandarán personas como los Persicke enturbia esas esperanzas. Tener a ese tipo de gente como amos y verse uno obligado a mantener siempre la boca cerrada, a no poder decir nunca lo que sientes, tampoco le parece correcto.

De pasada recuerda también al hombre de fría cara de buitre al que acaba de entregar el correo del Ejército, y a la vieja judía Rosenthal del cuarto piso, a cuyo marido se llevó la Gestapo hace dos semanas. Qué pena le da esa mujer. Antes los Rosenthal tenían una lencería en la avenida Prenzlauer. Después la tienda fue «arianizada^[1]» y ahora se han llevado al marido, que debe de rondar los setenta años. Seguro que los dos viejos nunca han hecho mal a nadie, siempre fiaban, incluso a Eva Kluge cuando no tenía dinero para la ropa de los niños, y el género de los Rosenthal tampoco era peor o más caro que el de otras tiendas. No, a Eva Kluge no le cabe en la cabeza que un hombre como Rosenthal sea peor que los Persicke únicamente por ser judío. Y ahora esa anciana de arriba está en su piso más sola que la una y ya no se atreve a salir a la calle. Solo cuando oscurece hace sus compras luciendo la estrella judía, seguramente pasa hambre. No, piensa Eva Kluge, aunque vencamos diez veces a Francia, la situación entre nosotros no es justa...

Ya ha llegado al próximo edificio donde continuará la entrega.

Entretanto el jefe de taller Otto Quangel ha entrado en la salita con la carta de los militares y la ha depositado encima de la máquina de coser.

—Aquí tienes —se limita a decir.

Siempre cede a su mujer el privilegio de abrir esas cartas, porque sabe el apego que siente por Otto, su único hijo. Ahora él está delante de ella, con el delgado labio inferior entre los dientes, esperando ver ese resplandor de alegría en el rostro femenino. Siente un amor lacónico, callado, exento de ternura, por esa mujer.

Ella abre de prisa la carta y durante un instante su rostro resplandece, pero en cuanto ve el texto escrito a máquina se apaga. Su expresión se torna medrosa, lee más despacio, como si tuviera miedo de la palabra siguiente. El hombre se inclina hacia delante y saca las manos de los bolsillos. Ahora sus dientes presionan con fuerza el labio inferior, presiente la desgracia. En la habitación reina un silencio completo. De improviso, la respiración de la mujer se torna jadeante.

De repente profiere un grito suave, un sonido que su marido jamás ha oído. Su cabeza se desploma hacia delante, golpea primero contra los carretes de la máquina de coser y se hunde entre los pliegues de la labor de costura, ocultando la funesta misiva.

En dos zancadas Quangel se sitúa detrás de ella. Con una celeridad poco usual en él, coloca sobre la espalda femenina su mano grande, deformada por el trabajo. Nota que a su mujer le tiembla todo el cuerpo.

—¡Anna! —exclama—. ¡Anna, por favor! —Espera un momento y después se atreve a añadir—: ¿Le ha pasado algo a Otto? ¿Está herido? ¿Es grave?

El cuerpo de la mujer continúa temblando, pero ningún sonido brota de sus labios. No hace ademán de levantar la cabeza y mirarlo.

Él baja la vista hacia la raya del pelo de su mujer, que tan rala se ha vuelto en los años que llevan casados. Ahora son viejos; si a su hijo Otto le ha sucedido algo, ella ya no tendrá a nadie a quien querer, salvo a él, y siempre siente que no hay mucho digno de amar en él. Nunca es capaz de decirle con palabras lo mucho que la quiere. Incluso ahora es incapaz de acariciarla, de manifestarle una leve muestra de ternura, de consolarla. Se limita a colocarle su pesada mano sobre la raya del pelo que clarea, la obliga suavemente a alzar la cabeza hacia su rostro, y pregunta a media voz:

—¿Qué dicen esos, me lo cuentas, Anna?

Pero a pesar de que los ojos de la mujer están cerca de los suyos, ella no lo mira, sino que los mantiene cerrados con fuerza. Su rostro ostenta una palidez amarillenta, su sempiterna frescura ha desaparecido. También la carne sobre los huesos parece completamente consumida, es como si estuviera contemplando una calavera. Solo las mejillas y la boca tiemblan, igual que el resto del cuerpo, sacudido por un misterioso temblor interno.

Mientras Quangel contempla ese rostro familiar, ahora tan desconocido, mientras siente que su corazón late cada vez con más fuerza, mientras percibe su total incapacidad para brindarle un poco de consuelo, le invade un hondo temor. En

realidad, un temor ridículo ante el profundo dolor de su mujer, el temor a que ella empiece a gritar, mucho más alto y salvaje de lo que acaba de hacer. A él siempre le ha gustado el silencio, nadie del edificio debía enterarse de nada sobre los Quangel. Y mucho menos expresar sentimientos: ¡no! Incluso aterrado, el hombre solo es capaz de repetir la frase que acaba de pronunciar: «¿Qué dicen esos, me lo cuentas, Anna?».

La carta está abierta, pero él no se atreve a cogerla. Eso le exigiría soltar la cabeza de su mujer, y sabe que esa cabeza, cuya frente luce ya dos manchas de sangre, volvería a caer golpeándose contra la máquina. Sobreponiéndose, pregunta de nuevo:

—¿Qué le ha pasado a Ottito?

Es como si ese apelativo cariñoso, raramente utilizado por el hombre, devolviera a la mujer a esta vida desde su mundo de dolor. Traga saliva un par de veces, incluso abre los ojos, siempre tan azules y ahora descoloridos.

—¿A Ottito? —susurra ella—. ¿Qué va a haberle pasado? Nada, ya no existe Ottito, ¡eso es todo!

«¡Oh!», se limita a decir el hombre, un «¡oh!» profundo procedente de los abismos de su corazón. Sin darse cuenta, suelta la cabeza de su mujer y coge la carta. Sus ojos contemplan fijamente las líneas sin conseguir leerlas todavía.

Entonces su mujer le arranca la misiva de la mano. Su voz cambia bruscamente, enfurecida la rompe en pedazos, en pedacitos, en trocitos, mientras le reprocha de manera atropellada:

—¿Es que encima piensas leer esa mierda, esas asquerosas mentiras que les escriben a todos? ¿Que ha muerto como un héroe, por su Führer y por su patria? ¿Que fue un soldado y un camarada modélico? ¿Vas a dejar que te cuenten todo eso cuando los dos sabemos que lo que más le gustaba a Ottito era manipular su radio y que lloró cuando lo obligaron a alistarse? ¡Cuántas veces me dijo durante su época de recluta lo malos que eran allí, y que preferiría perder su mano derecha con tal de librarse de ellos! ¡Y ahora es un soldado modelo que ha muerto como un héroe! ¡Mentiras, todo mentiras! ¡Pero eso lo habéis provocado vosotros con vuestra guerra de mierda, tú y tu Führer!

Se ha colocado delante de él, es más baja, pero sus ojos relampaguean de ira.

—¿Yo y mi Führer? —murmura el hombre abrumado por el ataque—. ¿Cómo es que de pronto es *mi* Führer? Si ni siquiera estoy en el Partido, solo en el Frente del Trabajo, y ahí la afiliación es obligatoria. Y votarlo lo hemos votado siempre los dos, y tú también tienes un puesto en la Organización de Mujeres.

Él es lento y prolijo hablando, no tanto para defenderse como para esclarecer los hechos. Aún no comprende cómo su mujer ha descargado ese súbito ataque contra él. Si siempre han estado de acuerdo en todo...

Pero ella dice con tono acalorado:

—¿Para qué eres el hombre de la casa y decides todo, y todo tiene que ser como tú crees, y cuando quiero tener tan solo un simple trozo del sótano para las patatas de invierno resulta que tiene que ser como tú quieres y no como quiero yo? ¿Y en un

asunto tan importante decidiste mal? Claro, tú eres una mosquita muerta, solo deseas estar tranquilo y no llamar la atención. Hiciste lo que todos hacían y cuando gritaron: «¡Führer, ordena y nosotros obedeceremos!», tu corriste detrás como un borrego. ¡Y nosotros tuvimos que seguirte! Pero ahora mi Ottito está muerto y ni tú ni ningún Führer del mundo volveréis a traerlo conmigo.

Él escucha sin interrumpirla. Nunca ha sido hombre de discusiones, y además percibe que el dolor habla por su boca. Casi se alegra de que se enfade con él, de que aún no dé rienda suelta a su pena. Como respuesta a esas acusaciones se limita a decir:

—Alguien tendrá que decírselo a Trudel.

Trudel es la novia de Otto, casi su prometida; Trudel llama a sus futuros suegros papá y mamá. Por la tarde los visita con frecuencia, incluso ahora que Otto está ausente, y charla con ellos. Durante el día trabaja en una fábrica de uniformes.

La mención de Trudel suscita inmediatamente en Anna Quangel otros pensamientos. Tras una mirada al reluciente reloj de pared, pregunta:

—¿Llegarás antes de que empiece tu turno?

—Hoy me toca de una a once —le informa—. Llegaré.

—Bien —contesta su mujer—. Entonces, ve, pero dile solamente que se pase esta tarde por aquí, no le digas nada de Ottito. Quiero contárselo yo misma. Tu comida estará lista a las doce.

—Bien, le diré que pase esta tarde por casa —dice, pero no se marcha todavía, sino que escudriña su cara enferma, de una palidez amarillenta.

Ella le devuelve la mirada, y durante un momento ambos se observan en silencio, dos personas que llevan juntas casi treinta años, siempre en armonía, él taciturno y callado, ella infundiendo un soplo de vida a la casa.

Pero por mucho que se miren, no tienen nada que decirse. Así que se despide con una inclinación de cabeza y se marcha.

Ella oye cerrarse la puerta de entrada. Y en cuanto tiene la certeza de que se ha marchado, retorna a la máquina de coser y recopila los trocitos de la funesta carta de los militares. Intenta recomponerla, pero enseguida comprende que eso requeriría demasiado tiempo; ante todo tiene que preparar la comida para su marido. Así que guarda con sumo cuidado los trocitos en el sobre, y lo mete en su misal. Por la tarde, cuando Otto se haya marchado de verdad, tendrá tiempo de ordenar y pegar los trocitos. Aunque no se trate más que de estúpidas, asquerosas mentiras, es lo último que queda de Ottito. Ella lo conservará a pesar de todo y se lo enseñará a Trudel. Quizá entonces pueda llorar, ahora su corazón aún es pasto de las llamas. ¡Qué bueno sería poder llorar!

Sacude furiosa la cabeza y se encamina hacia el fogón.

Capítulo 2

LO QUE BALDUR PERSICKE TENÍA QUE DECIR

Cuando Otto Quangel pasó frente a la vivienda de los Persicke, brotaban de ella clamorosos aplausos mezclados con gritos de «Sieg Heil». Quangel apresuró el paso para no tener que toparse con ninguno de ellos. Llevaban diez años viviendo en el mismo edificio, pero Quangel había procurado desde siempre no coincidir jamás con los Persicke, incluso cuando este era todavía un modesto tabernero sin blanca. Ahora se habían convertido en gente importante, el viejo tenía un sinfín de cargos en el Partido y los dos hijos mayores pertenecían a las SS; al dinero parecían no darle la menor importancia.

Mayor motivo para mostrarse precavido con ellos, porque todos los que estaban en la misma situación tenían que conservar sus simpatías en el Partido, y eso solo era posible trabajando para el Partido. Pero trabajar significaba delatar a otros, por ejemplo comunicar: Fulano o Mengano ha escuchado una emisora extranjera. Por eso Quangel habría preferido embalar hace mucho las radios del cuarto de Otto y depositarlas en el sótano. En estos tiempos en que todos se espiaban, cualquier precaución era poca, la Gestapo mantenía su mano encima de todos, el campo de concentración de Sachsenhausen cada vez era más grande y la guillotina de la prisión de Plötzensee tenía trabajo todos los días. Quangel no necesitaba radio, pero su mujer se opuso a retirarla. Opinaba que aún tenía validez el viejo dicho: una conciencia limpia es la mejor almohada. Todo eso hacía ya mucho que carecía de valor, si es que alguna vez lo había tenido.

Así pues, Quangel, sumido en estos pensamientos, bajó más deprisa las escaleras y, tras cruzar el patio, salió a la calle.

En casa de los Persicke gritaban tanto porque Baldur, la lumbrera de la familia, que ahora iba al instituto y que, si su padre lo conseguía con sus relaciones, incluso ingresaría en una Napola^[2], ha encontrado una foto en el *Völkischer Beobachter*. En ella aparecen el Führer y Göring, el mariscal del Reich, y debajo se lee: «Recibiendo la noticia de la capitulación de Francia». Y así es como se ve a los dos en la foto: Göring exhibe una sonrisa de oreja a oreja en su cara obesa, y el Führer se palmea los muslos de satisfacción.

Los Persicke también se alegran y ríen como los de la imagen, pero Baldur, el lumbreras, pregunta:

—¿Es que no veis nada especial en esa fotografía?

Los demás lo miran expectantes, tan convencidos están de la superioridad intelectual de ese chico de dieciséis años que ninguno se atreve a aventurar la menor suposición.

—¡Vamos! —exclama Baldur—. ¡Pensad un poquito! La foto la ha hecho un fotógrafo de prensa. ¿Acaso él estaba presente cuando llegó la noticia de la capitulación? Esta debió de llegar por teléfono o por un correo o quizá incluso a través de un general francés, y la imagen no trasluce nada de eso. Los dos están completamente solos en el jardín muy alegres...

Los padres y los hermanos de Baldur siguen sentados en silencio, mirándolo fijamente. Sus rostros casi parecen alhelados por la atención tensa. Lo que más le gustaría ahora al viejo Persicke es echar otro trago de aguardiente, pero mientras Baldur esté hablando no se atreve. Sabe por experiencia que Baldur puede volverse muy desagradable cuando no se brinda la debida atención a sus disertaciones políticas.

El hijo, entretanto, continúa:

—Así que la foto está preparada, no se ha tomado cuando llegó la noticia de la capitulación, sino unas horas antes o quizá incluso el día siguiente. Y ahora, fijaos en la alegría del Führer, hasta se palmea los muslos de alegría. ¿Creéis que un gran hombre como el Führer seguiría alegrándose tanto de una noticia así al día siguiente? Ese lleva ya mucho tiempo pensando en Inglaterra y en cómo engañar a los *Tommy s.* Noo, la foto es una pantomima de principio a fin, empezando por la toma hasta las palmadas. ¡Es decir, ha engañado a los tontos con falsas apariencias!

Ahora los suyos miran a Baldur como si ellos fueran los tontos y los engañados. De no haberlo hecho Baldur, habrían denunciado ante la Gestapo a cualquiera por ese comentario.

Pero Baldur prosigue:

—¿Lo veis? Esto es lo grande de nuestro Führer: no deja que nadie adivine sus planes. Ahora todos piensan que se alegra de su victoria en Francia y, sin embargo, quizá ya está reuniendo los barcos para invadir la isla. ¿Lo veis? Eso es lo que tenemos que aprender de nuestro Führer: ¡no necesitamos revelar a todo el mundo quiénes somos y qué nos proponemos! —Los demás asienten con vehemencia con la cabeza; por fin creen haber comprendido adónde quiere llegar Baldur—. Sí, sí, vosotros asentís —continúa Baldur irritado—, pero os comportáis de manera completamente distinta. No hace ni media hora he oído decir a papá delante de la cartera que la vieja Rosenthal, la que vive arriba, nos tendrá que invitar a café y pastel...

—¡Y qué, esa vieja cerda judía! —replica su padre, pero con un tono de disculpa en la voz.

—Bueno, sí —reconoce el hijo—, si alguna vez le sucede algo, no harán mucho ruido por ella. Pero ¿para qué contárselo a la gente? La seguridad es la seguridad. Fíjate en el hombre que vive encima de nosotros, ese tal Quangel. A él no le sacarás una sola palabra y, sin embargo, estoy seguro de que ve y oye todo, y de que tendrá un lugar donde notificarlo. Como ese denuncie algún día que los Persicke no pueden mantener la boca cerrada, que no te puedes fiar de ellos, que no son de confianza,

estamos perdidos. Tú al menos, padre, seguro, y yo no moveré un dedo para sacarte del campo de concentración, de las cárceles de Moabit o de Plötze o de dondequiera que estés.

Todos callan, y hasta una persona tan engreída como Baldur se percata de que ese silencio no significa aprobación unánime. Así que añade rápidamente para ganarse al menos a sus hermanos:

—Todos queremos llegar un poco más alto que papá, y ¿cómo lo conseguiremos? ¡Gracias al Partido! Por eso tenemos que comportarnos igual que el Führer: engañar a los tontos con falsas apariencias, simular que somos amables y después, en secreto, cuando nadie sospeche nada, asunto liquidado y a esfumarse. En el Partido tienen que decir: ¡Con los Persicke se puede contar para todo, para todo!

Contempla de nuevo la foto con Göring y Hitler riendo, hace una breve inclinación de cabeza y sirve aguardiente, en señal de que su disertación política ha terminado.

—No te pongas de morros, papá, solo porque te haya dicho cuatro verdades —arguye.

—Solo tienes dieciséis años y eres mi hijo —empieza a decir el viejo, todavía ofendido.

—Y tú eres mi viejo, te he visto borracho demasiadas veces como para que sigas infundiéndome respeto —contesta deprisa Baldur Persicke ganándose con ello a todos, incluso a su madre, continuamente atemorizada—. Nooo, papá, déjalo, algún día viajaremos en coche propio y tú podrás beber champán a diario hasta que revientes.

El padre intenta replicar, esta vez contra el champán, que no aprecia tanto como su aguardiente de trigo. Pero Baldur baja la voz y continúa deprisa:

—Tú no tienes tan malas ideas, padre, aunque no deberías discutir las con nadie, salvo con nosotros. Con la Rosenthal quizá se pueda hacer algo, y más que café y pastel. Déjame pensarlo, hay que manejar el asunto con cuidado. A lo mejor también otros se huelen la tostada, y puede que gocen de más simpatías que nosotros.

Su voz baja de tono hasta volverse casi inaudible. Baldur Persicke ha vuelto a conseguirlo, se ha ganado a todos, incluso al padre, que al principio estaba amoscado. Así que exclama:

—¡Brindo por la capitulación de Francia! —Y como al mismo tiempo ríe y se palmea los muslos, los demás se dan cuenta de que en realidad se refiere a algo muy distinto, concretamente a la vieja Rosenthal.

Todos alborotan a la vez y brindan y trasiegan bastantes copas de aguardiente, una detrás de otra. Pero el viejo tabernero y sus hijos también resisten lo suyo.

Capítulo 3

UN HOMBRE LLAMADO BARKHAUSEN

El jefe de taller Quangel sale a la calle y delante del portal se topa con Emil Barkhausen. Por lo visto, la única profesión de Emil Barkhausen consiste en pararse siempre en cualquier sitio donde haya algo que ver u oír. La guerra, que ha impuesto en todas partes el servicio y el trabajo obligatorios, no ha cambiado un ápice esta situación: Emil Barkhausen continúa ocioso.

Allí está, una figura alta y flaca con un traje muy raído, mirando malhumorado la calle Jablonski, casi vacía de gente a esa hora. Al divisar a Quangel, se pone en marcha y se aproxima a él con la mano tendida.

—¿Adónde va, Quangel? —pregunta—. Porque esta no es su hora de ir a la fábrica, ¿verdad?

Quangel pasa por alto la mano del otro y murmura casi incomprensiblemente:

—Tengo prisa.

Sigue caminando hacia la avenida Prenzlauer. ¡Menudo pesado! ¡Lo que le faltaba!

Pero este no se da por vencido tan fácilmente. Con una risita exclama:

—¡Pues llevamos el mismo camino, Quangel! —Y cuando el otro, mirando empecinado hacia delante, reanuda la marcha, añade—: Es que el doctor me ha prescrito ejercicio contra el estreñimiento, y andar sin más de un lado para otro me aburre.

Entonces comienza a describir con todo detalle todo lo que ha hecho para combatir su estreñimiento. Quangel no le presta atención. Le preocupan dos ideas que se suceden alternativamente: que ha perdido a su hijo y que Anna le ha espetado: tú y tu Führer. Quangel lo reconoce: él nunca ha querido al chico como un padre debe querer a su hijo. Desde su nacimiento consideró al niño un estorbo que perturbaba su tranquilidad y sus relaciones con su esposa. Si ahora siente dolor, es porque piensa con preocupación en Anna, en cómo asumirá esa muerte, en todos los cambios que implicará. ¡Anna ya le ha soltado: tú y tu Führer!

No es verdad. Hitler no es su Führer, o al menos no más de lo que lo es de Anna. Cuando su pequeño taller de carpintería quebró en 1930, ellos siempre estuvieron de acuerdo en que el Führer había arreglado las cosas. Después de cuatro años de paro, en 1934 se había convertido en jefe de taller de una gran fábrica de muebles y ahora traía a casa cuarenta marcos semanales. Con eso se las apañaban bien. Eso había ocurrido gracias al Führer, él había vuelto a poner en marcha la economía. Ellos siempre habían estado de acuerdo en eso.

Aún así no habían ingresado en el Partido. En primer lugar, les pesaba la cuota, a

uno ya lo sangraban por los cuatro costados, había que dar para la Organización de Ayuda Invernal, para todas las colectas habidas y por haber, para el Frente del Trabajo. Sí, en el Frente del Trabajo también le habían asignado un pequeño cargo en la fábrica, y precisamente esa era la otra razón por la que ninguno de los dos había ingresado en el Partido. Porque él veía cada dos por tres cómo ellos establecían continuas diferencias entre los compatriotas y los miembros del Partido. Para ellos incluso el peor miembro del Partido valía más que el mejor compatriota. Una vez afiliado, podías permitirte todo: era difícil que te pasase algo. Ellos lo denominaban: lealtad por lealtad.

Pero el jefe de taller Otto Quangel era partidario de la justicia. Para él todas las personas eran iguales, con independencia de que estuviesen en el Partido o no. Continuamente tenía que presenciar en el taller cómo a uno le hacían pagar muy duro un pequeño error en una pieza mientras que a otro le permitían entregar una chapuza tras otra, lo cual reavivaba siempre su furia. Colocaba los dientes sobre el labio inferior y lo mordía iracundo... ¡si hubiera podido, hace mucho que se habría librado también de ese puestecito en el Frente del Trabajo!

Anna lo sabía de sobra, por eso no habría debido pronunciar nunca esas palabras: tú y tu Führer. Además para Anna todo había sido muy diferente, ella había asumido de manera totalmente voluntaria su puesto en la Organización de Mujeres, no se había visto obligada como él. Por Dios, sí, él comprendía bien cómo ella había llegado a eso. Durante una parte de su vida había sido sirvienta, primero en el campo, después allí, en la ciudad, durante una parte de su vida había tenido que sudar y obedecer órdenes. En su matrimonio tampoco había tenido mucho que decir, no porque él fuera un tirano, sino porque todo tenía que girar en torno a él, que era el que ganaba el dinero.

Pero ahora ella tenía ese puesto en la Organización de Mujeres, y aunque también allí recibía sus órdenes de arriba, tenía un montón de chicas, mujeres y hasta damas por debajo de ella, a las que ahora daba órdenes. Sencillamente le gustaba cuando descubría a una de esas holgazanas inútiles con las uñas pintadas de rojo y podía enviarla a una fábrica. Si de alguno de los Quangel podía decirse una palabra como «tú y tu Führer», era en primer lugar de Anna.

Claro, claro, también ella había encontrado pegas hacía mucho, y se había dado cuenta, por ejemplo, de que a alguna de esas señoritingas elegantes no se las podía enviar sin más a trabajar, porque tenían amigos demasiado buenos en las alturas. O la enfadaba que en el reparto de ropa interior caliente siempre les tocase el turno a los mismos, que eran precisamente los del carné del Partido. Anna también opinaba que los Rosenthal eran personas decentes que no se habían merecido un destino semejante, pero no por ello se le pasaba por la cabeza renunciar a su puesto. Hacía poco había dicho que el Führer no tenía ni idea de las marranadas que cometía su gente ahí abajo. El Führer no podía saberlo todo y su gente simplemente le mentía.

Pero ahora acaban de comunicarles la muerte de Ottito, y Otto Quangel percibe

con inquietud la profunda alteración que eso iba a provocar de ahora en adelante.

Ve ante él el rostro descompuesto de su mujer, de una palidez amarillenta, y vuelve a escuchar la acusación que le hizo. Va por la calle a una hora completamente desacostumbrada, con el tal Barkhausen al lado, esta noche Trudel vendrá a verlos, habrá lágrimas, conversaciones interminables... y a él, Otto Quangel, le encanta la vida en armonía, una jornada siempre rutinaria que a ser posible no traiga sobresaltos especiales. Para él los domingos constituyen casi una molestia. Y ahora todo se confundirá durante un tiempo y seguramente Anna no volverá a ser nunca la que fue. Ese «tú y tu Führer» había brotado de lo más hondo de ella. Eso había sonado a odio.

Tiene que meditar todo eso con detenimiento, pero Barkhausen se lo impide. Ahora ese tipo dice:

—Al parecer han recibido una carta del Ejército que por lo visto no ha sido escrita por su Otto.

Quangel clava en el otro sus penetrantes ojos oscuros y masculla:

—¡Chismoso!

Pero como no quiere discutir con nadie, ni siquiera con un don nadie como el inútil de Barkhausen, añade medio a disgusto:

—La gente chismorrea demasiado.

Emil Barkhausen no se siente ofendido, a él no se le ofende tan fácilmente, y asiente solícito:

—¡Cuánta razón tiene, Quangel! ¿Por qué la tal Kluge, esa cartera mosquita muerta, no puede mantener el pico cerrado? Pues no señor, enseguida tiene que contárselo a todos: Los Quangel han recibido del frente una carta escrita a máquina. ¡Si basta con que cuente que Francia ha capitulado! —Hace una pequeña pausa, y después, bajando la voz y en un tono completamente desacostumbrado, compasivo, añade—: ¿Está herido, desaparecido o...?

Enmudece. Pero Quangel —tras un prolongado silencio— responde solo de manera indirecta a la pregunta del otro:

—¿Así que Francia ha capitulado? Bueno, ojalá lo hubieran hecho un día antes, pues en ese caso mi Otto aún viviría...

Barkhausen responde con animación ostentosa:

—Sin embargo, Francia se ha rendido tan de prisa gracias a la muerte como héroes de millares y millares de hombres. Por eso siguen ahora con vida muchos millones. ¡Como padre debe sentirse orgulloso de semejante sacrificio!

—¿Los suyos todavía son demasiado pequeños para ir al frente, vecino? —pregunta Quangel.

Barkhausen replica casi ofendido:

—¡De sobra lo sabe usted, Quangel! Pero si todos murieran a la vez, por una bomba o algo así, yo me sentiría orgulloso de eso. ¿Acaso no me cree, Quangel?

Pero el jefe de taller, en lugar de responder a esa pregunta, piensa: yo no seré un buen padre ni habré querido a Otto todo lo que debía... pero para ti tus chavales no

son más que una carga. ¡Por supuesto que pienso que te alegrarías de librarte de todos a la vez por una bomba, lo creo a pie juntillas!

Pero se lo calla, y Barkhausen, harto ya de esperar una respuesta, dice:

—Piénselo, Quangel, primero los Sudetes, Checoslovaquia y Austria, ahora Polonia y Francia... ¡vamos a ser el pueblo más rico del mundo! ¿Qué importan unos cientos de miles de muertos? ¡Todos seremos ricos!

Quangel responde con inusual rapidez:

—¿Y qué haremos con la riqueza? ¿Es comestible? ¿Dormiré mejor cuando sea rico? ¿Dejaré de ir a la fábrica cuando sea un hombre rico? ¿Qué haré entonces todo el día? Nooo, Barkhausen, yo no quiero ser rico, y de este modo menos aún. ¡Esa riqueza no vale un solo muerto!

Entonces Barkhausen agarra a Quangel por el brazo, sus ojos echan chispas y lo sacude mientras susurra a toda prisa:

—¿Cómo puedes hablar así, Quangel? ¿Sabes que por esta crítica puedo mandarte al campo de concentración? ¡Acabas de ofender gravemente a nuestro Führer! ¿Qué pasaría si yo fuera uno de esos soplonos y te denunciase...?

Quangel se asusta de sus propias palabras. Ese asunto de Otto y Anna ha debido de sacarlo de sus casillas mucho más de lo que pensaba, de otro modo no habría abandonado su cautela innata, siempre vigilante. Pero el otro no percibe su temor. Con sus fuertes manos de obrero, Quangel libera su brazo de la floja presa del hombre mientras replica con lentitud e indiferencia:

—¿A qué viene tanta agitación, Barkhausen? ¿Qué he dicho que usted pueda denunciar? No he dicho nada de nada. Estoy triste porque mi hijo Otto ha caído y mi mujer está muy apenada. ¡Puede usted denunciarlo cuando se le antoje, hágalo si quiere! Lo acompañaré ahora mismo y confirmaré sus palabras.

Pero mientras Quangel habla con tan inusual elocuencia, en su fuero interno se dice: ¡Me juego el cuello a que este Barkhausen es un soplón! Otro más con el que hay que andarse con cuidado. ¿Y con quién no? Tampoco sé cómo acabará Anna...

Entretanto, han llegado a la puerta de la fábrica. Quangel, sin tenderle la mano a Barkhausen, se despide:

—Bueno, adiós. —Y se dispone a entrar.

Pero Barkhausen lo retiene, agarrándolo por la chaqueta, y susurra:

—Vecino, no volveremos a hablar de lo sucedido. No soy un confidente ni quiero provocar la desgracia de nadie. Pero ahora hazme un favor: he de darle algo de dinero para comida a mi mujer y no llevo en el bolsillo ni un céntimo. Los niños aún no han comido nada hoy. Préstame diez marcos, te aseguro que te los devolveré el viernes que viene, ¡palabra!

Quangel vuelve a liberarse de la presa del otro igual que antes. ¡De modo que eres de esos, así es como te ganas tu dinero!, se dice. No pienso darle ni un marco, o creerá que le tengo miedo y no me soltará nunca más.

—Solo llevo a casa treinta marcos semanales y necesito hasta el último céntimo

—contesta en voz alta—. No puedo darte dinero.

Y sin una palabra o una mirada más cruza la puerta del patio de la fábrica. El portero lo conoce y lo deja pasar sin más preguntas.

Barkhausen, en la calle, lo mira de hito en hito mientras medita sus próximos pasos. Lo que más le gustaría es denunciar a Quangel ante la Gestapo, por eso simplemente le caerían unos cuantos cigarrillos. Pero será mejor que no lo haga. Hoy ha actuado con demasiada ligereza, habría debido dejar que Quangel se desahogase con libertad; tras la muerte de su hijo, el hombre estaba en el estado de ánimo apropiado para ello.

Se ha equivocado al juzgar a Quangel, ese no se deja apabullar. Hoy en día la mayoría de la gente tiene miedo, en realidad todos, porque todos hacen algo prohibido alguna vez y temen que alguien se entere. Solo hay que sorprenderlos en el momento adecuado para tenerlos en el bote y que paguen. Pero Quangel, el hombre con esa cara tan penetrante de ave rapaz, no es así. Seguramente no le tiene miedo a nada, y menos aún se dejará sorprender. No, renunciará al hombre, a lo mejor en los próximos días puede sacarle algo a la mujer. ¡A una madre la muerte de su único hijo le hace perder la serenidad! Entonces esas mujeres empiezan a hablar como cotorras.

Así que en los próximos días lo intentará con la mujer, aunque ahora ¿qué? La verdad es que tiene que dar dinero a Otti, esta mañana temprano se ha comido a escondidas el último pan de la alacena. Pero está sin blanca. ¿De dónde sacará dinero con rapidez? Su mujer es una hiena, muy capaz de convertir su vida en un infierno. Antes hacía la calle en la avenida Schönhauser y a veces podía mostrarse muy simpática y cariñosa. Ahora tiene cinco críos con ella, bueno, la mayoría es difícil que sean suyos, y ella jura como un carretero. Esa bestia también reparte estopa entre los niños, y cuando le toca a él, entonces se organiza una pequeña bronca en la que ella siempre se lleva la peor parte, pero eso no la vuelve más sensata.

No, no puede presentarse ante Otti sin dinero. De pronto recuerda a la vieja Rosenthal, que vive sola y sin protección en el cuarto piso del número 55 de la calle Jablonski. ¡Mira que no haberse acordado antes de la vieja judía, esa es un negocio más rentable que el viejo buitro de Quangel! Es una mujer bondadosa, lo recuerda de antaño, cuando aún tenían su lencería. Primero lo intentará por las buenas. ¡Pero si se niega, le arreará sin más en la cabeza! Seguro que encontrará algo, una joya, o dinero, o algo de comida, cualquier cosa que amanse a Otti.

Mientras Barkhausen desgrana estos pensamientos, imaginándose una y otra vez lo que encontrará —porque los judíos todavía son dueños de todo, aunque lo ocultan a los alemanes, a quienes se lo robaron—, Barkhausen retrocede cada vez más deprisa hacia la calle Jablonski. Cuando llega al arranque de la escalera, escucha largo rato. No le gustaría que le viera alguien allí, en la zona que da a la calle, porque él vive en el edificio de atrás, en lo que se denomina despectivamente la caseta, en el sótano, o sea, para decirlo sin rodeos, que vive en una cueva. A él no le importa, aunque a veces le resulta penoso por la gente.

Barkhausen no capta el menor movimiento en la escalera, de manera que empieza a subir los escalones deprisa, pero con sigilo. Del piso de los Persicke sale un tumultuoso alboroto, voces y carcajadas, están otra vez de celebración. Tendría que intentar relacionarse con gente como los Persicke, que tienen los contactos adecuados, y entonces también él saldría adelante. Pero claro, esos ni miran a un chivato ocasional como él; sobre todo los chicos que están en las SS y Baldur son increíblemente orgullosos. El viejo es otra cosa, en ocasiones, cuando está bebido le regala cinco marcos...

El piso de los Quangel está en completo silencio y un tramo de escalera más arriba, en casa de la Rosenthal, tampoco oye ruido alguno, por más que apoya la oreja contra la puerta. Así que llama al timbre deprisa y con cara de tedio, como lo haría, por ejemplo, el cartero apurado por continuar su quehacer.

Pero nada se mueve, y al cabo de uno o dos minutos de espera, Barkhausen se decide a llamar al timbre por segunda y por tercera vez. Entretanto escucha, no oye nada, pero por el agujero de la cerradura susurra:

—¡Señora Rosenthal, abra! ¡Le traigo noticias de su marido! ¡Deprisa, antes de que me vea alguien! ¡La estoy oyendo, señora Rosenthal, abra de una vez!

Entretanto no para de tocar el timbre, pero sin éxito. Al final lo invade la ira. De allí no puede marcharse derrotado, Otti le montará una bronca de mil demonios. ¡La vieja judía tiene que soltarle lo que le ha robado! Llama al timbre loco de rabia, mientras vocifera por el agujero de la cerradura:

—¡Abre de una vez, vieja cerda judía, o te voy a sacudir tal sarta de bofetadas que te dejaré hecha un cristo! ¡Como no abras, te mandaré hoy mismo al campo de concentración, maldita judía!

Si en ese momento llevase gasolina, prendería fuego a la puerta de esa asquerosa.

De repente, Barkhausen enmudece. Ha oído abrirse más abajo la puerta de una vivienda, se pega mucho a la pared. Nadie debe verlo allí. Lógicamente se dispondrán a bajar a la calle, ahora tiene que guardar silencio.

Pero los pasos suben hacia arriba, incesantes, aunque lentos y a trompicones. Es uno de los Persicke, y un Persicke borracho es justo lo que le faltaba ahora a Barkhausen. Por supuesto, querría ir al desván, pero el desván está asegurado por una puerta de hierro cerrada con llave, ahí no hay escondite que valga. No le queda más que una esperanza: que el borracho pase a su lado sin verlo; si es el viejo Persicke, puede suceder.

¡Pero no es el viejo Persicke, sino ese crío asqueroso, Bruno o Baldur, el peor de toda la banda! Anda siempre por ahí con su uniforme de dirigente de las Juventudes Hitlerianas esperando que tú lo saludes primero, a pesar de que es un auténtico don nadie. Baldur sube despacio los últimos escalones, agarrándose a la barandilla de lo borracho que está. A pesar de sus ojos vidriosos, hace rato que ha visto a Barkhausen pegado a la pared, pero no le habla hasta llegar justo ante él:

—¿Qué andas fisgoneando en el edificio? ¡No pienso consentirlo, lárgate ahora

mismo al sótano con tu puta! ¡Marchando, largo de aquí!

Y levanta el pie con la bota claveteada, pero desiste enseguida: se tambalea demasiado para soltar una patada.

Barkhausen no puede enfrentarse a ese tono. Cuando lo tratan con tanta grosería, se arruga como un trapo.

—¡Perdone, señor Persicke! ¡Solo quería divertirme un poco con la vieja judía! —susurra, rastrero.

Baldur frunce el ceño mientras reflexiona con esfuerzo. Al cabo de un rato dice:

—Lo que querías es robar, cerdo, esa es tu diversión con la vieja judía. ¡Vamos, tú delante!

Por groseras que sean sus palabras, ahora sin duda parecen más benévolas; Barkhausen tiene un oído muy fino para esas cosas. Así que, pidiendo disculpas por el chiste con una sonrisa, replica:

—Yo no robo, señor Persicke, solo aforo un poco de vez en cuando.

Baldur Persicke no le devuelve la sonrisa. Con ese tipo de gente no admite familiaridades, aunque a veces pueda resultar útil. Baja con cautela las escaleras detrás de Barkhausen.

Los dos hombres van tan enfrascados en sus pensamientos que no advierten que la puerta del piso de los Quangel solo está entornada. Y vuelve a abrirse inmediatamente en cuanto ambos han pasado. Anna Quangel se acerca, sigilosa, a la barandilla de la escalera y aguza el oído.

Delante de la puerta de entrada de los Persicke, Barkhausen se cuadra levantando la mano para el «Saludo Alemán»:

—¡Heil Hitler, señor Persicke! ¡Y muchas gracias por todo!

Ni él mismo sabe por qué le da las gracias. Quizá porque el dirigente de las Juventudes Hitlerianas no le ha pegado una patada en el culo tirándolo escaleras abajo. Y no le habría quedado más remedio que aceptarlo, teniendo en cuenta que es un paria.

Baldur Persicke, en lugar de responder al saludo, mira fijamente al otro con sus ojos vidriosos y consigue que este comience a parpadear y baje la vista hacia el suelo.

—De modo que querías divertirme un poco con la vieja Rosenthal, ¿eh? —pregunta Baldur.

—Sí —contesta Barkhausen en voz baja con la mirada gacha.

—¿Y qué diversión era esa? —prosigue—. ¿De la empresa Ladrón y Cía.?

Barkhausen arriesga una sonrisa furtiva mientras examina el rostro de su interlocutor.

—¡Quiá! —dice—. También le habría arreado un par de hostias.

—Ya —se limita a responder Baldur—. Ya.

Durante un momento permanecen quietos y silenciosos. Barkhausen se pregunta si puede marcharse, pero todavía no ha recibido la orden de retirarse. Así que sigue esperando mudo y con la vista gacha.

—Entra un momento —suelta Persicke de pronto con la lengua muy estropajosa. Con el dedo estirado señala la puerta abierta del piso de los Persicke.

—A lo mejor tengo que decirte algo más. ¡Ya veremos!

Barkhausen, obedeciendo la señal, penetra en la vivienda de los Persicke sin decir ni una palabra. Baldur Persicke lo sigue tambaleándose un poco, pero con postura marcial. La puerta se cierra de golpe detrás de ambos.

Arriba, la señora Anna Quangel se aparta de la barandilla y se desliza, sigilosa, dentro de su vivienda, cuya puerta cierra con suavidad. No sabe por qué ha espiado la conversación de esos dos, primero arriba, delante del piso de la señora Rosenthal, después abajo, ante la puerta de los Persicke. Habitualmente sigue la costumbre de su marido: los vecinos pueden hacer lo que les venga en gana. La cara de Anna aún ostenta una blancura enfermiza, y sus párpados se contraen con irritación. En un par de ocasiones le habría gustado sentarse y llorar, pero no puede hacerlo. Por su cabeza pasan frases hechas como: «Se me parte el corazón», o: «Menudo golpe me han dado», o: «Tengo un nudo en la garganta». Todo eso forma parte de sus vivencias, pero también esto: «No quedarán sin castigo después de haberme matado a mi hijo. Yo también puedo ser distinta...».

De nuevo desconoce a qué se refiere con lo de ser distinta, pero ese espionaje de hace un momento quizá haya sido únicamente el comienzo. Otto ya no podrá decidirlo todo él solito, le pasa por la mente. Yo también podré hacer a veces lo que se me antoje, aunque no le guste.

Se dispone a terminar de preparar la comida con diligencia. La mayoría de los alimentos que consigue con las cartillas son para él. Ya no es joven y tiene que deslomarse a trabajar; ella puede pasar mucho tiempo sentada dedicada a labores de costura, así que ese reparto cae por su propio peso.

Mientras manipula las cacerolas, Barkhausen vuelve a salir del piso de los Persicke. En cuanto baja la escalera, abandona la postura de servilismo que mostraba ante ellos. Al cruzar el patio camina erguido, nota en su estómago el agradable calorcillo provocado por las dos copas de aguardiente y en el bolsillo lleva dos billetes de diez marcos, uno de los cuales aplacará el malhumor de Otti.

Cuando entra en la habitación del sótano, Otti no está de malhumor. Sobre la mesa hay un mantel blanco, y Otti está sentada en el sofá con un hombre desconocido para Barkhausen. El extraño, que no viste nada mal, retira a toda prisa el brazo que rodea los hombros de Otti. Pero no tenía ninguna necesidad de hacerlo, Barkhausen jamás ha sido quisquilloso al respecto.

¡Fíjate, la vieja pelleja también echa el anzuelo a esos! Este será por lo menos empleado de banca o maestro..., piensa.

En la cocina, los niños lloran y gritan. Barkhausen les da a cada uno una gruesa rebanada del pan depositado sobre la mesa. Después comienza a desayunar, porque además de pan hay salchicha y aguardiente. ¡Todo es bueno para un cliente así! Mira, complacido, al hombre del sofá, que no parece sentirse tan bien como Barkhausen.

En cuanto ha comido un poco, Barkhausen se marcha. ¡Todo menos asustar al cliente! Lo bueno es que ahora puede quedarse los veinte marcos para él. Barkhausen se encamina hacia la calle Roller; ha oído hablar de una tasca donde la gente habla con mucha ligereza. A lo mejor puede sacar algo en limpio. Ahora en Berlín se puede pescar en cualquier parte. Si no de día, de noche.

Al pensar en la noche, el bigote caído de Barkhausen vuelve a estremecerse de risa. ¡Menuda panda forman el tal Baldur Persicke y los demás! ¡Pero que no se les ocurra tomarlo por tonto, a él, no! ¡Que no se crean que se lo han ganado con veinte marcos y dos copas de aguardiente! A lo mejor llega un tiempo en el que pueda meterse en el bolsillo a todos los Persicke. Ahora solo tiene que ser listo.

Entonces Barkhausen recuerda que ha de encontrar a un tal Enno antes de que anochezca. Enno quizá sea el hombre adecuado para esa empresa. No hay que temer, ya lo encontrará. Enno hace su ronda por tres o cuatro locales frecuentados por corredores de apuestas de poca monta. Barkhausen no sabe cómo se llama en realidad el tal Enno. Solo lo conoce de ese puñado de locales donde todos le llaman así. Ya lo encontrará, y a lo mejor incluso es el hombre adecuado.

Capítulo 4

TRUDEL BAUMANN REVELA UN SECRETO

A Otto Quangel le costó conseguir que avisasen a Trudel Baumann para que saliera a reunirse con él; en cambio, le resultó fácil entrar en la fábrica. Porque allí —dicho sea de paso, igual que en la fábrica de Quangel— no solo trabajan a destajo, sino que cada equipo tiene que conseguir un determinado cupo de trabajo, así que a menudo cada minuto es importante.

Otto Quangel tiene éxito, al fin y al cabo el otro es jefe de taller, como él mismo. Es difícil denegar algo así a un colega, sobre todo cuando su hijo acaba de caer. Porque Quangel ha tenido que contarle para poder ver a Trudel. En consecuencia, también tendrá que decírselo a ella, en contra del ruego de su mujer, pues de lo contrario se enteraría por el jefe de taller. Ojalá no haya gritos ni desmayos. En realidad el comportamiento de Anna ha sido milagroso... en fin, Trudel también es una mujer fuerte.

Ahí llega por fin y Quangel, que jamás ha mantenido otra relación salvo con su mujer, tiene que reconocer que la joven, con su cabeza de cabellos oscuros rizados, alborotados, su rostro redondo al que ningún trabajo fabril ha podido arrebatarse sus frescos colores, sus ojos risueños y el pecho erguido, es una preciosidad. Incluso ahora que, debido al trabajo, viste largos pantalones azules y un viejo suéter muy remendado cubierto de restos de hilo, resulta atractiva. Pero lo más bonito en ella es quizá su forma de moverse, llena de vida, parece complacerse en cada paso: rebosa alegría de vivir.

En realidad, parece un milagro, piensa de pasada Otto Quangel, que un soseras como Otto, un hijito tan mimado por su mamá, consiguiera una chica tan maravillosa. Pero, se corrige al instante, ¿qué sé yo de Otto? Nunca me fijé mucho en él. Tiene que haber sido completamente distinto a lo que yo pensaba. Y de radios la verdad es que sabía un montón, todos los jefes se lo disputaban.

—Hola, Trudel —saluda tendiéndole la mano en la que ella, con un ademán rápido y vigoroso, desliza la suya, cálida y suave.

—Hola, padre —contesta—. Bueno, ¿qué es lo que pasa? ¿Es que mamá tiene otra vez nostalgia de mí o ha escrito Otto? Procuraré ir a veros lo antes posible.

—Tiene que ser esta misma tarde, Trudel —precisa Otto Quangel—. La verdad es que...

Pero no acaba la frase. Con rapidez, a su modo, Trudel mete la mano en el bolsillo del pantalón azul y saca una agenda de bolsillo que hojea. Solo escucha a medias, no es el momento adecuado para decírselo. Así que Quangel espera, impaciente, a que ella haya encontrado lo que busca.

El encuentro entre ambos se desarrolla en un largo pasillo con corrientes de aire y paredes enlucidas completamente cubiertas de carteles. Sin darse cuenta, la mirada de Quangel cae sobre uno que cuelga torcido detrás de Trudel. Lee unas palabras, el titular impreso en letras muy gordas: «En nombre del pueblo alemán», después tres nombres y: «Han sido condenados a la horca por crimen de alta traición y sedición. La ejecución se ha llevado a cabo esta mañana en la prisión de Plötzensee».

Sin darse cuenta, agarra a Trudel con las dos manos y la aparta hasta que ya no está delante del cartel.

—¿Qué pasa? —pregunta, sorprendida.

Después sus ojos siguen la dirección de su mirada y también ella lee el cartel. Hace un ruido que puede significar cualquier cosa: protesta contra lo leído, rechazo al comportamiento de Quangel, indiferencia, pero de todos modos no regresa a su posición anterior. Mientras se guarda de nuevo la agenda en el bolsillo, dice:

—Esta tarde es imposible, padre, pero mañana a eso de las ocho me pasaré por vuestra casa.

—¡Tiene que ser esta tarde, Trudel! —insiste Otto Quangel—. Han llegado noticias de Otto. —Su mirada se vuelve más penetrante todavía, ve cómo la sonrisa desaparece del rostro de la joven—. Otto ha caído, Trudel.

Es extraño: del pecho de Trudel se escapa ahora el mismo sonido que profirió Otto Quangel al recibir la noticia, un profundo «¡Oh...!». Durante un instante mira al hombre con los ojos llenos de lágrimas y los labios temblorosos; después gira la cara hacia la pared, apoya la frente contra ella. Lloro en silencio. Quangel ve el temblor de sus hombros, pero no oye sonido alguno.

¡Muchacha valiente!, piensa. ¡Hay que ver lo que quería a Otto! Este también fue valiente a su modo, jamás colaboró con esos mierdas, no dejó que las Juventudes Hitlerianas lo azuzaran contra sus padres, siempre se opuso a jugar a soldados y a la guerra. ¡Esta maldita guerra!

Se detiene, asustado por lo que acaba de pensar. ¿Será que también está cambiando él? Porque eso ha sido casi igual que lo de «tú y tu Hitler» de Anna.

Entonces ve que Trudel apoya la frente en el cartel del que acaba de apartarla hace un momento. Por encima de su cabeza se lee en negrita: «En nombre del pueblo alemán», su frente tapa los nombres de los tres ahorcados...

Y en su fuero interno surge una visión: un día podría colgar en las paredes un cartel parecido con los nombres de Anna, Trudel y el suyo. Sacude la cabeza, disgustado. Él es un simple obrero que únicamente desea tranquilidad, que no quiere saber nada de política, Anna solo se ocupa de su casa y una chica tan preciosa como Trudel seguro que no tardará en encontrar otro novio...

La visión, sin embargo, es tenaz, persistente. Nuestros nombres en la pared, piensa él completamente confundido. ¿Y por qué no? Colgar de la horca tampoco es peor que caer destrozado por una granada o reventar de un tiro en la barriga. Todo eso carece de importancia. Lo único importante es: Tengo que averiguar qué ocurre con

Hitler. Un momento antes todo parecía ser bueno, y ahora de repente todo es malo. De repente solo veo represión y odio y coacción y dolor, tanto dolor... Unos miles, dijo ese espía cobarde, el tal Barkhausen. ¡Como si el número fuera lo principal! Si una sola persona sufre injustamente y yo, pudiendo evitarlo, no lo hago por cobardía y porque amo demasiado mi tranquilidad, entonces...

Llegado a este punto ya no se atreve a seguir pensando. Le da miedo, auténtico miedo, adónde puede conducirlo esa idea. ¡Tendría que cambiar toda su vida!

En lugar de eso vuelve a mirar a la chica encima de cuya cabeza se lee: «En nombre del pueblo alemán». No debería llorar apoyada precisamente en ese cartel, gira sus hombros para alejarla de la pared y dice lo más suavemente que puede:

—Vamos, Trudel, apoyada en ese cartel no...

Durante un instante ella observa las palabras impresas sin comprender. Sus ojos están secos de nuevo, sus hombros ya no tiemblan. La vida retorna a su mirada, la cual ya no despidе el antiguo brillo alegre con el que ha entrado en el pasillo, sino un fulgor oscuro. Coloca su mano con firmeza y también con ternura sobre la palabra «ahorcados».

—Jamás olvidaré, padre —dice—, que he llorado por Otto justo delante de un cartel así. A lo mejor... no me gustaría... pero tal vez algún día también figure mi nombre en un papelucho de estos.

Lo mira de hito en hito. Él tiene la impresión de que no sabe bien lo que dice.

—¡Muchacha! —exclama asustado—. ¡Vuelve en ti! ¿Cómo vas tú, y en semejante cartel...? Eres joven, tienes toda la vida por delante. Volverás a reír, tendrás hijos...

Ella niega, tozuda, con la cabeza.

—No tendré hijos mientras no sepa con seguridad que no me los van a matar de un tiro. Mientras cualquier general pueda decir: ¡Marcha y revienta! Padre —continúa mientras estrecha con fuerza la mano de él entre las suyas—, padre, ¿de verdad puedes seguir viviendo igual que hasta hoy ahora que han matado a tiros a tu Otto?

La muchacha le dirige una mirada penetrante, y de nuevo intenta resistirse contra ese algo desconocido que se va infiltrando en él.

—Los franceses... —murmura.

—¡Los franceses! —exclama ella furiosa—. ¿Es que vas a recurrir a una disculpa así? ¿Y quién invadió a los franceses? ¿Quién fue, padre? ¡Responde!

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros? —Otto Quangel se defiende, desesperado, de esa presión—. Nosotros apenas somos unos pocos y ellos tienen muchos millones a su favor, y ahora, después de la victoria contra Francia, todavía más. ¡No podemos hacer absolutamente nada!

—Podemos hacer mucho —susurra—. Podemos sabotear las máquinas, podemos trabajar despacio y mal, podemos arrancar sus carteles y pegar otros en los que digamos a la gente cómo la engañan y le mienten —baja aún más la voz—. Pero lo

principal es que nosotros seamos distintos a ellos, que nunca consintamos en ser como ellos, en pensar como ellos. ¡Nosotros no seremos nazis aunque ellos pongan el mundo entero a sus pies!

—¿Y qué conseguiremos con eso, Trudel? —pregunta Otto Quangel en voz baja—. No veo qué vamos a conseguir con eso.

—Padre —replica la joven—, al principio yo tampoco lo entendía, y aún sigo sin entenderlo del todo. Pero, sabes, aquí, en la fábrica, hemos formado en secreto una célula comunista, muy pequeña, tres hombres y yo. Con nosotros hay uno que ha intentado explicármelo. Somos, dice él, como la buena semilla en un sembrado lleno de mala hierba. Si no fuera por la buena semilla todo el sembrado estaría invadido por la mala hierba. Pero la buena semilla puede extenderse...

Se detiene bruscamente, como si acabaran de darle un susto de muerte.

—¿Qué ocurre, Trudel? —le pregunta—. Lo de la buena semilla no es una mala idea. Meditaré sobre el asunto, tengo tanto que meditar en los próximos tiempos.

Ella dice, llena de vergüenza y arrepentimiento:

—Es que se me ha escapado lo de la célula y había jurado solemnemente no revelárselo a nadie.

—No te preocupes por eso, Trudel —contesta Otto Quangel, y sin querer contagia su serenidad a esa criatura atormentada. A Otto Quangel esas cosas le entran por un oído y le salen por el otro—. Ya lo he olvidado. —Dirige una mirada decidida y enconada al cartel—. Aunque viniera toda la Gestapo, no recordaría nada. Y si quieres y te tranquiliza —añade—, a partir de este momento tú ya no nos conoces de nada. Tampoco tienes que venir esta tarde a ver a Anna, ya se lo explicaré yo de algún modo, sin necesidad de palabras.

—No —responde Trudel, recuperando la seguridad—. No, esta tarde me pasaré a ver a madre. Pero tendré que decirles a los demás que me he ido de la lengua, y a lo mejor alguno intenta sonsacarte para comprobar si tú también eres de confianza.

—¡Que vengan si se atreven! —replica Otto Quangel con tono amenazador—. Yo no sé nada. Nunca he tenido nada que ver con la política, en toda mi vida. Adiós, Trudel. Hoy ya no te veré, porque casi nunca regreso del trabajo antes de las doce.

Ella le da la mano y regresa por el corredor al interior de la fábrica. Ya no rebosa de vida, pero sigue pletórica de fuerza. ¡Buena chica!, piensa Quangel. ¡Muchacha valiente!

Después Quangel se queda solo en el corredor con sus carteles, que crujen suavemente por la continua corriente de aire. Se dispone a marcharse. Pero antes hace algo que lo sorprende a él mismo: saluda con una inclinación de cabeza al cartel contra el que ha llorado Trudel... con una resolución enconada.

Momentos después se avergüenza de su acción. ¡Es una arrogancia estúpida! Luego se apresura a regresar a casa. El tiempo apremia, tendrá incluso que coger el tranvía, cosa que aborrece por su sentido del ahorro, rayano a veces en la avaricia.

Capítulo 5

EL ASTUTO REGRESO DE ENNO

La cartera Eva Kluge terminó su reparto hacia las dos de la tarde. Estuvo muy ocupada con la liquidación de sus cheques y giros postales hasta eso de las cuatro: como estaba muy cansada, se le embrollaban los números y se equivocaba continuamente. Empezó el regreso a casa con los pies ardiendo y un doloroso vacío en la cabeza; no quería ni pensar en lo que le quedaba por hacer antes de poder irse por fin a la cama. Durante el camino de vuelta hizo la compra con las cartillas de racionamiento; en la carnicería tuvo que guardar cola un buen rato, y casi eran las seis cuando subía poco a poco los peldaños de su vivienda en Friedrichshain.

En el descansillo, delante de su puerta, ve a un hombre bajo con abrigo claro y gorra deportiva. Tiene el rostro descolorido y carente de toda expresión, los párpados un poco inflamados, los ojos pálidos, es uno de esos rostros que se olvidan al momento.

—¿Tú, Enno? —exclama ella asustada aferrando sin darse cuenta la llave en su mano con más fuerza—. ¿Qué buscas aquí? No tengo dinero ni comida y tampoco pienso dejarte entrar en casa.

El hombre bajo hace un gesto tranquilizador.

—¿Por qué te alteras tanto, Eva? ¿A qué viene esa hostilidad? Yo solo quería saludarte, Eva. ¡Buenas tardes, Eva!

—Buenas tardes, Enno —responde a regañadientes, porque conoce a su marido desde hace muchos años. Tras unos momentos, suelta una risa breve y furiosa—. Ya nos hemos saludado como querías, Enno, así que ya puedes largarte. Pero, según veo, no te vas, ¿qué es lo que deseas realmente?

—Lo ves, Evita —le contesta él, siempre con tono persuasivo—. Eres una mujer razonable, contigo se puede hablar... —Y empieza a contarle con todo lujo de detalles que el seguro de enfermedad ya no le paga porque han transcurrido las veintiséis semanas de enfermedad. Tiene que volver a trabajar o lo enviarán de vuelta al Ejército, que lo ha dejado a disposición de su fábrica porque es mecánico de precisión y la gente de ese oficio escasea—. Así son las cosas. Total —concluye sus explicaciones— que en los próximos días debo tener un domicilio fijo. Y he pensado que...

Ella niega enérgicamente con la cabeza. Se cae de sueño y se muere de ganas por entrar en casa, donde le espera mucho trabajo. Pero no lo dejará entrar, aunque tenga que pasarse allí la mitad de la noche.

Él dice deprisa, pero con un tono que sigue sonando igual de insulso:

—No me digas que no, Evita, aún no he terminado de hablar. Te juro que no

quiero nada de ti, ni dinero, ni comida. Déjame dormir en el sofá. Tampoco necesito ropa de cama. No te daré trabajo.

La mujer vuelve a negar con la cabeza. Si al menos dejara de hablar, tiene que saber que ella no cree ni una palabra. Porque jamás ha cumplido sus promesas.

—¿Por qué no recurres a una de tus amiguitas? —le espeta—. ¡Con lo buenas que son contigo en según qué cosas!

Este niega con un gesto.

—He terminado con las mujeres, Evita, no pienso dedicarme más a ellas, me he hartado. Pensándolo bien, tú siempre has sido la mejor de todas, Evita. Pasamos unos años buenos entonces, cuando los chicos eran pequeños...

De modo inconsciente el rostro de ella se ilumina al recordar sus primeros años de matrimonio. Fueron realmente buenos, entonces él aún trabajaba como mecánico de precisión, llevaba todas las semanas sus sesenta marcos a casa y no sabía lo que era la pereza.

Enno Kluge se apercibe en el acto de su ventaja.

—Lo ves, Evita, todavía me quieres un poco, y por eso me dejarás dormir en el sofá. Te prometo que despacharé muy deprisa lo del trabajo, a mí también me importa un pimiento esa majadería. Solo hasta que vuelva a recibir el subsidio de enfermedad y no tenga que volver al Ejército. ¡En diez días conseguiré que vuelvan a darme la baja!

Hace una pausa y la mira expectante. La mujer ya no menea la cabeza, pero su rostro es impenetrable. Así que prosigue:

—Esta vez no pienso recurrir a las hemorragias gástricas, porque entonces no te dan nada de comer en los hospitales. Esta vez probaré con cólicos hepáticos. Así ellos no podrán comprobar nada, solo hacerme una radiografía, y para los cólicos no es necesario tener piedras. Se pueden tener sin más. Me he informado con todo detalle. Funcionará. Pero primero he de trabajar esos diez días.

Ella guarda silencio y él continúa su perorata, convencido de que hablando sin parar se puede convencer a la gente, de que al final ceden si uno lo intenta con la suficiente insistencia.

—También tengo la dirección de un médico judío en la avenida Frankfurter que si lo deseas te da la baja, solo para evitarse problemas con la gente. Con ese lo conseguiré: dentro de diez días estaré de nuevo en el hospital y tú te habrás librado de mí, Evita.

Esta dice, harta de tanta palabrería:

—Ni aunque hables hasta la medianoche volveré a acogerte, Enno. No lo haré nunca más, digas lo que digas y hagas lo que hagas. No permitiré que vuelvas a destrozarme la vida, tú y tu pereza y tus apuestas y tus mujerzuelas. Ya lo he vivido tres veces y cuatro y otra y una más, y se me ha acabado la paciencia, se terminó. Me sentaré aquí, en la escalera, porque estoy cansada, llevo en pie desde las seis de la mañana. Si quieres, siéntate conmigo. Si te apetece, habla; si no, cierra la boca, a mí

todo me da igual. ¡Pero en mi casa no entras!

Y se sienta en la escalera, en el mismo peldaño donde antes esperaba él. Y sus palabras traslucen tal decisión que él se da cuenta de que esta vez no servirá de nada hablar. Así que ladeando un poco su gorra de *jockey* dice:

—Pues nada, Evita, si te niegas a todo trance, si ni siquiera quieres hacerme un favor tan pequeño, sabiendo lo apurado que está tu marido, con el que has tenido cinco hijos, tres de los cuales yacen en el cementerio y dos luchan por su Führer y su patria... —se interrumpe, ha hablado de manera maquinal, porque por las tabernas se ha acostumbrado a hablar por los codos, a pesar de que ha comprendido que ahora las palabras son inútiles—. En fin, Evita, me marchó. Que sepas que no te lo tomo a mal, eso ya lo sabes, seré como sea, pero no te reprocho nada.

—Porque, salvo tus apuestas, todo te importa un bledo —replica ella—. Porque no te interesa otra cosa en el mundo, porque no puedes querer a nada ni a nadie, ni siquiera a ti mismo, Enno. —Vuelve a interrumpirse en el acto, es inútil hablar con ese hombre. Tras esperar un instante, añade—: Creía que pensabas marcharte.

—Ya me voy, Evita —dice él para su sorpresa—. Que te vaya bien. No te guardo rencor. ¡Heil Hitler, Evita!

—¡Heil Hitler! —contesta ella de forma mecánica, todavía firmemente convencida de que esa despedida es una artimaña, una mera introducción a otra charla interminable. Pero para su infinita sorpresa, no dice nada más y empieza a bajar la escalera.

Durante uno, dos minutos, se queda sentada en el peldaño estupefacta, aún no acierta a creer en su victoria. Después se levanta de un salto y aguza los oídos. Oye con claridad sus pasos en el último tramo de escaleras, no se ha escondido, ¡se va de verdad! En ese momento la puerta de la calle se cierra. Con mano temblorosa abre la puerta; está tan nerviosa que al principio no logra encontrar el agujero de la cerradura. Una vez dentro, echa la cadena y se desploma en una silla de la cocina. Sus miembros cuelgan desmadejados, el combate de momentos antes le ha arrebatado sus últimas fuerzas. Ya no le quedaban energías, cualquiera habría podido empujarla con un dedo para que resbalase sin más de la silla.

Pero poco a poco, allí sentada, vuelve a recuperar la fuerza y la vida. Así que lo ha conseguido, su voluntad ha vencido la terca tenacidad de él. Ha conservado su casa para ella, para ella sola. No volverá a estar ahí sentado, hablando sin parar de sus caballos y robándole cada marco y cada mendrugo de pan que pueda pillar.

Se levanta de un salto, infundida de nuevo ánimo. Le ha quedado un vestigio de vida. Tras el interminable trabajo en Correos necesita esas pocas horas para ella sola. El reparto le resulta duro, muy duro, cada vez más. Ya había tenido antes problemas abdominales, no en vano yacían en el cementerio sus tres hijos menores: todos prematuros. Las piernas tampoco le responden bien. Y es que no era una mujer para la vida laboral, sino una auténtica ama de casa. Pero cuando su marido dejó de trabajar de repente, no le quedó más remedio que ganarse la vida. Por entonces los

dos chicos aún eran pequeños. Ella los había sacado adelante, había conseguido esa vivienda: cocina, comedor y dormitorio. Y encima había cargado con el marido cuando no estaba alojado en casa de alguna de sus amantes.

Lógicamente habría tenido que divorciarse hacía tiempo, porque él no disimulaba sus adulterios. Pero el divorcio no habría cambiado nada; divorciado o no, Enno habría seguido aferrándose a ella. A él todo le daba igual, no le quedaba ni una pizca de honor en el cuerpo.

No lo echó definitivamente de su casa hasta que los dos chicos se fueron a la guerra. Hasta entonces aún se creía obligada a mantener al menos la apariencia de una vida familiar, a pesar de que los dos mozos mayores estaban al cabo de todo. A ella le daba vergüenza que otras personas notasen sus desavenencias. Si le preguntaban por su marido, contestaba siempre que estaba fuera por trabajos de montaje. Incluso ahora visitaba ocasionalmente a los padres de Enno, les llevaba algo de comer o unos marcos, en cierto modo como compensación por el dinero que el hijo birlaba de vez en cuando de la paupérrima pensión de sus padres.

Pero en su interior había terminado definitivamente con ese hombre. Aunque hubiera sido capaz de cambiar y trabajar de nuevo y comportarse como en los primeros años de su matrimonio, no habría vuelto a darle cobijo. No es que lo odiara, era una completa insignificancia, ni siquiera podía odiarlo, simplemente le repugnaba, igual que las arañas y las serpientes. ¡Que la dejara en paz, lo único que quería era no verlo, con eso ya se daba por satisfecha!

Eva Kluge pensaba todo esto mientras colocaba su comida sobre la llama del gas y recogía la cocina; el dormitorio y la cama los ordenaba siempre a primera hora de la mañana. Mientras oía borbotear el caldo y su aroma comenzaba a extenderse por toda la cocina, se puso con la cesta de zurcir. Las medias eran un dolor permanente, muchas veces rompía durante la jornada más de las que era capaz de arreglar. Mas no por ello le irritaba ese trabajo, amaba esa tranquila media hora antes de cenar, cuando se sentaba cómodamente en la silla de mimbre, con sus blandas zapatillas de fieltro, los pies doloridos bien estirados y un poco girados hacia dentro, en esa postura era como mejor descansaba.

Después de cenar pensaba escribir a su preferido, al mayor, a su Karl, que estaba en Polonia. No estaba nada de acuerdo con él, y menos aún desde que se hizo de las SS. En los últimos tiempos se oían muchas cosas malas de las SS, al parecer eran malvados, sobre todo con los judíos. Pero ella no creía que su hijo, al que llevaba en su corazón, fuese capaz de violar primero a chicas judías e inmediatamente después matarlas de un tiro. ¡Eso no podía hacerlo su Karl! ¿De quién lo había aprendido? Nunca había sido dura ni grosera, y el padre era un guiñapo. Pero ella procuraría insinuar en su carta que debía seguir siendo decente. Como es natural, la insinuación había que hacerla con suma cautela, para que solo la entendiera su Karl, porque si la carta caía en manos del censor le traería problemas. Bueno, ya se le ocurriría algo, a lo mejor le recordaba un suceso de la infancia, la vez que él le robó dos marcos y se

compró caramelos o, mejor todavía, cuando ya con trece años se lio con Walli, que no era más que una zorra. Cuántos problemas le había ocasionado por entonces separarlo de aquella mujer... ¡y es que a veces su Karl tenía un genio terrible!

Pero sonrío al recordar esas dificultades. Hoy todo lo relacionado con la infancia del muchacho le parece bonito. Por aquel entonces aún le quedaban fuerzas, habría defendido a sus chiquillos frente al mundo entero y trabajado día y noche para no privarlos de nada que recibieran otros niños con un padre como es debido. Pero en los últimos años sus fuerzas han ido decayendo, sobre todo desde que los dos tuvieron que marcharse a la guerra.

No, esa guerra no habría debido producirse; si el Führer era de verdad tan gran hombre, habría debido evitarla. Esa minucia de Danzig y el estrecho corredor, poniendo a diario en peligro de muerte a millones de personas, ¡eso no lo hace un hombre verdaderamente grande!

Por cierto, que la gente contaba que al parecer era hijo ilegítimo. Entonces seguro que nunca tuvo una madre que se preocupase de verdad por él. Y así tampoco podía saber cómo se sienten las madres que padecen ese miedo permanente e interminable. Después de una carta oficial estabas mejor uno o dos días, luego calculabas cuánto tiempo había transcurrido desde que había sido enviada y el miedo te asaltaba de nuevo.

Hace un buen rato que ha dejado caer la media, sumiéndose en sus ensoñaciones. Ahora se levanta mecánicamente, traslada el caldo de la llama fuerte a la más débil y coloca la cazuela con las patatas sobre el mejor fuego. Mientras lo hace, suena el timbre. En el acto se queda paralizada. ¡Enno!, piensa, ¡Enno!

Coloca la cazuela sin hacer ruido y se desliza sigilosa sobre sus suelas de fieltro hasta la puerta de entrada. Su corazón vuelve a calmarse: delante de la puerta, un poco apartada de forma que se la pueda ver bien, está su vecina, la señora Gesch. Seguro que quiere pedirle algo prestado, harina o un poco de manteca, que siempre olvida devolver. A pesar de todo, la desconfianza de Eva Kluge no desaparece. Inspecciona el descansillo de la escalera hasta donde le permite la mirilla de la puerta y aguza los oídos para escuchar cualquier ruido. Pero todo está en orden, solo la señora Gesch mueve a veces los pies con impaciencia o mira hacia la mirilla.

Eva Kluge se decide. Abre la puerta lo que le permite la cadena, y pregunta:

—¿Qué se le ofrece, señora Gesch?

En el acto la señora Gesch, una mujer extenuada, que se desloma a trabajar mientras sus hijas se pegan una buena vida a costa de la madre, la inunda con un torrente de quejas por el interminable lavado, por lavar siempre la ropa sucia de otras personas y no hartarse de comer jamás, y por Emmi y Lilli que no hacen nada de nada. Después de cenar se marchan sin más ni más, dejando que su madre friegue los platos.

—Bueno, señora Kluge, venía a pedirle un favor, es que tengo algo en la espalda, creo que es un forúnculo o algo que supura. Solo tenemos un espejo y tengo tan mal

los ojos. Si quisiera echarle un vistazo, no puedo ir al médico por algo así, ¿de dónde voy a sacar tiempo para ir al médico? Pero a lo mejor usted puede incluso explotármelo, si no le da asco, a cierta gente le dan asco esas cosas...

Mientras la señora Gesch prosigue su charla quejumbrosa, Eva Kluge quita mecánicamente la cadena y la mujer entra en la cocina. Eva Kluge intenta volver a cerrar la puerta, pero un pie se interpone y Enno Kluge irrumpe en su vivienda. Su rostro es tan inexpresivo como siempre, pero ella nota que está algo alterado porque sus párpados casi sin pestañas tiemblan mucho.

Eva Kluge se queda con los brazos colgando, sus rodillas tiemblan tanto que le gustaría desplomarse al suelo. El torrente de palabras de la señora Gesch ha cesado de repente, contempla los rostros de ambos sin abrir la boca. En la cocina reina un silencio sepulcral, solo la cazuela del caldo desprende un suave borboteo.

Finalmente la señora Gesch dice:

—Bueno, ya le he hecho a usted el favor, señor Kluge. Pero se lo digo claramente: una y no más. Y si no cumple su promesa y empieza de nuevo a holgazanear, a ir a la taberna y a apostar en las carreras... —se interrumpe al ver la expresión de la señora Kluge y añade—: Y si he metido la pata, la ayudaré ahora mismo a echar fuera a este hombrecito, señora Kluge. ¡Entre las dos no nos costará esfuerzo!

Eva Kluge hace un ademán de rechazo.

—¡Bah, déjelo, señora Gesch, qué más da!

Camina despacio y con cuidado hacia la silla de mimbre y se deja caer en ella. Vuelve a tomar en sus manos la media que zurcía, pero la mira fijamente como si no supiera qué es.

La señora Gesch dice un tanto ofendida:

—Vaya, pues entonces buenas noches o Heil Hitler... como prefieran los señores.

Enno Kluge responde a toda prisa:

—¡Heil Hitler!

Eva Kluge contesta despacio, como si despertara de un sueño:

—Buenas noches, señora Gesch —y volviendo en sí, añade—: Si de verdad le pasa algo en la espalda...

—No, no —contesta apresuradamente la señora Gesch, ya en la puerta—. No me pasa nada en la espalda, lo he dicho por decir. Pero seguro que no me vuelvo a meter en camisa de once varas. Ya veo que nunca me lo agradecerán.

Tras estas palabras, sale por la puerta; se alegra de perder de vista a esas dos personas silenciosas, le remuerde un poco la conciencia.

En cuanto se cierra la puerta, el hombre bajito se pone en movimiento. Con toda naturalidad abre el armario, deja libre una percha colgando dos vestidos de su mujer uno encima de otro, y coloca en ella su abrigo. Pone la gorra deportiva encima del armario. Siempre trata sus cosas con mucho cuidado, odia ir mal vestido y sabe que no puede comprarse nada nuevo.

Se frota las manos con un placentero «¡vaya vaya!», se aproxima a la cocina de gas y olfatea las cazuelas.

—¡Qué rico! —exclama—. Patatas guisadas con carne de vaca... ¡rico rico!

Hace una pausa, la mujer está sentada inmóvil, dándole la espalda. Vuelve a depositar sin ruido la tapa sobre la cazuela, se sitúa a su lado y desde arriba le dice:

—¡Bueno, Eva, no te quedes como si fueras una estatua de mármol! ¡No es para tanto! Durante un par de días volverás a tener un hombre en casa, no pienso causarte el menor trastorno. Y mantengo mi promesa. Tampoco quiero patatas guisadas, a lo sumo unas cucharadas, si sobran. Y solo si me las das voluntariamente, yo no te lo pediré.

La mujer no contesta. Vuelve a colocar en el armario la cesta de zurcir, pone un plato hondo sobre la mesa, lo llena con el contenido de la cazuela y comienza a comer despacio. El hombre se sienta al otro lado de la mesa, saca del bolsillo unos periódicos deportivos y toma notas en una gruesa libreta mugrienta. Al mismo tiempo lanza de cuando en cuando una rápida ojeada a la mujer mientras come. Ella lo hace muy despacio, pero ya se ha servido dos veces, seguro que no sobrarán mucho para él, y tiene un hambre canina. Lleva todo el día, no, desde la noche anterior, sin probar bocado. El marido de Lotte, que regresó de un permiso militar, lo echó a golpes de la cama sin la menor consideración por su desayuno.

Pero no se atreve a hablar de su hambre a Eva, esa mujer silenciosa le da miedo. Antes de que pueda volver a sentirse allí realmente en casa, tendrán que pasar muchas cosas. Ese momento llegará, no le cabe la menor duda: se puede persuadir a cualquier mujer, solo es preciso ser insistente y tener mucho aguante. Al final, casi siempre de improviso, ellas ceden, sencillamente porque se han hartado de resistirse.

Eva Kluge rasca las sobras de las cazuelas. Lo ha conseguido, se ha comido en una noche la comida de dos días, pero ahora él ya no podrá mendigarle las sobras. Después friega deprisa los escasos cacharros y comienza un gran traslado. Ante los ojos del hombre transporta al dormitorio todo lo que tiene algo de valor. El dormitorio dispone de cerradura, él nunca ha entrado allí. Lleva las provisiones de comida, sus vestidos buenos y abrigos, los zapatos, los cojines del sofá, incluso la foto de los dos hijos... todo delante de sus ojos. A ella le da completamente igual lo que él piense o diga. Ha entrado con argucias en el piso, pero no sacará mucho de allí.

Después cierra la puerta del dormitorio y lleva a la mesa los útiles de escribir. Está muerta de sueño, le encantaría tumbarse en la cama, pero se ha propuesto escribir esta noche a su Karl, así que lo hace. No solo puede ser dura con su marido, sino también consigo misma.

Apenas ha escrito unas frases, el hombre se inclina sobre la mesa y pregunta:

—¿A quién escribes, Evita?

Ella le contesta sin querer, a pesar de que se había propuesto firmemente no hablarle más.

—A Karl.

—Vaya —dice él, dejando los periódicos—. Vaya, así que a él le escribes y seguramente hasta le envías paquetitos, pero no tienes ni siquiera una patata ni un bocado de carne para su padre, hambriento como está.

Su voz ha perdido parte de su indiferencia, parece como si el hombre estuviera ahora seriamente ofendido y herido en su derecho, porque ella da al hijo algo que escatima al padre.

—Déjalo, Enno —replica, muy tranquila—. Esto es asunto mío, Karl es un chico muy bueno...

—¡Vaya! —exclama—. ¡Vaya! Y, claro, tú has olvidado por completo cómo se portaba con sus padres cuando lo nombraron sargento, ¿verdad? Cómo tú ya no podías contentarle y él se burlaba de nosotros llamándonos viejos burgueses idiotas... ¿todo olvidado, verdad, Evita? ¡Un buen chico, desde luego, nuestro Karl!

—¡De mí no se burló jamás! —se defiende ella con voz débil.

—¡Nooo, claro que no! —Se mofa el hombre—. Y, claro, también habrás olvidado que no conocía a su propia madre cuando pasaba por la avenida Prenzlauer cargada con la pesada cartera del correo, ¿verdad? ¡Cómo miraba para otro lado mientras se quedaba allí con su novia, el finolis ese!

—Eso no se le puede reprochar a un joven —responde Eva—. Quieren parecer lo más finos posible delante de sus damas, todos son iguales. Eso cambiará más adelante, y regresará con su madre, que lo tuvo junto a su pecho.

Él la mira vacilante un instante, dudando si decírselo. La verdad es que no suele ser rencoroso, pero esta vez lo ha ofendido demasiado, primero por no darle nada de comer, después por trasladar abiertamente todas sus pertenencias de valor a su cuarto. Así que dice:

—Si yo fuera madre, no querría estrechar nunca más entre mis brazos a semejante hijo, al cerdo en que se ha convertido. —Observa los ojos de su mujer dilatados por el miedo, se lo suelta, despiadado, a la cara, pálida como la cera—. En el último permiso me enseñó una foto suya tomada por un compañero. Encima se jactaba de la foto. En ella se veía a tu Karl sujetando por la pierna a un niño judío de unos tres años y golpeando su cabeza contra el parachoques del coche...

—¡No, no! —grita ella—. ¡Eso es mentira! ¡Te lo has inventado por venganza, porque no te he dado de comer! ¡Mi Karl no haría algo así!

—¿Y cómo podría habérmelo inventado? —inquieta él, ya más tranquilo tras haberle asestado el golpe—. ¡No tengo cabeza para inventarme algo así! Además, si no me crees, puedes ir a la taberna de Senftenberg, allí enseñó la foto a todos. El gordo Senftenberg y su mujer también la vieron...

Enmudece. Carece de sentido seguir hablando con esa mujer. Sentada, la cabeza encima de la mesa, llora. Se lo tiene merecido, y además ella, como empleada de Correos, también está en el Partido y en su día juró por el Führer y por todos sus actos. Así que no puede asombrarse de que su hijo se haya vuelto así.

Durante un momento Enno Kluge se queda de pie mirando hacia el sofá, ¡sin cojines ni mantas! ¡Menuda noche le espera! Pero ¿no habrá llegado el momento de arriesgarse? Duda, mira hacia la puerta cerrada de la habitación y se decide. Introduce sin más la mano en el bolsillo del delantal de la mujer que llora sin rebozo, y saca la llave. Abre la puerta y empieza a registrar la estancia, sin hacer ruido...

Eva Kluge, la cartera deslomada, agotada, también lo oye; sabe que le está robando, pero le da igual. Su mundo se ha roto, nunca más podrá recomponerlo. ¿Para qué vivir en este mundo, para qué ha parido hijos, se ha alegrado con sus sonrisas, sus juegos, si después se convierten en bestias? Ay, su Karl... ¡era un niño rubito tan precioso! Cuando lo llevaba al Circo Busch y los caballos tenían que tumbarse a lo largo en la arena, ¡qué pena le daban los pobres caballitos! ¿Estarían enfermos? Ella tenía que tranquilizarlo diciéndole que solo estaban dormidos.

¡Y ahora él le hacía eso a los hijos de otras madres! Eva Kluge no dudó ni un segundo de que lo de la foto fuera verdad, Enno era realmente incapaz de inventarse algo así. No, ahora había perdido también a su hijo. Era mucho peor que si hubiera muerto, pues entonces al menos habría podido llorar su muerte. Ahora ya no podría volver a abrazarlo, tendría que mantener su hogar cerrado también para él.

Entretanto, el hombre que registraba la habitación ha encontrado todo lo que suponía desde hacía tiempo en posesión de su mujer: una libreta de ahorros de la Caja Postal. Con 632 marcos, una mujer trabajadora, pero ¿para qué tanto trabajo? Se jubilará algún día, y todo lo que haya ahorrado... De momento mañana mismo apostará veinte marcos a Adobar y a lo mejor otros diez a Amílcar... Sigue hojeando la libreta: además de trabajadora, es una mujer ordenada. Todo está allí: detrás, en la libreta figura la contraseña y el talonario de cheques.

Cuando se dispone a guardarse la libreta en el bolsillo, su mujer se planta a su lado. Le quita la libreta de la mano y la tira sobre la cama.

—¡Fuera! —exclama—. ¡Fuera!

Y él, que momentos antes creía tener la victoria en sus manos, sale del cuarto ante sus ojos de furia. Con manos temblorosas, sin atreverse a decir ni una sola palabra, saca el abrigo y la gorra del armario, pasa a su lado sin decir palabra y cruza la puerta abierta para salir a la oscura escalera. La puerta se cierra con llave, él enciende la luz de la escalera y baja por los escalones. Gracias a Dios alguien ha dejado abierta la puerta del portal. Irá a su taberna habitual; en caso de apuro, si no encuentra a nadie, Budiker lo dejará dormir en el sofá que hay allí. Echa a andar, resignado a su destino, acostumbrado a encajar golpes. A la mujer de arriba ya casi la ha olvidado.

Ella está junto a la ventana contemplando la oscuridad de la noche. Bueno. Malo. Su Karl también se ha perdido. Lo intentará con Max, el hijo menor. Max siempre ha sido más insulso, más parecido al padre que su brillante hermano. A lo mejor puede ganarse un hijo con Max. Y en caso contrario, qué se le va a hacer, vivirá para ella sola. Pero conservará la decencia. Entonces su logro en la vida habrá sido no perder la decencia. Mañana mismo empezará a averiguar discretamente cómo salir del

Partido sin que la metan en un campo de concentración. Será difícil, pero a lo mejor lo consigue. Y si es inevitable, irá al campo de concentración. En cierto modo eso constituirá una pequeña reparación por lo que ha hecho su hijo Karl.

Arruga la carta para su hijo mayor, que han mojado sus lágrimas. Coloca otra hoja y empieza a escribir:

«Querido hijo Max: te escribo una breve misiva. Me encuentro bien, y espero que tú también lo estés. Acaba de estar aquí tu padre, lo he puesto de patitas en la calle, solo quería exprimirme. También he renegado de tu hermano Karl, por las atrocidades que ha cometido. Ahora eres mi único hijo. Te pido que mantengas siempre la decencia. Yo también haré por ti todo lo que pueda. Escíbeme pronto alguna cartita. Besos y abrazos,
tu madre.»

Capítulo 6

OTTO QUANGEL PIERDE SU CARGO

El taller de la fábrica de muebles que dirigía Otto Quangel en calidad de jefe de taller contaba con unos ochenta trabajadores y trabajadoras, y hasta el estallido de la guerra solo había fabricado piezas únicas según diseño, mientras que el resto de los departamentos de la fábrica ya solo producía muebles en serie. Cuando comenzó la contienda, reorganizaron la empresa para dedicarla a la fabricación de efectos para el Ejército, y al taller de Quangel le asignaron la tarea de fabricar determinadas cajas, muy pesadas y grandes, que, según se decía, servían para transportar bombas.

Por lo que se refería a Otto Quangel, a él le daba completamente igual el uso que se diera a las cajas; consideraba su nueva labor trivial, indigna de él y desdeñable. Él era un verdadero ebanista, al que las vetas de la madera, la fabricación de un hermoso armario tallado, llenaban de honda satisfacción. Ese trabajo le había proporcionado mucha felicidad, toda la que puede sentir un hombre de carácter tan frío. Ahora lo habían convertido en un mero capataz y vigilante cuya única misión consistía en velar para que su taller cumpliera el cupo asignado y a ser posible lo superase. Pero según su estilo, nunca había dicho una palabra sobre esos sentimientos, y su rostro duro, parecido al de un pájaro, jamás había dejado traslucir el desprecio que le inspiraba ese lamentable trabajo de madera de picea. Si alguien lo hubiera observado con más atención, habría reparado en que ahora el poco hablador Quangel ya no hablaba nada y que ese sistema de trabajo a destajo le inducía más bien a no detenerse en los detalles.

Pero ¿quién iba a fijarse en un hombre tan seco y tan hermético como Otto Quangel? Durante toda su vida parecía haber sido una mula de carga sin ningún otro interés salvo cumplir con su cometido. Jamás había tenido allí amigos, nunca había dirigido una palabra amable a nadie. ¡Trabajar, trabajar, daba lo mismo personas que máquinas con tal de que hicieran su trabajo!

No obstante, debía reconocerse que, a pesar de que controlaba el taller y tenía que espolear a los trabajadores, gozaba de no escasas simpatías. Jamás regañaba, jamás denunció a nadie ante los de arriba. Cuando creía que el trabajo no progresaba como es debido en algún sitio, iba allí y, sin decir palabra, eliminaba con sus manos hábiles el impedimento. O se situaba junto a los chismosos y, sin apartar sus ojos oscuros de los charlatanes, permanecía a su lado hasta que se les pasaban las ganas de seguir hablando. Difundía continuamente a su alrededor una sensación de frialdad. En las breves pausas para el descanso, los obreros intentaban sentarse lo más lejos posible de él, por lo que disfrutaba del respeto que le tributaban con naturalidad absoluta, un respeto que cualquier otra persona no habría conseguido por mucho que hablase y

estimulase.

La dirección de la fábrica también conocía la valía de Otto Quangel. Su taller obtenía siempre los rendimientos más elevados, nunca tenía problemas con la gente y Quangel era dócil. De haberse decidido a ingresar en el Partido, habría ascendido tiempo atrás. Pero siempre rechazó esa posibilidad.

—No me sobra dinero para esas cosas —aducía—. Necesito hasta el último marco que gano, tengo una familia que alimentar.

Se reían en secreto de lo que denominaban su inmunda avaricia. El tal Quangel parecía morir de pena por cada céntimo que tenía que donar para una colecta. No le pasaba por la cabeza que ingresando en el Partido aumentaría mucho más su sueldo que el desembolso que supondría pagar la cuota del Partido. En suma, que desde el punto de vista político, este eficiente jefe de taller era un caso desesperado, por lo que tampoco tenían inconveniente en mantenerlo en ese pequeño puesto dirigente a pesar de no ser miembro del Partido.

La verdad es que no era la avaricia de Otto Quangel la que le impedía afiliarse. Sin duda, era muy meticuloso en asuntos económicos y al cabo de semanas aún era capaz de enfadarse por unos céntimos gastados de manera irreflexiva. Pero precisamente porque era meticuloso consigo mismo lo era también con los demás, y el Partido no le parecía precisamente meticuloso a la hora de poner en práctica sus principios. Lo que había visto en la educación de su hijo en la escuela y en las Juventudes Hitlerianas, lo que había oído decir a Anna, lo que él mismo había presenciado de que todos los puestos bien pagados de la fábrica eran cubiertos por miembros del Partido, ante los que tenían siempre que ceder los que no pertenecían a él aunque fueran más eficaces, todo eso fortalecía su convicción de que el Partido no era meticuloso, o lo que es lo mismo, no era justo, de manera que no quería tener nada que ver con algo así.

Por eso lo había mortificado tanto la frase que Anna había pronunciado esa mañana, «tú y tu Führer». Sin duda, hasta entonces había creído en la voluntad honrada del Führer, en su grandeza y en sus buenas intenciones. Bastaría con alejar de su entorno a todos esos moscones y aprovechados que solo se interesaban por amasar dinero y vivir a cuerpo de rey para que todo mejorase. Pero hasta que llegase ese momento, él no colaboraría, desde luego que no, y eso lo sabía de sobra Anna, la única con la que hablaba de verdad. En fin, la suya había sido una reacción acalorada, Quangel lo olvidaría con el tiempo, nunca le guardaría rencor.

Todavía tenía que reflexionar detenidamente sobre todo lo relativo al Führer y a esa guerra. Pero eso era un proceso lento en su interior. A otros las experiencias inesperadas les impresionaban en el acto y empezaban a hablar o a gritar y hacían cualquier cosa; en él el efecto duraba mucho, mucho tiempo.

Y sumergido en el ajetreo y estruendo de su taller, la cabeza algo levantada y dejando vagar despacio la vista por la cepilladora y por la sierra de cinta, por los que clavetean, perforan y cargan tablas, se da cuenta de cómo la noticia de la muerte de

Otto y sobre todo el comportamiento de Anna y Trudel cada vez surten más efecto en su interior. En realidad no está reflexionando, más bien sabe perfectamente que ese chapucero, el carpintero Dollfuss, ha abandonado el taller hace siete minutos y en su fila el trabajo se retrasa porque siempre tiene que fumarse un cigarrillo en la puerta de salida o enzarzarse en peroratas. Le dará tres minutos más, después lo hará volver, ¡él en persona!

Mientras, sus ojos se deslizan por la manecilla del reloj de pared y comprueba que en efecto dentro de tres minutos hará diez que Dollfuss se ha escaqueado, le viene a la cabeza ese odioso cartel encima de la cabeza de Trudel, y reflexiona en lo que es crimen de alta traición y sedición y dónde se entera uno de lo que eso supone; también piensa que en el bolsillo de la chaqueta lleva la carta que le ha entregado el portero en la que se ordena sin más preámbulos al jefe de taller Quangel que se presente a las cinco en punto en la cantina del personal administrativo.

No es que esa carta lo haya alterado o molestado. Antes, cuando todavía se dedicaban a la fabricación de muebles, tenía que acudir con frecuencia a dirección para tratar sobre la fabricación de un mueble. La cantina del personal administrativo es algo nuevo, pero eso le da igual. Lo que le preocupa es que faltan únicamente seis minutos para las cinco, y para entonces querría tener al carpintero Dollfuss en su sierra. Así que sale a buscarlo un minuto antes de lo previsto.

Pero no lo encuentra: ni en los retretes, ni en los pasillos, ni en los talleres contiguos, y cuando regresa al taller el reloj marca las cinco menos un minuto, y ya va siendo hora de salir, si no desea ser impuntual. Se sacude de prisa de la chaqueta el serrín más grueso y luego cruza presuroso hacia el edificio de Administración, en cuya planta baja se ubica la cantina del personal administrativo.

Esta evidentemente ha sido preparada para una conferencia, han instalado una tribuna de oradores, una larga mesa para los jefes y toda la sala está llena de hileras de sillas. Él conoce esas cosas por las reuniones en el Frente del Trabajo, en las que ha tenido que participar con frecuencia, solo que estas reuniones se celebraban siempre enfrente, en la cantina de los obreros. La única diferencia es que allí había bancos toscos de madera en lugar de las sillas de mimbre de aquí, y además, la mayoría vestía ropa de trabajo, mientras que aquí se ven sobre todo uniformes pardos y grises, entre los que se difuminan los empleados vestidos de civil.

Quangel se ha sentado en una silla muy próxima a la puerta para poder regresar cuanto antes a su taller apenas finalice el discurso. La sala ya está muy llena cuando llega Quangel, parte de los caballeros ocupan las sillas, otros permanecen en los pasillos y en grupitos junto a la pared, hablando entre ellos.

Todos los que se han congregado allí llevan la cruz gamada. Quangel parece ser el único sin el distintivo del Partido (aparte, lógicamente, de los uniformes de la Wehrmacht, que ostentan las insignias pertinentes). Sin duda lo han invitado por error. Quangel, atento, gira la cabeza de un lado a otro. Reconoce algunas caras. Ese gordo pálido de allí sentado a la mesa de la junta directiva es Schröder, el director

general, lo conoce de vista. Y el bajito de nariz afilada con quevedos es el cajero que, sábado tras sábado, le entrega el jornal y con el que ya ha discutido enérgicamente un par de veces por las elevadas retenciones. ¡Qué raro, cuando está en la caja no lleva nunca el emblema del Partido!, piensa Quangel de pasada.

Pero la mayoría de las caras le resultan desconocidas por completo, los de aquí deben de ser casi todos señores de las oficinas. De pronto la mirada de Quangel se vuelve dura y punzante: en un grupo ha descubierto al hombre al que antes ha buscado en vano en el retrete, el carpintero Dollfuss. Pero este, en lugar de la ropa de trabajo, viste un elegante traje de domingo y habla con dos caballeros con uniforme del Partido como si fueran sus iguales. ¡Y ahora el carpintero Dollfuss, ese hombre que ya le ha llamado la atención en el taller por su atolondrada verborrea, luce también la cruz gamada! ¡De modo que es eso!, piensa Quangel. Así que es un espía. Seguramente no es carpintero de verdad ni tampoco se llama Dollfuss. ¿No era Dollfuss un canciller austríaco al que ellos asesinaron? ¡Todo mentira y yo, tonto de mí, sin darme cuenta de nada!

Y empieza a cavilar si Dollfuss estaba ya en su taller cuando fueron sustituidos Ladendorf y Tritsch y todos murmuraban que habían ido a parar a un campo de concentración.

Quangel se pone tenso. ¡Atención!, le advierte una voz en su interior. ¡Estoy aquí sentado entre asesinos, como quien dice! Más tarde se dice: Tampoco me dejaré embaucar por estos camaradas. No soy más que un jefe de taller viejo y mentecato, no entiendo de nada. Pero colaborar, nooo, eso no lo haré. Esta mañana he comprobado el disgusto que se ha llevado Anna y después Trudel; no colaboraré en algo así. No quiero que destruyan a una madre o a una novia por mi causa. Que esta gente me deje fuera de sus asuntos...

Así piensa. Mientras tanto, la sala se ha llenado hasta el último asiento. La mesa presidencial está completamente ocupada por uniformes pardos y chaquetas negras, y en el atril de los oradores un comandante o un coronel (Quangel no ha aprendido a diferenciar los uniformes y los distintivos) habla sobre la situación bélica.

Como es natural, es magnífica, la victoria sobre Francia se celebra como es debido, y solo será cuestión de unas semanas hacer morder el polvo a la misma Inglaterra. Después el orador se va aproximando poco a poco al punto que es importante para él: si en el frente se logran tan grandes éxitos, se espera que también en la patria cumplan con su deber. Lo que sigue a continuación suena casi como si el señor mayor (o coronel o capitán) viniera directamente del cuartel general para comunicar de parte del Führer al personal de la fábrica de muebles Krause & Co. que deben incrementar la producción a toda costa. El Führer espera que en tres meses la fábrica incremente la producción en un cincuenta por ciento, y en medio año la doble. Se aceptarán de buen grado propuestas de la concurrencia para lograr dicho objetivo. Pero quien no colabore, será considerado un saboteador y tratado en consecuencia.

Mientras el orador pronuncia un «Siegheil» por el Führer, Otto Quangel piensa:

¡Son bobos, unos bobos de mierda! Dentro de unas semanas Inglaterra habrá mordido el polvo, la guerra habrá terminado y nosotros incrementaremos en medio año la producción en un cincuenta por ciento. ¿Quién se va a tragar eso?

Sin embargo, corea con los demás como es debido el «Siegheil», vuelve a sentarse y mira al siguiente orador que sube al estrado con el uniforme pardo, el pecho adornado con profusión de medallas, condecoraciones y distintivos. Ese orador del Partido es un tipo de hombre completamente distinto a su predecesor militar. Desde el principio habla con voz dura y cortante de la ideología malsana que reina todavía en las empresas, a pesar de los espléndidos éxitos del Führer y de la Wehrmacht. Habla con tal dureza y un tono tan cortante que comienza a gritar y no se muerde la lengua al referirse a los derrotistas y críticos. ¡Serán exterminados hasta el último de ellos, los machacarán, les hincharán los morros para que nunca vuelvan a abrir la boca! *Suum cuique* ponía en las hebillas de los cinturones en la Primera Guerra Mundial. ¡A cada uno lo suyo, se lee ahora encima de las puertas de los campos de concentración! Allí se les enseñará lo que es bueno, y quien se encargue de que entren en ellos individuos o mujeres semejantes, habrá prestado un servicio inestimable al pueblo alemán y será un hombre del Führer.

—¡Pero a todos vosotros, los aquí reunidos —vocifera el orador para terminar—, a vosotros, jefes de taller, directores de departamento, gerentes, a vosotros os hago personalmente responsables de que vuestra empresa esté limpia! ¡Y limpieza implica ideas nacionalsocialistas! ¡Solo eso! El que sea flojo y blando y no denuncie, aunque sea una minucia, irá volando al campo de concentración. ¡De eso respondo personalmente, ya seáis directores o maestros de taller, os enderezaré aunque tenga que quitaros del cuerpo la flojera a patada limpia con mis botas!

El orador se detiene un momento, con las manos contraídas de rabia y alzadas, la cara de un rojo azulado. Tras ese estallido, los congregados se sumen en un silencio total, con expresión de enorme consternación, ellos, que de manera tan repentina y directa han pasado a ser espías de sus compañeros. Después, el orador baja del atril con paso marcial haciendo tintinear suavemente las condecoraciones en su pecho y a continuación se levanta el pálido director general Schröder y pregunta con voz suave y tenue si alguien desea pedir la palabra.

La concurrencia suelta un suspiro de alivio, se relaja, como si hubiera finalizado un mal sueño y el día volviera a recuperar sus derechos. Parece que no hay nadie que quiera hablar, todos deben de estar deseando abandonar la sala lo antes posible y cuando el director general se dispone a concluir la reunión con un «Heil Hitler», de improviso al fondo se levanta un hombre con una camisa de trabajo azul y dice que por lo que se refiere al incremento de la producción en su taller, será cosa de coser y cantar. Bastará con montar tal y cual máquina, que enumera y explica cómo han de montarse. Sí, y además habría que echar a seis u ocho personas de su taller, holgazanes e incompetentes. Entonces él lograría en tres meses lo del cien por cien.

Quangel se mantiene frío y tranquilo, ha aceptado el envite. Nota cómo todos lo

miran de hito en hito, él es un sencillo trabajador que no encaja entre caballeros tan elegantes. Pero nunca le ha preocupado nada la gente, le da igual que lo miren. Ahora que ha terminado de hablar, los de la mesa presidencial cuchichean. Los oradores preguntan quién es ese hombre de camisa azul. Entonces el comandante o coronel se levanta y le dice a Quangel que la dirección técnica hablará con él sobre las máquinas, pero ¿a qué se refería con lo de las seis u ocho personas que tenían que abandonar su taller?

Quangel contesta despacio, obstinado:

—Hay personas que no saben trabajar, pero otras no quieren hacerlo. ¡Ahí se sienta uno de ellos! —Y con el índice tieso señala sin contemplaciones al carpintero Dollfuss, que está unas filas por delante de él.

Algunos sueltan una carcajada, y entre los que ríen figura el propio Dollfuss, que ha girado la cabeza hacia él y lo mira riendo.

Quangel, sin embargo, añade frío y sin torcer el gesto:

—Sí, Dollfuss, hablar sin ton ni son, fumar cigarrillos en el retrete y descuidar el trabajo se te da muy bien.

En la mesa presidencial cuchichean de nuevo sobre ese tipo chiflado. Pero ahora no hay nada que detenga al orador del uniforme pardo, se levanta de un salto y vocifera:

—No estás en el Partido. ¿Por qué no estás en el Partido?

A esa pregunta Quangel contesta lo mismo que siempre:

—Porque necesito hasta el último céntimo, porque tengo familia, por eso no puedo permitírmelo.

El del uniforme pardo aúlla:

—¡Porque eres un perro avariento! ¡Porque no te sobra nada para tu Führer y tu pueblo! ¿Cuántos sois de familia?

Quangel contesta con tono gélido:

—¡No me hable hoy de mi familia, amigo mío! Acabo de recibir la noticia de que mi hijo ha caído.

Durante un instante reina en la sala un silencio sepulcral, por encima de las filas de sillas el jefe del Partido y el viejo jefe de taller se miran fijamente. Después Otto Quangel se sienta de repente, como si ahora todo hubiera finalizado, y poco después el del uniforme pardo hace otro tanto. El director general Schröder se levanta de nuevo y pronuncia el «Siegheil» por el Führer. Suena algo flojo. La asamblea ha concluido.

Cinco minutos después Quangel regresa a su taller; con la cabeza un poco levantada deja resbalar la vista por la cepilladora, por la sierra de cinta, por los que clavetean, perforan, cargan tablas... Pero ya no es el viejo Quangel el que está allí. Intuye, sabe, que ha vencido en astucia a todos. A lo mejor de un modo feo, pues se ha aprovechado de la muerte de su hijo, pero ¿acaso hay que ser honrado con semejantes canallas? ¡Nooo!, se responde casi en voz alta. Nooo, Quangel, nunca

volverás a ser el de antes. Siento curiosidad por ver qué dirá Anna de todo esto. Y Dollfuss ¿no volverá nunca al trabajo? En ese caso tendré que reclamar otro trabajador hoy mismo. Vamos retrasados...

Pero no hay cuidado, Dollfuss se presenta. Viene incluso acompañado por un director de departamento, y al jefe de taller Otto Quangel le comunican que conservará la dirección técnica de ese taller, pero que tiene que ceder su cargo en el Frente del Trabajo al señor Dollfuss y no debe volver a ocuparse de la política.

—¿Entendido?

—¡Vaya si lo he entendido! Me alegro de que me quites el cargo, Dollfuss. Mi oído es cada vez peor y escuchar, en el sentido que le daba el caballero de antes, me es del todo imposible aquí, con el ruido que hay.

Dollfuss asiente brevemente y añade de prisa:

—Y ni una palabra a nadie de lo que usted acaba de ver y oír, o...

Quangel responde, casi ofendido:

—¿Con quién voy a hablar, Dollfuss? ¿Me has visto hablar alguna vez con alguien? Eso no me interesa, a mí solo me interesa mi trabajo y sé que hoy llevamos mucho retraso. Ya va siendo hora de que te sitúes junto a tu máquina. —Y tras echar un vistazo al reloj—: Has perdido una hora y treinta y siete minutos.

Instantes después el carpintero Dollfuss se coloca junto a su sierra, y a la velocidad del rayo, nadie sabe cómo, se difunde por el taller el rumor de que a Dollfuss le han echado un buen rapapolvo por andar siempre fumando y charlando.

Sin embargo, el jefe de taller Otto Quangel va muy atento de máquina en máquina, interviene, mira de vez en cuando fijamente a algún charlatán y piensa: Me he librado de estos... ¡para siempre jamás! ¡Y no tienen la menor sospecha, para ellos no soy más que un viejo imbécil! ¡Haber tratado al del uniforme pardo de «querido amigo» les ha asestado el golpe mortal! Ahora solo siento curiosidad por ver lo que hago. Porque algo haré, lo sé. Lo único que desconozco todavía es qué...

Capítulo 7

ROBO EN LA NOCHE

A última hora de la tarde, en realidad ya es de noche y demasiado tarde para lo acordado, el señor Emil Barkhausen ha encontrado a su Enno en el restaurante Los Rezagados. Eso es lo que ha conseguido además la cartera Eva Kluge con su ira sacrosanta. Los caballeros se han sentado a una mesa ubicada en un rincón con un vaso de cerveza y allí han susurrado largo tiempo —con *un* vaso de cerveza—, hasta que el tabernero les ha recordado que ya ha anunciado tres veces la hora de cierre y va siendo hora de que se marchen de una vez a reunirse con sus mujeres.

En la calle, ambos prosiguen su conversación; primero caminan un trecho hacia la avenida Prenzlauer, y después Enno intenta volver, porque le ha venido a la mente que quizá sería mejor probar con una con la que estuvo enrollado y a la que llaman Tutti. Tutti, el Babuino. Sería mejor que esos asuntos turbios...

Emil Barkhausen casi explota de ira por tanta incompreensión. Le ha asegurado a Enno por décima, por centésima vez, que no cabe hablar de asuntos turbios. Más bien se trata de una incautación —casi legal—, que se lleva a cabo bajo la protección de las SS en casa de una vieja judía por la que nadie se preocupará. Ellos dos harán su agosto para una temporada, la policía y la justicia no tienen nada que ver con eso.

Enno vuelve a contestar: No, no, él nunca se ha metido en asuntos de esa índole, no entiende nada de eso. De mujeres, sí, y de apuestas en las carreras también, pero él jamás ha negociado con pescado podrido. Tutti se había mostrado siempre muy bondadosa y, a pesar de que la llaman «el Babuino», seguro que ya no se acordará de que en su día lo ayudó sin saberlo con algo de dinero y cartillas de racionamiento.

Ya han llegado a la avenida Prenzlauer.

Barkhausen, un hombre que oscila siempre entre el servilismo y la amenaza, dice irritado, tirándose de su bigote ralo y descuidado:

—¿Quién demonios te ha pedido que entiendas algo del asunto? Ya me las apañaré yo solo, por mí puedes quedarte con las manos en los bolsillos. ¡Si quieres, hasta te haré las maletas! Entiéndelo de una vez, Enno: solo te llevo conmigo para protegerme de una jugarreta de las SS, como testigo en cierto modo, de que el reparto se hace correctamente. ¡Piensa en todo lo que se puede sacar a una comerciante judía tan rica, aunque la Gestapo en su día, cuando fue a buscar al marido, también se llevó lo suyo!

De pronto Enno Kluge accede sin más resistencia, sin el menor escrúpulo, sin transición. Ahora se muere de impaciencia por llegar cuanto antes a la calle Jablonski. Pero lo que le ha decidido a superar su miedo y a dar un sí tan incondicional no ha sido la palabrería de Barkhausen, ni la perspectiva de un

suculento botín, sino lisa y llanamente el hambre. De repente, sin poderlo evitar, ha pensado en la despensa de la Rosenthal, y de que nada en la vida le ha sabido tan rico como un cuello de ganso relleno al que un día lo invitó un rico ropavejero judío.

Y preso de sus fantasías de hambriento, se le ha metido en la cabeza que en la despensa de la Rosenthal encontrará un cuello de ganso relleno igual. Ha visto con toda claridad ante él la fuente de porcelana con el cuello colocado sobre la salsa con la grasa solidificada, bien relleno y atado en sus dos extremos con un hilo. Cogera la fuente y lo calentará todo en la llama de gas, el resto le trae sin cuidado. Barkhausen que haga lo que le apetezca, eso carece de interés para él. Mojará pan en la salsa caliente, grasienta, muy especiada, y se comerá el cuello de ganso con la mano mientras la grasa chorrea ruidosamente en todas direcciones.

—Aprieta el paso, Emil, que tengo prisa.

—¿Por qué? —pregunta Barkhausen, pero en realidad le parece bien y, solícito, aprieta el paso.

Él también se alegrará cuando haya concluido el asunto, que tampoco es de su especialidad. No teme a la policía ni a la vieja judía —¿qué podía pasarle por «arianizar» sus propiedades?—, sino a los Persicke. Son una maldita banda de canallas tan traicionera que incluso los cree capaces de la bajeza de jugar una mala pasada a un compinche. Solo por los Persicke se ha llevado con él a ese cretino de Enno, es un testigo al que no conocen, él los frenará.

Luego, en la calle Jablonski todo va como una seda. Serían más o menos las diez y media cuando abren la puerta de la calle con una llave legal. Después, aguzan el oído en la escalera, y al no oír el menor movimiento, encienden la luz y a su resplandor se descalzan, porque:

—Hemos de ser considerados con el descanso nocturno de los inquilinos —dice Barkhausen con una risita sarcástica.

Cuando vuelve a apagarse la luz se deslizan sigilosos y raudos escaleras arriba, y todo transcurre sin contratiempos. No cometen ninguno de esos errores de principiante, como chocar ruidosamente contra algo o perder un zapato con estrépito, no, ascienden con absoluto sigilo los cuatro pisos. O sea, que han hecho una buena parte del trabajo en la escalera, a pesar de que ninguno de los dos es un auténtico malhechor y a pesar de que se encuentran bastante nerviosos, uno por el cuello de ganso relleno y el otro por el botín y los Persicke.

Barkhausen se había imaginado cien veces más difícil lo de la puerta de la Rosenthal, solo está encajado el resbalón, es facilísima de abrir, ni siquiera estaba cerrada con llave. ¡Qué mujer tan imprudente, y eso que debería ser especialmente cuidadosa por su condición de judía! Total, que los dos entran en el piso, no saben ni cómo, tan rápido ha sido.

Después Barkhausen enciende la luz de la entrada y con absoluta desenvoltura dice:

—Si esa vieja cerda judía chilla, sacúdele sin más en la cabeza —proclama, lo

mismo que le ha dicho esa mañana a Baldur Persicke.

Pero ella no chilla. Primero revisan con tranquilidad la pequeña entrada, atestada de muebles, maletas y cajas. Claro, los Rosenthal poseían una casa enorme junto a su tienda, y cuando uno tiene que salir de ahí repentinamente y solo consigue dos habitaciones con alcoba y cocina, todo queda bastante amontonado, ¿verdad? Es comprensible.

Sienten un hormigueo en los dedos por empezar ahora mismo a registrar, rebuscar y cargar, pero Barkhausen prefiere buscar primero a la Rosenthal y taponarle la boca con un pañuelo para evitar problemas. Una de las habitaciones está tan atestada que casi impide moverse; comprenden entonces que lo que allí hay no conseguirán llevárselo ni en diez noches, deben limitarse a escoger lo mejor. La otra habitación está igual, y también la alcoba. Lo único que no encuentran es a la Rosenthal, la cama está intacta. Por respetar el orden, Barkhausen revisa además la cocina y el cuarto de baño, pero la mujer ha desaparecido, y eso es lo que él llama una chiripa, porque ahorra molestias y facilita mucho el trabajo.

Barkhausen retorna a la primera habitación y empieza a revolver. Ni se da cuenta de que ha perdido a su compinche. Enno está en la despensa, amargamente decepcionado por no encontrar allí un cuello de ganso relleno, sino tan solo unas cebollas y medio pan. Pero empieza a comer, corta las cebollas en rodajas y las coloca sobre el pan, y también eso le sabe bien y aplaca su hambre.

Mientras Enno Kluge mastica, sus ojos caen sobre la parte inferior del estante, y de repente se da cuenta de que los Rosenthal no tienen comida, pero sí bebida. Porque abajo, en el estante, se ven botellas y más botellas, de vino y también de aguardiente. Enno, que a fin de cuentas es una persona morigerada cuando no se trata de apostar en las carreras de caballos, agarra una botella de vino dulce y comienza a regar de vez en cuando sus bocadillos de cebolla. Dios sabe cómo sucede, pero el caso es que de repente ese brebaje insulso repugna a Enno, que habitualmente es capaz de pasarse tres horas con el mismo vaso de cerveza. Ahora abre una botella de coñac y da muy deprisa varios tragos seguidos, en cinco minutos vacía la mitad de la botella. Igual ha sido el hambre o la excitación lo que le ha cambiado tanto. Ha renunciado por completo a la comida.

Después también deja de interesarle el aguardiente, y se marcha a buscar a Barkhausen. Este sigue revolviendo el cuarto grande y, tras abrir los armarios y las maletas, arroja al suelo su contenido en busca siempre de algo mejor.

—¡Chico, chico, esos debieron de llevarse consigo toda su tienda de lencería! — exclama Enno abrumado.

—¡Deja de hablar y echa una mano! — replica Barkhausen—. Seguro que aquí hay todavía joyas escondidas y dinero... estos, los Rosenthal, antes eran gente rica, millonarios... ¡y tú, cenutrio, hablas de asuntos turbios!

Durante un rato trabajan en silencio, arrojando cada vez más cosas al suelo, cubierto ya de prendas de ropa y lencería y trastos, que pisan con sus zapatos.

Entonces Enno, completamente mareado por el aguardiente, dice:

—Estoy que no veo. Primero tengo que echar un trago para despejarme. Tráeme un poco de coñac de la despensa, Emil.

Barkhausen obedece sin rechistar y regresa con dos botellas de licor. Acto seguido se sientan juntos en buena armonía encima de la ropa, beben un trago después de otro y discuten el caso con seriedad y detenimiento.

—Barkhausen, está más claro que el agua que no vamos a conseguir llevarnos tan deprisa todos estos trastos, y tampoco podemos quedarnos aquí mucho rato. Creo que cada uno debe coger dos maletas, y para empezar nos largamos con eso. ¡Mañana será otro día!

—Tienes razón, Enno, no quiero quedarme aquí mucho tiempo, aunque solo sea por los Persicke.

—¿Quiénes son esos?

—Pues gente... Pero cuando pienso que me largo de aquí con dos maletas llenas de ropa, dejando una maleta de dinero y joyas, me arrancarían la cabeza de un mordisco. Habría que seguir buscando un rato más. ¡Salud, Enno!

—¡Salud, Emil! ¿Y por qué no buscas un poco más? La noche es larga y nosotros no pagamos la factura de la luz. Pero quería preguntarte una cosa: ¿dónde piensas llevar tus maletas?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir, Enno?

—Que adónde piensas llevarlas. ¿A tu casa?

—¿Qué te figuras, que voy a llevarlas a la oficina de objetos perdidos? Pues claro que me las llevaré a casa, con mi Otti. Y mañana temprano las transportaré a la calle Münz y venderé todo el botín a precio de saldo, para que el pajarito vuelva a trinar.

Enno frota ruidosamente el corcho contra el cuello de la botella.

—¡Escucha mejor cómo trina este pájaro! ¡Salud, Emil! Pero si yo fuera tú, no lo llevaría a casa y menos con tu mujer... ¿qué necesita saber tu mujer de tus ingresos adicionales? No, si yo fuera tú, haría lo que yo, llevar las maletas a la estación Stettiner, a consigna, y enviarme a mí mismo el resguardo, pero a una lista de correo. Así nunca me encontrarían nada ni podrían probar nada.

—No está mal pensado, Enno —replica Barkhausen con tono lisonjero—. ¿Y cuándo volverás a por los trastos?

—¡Pues cuando no haya moros en la costa, Emil, es evidente!

—¿Y de qué vivirás mientras tanto?

—Ya te lo he dicho, me iré a casa de Tutti. En cuanto le cuente el asunto que tengo entre manos, me acogerá cariñosa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien, muy bien. —Barkhausen asiente—. Y cuando vayas a Stettiner, yo iré a la estación Anhalter. Eso llama menos la atención, ¿sabes?

—¡Tampoco está mal pensado, Emil, tú también tienes muy buena cabeza!

—Uno se relaciona con gente —responde Barkhausen, humilde—. Uno escucha esto y aquello. Las personas son como las vacas, siempre aprenden algo nuevo.

—¡Cuánta razón tienes! ¡Salud, Emil!

—¡Salud, Enno!

Durante un rato se miran en silencio satisfechos, y de vez en cuando echan un trago. Entonces dice Barkhausen:

—Si te vuelves, Enno, aunque no tiene por qué ser ahora, verás detrás de ti una radio que tiene como mínimo diez tubos. Me gustaría mucho llevármela.

—¡Entonces no te lo pienses dos veces, Emil! Una radio siempre es buena, para quedársela y para venderla. Una radio siempre es buena.

—En ese caso intentemos meter ese chisme en una maleta y luego rellenaremos todo alrededor con ropa.

—¿Tiene que ser ahora mismo o echamos antes otro traguito?

—Aún podemos permitirnoslo, Enno. ¡Pero solo uno!

Así que se permiten otro trago, y dos y tres, y después se ponen de pie muy despacio y se esfuerzan por meter un gran aparato de radio de diez tubos en una maleta apenas apta para un receptor popular^[3]. Al cabo de un rato de duro trabajo, Enno exclama:

—¡Que no cabe, que no cabe! Olvídate de esta vieja radio de mierda, Emil, es mejor que te lleves una maleta llena de trajes.

—Pero es que a mi Otti le gusta escuchar la radio.

—Creía que no pensabas contarle nada de este asunto a tu costilla. ¡Estás borracho, Emil!

—¿Y tú y tu Tutti? ¡Vosotros dos sí que estáis borrachos! ¿Dónde tienes a tu Tutti?

—¡Está pimplando! ¡Y de qué manera! —Y vuelve a frotar el gollete con el corcho mojado—. ¡Echemos otro trago!

—¡Salud, Enno!

Beben, y Barkhausen prosigue:

—Pero me gustaría llevarme la radio. Si el maldito cacharro no quiere entrar en la maleta, me colgaré la caja al cuello con una cuerda. Eso me permitirá tener las manos libres.

—¡Hazlo, hombre! Bueno, en ese caso vamos a empaquetarlo todo.

—Eso, manos a la obra. ¡Ya va siendo hora!

Pero se quedan parados con una sonrisa estúpida en la boca.

—Bien pensado —comienza a decir Barkhausen—, la vida es bella. Mira todas estas cosas buenas —asiente con una inclinación de cabeza—, y nosotros podemos coger lo que se nos antoje, y encima hacemos una buena obra quitándoselo a una judía que lo ha conseguido todo robando...

—Qué razón tienes, Emil... hacemos una buena obra, para el pueblo alemán y para nuestro Führer. Son los buenos tiempos que él nos prometió.

—¡Y nuestro Führer cumple su palabra, Enno, vaya si la cumple!

Se miran conmovidos, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué estáis haciendo aquí vosotros dos? —inquire una voz dura desde la puerta.

Los dos hombres se sobresaltan y ven a un muchacho menudo con uniforme pardo.

Entonces Barkhausen hace a Enno una señal de asentimiento lenta y triste.

—Ese es el señor Baldur Persicke, del que ya te hablé, Enno. ¡Ahora empiezan los problemas!

Capítulo 8

PEQUEÑAS SORPRESAS

Mientras los dos borrachos hablan entre ellos, toda la facción masculina de la familia Persicke se ha congregado en la habitación. Muy cerca de Enno y Emil está el bajo y nervudo Baldur, los ojos echando chispas detrás de las lentes muy pulidas, un poco más atrás los dos hermanos con sus uniformes negros de las SS, pero sin gorras, y cerca de la puerta, como si desconfiase, el viejo extabernero Persicke. También la familia Persicke está alcoholizada, pero en ella el licor ha ejercido un efecto radicalmente distinto que sobre los dos ladrones. Ellos no se han vuelto sentimentales, estúpidos y olvidadizos, sino que su dureza, avidez y brutalidad naturales han aumentado aún más.

Baldur Persicke pregunta con tono rudo:

—¡Vamos, que es para hoy! ¿Qué estáis haciendo aquí vosotros dos? ¿O es que acaso es vuestra vivienda?

—¡Pero, señor Persicke! —exclama Barkhausen con voz atribulada.

Baldur simula no haber reconocido al hombre hasta ese momento.

—¡Caramba, pero si es Barkhausen, el del sótano interior! —exclama muy asombrado dirigiéndose a sus hermanos—. ¿Qué está haciendo aquí, señor Barkhausen? —Su asombro se transforma en burla—. ¿No sería mejor que se ocupara un poco —sobre todo en plena noche— de su mujer, la buena de Otti? He oído que se celebran fiestas con hombres de mucha categoría, y que al parecer sus hijos van haciendo esos por el patio hasta muy entrada la noche. ¡Lleve a sus hijos a la cama, Barkhausen!

—¡Problemas! —murmura este—. Lo supe nada más ver a esta serpiente con gafas: problemas —y vuelve a asentir apesadumbrado mirando a Enno.

Enno Kluge parece un idiota. Se tambalea suavemente sobre sus pies, sostiene la botella de coñac en la mano, que cuelga floja, y no entiende ni una palabra de la conversación.

Barkhausen se dirige de nuevo a Baldur Persicke. Su tono ya no es tan apesadumbrado sino un tanto acusador, de repente se siente muy ofendido.

—Si mi esposa hace algo que no está bien, yo respondo de ello, señor Persicke —afirma—. Soy el marido y padre... según la ley. ¡Y si mis hijos están borrachos, usted también lo está, y usted también es un niño todavía, sí señor, eso es usted, caramba!

Mira enfadado a Baldur, y este le devuelve una mirada relampagueante. Después hace una seña imperceptible a sus hermanos para que estén preparados.

—¿Y qué hace aquí, en el piso de la Rosenthal? —pregunta con voz acerada el Persicke más joven.

—¡Pero si es justo lo que acordamos! —asegura ahora afanoso Barkhausen—. Todo según lo acordado. Yo y mi amigo nos vamos ahora mismo. La verdad es que ya nos íbamos. Él a la estación de Stettin, yo a la de Anhalter. Dos maletas cada uno, queda de sobra para ustedes.

Farfulla las últimas palabras, medio adormilado.

Baldur lo observa con atención. Quizá no sea necesario recurrir a la violencia, pues esos dos tipos están borrachos como cubas. Pero su cautela le previene. Agarra a Barkhausen por el hombro y pregunta sin contemplaciones:

—¿Quién es este hombre? ¿Cómo se llama?

—Enno —contesta Barkhausen con la lengua estropajosa—. Es mi amigo Enno...

—¿Y dónde vive tu amigo Enno?

—No lo sé, señor Persicke. Es solo de la taberna. Un amigo de barra. Del local Los Rezagados.

Baldur ha tomado una decisión. De repente golpea con el puño el pecho de Barkhausen y este cae de espaldas sobre los muebles y la ropa con un leve grito.

—¡Maldito cerdo! —vocifera—. ¿Cómo te atreves a llamarme serpiente con gafas? ¡Yo te enseñaré lo niño que soy!

Pero sus insultos carecen de sentido, esos dos ya no lo oyen. Los hermanos de las SS se han abalanzado sobre ellos y han noqueado a ambos con un golpe brutal.

—Bien —dice Baldur complacido—. Dentro de una horita entregaremos a la policía a estos dos ladrones que hemos pillado con las manos en la masa. Entretanto bajaremos todo lo que podamos necesitar. ¡Pero nada de hacer ruido por la escalera! He estado escuchando, pero no he oído que el viejo Quangel haya regresado a casa después de su turno de tarde.

Los dos hermanos asienten. Baldur observa primero a las víctimas inconscientes y ensangrentadas, después las maletas, la ropa, la radio. De repente sonrío. Se gira hacia su padre:

—¿Qué, padre, cómo he manejado el asunto? ¡Tú y tu eterno miedo! Ves cómo...

Pero se interrumpe. En la puerta no está, como esperaba, su padre, pues ha desaparecido sin dejar rastro. Su lugar lo ocupa el jefe de taller Quangel, ese hombre de perspicaz y fría cara de pájaro, que lo observa en silencio con sus ojos oscuros.

Cuando Otto Quangel volvió a casa de su turno de tarde —a pesar de que se había hecho muy tarde por culpa del retraso, no había cogido el tranvía, podía ahorrarse esos céntimos—, al llegar delante del edificio vio que pese a la orden de oscurecimiento la casa de la señora Rosenthal tenía la luz encendida. Al fijarse con más detenimiento comprobó que también había luz en casa de los Persicke y debajo, en el piso de Fromm, porque brillaba en los bordes de las persianas. En el piso del juez del Tribunal Cameral Fromm, del que no se sabía con exactitud si se había jubilado en 1933 por edad o por los nazis, siempre permanecía la luz encendida durante la mitad de la noche, en él no era raro. Y los Persicke debían de estar celebrando todavía la victoria sobre Francia. Pero el hecho de que la vieja Rosenthal

tuviera la luz encendida y además en todas las ventanas, no encajaba. La vieja señora era tan miedosa y estaba tan aterrorizada que jamás iluminaría así su casa.

¡Aquí hay gato encerrado!, pensó Otto Quangel mientras abría con llave la puerta del portal y comenzaba a subir las escaleras despacio. Como de costumbre, no encendió la luz, él no solo era ahorrativo, es decir, cuidadoso, consigo mismo, sino con todos, incluido el casero. ¡Aquí hay gato encerrado! Pero ¿a mí qué me importa? ¡La gente me trae sin cuidado! Vivo para mí solo. Con Anna. Solo nosotros dos. Además, a lo mejor la Gestapo está ahora ahí arriba, registrando el domicilio. ¡Menuda gracia tendría presentarme de improviso! No, me voy a la cama...

Pero su sentido de la precisión, que casi cabría denominar ya sentido de la justicia, tan potenciado por el reproche «tú y tu Hitler», juzgó muy mezquino ese resultado de sus reflexiones. Ahora estaba esperando, llave en mano, delante de la puerta de su casa, la cabeza levantada. La puerta tenía que estar abierta, había una claridad crepuscular allí arriba, también escuchó una voz dura. Una anciana completamente sola, pensó con sorpresa súbita. Sin protección. Sin compasión...

Fue en ese momento cuando una mano de hombre pequeña, pero fuerte, salió de la oscuridad cogiéndolo del pecho y girándolo hacia la escalera. Una voz educada, muy cortés, explicó:

—Por favor, vaya usted delante, señor Quangel. Yo lo seguiré y apareceré en el momento adecuado.

Quangel ascendió por la escalera sin vacilar, tal era la fuerza de convicción que residía en esa mano y en esa voz. Solo puede haber sido el viejo consejero Fromm, pensó. Qué sigiloso. Creo que en todos los años que llevo viviendo aquí no lo he visto de día ni veinte veces, ¡y ahora resulta que le gusta deslizarse por la escalera en plena noche!

Mientras pensaba esto, subió las escaleras sin vacilar y llegó al piso de la Rosenthal. Vio cómo ante su aparición una figura gruesa —con toda seguridad el viejo Persicke— se retiraba precipitadamente a la cocina, también tuvo ocasión de oír las últimas palabras de Baldur sobre el manejo del asunto, y que no se podía tener miedo eternamente... Ahora estaban en silencio frente a frente los dos, Baldur y Quangel.

Durante un instante el propio Baldur Persicke creyó que todo estaba perdido. Pero después recordó uno de sus máximas vitales: el descaro vence, de modo que dijo con tono desafiante:

—Se ha quedado pasmado, ¿eh? Pero ha llegado un poco tarde, señor Quangel, ya hemos pillado y capturado a los ladrones. —Hace una pausa, pero Quangel calla. Algo más débilmente, Baldur prosigue—: Por cierto, parece que uno de los dos cuervos es Barkhausen, el que consiente aquí, en el patio de nuestra casa, un burdel.

La mirada de Quangel sigue el dedo acusador de Baldur.

—Sí —contesta muy seco—, uno de los cuervos es Barkhausen.

—Pero, vamos a ver —inesperadamente se escucha la voz de Adolf Persicke, el

hermano de las SS—. ¿Qué hace usted aquí plantado mirando como un pasmarote? Sería mejor que fuese a denunciar el robo en comisaría, Quangel, para que vengan a buscar a estos dos pájaros. Mientras tanto nosotros vigilaremos.

—¡Cállate, Adolf! —sisea Baldur, irritado—. ¡Deja de darle órdenes a Quangel! El señor Quangel sabe de sobra lo que tiene que hacer.

Pero en ese momento Quangel ignora justamente eso. De haber estado solo, habría tomado en el acto una decisión. Pero había notado esa mano en su pecho, esa cortés voz masculina; él no se imaginaba lo que se proponía el antiguo juez del Tribunal Cameral. No quería estropearle su juego. Ojalá supiera...

Pero en ese preciso instante aparece en escena el viejo caballero, no a su lado, como esperaba Quangel, sino procedente del interior de la vivienda. De repente surge entre ellos como una aparición espectral, pegándole a los Persicke otro susto aún mayor.

Dicho sea de paso, el anciano tenía un aspecto de lo más raro. Su figura delicada, de mediana estatura, iba completamente envuelta en una bata de seda negro azulada, con los bordes ribeteados en seda roja y cerrada con grandes botones de madera rojos. El viejo señor lucía una perilla canosa y un bigote blanco muy recortado sobre el labio superior. Su cabello, muy ralo y todavía castaño, estaba cuidadosamente peinado sobre el cráneo pálido aunque no lograba ocultar del todo su desnudez. Detrás de las gafas estrechas con montura de oro, en medio de mil arruguitas, relucían unos ojos satisfechos y burlones.

—No, caballeros —dijo con soltura, pareciendo reanudar una conversación iniciada hacía mucho y muy satisfactoria para todos—. No, caballeros, la señora Rosenthal no está en la vivienda. Pero quizá uno de los jóvenes señores Persicke no tenga inconveniente en acudir al baño. Su padre no parece encontrarse muy bien. Al menos no para de intentar ahorcarse allí con una toalla. No he logrado disuadirle de tal proceder...

El juez del Tribunal Cameral sonrío, pero los dos Persicke mayores abandonan la habitación con tanta precipitación que casi resulta gracioso. El joven Persicke, sin embargo, se ha quedado muy pálido y muy sereno. El anciano que acaba de entrar en la habitación y que se expresa con tal ironía es un hombre cuya superioridad reconoce sin ambages hasta Baldur. No se las da de superior, lo es de verdad. Baldur Persicke dice casi suplicante:

—Comprenda usted, señor juez del Tribunal Cameral, mi padre, reconozcámoslo sin rodeos, está completamente bebido. La capitulación de Francia...

—Lo comprendo, lo comprendo perfectamente —asiente el antiguo juez con un ademán tranquilizador—. Todos somos humanos, solo que no todos nos ahorcamos cuando nos embriagamos. —Calla un instante y con una sonrisa añade—: Como es natural, también ha hablado por los codos, pero ¿quién hace caso de la verborrea de un borracho? —Sonríe de nuevo.

—¡Señor consejero! —exclama suplicante Baldur Persicke—. ¡Se lo ruego, tome

este asunto en sus manos! Ha sido usted juez, sabe lo que hay que hacer...

—No, no —rechaza el juez con tono decidido—. Soy un anciano enfermo. — Aunque no lo parece en absoluto. Al contrario: su aspecto es rozagante—. Además, llevo una vida completamente retirada, apenas mantengo relación con el mundo. Pero usted, señor Persicke, y su familia son los que han sorprendido a los dos ladrones. Ustedes los entregarán a la policía y pondrán a buen recaudo los bienes de esta vivienda. En mi rápida ronda me he formado una pequeña idea. Por ejemplo, he contado diecisiete maletas y veintiuna cajas. Y otras cosas más. Y otras cosas más...

Habla cada vez más despacio. Con más lentitud. En ese momento agrega con ligereza:

—No me extrañaría nada que la captura de ambos ladrones les acarrese fama y honor a usted y a su familia.

El consejero calla. Baldur está muy pensativo. Sí, también existe esa posibilidad... ¡menudo viejo zorro está hecho este Fromm! Sin duda lo sabe todo, seguro que su padre se ha ido de la lengua, pero no quiere líos, no quiere saber nada del asunto. No supone el menor peligro. ¿Y Quangel, el viejo jefe de taller? Este no se ha ocupado jamás de ningún vecino de la casa, nunca ha saludado a nadie, jamás ha cruzado una palabra con nadie. Quangel es un auténtico trabajador viejo, extenuado, agotado, ya sin ideas propias en la cabeza. Seguro que no causará molestias innecesarias. Es completamente inofensivo.

Quedan los dos imbéciles borrachos que están ahí tirados. Como es natural, es posible entregarlos a la policía y negar todo lo que Barkhausen pueda contar sobre instigación. Seguro que no le prestarán el menor crédito si declara en contra de miembros del Partido, de las SS, de las Juventudes Hitlerianas. Y después habrá que denunciar el caso a la Gestapo. Entonces acaso les entreguen de manera del todo legal parte de esas cosas de las que sería ilegal y peligroso apoderarse en ese momento. Y encima merecerían reconocimiento.

Un camino tentador. Pero quizá sea preferible dejar correr el asunto por el momento. Poner unos esparadrapos a Barkhausen y al tal Enno y despedirlos con unos marcos. Seguro que no hablarán. Cerrar el piso tal como está, tanto si la Rosenthal regresa como si no. A lo mejor es posible hacer algo más adelante... Tiene la impresión y casi la certeza de que las medidas contra los judíos se endurecerán más todavía. Aguardar y tomarse un té. Dentro de medio año quizá se puedan hacer cosas que hoy son imposibles. Ellos, los Persicke, han mostrado su punto flaco en demasía. No es que vayan a actuar contra ellos, pero en el Partido andarán en boca de todo el mundo. Ya no serán de fiar.

Baldur Persicke dice:

—Estoy por dejar a estos dos tipos que se vayan. Me dan pena, señor juez, no son más que dos pequeños granujas de tres al cuarto.

Mira a su alrededor, está solo. Tanto el juez del Tribunal Cameral como el jefe de taller han desaparecido. Tal como había pensado: no quieren tener nada que ver con

el asunto. Es la postura más astuta. Baldur hará lo mismo, por mucho que despotriquen sus hermanos.

Con un profundo suspiro dedicado a todas esas cosas bonitas a las que se ve obligado a renunciar, Baldur se dirige a la cocina para intentar que su padre recupere el juicio y sus hermanos renuncien a lo ya conseguido.

Entretanto, en la escalera, el juez del Tribunal Cameral le dice al jefe de taller Quangel, que lo ha seguido en silencio:

—Y si tiene usted dificultades debido a la señora Rosenthal, señor Quangel, diríjase a mí. Buenas noches.

—¿Qué me importa a mí la señora Rosenthal? ¡No la conozco de nada! —protesta Quangel.

—En ese caso ¡buenas noches, señor Quangel! —Y el consejero desaparece por la escalera abajo.

Otto Quangel abre la puerta de su oscuro piso.

Capítulo 9

CONVERSACIÓN NOCTURNA EN CASA DE LOS QUANGEL

Apenas ha abierto Quangel la puerta del dormitorio, Anna, su mujer, le dice asustada:

—¡No enciendas la luz, papá! Trudel está durmiendo en tu cama. Te he hecho la cama en el sofá del salón.

—Está bien, Anna —contesta Quangel, asombrado por la novedad de que Trudel tenga que dormir en su cama como sea. Siempre se ha acostado en el sofá.

Pero no vuelve a decir nada hasta que, ya desnudo, yace en el sofá debajo de la manta.

—¿Quieres dormir, Anna, o te apetece conversar? —pregunta.

Ella vacila un instante, después contesta desde la alcoba por la puerta abierta:

—Estoy tan cansada y rota, Otto...

Así que continúa enfadada conmigo, ¿por qué?, se pregunta Otto Quangel, pero dice imperturbable:

—Entonces duerme, Anna. Buenas noches.

Y desde la cama de ella llega esta respuesta:

—Buenas noches, Otto.

También Trudel susurra bajito:

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, Trudel —contesta y se tumba de lado deseando dormirse lo antes posible, porque está muy cansado. Demasiado, por lo visto. Al igual que el que está excesivamente hambriento, el sueño huye de él. Ha transcurrido un día largo con incesantes acontecimientos, un día como no ha habido otro en la vida de Otto.

Pero no un día como habría deseado. Aparte de que todos los sucesos han sido desagradables, excepto el relevo de su cargo en el Frente del Trabajo. Quangel odia todo ese alboroto, esa obligación de hablar con un sinnúmero de personas que en conjunto se le antojan insoportables. Y piensa en la carta oficial que le ha entregado la señora Kluge, en el espía Barkhausen que ha intentado engañarlo tan torpemente, en el pasillo de la fábrica de uniformes con los carteles ondeando en la corriente de aire contra los que Trudel apoyó la cabeza. Piensa en el carpintero encubierto Dollfuss, ese eterno fumador de cigarrillos, las medallas y condecoraciones vuelven a tintinear sobre el pecho del orador vestido de pardo, ahora lo aferra, surgiendo de la oscuridad, la mano pequeña y firme de Fromm, el consejero retirado del Tribunal Cameral, empujándolo hacia la escalera. Ahí está el joven Persicke con sus botas relucientes encima de la ropa, palideciendo cada vez más, y en el suelo se oye la respiración ronca y los gemidos de los dos borrachos ensangrentados.

Vuelve a incorporarse, ha estado a punto de dormirse. Pero otra cosa lo perturba ese día, algo que ha oído con toda exactitud y ha vuelto a olvidar. Se sienta en el sofá y escucha largo rato con extrema atención. Es verdad, no ha oído mal. En tono imperioso llama:

—¡Anna!

La contestación es quejumbrosa, poco propia del estilo de su mujer:

—¿Por qué vuelves a molestarme, Otto? ¿Es que no voy a poder descansar? ¡Ya te he dicho que no me apetece hablar!

—¿Por qué tengo que dormir en el sofá si Trudel está durmiendo contigo en tu cama? —prosigue—. ¿Entonces mi cama sigue libre?

Durante un momento enfrente reina un profundo silencio, después la mujer contesta casi suplicante:

—Papá, Trudel está durmiendo en tu cama, de veras. Yo estoy acostada sola, además me duele todo el cuerpo...

Él la interrumpe:

—No me mientas, Anna. En vuestro cuarto se oyen tres respiraciones, lo he oído perfectamente. ¿Quién está durmiendo en mi cama?

Silencio, un largo silencio. Luego la mujer responde con voz firme:

—No preguntes tanto. Ojos que no ven, corazón que no siente. Es mejor que te calles, Otto.

Y él, inflexible:

—Aquí mando yo. En esta casa no hay secretos para mí. Porque soy el responsable de todo, por eso. ¿Quién está durmiendo en mi cama?

Largo silencio, muy largo. Después una voz vieja y profunda de mujer dice:

—Yo, señor Quangel, la señora Rosenthal. Su mujer y usted no tendrán ningún problema por mi culpa. Voy a vestirme. Enseguida regresaré arriba.

—Ahora no puede subir a su casa, señora Rosenthal. Están allí los Persicke y un par de tipos más. Quédese acostada en mi cama. Y mañana a primera hora, muy temprano, a las seis o las siete, vaya a ver al antiguo juez Fromm y llame a su puerta, en el entresuelo. Él la ayudará, me lo ha dicho.

—Muchas gracias, señor Quangel.

—Déselas al consejero, no a mí. Yo me limito a echarla de mi casa. Bien, y ahora te llega el turno a ti, Trudel...

—¿Yo también tengo que marcharme, padre?

—Sí. Esta ha sido la última visita que nos haces, y sabes de sobra por qué. Es posible que Anna vaya a visitarte alguna vez, aunque no lo creo. En cuanto recobre el juicio y yo haya hablado con ella como es debido...

La mujer replica casi a gritos:

—No pienso tolerar eso, entonces me iré también yo. ¡Y puedes quedarte solo en tu casa! No piensas más que en tu tranquilidad...

—¡Así es! —La interrumpe él con dureza—. La inseguridad no me gusta, y sobre

todo no quiero verme arrastrado por las historias inciertas de otros. Si tengo que jugarme la cabeza, no pienso hacerlo por cualquier descuido ajeno, sino por propia voluntad. No digo que vaya a hacerlo. Pero si lo hago, lo haré exclusivamente contigo, con nadie más, aunque sea una chica tan amable como Trudel o una anciana desamparada como usted, señora Rosenthal. No afirmo que lo que hago esté bien. Pero no puedo comportarme de otra manera. Soy así y no quiero ser de otro modo. Bueno, y ahora deseo dormir.

Dicho esto, Otto Quangel vuelve a tumbarse. En el dormitorio todavía cuchichean en voz baja, pero no le molesta. Sabe que se cumplirá su voluntad. Mañana temprano su casa volverá a estar impoluta, y Anna también cederá. Ninguna historia clandestina más. Y él, solo. Él, solo. ¡Solamente él!

Se queda dormido, y quien pudiera verlo dormir en ese instante contemplaría su sonrisa, una sonrisa furiosa en esa cara de pájaro dura, seca, una sonrisa furiosa, combativa, pero no malvada.

Capítulo 10

LO QUE SUCEDIÓ EL MIÉRCOLES POR LA MAÑANA

Todos los acontecimientos antes referidos ocurrieron un martes. La mañana del miércoles siguiente, muy temprano, entre las cinco y las seis, la señora Rosenthal, acompañada por Trudel Baumann, abandonó la vivienda de los Quangel. Otto Quangel aún dormía profundamente. Trudel condujo a la desvalida y aterrada señora Rosenthal con la estrella amarilla en el pecho casi hasta la puerta del piso de Fromm. Después se retiró un tramo de escaleras más arriba, firmemente decidida a defender a la mujer, aunque fuera con su propia vida y su propio honor, contra cualquier Persicke que bajara.

Trudel observó cómo la señora Rosenthal tocaba el timbre. La puerta se abrió casi en el acto, como si alguien estuviera esperando al otro lado. Tras cruzar unas palabras en voz baja, la señora Rosenthal entró, la puerta se cerró y Trudel pasó ante ella en dirección a la calle. El edificio ya estaba abierto.

Las dos mujeres habían tenido suerte. Por temprano que fuera y por más que el madrugar contraviniese las costumbres de los Persicke, los dos hombres de las SS habían bajado por la escalera apenas cinco minutos antes. Por cinco minutos se había evitado un encuentro que con la terca estupidez y brutalidad de ambos jóvenes habría tenido un desenlace funesto, al menos para la señora Rosenthal.

Tampoco los dos SS iban solos. Su hermano Baldur les había ordenado sacar del edificio a Barkhausen y Enno Kluge y llevarlos con sus mujeres (Baldur había revisado entretanto su documentación). Los dos ladrones aficionados seguían casi completamente obnubilados por el exceso de alcohol consumido y los golpes recibidos. No obstante, Baldur Persicke había logrado hacerles comprender que se habían comportado como unos cerdos y debían agradecer a la inmensa caridad de los Persicke no haber sido entregados en el acto a la policía, pero cualquier chismorreo los conduciría de forma inevitable allí. Además, no tenían que dejarse ver nunca más en casa de los Persicke ni reconocer jamás a ninguno de ellos. Pero si tenían la osadía de regresar alguna vez a la vivienda de la Rosenthal, serían entregados sin remisión a la Gestapo.

Baldur repitió todo esto tantas veces y con tantas amenazas e insultos que quedó grabado a fuego en sus cerebros embrutecidos. Habían estado sentados uno frente a otro en la mesa de los Persicke, en penumbra, con Baldur en medio hablando, amenazando y echando pestes sin parar. Los dos SS se habían repanchingado en el sofá, unas figuras amenazadoras y siniestras a pesar de su fumeteo constante. Tenían la sensación incierta de estar ante un tribunal esperando la sentencia, de que les amenazaba la muerte. Se tambaleaban de un lado a otro en sus sillas intentando

entender. Mientras tanto se adormilaban hasta que un doloroso puñetazo de Baldur los arrancaba del sueño. Todo lo que habían planeado, hecho, padecido, les parecía un sueño irreal, solo anhelaban dormir y olvidar.

Finalmente Baldur les ordenó marcharse con sus hermanos. En los bolsillos, tanto Barkhausen como Kluge llevaban, sin saberlo, unos cincuenta marcos en billetes pequeños. Baldur había decidido ese nuevo y doloroso sacrificio que por el momento convertía a la empresa Rosenthal en un negocio deficitario para los Persicke. Pero se dijo que si los hombres regresaban junto a sus mujeres sin blanca, molidos a golpes e imposibilitados para el trabajo, estas provocarían mucho más griterío y preguntas que si esos borrachos les llevaban algo de dinero. Y daban por sentado que ellas, dado el estado de los hombres, encontrarían el dinero.

El primogénito de los Persicke, que tenía que llevar a casa a Barkhausen, terminó su tarea en diez minutos, período en el que la señora Rosenthal llegó al piso de Fromm y Trudel Baumann salió a la calle. Tras agarrar por el cuello a Barkhausen, casi incapaz de andar, lo había arrastrado por el patio, depositándolo en el suelo ante su vivienda y despertando a su mujer con fuertes puñetazos en la puerta. Cuando ella retrocedió asustada ante la siniestra figura amenazadora, gritó:

—¡Aquí te traigo a tu hombre, vieja cerda! ¡Echa al cliente que tienes en la cama y mete en ella a tu hombre! ¡Mira que estar tirado borracho en nuestra escalera y ponerlo todo perdido de vómitos...!

Dicho esto se fue dejando al otro a cargo de Otti. A esta le costó lo suyo desnudar a Emil y llevarlo a la cama; al distinguido caballero entrado en años que aún estaba convidado en su casa no le quedó más remedio que echar una mano. Después se lo quitó de encima a pesar de lo temprano de la hora. Además, le prohibió el regreso, a lo mejor podían encontrarse alguna vez en un café, pero allí no, nunca más.

Porque a Otti le había sobrevenido un ataque de pánico al divisar al Persicke de las SS junto a su puerta. Conocía a alguna colega que había sido utilizada por esos caballeros negros, pero en lugar de recibir un pago había sido enviada a un campo de concentración por asocial y holgazana. Pensaba que llevaba una existencia totalmente discreta en su sótano oscuro, pero ahora se había percatado de que la espían sin cesar —como a todos en esos tiempos—. ¡Si Persicke hasta sabía que tenía a un desconocido en la cama! No, por el momento Otti no quería volver a relacionarse con caballeros desconocidos. Por enésima vez en su vida prometió seriamente enmendarse.

Los cuarenta y ocho marcos que encontró en el bolsillo de Emil facilitaron esa decisión. Tras guardarse el dinero en la media, decidió esperar a que Emil le relatase su experiencia, ¡ella desde luego no sabría nada del dinero!

La tarea del segundo Persicke fue notablemente más difícil, sobre todo porque el camino que debía recorrer era mucho más largo, pues los Kluge vivían más allá del distrito berlinés de Friedrichshain. Enno, al igual que Barkhausen, tampoco podía andar, pero el joven Persicke no podía arrastrarlo por la calle cogido del cuello o del

brazo. Además, le resultaba penoso que lo vieran en compañía de ese hombre apaleado, borracho, pues cuanto menos pensaba en su propio honor y en el de sus semejantes, más valoraba el honor de su uniforme.

También era inútil ordenar a Kluge que caminara delante de él, pues tenía tendencia a sentarse en el suelo, a tropezar, a agarrarse a los árboles y paredes o a rozar a los transeúntes. Cualquier puñetazo, cualquier orden, por dura que fuese, serían inútiles: el cuerpo sencillamente se negaba a colaborar y las calles estaban ya demasiado animadas para propinarle una soberana paliza que quizá le hubiera devuelto la sobriedad. Persicke tenía la frente cubierta de sudor, los músculos de sus mandíbulas se movían convulsivamente debido a la ira y se juró a sí mismo que algún día le contaría con detalle a esa pequeña víbora venenosa de Baldur lo que pensaba de sus encargos.

Tenía que evitar las calles principales, dar rodeos por calles laterales más tranquilas. Entonces agarraba a Kluge por debajo del brazo y lo arrastraba dos o tres esquinas más allá, hasta que no podía más. Durante un rato también le molestó bastante un policía que había reparado en ese traslado violento y temprano y que lo siguió por todo el distrito, obligando a Persicke a mostrarse suave y solícito.

Cuando al fin llegaron a Friedrichshain, se tomó cumplida venganza. Sentó a Kluge en un banco detrás de unos arbustos y le propinó tal paliza que el hombre se quedó tirado inconsciente durante diez minutos. Ese pequeño apostador a las carreras, para el que todo en el mundo carecía de interés salvo los caballos, que por cierto durante toda su vida solo había visto en los periódicos, esa criatura incapaz de sentir ni amor ni odio, ese holgazán que había dedicado todas las circunvoluciones de su penoso cerebro a pensar cómo librarse del verdadero esfuerzo, ese hombre, Enno Kluge, pálido, insulso, de pocas pretensiones, conservó de ese encuentro con los Persicke un pánico, cervical tal a cualquier uniforme del Partido que en lo sucesivo paralizaría su alma y su espíritu apenas entraba en contacto con ellos, como más adelante volvería a ponerse de manifiesto.

Unas patadas en las costillas lo despertaron de su desmayo, unos golpes en la espalda lo pusieron en marcha y de esa manera, con la cobardía de un perro apaleado, trotó delante de su torturador hasta llegar a la vivienda de su mujer. La puerta, sin embargo, estaba cerrada: la cartera Eva Kluge, que por la noche se había desesperado por su hijo y por su vida, había reemprendido su trajín cotidiano, la carta para su hijo Max en el bolsillo, pero con muy poca esperanza y fe en el corazón. Repartió el correo como lo había hecho desde hacía años, siempre era mucho mejor que quedarse en casa cruzada de brazos y torturada por pensamientos tristes.

Después de haberse convencido de que la mujer no estaba en casa, Persicke llamó al timbre de la puerta vecina, casualmente la de la señora Gesch, la misma que la noche anterior, con una mentira, había ayudado a Enno a entrar en el piso de su mujer. Persicke se limitó a echarle a ese eccehomo en los brazos diciendo:

—¡Aquí tiene! Ocúpese de este tipo, por lo visto vive aquí.

Y se marchó.

La señora Gesch estaba firmemente decidida a no meterse nunca más en los asuntos de los Kluge. Pero el poder de un miembro de las SS y el miedo de cualquier compatriota ante él eran tan grandes que recibió en su casa a Kluge sin oponerse, lo sentó a la mesa de la cocina y le sirvió café y pan. Su marido ya había salido a trabajar. La señora Gesch se percató de lo extenuado que estaba el menudo Kluge y vio en su cara, en la camisa rota, en el abrigo manchado, las huellas de un maltrato prolongado. Pero como Kluge había sido entregado por un hombre de las SS, se guardó de hacer preguntas. Más aún, antes lo habría echado a la calle que escuchar una descripción de lo que le había sucedido. No quería saber nada. Si no sabía nada, tampoco podría contar nada, irse de la lengua, chismorrear, es decir, tampoco se pondría en peligro.

Kluge comió el pan masticando despacio y bebió el café. Mientras tanto, gruesas lágrimas de dolor y agotamiento corrían por su cara. La señora Gesch de vez en cuando lo escrutaba con la mirada. Luego, cuando terminó, le preguntó:

—¿Y *ónde* piensa ir ahora? Porque su mujer no vuelve a meterlo en casa, *garantizao*.

Él no contestó, se limitaba a mirar abstraído.

—Y en mi casa tampoco se *pue* quedar. Primero, no lo consentirá el Gustav y además, no me apetece tener que cerrarlo todo con llave. Así que ¿dónde piensa ir?

Kluge siguió mudo.

La señora Gesch exclamó muy acalorada:

—¡Entonces ya lo estoy poniendo de patitas en la calle! ¡Ahora mismito! ¿O qué?

—Tutti... una vieja amiga... —articuló con esfuerzo antes de echarse de nuevo a llorar.

—Válgame Dios, está *usté* hecho un guiñapo —dijo despectiva la señora Gesch—. ¡Si yo me derrumbase en cuanto me fueran mal las cosas...! Bueno, ¿cómo se llama de verdad la tal Tutti y dónde vive?

Tras muchas preguntas y amenazas, se enteró de que Enno Kluge no conocía el verdadero nombre de Tutti, pero confiaba en encontrar su vivienda.

—¡Entonces no se hable más! —zanjó la señora Gesch—. Pero no *pue usté* irse solo, lo detendrá cualquier policía. Yo lo acompañaré. Pero como la casa esté equivocada, le dejaré *planta* en la calle. No tengo tiempo *pa* búsquedas, tengo que trabajar.

Kluge suplicó:

—Déjeme dormir solo un ratito.

Tras una breve vacilación, ella se decidió.

—Pero solo una hora. Dentro de una hora hay que largarse. Ande, échese en el sofá, yo lo taparé.

Antes de llegar con la manta a su lado, el hombre ya se había quedado profundamente dormido.

Fromm, el antiguo juez del Tribunal Cameral, abrió en persona la puerta a la señora Rosenthal. La condujo a su despacho, cuyas paredes estaban cubiertas de libros de arriba abajo, y la invitó a tomar asiento en un sillón. Estaba encendida una lámpara de lectura, un libro reposaba abierto sobre la mesa. El anciano caballero trajo una bandeja con una tetera y una taza, azúcar y dos finas rebanadas de pan, y dijo a la atemorizada mujer:

—Primero desayune, señora Rosenthal, ya hablaremos después.

Y cuando ella intentó pronunciar al menos una palabra de gratitud, Fromm comentó con amabilidad:

—No, por favor, primero desayune. ¡Espero que se sienta como en su casa, al menos ese es mi deseo!

Y tomando de nuevo el libro situado bajo la lámpara, comenzó a leer, mientras su mano izquierda libre acariciaba una y otra vez de arriba abajo su perilla canosa con gesto mecánico. Parecía haberse olvidado por completo de su visitante.

La anciana y aterrorizada judía recuperó poco a poco parte de su confianza. Desde hacía meses había vivido sumida en el temor y en el desorden, entre objetos empaquetados, aguardando de continuo el asalto más brutal. Desde hacía meses no conocía hogar, ni tranquilidad, ni paz, ni contento. Y ahora estaba allí en casa de un señor anciano al que apenas había visto antes en la escalera; en las paredes destacaban las encuadernaciones en piel de color marrón claro y oscuro de numerosos libros, junto a la ventana un gran escritorio de caoba, muebles como los que ella misma había poseído en la primera época de su matrimonio, en el suelo una alfombra de Zwickau, algo desgastada por el uso. Ese anciano caballero que leía se acariciaba sin cesar su barbita de chivo, una barbita igual que las que llevaban, complacidos, muchos judíos, a lo que había que añadir esa larga bata que guardaba una ligera semejanza con el caftán de su padre.

Era como si por arte de magia hubiera desaparecido del mundo la suciedad, la sangre y las lágrimas, y ella viviera de nuevo en la época en que ellos eran todavía personas consideradas, respetadas, no sabandijas acosadas a las que hay que exterminar.

Sin darse cuenta se acarició el cabello, de manera espontánea su rostro adoptó otra expresión. Así que aún había paz en el mundo, incluso allí, en Berlín.

—Le estoy muy agradecida, señor juez del Tribunal Cameral —dijo. Hasta su voz sonaba diferente, más segura.

Él alzó los ojos de su libro.

—Por favor, bébase el té antes de que se le enfríe y cómase el pan. Tenemos mucho tiempo, no nos perdemos nada.

Y se enfrascó de nuevo en la lectura. La mujer, obediente, se bebió el té y se comió el pan, a pesar de que hubiera preferido con creces hablar con el anciano caballero. Pero quería obedecerlo en todo, no quería perturbar la paz de su domicilio. Volvió a mirar a su alrededor. No, todo esto tenía que permanecer como hasta ahora.

No lo pondría en peligro. (Tres años después una mina explosiva reduciría ese hogar a escombros y el refinado anciano moriría en el sótano, tras una lenta y dolorosa agonía...).

Depositando de nuevo la taza vacía sobre la bandeja, añadió:

—Es usted muy bondadoso conmigo, señor consejero, y muy valiente. Pero no quiero ponerlo inútilmente en peligro a usted ni su hogar. Todo esto no sirve de nada. Regresaré a mi casa.

El anciano caballero la observó con atención mientras hablaba, ahora conducía de nuevo hacia su sillón a la mujer, que ya se había levantado.

—Por favor, siéntese un momento, señora Rosenthal.

La anciana obedeció a regañadientes.

—De veras, señor consejero, se lo digo en serio.

—Escúcheme, se lo ruego. Lo que voy a decirle también se lo digo en serio. Primero, en lo tocante al peligro en que usted me pone, sepa que durante toda mi vida, desde que me dedico a mi profesión, he estado en peligro. Siempre he sido juez, y en ciertos círculos me llamaban el sangriento Fromm o el verdugo Fromm. —Sonrió al ver el estremecimiento de ella—. Siempre he sido una persona tranquila y apacible, pero el destino me ha impuesto que a lo largo de mi carrera tuviera que pronunciar o confirmar veintiún penas de muerte. Tengo una señora a la que he de obedecer, que me gobierna a mí y al mundo, incluso al mundo actual de ahí fuera, y esa señora es la justicia. En ella he creído siempre y sigo creyendo todavía hoy, la justicia es la pauta que guía mis actos...

Mientras hablaba, recorría sigiloso la habitación de acá para allá, las manos a la espalda, sin salir del campo visual de la señora Rosenthal. Las palabras brotaban serenas y desapasionadas de sus labios, hablaba de sí mismo como de un hombre desaparecido, que en realidad ya no existía. La señora Rosenthal lo escuchaba expectante.

—Mas —prosiguió el consejero—, hablo de mí en lugar de hablar de usted, una mala costumbre de todos lo que llevamos una vida muy solitaria. Perdóneme, dediquemos unas palabras al peligro. Durante diez, veinte, treinta años recibí cartas amenazadoras, me han atacado por sorpresa, me han disparado... Pues bien, señora Rosenthal, aquí estoy leyendo a mi Plutarco, soy un hombre que ha alcanzado la vejez. El peligro no significa nada para mí, no me asusta, no invade jamás mi cerebro ni mi corazón. No me hable de peligros, señora Rosenthal...

—Pero las de hoy son personas distintas —rebatía la señora Rosenthal.

—¿Y si le digo que esas amenazas procedían de malhechores y sus cómplices? ¡Dejémoslo! —sonrió levemente—. No son personas distintas. Son algo más numerosas y los demás se han vuelto más cobardes, pero la justicia sigue siendo la misma, y yo confío en que ambos lleguemos a presenciar su victoria. —Durante un instante se mantuvo inmóvil, muy erguido, a continuación reanudó sus paseos—. Y la victoria de la justicia no será la victoria de este pueblo alemán —añadió en voz baja.

Calló unos instantes antes de comenzar de nuevo en un tono más ligero:

—No, no puede usted regresar a su casa. Los Persicke han estado allí esta noche, esa gente del Partido que vive en el piso encima del mío, ya sabe. Poseen las llaves de la vivienda y ahora someterán a su hogar a vigilancia continua. Allí sí que se expondría usted a un peligro del todo inútil.

—Pero debo estar allí cuando regrese mi marido —suplicó la señora Rosenthal.

—Su marido... no puede visitarla por el momento —precisó el juez Fromm tranquilizándola con amabilidad—. Se encuentra en prisión preventiva en Moabit, acusado de haber ocultado cierta cantidad de moneda extranjera. Así que mientras se mantenga despierto el interés de la fiscalía y de hacienda en este procedimiento, estará a salvo.

El viejo consejero esbozó una leve sonrisa, dirigió una mirada de ánimo a la señora Rosenthal y reanudó sus paseos.

—¿Y usted cómo lo sabe? —inquirió la mujer.

El anciano hizo un ademán tranquilizador.

—Un viejo juez siempre escucha esto y aquello aunque ya no desempeñe el cargo —explicó—. También le interesará saber que su marido tiene un abogado eficiente y que lo tratan relativamente bien. No le diré el nombre ni la dirección del abogado, él no desea visitas sobre este particular...

—¡Pero a lo mejor puedo visitar a mi marido en la cárcel de Moabit! —exclamó la señora Rosenthal excitada—. Podría llevarle ropa limpia... ¿quién se ocupa allí de su ropa? Y útiles de aseo, y quizá algo de comida...

—Querida señora Rosenthal —dijo el consejero retirado colocando con firmeza sobre los hombros de ella su mano manchada por la edad y con gruesas venas azules—, no puede usted visitar a su marido ni él a usted. Esa visita no le serviría de nada, pues no llegaría hasta él y solo le perjudicaría a usted.

La miró.

De pronto sus ojos dejaron de sonreír y su voz se tornó severa. Ella comprendió que ese hombre bajo, suave, bondadoso había sido llamado un día el sangriento Fromm, el verdugo Fromm, que obedecía a una ley inexorable, seguramente a esa justicia de la que había hablado.

—Señora Rosenthal —agregó en voz baja ese sangriento Fromm—, es usted mi huésped... mientras respete las leyes de la hospitalidad sobre las que voy a decirle unas palabras: en cuanto usted actúe de manera arbitraria, en cuanto se cierre detrás de usted una vez, una sola vez, la puerta de esta casa, jamás volverá a abrirse y su nombre y el de su marido se borrarán para siempre de mi mente. ¿Me ha comprendido?

Él se rozaba la frente con suavidad mientras le dirigía una mirada penetrante.

La mujer susurró muy bajo «sí».

Solo entonces retiró él la mano de sus hombros. Sus ojos, que se habían oscurecido con las serias palabras que había pronunciado, volvieron a aclararse y

lentamente reanudó sus paseos.

—Le ruego —continuó con más ligereza— que no abandone durante el día el cuarto que voy a enseñarle, y que una vez en él tampoco se acerque a la ventana. Mi sirvienta es de confianza, pero... —Se interrumpió malhumorado, echó un vistazo al libro situado bajo la lámpara, y prosiguió—: Intente, al igual que yo, convertir la noche en día. Le mandaré a diario un somnífero. Le daré de comer durante la noche. ¿Quiere seguirme, por favor?

La anciana obedeció, saliendo al pasillo. Ahora volvía a sentir cierta confusión y temor, su anfitrión había cambiado por completo. Pero se dijo muy certeramente que el anciano amaba su tranquilidad por encima de todo y estaba poco acostumbrado a tratar con personas. Ahora se había cansado de ella, añoraba volver a su Plutarco, fuera quien fuera este.

El consejero abrió una puerta precediéndola, encendió la luz.

—Las persianas están cerradas —informó—. La habitación también está en penumbra, déjelo así, pues podría verla alguien de los pisos traseros. Creo que aquí hallará todo lo que necesite.

La dejó contemplar un momento esa habitación clara y alegre con muebles de madera de abedul, un tocador de patas altas completamente ocupado y una cama con dosel de cretona. Él examinaba la habitación como si llevara mucho tiempo sin verla y acabase de reconocerla. Después dijo con honda seriedad:

—Es la habitación de mi hija. Murió en 1933, ¡no, aquí no, aquí no! ¡No se asuste!

Le tendió la mano deprisa.

—No cerraré la puerta con llave, señora Rosenthal —le comunicó—, pero le ruego que eche el pestillo de inmediato. ¿Tiene reloj? ¡Bien! A las diez de la noche llamaré a la puerta. Buenas noches.

Se marchó. En la puerta se volvió de nuevo.

—En los próximos días estará usted muy sola, señora Rosenthal. Intente acostumbrarse. La soledad puede ser muy buena. Y no lo olvide: ¡cada superviviente importa, incluyéndola a usted, precisamente a usted! No olvide echar el pestillo.

Se fue de manera tan silenciosa, cerró con tal sigilo la puerta que ella se dio cuenta demasiado tarde de que no le había dado las gracias ni las buenas noches. Se acercó rápidamente a la puerta, pero mientras caminaba lo recordó. Se limitó a echar el pestillo, después se dejó caer en la silla más próxima, le temblaban las piernas. Desde el espejo del tocador la miraba una cara pálida, hinchada por las lágrimas y la vigilia. Saludó a esa cara con una inclinación de cabeza.

Esa eres tú, Sara, dijo en su interior. Lore, ahora llamada Sara. Fuiste una excelente comerciante, siempre activa. Has tenido cinco hijos, uno vive en Dinamarca, otro en Inglaterra, dos en Estados Unidos y uno yace aquí en el cementerio judío de la avenida Schönhauser. No me enfado cuando me llaman Sara. Lore se ha convertido cada vez más en Sara; sin quererlo ellos, me han convertido en

una hija de mi pueblo, solo en su hija. Él es un caballero bueno y refinado, pero tan extraño, tan raro... Nunca podré hablar a gusto con él, como lo hacía con Siegfried. Creo que es frío. A pesar de su bondad, es frío. Hasta su bondad es fría. Eso es fruto de la ley a la que obedece, la de esa justicia. Yo he obedecido siempre a una sola ley: amar a mis hijos y a mi marido, y ayudarlos a progresar en la vida. Y ahora estoy aquí, en casa de este anciano, y todo lo que soy me ha abandonado. Esta es la soledad de la que él hablaba. Apenas son las seis y media de la mañana y no volveré a verlo hasta las diez de la noche. Quince horas y media de absoluta soledad... ¿qué averiguaré de mí que todavía no sepa? ¡Tengo miedo, mucho miedo! Creo que gritaré, que incluso dormida gritaré de miedo. ¡Quince horas y media! La media hora bien podría haberla pasado conmigo. Pero estaba empeñado en continuar la lectura de su viejo libro. Pese a su bondad, las personas no significan nada para él, solo le importa su justicia. Lo hace porque ella se lo exige, no por mí. Yo solo valoraría eso si lo hiciera por mí.

La anciana asiente despacio hacia ese rostro de Sara deformado por la pesadumbre que ve en el espejo. Mira a su alrededor buscando la cama. La habitación de mi hija. Murió en 1933. ¡Aquí no! ¡Aquí no!, le pasa por la cabeza. Se estremece. De qué modo lo ha dicho. Seguro que la hija también murió por culpa de ellos, pero jamás hablará de eso y yo tampoco osaré preguntar. No, yo no puedo dormir en esta habitación, es espantoso, inhumano. Que me dé el cuarto de su sirvienta, una cama todavía caliente por el cuerpo de la persona de carne y hueso que ha dormido en ella. Nunca podré dormir aquí. Solo podré gritar...

Toca con la punta de los dedos los botecitos y las cajitas del tocador. Cremas reseca, polvos desmigajados, barras de labios mohosas... y ella lleva muerta desde 1933. Siete años. Tengo que hacer algo. Me siento acosada por dentro, eso es el miedo. Ahora que he llegado a esta isla de paz, aparece el miedo. Tengo que hacer algo. No debo estar tan sola conmigo misma.

Rebuscó en su bolso. Encontró papel y lápiz. Escribiré a los niños, a Gerda en Copenhague, a Eva en Ilford, a Bernhard y Stefan en Brooklyn. Pero no tiene sentido, ya no hay correo, estamos en guerra. Escribiré a Siegfried, ya conseguiré de un modo u otro pasar a escondidas la carta a Moabit. Si esa vieja sirvienta es realmente de confianza. El consejero no tiene por qué enterarse, y yo puedo darle a ella dinero o joyas. Aún poseo bastante...

Lo sacó de su bolso, colocando delante de ella el dinero en fajos y las joyas. Tomó una pulsera en la mano. Me la regaló Siegfried cuando tuve a Eva. Fue mi primer parto, sufrí mucho. ¡Cómo se rio al ver a la nena! Le temblaba la barriga de la risa. Todos se reían cuando veían al bebé con sus rizos negros por toda la cabeza y sus labios gruesos. Es una negrita blanca, decían. A mí Eva me parecía guapa. Entonces me regaló la pulsera. Costó una gran suma; dio por ella todo el dinero que había ganado en la Semana Blanca. Yo me sentía muy orgullosa de ser madre. La pulsera no me importaba nada. Ahora Eva ya tiene tres niñas, y su Harriet ha

cumplido nueve años. Cuantas veces pensará en mí, allá en Ilford. Pero piense lo que piense, nunca se imaginará a su madre metida aquí, en la habitación de una muerta en casa del sangriento Fromm, que solo obedece a la justicia. Completamente a solas consigo misma...

Dejó la pulsera y tomó un anillo. Se pasó el día entero sentada delante de sus cosas, murmurando, aferrándose a su pasado, no quería pensar en quién era hoy.

Entremedias se sucedían estallidos de terror salvaje. Una vez llegó junto a la puerta y se dijo: Si tan solo supiera que no te atormentan mucho tiempo, que lo hacen deprisa y sin dolor, me iría con ellos. Ya no soporto esta espera, a buen seguro del todo inútil. Un buen día me pillarán. ¿Qué es eso de que importa cada superviviente, qué es eso de que precisamente yo? Los niños pensarán poco en mí, y los nietos nada. No comprendo qué quiso decir con eso el juez del Tribunal Cameral, tengo que preguntárselo esta noche. Pero seguro que se limitará a sonreír y a decir algo que no me servirá de nada, porque yo soy una persona de verdad, de carne y hueso, incluso hoy, una Sara envejecida.

Con la mano apoyada sobre el tocador, contempló su rostro sombrío cubierto por una red de arruguitas. Arruguitas producidas por la preocupación, el miedo, el odio y el amor. Después regresó a su mesa, junto a sus joyas. Para pasar el rato contó y recontó los billetes; más tarde intentó ordenarlos por series y números. De vez en cuando escribía una frase en la carta a su marido. Pero esta no se convirtió en una misiva sino en una colección de preguntas: ¿Cómo estaba instalado? ¿Qué le daban de comer? ¿No podría ella encargarse de su ropa? Preguntas insignificantes y triviales. Y: Ella se encontraba bien. Estaba a salvo.

No, no era una carta, sino palabrería absurda, innecesaria, y encima insincera. No estaba a salvo. Nunca en esos últimos y espantosos meses se había sentido tan en peligro como en esa habitación silenciosa. Sabía que allí tenía que cambiar, que no podría escaparse. Y le aterrorizaba pensar en qué podía convertirse. A lo mejor entonces aún tendría que sufrir y soportar algo más terrible todavía, ella, que sin quererlo había pasado a convertirse de Lore en Sara. Ella no quería, tenía miedo.

Pero más tarde se tumbó en la cama, y cuando su anfitrión llamó a su puerta a eso de las diez, dormía tan profundamente que ni siquiera lo oyó. El juez abrió con cuidado la puerta con una llave que descorrió el cerrojo y al divisar a la durmiente, sonrió asintiendo con una inclinación de cabeza. Trajo una bandeja con comida, la depositó sobre la mesa y cuando al hacerlo apartó las joyas y el dinero, volvió a inclinar la cabeza asintiendo mientras sonreía. Abandonó la habitación sin hacer ruido, volvió a cerrar el pestillo, dejándola dormir...

Así fue como la señora Rosenthal no vio a una sola persona en los tres primeros días de su «prisión preventiva». Siempre se pasaba la noche durmiendo, para despertar a un día espantoso, atormentado por el miedo. Luego, el cuarto día, medio enloquecida, hizo algo...

Capítulo 11

TODAVÍA ES MIÉRCOLES

Al cabo de una hora, la señora Gesch aún no se había decidido a despertar al hombre menudo que yacía en su sofá. Tenía un aspecto tan deplorable, ahí tendido en su sueño extenuado, ahora las manchas de su cara empezaban a amarrotarse.

Tenía adelantado el labio inferior igual que un niño triste, a veces sus párpados temblaban y su pecho se elevaba en un profundo suspiro, como si quisiera romper a llorar en pleno sueño.

Cuando terminó de preparar la comida, lo despertó y le dio de comer. Él murmuró algo parecido a un gracias. Comía como un lobo mientras la miraba, pero no refirió una palabra de lo sucedido.

Al final, ella dijo:

—Bueno, ya no puedo darle más o no quedará suficiente para Gustav. Ahora tumbese en el sofá y duerma un rato. Yo iré a hablar con su mujer...

Él volvió a murmurar algo imposible de identificar como aprobación o rechazo. Pero se dirigió obediente al sofá y un minuto después dormía como un tronco.

Cuando a última hora de la tarde la señora Gesch oyó la puerta de su vecina, se deslizó hasta allí y llamó. Eva Kluge abrió en el acto, pero situándose en la puerta de manera que impedía la entrada.

—¿Qué hay? —preguntó con hostilidad.

—Disculpe, señora Kluge —comenzó la señora Gesch— que vuelva a molestarla. Pero tengo a su marido *acostao* en mi casa. Esta mañana temprano lo ha traído a rastras uno de esos polis de las SS poco después de marcharse usted.

Eva Kluge mantuvo un silencio hostil, y la señora Gesch continuó:

—Lo han dejado hecho un cristo, le han sacudido por todo el cuerpo. Su marido será como sea, pero así no *pue usté* echarlo. ¡Al menos venga a verlo, señora Kluge!

Esta contestó inflexible:

—Yo ya no tengo marido, señora Gesch. Ya le dije que no quería oír nada más al respecto.

Y se dispuso a entrar de nuevo en su casa. Pero la señora Gesch dijo, solícita:

—No tenga tanta prisa, señora Kluge. Al fin y al cabo es su marido. *Usté* ha tenido hijos con él...

—¡De eso estoy la mar de orgullosa, señora Gesch, de eso sobre todo!

—También se *pue* ser inhumano, señora Kluge, y lo que *usté* va a hacer es inhumano. Ese hombre no *pue* salir así a la calle.

—¿Fue humano acaso lo que ha hecho él conmigo durante todos estos años? Me ha atormentado, ha arruinado mi vida y para terminar encima me ha arrebatado a mi

hijo predilecto. ¿Y con alguien así tengo que ser humana solo porque las SS le hayan propinado una paliza? ¡Ni se me pasa por las mientes! ¡Ni el doble de palos cambiaría a ese!

Tras esas violentas y furiosas palabras la señora Kluge se limitó a dar con la puerta en las narices a su vecina, cortando de raíz cualquier réplica. Sencillamente era incapaz de soportar más comentarios. Porque bien podía ser que para librarse de ellos hubiera vuelto a acoger en casa a su marido, para después lamentarlo eternamente.

Sentada en una silla de la cocina, clavó los ojos en la llama azulada del gas y rememoró ese día. Palabrería, nada más que palabrería. Desde que había comunicado al jefe de la oficina que quería darse de baja en el Partido y además en el acto, no había habido más que palabrería. Por de pronto la liberaron del reparto, pero a cambio la habían interrogado sin parar; deseaban sobre todo que les dijera por qué quería abandonar el Partido. Qué motivos tenía. Ella había contestado una y otra vez:

—Eso a nadie le importa. No pienso hablar de mis motivos. ¡Y quiero hacerlo hoy mismo!

Pero cuánto más se negaba, más tozudos se mostraban ellos. Todo lo demás no parecía interesarles, solo querían averiguar el «porqué». A eso del mediodía se presentaron dos civiles con carteras y la interrogaron. Tuvo que relatar toda su vida, sus padres, sus hermanos, su matrimonio...

Al principio se había mostrado muy complaciente, contenta de librarse de las preguntas interminables sobre las razones de su abandono del Partido. Pero después, cuando tuvo que informar sobre su matrimonio, se cerró en banda. Después del matrimonio le tocaría el turno a los hijos y ella no podría hablar de su Karl sin que esos dos zorros avispados se dieran cuenta de que algo no encajaba.

No, tampoco dijo nada sobre eso. Eso también era privado. Su marido y sus hijos no le interesaban a nadie.

Pero esos tipos eran tenaces. Conocían muchos métodos. Uno metió la mano en su cartera y comenzó a leer un documento. A Eva Kluge le habría encantado saber lo que decía. La Gestapo no podía tener un documento así de ella (para entonces ya se había dado cuenta de que esos dos civiles eran policías).

Después reanudaron el interrogatorio, y entonces se puso de manifiesto que el documento debía de decir algo sobre Enno, porque ahora le preguntaron por él, por sus enfermedades, por su holgazanería, por su pasión por las apuestas y por las mujeres. Todo comenzó de una forma muy inocente, pero después de repente se percató del peligro, cerró con fuerza la boca y no dijo nada más. No, eso también era privado. Y no le importaba a nadie. Lo que ella tuviera con su marido era cosa suya. Además, estaba separada de él.

Ahí volvieron a pillarla. ¿Desde cuándo se habían separado? ¿Cuándo lo había visto por última vez? ¿Su deseo de abandonar el Partido estaba acaso relacionado con su marido?

Se limitó a negar con la cabeza. Pero pensaba, horrorizada, que seguramente

tomarían declaración a Enno, ¡y a ese flojo le sacarían todo en media hora! Y entonces quedaría desnuda y su deshonra, que antes solo conocía ella, a la vista de todos. Entonces quién sabe lo que escribirían sobre ella, y en el Partido cotillearían sin parar de la madre que había parido a un hijo semejante.

—¡Privado! ¡Eso es completamente privado!

La cartera, que sumida en sus pensamientos ha observado el temblor y la oscilación de la llamita azul del gas, se sobresalta. Antes ha cometido una grave equivocación, bastaba con darle a Enno dinero para unas semanas y recomendarle que se escondiera en casa de una de sus amiguitas.

Llama al timbre de la señora Gesch.

—Oiga, señora Gesch, lo he pensado mejor, me gustaría hablar con mi marido.

Ahora que la otra cumple su voluntad, la señora Gesch se enfada.

—Pues tendría que haberlo *pensao* antes. Su marido se ha marchado ya, hará cosa de veinte minutos. ¡Llega *usté* demasiado tarde!

—¿Y adónde ha ido?

—¿Cómo voy a saberlo? ¡*Usté* lo ha echado! ¡Seguramente a casa de alguna de sus mujeres!

—¿Y no sabrá usted cuál? Por favor, dígamelo, señora Gesch. De veras, es muy importante...

—¡Sí, de repente! —Y la señora Gesch añade a regañadientes—: Dijo algo de una tal Tutti...

—¿Tutti? —inquire—. Eso debe de significar Trude, Gertrud... ¿No sabe usted el apellido?

—¡Ni él mismo lo sabía! Ni siquiera sabía bien dónde vive, solo pensaba que la encontraría. Pero en el *estao* en que se encuentra su marido...

—A lo mejor regresa —opina Eva Kluge meditabunda—. Si es así, mándemelo a casa. De todos modos, muchas gracias, señora Gesch. Y buenas noches.

Pero la señora Gesch, en lugar de devolverle el saludo, cierra la puerta de un portazo. Todavía no ha olvidado que la otra le dio con ella en las narices hace un rato. Y no está nada claro que vaya a mandar al hombre si reaparece por allí. Una mujer así tiene que reflexionar en el momento oportuno, después a veces es demasiado tarde.

La señora Kluge ha regresado a su cocina. Es extraño: a pesar de que la conversación que acaba de mantener con la señora Gesch no ha dado resultado, se siente aliviada. Los acontecimientos deben seguir su curso. Ella ha hecho lo que ha podido, mantenerse limpia. Ha renunciado tanto al padre como al hijo, los extirpará de su corazón. Ha solicitado darse de baja en el Partido. Ahora que suceda lo que tenga que suceder. No puede cambiarlo, ni siquiera lo peor la asusta, después de todo lo que ha sufrido.

Tampoco la atemorizó demasiado que los dos hombres de paisano que la interrogaban pasaran de las preguntas inútiles a las amenazas. ¿Sabía que el abandono

del Partido podía costarle su puesto en Correos? ¡Y muchas cosas más: si abandonaba el Partido negándose a exponer los motivos, sería políticamente dudosa y los campos de concentración eran para gente así! Había oído hablar de ellos, ¿no? Allí las personas políticamente dudosas se convertían enseguida en dignas de confianza, vamos, que se volvían dignas de confianza para siempre. ¡Ella ya entendía!

La señora Kluge no sintió el menor temor. Se atuvo a que lo privado era privado, y ella no hablaba de asuntos privados. Al final la dejaron ir. No, por el momento su salida del Partido no ha sido aceptada, ya tendrá noticias al respecto. Pero está suspendida cautelarmente del servicio de Correos. Aunque debe mantenerse a disposición en su domicilio...

Mientras Eva Kluge coloca por fin sobre la llama del gas la cazuela de sopa que ha olvidado mientras tanto, decide súbitamente que tampoco obedecerá en ese punto. No piensa pasarse toda la eternidad metida en casa sin hacer nada, esperando las vejaciones de esos señores. No, mañana temprano tomará el tren de las seis a Ruppín, para visitar a su hermana. Allí puede vivir sin comunicarlo dos o tres semanas, ellos le darán de comer. Tienen vacas y cerdos y sembrados de patatas. Ella trabajará, en el establo y en el campo. Eso le hará bien, mejor que ese eterno reparto del correo: ¡siempre a la carrera!

Desde que ha decidido irse al pueblo sus movimientos se han animado. Saca una maleta y empieza a hacerla. Durante un instante se pregunta si debe decir a la señora Gesch que se va de viaje, pues el destino no tiene por qué comunicárselo. Pero decide que no, prefiere no decir nada. Todo lo que haga a continuación, lo hará completamente sola. No quiere mezclar en eso a nadie más. Tampoco se lo contará a su hermana ni a su cuñado. Ahora vivirá más sola que nunca. Hasta entonces siempre había habido alguien de quien cuidar: sus padres, su marido, sus hijos. Ahora está sola. De momento le parece muy probable que esa soledad le guste. A lo mejor, si está completamente sola, todavía consigue algo, ahora que por fin dispone de tiempo para sí misma, que no es preciso olvidarse de una misma por los demás.

Esa noche, cuya soledad tanto asusta a la señora Rosenthal, la cartera Kluge vuelve a sonreír en sueños por primera vez. Sueña que está en un enorme sembrado de patatas, azada en mano. Hasta donde alcanza la vista solo se ven patatas y en medio, ella sola: tiene que cavar para limpiar el sembrado. Sonríe, levanta la azada, al golpear una piedra resuena un crujido metálico, un tallo de armuelle cae al suelo, pero continúa cavando y cavando.

Capítulo 12

ENNO Y EMIL DESPUÉS DEL *SHOCK*

El menudo Enno Kluge ha salido mucho peor librado que su «colega» Emil Barkhausen, al que tras los sucesos de esa noche una mujer, fuera esta lo que fuese, ha metido en la cama, aunque inmediatamente después le haya robado. El endeble apostador también ha recibido muchos más golpes que el alto y huesudo espía ocasional. No, a Enno le han jugado una muy mala pasada.

Y mientras camina por las calles buscando, muerto de miedo, a su Tutti, Barkhausen se levanta de la cama, busca algo de comida en la cocina y se harta de comer, huraño y meditabundo. Luego descubre en el ropero una cajetilla de cigarrillos, enciende uno, se guarda la cajetilla en el bolsillo y vuelve a sentarse pensativo a la mesa, la cabeza apoyada en la mano.

Así lo encuentra su Otti cuando termina de hacer los recados. Como es natural repara de inmediato en que ha comido, sabe también que cuando ella se fue, él no llevaba cigarrillos en el bolsillo y descubre en el acto el robo de su ropero. Al momento provoca un altercado, pese a lo asustada que está.

—¡Sí, señor, eso me gusta, un tipo que se come mi comida y me roba mis cigarrillos! ¡Pues ya estás devolviéndomelos, dámelos ahora mismo! ¡O págamelos! ¡Suelta la pasta, Emil!

Ella espera, tensa, su respuesta, pero está bastante segura de lo que hace. Casi se ha gastado ya los cuarenta y ocho marcos, la verdad es que él ya no puede hacer mucho más.

Y por su respuesta, tan airada, se da cuenta de que el hombre no sabe nada del dinero. Se siente muy superior a ese cretino, lo ha desplumado y el muy majadero ni siquiera se ha dado cuenta.

—¡Cierra el pico! —se limita a gruñir Barkhausen sin levantar la cabeza—. ¡Y lárgate de la habitación o te parto a golpes todos los huesos del cuerpo!

Desde la puerta de la cocina, y simplemente porque siempre tiene que decir la última palabra y por lo superior que se siente (aunque ahora también le da miedo), la mujer grita:

—¡Más vale que cuides tú de que las SS no te rompan a ti todos los huesos! ¡Te ha faltado poco!

Y dicho esto, entra en la cocina y desahoga su enfado por ese destierro con los críos.

El hombre, no obstante, sigue sentado en el salón, cavilando. No recuerda mucho de los sucesos de esa noche, pero con lo poco que sabe le basta y le sobra. Y piensa en que allí arriba está el piso de la Rosenthal, con toda seguridad desvalijado ya por

los Persicke, y él habría podido llevarse un montón de cosas. ¡Pero lo ha fastidiado todo con su propia cogorza!

No, la culpa fue de Enno, fue Enno el que empezó con el aguardiente, Enno se emborrachó desde el principio. Sin Enno él tendría ahora un montón de cosas, lencería y trajes; también recuerda vagamente un aparato de radio. Si tuviera ahora aquí a Enno, le rompería los huesos a ese cobarde debilucho que le ha chafado el negocio.

Sin embargo, un instante después Barkhausen vuelve a encogerse de hombros. A fin de cuentas, ¿quién es el tal Enno? Una garrapata cobarde que vive de chupar la sangre a las mujeres. ¡No, el verdadero culpable es Baldur Persicke! Desde el primer momento ese granuja, ese dirigente en ciernes de las Juventudes Hitlerianas tuvo la intención de embaucarlo. ¡Todo fue preparado para conseguir un culpable y adueñarse del botín sin recibir castigo! ¡Eso lo maquinó muy bien esa serpiente venenosa de gafas de cristales relucientes! ¡Mira que engañarlo de ese modo, maldito mocoso!

Barkhausen no acaba de entender por qué no está en una celda de la Gestapo en la plaza Alexander, sino en su salón. Esos han debido sufrir algún contratiempo. Recuerda de forma muy vaga dos figuras, pero en su aturdimiento no acertó a comprender quiénes eran y qué hacían allí, y ahora sí que lo ignora por completo.

Solo sabe una cosa: que jamás perdonará a Baldur Persicke. Por mucho que ascienda en la escala de simpatías del Partido, Barkhausen permanecerá atento. Barkhausen puede esperar. Barkhausen no olvida. ¡Menudo granuja... pero algún día se las pagará, cuando esté hundido en el fango! Mucho más hundido que Barkhausen, y jamás volverá a levantarse. ¿Traicionar a un colega? ¡No, eso no se perdona ni se olvida jamás! Los bonitos objetos de la vivienda de la Rosenthal, maletas y cajas y radio, ¡todo eso habría podido ser suyo!

Barkhausen continúa con sus cavilaciones, siempre las mismas, y entretanto coge a escondidas el espejo de mano de plata de Otti, último recuerdo de un cliente generoso, y contempla y palpa su cara.

Mientras, también el menudo Enno Kluge ha descubierto en el espejo de una tienda de modas el aspecto de su rostro. Eso lo ha asustado aún más, haciéndole perder la cabeza por completo. No se atreve a mirar a nadie, pero presiente que todos lo miran. Desaparece por calles laterales, la búsqueda de Tutti se torna cada vez más disparatada, ya no sabe dónde vivía ella, pero tampoco dónde se encuentra ahora él mismo. A pesar de todo entra en cada oscuro portal abierto y en los patios traseros levanta la vista hacia las ventanas. Tutti... Tutti...

A cada minuto que pasa oscurece más deprisa, y necesita encontrar alojamiento antes de la noche o lo detendrá la policía, y cuando vean en qué estado se encuentra, le harán picadillo hasta que lo confiese todo. Y si cuenta lo de los Persicke, y con su miedo seguro que se irá de la lengua, los Persicke lo matarán a golpes.

Camina sin rumbo cada vez más lejos, cada vez más lejos...

Hasta que ya no puede más. Se sienta en un banco y se acurruca, incapaz de seguir andando y de trazar algún plan. Al fin comienza a registrar sus bolsillos con gesto mecánico en busca de algo que fumar; un cigarrillo volvería a animarlo.

No encuentra cigarrillos en sus bolsillos, pero sí algo que seguro que no esperaba: dinero. Cuarenta y seis marcos. La señora Gesch habría podido comunicarle hace horas que tenía dinero en el bolsillo, habría aumentado la seguridad de ese hombre menudo, atemorizado en su búsqueda de un lugar donde cobijarse. Pero claro, la señora Gesch no ha querido revelar que le ha registrado los bolsillos mientras dormía. La señora Gesch es una mujer decente, ella —aunque tras una breve reflexión— le devolvió el dinero. Si se lo hubiera encontrado a su Gustav, se lo habría quedado, pero a un hombre ajeno, no, ¡ella no es así! La señora Gesch había cogido tres marcos de los cuarenta y nueve que había encontrado. Pero eso no era un robo, sino el pago por la comida que le había dado a Kluge. También le habría dado de comer sin dinero, pero ¿cómo iba a dar de comer de balde a un extraño con dinero? Ella tampoco era así.

En cualquier caso, los cuarenta y seis marcos reconfortan sobremanera al atemorizado Enno Kluge, porque ahora sabe que en cualquier momento puede pagar un alojamiento nocturno. También su memoria comienza a funcionar de nuevo. Aunque sigue sin acordarse del domicilio de Tutti, de pronto recuerda que la conoció en un pequeño café que ella suele frecuentar. A lo mejor allí conocen su domicilio.

Se levanta, reanuda la marcha. Se orienta para averiguar dónde se encuentra y al divisar un tranvía que lo dejará cerca de su destino, se atreve a subir a la oscura plataforma delantera del primer vagón. Está tan oscura y repleta que nadie se fijará mucho en su cara. Después entra en el café. No, no quiere tomar nada, se encamina en el acto al mostrador y pregunta a la camarera si sabe dónde está Tutti, o si Tutti sigue yendo por allí.

La camarera pregunta con voz dura, estridente, audible en todo el local, a qué Tutti se refiere. ¡Hay un montón de Tuttis en Berlín!

El hombrecillo, pusilánime, pregunta con timidez:

—Pues a la Tutti que siempre venía por aquí. Una de pelo oscuro, algo gorda...

¡Ah, se refería a esa! ¡Pues no, allí ya no querían saber nada de esa Tutti! ¡Que no se atreviera a volver por allí! ¡De esa no querían oír ni una palabra!

Y tras esta información, la mujer se aparta enfadada de Enno. Kluge murmura unas palabras de disculpa y se apresura a abandonar el local. Se detiene, indeciso, en la calle nocturna pensando qué hacer, cuando sale del café otro señor, un hombre de cierta edad que a Enno le parece bastante desharrapado. Ese hombre se dirige vacilante hacia Enno, luego cobra ánimos, se quita el sombrero y pregunta si es el caballero que hace un momento ha preguntado en el café por una tal Tutti.

—Quizá —responde Enno, cauteloso, y que por qué lo pregunta.

—Por nada en especial. Es que yo podría decirle dónde vive. Y también conducirlo hasta su casa, aunque a cambio tendría que hacerme un pequeño favor.

—¿Cuál? —pregunta Enno más cauteloso aún—. No sé qué favor puedo hacerle. No lo conozco de nada.

—Bah, acabemos de una vez —exclama el hombre avejentado—. Si vamos en esta dirección, no daremos ningún rodeo. Lo cierto es que Tutti tiene una maleta con cosas mías. A lo mejor mañana por la mañana temprano puede sacarme la maleta rápidamente mientras Tutti duerme o sale a algún recado. ¿Qué le parece?

El hombre mayor parece dar por sentado que Enno pasará la noche en casa de Tutti.

—No —contesta Enno—. No lo haré. Yo no me meto en esos líos, lo siento.

—Pero puedo revelarle el contenido de la maleta con exactitud. ¡Le aseguro que es mía!

—Entonces ¿por qué no se la pide a la propia Tutti?

—Si habla así —contesta el hombre, ofendido— es que no conoce a Tutti. ¡Tendría que saber la clase de mujer que es! ¡No tiene precisamente pelos en la lengua, es más, tiene la lengua cubierta de cerdas de erizo! ¡Muerde y escupe como un babuino...! ¡Precisamente por eso la llaman así!

Y mientras el viejo pergeña esa amable descripción de Tutti, Enno Kluge cae en la cuenta, asustado, de que Tutti es realmente así y que la última vez él desapareció con su monedero y sus cartillas de racionamiento. La verdad es que cuando se enfurece, Tutti muerde y escupe como un babuino, y con toda seguridad descargará toda su furia sobre Enno en cuanto llegue. El cobijo nocturno en su casa que se figuraba era eso, figuraciones suyas...

Y de pronto, sin pensárselo dos veces, Enno Kluge decide cambiar de vida desde ese preciso instante: se acabaron las historias de mujeres, los pequeños hurtos y también las apuestas. Lleva cuarenta y seis marcos en el bolsillo, que le permitirán vivir hasta el próximo día de paga. Mañana se regalará un día de indulgencia, por lo quebrantado que está, y pasado comenzará de nuevo a trabajar como es debido. Ya verán ellos lo productivo que les resulta, seguro que no vuelven a enviarlo al frente. La verdad es que tras los acontecimientos vividos en las últimas veinticuatro horas no puede arriesgarse a un recibimiento de babuino en casa de Tutti.

—Sí —reconoce Enno Kluge, meditabundo, al hombre entrado en años—. Eso es cierto: Tutti es así. Y por eso acabo de decidir no ir a verla. Pasaré la noche en ese hotelito de ahí. Buenas noches, señor, lo siento, pero...

Y dicho esto se marcha precavido con sus huesos doloridos y, pese a su aspecto maltrecho y a su total carencia de equipaje, consigue a fuerza de ruegos que el criado harapiento le deje una cama por tres marcos. Se mete en la cama de ese agujero oscuro y maloliente, cuyas sábanas han servido ya a muchos antes que él; se estira y se dice: A partir de ahora viviré de otra manera. He sido un asqueroso canalla, sobre todo con Eva, pero desde este mismo instante cambiaré. Me han dado una paliza con razón, pero a partir de ahora cambiaré...

Yace muy silencioso en la cama estrecha, las manos, como quien dice, junto a la

costura del pantalón, con la vista clavada en el techo. Tirita de frío, de agotamiento, de dolor. Pero no lo nota. Piensa en el obrero respetado y apreciado que era antes, y en el tipejo andrajoso al que todos desprecian que es ahora. No, a él los golpes lo han ayudado, pero ahora todo cambiará. E imaginando ese cambio se queda dormido.

A esa hora también duermen los Persicke, y la señora Gesch y la señora Kluge, y el matrimonio Barkhausen; este ha autorizado sin palabras a Otti a meterse con él en la cama.

La señora Rosenthal duerme asustada, respirando pesadamente. También la pequeña Trudel Baumann duerme. Por la tarde ha logrado cuchichear a uno de sus conjurados que tiene que comunicarle algo sin falta y que todos ellos tienen que encontrarse la tarde siguiente en el Elíseo, con la mayor discreción posible. Tiene miedo porque tendrá que confesar su indiscreción, pero ahora duerme.

La señora Anna Quangel yace en la cama a oscuras, mientras su marido, como siempre a esa hora de la noche, está en el taller, siguiendo con suma atención el proceso de trabajo. No lo han llamado para ocupar la dirección técnica para la mejora de la fabricación. ¡Mejor!

Anna Quangel, que yace en la cama incapaz de conciliar el sueño, sigue considerando a su marido un ser frío y sin corazón. Cómo recibió la noticia de la muerte de Otto, cómo echó de casa a la pobre Trudel y a la señora Rosenthal: frío, insensible, un hombre que únicamente piensa en sí mismo. Nunca podrá volver a quererlo como antes, cuando pensaba que al menos él sentía cierto cariño por ella. Eso ya lo ha comprobado. Solo ofendido por el comentario pronunciado tan a la ligera «tú y tu Führer», solo agraviado. Pues descuida, que no volverá a ofenderlo, ni hablará con él tan fácilmente. Hoy no han cruzado ni una palabra entre ellos, ni siquiera se han dado los buenos días.

Fromm, el juez retirado del Tribunal Cameral, permanece en vela y, como siempre, se mantiene así durante la noche. Escribe con su pequeña y pulcra caligrafía una carta cuyo encabezamiento reza: «Estimado letrado del Reich...».

Debajo de la lámpara de mesa lo aguarda, abierto, su Plutarco.

Capítulo 13

BAILE DE LA VICTORIA EN EL ELÍSEO

El Elíseo, el gran salón de baile situado al norte de Berlín, ofrecía esa noche de viernes una imagen que debía de alegrar los ojos de cualquier alemán normal: uniformes y más uniformes. No era tanto la Wehrmacht, cuyo gris o verde proporcionaba el vigoroso fondo a esa imagen de vistoso colorido, sino en mucha mayor medida los uniformes del Partido y sus secciones los que hacían tan llamativo el conjunto con el pardo, marrón claro, pardo dorado, pardo oscuro y negro. Allí, junto a las camisas pardas de las SA, se veían otras mucho más claras de las Juventudes Hitlerianas, la Organización Todt estaba tan representada como el Servicio de Trabajo del Reich, se veían los uniformes más amarillos de los oficiales especialistas, denominados los «faisanes dorados», se veía a líderes políticos del Partido junto a miembros de la defensa antiaérea. Y no solo los hombres iban ataviados de un modo tan alentador, también muchas chicas jóvenes llevaban uniforme; la Asociación de Jóvenes Alemanas, el Servicio de Trabajo, la Organización Todt, todas ellas parecían haber enviado allí a sus jefes, subjefes y afiliados de a pie.

Los escasos paisanos se perdían por completo entre ese gentío, resultaban insignificantes, aburridos entre tantos uniformes, al igual que el pueblo llano de fuera, en las calles y en las fábricas, jamás había tenido importancia frente al Partido. El Partido lo era todo, y el pueblo, nada.

Así que tampoco se prestó casi atención a una mesa situada en el borde de la sala, a la que se sentaban una muchacha y tres hombres jóvenes. Ninguna de esas cuatro personas llevaba uniforme, ni siquiera una insignia del Partido.

Primero había llegado una pareja, la chica joven y uno de los hombres; más tarde otro joven había pedido permiso para sentarse, y por último un cuarto hombre de paisano había solicitado idéntico permiso. La pareja joven había intentado en una ocasión bailar en medio de tanto barullo. Durante ese tiempo los otros dos hombres entablaron conversación, una conversación en la que también participaba ocasionalmente la pareja, que regresó estrujada y acalorada.

Uno de los hombres, de treinta y pocos años, frente despejada y pelo ya algo ralo, había estado un rato observando en silencio el trajín de la pista de baile y de las mesas vecinas reclinado mucho en su silla. En ese momento, sin mirar apenas a los otros, dijo:

—Un lugar de reunión mal elegido. Somos casi la única mesa de la sala ocupada por civiles. Llamamos la atención.

El acompañante de la chica joven sonrió diciéndole a esta, aunque sus palabras

iban destinadas al de la frente despejada:

—Al contrario, Grigoleit, no nos dispensan la menor atención, a lo sumo, desprecio. Estos señores solo piensan en que la susodicha victoria sobre Francia les ha proporcionado permiso para bailar durante un par de semanas.

—¡Nada de nombres! ¡Bajo ningún concepto! —reconvino con dureza el hombre de la frente despejada.

Durante un instante todos callaron. La joven dibujaba con el índice algo sobre la mesa, sin levantar la vista aunque se daba cuenta de que atraía todas las miradas.

—En cualquier caso, Trudel —dijo el tercer hombre, que tenía la cara inocente de un bebé crecido—, ahora es el momento adecuado para que nos digas eso tan importante. ¿Qué sucede? Las mesas vecinas están casi todas desocupadas, todo el mundo baila. ¡Habla!

El silencio de los otros dos hombres solo podía significar conformidad. Trudel Baumann soltó atropelladamente, sin alzar la vista:

—Creo que he cometido un desliz. En cualquier caso no he mantenido mi palabra. A mis ojos ciertamente no es un fallo...

—¡Oh, cállate ya! —exclamó el hombre de la frente despejada con tono despectivo—. ¿Es que quieres caer ahora en las costumbres de los gansos? Deja de graznar, cuenta sin rodeos lo sucedido.

La joven alzó la vista. Miró despacio, uno tras otro, a los tres hombres que, se le antojaba, la miraban con cruel frialdad. Tenía dos lágrimas en los ojos. Quería hablar, mas no podía. Buscó su pañuelo...

El de la frente alta se reclinó en la silla. Soltó un silbido atenuado.

—¿Que no grazne? ¡Pues ya lo ha hecho! No hay más que verla.

El caballero al lado de Trudel lo contradijo deprisa:

—¡Imposible! ¡Trudel es legal! Vamos, Trudel, diles que no te has ido de la lengua. —Y le estrechó la mano para darle ánimos.

Bebé, a la expectativa, concentró sus ojos redondos, muy azules, casi inexpresivos, en la joven. El alto de frente despejada sonreía, despectivo. Tras apagar su cigarrillo en el cenicero, dijo sarcástico:

—¿Y bien, señorita?

Trudel, ya más tranquila, susurró valiente:

—Sí, tiene razón. Me he ido de la lengua. Mi suegro me trajo la noticia de la muerte de Otto. Eso, no sé cómo, me trastornó. Le dije que trabajo en una célula comunista.

—¿Mencionaste algún nombre? —Nadie habría supuesto que el inocente Bébé pudiera preguntar con tanta dureza.

—Claro que no. No dije absolutamente nada más. Y mi suegro es un viejo trabajador, jamás contará una palabra.

—Tu suegro es capítulo aparte, pero el primero eres tú. Dices que no mencionaste ningún nombre...

—¡Y tú me creerás, Grigoleit! Yo no miento. He confesado voluntariamente.

—Pues acaba usted de mencionar otro nombre, señorita Baumann.

Bebé dijo:

—¿Pero no comprendéis que da completamente igual que haya mencionado nombres o no? Ha dicho que trabaja en una célula. Se ha ido de la lengua una vez y volverá a hacerlo. Si los caballeros en cuestión le ponen la mano encima, la torturan un poco, hablará, y da igual lo que haya revelado hasta entonces.

—¡Yo nunca les diré nada, aunque me maten! —exclamó Trudel con las mejillas arboladas.

—¡Oh! —exclamó el de la frente despejada—. Morir es muy fácil, señorita Baumann, pero a veces suceden cosas muy desagradables antes de la muerte.

—Sois despiadados —repuso la joven—. He cometido un error, pero...

—Yo opino lo mismo —comentó el hombre sentado en el sofá al lado de Trudel—. Estudiaremos a su suegro, y si es digno de confianza...

—Si caes en manos de esa gente, no hay confianza que valga —precisó Grigoleit.

—Trudel —dijo Bebé sonriendo con suavidad—, Trudel, acabas de decir que no mencionaste ningún nombre, ¿verdad?

—¡Y no lo hice!

—Y has afirmado que estarías dispuesta a morir antes de hacerlo.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó la muchacha con fervor.

—Entonces —añadió Bebé esbozando una sonrisa cautivadora—, entonces, Trudel, ¿qué te parecería morir esta noche, antes de irte más de la lengua? Eso nos proporcionaría cierta seguridad y nos ahorraría un montón de trabajo...

Se hizo un silencio sepulcral entre los cuatro. El rostro de la joven estaba blanco como la cal. Su acompañante dijo «No» y colocó con suavidad su mano sobre la de ella. Pero la retiró al momento.

Entonces los bailarines regresaron a sus mesas, impidiendo de momento proseguir la conversación.

El de la frente despejada encendió otro cigarrillo, Bebé esbozó una sonrisa imperceptible al ver cómo le temblaba la mano al otro. Entonces le dijo al moreno, sentado junto a la joven pálida y silenciosa:

—Dice usted que no. Pero en realidad ¿por qué? Es una solución casi satisfactoria, que, por lo que he entendido, ha sido propuesta personalmente por su acompañante.

—La solución no es satisfactoria —contestó el moreno despacio—. Ya hay demasiados muertos. No estamos aquí para incrementarlos.

—Espero —repuso el de la frente despejada— que recuerde esa frase el día que el Tribunal del Pueblo se encargue de usted, de mí y de estos...

—¡Silencio! —exclamó Bebé—. Salgan un rato a bailar. Parece una pieza muy bonita. Entretanto pueden ustedes deliberar, mientras nosotros lo hacemos aquí...

El moreno se levantó a regañadientes e hizo una ligera reverencia a su dama. Ella

colocó su mano sobre el brazo de él y ambos se dirigieron, pálidos, a la pista de baile. Bailaron serios, callados, a él le parecía como si bailase con una muerta. El hombre sentía escalofríos. A su alrededor los uniformes, los brazaletes con la cruz gamada, las banderas rojas como la sangre en las paredes con el odiado emblema, la foto del Führer adornada con hojas verdes, los sonidos rítmicos del *swing*.

—No lo hagas, Trudel —dijo—. Es una locura exigir algo así. Prométeme...

Bailaban casi sin moverse del sitio entre el gentío cada vez más apretujado. A lo mejor ella no hablaba porque estaban en contacto continuo con otras parejas.

—Trudel —rogó de nuevo—. ¡Prométemelo! Puedes irte a otra fábrica, trabajar allí, para que ellos te pierdan de vista. Prométeme que...

Intentaba que lo mirase, pero los ojos femeninos se perdían, obstinados, por encima de sus hombros.

—Eres la mejor de nosotros —soltó él de repente—. Eres humana. Él solo es dogmático. ¡Tienes que seguir viva, no accedas a su deseo!

La joven sacudió la cabeza, gesto que podía significar tanto sí como no.

—Me gustaría regresar a la mesa —comentó—. Ya no me apetece bailar.

—Trudel —dijo deprisa Karl Hergesell cuando se separaron de los bailarines—, Otto ha muerto, recibiste la noticia ayer. Es demasiado pronto. Pero sabes que siempre te he querido. Nunca he esperado nada de ti, pero ahora confío al menos en que vivas. ¡No para mí, eso no, pero sí que vivas!

La muchacha se limitó a mover la cabeza, de nuevo quedó en el aire lo que ella opinaba sobre su amor, sobre su deseo de verla con vida. Habían llegado a la mesa.

—¿Qué? —preguntó Grigoleit, el de la frente despejada—. ¿Qué tal el baile? Está un poco abarrotado, ¿verdad?

La joven no había vuelto a sentarse.

—Me voy —se despidió—. Que os vaya bien. Me habría gustado trabajar con vosotros...

Se dio la vuelta para irse.

Pero ahora el gordo e inofensivo Bebé fue el primero en ir tras ella y la agarró por la muñeca.

—¡Un momento, por favor! —habló con cortesía exquisita, pero su mirada era amenazadora.

Regresaron a la mesa. Se sentaron de nuevo.

—Trudel, ¿he entendido bien el significado de tu despedida? —preguntó Bebé.

—Lo has entendido perfectamente —respondió la joven mirándolo con dureza.

—Entonces te ruego que me permitas acompañarte durante el resto de la noche.

Ella hizo un movimiento de rechazo horrorizado.

El hombre añadió muy cortés:

—No quiero resultar insistente, pero he de mencionar que en la ejecución de semejante propósito podría incurrirse en nuevas equivocaciones. —Y añadió en un susurro amenazador—: No tengo el menor interés en que algún idiota te rescate del

agua o en que mañana yazgas en un hospital después de haberte salvado la vida tras intentar suicidarte con veneno. ¡Quiero estar presente!

—¡Cierto! —exclamó el de la frente despejada—. Estoy de acuerdo. Es la única garantía de que...

—Me propongo quedarme a su lado hoy y mañana, y todos los días sucesivos — anunció el moreno—. Pienso hacer todo lo posible para impedir este propósito. ¡Si me obligáis, pediré ayuda incluso a la policía si hace falta!

El de la frente despejada soltó otro silbido largo, dilatado, quedo y furioso.

Bebé dijo:

—¡Ajá, ya tenemos al segundo deslenguado de la mesa. Enamorado, ¿eh? Siempre me lo imaginé. Vámonos, Grigoleit, la célula está disuelta. Ya no existe! ¡Y a esto llamáis disciplina, sois unos blandengues!

—¡No, no! —negó la chica—. ¡No le hagas caso! Es verdad, él me quiere. Pero yo no. Me iré con vosotros esta noche y...

—¡No! —replicó Bebé, ahora furioso de veras—. Es que no veis que ya no podéis hacer nada, que él... —Hizo un movimiento de cabeza hacia el moreno—. ¡Bah! ¡Se acabó! —concluyó luego—. Vamos, Grigoleit.

El de la frente despejada ya se había levantado. Se dirigieron juntos hacia la salida. Pero de repente, una mano se posó en el brazo de Bebé. Este se encontró delante la cara lisa, redonda, de un hombre que vestía el uniforme pardo.

—Un momento, por favor. ¿Qué es lo que decía hace un momento sobre una célula disuelta? Me interesaría mucho...

Bebé liberó su brazo con brutalidad.

—¡Déjeme en paz! —exclamó a gritos—. ¡Si quiere saber lo que hemos hablado, pregunte a esa chica de ahí! Su novio cayó ayer mismo, y hoy ya tiene a otro en el bote... ¡Malditas mujeres!

Se había ido abriendo paso hacia la salida, que Grigoleit ya había alcanzado. Él también salió. El gordo lo siguió un momento con la vista. Después se volvió hacia la mesa a la que todavía se sentaban, muy pálidos, la chica y el hombre moreno. Eso lo tranquilizó. A lo mejor no he cometido ninguna falta al dejarle marchar. Me ha cogido por sorpresa. Pero...

—¿Me permiten tomar asiento un momento con ustedes y hacerles unas preguntas? —inquirió con tono cortés.

Trudel Baumann contestó:

—No puedo decirle más que lo que acaba de contar ese caballero. Ayer recibí la noticia de la muerte de mi prometido, y hoy este caballero pretende salir conmigo.

Su voz sonó firme y segura. Ahora que el peligro se sentaba a su mesa, el miedo y el desasosiego se habían desvanecido.

—¿Le importaría decirme el nombre de su novio caído? ¿Y su unidad?

Ella lo hizo.

—¿Y ahora su propio nombre? ¿Su dirección? ¿Su puesto de trabajo? ¿Lleva

encima documentación? Muchas gracias. Y ahora, usted, caballero.

—Trabajo en la misma empresa. Me llamo Karl Hergesell. Aquí tiene mi cartilla de trabajo.

—¿Y los otros dos señores?

—No los conocemos de nada. Se han sentado a nuestra mesa y de repente se han entrometido en nuestra discusión.

—¿Y por qué discutían?

—Yo no lo quiero.

—¿Y por qué estaba ese hombre tan enfadado con usted, si no lo quiere?

—¿Qué sé yo? A lo mejor no ha creído en mis palabras. También le ha cabreado que bailase con él.

—Está bien —repuso el gordo, cerrando su libro de notas y mirando a ambos.

La verdad es que parecían más unos enamorados enfadados que unos delincuentes pillados con las manos en la masa. Ya el temor con que evitaban mirarse... Sin embargo, sus manos reposaban sobre la mesa, a punto de tocarse.

—Está bien. Comprobaremos sus datos, faltaría más, pero creo que... Esta velada puede tener una continuación mejor...

—¡Yo no! —exclamó la joven—. ¡Yo no! —Se levantó al mismo tiempo que ellos—. Me voy a casa.

—Te acompaño.

—No, gracias, prefiero ir sola.

—¡Trudel! ¡Déjame hablar contigo! —rogó.

El uniformado, sonriendo, los miraba alternativamente. Unos auténticos enamorados. Una comprobación superficial de los datos bastaría.

De pronto, ella se decidió.

—De acuerdo, pero solo dos minutos.

Se marcharon. Al fin habían abandonado esa sala espantosa, ese ambiente de discrepancia y odio. Miraron a su alrededor.

—Se han ido.

—No volveremos a verlos.

—Y tú podrás vivir. ¡No, ahora tienes que vivir, Trudel! Un paso irreflexivo por tu parte pondría en peligro a los demás, a otros muchos... ¡recuérdalo siempre, Trudel!

—Sí —contestó—, ahora tengo que vivir. —Y con rápida decisión—: Adiós, Karl.

Se apoyó un instante en su pecho, su boca rozó la de él. Antes de que el hombre se decidiera, la joven cruzaba la calle hacia un tranvía que acababa de detenerse. El vehículo se puso en marcha.

Él intentó seguirla. Pero cambió de parecer.

La veré en la fábrica de vez en cuando, pensó. Tenemos toda la vida por delante. Tengo tiempo. Ahora sé que me quiere.

Capítulo 14

SÁBADO: AGITACIÓN EN CASA DE LOS QUANGEL

Los Quangel tampoco cruzaron palabra durante todo el viernes... tres días de silencio entre ellos, ni siquiera saludarse, jamás había sucedido algo parecido en todo su matrimonio. Por parco en palabras que fuera Quangel, de vez en cuando siempre soltaba alguna frase sobre algún trabajador del taller, o sobre el tiempo, o sobre lo mucho que le había gustado la comida de ese día. ¡Y ahora, nada!

A medida que pasaba el tiempo, Anna Quangel percibía con más fuerza que el profundo dolor que sentía por su hijo caído comenzaba a disiparse ante la inquietud por los cambios que estaba sufriendo su marido. Solo quería pensar en el chico, pero al observar a ese hombre, a Otto Quangel, su esposo durante tanto tiempo, al fin y al cabo el hombre al que había dedicado los más numerosos y mejores años de su vida, le resultaba imposible. ¿Qué mosca le había picado? ¿Qué le pasaba? ¿Por qué había cambiado tanto?

El viernes a mediodía la ira de Anna Quangel y los reproches contra Otto se habían desvanecido. De haber tenido garantías de éxito, por pequeñas que fueran, le habría pedido perdón por su irreflexivo comentario «tú y tu Führer». Pero era obvio que Quangel ya no pensaba en ese reproche; es más, al parecer tampoco pensaba en ella. Sus ojos pasaban de largo, veía a través de ella, se situaba junto a la ventana, las manos en los bolsillos de su chaqueta de trabajo y silbaba despacio ensimismado, meditabundo, con grandes pausas, cosa que no había hecho nunca.

¿En qué pensaba su marido? ¿Qué le afectaba tanto? Le puso la comida en la mesa y él comenzó a tomarla a cucharadas. Durante un momento lo observó desde la cocina. Inclina sobre el plato su rostro enérgico, pero se llevaba la cuchara a la boca con gesto completamente mecánico, sus ojos oscuros miraban algo que no estaba allí.

La mujer se metió en la cocina a calentar unos restos de repollo. A él le gustaba comer repollo recalentado. Estaba firmemente decidida a hablarle ahora mismo, nada más entrar con la verdura. Por muy dura que fuese su respuesta, tenía que romper ese silencio funesto.

Pero cuando llegó a la sala con el repollo caliente, Otto se había ido, el plato reposaba sobre la mesa medio vacío. O Quangel se había dado cuenta de sus intenciones y se había marchado a escondidas como un niño que quiere seguir de morros, o simplemente lo que tanto lo inquietaba por dentro le había hecho olvidar la comida. Fuera como fuese, se había ido, y ella tendría que esperarlo hasta la noche.

Pero la noche del viernes al sábado Otto llegó tan tarde de trabajar que a pesar de todos sus buenos propósitos, ya se había dormido cuando él se metió en la cama. No

se despertó hasta más tarde, al oírlo toser.

—Otto, ¿duermes? —preguntó, cautelosa.

La tos cesó, él yacía en completo silencio. Ella volvió a preguntar:

—Otto, ¿duermes?

Nada, ninguna respuesta. Ambos permanecieron un buen rato en silencio. Cada uno sabía que el otro no dormía. No se atrevían a cambiar de postura para no delatarse. Al final ambos se durmieron.

El comienzo del sábado fue aún peor. Otto Quangel se había levantado a una hora inusualmente temprana. Antes de que pudiera ponerle su café de malta en la mesa, él había emprendido ya uno de esos presurosos e incomprensibles paseos que antes nunca había dado. Regresó, desde la cocina lo oyó recorrer el salón de un lado a otro. Cuando entró con el café, él dobló con cuidado una hoja blanca grande que había estado leyendo junto a la ventana y se la guardó.

Anna estaba segura de que no era un periódico. Había demasiado espacio en blanco en la hoja y las letras eran más grandes que las de un periódico. ¿Qué podía haber estado leyendo ese hombre?

Volvió a enfadarse con él, por su secretismo, por todos esos cambios que provocaban tanta inquietud y más preocupaciones añadidas a las antiguas, que ya eran más que suficientes. A pesar de todo, dijo:

—¡Otto, el café!

Al escuchar su voz, giró la cara y la miró como si estuviera asombrado de no estar solo en esa vivienda, asombrado de que alguien le hablase. La miró sin verla. No era su esposa Anna Quangel a quien miraba, sino alguien a quien había conocido un día y de quien debía acordarse con esfuerzo. Su rostro, sus ojos, exhibían una sonrisa; por su cara se extendía esa sonrisa que ella nunca había visto. Estuvo a punto de gritar: ¡Otto, ay, Otto, ahora no te me vayas tú también!

Pero antes de que se decidiera a hacerlo, él pasó a su lado y abandonó la vivienda. De nuevo sin tomar café, de nuevo tuvo que llevárselo a la cocina para calentarlo. Mientras tanto, sollozaba suavemente. ¡Menudo marido! ¿Iría ella a quedarse sin nada? Después del hijo, ¿perdería también al padre?

Entretanto Quangel se dirigía presuroso a la avenida Prenzlauer. Se le había ocurrido que era mejor examinar antes uno de esos edificios para comprobar si su idea sobre ellos era acertada. De no ser así, tendría que ocurrírsele otra.

En la avenida Prenzlauer aminoró el paso, sus ojos recorrían los letreros de las puertas de las casas como si buscara algo concreto. En un edificio que hacía esquina vio los letreros de dos abogados y un médico al lado de otros muchos negocios.

Empujó la puerta del portal. Se abrió en el acto. Su idea era acertada: en un edificio tan frecuentado no había portero. Subió despacio, la mano en la barandilla, los peldaños de la escalera, una escalera antes «muy elegante» de madera de roble a la que el uso excesivo y la guerra habían arrebatado cualquier vestigio de elegancia. Ahora parecía sucia y desgastada, las alfombras habían desaparecido hacía mucho

tiempo, seguramente las habían recogido al estallar la guerra.

Otto Quangel pasó ante el letrero de un abogado en el entresuelo, asintió con la cabeza, prosiguió su lenta ascensión. No es que utilizase él solo las escaleras, qué va, personas presurosas se cruzaban con él sin interrupción, bien yendo hacia él o adelantándolo. No paraba de oír repiqueteo de timbres, golpeteo de puertas, teléfonos sonando, tableteo de máquinas de escribir, ruido de voces.

Pero entremedias siempre había un momento en que Otto Quangel tenía la escalera para él solo o al menos su tramo de escalera, un momento en que toda la vida parecía haberse refugiado en el interior de las oficinas. Ese habría sido el momento adecuado para hacerlo. En general su plan era acertado, como había pensado. Gentes apresuradas que no se miraban a la cara, ventanas de cristales sucios por los que solo se filtraba la grisácea luz diurna, sin portero, sin que absolutamente nadie se interesase por los demás.

Cuando Otto Quangel hubo leído en el primer piso el letrero del segundo abogado y una mano le señaló que el médico vivía una escalera más arriba, asintió satisfecho. Dio media vuelta, como si regresase de ver al abogado y salió del edificio. Ya no era necesario continuar el examen, era justo el edificio que él necesitaba y había miles similares en Berlín.

El jefe de taller Otto Quangel está de nuevo en la calle. Un hombre moreno de tez muy blanca se dirige a él.

—¿El señor Quangel? —pregunta—. ¿Es usted el señor Otto Quangel de la calle Jablonski?

Quangel responde con un gruñido expectante, un «¿Y?» que puede significar tanto asentimiento como negación.

El joven lo considera asentimiento.

—Tengo que pedirle de parte de Trudel Baumann que se olvide por completo de ella —le comunica—. Trudel tampoco volverá a visitar a su esposa. No es necesario, señor Quangel, que...

—Informe usted —replica Otto Quangel— que no conozco a ninguna Trudel Baumann y que no deseo que me vengan con necesidades...

Su puño alcanza en pleno mentón al hombre joven, que se desploma como un trapo. Quangel echa a andar despreocupado entre la gente que comienza a arremolinarse, pasa justo al lado de un policía y se dirige a la parada del tranvía. Cuando llega, sube y viaja dos paradas. Después regresa en dirección contraria, esta vez en la plataforma delantera del vagón. Es como imaginaba: la mayor parte de la gente se ha dispersado mientras tanto, pero quedan diez o doce curiosos delante de un café al que seguramente han llevado al agredido.

Este ha vuelto a recuperar el conocimiento. Karl Hergesell tiene que identificarse ante la autoridad por segunda vez en el plazo de dos horas.

—No ha sido nada, de veras, señor agente —asegura—. He debido de darle un pisotón sin querer, y me ha soltado un puñezato. No tengo ni idea de quién es, ni

siquiera le había presentado mis disculpas, cuando me ha golpeado.

Karl Hergesell puede marcharse en paz de nuevo, no existen sospechas contra él. Sin embargo, sabe de sobra que no puede seguir poniendo a prueba su suerte. Además, ha ido a ver a ese exsuegro únicamente para garantizar la seguridad de Trudel. Bueno, por lo que respecta a Otto Quangel, no hay por qué preocuparse. Un tipo duro, y además furioso. Y seguro que nada locuaz, a pesar de su enorme boca ganchuda. ¡Con qué rapidez y rabia le ha pegado!

Habían azuzado a Trudel casi hasta la muerte por si acaso una persona como él se iba de la lengua. ¡Ese no se iría de la lengua jamás... ni siquiera ante esos! Y tampoco se preocuparía por Trudel, parecía no querer saber nada de ella. ¡Qué deprisa puede aclarar a veces las cosas un gancho en la mandíbula!

Karl Hergesell se dirige a la fábrica completamente tranquilo, y cuando con preguntas cautelosas averigua que Grigoleit y Bebé se han despedido, respira aliviado. Ahora todo está seguro. Ya no hay célula, pero no lo lamenta demasiado. ¡A cambio Trudel vivirá!

En el fondo a él nunca le ha interesado mucho ese trabajo político, pero sí Trudel.

Quangel regresa a su casa en tranvía, pero en lugar de apearse en la calle Jablonski pasa de largo. La seguridad ante todo, y si le pisa los talones algún perseguidor, se enfrentará a él solo, no lo conducirá hasta su casa. Anna no se encuentra en las condiciones adecuadas para afrontar una sorpresa desagradable. Primero tiene que hablar con ella. Y seguro que lo hará, Anna desempeña un gran papel en sus propósitos. Pero antes tiene que resolver otros asuntos.

Quangel ha decidido que ese día regresará a su casa antes de ir a trabajar. Renunciará al café y a la comida. Anna se sentirá un poco inquieta, pero esperará sin tomar decisiones precipitadas. Tiene que ultimar algo ese día. Al siguiente es domingo y todo tiene que estar listo para entonces.

Vuelve a cambiar de tranvía para dirigirse al centro de la ciudad. No, a Quangel no le preocupa lo más mínimo ese joven al que ha cerrado la boca con un súbito puñetazo. Tampoco cree que existan otros perseguidores, sino que piensa que ese hombre venía de verdad de parte de Trudel. Ella ya había insinuado que tendría que confesar que había roto su juramento. A continuación ellos lógicamente le habían prohibido cualquier trato con él, y habían enviado a ese joven como mensajero. Un asunto del todo inofensivo. Era una mera chiquillada, niños que se habían aventurado en un juego que no entendían. Otto Quangel entiende un poco más. Sabe en qué se va a meter. Pero no jugará ese juego como un niño, meditará cada una de sus jugadas.

Vuelve a ver a Trudel ante él, apoyada en el cartel del Tribunal del Pueblo en ese corredor donde había corriente, sin sospechar nada. Vuelve a notar esa sensación de intranquilidad cuando ve la cabeza de la joven coronada por el encabezamiento «En nombre del pueblo alemán», vuelve a leer su propio nombre en lugar de otros ajenos... no, no, este asunto es para él solo. Y para Anna también, claro. ¡Ya le enseñará quién es «su» Führer!

Una vez en el centro, Quangel hace unas compras. Por una cuantía escasa, apenas unos *pfennig*, postales, un portaplumas, un par de plumillas de acero, un frasquito de tinta. Además, distribuye esas compras entre unos grandes almacenes, una sucursal de Woolworth y una papelería. Al final, tras prolongada reflexión, compra además unos guantes de tela muy sencillos, finos, que obtiene sin entregar ningún cupón.

Después se sienta en una de las grandes cervecerías de la plaza Alexander, bebe un vaso de cerveza y come algo de venta libre. Estamos en 1940, ha comenzado el saqueo de los países invadidos, el pueblo alemán no tiene que soportar grandes privaciones. En realidad, se consigue casi todo, y ni siquiera a un precio excesivamente caro.

Y respecto a la propia guerra, esta se libra en países extranjeros, lejos de Berlín. Cierta, de vez en cuando los aviones británicos sobrevuelan la ciudad, sueltan un par de bombas y la población emprende al día siguiente caminatas para examinar los estragos. La mayoría dice riendo:

—Pues como piensen terminar así con nosotros, necesitarán cientos de años, y ni siquiera entonces se notará mucho. Mientras tanto, nosotros borraremos sus ciudades de la faz de la Tierra.

Eso dice la gente, y desde que Francia ha pedido el armisticio ha aumentado el número de los que así opinan. La mayoría corre detrás del éxito. Los hombres como Otto Quangel, que en pleno éxito abandonan la fila, son una excepción.

Se queda sentado. Aún dispone de tiempo, todavía no tiene que acudir a la fábrica. Pero ahora la inquietud de los últimos días ha desaparecido. Desde que inspeccionó ese edificio, desde que ha efectuado esas pequeñas compras, la suerte está echada. Ya ni siquiera necesita darle muchas vueltas a lo que queda por hacer. Y lo hará, el camino se abre, claro, ante sus ojos. Basta con recorrerlo, ya ha dado los primeros pasos, decisivos para adentrarse en él.

Después, cuando llega su hora, paga y emprende el camino hacia la fábrica. Pese a que es un largo trayecto desde la plaza Alexander, lo recorre a pie. Ya ha gastado bastante dinero ese día, en tranvías, en las compras, en comida. ¿Bastante? ¡Una barbaridad! A pesar de que Quangel ha decidido cambiar radicalmente de vida, mantendrá sus costumbres anteriores. Continuará siendo ahorrativo y mantendrá a la gente a distancia.

Finalmente vuelve a estar en su taller, atento y vigilante, mudo y distante, igual que siempre. Sin dejar traslucir lo que ha sucedido en su interior. Un fumador de cigarrillos como ese falso carpintero Dollfuss jamás le notará nada. Para ese su imagen es firme: un vejstorio, poseído por una sucia ambición, solo interesado en su trabajo. Esa es la imagen y así debe continuar.

Capítulo 15

ENNO KLUGE VUELVE AL TRABAJO

Cuando Otto Quangel comenzó su trabajo en el taller de carpintería, Enno Kluge llevaba ya seis horas junto al torno. Sí, el pobre hombre no ha aguantado más en su cama, y a pesar de su debilidad y de sus dolores ha acudido a la fábrica. Ciertamente la acogida no ha sido muy amable, pero ¿qué otra cosa cabía esperar?

—¿Qué, otra vez de visita, Enno? —le preguntó el capataz—. ¿Cuánto tiempo piensas aguantar esta vez? ¿Una semana? ¿Dos?

—Estoy completamente curado, maestro —aseguró Enno Kluge con vehemencia—. Puedo volver a trabajar, y lo haré, ya lo verás.

—No me digas —comentó con bastante incredulidad el capataz, disponiéndose a irse. Pero se detuvo, contempló pensativo la cara de Enno y preguntó—: ¿Y qué has hecho con tu facha, Enno? Parece que te han apretado las tuercas, ¿eh?

Enno inclina la cabeza hacia la pieza en la que trabaja, y sin mirar al capataz contesta al fin:

—Sí, capataz, me han apretado las tuercas...

El capataz se queda parado ante él, pensativo, y sigue observándolo. Al final se cree capaz de extraer su propia conclusión y dice:

—¡Pues a lo mejor ha sido útil, a lo mejor ahora sientes verdadero afán por el trabajo, Enno!

Y dicho esto, el capataz se fue y Enno Kluge se alegró de que hubiera interpretado los golpes así. ¡Que pensara que le habían propinado la paliza por su pereza, tanto mejor! Eso no quería discutirlo con nadie. Y si allí pensaban así, no lo acribillarían a preguntas. A lo sumo se reirían a su espalda, y además podían hacerlo sin problemas, a él le daba igual. ¡Ahora quería trabajar, los iba a dejar con la boca abierta!

Con una sonrisa tímida y no exenta de orgullo, Enno Kluge se apuntó para el turno de trabajo voluntario del domingo. Un par de colegas mayores que lo conocían de antes hicieron comentarios sarcásticos. Se rio con ellos y comprobó, complacido, que también el maestro sonreía.

Dicho sea de paso, la suposición equivocada del maestro de que había recibido los golpes por su holgazanería, también le resultó provechosa. Lo llamaron justo después de la hora del almuerzo. Y allí se presentó él, igual que un acusado, y el hecho de que uno de sus jueces vistiera un uniforme de la Wehrmacht, otro de las SA y solo uno fuera de paisano, aunque también adornado con insignias, no hizo sino incrementar su miedo.

El oficial de la Wehrmacht hojeaba un documento y reprochó a Enno Kluge sus

pecados con una voz tan indiferente como asqueada. Licenciado del Ejército tal y tal día para destinarlo a la industria armamentística, en tal y tal fecha se presenta en la empresa asignada, trabaja once días, baja por enfermedad debido a hemorragias gástricas, visita de tres médicos, dos hospitales. En tal y tal fecha recibe el alta, cinco días trabajados, tres días ausente, un día trabajado, nuevas hemorragias gástricas, etcétera, etcétera.

El oficial dejó a un lado el documento, miró asqueado a Kluge, mejor dicho, dirigió su mirada más o menos al botón superior de la chaqueta de Enno y dijo alzando la voz:

—Pero ¿qué te figurabas, cerdo? —de repente gritaba, pero se notaba que lo hacía por costumbre, sin la menor excitación interna—. ¿Crees que puedes engañar a una sola persona con tus estúpidas hemorragias? ¡Voy a enviarte a un batallón de castigo, allí te arrancarán del cuerpo tus apestosos intestinos, entonces aprenderás lo que son hemorragias gástricas!

El oficial vociferó durante un buen rato. Enno estaba acostumbrado a ello desde el Ejército, no lo asustaba mucho. Escuchó el rapapolvo con las manos colocadas reglamentariamente junto a la costura de su pantalón de civil, los ojos siguiendo con atención al que le increpaba. Cuando el oficial tenía que coger aire, Enno decía con el tono debido, claro y nítido, ni sumiso ni descarado, objetivo:

—¡Sí, mi teniente! ¡A sus órdenes, mi teniente!

Hubo un momento en el que incluso consiguió, ciertamente sin ningún efecto visible, deslizar la frase:

—Estoy sano, a sus órdenes, mi teniente. Me presento para servirle, trabajaré.

El oficial dejó de gritar tan repentinamente como había comenzado. Cerró la boca, apartó la vista del botón superior de la chaqueta de Kluge, y la dirigió hacia su vecino de uniforme pardo.

—¿Alguna cosa más? —preguntó asqueado.

Desde luego que sí, también ese caballero tenía algo que decir o más bien que gritar; todos esos jefes parecían gritar a sus subordinados. Este habló a voces de la traición al pueblo y de sabotaje, del Führer, que no toleraba traidores en las propias filas, y de los campos de concentración, donde se haría justicia.

—¿Y cómo te presentas ante nosotros? —gritó de repente el de uniforme pardo—. ¿Cómo estás en ese estado, cerdo? ¿Con esa cara te presentas al trabajo? ¡Has estado putañeando con mujeres, putero asqueroso! ¿En eso te dejas las fuerzas y nosotros tenemos que pagarte aquí? ¿Dónde has estado, chulo indecente, dónde te han puesto así?

—Me han apretado las tuercas —refiere Enno, intimidado por la mirada del otro.

—¿Quién te ha maltratado así, quién? ¡Quiero saberlo! —gritó el de la camisa parda agitando el puño en las narices de Enno y pateando el suelo.

En ese momento la mente de Enno se quedó en blanco. Bajo la amenaza de nuevos golpes, sus propósitos y su cautela se esfumaron y susurró aterrorizado:

—A sus órdenes, las SS me han maltratado así.

El miedo irracional de ese hombre tenía algo tan convincente, que los tres hombres sentados a la mesa le dieron crédito en el acto. Una sonrisa comprensiva, de aprobación, se dibujó en sus rostros. El de pardo gritó:

—¿Maltratado dices? Eso se llama castigar, castigar con razón. ¿Cómo se llama eso?

—A sus órdenes, se llama: castigado con razón.

—Bien, espero que no lo olvides. La próxima vez no saldrás tan bien parado. ¡Retírate!

Media hora después Enno Kluge aún temblaba tanto que era incapaz de trabajar en el torno. Permaneció en el retrete, donde al final lo descubrió el maestro, que lo envió al trabajo entre improperios. Después este se situó a su lado y despoticando observó cómo Enno Kluge estropeaba una pieza detrás de otra. Todo se mezclaba en la cabeza del hombrecillo: la regañina del maestro, las burlas de los compañeros, la amenaza del campo de concentración y del batallón de castigo, impidiéndole ver con claridad. Las manos, siempre tan hábiles, se negaban a obedecerlo. No podía, y sin embargo debía, o estaría perdido sin remedio.

Al final hasta el propio maestro comprendió que no se enfrentaba a mala voluntad ni a holgazanería.

—Si no acabaras de estar enfermo, te aconsejaría que te pasaras un par de días en la cama hasta curarte. —Con estas palabras lo abandonó el maestro, no sin antes añadir—: Pero ya sabes lo que te sucedería entonces.

Claro que lo sabía. Y continuó con el trabajo, intentando no pensar en los dolores, en la insostenible presión que sentía en su cabeza. Durante un rato el brillante hierro que giraba lo atraía como un talismán. Bastaría con meter los dedos en medio para obtener paz, iría a parar a una cama, podría estar acostado, descansar, dormir, olvidar. Pero enseguida pensó que quien se mutilaba adrede era castigado con la muerte, y su mano retrocedió convulsa...

Y así era: muerte en el batallón de castigo, muerte en un campo de concentración, muerte en el patio de una cárcel, esas eran las cosas con que lo amenazaban a diario y que tenía que conjurar. Y tenía tan poca energía...

De algún modo pasó esa tarde, de algún modo se encontró poco después de las cinco entre el raudal de los que retornaban a casa. Cuánto había añorado el descanso y el sueño; pero cuando se encontró en su propio cuartito del hotel, no consiguió acostarse. Volvió a salir y compró algo de comida.

De nuevo en la habitación, la comida en la mesa ante él, la cama a su lado... mas no podía permanecer allí. Estaba atormentado, no soportaba esa habitación. Tenía que comprar útiles de aseo e intentar adquirir un blusón azul en algún ropavejero.

Volvió a salir, y cuando estaba en una droguería, recordó que tenía una maleta muy pesada con todas sus pertenencias en casa de Lotte, de donde lo había echado con tanta rudeza su marido tras regresar de permiso. Salió corriendo de la droguería,

tomó el tranvía; se arriesgó, iría a casa de ella por las buenas. ¡No podía renunciar a todas sus cosas! Temía que le dieran una paliza, pero sentía un intenso deseo, necesitaba ver a Lotte.

Tuvo suerte, pues la encontró en casa, el marido no estaba.

—¿Tus cosas, Enno? —inquirió la mujer—. Las llevé inmediatamente al sótano, para que no las encontrase. Espera, voy a por la llave.

Pero la mantuvo abrazada, apoyó la cabeza contra el pecho poderoso de la mujer. Los esfuerzos de las últimas semanas lo habían sobrepasado y se echó a llorar sin más.

—¡Ay, Lotte, no soporto estar sin ti! ¡Te echo tanto de menos!

Su cuerpo se estremecía con los sollozos. Se asustó mucho. Estaba acostumbrada a tratar con hombres lloriqueantes, pero borrachos, mientras que este estaba sobrio... Y después esa palabrería de que la echaba de menos y que no podía vivir sin ella. ¡Hacía una eternidad que nadie le decía algo así, si es que alguna vez se lo llegó a decir alguien!

Lo tranquilizó lo mejor que pudo.

—Solo se quedará tres semanas de permiso, luego podrás volver, Enno. ¡Cálmate, hombre, coge tus cosas antes de que venga! ¡Ya sabes!

¡Oh, vaya si lo sabía, con qué exactitud conocía las amenazas que se cernían sobre él!

Lo acompañó al tranvía y lo ayudó con la maleta.

Enno Kluge regresó a su hotel, un poco más aliviado. Solo tres semanas, de las que ya habían transcurrido cuatro días. Después el marido retornaría al frente y él podría meterse en su cama. Enno se imaginaba que resistiría sin mujeres, pero era imposible, sencillamente no era capaz. Mientras tanto, se pasaría otra vez a ver a Tutti; ahora se daba cuenta de que bastaba con lloriquear un poco para que dejaran de ser tan malas. ¡Y te ayudaban enseguida! A lo mejor podía quedarse en casa de Tutti durante esas tres semanas, la habitación solitaria del hotel le parecía demasiado terrible.

Sin embargo, a pesar de las mujeres trabajaría, trabajaría, trabajaría. No volvería a hacer tonterías nunca más. ¡Estaba curado!

Capítulo 16

EL FINAL DE LA SEÑORA ROSENTHAL

El domingo por la mañana la señora Rosenthal despertó de un profundo sueño con un grito de pánico. Había soñado la misma pesadilla que ahora la asaltaba casi todas las noches: huía con Siegfried. Se escondían, los perseguidores pasaban a su lado mientras parecían burlarse por el rabillo del ojo de los que tan mal se habían escondido.

De repente Siegfried echaba a correr, ella lo seguía. No podía correr tan deprisa como él. «¡No tan deprisa, Siegfried! —gritaba—. ¡No te alcanzo! ¡No me dejes sola!».

Él se levantaba por encima del suelo, volaba. Primero sobre el empedrado, después fue elevándose cada vez más hasta desaparecer por encima de los tejados. Ella estaba sola en la calle Greifswalder. Las lágrimas corrían por su rostro. Una mano grande y maloliente cubrió su cara sofocándola, una voz susurró a su oído: «¡Vieja cerda judía, al fin te tengo!».

Miró las ventanas oscurecidas, la luz del día se filtraba por las rendijas. Los terrores nocturnos retrocedían ante los del día que se avecinaba. ¡Era de día! ¡Otra vez se había levantado más tarde que el juez del Tribunal Cameral, la única persona con la que podía hablar! ¡Se había propuesto firmemente permanecer despierta, y había vuelto a dormirse! ¡Otro día sola, doce, quince horas! ¡Oh, ya no podía soportarlo más! Las paredes de esa habitación se le caían encima, siempre la misma cara pálida en el espejo, siempre el mismo dinero que contar... no, no podía seguir así. Nada había peor que ese encierro inactivo.

La señora Rosenthal se viste apresuradamente. Luego se aproxima a la puerta, corre el pestillo, abre sin hacer ruido y atisba el pasillo. La vivienda está en silencio y el edificio también. Los niños todavía no alborotan en la calle, debe de ser muy temprano aún. ¿Estará el juez en su cuarto de los libros? A lo mejor puede darle los buenos días, cruzar con él dos o tres frases que le den ánimos para soportar otra jornada interminable.

Se atreve, desobedeciendo su prohibición se atreve. Camina deprisa por el pasillo y entra en su habitación. Retrocede un poco asustada por la claridad que penetra a raudales por las ventanas abiertas, ante la calle, ante la notoriedad que reina ahora allí junto con ese aire. Pero se asusta más todavía ante una mujer que, armada con un cepillo de rodillo, limpia la alfombra de Zwickau. Es una mujer flaca, entrada en años; el pañuelo atado alrededor de la cabeza y el cepillo demuestran que es la señora de la limpieza.

Al entrar la señora Rosenthal, la mujer interrumpe su labor. Primero mira

fijamente un momento a la inesperada visitante, parpadeando deprisa un par de veces, como si no diera crédito a sus ojos. Después apoya el cepillo contra la mesa y empieza a hacer con manos y brazos unos movimientos de rechazo, profiriendo de cuando en cuando un duro «¡Shh, shh!», como si espantase a las gallinas.

La señora Rosenthal, ya en retirada, pregunta suplicante:

—¿Dónde está el juez? Tengo que hablar con él un momento.

La mujer cierra los labios con fuerza y sacude la cabeza con violencia. Después repite sus movimientos ahuyentadores y el «¡Shh, shh!» hasta que la señora Rosenthal retrocede hasta su habitación. Allí, mientras la asistenta cierra la puerta sin hacer ruido, se desploma en la butaca situada junto a la mesa y rompe a llorar, desconsolada. ¡Todo en vano! ¡Otro día condenada a una espera solitaria y sin sentido! En el mundo están ocurriendo muchas cosas, a lo mejor ahora mismo está muriendo Siegfried, o una bomba alemana está matando a su Eva... mientras ella tiene que seguir allí sentada a oscuras, cruzada de brazos.

Sacude la cabeza indignada: no piensa soportarlo más tiempo. ¡No lo aguantará más! Si tiene que ser desgraciada, si tiene que vivir para siempre acosada y atemorizada, lo hará a su modo. No podrá impedir que esa puerta se cierre para siempre tras ella. La hospitalidad ha sido bienintencionada, pero a ella no le sienta bien.

De nuevo junto a la puerta, se controla. Regresa a la mesa y coge la gruesa pulsera de oro con los zafiros. A lo mejor...

Pero la mujer ya no está en el despacho, las ventanas ya están cerradas. La señora Rosenthal se queda esperando en el pasillo, cerca de la puerta de entrada. Entonces oye trajín de platos y sigue ese sonido hasta que encuentra a la mujer en la cocina, fregando los cacharros.

Le tiende, suplicante, la pulsera y dice con voz entrecortada:

—¡De verdad, necesito hablar con el juez! ¡Por favor, se lo ruego!

La criada ha fruncido el ceño ante esa nueva molestia y se limita a echar una ojeada a la pulsera que le ofrecen. Entonces comienza de nuevo a espantarla, agitando los brazos y diciendo «¡Shh, shh!», y ante semejantes aspavientos la señora Rosenthal huye a su habitación, se acerca a su mesilla de noche y saca del cajón los somníferos que le ha prescrito el consejero.

Nunca ha utilizado ese medicamento hasta entonces. Vierte todas las pastillas, son doce o catorce, en el hueco de su mano, va al tocador y se las traga con un vaso de agua. Hoy tiene que dormir, hoy quiere pasar el día dormida... Después, por la noche, hablará con el consejero para saber lo que hay que hacer. Se tumba en la cama vestida, cubriéndose un poco con la manta. Tendida en silencio de espaldas, los ojos dirigidos al techo, espera el sueño.

Y el sueño llega. Los pensamientos torturadores, las atroces imágenes, siempre idénticas, que el miedo hace brotar en su cerebro, se difuminan. Cierra los ojos, sus miembros se relajan, se desmadejan, casi se ha salvado a punto de entrar en su

sueño...

Entonces es como si en el umbral de ese sueño una mano la empujase hacia atrás obligándola a despertarse. Se ha sobresaltado, tal empujón le ha dado. Su cuerpo se ha estremecido como si hubiera sufrido una convulsión repentina...

Y de nuevo yace de espaldas, mirando al techo, el mismo molino siempre idéntico hace girar en su interior los pensamientos torturadores siempre idénticos y las imágenes pavorosas. De improviso, poco a poco, todo se debilita, los ojos se cierran, el sueño se acerca. Y de nuevo en el umbral, el golpe, el empujón, la convulsión que contrae todo su cuerpo. Una vez más la expulsan de la tranquilidad, de la paz, del olvido...

Cuando esto se ha repetido tres o cuatro veces, renuncia a esperar el sueño. Se levanta, camina despacio, tambaleándose un poco, con los miembros flojos, hacia la mesa y se sienta. Mira fijamente ante sí. Por la blancura que tiene ante ella reconoce la carta a Siegfried que comenzó hace tres días y de la que solo ha escrito las primeras líneas. Prosigue su inspección: distingue los billetes, las joyas. Allí detrás está asimismo la bandeja con su comida. En otras ocasiones por la mañana se lanzaba sobre ella completamente hambrienta, ahora la mira con indiferencia. No le apetece comer...

Mientras permanece sentada, comprende de un modo vago que los somníferos han provocado un cambio: aunque no han sido capaces de propiciar el sueño, al menos le han arrebatado la agitación incesante de la mañana. Ahora se sienta sin más, a veces incluso está a punto de dar una cabezada en el sillón, pero vuelve a levantarse. Ha transcurrido cierto tiempo, no sabe si mucho o poco, pero parte de ese día espantoso ha transcurrido...

Más tarde oye unos pasos en la escalera. Se sobresalta; en un instante de introspección intenta comprender si desde esa habitación puede oír a alguien que esté en la escalera. Pero ese minuto crítico ya ha pasado y solo escucha, expectante, los pasos en la escalera, los pasos de una persona que sube con esfuerzo, deteniéndose una y otra vez, y después, tras una tosecita, reanuda la ascensión agarrándose a la barandilla.

Ahora no solo oye, sino que también ve. Ve con toda claridad a Siegfried, subiendo sigiloso hacia su casa por la escalera del edificio todavía en silencio. Han vuelto a maltratarlo, lleva la cabeza envuelta en vendas colocadas apresuradamente, empapadas en sangre, y tiene el rostro herido y lleno de cardenales por sus puñetazos. Siegfried se arrastra con dificultad escalera arriba. Su pecho, ese pecho herido por sus patadas, grazna y ruge. Ve a Siegfried desaparecer por el descansillo de la escalera...

Durante un momento continúa sentada. Seguro que no piensa en nada, ni en el consejero ni en lo acordado con él. Sino en que tiene que subir a su vivienda... ¿qué pensará Siegfried cuando la encuentre vacía?

Pero está tan horriblemente cansada, y le resulta casi imposible levantarse del sillón.

Sin embargo, acaba levantándose. Saca el llavero de su bolso, coge la pulsera de zafiros como si fuese un talismán capaz de protegerla... y abandona la vivienda despacio y tambaleándose. La puerta se cierra tras ella.

El juez del Tribunal Cameral, alertado al fin por su asistenta tras largas reflexiones, llega demasiado tarde para disuadir a su huésped de emprender esa excursión a un mundo hartamente peligroso.

El consejero se queda quieto un momento en la puerta que ha vuelto a abrir sin ruido, aguza los oídos. No oye nada, ni arriba, ni abajo. Después, cuando sí que capta algo, el ruido rápido y enérgico de unas botas, se retira de nuevo al interior de su piso. Pero no abandona la vigilancia junto a la puerta. Si existiera una posibilidad de salvar a esa desdichada, abriría su puerta a pesar del peligro.

La señora Rosenthal no se ha dado cuenta de que se ha cruzado con alguien en la escalera. Solo la guía un pensamiento: llegar lo más deprisa posible a su piso con Siegfried. El dirigente de las Juventudes Hitlerianas Baldur Persicke, que se dispone a acudir a una revista matinal, se queda parado en la escalera boquiabierto, completamente perplejo, cuando esa mujer pasa a su lado y está a punto de empujarlo. La señora Rosenthal, la durante tantos días desaparecida señora Rosenthal, de paseo en esa mañana de domingo, con una blusa oscura bordada, *sin* la estrella de David, con un llavero y una pulsera en una mano mientras con la otra se aferra con esfuerzo a la barandilla... ¡Qué borracha está esa mujer! ¡Qué borracha, y a primera hora de la mañana del domingo!

Durante un instante Baldur se queda inmóvil, sumido en una estupefacción total. Pero cuando la señora Rosenthal desaparece al doblar la escalera, su mente recupera la lucidez y su boca se cierra. ¡Se da cuenta de que ha llegado el momento adecuado, ya no puede dar un paso en falso! No, esta vez despachará el asunto él solo, ni sus hermanos, ni su padre, ni otro Barkhausen lo echarán a perder.

Baldur espera hasta estar seguro de que la señora Rosenthal ha llegado al piso de los Quangel, entonces entra sin hacer ruido en la vivienda de sus padres. Allí todos duermen todavía, y el teléfono está colgado en el pasillo. Levanta el auricular y gira el disco, después pide que le pongan con un número concreto. Tiene suerte: a pesar de ser domingo contacta con el hombre correcto. Dice brevemente lo que hay que decir; después acerca una silla a la puerta de entrada, la entreabre un poco y se dispone a montar guardia con paciencia durante media hora, o tal vez durante una hora, para evitar que el pájaro vuelva a levantar el vuelo.

En casa de los Quangel solo está despierta Anna, que arregla la casa en silencio. Mientras, echa un vistazo a Otto, que duerme profundamente. Parece cansado y atormentado incluso dormido. Como si algo no lo dejara en paz. Contempla pensativa el rostro del hombre con el que ha vivido día tras día a lo largo de casi tres décadas. Hace mucho que se ha acostumbrado a esa cara, el perfil duro como el de un pájaro, la boca fina, casi siempre cerrada... eso ya no la asusta. Así es el hombre al que ha consagrado su vida. Lo importante no es el aspecto...

Esa mañana, sin embargo, le parece que el rostro se ha endurecido más, la boca se ha hecho más fina y las arrugas que salen de la nariz, más profundas. Tiene preocupaciones, graves preocupaciones, y ella no ha hablado a tiempo sobre el asunto, no lo ha ayudado a soportar esa carga. Esa mañana de domingo, cuatro días después de haber recibido la noticia de la muerte de su hijo, Anna Quangel no solo tiene el firme convencimiento de que debe permanecer al lado de ese hombre como hasta entonces, sino también de que no ha tenido razón al iniciar esa riña. Tendría que haberlo conocido mejor: él prefiere callar antes que hablar. Siempre ha tenido que animarlo, tirarle de la lengua... ese hombre jamás ha hablado espontáneamente.

Bien, pues hoy lo hará. Se lo prometió esa noche, a su regreso del trabajo. Para entonces Anna había pasado un mal día. Cuando él se marchó sin desayunar, lo esperó en vano durante horas; cuando tampoco se presentó a la hora de comer y comprendió que ya habría empezado a trabajar y seguro que no volvería, la desesperación se apoderó de ella.

¿Qué le había ocurrido a ese hombre desde que ella pronunció esas palabras precipitadas, irreflexivas? ¿Qué lo tenía deambulando sin descanso de acá para allá? Lo conocía: desde que ella había dicho eso, él solo pensaba en demostrarle que aquel no era «su» Führer. ¡Como si hubiera hablado en serio! Habría debido decirle que esas palabras eran fruto del primer ataque de furia y de dolor. También habría podido decir cosas muy diferentes sobre esos criminales que le habían arrebatado de un modo tan in sensato a su hijo... ¡pero se le escaparon precisamente esas palabras!

Sí, las había pronunciado y ahora él iba por ahí metiéndose en todos los peligros posibles para tener razón, para demostrarle de manera palpable la injusticia que había cometido con él. Seguramente nunca volvería. Había dicho o hecho algo que despertaría el interés de la dirección de la fábrica o de la Gestapo... ¡a lo mejor ya lo habían detenido! ¡Tan intranquilo como estaba a primera hora de la mañana ese hombre tranquilo!

Anna Quangel no lo resiste más, no puede seguir esperándolo sin hacer nada. Prepara unos bocadillos y emprende el camino de la fábrica. También en esto es su fiel esposa, de manera que ni siquiera ahora, cuando cada minuto es importante, utiliza el tranvía. No, camina a pie... ahorra hasta el último céntimo, igual que él.

Se entera por el portero de la fábrica de que el jefe de taller Quangel ha llegado a su puesto de trabajo con la puntualidad acostumbrada. Ella le envía los bocadillos «olvidados» con un recadero y espera su regreso.

—Bueno, ¿qué ha dicho?

—¿Qué iba a decir? ¡Nunca dice nada!

Ahora, más tranquila, puede regresar a casa. Aún no ha pasado nada, pese a toda su preocupación durante la mañana. Y esa noche hablará con él...

Él llega cuando ya ha anochecido. La mujer ve el cansancio reflejado en su rostro.

—Otto, no hablaba en serio —le dice con tono suplicante—. Se me escapó en el primer sobresalto. ¡No te enfades!

—¿Yo... enfadado... contigo? ¿Por algo así? ¡Nunca!

—¡Pero tú estás tramando algo, lo noto! ¡No lo hagas, Otto, no te busques una desgracia! ¡No podría perdonármelo nunca!

La mira un instante, casi risueño. Después le coloca de prisa ambas manos sobre los hombros. Pero vuelve a retirarlas rápidamente, como si se avergonzase de esa súbita muestra de ternura.

—¿Qué es lo que voy a hacer? ¡Dormir! Y mañana te contaré lo que haremos nosotros.

La mañana ya ha llegado y Quangel sigue durmiendo. Pero ahora media hora más o menos carece de importancia. Está con ella, no puede hacer nada peligroso, duerme.

Se aleja de su cama, se enfrasca de nuevo en las tareas domésticas cotidianas.

Mientras tanto, la señora Rosenthal ha llegado hace mucho a la puerta de su piso, a pesar de la lentitud con la que ha subido la escalera. No le sorprende encontrar la puerta cerrada con llave, la abre. Una vez dentro de la vivienda tampoco busca o llama a Siegfried. Ni se fija en el tremendo desorden, en realidad ha olvidado que ha entrado en la casa siguiendo los pasos de su marido.

Su obnubilación va creciendo, lenta e incontenible. No se puede decir que duerma, pero tampoco está en vela. Mueve con lentitud y torpeza los miembros, que se han vuelto pesados porque están entumecidos, hasta su cerebro parece entumecido. A su mente acuden imágenes borrosas que se desvanecen antes de que pueda percibir las con claridad. Está sentada en la esquina del sofá, los pies sobre la ropa blanca sucia, dirige a su entorno una mirada lenta y apática. Todavía sostiene en la mano las llaves y la pulsera de zafiros que le regaló Siegfried cuando nació Eva. Las ganancias de una Semana Blanca entera... Sonríe levemente.

Entonces oye cómo se abre con cuidado la puerta de entrada, y lo sabe: ese es Siegfried. Ya viene. Por eso he subido aquí. Voy a salir a su encuentro.

Pero se queda sentada, la sonrisa desplegada por toda su cara gris. Lo recibirá allí sentada, como si nunca se hubiera ausentado, como si siempre hubiera estado esperando allí para darle la bienvenida.

Cuando al fin se abre la puerta, en lugar del esperado Siegfried aparecen tres hombres en el umbral. En cuanto capta entre los tres un odiado uniforme pardo, cae en la cuenta: no es Siegfried, Siegfried no está. El miedo intenta agitarse en su interior, pero realmente es minúsculo. ¡Por fin ha llegado el momento!

La sonrisa se borra despacio de su rostro, que pasa del gris al amarillo verdoso.

Los tres se encuentran ahora justo delante de ella. Oye decir a un hombre alto y pesado, vestido con un abrigo negro:

—No está borracha, jovencito. Seguramente intoxicada con somníferos. Vamos a tratar de sonsacarle cuanto antes lo que se pueda. Dígame: ¿es usted la señora Rosenthal?

Ella asiente.

—Sí, caballeros. Soy Lore, o más exactamente Sara Rosenthal. Mi marido está en

Moabit, tengo dos hijos en Estados Unidos, una hija en Dinamarca, otra casada en Inglaterra...

—¿Y cuánto dinero les ha enviado? —pregunta a renglón seguido el comisario de policía Rusch.

—¿Dinero? ¿Para qué? ¡A todos ellos les sobra! ¿Para qué voy a mandarles dinero?

La mujer asiente con gesto adusto. Todos sus hijos llevan una existencia acomodada. Podrían mantener a sus padres sin esfuerzo. De repente se le ocurre algo que tiene que contar a toda costa a esos señores:

—Es culpa mía —se disculpa torpemente con la lengua pesada; habla cada vez con más dificultad, comienza a balbucear—, es todo culpa mía. Siegfried quiso marcharse hace tiempo de Alemania. Pero yo le dije: «¿Por qué vamos a dejar aquí, vendiéndolas por cuatro perras, todas las cosas bellas, nuestra buena tienda? Nosotros nunca hemos hecho nada a nadie y tampoco nos harán nada a nosotros». Yo lo convencí, pues de lo contrario nos habríamos marchado hace mucho.

—¿Y dónde guarda usted el dinero? —pregunta el comisario, un poco impaciente.

—¿El dinero?

Intenta recordar. La verdad es que aún quedaba algo. ¿Dónde habrá ido a parar? Pero pensar le cuesta esfuerzo, a cambio se le ocurre otra cosa. Ofrece al comisario la pulsera de zafiros.

—Tenga —dice sencillamente—. Tenga.

El comisario Rusch lanza una rápida ojeada a la joya, después gira la cabeza hacia sus dos acompañantes, el brioso dirigente de las Juventudes Hitlerianas y su sempiterno acólito, Friedrich, un tarugo con pinta de aprendiz de verdugo. Ve que los dos lo miran expectantes. Así que de un empujón impaciente aparta la mano con la pulsera, agarra a la pesada mujer por los hombros y la sacude con energía.

—¡Despierte de una vez, señora Rosenthal! ¡Se lo ordeno! ¡Despierte!

Luego la suelta: la cabeza de la mujer se proyecta hacia atrás y choca con el respaldo del sofá, su cuerpo se desploma, sus labios balbucean algo incomprensible. La forma de despertarla parece no haber sido del todo acertada. Durante unos instantes los tres contemplan en silencio a la anciana, derrumbada y encogida, que no parece recobrar la conciencia.

El comisario susurra de repente en voz muy baja:

—¡Llévatela ahí detrás, a la cocina, y encárgate de despertarla!

Friedrich, el aprendiz de verdugo, se limita a asentir con un gesto. Coge a la pesada mujer en brazos como si fuera un niño y con mucho cuidado sortea con ella los obstáculos esparcidos por el suelo.

Cuando está en la puerta, el comisario le espeta:

—¡Encárgate de que no grite! No quiero escándalos un domingo por la mañana en una casa de vecindad. Si no, lo haremos en el cuartel de la calle Prinz-Albrecht. De todos modos pienso llevármela allí.

La puerta se cierra detrás de los dos, el comisario y el dirigente de las Juventudes Hitlerianas se quedan solos.

El comisario Rusch contempla la calle desde la ventana.

—Un sitio tranquilo —comenta—. Un auténtico terreno de juegos para los niños, ¿eh?

Baldur Persicke confirma que la calle Jablonski es una calle tranquila.

El comisario se nota un poco nervioso, no por lo que Friedrich está haciendo en la cocina con la vieja judía. Qué va, esas cosas y otras aún más demenciales se corresponden con su naturaleza. Rusch es un estudiante de derecho fracasado que encontró su camino en la policía criminal. Esta lo cedió más tarde a la Gestapo. Él trabaja a gusto. Habría realizado de buen grado cualquier servicio para cualquier gobierno, pero los métodos enérgicos del actual le complacen sobremanera.

—Sobre todo, nada de sensiblerías —advierte en ocasiones a algún novato—. Nosotros solo cumplimos con nuestro deber si logramos nuestro objetivo. El camino para conseguirlo es indiferente.

No, al comisario no le preocupa lo más mínimo la vieja judía, está realmente exento de toda sensiblería.

Sin embargo, este chico, Persicke, el dirigente de las Juventudes Hitlerianas, no le acaba de gustar. Prefiere que la gente ajena no participe en asuntos como ese, uno nunca sabe cómo se lo van a tomar. La verdad es que este parece idóneo, pero es después cuando uno lo sabe con certeza.

—¿Se ha fijado usted, señor comisario? —pregunta, diligente, Baldur Persicke. Ahora sencillamente no desea escuchar lo que sucede en la cocina, ¡no es asunto suyo!—. ¿Se ha fijado en que no llevaba la estrella judía?

—Me he fijado en más cosas —dice el comisario pensativo—. Por ejemplo, que la mujer llevaba los zapatos limpios, y fuera hace un tiempo asqueroso.

—Sí —afirma Baldur Persicke sin comprender.

—Así que ha tenido que esconderla alguien de este edificio, desde el miércoles, suponiendo que, como afirmas, lleve desde entonces ausente de su domicilio.

—Estoy casi seguro de ello —comenta Baldur Persicke, algo confundido por esa mirada penetrante que no se aparta de él.

—Casi seguro no es nada, chico —comenta, despectivo, el comisario—. ¡Casi seguro es inaceptable!

—Estoy completamente seguro —rectifica Baldur de prisa—. Puedo jurar que la señora Rosenthal falta de su domicilio desde el miércoles.

—Bien, bien —replica el comisario con ligereza—. Como es natural, sabe que es imposible que haya podido vigilar usted solo la vivienda desde el miércoles. Ningún juez aceptaría eso.

—Tengo dos hermanos en las SS —replica Baldur Persicke con vehemencia.

—Vale, vale. —El comisario Rusch se da por satisfecho—. Pasará lo que tenga que pasar. Por cierto, he de comunicarte que no podré venir a registrar la vivienda

hasta última hora de la tarde. ¿Puedes seguir vigilándola hasta entonces? Tendrás llave, ¿no?

Baldur Persicke asegura, muy satisfecho, que lo hará encantado. Sus ojos traslucen una profunda alegría. ¡Acabáramos, esa es la forma de hacer las cosas, lo sabía, y de manera completamente legal!

—Sería muy conveniente —añade el comisario, aburrido, mientras vuelve a mirar por la ventana— que entonces todo siguiera igual que está ahora. Por supuesto, no puedes responder de lo que está dentro de los armarios y maletas, pero de lo demás...

Antes de que Baldur acierte a contestar, en el interior de la vivienda resuena un estridente y agudo grito de angustia.

—¡Maldita sea! —masculla el comisario, sin dar ni un paso.

Pálido, con la nariz puntiaguda, Baldur lo mira de hito en hito, con las rodillas temblorosas.

El grito de angustia se extingue en el acto, solo se oye maldecir a Friedrich.

—Lo que quería decir... —Vuelve a empezar despacio el comisario.

Pero, mientras escucha, deja de hablar. De repente se oyen en la cocina unos ruidosos improperios, pasos rápidos, fuertes pisadas de un lado a otro. Y Friedrich vocifera:

—¡Habla ya! ¡Hazlo!

Se oye un grito muy fuerte. Más maldiciones escandalosas. Entonces se abre violentamente una puerta, unos pasos pesados en el pasillo y al entrar en la habitación Friedrich grita:

—¿Y ahora qué, comisario? Estaba a punto de conseguir que hablase y esa carroña se ha tirado por la ventana.

El comisario lo abofetea, iracundo:

—¡Maldito imbécil, te voy a sacar las tripas! ¡Vamos, deprisa!

Y abandonando como una tromba de la habitación, corre escalera abajo...

—¡Pero ha sido al patio! —grita Friedrich suplicante mientras corre detrás—. Se ha caído al patio, no a la calle. No llamará la atención, señor comisario.

No recibe respuesta. Los tres bajan corriendo por la escalera, esforzándose por hacer el menor ruido posible en el edificio, sumido en el silencio dominical. El último, a medio tramo de escalera de distancia, es Baldur Persicke. No ha olvidado cerrar con llave la puerta de la vivienda de los Rosenthal. Con el susto aún metido en el cuerpo, sabe que ahora el responsable de todas esas hermosuras de allí dentro es él. ¡No puede desaparecer nada!

Los tres cruzan corriendo por delante del edificio de los Quangel, de los Persicke, del juez jubilado del Tribunal Cameral Fromm. Solo dos tramos de escaleras más y estarán en el patio.

Mientras tanto, Otto Quangel se había levantado, aseado y observaba a su mujer que preparaba el desayuno en la cocina. Hablarían después del desayuno, de momento solo se habían dado los buenos días, pero con amabilidad.

De repente ambos se sobresaltan. En la cocina de arriba se oyen gritos, se miran, expectantes y preocupados, mientras escuchan. De pronto la ventana de la cocina se oscurece durante unos segundos, algo pesado parece pasar precipitándose... y a continuación oyen un golpe sordo en el patio. Abajo alguien grita... un hombre. Luego, silencio sepulcral.

Otto Quangel abre de par en par la ventana de la cocina, pero retrocede bruscamente al oír alboroto en la escalera.

—Asómate tú, Anna. Mira a ver si puedes distinguir algo. En situaciones como esta una mujer llama menos la atención. —La coge por los hombros y la aprieta muy fuerte—. No grites —ordena—. ¡No puedes gritar! ¡Bien, ahora cierra la ventana!

—¡Dios mío, Otto! —gime la señora Quangel mirando a su marido blanca como la cera—. La señora Rosenthal se ha caído por la ventana. Está tirada abajo, en el patio. Barkhausen está a su lado y...

—¡Silencio! —exclama—. ¡Ahora, a callar! Nosotros no sabemos nada. No hemos visto ni oído nada. Lleva el café a la sala.

Y una vez dentro repite con insistencia:

—Nosotros no sabemos nada, Anna. A la señora Rosenthal casi nunca la veíamos. Y ahora, come. Come, te digo. ¡Y bébete el café! Si alguien viene, no debe notar nada.

El consejero Fromm, desde su puesto de observación, ha visto subir por la escalera a dos hombres de paisano y ahora son tres los que bajan en tromba, el joven Persicke entre ellos. Así que ha sucedido algo, y su criada le trae entonces desde la cocina la noticia de que la señora Rosenthal acababa de caerse al patio. Él clava los ojos en ella, asustado.

Durante un instante se queda muy callado. Después asiente lentamente un par de veces.

—Sí, Liese —dice—. Así son las cosas. No basta con querer salvar a alguien. El otro también tiene que estar realmente de acuerdo en ser salvado. —Y después, muy deprisa, añade—: ¿Está cerrada la ventana de la cocina? —Liese asiente—. Deprisa, Liese, vuelve a ordenar el cuarto de la señorita; nadie debe notar que ha sido utilizado. ¡Retira los platos! ¡Saca la ropa!

Liese asiente en silencio.

Luego pregunta:

—¿Y el dinero y las joyas que hay encima de la mesa, señor consejero?

Durante un momento se queda indeciso, da lástima ver esa sonrisa desconcertada en sus labios.

—Sí, Liese —asiente al fin—, eso será difícil. Seguro que no se presentan herederos. Y para nosotros no es más que una carga...

—Lo meteré en el cubo de la basura —propone Liese.

El anciano niega con la cabeza.

—Para el cubo de la basura ellos son muy listos, Liese —aduce—. ¡Rebuscar en

la basura, eso se les da a las mil maravillas! Bueno, ya veré qué hago con eso. ¡Ahora ordena deprisa el cuarto! ¡Pueden venir en cualquier momento!

De momento aún seguían en el patio, y Barkhausen con ellos.

Este era el primero que se había llevado el susto, y además el susto más fuerte. Vagabundeaba por el patio desde primera hora de la mañana, atormentado por su odio hacia los Persicke y su avidez por los objetos perdidos. Deseaba saber al menos... y por eso observaba continuamente la escalera del edificio, las ventanas del edificio delantero...

De repente algo se precipitó justo a su lado, tan cerca y desde tanta altura, que lo rozó. Se le metió tal susto en el cuerpo que se apoyó en la pared del patio, y después tuvo que sentarse en el suelo porque se le nubló la vista.

Luego volvió a levantarse de golpe al percatarse de repente de que estaba sentado en el patio al lado de la señora Rosenthal. Dios mío, así que la anciana se había tirado por la ventana, y él sabía de sobra quién era el culpable.

Barkhausen se dio cuenta enseguida de que la mujer estaba muerta. Le había salido un hilito de sangre por la boca, pero eso apenas la desfiguraba. Tenía una expresión de tan profunda paz que el despreciable espía de tres al cuarto se vio obligado a apartar la vista. Al hacerlo sus ojos cayeron sobre las manos femeninas y vio que en una de ellas sostenía algo, una joya cuyas piedras brillaban.

Barkhausen lanzó una mirada recelosa a su alrededor. Si quería hacer algo, tenía que actuar deprisa. Se agachó; desviando la vista de la muerta para no tener que verle la cara, le arrancó de la mano la pulsera de zafiros haciéndola desaparecer en el bolsillo de su pantalón. Nueva mirada de desconfianza a su alrededor. Tenía la impresión de que en casa de los Quangel acababan de cerrar la ventana de la cocina con sumo cuidado.

Pero en ese momento ya cruzaban el patio corriendo tres hombres y comprendió en el acto quiénes eran los otros dos. Ahora lo importante era actuar bien desde el principio.

—La señora Rosenthal acaba de precipitarse por la ventana, señor comisario —dijo como si comunicase un acontecimiento totalmente cotidiano—. Por poco me cae encima de la cabeza.

—¿Y usted de qué me conoce? —preguntó de pasada el comisario, mientras se inclinaba con Friedrich sobre la fallecida.

—No lo conozco, señor comisario —contestó Barkhausen—. Solamente me lo he figurado, porque a veces hago algún trabajo para el señor comisario Escherich.

—¡Ya! —se limitó a contestar el policía—. Bien, entonces quédese aquí un momento. Usted, joven —añadió volviéndose hacia Persicke—, vigile un poco, no sea que se nos pierda este mozo. Friedrich, encárgate de que no salga nadie al patio. Avisa al conductor de que esté atento en la puerta cochera. Yo subo un momento al domicilio a hacer una llamada telefónica.

Cuando el comisario Rusch volvió al patio tras telefonar, la situación había

cambiado. Las ventanas del edificio trasero estaban llenas de caras, y había algunas personas en el patio, pero lejos. Ahora el cadáver estaba tapado con una sábana, corta, pues las piernas de la señora Rosenthal asomaban desde la rodilla.

El señor Barkhausen tenía la cara amarilla y llevaba puestas las esposas. Su mujer y sus cinco hijos lo observaban en silencio desde un lateral del patio.

—¡Señor comisario, protesto! —gritó Barkhausen desconsolado—. Le aseguro que yo no he tirado la pulsera por el tragaluz del sótano. El joven Persicke me odia...

Así salió a relucir que Friedrich, nada más regresar de cumplir sus encargos, había empezado a buscar la pulsera. La señora Rosenthal la sostenía en su mano en la cocina, y era precisamente esa pulsera que ella se negaba a soltar la que había provocado el enfado de Friedrich. Y con ese enfado se había descuidado, y la mujer consiguió jugarle la mala pasada de tirarse por la ventana. De modo que la pulsera tenía que estar en algún rincón del patio.

Cuando Friedrich empezó a buscar, Barkhausen estaba apoyado en la pared del edificio. De repente Baldur Persicke vio brillar algo y a continuación sonó un ruido en el tragaluz del sótano. Fue a ver y —¡fíjate!— allí estaba la pulsera.

—Le aseguro que yo no la he tirado, señor comisario —afirmaba Barkhausen muerto de miedo—. ¡Se le debió de caer a la señora Rosenthal dentro de la abertura del sótano!

—¡Vaya! —exclamó el comisario Rusch—. ¡Menudo pájaro estás hecho! ¡Así que un granuja como tú trabaja para mi colega Escherich! ¡Pues te aseguro que mi colega se alegrará muchísimo cuando se entere de lo sucedido!

Pero mientras el comisario hablaba entre dientes tan tranquilo, su mirada pasaba una y otra vez de Barkhausen a Baldur Persicke. Entonces, Rusch añadió:

—Supongo que no tendrás nada que oponer si te pido que nos acompañes a dar un paseíto, ¿verdad?

—Claro que no —aseguró Barkhausen, pero temblaba, y su rostro se puso más macilento aún—. Tendré mucho gusto en acompañarlos, faltaría más. ¡Soy el más interesado en que todo se aclare, señor comisario!

—Me alegro de veras —contestó con tono seco el policía. Y, tras dirigir una mirada rápida a Persicke—: Friedrich, quítale las esposas a este hombre. Nos acompañará igualmente, ¿me equivoco?

—Claro que los acompañaré. ¡Por supuesto que sí, con mucho gusto! —afirmó Barkhausen con vehemencia—. No voy a escaparme. Y si lo hiciera... ¡usted me atraparía enseguida, señor comisario!

—¡Cierto! —volvió a responder este con idéntica sequedad—. ¡A un pájaro como tú lo atraparíamos en cualquier parte! —Se interrumpió—. Vaya, ahí está la ambulancia. Y la policía. Bien, vamos a procurar resolver todo este lío con prontitud. Esta mañana tengo muchas cosas que hacer.

Más tarde, cuando «resolvieron todo este lío con prontitud», el comisario Rusch y el joven Persicke volvieron a subir por la escalera hacia la vivienda de los Rosenthal.

—Únicamente para cerrar la ventana de la cocina —había advertido el comisario. El joven Persicke se detuvo de repente.

—¿No se ha fijado en una cosa, señor comisario? —preguntó en susurros.

—Me he fijado en varias —repuso el comisario Rusch—. Pero veamos en qué te has fijado tú, chico.

—¿No se ha dado cuenta de lo tranquilo que está el edificio delantero? ¿No ha visto que en el edificio delantero no se ha asomado nadie a la ventana, mientras que en el trasero estaban todos asomados? Eso es sospechoso. Aquí, en el edificio delantero, tienen que haber visto algo. Solo que simulan no haber visto nada. En realidad, creo que ahora debería registrar sus domicilios, señor comisario.

—Y empezaría por los Persicke —contestó el comisario mientras seguía subiendo con tranquilidad las escaleras—. Porque en su casa tampoco se ha asomado nadie a la ventana.

Baldur rio con timidez.

—Mis hermanos de las SS —explicó después—, se cogieron ayer una borrachera tan grande que...

—Mira, hijo —prosiguió el comisario como si no hubiera escuchado—. Lo que yo hago es asunto mío, y lo que hagas tú, asunto tuyo. No te he pedido consejo. Me parece que estás todavía muy verde para eso. —Secretamente regocijado, contempló por encima del hombro el rostro turbado del joven—. Mira, chico, si no hago aquí ningún registro domiciliario es porque han tenido tiempo de sobra para eliminar todo lo que podría inculparlos. Además, ¿a qué viene tanto teatro por una judía muerta? Tengo trabajo de sobra con las vivas.

Entretanto habían llegado al domicilio de los Rosenthal. Baldur abrió la puerta. En la cocina, cerraron la ventana y levantaron una silla caída.

—Bien —comentó el comisario, escudriñando a su alrededor—. Todo está a pedir de boca.

Se adelantó a la sala y se sentó en el sofá, justo en el sitio en que una hora antes había zarandeado a la anciana señora Rosenthal hasta hacerla perder el conocimiento. Se estiró cómodamente y dijo:

—Bueno, hijo, ahora ve a por una botella de coñac y dos copas.

Baldur, fue, regresó y sirvió el coñac. Brindaron.

—Bien, hijo —dijo el comisario satisfecho, encendiendo un cigarrillo—, y ahora cuéntame lo que pretendíais hacer aquí arriba Barkhausen y tú.

Y, al observar el movimiento furioso del joven Baldur Persicke, añadió más de prisa:

—Piénsalo bien, hijo. Si me engañan con mucha desvergüenza, puedo llevarme a la calle Prinz-Albrecht incluso a un dirigente de las Juventudes Hitlerianas. Piensa si no prefieres decir la verdad. Es posible que la verdad quede entre nosotros, ya veremos lo que tienes que contar. —Y al percatarse de la vacilación de Baldur—: Yo también he observado un par de cosas. Nosotros lo llamamos hacer observaciones.

Por ejemplo, he visto las suelas de tus botas ahí detrás, encima de la ropa. Y hoy no te has acercado a ese rincón. ¿Y cómo te has enterado tan deprisa de que aquí había coñac y dónde estaba? ¿Te figuras lo que me contará el miedoso de Barkhausen? Nooo, chico, ¿crees que necesito estar aquí sentado dejando que me cuentes mentiras? ¡Para eso aún estás muy verde!

Baldur también lo comprendió así y desembuchó.

—Bien —dijo al final el comisario—. Bien. En fin, cada cual hace lo que puede. Los tontos, tonterías, y los listos a menudo, tonterías mayores aún. Pero, en fin, hijo, al final has acabado por ser listo y no has mentido a papá Rusch. Eso merece un premio. ¿Qué te gustaría poseer de aquí?

Los ojos de Baldur relucieron. Momentos antes estaba totalmente desanimado, pero ahora volvía a ver la luz.

—La radio con tocadiscos y los discos, señor comisario —susurró ávido.

—¡De acuerdo! —respondió el comisario, magnánimo—. Ya te he dicho que no regresaré por aquí hasta las seis. ¿Alguna cosa más?

—A lo mejor una o dos maletas con ropa blanca —pidió Baldur—. Mi madre siempre anda escasa de ella.

—¡Dios, qué conmovedor! —se burló el comisario—. ¡Qué hijo tan conmovedor! ¡Un verdadero y conmovedor hijito de mamá! ¡Bien, por mí no hay inconveniente! ¡Pero con eso, se acabó! ¡De todo lo demás, responderás ante mí! Y tengo una memoria excelente para la disposición de las cosas, ¡a mí no me tomarás el pelo tan fácilmente! Y como ya te he dicho, en caso de duda registro del domicilio de los Persicke. En el peor de los casos, encontraría una radio con tocadiscos y dos maletas de ropa. Pero no temas, hijo, mientras tú seas formal yo también lo seré.

Se dirigió hacia la puerta. Y hablando por encima del hombro añadió:

—Dicho sea de paso, si el tal Barkhausen reaparece por aquí, no quiero riñas con él. No me gustan esas cosas, ¿entendido?

—Sí, señor comisario —contestó, obediente, Baldur Persicke, tras lo cual los dos caballeros se separaron... después de una mañana tan fructífera.

Capítulo 17

TAMBIÉN ANNA QUANGEL SE LIBERA

Para los Quangel la mañana no fue tan fructífera, al menos las explicaciones tan ansiadas por Anna no llegaron.

—Nooo —dijo Quangel contestando a sus ruegos—. Nooo, mamá, hoy no. El día ha empezado mal, en un día así no puedo hacer lo que de verdad me apetece. Y si no puedo hacerlo, tampoco deseo hablar de ello. Quizá otro domingo. ¿Lo oyes? Ya vuelve a deslizarse por la escalera uno de los Persicke. Bueno, que lo haga. ¡Con tal de que nos dejen en paz!

Ese domingo, sin embargo, Otto Quangel mostraba una ternura inusual. Anna pudo hablar de su hijo caído todo lo que quiso, no le prohibió hacerlo. Incluso repasó con ella las escasas fotos que tenía del hijo, y cuando volvió a echarse a llorar, le pasó la mano por los hombros y la consoló.

—Déjalo, mamá, déjalo. Quién sabe si no ha sido para bien, con todo lo que se va a ahorrar.

Así que ese domingo, incluso sin charla, fue bueno. Hacía tiempo que Anna no veía a su marido tan tierno, era como si el sol brillase otra vez, la última, sobre la tierra antes de la llegada del invierno, que ocultaba la vida bajo una capa de hielo y nieve. En los meses siguientes la frialdad y el laconismo de Quangel aumentaron y ella recordó con frecuencia ese domingo, que constituía al mismo tiempo su consuelo y su estímulo.

Comenzó otra semana laboral, una más de tantas siempre iguales, que se parecían unas a otras ya floreciesen las flores o nevase en el exterior. El trabajo era siempre el mismo, y también las personas seguían siendo como eran.

Otto Quangel solo tuvo un incidente menor en esa semana laboral. Cuando se dirigía a la fábrica, salió a su encuentro en la calle Jablonski el consejero Fromm. Quangel lo habría saludado, pero recelaba de los Persicke. Tampoco quería que Barkhausen, de quien Anna le había contado que se lo había llevado la Gestapo, viera algo. Porque Barkhausen ya había regresado, si es que se había ido alguna vez, y rondaba por delante del edificio.

Total, que Quangel pasó caminando con expresión hosca junto al juez del Tribunal Cameral, sin mirarlo. Este no debía de sentir tantos escrúpulos, pues levantó ligeramente su sombrero ante su vecino y entró en el edificio con los ojos risueños.

¡Qué oportuno!, pensó Quangel. Quien lo haya visto, se dirá: Quangel será siempre el mismo patán grosero y el juez un hombre educado. Pero no pensará que ambos mantenemos una relación mutua.

Esa semana Anna Quangel tuvo que ejecutar una tarea difícil. El domingo, al

acostarse, su marido le dijo:

—Procura abandonar la Organización de Mujeres. Pero hazlo sin llamar la atención. Yo también he abandonado mi cargo en el Frente del Trabajo.

—¡Ay, Dios! —exclamó ella—. ¿Cómo lo has conseguido, Otto? ¿Y te han dejado marchar?

—Por estupidez congénita —contestó Quangel con desacostumbrada jovialidad concluyendo la conversación.

Pero ahora a Anna Quangel le esperaba su tarea. Por estúpida jamás la dejarían marchar, la conocían demasiado bien como para eso, se le tendría que ocurrir algo distinto. Anna Quangel se pasó el lunes y el martes cavilando, y por fin el miércoles creyó tener la solución. En su caso no surtiría efecto dárselas de boba, pero puede que sí de sabihonda. Ser una sabihonda, saber demasiado, pasarse de lista, les desagradaba aún más que una pizca de estupidez. Y si a dárselas de sabihonda se le unía el exceso de celo, seguro que funcionaría.

Así pues, Anna Quangel, ni corta ni perezosa, se puso en camino. Quería solucionar el asunto cuanto antes; le gustaría, si era posible, anunciar esa misma noche a Otto que ella también había conseguido caer en desgracia en el Partido igual que él, es decir, sin llamar la atención. Tenía que convencerlos de una vez por todas de que se olvidaran de ella. Esos, nada más pensar en la Quangel, tenían que pensar: ¡Bah, con esa no se puede contar para algo así!, fuera lo que fuese ese algo.

Una de las principales labores de Anna Quangel en aquellos días, cuando la importación de trabajadores forzados todavía no funcionaba bien y el Führer aún no había nombrado un delegado especial con rango de ministro para dirigir ese negocio esclavista, una de sus principales labores consistía, pues, en descubrir cuáles de sus compatriotas alemanas se escaqueaban del trabajo en las empresas de armamento, convirtiéndose con ello, según la terminología del Partido al uso, en traidoras al Führer y a su propio pueblo. Justo hacía poco el ministrillo Goebbels había aludido con sorna en un artículo a esas damiselas maquilladas cuyas uñas pintadas de rojo no las eximían ni mucho menos de trabajar para el pueblo —y no solo en labores de oficina.

Ciertamente en otro artículo el ministro, a buen seguro forzado por las damas de su propio círculo, se había apresurado a añadir que las uñas pintadas de rojo y el aspecto exterior cuidado no caracterizaban de por sí a una mujer asocial y reacia al trabajo. ¡Él prevenía encarecidamente de cometer tal atropello por esos simples motivos! El Partido, en su justicia, comprobaría cada caso que se le notificase, con lo que abrió las puertas a una avalancha de denuncias seguramente deliberada.

Pero como había ocurrido tantas veces antes y ocurriría después, el ministro, con su primer artículo, despertó los más bajos instintos del populacho. Anna Quangel se dio cuenta de que se le había abierto una posibilidad. Es verdad que la mayoría de los vecinos de su barrio eran personas sencillas, pero ella conocía a una dama a la que la descripción del ministro le venía como anillo al dedo. Anna Quangel sonrió por

anticipado al imaginar el efecto que causaría su visita. La dama a la que iba a visitar residía en una gran casa en Friedrichshain, y la señora Quangel dijo con rudeza a la doncella que salió a abrir, para disimular la inseguridad que la acometió de repente:

—¡Déjate de consultar a la distinguida señora si puede recibirme! Vengo de la Organización de Mujeres y necesito hablar con ella, ¡y desde luego, hablaré! Por cierto, señorita —añadió bajando la voz—, ¿a qué viene eso de «distinguida señora»? ¡Eso ya no existe en el Tercer Reich! ¡Todos nosotros trabajamos para nuestro amado Führer... cada cual en su puesto! ¡Quiero hablar con la señora Gerich!

Se desconoce si la señora Gerich recibió a la enviada de la Organización de Mujeres por sentirse ligeramente inquieta por el informe de la doncella o por puro aburrimiento, para gastar media hora de una tarde tediosa. En cualquier caso, recibió a la señora Quangel. Con una amable sonrisa avanzó hacia ella hasta situarse en el centro de su lujoso salón y, de una simple ojeada, la señora Quangel constató que la señora Gerich era realmente la criatura que iba buscando: una rubia de piernas largas, acicalada y perfumada, sobre la frente una alta estructura de bucles y ricitos. ¡Artificiales la mitad de ellos!, sentenció en el acto Anna Quangel. Esta constatación le devolvió parte de su seguridad, que había disminuido un poco al contemplar esa habitación lujosa, justo es decirlo, con alfombras de seda, sofás, sillones y silloncitos, mesas y mesitas, tapices y un sinnúmero de arañas resplandecientes, que Anna no había visto en su vida, ni siquiera en la residencia de los distinguidos señores a los que había servido hacía más de veinte años.

La dama hizo el saludo preceptivo a Anna Quangel, pero levantando el brazo con indolencia.

—¡Heil Hitler!

Anna Quangel, seria y puntillosa, corrigió esa indolencia con un enérgico «¡Heil Hitler!».

—Así que, según me han dicho, viene usted de la Organización de Mujeres, ¿verdad, señora...? —La dama esperó un instante, pero, al no obtener respuesta, añadió con una imperceptible sonrisa—: Pero, tome asiento, por favor. Sin duda se trata de una colecta. A mí me agrada contribuir siempre que me sea posible.

—¡No se trata de una colecta! —replicó Anna Quangel casi con rabia.

De pronto sintió una aversión profunda hacia esa hermosa criatura que, sin embargo, era una simple mujercita que jamás se convertiría en la mujer y madre que había sido y seguía siendo Anna Quangel. Esta odiaba y despreciaba a la otra porque jamás reconocería los vínculos que a ella siempre le habían parecido sagrados e inviolables. Para su interlocutora era todo un simple juego, era completamente incapaz de amor verdadero, y solo valoraba esas relaciones que a Anna en su matrimonio con Otto Quangel le habían parecido siempre una parte completamente irrelevante de su relación.

—¡No, nada de colectas! —balbució de nuevo con impaciencia—. Se trata de...
La interrumpió de nuevo.

—Pero ¡se lo ruego, tome asiento! No puedo permanecer sentada viéndola de pie, y usted, como es mayor...

—¡No tengo tiempo! —repuso Anna Quangel—. Si le apetece, siga de pie, o quédese sentada tranquilamente. A mí no me importa.

La señora Gerich entrecerró los ojos y examinó, asombrada, a esa honrada mujer del pueblo que se comportaba con ella con semejante brutalidad. Tras un leve encogimiento de hombros, dijo con tono todavía amable, pero más desabrido:

—Como guste. Siendo así, me sentaré. Quería usted decirme...

—Lo que quiero —replicó la señora Quangel con tono decidido— es preguntarle por qué no trabaja. Seguramente habrá leído los llamamientos para que todo aquel que no tenga todavía ocupación trabaje en la industria de armamento, ¿verdad? ¿Por qué no trabaja usted? ¿Qué motivos tiene?

—Uno muy bueno —contestó la señora Gerich con impasibilidad divertida, contemplando, no sin burla, las manos trabajadas, teñidas de limpiar verdura, de su interlocutora—: en mi vida he realizado un trabajo físico. No soy en modo alguno apta para dicha tarea.

—¿Lo ha intentado alguna vez?

—No se me pasa por la cabeza enfermar por intentarlo. En cualquier momento puedo presentar un certificado médico de que...

—¡Ya lo creo! —La interrumpió Anna Quangel—. ¡Un certificado por diez o veinte marcos! Pero en esta cuestión los certificados de médicos privados complacientes carecen de validez y su aptitud para el trabajo la decidirá el médico de empresa de la fábrica a la que será asignada.

La señora Gerich contempló un instante el rostro iracundo de la otra. Después se encogió de hombros.

—¡Muy bien, pues asígneme a cualquier fábrica! ¡Ya verá lo que consigue con eso!

—¡Usted misma lo comprobará! —Anna Quangel sacó un cuaderno, uno de esos cuadernos con tapas de hule como los que usan los escolares. Se acercó a una mesita, apartó irritada un plato con dibujo de flores y, antes de empezar a escribir, humedeció el lápiz con la punta de la lengua. Lo hizo con plena consciencia, para provocar a la otra; no podía considerar concluida esa visita antes de haber hecho trizas la indiferencia burlona de su interlocutora y haberla sacado de sus casillas.

¿Profesión del padre? Maestro carpintero, vaya... ¡y no había realizado un trabajo físico en toda su vida! Bueno, ya veremos. ¿Número de miembros de la casa? ¿Tres personas? ¿Incluida la doncella? Entonces dos en realidad...

—¿De verdad no puede atender sola a su marido? ¡Otra persona más arrebatada a la industria armamentística! ¡Lo anotaré también! ¿No tiene hijos, eh?

La sangre afluyó a las mejillas de su interlocutora, pero solo se notaba en las sienes, tan maquillada iba. Sin embargo, la vena que cruzaba la frente hacia el nacimiento de la nariz comenzó a hincharse y a latir.

—¡No, claro que no tengo hijos! —respondió la señora Gerich con tono ya muy desabrido—. Pero consigne que tengo dos perros.

Anna Quangel se incorporó muy tiesa y la miró con unos ojos que fulguraban sombríos. (En ese momento había olvidado por completo el motivo de su visita).

—¡Oiga! —exclamó, imprimiendo deliberadamente a su voz el tono de siempre—. ¿Pretende acaso burlarse de mí y de la Organización de Mujeres? ¿Quiere reírse de las disposiciones laborales y de nuestro Führer? ¡Se lo advierto!

—¡Yo también se lo advierto! —gritó la señora Gerich—. Por lo visto ignora con quién está hablando. ¡Burlarme yo de una disposición! ¡Mi marido es *Obersturmbannführer*^[4]!

—¡Ah, ya! —contestó Anna Quangel—. ¡Vaya! —De repente su voz se calmó por completo—. Bueno, tengo sus datos, ya recibirá usted noticias. ¿O desea mencionar algo más? ¿Quizá que cuida de una madre enferma?

La señora Gerich se limitó a encogerse de hombros con desprecio.

—Antes de que se vaya —anunció— me gustaría ver su credencial. Yo también desearía anotar su nombre.

—Mírela —repuso la señora Quangel mostrando su identificación—. Ahí está todo apuntado. Por desgracia no tengo tarjetas de visita.

Dos minutos después la señora Quangel se marchó, y apenas tres minutos más tarde una criatura desconsolada, hecha un mar de lágrimas, telefoneó al *Obersturmbannführer* Gerich y, entre sollozos y con ocasionales patadas de rabia al suelo, le refirió la inaudita ofensa que acababa de hacerle una enviada de la Organización de Mujeres.

—No, no, no —logró intercalar al fin, apaciguador, el *Obersturmbannführer*—. Por supuesto que lo comprobaremos por medio del Partido. No obstante, ten en cuenta que las comprobaciones son siempre necesarias. Como es natural, ha sido una estupidez comportarse contigo como se ha comportado. ¡Me encargaré personalmente de que no vuelva a repetirse!

—¡No, Ernst! —gritaron al otro extremo de la línea—. ¡No lo hagas, encárgate de que esa mujer me pida perdón! ¡Aunque solo sea por el tono en que me ha hablado! «¿No tiene hijos, eh?», me ha dicho. Con esas palabras también te ha ofendido a ti, Ernst... ¿no te das cuenta?

Finalmente el *Obersturmbannführer* se percató y le prometió el oro y el moro a su «dulce Claire» para tranquilizarla. Sí, le pedirían perdón, faltaría más, y ese mismo día. Claro que compraría entradas para la Ópera Nacional y después ¿podían quizá ir al Femina para que ella se distrajese y se calmase un poco? Sí, reservaría ahora mismo una mesa para ambos, y ella podía invitar por teléfono a un par de amigas y amigos.

Después de haber proporcionado a su mujer una ocupación tan entretenida, ordenó que le pusieran con la dirección de la Organización de Mujeres y con el tono más agrio denunció la ofensa que le habían hecho. ¿Es que no podían emplear en

semejantes tareas a nadie mejor que esa clase de mujeres infames? ¡El asunto requería muy probablemente una comprobación minuciosa! ¡Por supuesto, la tal Quangel o Quingel o Quuungel tenía que disculparse ante su mujer! ¡Y solicitaba encarecidamente que lo hiciera esa misma tarde! ¡Además exigía un informe inmediato de todo lo acontecido!

Al colgar, el *Obersturmbannführer* tenía el rostro congestionado, pero estaba firmemente convencido de que había sufrido una ofensa grave e imperdonable. Telefonó en el acto a su dulce Claire, pero tuvo que hacer diez intentos por lo menos antes de conseguir contactar con ella, pues estaba contando a sus amigas el ultraje sufrido con pelos y señales.

Sin embargo, la conversación telefónica mantenida por su marido se infiltró en la red de Berlín, extendiéndose por aquí, por allá y por acullá, exigiendo informes, haciendo preguntas, con susurros de la más estricta confidencialidad. A veces la conversación parecía desviarse de su objetivo original, pero gracias a la excelencia e infalibilidad del sistema automático de conmutación siempre reencontraba su camino hasta que al fin, convertida ya en avalancha, encontró la pequeña oficina de la Organización de Mujeres de la que dependía Anna Quangel. En ese momento prestaban allí servicio (no retribuido) dos señoras, una flaca y de pelo blanco, adornada con la Cruz de la Madre^[5], la otra, regordeta y aún joven, con el pelo cortado a lo *garçon* y el emblema del Partido sobre su pecho turgente.

Le tocó a la canosa, pues fue la primera en coger el teléfono y sobre ella se precipitó la avalancha. Totalmente cubierta por ella, braceaba desamparada y lanzaba miradas suplicantes a la rolliza mientras intentaba intercalar pequeños comentarios:

—Pero la Quangel... una mujer de toda confianza. La conozco desde hace años...

¡En vano, nada pudo salvarla! No se anduvieron con tapujos, tampoco en la Organización de Mujeres, y le dejaron bien claro la porquería de organización que reinaba en su oficina. Podría darse por satisfecha si lograba salir del asunto limpia de polvo y paja. Pero en lo que respecta a la tal Quangel... había que destituirla para siempre jamás y que pidiera disculpas ese mismo día, sin falta. ¡Sí, claro, Heil Hitler!

En cuanto la canosa colgó y, con un temblor en todos sus miembros, comenzó a informar a la regordeta, se oyó un nuevo y estridente repiqueteo del teléfono y otro departamento de mayor rango se sintió asimismo impelido a gritar, regañar y amenazar.

Esta vez le tocó a la rolliza. Ella también flaqueó y tembló ante el embate, porque, aunque era miembro del Partido, su marido estaba considerado dudoso desde el punto de vista político, pues era abogado y antes de 1933 había defendido con frecuencia a «rojos» ante la justicia. Una cosa así podía costarles el cuello. Ella recurrió a la humildad, a la buena voluntad, a la más rendida devoción.

—Claro que sí, una equivocación imperdonable... Esa mujer debe de haberse vuelto loca... Por supuesto, se hará todo esta misma tarde, sin falta. Yo misma iré...

¡En vano, todo en vano! Fue como si el infierno se hubiera abatido sobre ellas.

Las llamadas se sucedían tan deprisa que apenas conseguían recuperar el aliento. Al final huyeron de aquella oficina, incapaces de continuar escuchando los improperios que se repetían sin cesar. Al cerrar la puerta, aún escucharon gritos por el teléfono en demanda de una nueva víctima, pero no desistieron. ¡Ellas no, ni por todo el oro del mundo! ¡Tenían las necesidades cubiertas, hoy, mañana, los próximos años!

Durante un rato caminaron silenciosas hacia su objetivo, la vivienda de los Quangel.

—¡A esa le voy a cantar las cuarenta, mira que causarnos tantos problemas! — dijo una.

Y la del emblema del Partido:

—¡Ya te digo! ¡La Quangel nos trae sin cuidado! Pero usted sabe de sobra que bastantes problemas tiene una ya...

—Claro —respondió la de la Cruz de la Madre pensando en su hijo, que había combatido en España, pero en el bando equivocado, es decir en el rojo.

No obstante, la entrevista con la señora Anna Quangel transcurrió de forma muy distinta a lo que ambas esperaban. La señora Quangel no permitió que le gritaran ni que la intimidaran.

—Primero explíquenme qué es lo que he hecho mal. Aquí están mis notas. La señora Gerich está sometida a la ley del Servicio de Trabajo Obligatorio...

—Pero, hija de mi vida —intervino la regordeta—, aquí no se trata de eso. Su marido es *Obersturmbannführer*..., ¿es que no lo entiende?

—¡No! ¿Qué tiene que ver eso? ¿Dónde está escrito que las mujeres de los altos dirigentes estén exentas? ¡No sé nada de eso!

—No sea usted tan dura de mollera —replicó en tono muy severo la del pelo blanco—. Como esposa de un alto dirigente la señora Gerich tiene obligaciones más importantes. Ella ha de atender a su marido, sobrecargado de trabajo.

—Yo también.

—Ella tiene grandes obligaciones de representación.

—¿Y eso qué es?

No hay nada que hacer con esa mujer, es inútil, ella no comprende su culpa. Sencillamente se niega a entender que los altos dirigentes y todos sus parientes están exentos de todas sus obligaciones hacia el Estado y la comunidad.

La regordeta de la cruz gamada cree vislumbrar la verdadera razón de la obstinación de la señora Quangel al descubrir en la pared la foto de un joven pálido, con pinta de desnutrido, adornada con una corona y un lazo de luto.

—¿Su hijo? —pregunta.

—Sí —es la respuesta escueta y malhumorada de Anna Quangel.

—Su único hijo... ¿ha caído?

—Sí.

La canosa con la Cruz de la Madre dice con indulgencia:

—Es que no hay que traer un solo hijo al mundo.

Anna Quangel tiene una rápida réplica en la punta de la lengua, pero la reprime. No quiere estropearlo todo.

Las dos mujeres cruzan una mirada. Para ellas todo está claro. Esta mujer ha perdido a su único hijo y entonces se encuentra con una de esas mujeres distinguidas que cree que desean escaquearse de una pequeña obligación y no hacen ni el menor sacrificio... Eso no podía acabar bien.

—No se negará usted a presentar una pequeña disculpa, ¿eh? —inquire la regordeta.

—En cuanto ustedes me demuestren que estoy equivocada.

Y la canosa:

—¡Pero si se lo he demostrado!

—Entonces no lo habré comprendido. Debo de ser muy tonta para eso.

—De acuerdo. Entonces tendremos que intentarlo nosotras solas. Será un camino duro para las dos.

—¡Yo no se lo pido!

—Y además, señora Quangel, ante todo debe pensar en cuidarse. Siempre escaleras arriba y abajo y ahora esta pena. Ha sido usted una de nuestras afiliadas más trabajadoras.

—¡Así que me expulsan! —constató Anna Quangel—. Porque le he dicho a una dama de esas la verdad.

—¡No, por Dios, no se lo tome así! Por el momento disfrute usted de un permiso para reponerse. Ya volveremos a llamarla...

Las dos señoras recorrieron en silencio el camino hasta Friedrichshain. Iban completamente sumidas en sus pensamientos. Deberían haberse mostrado mucho más duras con la Quangel, gritarle, y fulminarla con la mirada. Pero por desgracia eso no les ha sido dado... ellas son de las que siempre se someten, están indefensas. Y como lo saben, se convierten en felpudo para todo aquel que sepa gritar. Ojalá que ahora todo vaya bien en su visita a la distinguida señora, ojalá que (aunque no las acompaña la principal culpable) regresen a casa con una experiencia relativamente favorable.

Pero tienen suerte. Porque ahora —entre tantas llamadas telefónicas, gritos y visitas— se ha hecho muy tarde. La distinguida señora está vistiéndose, pues se dispone a asistir a la ópera. Ellas tienen que esperar sentadas en dos taburetes del vestíbulo.

Al cabo de un cuarto de hora, una doncella les pregunta qué desean. Tras informar a la empleada con susurros pesarosos, les contesta que deben seguir esperando.

Pero a decir verdad, todo ese asunto apenas interesa ya a la esposa del *Obersturmbannführer* Gerich. Se ha pasado tres horas hablando por teléfono con sus amigas, se ha bañado, la Ópera Nacional la espera, después una velada en el Femina... ¿qué interés puede despertar ahora una de esas mujeres del pueblo para una dama de la alta sociedad? Así que Claire, al cabo de otro cuarto de hora, le dice a su Ernst:

—¡Anda, ve y grítales un poco a esas mujeres y diles que se vayan! No quiero que me estropee la noche algo así.

El *Obersturmbannführer* se acerca al vestíbulo y grita a las visitantes. Mientras lo hace no sabe que ninguna de ellas es la auténtica culpable. Eso le da completamente igual, vocifera y después las echa. El caso ha quedado definitivamente zanjado.

Las dos mujeres se marchan a casa.

—La verdad es que a veces entiendo perfectamente a una mujer como la Quangel —dice la regordeta.

La del pelo blanco piensa en su hijo y aprieta los labios.

La regordeta prosigue:

—A veces desearía de veras ser una sencilla trabajadora, desaparecer en medio de la masa. Este continuo andarse con cuidado, este miedo que nunca se mitiga acaba contigo...

La de la Cruz de la Madre menea la cabeza.

—Yo no hablaría así —replica, escueta. Y cuando la otra calla, ofendida, añade —: De todos modos hemos resuelto lo mejor posible el asunto, aun sin la Quangel. Él ha dicho expresamente que el caso está zanjado, y eso es lo que informaremos a los de arriba.

—Y que la Quangel ha sido destituida.

—¡Eso también, por supuesto! ¡No quiero volver a verla jamás en nuestra oficina!

Y lo cierto es que nunca volverán a verla por allí. Pero Anna Quangel pudo contar a su marido que había tenido éxito, y aunque él la sometió a un minucioso interrogatorio, no dejó de ser un verdadero éxito. Los Quangel se habían librado de sus cargos, sin riesgo.

Capítulo 18

SE ESCRIBE LA PRIMERA POSTAL

El resto de la semana transcurrió sin acontecimientos relevantes y así llegó otro domingo, ese domingo en el que Anna Quangel esperaba mantener con Otto la conversación tan ansiosamente esperada y tan largamente demorada sobre los planes de este. Él se había levantado tarde, pero se mostraba de buen humor y tranquilo. A veces ella le lanzaba una rápida ojeada de soslayo, estimulándolo, pero parecía no darse cuenta, comía el pan masticando despacio mientras removía el café.

A Anna le costó retirar los platos. Pero esta vez no le tocaba a ella iniciar la conversación. Él le había prometido que esa conversación tendría lugar el domingo y mantendría su palabra, cualquier presión por su parte habría parecido apremiante.

Así que se levantó con un ligero suspiro y llevó las tazas y los platos a la cocina. Cuando regresó a por la cestita del pan y la cafetera, su marido, arrodillado delante de un cajón de la cómoda, rebuscaba en su interior. Anna Quangel no lograba recordar su contenido. No podía ser más que trastos viejos olvidados hacía mucho tiempo.

—¿Buscas algo concreto, Otto? —preguntó con el típico gracejo berlinés.

Él se limitó a proferir un gruñido, así que la mujer se retiró a la cocina a fregar los platos y preparar la comida. Él se negaba. ¡Otra negativa más! Estaba más convencida que nunca de que maquinaba algo y ella lo ignoraba por completo, pero tenía que saberlo.

Más tarde, cuando volvió a entrar en la sala para sentarse a su lado a pelar patatas, lo encontró sentado a la mesa despojada del mantel, el tablero estaba lleno de cuchillos de tallador y pequeñas virutas cubrían ya el suelo a su alrededor.

—Pero ¿qué estás haciendo, Otto? —preguntó estupefacta.

—Comprobar si aún sé tallar —respondió.

Ella sentía una cierta irritación. Aunque Otto no era un gran conocedor del alma humana, debía de tener una ligera idea de en qué estado se encontraba, con cuánta impaciencia esperaba cualquier comunicación suya. Y ahora había sacado el cuchillo de tallar de sus primeros años de matrimonio y se dedicaba a labrar la madera igual que entonces, cuando su eterno silencio la sumía en la desesperación. Entonces todavía no estaba tan acostumbrada a su mutismo como en la actualidad, pero hoy, precisamente hoy, habituada ya, le resultaba totalmente insoportable. ¡Tallar, cielo santo, eso era todo lo que se le ocurría a ese hombre después de tales experiencias! Si tallando en silencio durante horas pretendía recuperar su silencio tan celosamente preservado... no, eso le causaría a ella una profunda decepción. Y le había causado hondas decepciones muchas veces, pero en esta ocasión no lo sufriría tan callada.

Mientras meditaba sobre todo esto, llena de inquietud y desesperación,

contemplaba con cierta curiosidad el grueso y alargado trozo de madera que él giraba, meditabundo, entre sus grandes manos, al que de vez en cuando arrancaba una viruta más grande. No, esta vez no se convertiría en un arcón para la ropa, desde luego que no.

—¿Qué estás haciendo, Otto? —preguntó a regañadientes.

Se le había ocurrido la extraña idea de que estaba tallando alguna pieza, quizá un elemento del detonador de una bomba. Pero semejante pensamiento era un disparate... ¿qué tenía que ver Otto con bombas? Además, seguro que en las bombas no se podía utilizar madera. Por eso había preguntado a regañadientes: «¿Qué estás haciendo, Otto?».

Al principio intentó contestar con un simple gruñido, pero tal vez cayese en la cuenta de que esa mañana ya se había pasado un poco con su esposa, o acaso se mostró dispuesto sin más a proporcionarle información.

—Una cabeza —contestó—. Quiero comprobar si todavía sé tallar una cabeza. Antaño ya tallé muchas cazoletas de pipa en forma de cabeza.

Y continuó con los giros y la talla.

¡Cazoletas de pipa! Anna profirió un sonido de enfado. Acto seguido dijo muy furiosa:

—¡Cazoletas! ¡Pero, Otto, vuelve en ti! ¡El mundo se hunde y tú pensando en cazoletas de pipa! ¿Qué estás diciendo?

Él no pareció prestar mucha atención ni a su enfado ni a sus palabras.

—Esto, evidentemente, no será una cazoleta de pipa —reconoció—. Quiero averiguar si soy capaz de tallar a nuestro pequeño Otto tal como era.

La disposición de ánimo de Anna cambió en el acto. Así que pensaba en Otto, y si pensaba en Otto y quería tallar su cabeza, pensaba también en ella y deseaba darle una alegría. Se levantó de la silla y, dejando a un lado las patatas, dijo:

—Espera, Otto, te traeré las fotos para que recuerdes el aspecto real de nuestro Otto.

Su marido negó con un movimiento de cabeza.

—No quiero ver ninguna foto —le comunicó—. Quiero tallar a Otto tal como lo llevo aquí dentro. —Se dio unos golpecitos en su frente despejada y tras una pausa, añadió—: ¡Si es que puedo!

Ella volvió a conmovearse. Así que Otto también estaba dentro de él, tenía una imagen inalterable del muchacho. Ahora Anna sentía curiosidad por el aspecto que tendría esa cabeza.

—Seguro que lo consigues, Otto —lo animó.

—¡Ya veremos! —se limitó a contestar, pero su respuesta dejaba traslucir más certezas que dudas.

Con esto finalizó por el momento la conversación entre ambos. Anna tuvo que regresar a la cocina para dedicarse a la comida, y lo dejó en la mesa, mientras giraba despacio entre sus dedos el tarugo de madera de tilo, sacando con una paciencia muda

y cuidadosa virutitas y más virutitas.

Pero después se quedó muy sorprendida cuando, al regresar para poner la mesa poco antes de comer, se la encontró despejada y adornada con su mantel. Quangel, desde la ventana, contemplaba la calle Jablonski, donde alborotaban los niños jugando.

—¿Qué, Otto? —le preguntó—, ¿ya has terminado de tallar?

—Por hoy sí —contestó.

Y en ese mismo momento supo que la conversación ya estaba muy próxima, que Otto, ese hombre de inconcebible perseverancia al que nada podía inducir a comportarse con precipitación, que siempre esperaba al momento correcto, se proponía algo.

Comieron en silencio. Después ella volvió a la cocina a recoger, y lo dejó sentado en su rincón del sofá, inmóvil y ensimismado.

A su regreso, media hora después, continuaba igual. Pero ahora Anna ya no quería esperar hasta que su marido se decidiera; la paciencia de él y su propia impaciencia la enervaban. ¡Seguramente a las cuatro continuaría ahí sentado, y también después de la cena!

—Bueno, Otto, ¿qué sucede? —preguntó—. ¿No va a haber hoy siesta como todos los domingos?

—Hoy no es un domingo cualquiera. Lo de «todos los domingos» se acabó para siempre. —Y tras levantarse súbitamente, abandonó la sala.

Pero ese día ella no estaba dispuesta a dejarlo marchar sin más para emprender uno de sus misteriosos paseos de los que nunca se enteraba de nada. Corrió tras él.

—Otto... —empezó a decir.

Él estaba en la puerta del piso cuya cadena había echado momentos antes. Había levantado la mano para pedir silencio y atisbaba hacia la escalera. Después inclinó la cabeza asintiendo y, pasando junto a ella, se dirigió de nuevo al cuarto de estar. Cuando su esposa se reunió con él, ocupaba su sitio en el sofá, y se sentó a su lado.

—Si llaman al timbre, Anna, no abras antes de que yo...

—¿Pero quién va a llamar al timbre, Otto? —preguntó con impaciencia—. ¿Quién va a venir a vernos? ¡Dime de una vez lo que tengas que decir!

—Te lo diré, Anna —contestó con desacostumbrada ternura—. Pero atosigándome solo lo complicas más.

Ella rozó brevemente la mano de ese hombre al que siempre le costaba contar lo que sucedía en su interior.

—No te atosigaré, Otto —lo tranquilizó—. Tómame el tiempo que necesites.

Sin embargo, comenzó a hablar inmediatamente durante casi cinco minutos seguidos, con frases lentas, a trompicones, muy meditadas, y después de cada una cerraba con fuerza su boca de labios finos, como si hubiera finalizado. Mientras hablaba, dirigía la vista hacia algo situado en la estancia a un lado y detrás de Anna.

Mientras su marido hablaba, Anna Quangel mantuvo los ojos clavados en su

rostro y casi se sintió agradecida de que no la mirase, tan difícil le resultaba ocultar la decepción que se iba apoderando de ella cada vez con más fuerza. ¡Dios mío, lo que había maquinado ese hombre! Se había imaginado grandes hazañas (y también se había asustado de ellas), un atentado contra el Führer, o al menos una lucha activa contra los mandamases y el Partido.

¿Y qué pretendía hacer él? Nada, una ridiculez, algo muy en su estilo, algo tranquilo, inusual, que preservase su tranquilidad. Quería escribir postales. Postales con soflamas contra el Führer y el Partido, contra la guerra, para instruir a sus conciudadanos, eso era todo. Y esas postales no deseaba enviarlas a personas concretas o pegarlas en las paredes a modo de carteles, qué va, quería depositarlas en las escaleras de edificios muy transitados, dejarlas allí abandonadas a su suerte, quedando completamente al arbitrio del que las recogiera ser pisoteadas o rotas en el acto... Todo en ella se indignaba contra esa guerra segura desde la oscuridad. ¡Anhelaba actividad, hacer algo cuyos frutos se vieran!

Después de haber terminado de hablar, Quangel no parecía esperar contestación alguna de su mujer, que luchando consigo misma permanecía sentada en silencio en su rincón del sofá. ¿No sería mejor que ella le dijese algo?

El hombre se levantó y se acercó a la puerta de entrada a escuchar. Cuando volvió, retiró el mantel de la mesa, lo dobló y lo colgó con mucho cuidado del respaldo de la silla. Después se acercó al viejo secreter de caoba, sacó el manajo de llaves del bolsillo y lo abrió.

Mientras rebuscaba en el mueble, Anna se decidió.

—¿No es una nimiedad lo que pretendes, Otto? —inquirió con tono vacilante.

Él se detuvo en su búsqueda y, todavía agachado, giró la cabeza hacia su mujer.

—Sea poco o mucho, Anna —repuso—, como nos pillen, nos costará la cabeza...

Latía una convicción tan espantosa en esas palabras, en la oscura, insondable mirada de pájaro que el hombre le dedicó durante ese minuto, que Anna se estremeció. Y durante un instante se imaginó claramente el patio gris y pétreo de la cárcel, la guillotina levantada, a la luz grisácea del alba su acero carecía de brillantez, era una amenaza muda.

Anna Quangel notó que temblaba. Después volvió a mirar brevemente a Otto. Quizá tuviera razón, fuera poco o mucho, nadie podía arriesgar más que la vida. Cada uno según sus fuerzas y su disposición, lo importante era oponerse.

Quangel la miraba en silencio, como si contemplase la lucha que se libraba en su interior. Luego su mirada se aclaró, retiró las manos del secreter, se levantó y dijo, casi sonriendo:

—Pero no nos pillarán tan fácilmente. Si ellos son listos, nosotros también podemos serlo. Listos y precavidos. Precavidos, Anna, siempre en guardia... cuanto más tiempo luchemos, mayores efectos provocaremos. Una muerte prematura no sirve de nada. Nosotros deseamos vivir, llegar a presenciar su caída. ¡Entonces diremos que nosotros también participamos, Anna!

Pronunció esas palabras con ligereza, casi bromeando. Ahora, mientras rebuscaba de nuevo, la mujer se reclinó en el sofá aliviada. Le había quitado un peso de encima, ahora también ella estaba convencida de que Otto se proponía algo grande.

Su marido trasladó a la mesa su frasquito de tinta, las postales guardadas en un sobre, los gigantescos guantes blancos. Destapó el tapón del frasco, calentó el plumín con una cerilla y lo hundió en la tinta. Se oyó un suave siseo, examinó el plumín con atención y luego asintió. Acto seguido se puso con todo detenimiento los guantes, sacó una postal del sobre, la colocó delante de él y dedicó a Anna una lenta inclinación de cabeza en señal de aprobación. Ella había seguido con ojos atentos cada una de esas cuidadosas maniobras, largamente preparadas. Entonces él señaló los guantes, aduciendo:

—Es por las huellas dactilares... ya sabes.

Después tomó la pluma y dijo en voz baja, pero con énfasis:

—La primera frase de nuestra primera postal dirá: «Madre: El Führer ha matado a mi hijo...».

Anna volvió a estremecerse. Había algo tan infausto, tan tétrico, tan decidido en esas palabras que Otto acababa de pronunciar... En ese instante comprendió que con esa primera frase él había declarado una guerra eterna y comprendió también de manera confusa lo que eso significaba: guerra entre ellos dos, unos pobres, pequeños, insignificantes trabajadores que con una palabra podían ser borrados para siempre, y al otro lado el Führer, el Partido, con su enorme aparato de poder y su esplendor y tres cuartas partes, incluso cuatro quintas partes del pueblo alemán detrás. ¡Y ellos dos allí solos, en esa reducida habitación de la calle Jablonski!

Mira hacia el hombre. Mientras ella piensa todo eso, él ha llegado a la tercera palabra de la primera frase. Traza con infinita paciencia la «F» de Führer.

—¡Déjame escribir a mí, Otto! —le ruega—. Lo haré mucho más deprisa.

Primero él suelta un gruñido. Pero luego se lo explica.

—Tu letra —le dice—. Más tarde o más temprano nos pillarían por tu letra. Esta es una escritura caligráfica, son caracteres lapidarios... lo ves, una especie de letras de imprenta...

Vuelve a enmudecer, continúa escribiendo. Sí, así se lo había imaginado. No cree haber olvidado nada. Conocía esa escritura caligráfica por los diseños de muebles de los interioristas, nadie notará en una letra así de quién procede. Como es natural, con las manos de Otto Quangel, poco acostumbradas a escribir, sale muy basta y maciza. Pero no importa, no lo delatará. Es más bien algo bueno, porque así la postal adquiere una cualidad de cartel que llama inmediatamente la atención. El hombre prosigue su labor con paciencia.

Anna también se ha armado de paciencia. Comienza a hacerse a la idea de que será una guerra larga. Ahora se ha calmado en su interior, Otto lo ha pensado todo, Otto es de fiar, siempre, siempre. ¡Qué bien lo ha pensado! La primera postal de esa guerra tiene su origen en el hijo caído, habla de él. Un día tuvieron un hijo, el Führer

lo ha asesinado y ahora escriben postales. Un nuevo período de la vida. Exteriormente nada ha cambiado. Tranquilidad en el hogar de los Quangel. Por dentro todo ha sufrido cambios radicales, ha empezado una guerra...

Saca su cesto de costura y empieza a zurcir calcetines. De vez en cuando mira a Otto, que pinta sus letras despacio, sin acelerar nunca el ritmo. Casi después de cada letra estira el brazo, coloca la postal ante sus ojos y la contempla con los ojos entornados. Luego asiente.

Por fin le enseña la primera frase terminada. Muy grande, ocupa una línea y media de la postal.

—¡No te cabrá mucho en una postal así! —comenta ella.

—¡Lo mismo da! ¡Pienso escribir todavía muchas postales como esta! —le contesta.

—Una postal de esas requiere mucho tiempo.

—Escribiré una, más adelante quizá dos cada domingo. La guerra todavía no ha terminado, los asesinatos no tienen fin.

Es imposible hacerlo desistir. Ha tomado una decisión y actuará de acuerdo con ella. Nada puede anularlo, nadie apartará a Otto Quangel de su camino.

Dice:

—La segunda frase: «Madre: el Führer también asesinará a tus hijos, no se detendrá ni siquiera cuando haya llevado el luto a todos los hogares de la Tierra...».

—«Madre: el Führer también asesinará a tus hijos» —repite ella.

Piensa en la integrante de la junta directiva de la Organización de Mujeres, la del pelo blanco con la Cruz de la Madre, que le dijo que no había que tener un solo hijo, sino muchos. Había tenido en la punta de la lengua la fulminante respuesta: «¿Para que me rompan el corazón pedazo a pedazo, verdad? Pues no, prefiero perderlo todo de una vez». Sin embargo, reprimió esa respuesta y ahora es Otto el que la da: «Madre: el Führer también asesinará a tus hijos».

Luego asiente.

—Escribe eso. —Y tras una breve reflexión, añade—: Habría que colocar esta postal en los lugares adonde acuden mujeres.

Quangel reflexiona, luego sacude la cabeza.

—No. Con las mujeres que se llevan un susto nunca se sabe cómo reaccionarán. Un hombre se meterá deprisa en el bolsillo la postal, en la escalera. Más tarde la leerá detenidamente. Además, todos los hombres son hijos de una madre.

Se calla y comienza de nuevo a escribir. Transcurre la tarde, no piensan en la merienda. Al final, ya de noche, concluye la postal. Otto se levanta. Vuelve a examinarla.

—Bueno —dice—. Hecho. El próximo domingo, la segunda.

Ella asiente.

—¿Cuándo la llevarás? —le susurra.

El hombre la mira.

—Mañana por la mañana.

—Déjame estar presente la primera vez —le ruega.

—No —contesta sacudiendo la cabeza—. La primera vez precisamente, no. Primero he de comprobar cómo va todo.

—¡Que sí! —insiste Anna—. ¡Es mi postal! ¡Es la postal de una madre!

—De acuerdo —acepta por fin—. Ven conmigo. Pero solo hasta el edificio. Dentro quiero estar solo.

—Me parece bien.

Después guardan con cuidado la postal dentro de un libro, ponen a buen recaudo los objetos de escribir, meten los guantes en su chaqueta.

Cenan, apenas hablan. Pero no se dan cuenta de lo callados que están, Anna tampoco. Ambos están cansados, como si acabaran de realizar un trabajo duro o un largo viaje.

—Voy a acostarme enseguida —dice él, levantándose de la mesa.

—Pues yo voy a recoger la cocina. Después también iré. Dios mío, qué cansada estoy, y eso que todavía no hemos hecho nada.

Él la mira esbozando una media sonrisa, después se va deprisa al dormitorio y comienza a desnudarse.

Más tarde, cuando ambos están acostados en la oscuridad, ninguno puede conciliar el sueño. Cambian de postura, escuchan la respiración del otro, y al final empiezan a hablar. A oscuras se habla mejor.

—¿Qué crees que pasará con nuestras postales? —pregunta Anna.

—Al principio todos se llevarán un susto cuando las vean tiradas y lean las primeras palabras. Porque en la actualidad todos tienen miedo.

—Sí —asiente su mujer—. Todos...

Pero ella los exceptúa a ambos, a los Quangel. Casi todos tienen miedo, piensa. Nosotros, no.

—Los que la encuentren —él repite lo que ha pensado cien veces—, tendrán miedo de haber sido observados en la escalera. Se guardarán deprisa la postal y saldrán pitando. O la dejarán nuevamente y escurrirán el bulto, y llegará el siguiente...

—Así será —dice Anna, viendo ante ella la escalera, cualquiera de esas escaleras berlinesas mal iluminadas, y todo el que tenga en la mano una postal de esa índole se sentirá de pronto un criminal. Porque en realidad todos piensan lo mismo que el autor de la postal y, sin embargo, no pueden pensarlo, porque ese pensamiento se castiga con la muerte...

—Algunos —prosigue Quangel—, entregarán inmediatamente la postal al vigilante del bloque o a la policía: ¡hay que deshacerse de ella cuanto antes! Pero eso tampoco importa, sean miembros del Partido o no, sean dirigentes políticos o policías, todos leerán la postal, y surtirá efecto en ellos. Aunque solo sea tomar conciencia de que todavía queda oposición, de que no todos siguen a ese Führer...

—No —contesta ella—. Todos, no. Nosotros, no.

—Y serán más, Anna. Gracias a nosotros aumentarán. A lo mejor sugerimos a otros la idea de escribir postales, igual que hago yo. Al final docenas, centenares, se sentarán a escribir. Inundaremos Berlín de postales, entorpeceremos el funcionamiento de las máquinas, derribaremos al Führer, pondremos fin a la guerra...

Se detiene, sorprendido por sus propias palabras, por esos sueños que tan tarde visitan su frío corazón.

Y Anna Quangel, entusiasmada por esa visión, exclama:

—¡Y nosotros habremos sido los primeros! ¡Nadie lo sabrá, excepto nosotros!

Su marido dice de pronto con tono desapasionado:

—A lo mejor muchos piensan igual que nosotros, deben de haber caído millares de hombres. A lo mejor ya existen escritores de postales. ¡Pero eso da igual, Anna! ¿Qué nos importa? ¡Nosotros nos encargaremos de eso!

—Sí —contesta la mujer.

Y él, cautivado de nuevo por las perspectivas de la empresa iniciada:

—Y movilizaremos a la policía, a la Gestapo, a las SS, a las SA. Por todas partes se hablará del misterioso escritor de postales y ellos buscarán, sospecharán, observarán, harán registros domiciliarios... ¡en vano! ¡Nosotros seguiremos escribiendo, cada vez más!

—A lo mejor hasta se las enseñan al propio Führer y las leerá, nosotros lo acusamos. ¡Se pondrá hecho una furia! Según dicen, siempre se enfurece en cuanto algo no sale de acuerdo con su voluntad. ¡Ordenará que nos encuentren, y ellos no nos encontrarán! Tendrá que seguir leyendo nuestras denuncias.

Los dos callan, deslumbrados por semejante perspectiva. ¿Qué eran momentos antes? Unos desconocidos; ellos pululaban también en el enorme y oscuro hervidero de gente. Ahora los dos están completamente solos, separados, realzados ante los demás, imposible que los confundan con el resto. A su alrededor se percibe un frío glacial de lo solos que están.

Y Quangel se ve en el taller, como siempre con el mismo trajín, animoso y animando, la cabeza atenta, girándola a intervalos para pasar de máquina en máquina. Para ellos será siempre el viejo y estúpido Quangel, un hombre poseído por el trabajo y una sucia avaricia. Pero en su cabeza alberga ideas que no tienen ninguno de ellos. Todos ellos se morirían de miedo si los asaltaran semejantes pensamientos. Pero él, el viejo imbécil de Quangel, los tiene. Está ahí engañándolos a todos.

Anna Quangel, sin embargo, piensa ahora en el camino que recorrerán juntos mañana para llevar la primera postal. Se siente un tanto descontenta consigo misma por no haber insistido en entrar con Quangel en el edificio. Se pregunta si debe pedírselo una vez más. Quizá sí. En general a su marido las súplicas no le hacen cambiar de opinión. Pero ¿y esa noche que parece estar de un humor tan inusualmente alegre? ¿Y ahora mismo?

No obstante, ha tardado demasiado en decidirse. Se da cuenta de que Quangel ya

se ha dormido. Y ella se dispone también a dormirse, ya veremos si mañana tiene ocasión. Si tiene ocasión, se lo preguntará, seguro.

Y a continuación también se duerme ella.

Capítulo 19

SE DEPOSITA LA PRIMERA POSTAL

Otto se mantuvo tan silencioso esa mañana, que ella no se atrevió a hablar del asunto hasta estar en la calle.

—¿Dónde piensas dejar la postal, Otto?

—No hables ahora de eso —responde malhumorado—. Aquí, en la calle, no.

Luego añade a regañadientes:

—He escogido un edificio de la calle Greifswalder.

—No —replica muy decidida—. No, Otto, no hagas eso. ¡Es un tremendo error!

—¡Vamos! —suelta furioso porque ella se ha parado—. ¡Ya te he dicho que aquí, en la calle, no!

El hombre reanuda la marcha y su esposa lo sigue, insistiendo en su derecho a opinar.

—Tan cerca de nuestra casa no —subraya ella—. Si esa cosa cae en sus manos, sospecharán al instante en la gente de los alrededores. Bajemos hasta la plaza Alexander...

Él reflexiona. Quizá, no, seguro que su mujer tiene razón. Hay que tener en cuenta todo. Sin embargo, ese repentino cambio de planes no le gusta. Si ahora caminan hasta la plaza Alexander, irán muy justos de tiempo y tiene que llegar puntual a su trabajo. Tampoco conoce ningún edificio adecuado en la plaza Alexander. Sin duda habrá muchos, pero primero hay que buscar el más apropiado, y eso prefiere hacerlo solo antes que con su mujer, que le molesta.

Entonces, súbitamente, se decide.

—De acuerdo —asiente—. Tienes razón, Anna. Vamos a la plaza Alexander.

Ella lo mira de soslayo, agradecida. Se siente feliz porque ha aceptado un consejo suyo al menos una vez. Y como acaba de hacerla tan feliz, ya no le apetece pedirle que le permita entrar con él en el edificio. Vale, que vaya solo. Se sentirá algo atemorizada mientras espera su regreso, pero en realidad ¿por qué? No duda ni un instante de que regresará. Es tan tranquilo, tan frío, que no lo pillarán desprevenido. Incluso estando en manos de ellos no se delataría y lucharía por su libertad.

Mientras camina en compañía del hombre silencioso sumida en estas reflexiones, se adentran en la calle König por Greifswalder. Ella va tan enfrascada en sus pensamientos que no se ha fijado en cómo los ojos de Otto Quangel examinan los edificios. De pronto se detiene —aún les queda un buen trecho hasta la plaza Alexander— y dice:

—Anda, ve a mirar ese escaparate, vuelvo enseguida.

Y cruza la calle hacia un edificio de oficinas grande y luminoso.

El corazón de Anna empieza a latir con fuerza. Le gustaría llamarlo para que volviera: «¡No, no, quedamos en que sería en la plaza Alexander! Permanezcamos juntos hasta entonces». «Por lo menos dime adiós». Pero la puerta ya se ha cerrado tras él.

Con un hondo suspiro se vuelve hacia el escaparate. Pero no ve nada de lo que se expone. Apoya la frente contra el frío cristal, se le nubla la vista. Su corazón late con tal fuerza que casi le impide respirar, toda la sangre parece subírsele a la cabeza.

Así que tengo miedo, piensa. ¡Dios mío, jamás debe notar que tengo miedo! O nunca más me traerá con él. Pero tampoco siento verdadero temor, sigue pensando. No temo por mí, sino por él. ¡Mira que si no vuelve!

No puede evitar volverse hacia el edificio de oficinas. La puerta se abre de golpe, entran y salen personas. ¿Por qué no viene Quangel? Debe de haberse ido hace cinco, no, diez minutos. ¿Por qué corre de ese modo el hombre que acaba de salir del edificio? ¿Irá a llamar a la policía? ¿Habrán cogido a Quangel a la primera?

¡Oh, no lo aguanto más! ¿Qué es lo que se propone? ¡Y yo que pensaba que era una minucia! Todas las semanas una vez, y cuando escriba dos postales, dos veces por semana en peligro de muerte. ¡Y no querrá que lo acompañe! Ya lo he notado esta mañana, no le ha gustado nada que vaya con él. Irá solo, llevará las postales y desde allí se marchará a la fábrica (¡o no volverá jamás!), y yo estaré en casa esperándolo muerta de miedo. Siento que ese miedo no cesará jamás, nunca me acostumbraré a él. ¡Ahí viene Otto! ¡Al fin! No, no es él. ¡Y ese otro tampoco! ¡Voy a buscarlo, que se enfade todo lo que quiera! Seguro que ha sucedido algo, seguro que se ha ido hace ya un cuarto de hora, es imposible que le cueste tanto. ¡Voy a buscarlo ahora mismo!

Da tres pasos en dirección al edificio... y se da la vuelta. Se sitúa ante el escaparate. Clava los ojos en él.

No, no lo seguiré, no iré a buscarlo. No puedo fracasar a las primeras de cambio. Solo me imagino que ha sucedido algo; la gente entra y sale del edificio como de costumbre. Seguro que Otto todavía no lleva un cuarto de hora ausente. Ahora voy a mirar lo que hay en este escaparate: sostenes, cinturones...

Mientras tanto, Quangel ha entrado en el edificio. Se ha decidido tan rápido porque tenía a su mujer a su lado. Le ponía nervioso, a cada momento podía volver a empezar a hablar de «eso». No quería pasarse mucho rato buscando en su presencia. Seguro que empezaría otra vez a hablar del asunto, a proponer ese edificio, a rechazar aquel. ¡No, se acabó! Para eso prefería entrar en el primero, aunque fuese el peor.

Y lo fue. Era un edificio de oficinas luminoso y moderno, con muchas empresas, sí, pero también con un portero de uniforme gris. Quangel pasa a su lado mirándolo con indiferencia. Ha previsto que le pregunten adónde va, se ha fijado en que el abogado Toll tiene su despacho en el cuarto piso. Pero el portero no le pregunta nada, está hablando con un caballero. Se limita a dirigir una mirada fugaz e indiferente al hombre que pasa a su lado. Quangel se dirige a la izquierda, se dispone a subir por la escalera, cuando oye el zumbido de un ascensor. Vaya, hombre, no contaba con que

un edificio tan moderno como ese tuviera ascensores, por lo que las escaleras apenas se utilizaban.

No obstante, Quangel prosigue la ascensión. El ascensorista pensará: Es un hombre viejo, desconfía de los ascensores. O creerá que solo quiere ir al primer piso. O no pensará nada. Sea como fuere, las escaleras apenas se utilizan. Ya está en la segunda y hasta ahora no se ha cruzado más que con un botones de oficina, que baja presuroso con un fajo de cartas en la mano. Ni siquiera se ha fijado en Quangel. Este podría depositar en cualquier parte su postal, pero no olvida ni un instante la presencia del ascensor, a través de cuyos cristales relucientes pueden observarlo en todo momento. Tiene que subir más arriba, y el ascensor debe estar abajo del todo, entonces lo hará.

Se detiene junto a una de las altas ventanas situadas entre dos pisos y echa un vistazo a la calle. Mientras tanto, bien oculto a las miradas, saca uno de los guantes del bolsillo y se lo pone en la mano derecha. Vuelve a introducir en el bolsillo la diestra, que se desliza cuidadosa junto a la postal preparada, con tiento, para no arrugarla. La coge con dos dedos...

Mientras Otto Quangel hace todo esto, se ha percatado de que Anna no está en su puesto junto al escaparate, sino junto al bordillo de la acera observando con la cara muy pálida el edificio de oficinas. Su mujer no alza los ojos hasta donde él está, con toda seguridad fija la vista en las puertas de la planta baja. Sacude la cabeza disgustado, firmemente decidido a no llevar jamás a su mujer en semejante trance. Teme por él, claro. Pero ¿por qué? Debería temer por sí misma, tan equivocado es su comportamiento. ¡Es ella la que pone a ambos en peligro!

Vuelve a subir escalera arriba. Cuando pasa junto a la ventana siguiente, echa una ojeada a la calle: Anna mira de nuevo el escaparate. Bien, muy bien, ha controlado su miedo. Es una mujer valiente. No le dirá nada. Y de repente, Quangel coge la postal, la coloca con mucho cuidado sobre el antepecho de la ventana, se quita, ya andando, el guante de la mano y se lo mete en el bolsillo.

Mientras baja los primeros peldaños lanza la vista atrás. Allí está a la clara luz del día, desde allí todavía distingue cómo unas letras grandes y nítidas cubren su primera postal. ¡Todos podrán leerla! ¡Y entenderla! Quangel sonríe con rabia.

Pero al mismo tiempo oye abrirse una puerta en el piso superior. El ascensor ha bajado hace un minuto. Si al de ahí arriba, que acaba de salir de una oficina, le resulta demasiado aburrido esperar el retorno del ascensor, si baja por la escalera, encontrará la postal. Quangel apenas está un tramo de escalera más abajo. Si el hombre corre, aún puede pillar a Quangel, a lo mejor abajo del todo, pero podría alcanzarlo, porque Quangel no puede correr. Un hombre viejo bajando las escaleras como si fuera un escolar... no, eso llamaría la atención. Y no debe llamar la atención, nadie debe recordar haber visto siquiera en ese edificio a un hombre de tal y cual aspecto...

Con todo, desciende con bastante rapidez los peldaños de piedra, y en medio del ruido que producen sus propios pasos, aguza el oído para comprobar si el hombre ha

utilizado la escalera. En ese caso habrá visto la postal, es imposible pasarla por alto. Pero Quangel no está seguro. En una ocasión cree oír pasos. Pero ahora ya no oye nada. Está demasiado abajo para poder oír algo. El ascensor pasa a su lado, resplandeciente, dirigiéndose hacia arriba.

Quangel se encamina hacia la salida. Justo en ese momento viene del patio un gran grupo de personas, trabajadores de alguna fábrica y Quangel se mezcla con ellos. Esta vez está completamente seguro de que el portero ni lo ha mirado.

Cruza la calle y se sitúa al lado de Anna.

—¡Hecho! —exclama.

Y al ver el brillo de sus ojos, el temblor de sus labios, añade:

—No me ha visto nadie. —Y agrega—: Anda, vámonos. Tengo el tiempo justo para llegar andando a la fábrica.

Se marchan. Pero mientras caminan, dirigen una mirada a ese edificio de oficinas en el que la primera postal de Quangel acaba de emprender su camino hacia el mundo. Inclinan la cabeza hacia el inmueble, en cierto modo como si se despidieran. Es un buen edificio, y por muchos edificios que visiten en los próximos meses y años con idéntico propósito... nunca se olvidarán de este.

A Anna Quangel le gustaría acariciar fugazmente la mano de su marido, pero no se atreve. Se limita a rozarla como por casualidad y dice asustada:

—¡Disculpa, Otto!

Él la mira de reojo, asombrado, pero calla.

Siguen andando.

SEGUNDA PARTE

LA GESTAPO

Capítulo 20

EL CAMINO DE LAS POSTALES

El actor Max Harteisen, según solía decir su amigo y abogado Toll, aún tenía muy mala conciencia por la época anterior al nazismo. Había participado en películas dirigidas por directores judíos, en películas pacifistas, y uno de sus papeles principales en el teatro había sido el de aquel maldito personaje sin carácter, el príncipe de Homburg, al que cualquier verdadero nacionalsocialista escupiría a la cara. Así pues, Max Harteisen tenía sobrados motivos para ser prudente; durante una temporada se dudó incluso de que pudiera interpretar siquiera estando los señores pardos en el poder.

Pero al final el asunto se solucionó. Como es natural, el chico tuvo que practicar cierta discreción y, para empezar, ceder la preferencia a actores pardos de verdadero tinte pardo, aunque no estaban ni de lejos tan capacitados como él. Pero lo que no había escatimado era precisamente discreción; la interpretación del joven, sin embargo, había llegado a llamar la atención del ministro Goebbels. Es más, el ministro incluso se había encaprichado con él. Y hasta un niño sabía de sobra lo que suponían esas preferencias del ministro, porque no existía persona más caprichosa e imprevisible que el doctor Joseph Goebbels.

Al principio todo había sido alegría y esplendor sin reservas, porque cuando el ministro tenía a bien admirar a alguien, no establecía diferencia alguna entre hombre o mujer. El doctor Goebbels telefoneaba todas las mañanas al actor Harteisen como si fuese una amante, le preguntaba por su sueño, le enviaba flores y bombones igual que a una diva, y no transcurría día sin que el dignatario se reuniera con Harteisen al menos un ratito. Es más, incluso se llevó al artista a Núremberg a la asamblea general del Partido, le explicó «como es debido» el nacionalsocialismo y Harteisen entendió todo lo que tenía que entender.

Lo único que no entendió es que el auténtico nacionalsocialismo prescribía que un sencillo compatriota no debe contradecir a un ministro. Porque un ministro, por el mero hecho de serlo, es diez veces más inteligente que el otro. En alguna cuestión cinematográfica por completo irrelevante Harteisen contradijo a su ministro y casi afirmó que lo que había dicho el señor Goebbels era una tontería. No está claro si la cuestión cinematográfica realmente irrelevante y encima meramente teórica enfureció al artista o si sencillamente estaba harto de la adoración excesiva del ministro, por lo que deseaba una ruptura. En cualquier caso, pese a ciertas advertencias, no se apeó de su afirmación de que era una tontería y seguiría siéndolo, fuese ministro o no.

¡Oh, cómo cambió entonces el mundo para Max Harteisen! Se acabaron las preguntas matinales por la bondad de su sueño, los bombones, las flores, las visitas a

casa del doctor Goebbels y también las enseñanzas del auténtico nacionalsocialismo. Ay, todo eso aún habría sido soportable, es más, incluso deseado, pero de repente Harteisen se quedó sin trabajo, los contratos cinematográficos casi cerrados se rompieron, las giras se quedaron en agua de borrajas, el actor Harteisen ya no tenía trabajo.

Dado que Harteisen, amén de valorar su profesión por el dinero que se ganaba, era un verdadero actor cuya vida hallaba su culminación sobre el escenario, ante la cámara, esa inactividad forzosa lo condujo al borde de la desesperación. No podía ni quería creer que el ministro, que durante año y medio había sido su mejor amigo, se hubiera convertido ahora en un enemigo tan carente de escrúpulos, incluso tan malvado, que aprovecharse su poderosa posición para arrebatar a otro la alegría de vivir por un desacuerdo. (En 1940 el bueno de Harteisen aún no había comprendido que cualquier nazi estaba dispuesto en todo momento a arrebatar a cualquier alemán que mantuviera una opinión diferente a la suya no solo la alegría de vivir, sino incluso la vida misma).

Pero cuando pasó el tiempo y no se presentaron oportunidades de trabajo, Max Harteisen tuvo que creérselo. Los amigos le informaron de que el ministro había declarado en un congreso cinematográfico que el Führer no quería ver nunca más en la pantalla a ese actor vistiendo el uniforme de un oficial. Poco después se decía que el Führer no quería ver a ese actor ni en pintura, y después se declaró oficialmente al actor Harteisen «persona non grata». Adiós, querido, se acabó, en la lista negra a los treinta y seis años... ¡y para un Reich de mil años!

Ahora sí que el actor Harteisen tenía de verdad muy mala conciencia. Pero él no cejó, insistió y preguntó, quería averiguar a todo trance si esos juicios aniquiladores partían de verdad del Führer o se los había inventado ese hombre estrecho de miras para liquidar a un enemigo. Y aquel lunes Harteisen irrumpió totalmente seguro de su victoria en el despacho de su abogado Toll y exclamó:

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo, Erwin! Ese miserable ha mentido. El Führer ni siquiera ha visto la película en la que interpreto al oficial prusiano, y no ha pronunciado jamás una palabra sobre mí.

Y le contó con vehemencia que esa noticia era de todo punto cierta, porque procedía del propio Göring. Una amiga de su mujer tenía una tía, cuya prima había sido invitada a Carinhall a casa de Göring. Entonces ella mencionó el caso y Göring, como ya se ha dicho, lo contó.

El abogado miró con cierta sorna al excitado visitante.

—Bueno, Max, ¿qué cambia eso?

El actor murmuró, completamente perplejo:

—¡Pero Goebbels ha mentido, Erwin!

—¿Y qué? ¿Te habías creído que todo lo que dice Patitacoja es verdad?

—No, claro que no. Pero si se lleva el caso ante el Führer... ¡Porque él ha abusado del nombre del Führer!

—¡Claro, y por haberlo hecho, el Führer expulsará a un viejo compañero del Partido que es un pez gordo tan solo porque ha disgustado a Harteisen!

El actor miró al sarcástico y prepotente abogado implorando ayuda.

—¡Pero debemos solucionar mi problema, Erwin! —exclamó—. Quiero trabajar. Y Goebbels me lo impide de manera injusta.

—Sí —admitió el abogado—. Sí —y volvió a callar. Y al comprobar que Harteisen lo miraba esperanzado, agregó—: Eres un niño, Max, un verdadero niño grande.

El actor, que siempre se había considerado un hombre de mundo, echó la cabeza hacia atrás, malhumorado.

—Aquí estamos en confianza, Max —prosiguió el abogado—, esa puerta está bien acolchada, así que podemos hablar con absoluta franqueza. Tú también sabías, al menos hasta cierto punto, cuántas injusticias sangrantes, desgarradoras, que claman al cielo, ocurren hoy en Alemania, sin que nadie les preste la menor atención. Al contrario, ellos incluso se vanaglorian públicamente de su infamia. Pero el actor Harteisen tiene un pequeñísimo encontronazo y de pronto ha descubierto que en el mundo ocurren injusticias y grita pidiendo justicia. ¡Max!

Harteisen repuso afligido:

—¿Qué debo hacer entonces, Erwin? ¡Hay que hacer algo!

—¿Sí? ¿Qué? ¡Está clarísimo, hombre! Retírate con tu mujer a un bonito pueblo en el campo y mantén la boca bien cerrada. Sobre todo olvídate de una vez de tus insensatas habladurías sobre «tu» ministro y abstente de difundir la entrevista de Göring. O puede que entonces el ministro te haga algo muy diferente.

—¿Cuánto tiempo tengo que pasarme en el campo cruzado de brazos?

—Los caprichos de un ministro vienen y van. También se van, Max, tenlo por seguro. Un buen día volverás a brillar y a estar en el candelero.

El actor se estremeció.

—¡Eso, no! —rogó—. ¡Todo menos eso! —Se levantó—. ¿Y crees de veras que no puedes hacer nada en mi caso?

—Ni lo más mínimo —comentó el abogado sonriendo—. A no ser que desees ir a un campo de concentración como mártir por tu ministro.

Tres minutos después el actor Max Harteisen se encontraba en la escalera del edificio de oficinas sosteniendo, desconcertado, una postal en la mano: «Madre: el Führer ha matado a mi hijo...».

¡Cielo santo!, pensó. ¿Quién escribe una cosa así? ¡Debe de estar loco! Ha firmado su sentencia de muerte. Sin darse cuenta dio la vuelta a la postal. Pero allí no figuraba remitente o destinatario, sino: «¡Pasad esta postal para que la lean muchos! No donéis nada a la Organización de Ayuda Invernal. Trabajad despacio, más despacio todavía. Echad arena a las máquinas. Cada trabajo no realizado contribuye a terminar antes esta guerra».

El actor alzó la vista. El ascensor pasó a su lado con un derroche de luz. Tuvo la

sensación de que numerosos ojos lo miraban.

Rápidamente se guardó la postal en el bolsillo, y con mayor rapidez aún la sacó. Se disponía a dejarla sobre el antepecho de la ventana cuando le asaltaron las dudas. A lo mejor los del ascensor lo habían visto allí parado con la postal en la mano; muchos conocían su cara. Encontrarían la postal y algunos jurarían que él la había dejado allí. Y desde luego él la había depositado, de nuevo para ser exactos. ¿Pero quién le creería, justo ahora que tenía ese conflicto con el ministro? ¡Con el problemón que tenía encima, y ahora esto!

Su frente se cubrió de sudor, de pronto comprendió que tanto el autor de la postal como él estaban en inminente peligro de muerte, él quizá más. Su mano se contraía convulsa; quería dejar la postal, después prefería llevársela, deseaba hacerla pedazos allí mismo... Pero ¿no habría alguien en lo alto de la escalera observándolo? En los últimos días le había asaltado un par de veces la sensación de que lo vigilaban, lo había achacado al nerviosismo producido por la hostilidad del ministro Goebbels...

¿No sería todo una trampa de ese hombre, urdida para hacerle caer en ella sin remisión? ¿Para demostrar al mundo entero cuánta razón tenía el ministro al condenar al actor Harteisen? ¡Ay, Dios, ya se había vuelto loco, veía fantasmas! ¡Eso no lo hace un ministro! ¿O sí?

Pero no podía quedarse quieto para siempre. Tenía que decidirse; ya no debía pensar en Goebbels, sino únicamente en sí mismo.

Vuelve a subir como una tromba el tramo de escaleras, allí no hay nadie observándolo. Toca el timbre del abogado Toll. Pasa lanzado ante la secretaria, planta la postal sobre la mesa del abogado y exclama:

—¡Mira lo que acabo de encontrar en la escalera!

El abogado se limita a lanzar un breve vistazo a la postal. Después se levanta y cierra con cuidado la puerta doble de su despacho, que el alterado visitante ha dejado abierta. Regresa a su puesto junto al escritorio. Vuelve a coger la postal y la lee lenta y cuidadosamente, mientras Harteisen camina de un lado a otro lanzándole miradas de impaciencia.

Toll aparta la postal y pregunta:

—¿Dónde has dicho que la has encontrado?

—Aquí, en la escalera, un tramo más abajo.

—¿En la escalera? ¿Es decir, encima de los escalones?

—¡No seas tan meticuloso, Erwin! Encima de los escalones, no, sobre el antepecho de la ventana.

—¿Y puedo preguntarte por qué se te ha ocurrido traer a mi despacho este atractivo presente?

La voz del abogado se endurece y el actor dice suplicante:

—¿Qué podía hacer? La postal estaba ahí, la he recogido con un gesto completamente maquinal.

—¿Y por qué no la has dejado allí? ¡Habría sido lo más lógico!

—Mientras leía, el ascensor ha pasado a mi lado. Me he sentido vigilado. Mi cara es conocida.

—¡Mejor aún! —exclamó el abogado con acritud—. Así que entonces corriste hasta aquí arriba, seguramente con la postal en la mano.

El actor asintió con aire sombrío.

—No, amigo mío —dijo Toll muy resuelto, devolviéndole la postal—, llévatela de nuevo, por favor. No quiero tener nada que ver con esto. Que quede claro que no tengo nada que ver. No he visto nunca esta postal. ¡Llévatela de una vez!

Harteisen, pálido, miró fijamente a su amigo.

—Creo que no eres solo mi amigo, sino también mi abogado, y salvaguardas mis intereses —repuso.

—Esto no. O, mejor dicho: nunca más. Eres un cenizo, tienes un talento increíble para enredarte en las peores historias. Y arrastrarás a otros a la desgracia. ¡Así que coge de una vez tu postal! —Se la tendió de nuevo.

Pero Harteisen seguía inmóvil, la cara pálida, las manos hundidas en los bolsillos.

Tras un largo silencio dijo en voz baja:

—No me atrevo. En los últimos días he tenido varias veces la sensación de que me observaban. Por favor, rompe la postal. Tírala en tu papelera, debajo de todo lo demás.

—Demasiado peligroso, querido. El ordenanza de la oficina o una limpiadora cotilla, y estaría aviado.

—¡Quémala!

—Olvidas que aquí tenemos calefacción central.

—Coge una cerilla, quémala en el cenicero. Nadie se enteraría.

—Tú sí.

Se miraban muy pálidos. Eran viejos amigos desde el colegio, pero ahora el miedo se había interpuesto entre ellos, trayendo consigo la desconfianza. Se observaban en silencio.

Es un actor, pensaba el abogado. A lo mejor ha estado interpretando, y quiere meterme en un lío. Le han encargado poner a prueba mi fiabilidad. Hace poco, en esa desdichada defensa ante el Tribunal del Pueblo, logré librarme por los pelos. Pero desde entonces desconfían de mí...

En realidad ¿hasta qué punto es Erwin mi abogado?, se preguntaba entretanto el actor. No quiere ayudarme en el asunto del ministro, y ahora pretende incluso faltar a la verdad y declarar que no ha visto jamás la postal. No defiende mis intereses. Actúa contra mí. Quien sabe si esta postal... por todas partes se oye hablar de las trampas que le ponen a la gente. Pero, qué disparate, él ha sido siempre mi amigo, es una persona de toda confianza...

Y los dos recobraron la cordura, se miraron y se echaron a reír.

—Hemos estado locos al desconfiar el uno del otro.

—¡Nosotros, que nos conocemos desde hace más de veinte años!

—¡Todo el colegio juntos!

—Sí, la verdad es que hemos llegado lejos, muy lejos.

—¿Cómo hemos quedado? El hijo denuncia a la madre, la hermana al hermano, el novio a la novia...

—¡Pero nosotros no nos denunciaremos!

—Pensemos qué es lo mejor que podemos hacer con esa postal. Sería un auténtico despropósito que salieras a la calle con ella en el bolsillo, dado que te sientes observado.

—Puede ser producto del nerviosismo. Dame la postal, ya encontraré el modo de deshacerme de ella.

—¡Tú y tu funesta tendencia a las imprudencias! ¡Ni hablar, la postal se queda aquí!

—Tienes mujer y dos niños, Edwin. Quizá no todo el personal de tu despacho sea digno de confianza. ¿Quién es digno de confianza hoy en día? Dame la postal. Te llamaré dentro de un cuarto de hora para comunicarte que ha desaparecido.

—¡Dios mío! ¡Otra vez vuelves a ser tú, Max! ¡Mantener una conversación telefónica sobre eso! ¿Por qué no telefoneas directamente a Himmler? ¡Entonces todo iría más rápido!

Se miran de nuevo, reconfortados por no estar completamente solos, por contar todavía con un amigo de confianza.

De repente el abogado golpea con furia la postal.

—¿En qué estaría pensando ese idiota cuando escribió esto y lo depositó en nuestra escalera? ¡En llevar a otras personas al patíbulo!

—¿Y por qué? ¿Qué escribe en realidad? Nada que no sepa ya cada uno de nosotros. ¡Debe tratarse de un loco!

—Este pueblo se ha convertido en un pueblo de locos, nos vamos contagiando unos a otros.

—Si pillasen al tipo ese que pone en tales dificultades a los demás, me alegraría...

—¡Qué va! Seguro que no te alegrarías de otra muerte. ¿Pero cómo vamos a sortear estas dificultades?

El abogado volvió a mirar pensativo la postal. Después descolgó el teléfono.

—En el edificio tenemos a no sé qué dirigente político —explicó a su amigo—. Voy a entregarle oficialmente la postal, expondré las circunstancias tal como se han producido, pero sin darle al asunto excesiva relevancia. ¿Estás seguro de tu declaración?

—Por completo.

—¿Y de tus nervios?

—Totalmente, amigo mío. Jamás he sentido miedo sobre el escenario. ¡Antes, siempre! ¿Qué tipo de hombre es ese dirigente político?

—Ni idea. No recuerdo haberlo visto nunca. Seguramente uno de esos pequeños

popes. De todos modos voy a telefonarlo ahora mismo.

Pero el hombrecillo que acudió no tenía mucha pinta de pope, más bien de zorro, y se sintió muy halagado al conocer al famoso actor que con tanta frecuencia había visto en el cine. Sin pensárselo dos veces mencionó seis películas; el actor no había intervenido en ninguna. Max Harteisen alabó la memoria del hombrecillo, y después fueron directamente al grano.

El zorrillo leyó la postal sin que su rostro reflejase lo que le pasaba por la cabeza. Era astuto. Después escuchó el informe del hallazgo de la postal, de su entrega allí, en el despacho.

—Muy bien, muy correcto —alabó el dirigente—. ¿Y eso cuándo ha sido, más o menos?

Durante un instante el abogado se desconcertó, lanzó una mirada rápida a su amigo. Mejor no mentir, pensó. Lo habían visto entrar muy agitado con la postal en la mano.

—Hará cosa de media hora —dijo el abogado.

El hombrecillo enarcó las cejas.

—¿Tanto? —preguntó con ligero asombro.

—Teníamos otros asuntos que tratar —se justificó el abogado—. No le dimos mucha importancia al asunto. ¿Es importante?

—Todo es importante. Importante habría sido atrapar al que dejó la postal. Pero ahora, después de media hora, ya es demasiado tarde.

Cada una de sus palabras traslucía un ligero reproche por ese «demasiado tarde».

—Lamento ese retraso —se disculpó el actor Harteisen con voz enérgica—. Ha sido culpa mía. Di más importancia a mis asuntos que a esta... mamarrachada.

—Yo habría debido estar mejor informado —adujo el abogado.

El zorrillo sonrió conciliador.

—Bueno, caballeros, lo que es demasiado tarde, seguirá siendo demasiado tarde. Sea como fuere, me alegra haber tenido la satisfacción de conocer al señor Harteisen en persona. ¡Heil Hitler!

Con gran energía, poniéndose en pie de un salto:

—¡Heil Hitler!

Cuando se cerró la puerta tras él, los dos amigos se miraron.

—Gracias a Dios que nos hemos librado de esa maldita postal.

—Y no sospecha nada de nosotros.

—Por la postal, no. Pero hemos vacilado entre entregarla o no entregarla, y eso lo ha captado a la perfección.

—¿Crees que este asunto traerá cola?

—No, a decir verdad, no. En el peor de los casos una toma de declaración sin importancia, dónde, cuándo y cómo encontraste la postal. Y ahí no hay nada que ocultar.

—Sabes, Erwin, en el fondo me alegro mucho de abandonar esta ciudad durante

una temporada.

—¿Lo ves?

—Aquí uno se pone malo.

—¡No se pone malo! ¡Ya lo es! ¡Y mucho!

Mientras tanto el zorrillo ha acudido a su agrupación. Ahora un camisa parda sostenía en su mano la postal.

—Esto es cosa de la Gestapo —dijo el camisa parda—. Es mejor que la lleves tú mismo, Heinz. Espera, te adjuntaré unas líneas. ¿Y los dos caballeros?

—¡Completamente descartados! Aunque, desde luego, ninguno de ellos es de confianza desde el punto de vista político. Te aseguro que sudaron tinta cuando tuvieron que denunciarlo.

—Dicen que Harteisen ha caído en desgracia ante Goebbels —comentó el camisa parda, meditabundo.

—¡A pesar de todo! —repuso el zorrillo—. Nunca se atrevería a hacer algo así. Tiene demasiado miedo. Le mencioné en su cara seis películas en las que nunca ha actuado y alabé su interpretación magistral. Él hacía una reverencia detrás de otra y se mostraba radiante de agradecimiento. Pero yo olía el sudor del miedo.

—Todos tienen miedo —decidió, despectivo, el de camisa parda—. ¿Por qué, en realidad? Si para ellos es la mar de sencillo, les basta con hacer lo que les decimos.

—Eso es porque la gente no puede dejar de pensar. Siempre creen que pensando avanzan.

—Pues solo tienen que obedecer. De pensar ya se encarga el Führer.

El camisa parda dio unos golpecitos a la postal.

—¿Y este de aquí? ¿Qué piensas de este, Heinz?

—¿Qué quieres que te diga? Seguramente habrá perdido de verdad a su hijo...

—¡Y un cuerno! Los que hacen y escriben estas cosas son siempre meros agitadores. Quieren conseguir algo para ellos. Los hijos y Alemania entera les traen sin cuidado. Será algún viejo socialista o comunista...

—Ni lo creo ni lo creeré jamás. Esos no pueden prescindir de sus palabras rimbombantes, fascismo y reacción y solidaridad y proletariado... pero en la postal no figura ninguna de esas consignas. ¡Qué va, a un socialista o a un comunista los huelo yo a diez kilómetros y contra el viento!

—Pues yo sigo creyéndolo. Todos esos ahora se han camuflado...

Pero los de la Gestapo tampoco compartieron la opinión del camisa parda. Dicho sea de paso, recibieron el informe del zorrillo con tranquila hilaridad. Ya estaban acostumbrados a esas cosas.

—Bueno —dijeron—. Listo. Ya veremos. Si quiere usted molestarse en ir a ver al comisario Escherich, nosotros se lo notificaremos por teléfono, él se encargará del asunto. Proporcióneme un informe exacto sobre el comportamiento de los dos caballeros. Como es natural, de momento no procederemos contra ellos, algo así solo puede ser útil como material para posibles casos futuros, ¿lo entiende...?

El comisario Escherich, un hombre alto, desgarbado, con un fino bigotito color arena —todo en ese hombre era tan incoloro que bien podía considerársele un engendro del polvo de los legajos—, el comisario Escherich, pues, giró la tarjeta entre sus manos.

—Un disco nuevo —comentó al fin—. Este todavía no figura en mi colección. Una mano torpe, no ha escrito mucho en su vida, siempre ha trabajado con las manos.

—¿Un comunista? —preguntó el zorrillo.

El comisario Escherich soltó una risita:

—¡Déjese de chistes, caballero! ¡Qué tiene que ver esto con un comunista! Mire, si tuviéramos una policía como es debido y el asunto mereciera la pena, en veinticuatro horas este escritor estaría entre rejas.

—¿Cómo lo conseguiría?

—¡Es sencillísimo! Mandaría investigar en todo Berlín quién ha perdido un hijo en las últimas dos o tres semanas, hijo único, por supuesto, pues el autor solo tenía uno.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Elemental! En la primera frase, cuando habla de sí mismo, lo dice así. En la segunda, cuando se dirige a otros, habla de hijos. Así que dedicaría mi atención a los que respondiesen a esta descripción —no pueden ser muchos en Berlín—, y ya tendría al autor en el saco.

—¿Y por qué no lo hace?

—Ya se lo he dicho, porque no tenemos el aparato para ello y porque el asunto no merece la pena. Fíjese, hay dos posibilidades. Que escriba dos o tres postales más, y después se harte. Porque le cueste mucho esfuerzo o porque el riesgo se le antoje excesivo. Entonces no habrá causado mucho daño, pero tampoco habrá dado mucho trabajo.

—¿Cree usted que entregarán todas las postales aquí?

—Todas, no, pero la mayoría sí. El pueblo alemán es muy digno de confianza...

—Porque todos tienen miedo.

—No, yo no he dicho eso. No creo, por ejemplo, que este hombre... —Golpeó la postal con los nudillos— tenga miedo. Me parece más plausible la segunda posibilidad: el hombre seguirá escribiendo. Déjalo, cuanto más escriba, más se delatará. Ahora ha revelado muy poco de sí mismo, en concreto que ha perdido un hijo. Pero con cada postal irá revelándome un poco más sobre su persona. No necesito hacer mucho al respecto. Me basta quedarme aquí sentado, prestar un poco de atención y... ¡zas!... ¡le echaré el guante! Aquí, en nuestro departamento, es preciso tener paciencia. A veces se tarda un año, otras más, pero al final siempre atrapamos a todos. O a casi todos.

—Y después, ¿qué?

El de color polvoriento sacó un plano de Berlín, lo fijó a la pared y clavó una banderita roja justo donde se encontraba el edificio de oficinas de la calle König.

—Fíjese, esto es todo lo que puedo hacer por ahora. Sin embargo, en las próximas semanas se irán añadiendo cada vez más banderitas, y allí donde más se concentren, estará mi duendecillo. Porque con el tiempo se irá volviendo abúlico y ya no le compensará recorrer un largo camino por una postal. Ya ve, el Duende no piensa en esa postal. ¡Y sin embargo es tan sencillo! En ese momento ¡zas!, le echaré el guante.

—¿Y entonces, qué? —preguntó el zorrito impelido por una curiosidad malsana.

El comisario Escherich lo miró con cierta sorna.

—¿Tanto le gusta escuchar? Bueno, le complaceré: Tribunal del Pueblo y a otra cosa, mariposa. ¿A mí qué me importa? ¿Qué obliga al tipo a escribir una postal tan estúpida que nadie lee ni quiere leer? Nooo, eso a mí no me importa. Yo cobro mi salario, y a cambio me da completamente igual vender sellos que pinchar banderitas. Pero pensaré en usted, no olvidaré que me trajo el primer informe, y cuando haya atrapado a ese tipo y llegue el momento, le enviaré una invitación para asistir a su ejecución.

—Nooo, gracias, de verdad. ¡No lo decía con esa intención!

—Claro que lo decía con esa intención. ¿Por qué se avergüenza ante mí? Nadie debe avergonzarse ante mí, yo conozco a las personas. Si aquí no lo supiéramos, ¿quién iba a saberlo? ¡Ni siquiera el buen Dios! Así que, acordado, le enviaré una tarjeta para la ejecución. ¡Heil Hitler!

—¡Heil Hitler! ¡Y que no se le olvide!

Capítulo 21

MEDIO AÑO DESPUÉS: LOS QUANGEL

Medio año después, para los Quangel escribir las postales los domingos se había convertido ya en costumbre, una costumbre sagrada, desde luego, que constituía una parte esencial de su vida cotidiana al igual que el profundo silencio que los rodeaba, o el ahorro férreo hasta el último céntimo. Cuando estaban juntos los domingos, ella en el rincón del sofá, ocupada con alguna labor de remiendo o zurcido, él muy tieso en su silla junto a la mesa, la pluma en su mano grande, trazando despacio las palabras, eran las horas más bonitas de la semana.

Quangel había duplicado su rendimiento inicial de una postal por semana. Es más, en domingos buenos llegaba incluso a confeccionar tres. Pero nunca escribía dos postales con idéntico contenido. Los Quangel descubrieron que cuánto más escribían, más fallos descubrían en el Führer y en su Partido. Cosas que en su momento apenas habían considerado censurables, como la represión de los demás partidos, o que solo habían condenado por ir demasiado lejos y haberse llevado a cabo con excesiva brutalidad, como las persecuciones de judíos (pues, como la mayoría de los alemanes, los Quangel en su fuero interno no eran amigos de los judíos, es decir, que estaban de acuerdo con esas medidas), ahora que se habían convertido en enemigos del Führer esas cosas adquirían un aspecto y una relevancia completamente diferentes. Les demostraban la mendacidad del Partido y de sus dirigentes. Y al igual que los recién conversos, les movía el afán de convertir a otros, de manera que el tono con el que redactaban esas postales nunca era monótono, y los temas no escaseaban precisamente.

Anna Quangel, que había abandonado tiempo atrás su callado puesto de oyente, se sentaba animadamente en el sofá, tomaba parte en la conversación, proponía temas e inventaba frases. Trabajaban en la más perfecta unión, y esa profunda unión interna que no habían conocido hasta entonces después de un matrimonio tan largo, se convirtió para ellos en una enorme dicha que iluminaba toda la semana. Se miraban, sonreían, cada uno sabía que ahora el otro había pensado en la próxima postal o en el efecto que causaban las postales, en el número continuamente creciente de sus seguidores y en el ansia con que esperaba las próximas noticias suyas.

Los Quangel no dudaban ni un instante de que sus postales pasaban a escondidas de mano en mano en las empresas, que Berlín comenzaba a hablar de esos luchadores. Tenían la certidumbre de que parte de las postales caía en manos de la policía, pero suponían que sería a lo sumo una de cada cinco o seis. Habían pensado con tanta frecuencia en ese efecto y hablado de él que la difusión de sus noticias, la atención que despertaban, les parecía algo de lo más natural, un hecho

incontrovertible.

Sin embargo, los Quangel no tenían el menor indicio objetivo de eso. Tanto si Anna Quangel estaba haciendo cola delante de una tienda de comestibles, como si el jefe de taller se situaba mudo con sus ojos perspicaces junto a un grupo de charlatanes, provocando el cese de la conversación con su mera presencia..., jamás escucharon ni una palabra del nuevo combatiente contra el Führer, ni de los mensajes que enviaba al mundo. Pero este silencio sobre su actividad no podía disuadirlos de la firme convicción de que se hablaba de las postales, de que surtían efecto. Berlín era una ciudad muy grande y la distribución de las postales abarcaba una zona muy extensa, requería tiempo que el conocimiento se infiltrase por todos los rincones. En suma, a los Quangel les sucedía como a todo el mundo: creían en su esperanza.

De las medidas de seguridad que Quangel había considerado necesarias al inicio de su actividad solo había abandonado los guantes. Concienzudas reflexiones lo habían convencido de que esas prendas molestas que ralentizaban tanto su trabajo no servían para nada. Sus postales, antes de que alguna fuera a parar a la policía, debían de pasar por tantas manos que ni siquiera el funcionario de policía más experimentado acertaría a distinguir cuáles eran las huellas del autor. Como es natural, Quangel siguió observando la mayor de las cautelas. Antes de escribir se lavaba siempre las manos, cogía las postales con suavidad y por el borde, y al escribir siempre colocaba un papel secante debajo de la mano que escribía.

En cuanto a la operación de dejar las postales en los grandes edificios de oficinas, había perdido hacía mucho el atractivo de la novedad. Esta operación, que al principio les había parecido tan peligrosa, se había revelado con el tiempo la parte más sencilla de su labor. Uno entraba en uno de esos edificios tan animados, esperaba el momento propicio y bajaba de nuevo las escaleras, más aliviado, liberado de una presión en la zona del estómago, pensando: «Otra vez ha salido bien», sin especial nerviosismo.

Al principio Quangel había depositado solo esas postales, le había parecido inoportuno que Anna lo acompañase. Pero después también su esposa se convirtió en una colaboradora eficaz. Quangel procuraba escrupulosamente que las postales, tanto si había escrito una, dos o incluso tres, salieran siempre de casa al día siguiente. Sin embargo, a veces le costaba caminar debido a sus piernas martirizadas por dolores reumáticos; por otro lado, la precaución exigía que las postales se distribuyesen en zonas de la ciudad muy distantes entre sí. Esto requería largos viajes en tranvía difíciles de realizar para una persona en una mañana.

Así pues, Anna Quangel comenzó a participar también en este trabajo. Para su sorpresa descubrió que era mucho más emocionante y enervante estar delante de un edificio esperando al marido, que depositar las postales en persona. Entonces era siempre la calma personificada. Apenas se adentraba en uno de esos edificios, se sentía segura en medio del tráfico de los que subían y bajaban por las escaleras y esperaba con paciencia su oportunidad para dejar las postales deprisa. Estaba

completamente segura de que nunca la habían visto hacerlo, de que nadie podría recordarla y ofrecer una descripción de su persona. En verdad era mucho menos llamativa que su marido, con su dura cara de pájaro. Era una mujer pequeñoburguesa, que enseguida acudía al médico.

Solo una vez molestaron a los Quangel durante su escritura dominical. Pero tampoco esta perturbación desencadenó la menor agitación ni confusión. Como ya lo habían hablado muchas veces, al oír el timbre Anna Quangel se acercó sigilosa a la puerta de entrada y escudriñó a los visitantes por la mirilla. Mientras tanto, Otto Quangel había retirado los útiles de escribir e introducido en un libro la postal iniciada. En ella figuraban por el momento las palabras: «¡Führer, ordena, nosotros obedecemos! Sí, obedecemos, nos hemos convertido en un rebaño de ovejas que nuestro Führer puede conducir al matadero. Hemos renunciado a pensar...».

Otto Quangel había colocado la postal con esas frases en un libro de fabricación y reparación de aparatos de radio de su hijo caído, y cuando Anna Quangel entró con los dos visitantes, un hombre bajo y jorobado y una mujer morena, alta y fatigada, Otto se dedicaba a tallar el busto del chico, ya muy avanzado, y que, en opinión de Anna, se parecía cada vez más a su marido. Resultó que el jorobado bajito era un hermano de Anna; los hermanos llevaban casi treinta años sin verse. El pequeño jorobado había trabajado siempre en una fábrica de material óptico de Rathenow y hacía poco había sido trasladado a Berlín para trabajar como especialista en una empresa que fabricaba no sé qué aparato para submarinos. La mujer morena y fatigada era su cuñada, a la que Anna nunca había visto. Hasta ese día Otto Quangel no conocía a esos parientes.

Ese domingo ya no escribió nada más, la postal iniciada quedó inconclusa en el libro de fabricación y reparación de aparatos de radio del pequeño Otto. Por muy reacios que fueran los Quangel a las visitas de amigos y parientes, porque deseaban vivir tranquilos, este hermano y su esposa que inopinadamente les habían caído del cielo no les desagradaron. A su modo, los Heffke también eran personas serenas, pertenecientes a alguna secta religiosa que, según dedujeron por una insinuación, era perseguida por los nazis. Pero apenas hablaban de ello, pues en general se evitaba con temor todo lo relacionado con la política.

Quangel, sin embargo, presencié, asombrado, cómo Anna y su hermano Ulrich Heffke intercambiaban recuerdos infantiles. Oyó por primera vez que Anna, en su infancia, había sido una niña de alegría desbordante, traviesa y dada a las bromas. Él había conocido a su mujer siendo una chica mayor; nunca había pensado que en el pasado, antes de su vida de empleada doméstica, de matarse a trabajar sin alegría, que tantas fuerzas y esperanzas le robaba, había sido completamente distinta.

Ahora, mientras los hermanos charlaban entre sí, se imaginaba el pequeño pueblo de la Marca de Brandeburgo; oyó que ella tenía que cuidar de los gansos, que siempre se escondía para eludir el odiado trabajo de recoger patatas y cuántos palos había recibido por ello, y supo que había sido muy apreciada en el pueblo porque, rebelde y

valiente, protestaba contra todo lo que le parecía inicuo. Incluso le tiró tres veces seguidas el sombrero de la cabeza a un maestro injusto con una bola de nieve... y nunca descubrieron que había sido ella. Solo ella y Ulrich lo sabían, pero Ulrich jamás se chivó.

No, no fue una visita desagradable, a pesar de que escribieron dos postales menos que de costumbre. Además, los Quangel fueron muy sinceros cuando al despedirse prometieron devolver la visita a los Heffke. Y cumplieron su promesa. Cinco o seis semanas después visitaron a los Heffke en una pequeña vivienda provisional que les habían facilitado en las inmediaciones de la plaza Nollendorf. Los Quangel aprovecharon dicha visita para depositar por fin una postal en el oeste; a pesar de que era domingo y el edificio de oficinas estaba poco concurrido, todo fue bien.

A partir de entonces las visitas mutuas se sucedieron a intervalos de unas seis semanas. No eran muy emocionantes, pero aportaban una bocanada de aire fresco a la vida de los Quangel. Casi siempre Otto y su cuñada se sentaban callados a la mesa para escuchar la tranquila conversación de ambos hermanos, que no se cansaban de charlar sobre su infancia. A Quangel le complacía conocer a esa otra Anna; sin embargo, nunca encontró un puente entre la mujer que vivía a su lado y aquella niña que conocía el trabajo del campo, hacía bromas audaces y a pesar de todo la consideraban la mejor alumna de la pequeña escuela rural.

Supieron que los padres de Anna aún vivían en su pueblo natal, muy ancianos ya, y el cuñado mencionó como de pasada que todos los meses les enviaba diez marcos. Anna Quangel estaba a punto de decirle a su hermano que a partir de entonces ellos harían lo mismo, pero al captar a tiempo una mirada de advertencia de su marido, calló.

Durante el camino de vuelta él dijo:

—No, mejor no, Anna. ¿Para qué malcriar a gente tan mayor? Tienen su jubilación, y además tu hermano manda diez marcos todos los meses, con eso basta.

—¡Pero nosotros tenemos mucho dinero en la cartilla de ahorros! —exclamó Anna—. Nunca lo gastaremos. Antes pensábamos que algún día sería para Otto, pero ahora... ¡Hagámoslo, Otto! ¡Aunque solo sean cinco marcos todos los meses!

Otto Quangel contestó impasible:

—Ahora que estamos metidos en un asunto de tanta envergadura, no sabemos para qué podemos necesitar un día nuestro dinero. Tal vez nos haga falta hasta el último marco, Anna. Los viejos han vivido hasta ahora sin nosotros, ¿por qué no seguir así?

Su esposa calló, un poco ofendida, quizá no tanto por su amor a los padres, pues apenas pensaba en los dos viejos y les escribía una sola carta al año, en Navidad y por sentido del deber. Pero se sintió ridícula y miserable ante su hermano. Este no debía pensar que ellos no podían hacer lo mismo.

Anna insistió tozuda:

—Ulrich pensará que no podemos, Otto. Pensará mal de tu trabajo por cobrar tan

poco.

—Y qué más da lo que otros piensen de mí —replicó Quangel—. No pienso sacar dinero de la caja para eso.

Anna se percató de que esa última frase era irrevocable. Calló, cedió como siempre que Otto pronunciaba ese tipo de frases, pero un poco ofendida porque su marido nunca tuviera en consideración sus sentimientos. No obstante, Anna Quangel olvidó pronto esa ofensa al continuar con el trabajo de la gran obra.

Capítulo 22

MEDIO AÑO DESPUÉS: EL COMISARIO ESCHERICH

Medio año después de recibir la primera carta, el comisario Escherich, acariciándose su bigote color arena, estaba ante el mapa de Berlín en el que había marcado con banderitas rojas los lugares donde se habían hallado las postales de Quangel. El mapa ostenta ahora cuarenta y cuatro banderitas; de las cuarenta y ocho postales que los Quangel habían escrito y repartido en ese medio año, solo cuatro no habían caído en poder de la Gestapo. Y seguramente esas cuatro tampoco habrían pasado de mano en mano en las empresas, como esperaban los Quangel, sino que apenas leídas, las habrían roto, arrojado al agua o quemado con mucho miedo.

Se abre la puerta y entra el superior de Escherich, el *Obergruppenführer*^[6] Prall:

—¡Heil Hitler, Escherich! Bueno, ¿por qué anda usted mordiéndose el bigote?

—¡Heil Hitler, mi *Obergruppenführer*! Es el escritor de postales, el Duende, como yo lo llamo.

—¿Y eso? ¿Por qué duende?

—No lo sé. Se me ocurrió. A lo mejor porque quiere asustar a la gente.

—¿Y progresamos en eso, Escherich?

—¡Psé! —respondió el comisario arrastrando la voz. Volvió a inspeccionar el mapa, pensativo—: A juzgar por la difusión, tiene que vivir en alguna parte al norte de la plaza Alexander, allí ha aparecido la mayoría. Pero también están bien surtidos el este y el centro. El sur, nada. En el oeste, algo al sur de la plaza Nollendorf, han aparecido dos... ahí debe de desarrollar alguna actividad ocasional.

—Digámoslo sin rodeos: del mapa todavía no se deduce nada. ¡No hemos avanzado ni un paso!

—Hay que esperar. Dentro de seis meses, si para entonces mi Duende no comete ningún otro error, el mapa nos proporcionará mucha más información.

—¡Medio año! ¡Es usted glorioso, Escherich! ¡Pretende dejar hojar y gruñir a ese cerdo durante medio año todavía sin hacer nada más que clavar sus banderitas con absoluta tranquilidad!

—En nuestro trabajo hay que tener paciencia, mi *Obergruppenführer*. Esto es igual que cuando usted está al acecho esperando al corzo. Tiene que esperar. No puede disparar antes de que venga. Pero cuando venga, yo dispararé, ¡tenga la seguridad!

—¡Siempre oigo hablar de paciencia! ¿Cree usted que los de arriba tienen tanta paciencia? Temo que pronto nos endosarán a uno que será duro de pelar. Tenga en cuenta que cuarenta y cuatro postales en medio año suponen casi dos postales por semana, las que nos llegan. Y eso lo ven también los de arriba. Y entonces me

preguntarán: Bueno, ¿qué? ¿Todavía no lo han atrapado? ¿Se puede saber por qué? ¿A qué demonios os dedicáis? ¿A clavar banderitas y rascaros la barriga? Y me echarán la bronca y me ordenarán atrapar a ese hombre en dos semanas.

El comisario Escherich sonrió bajo su bigote color arena.

—Y entonces usted, mi *Obergruppenführer*, me echará una bronca y me ordenará oficialmente atrapar a ese hombre en una semana.

—No se ría como un idiota, Escherich. Un caso como este, si llega por ejemplo a oídos de Himmler, puede destrozar la mejor carrera, y quizá un día, en el campo de concentración de Sachsenhausen, pensemos los dos muy apenados en lo buenos que eran los tiempos en que aún podíamos clavar banderitas rojas.

—¡No tema, mi *Obergruppenführer*! Soy perro viejo de la Brigada de Investigación Criminal y sé que nadie puede hacer nada mejor que lo que hacemos nosotros: esperar. Que nos propongan un método mejor, esos listillos, para descubrir al Duende. Pero claro, ellos tampoco lo conocen.

—Tenga en cuenta, Escherich, que si hasta nosotros han llegado cuarenta y cuatro postales, quizá hoy circulen por Berlín más de cien. Quien siembra el descontento, propugna el sabotaje. ¡No podemos presenciarlo cruzados de brazos!

—Cien postales circulando. —Escherich rio—. ¿Tiene usted idea de cómo es el pueblo alemán, mi *Obergruppenführer*? Mil disculpas, mi *Obergruppenführer*, no quería decir eso, se me ha escapado. Por supuesto que usted, mi *Obergruppenführer*, tiene una idea cabal de cómo es el pueblo alemán, más que yo probablemente, ¡pero es que ahora la gente tiene muchísimo miedo! Las entregan... ¡seguro que no circulan más de diez postales!

Tras una mirada furibunda por la ofensiva exclamación de Escherich (¡esa gente que procedía de la policía era bastante imbécil y se tomaba demasiadas confianzas!), después, por tanto, de que el *Obergruppenführer* Prall hubiera censurado la ofensiva exclamación de Escherich con una mirada furibunda y un iracundo alzamiento del brazo hacia delante en ademán admonitorio, el *Obergruppenführer* gritó:

—¡Incluso diez son demasiadas! ¡Hasta una es demasiado! ¡No debe circular absolutamente ninguna! ¡Tiene que atrapar a ese individuo, Escherich... y deprisita!

El comisario enmudeció. No levantaba la vista de las brillantes punteras de las botas del *Obergruppenführer*, se acariciaba meditabundo el bigote, encerrado en un silencio obstinado.

—¡Sí, ahí está usted bien callado! —exclamó Prall, irritado—. Sé lo que piensa. Ahora mismo está pensando que yo soy otro de esos listillos que echan broncas pero no proponen nada mejor.

Hacía ya mucho tiempo que el comisario Escherich no se ponía colorado, pero en ese momento en que adivinaron justo su pensamiento secreto, estuvo a punto de sonrojarse. Y también se quedó abochornado, lo que no le sucedía desde tiempos inmemoriales.

El *Obergruppenführer* Prall se dio perfecta cuenta de ello. Y dijo, contento:

—Bien, le aseguro que no deseo ponerlo en un aprieto, Escherich, se lo garantizo. Tampoco pretendo darle un buen consejo. Usted sabe que no soy un criminalista, solo me han confiado el mando de este puesto. Pero póngame al corriente. En los próximos días seguro que tendré que informar sobre este caso y me gustaría estar al tanto. ¿Nunca han visto a ese hombre depositando las postales?

—Jamás.

—¿Y no se ha manifestado ninguna sospecha en los edificios donde fueron halladas las postales?

—¿Sospechas? ¡A montones! Las sospechas abundan. Pero detrás no hay nada más que un pequeño enfado con el vecino, chivateo, frenesí denunciador. ¡No, eso no nos proporciona ninguna pista!

—¿Y los que las encontraron? ¿No hay sospechosos?

—¿Sospechosos? —Escherich torció el gesto—. Ay, Dios, mi *Obergruppenführer*, hoy en día no hay nadie que esté libre de sospecha. —Y tras una rápida mirada al rostro de su superior—: O lo son todos. Sin embargo, aquí hemos cribado y vuelto a cribar a todos los que las encontraron. Ninguno tiene nada que ver con el autor de las postales.

El *Obergruppenführer* suspiró.

—Habría debido hacerse cura, Escherich. ¡Reconfortar se le da divinamente! —exclamó—. Así que solo quedan las postales. ¿Qué indicios aportan?

—Escasos. Muy escasos —contestó Escherich—. ¡No, eso de cura, mejor no, pero le diré la verdad, mi *Obergruppenführer*! Tras el primer fallo que cometió con lo del hijo único, pensé que él mismo se pondría la soga al cuello. Pero es listo.

—Oiga, Escherich —intervino Prall—, ¿se le ha ocurrido pensar que también podría tratarse de una mujer? Acaba de ocurrírseme hace un momento, cuando usted ha hablado del hijo único.

El comisario, sorprendido, miró un momento a su superior. Reflexionó. Después, meneando la cabeza pesaroso, dijo:

—No, eso tampoco nos conduce a nada, mi *Obergruppenführer*. Ese es más bien uno de los puntos que considero absolutamente seguros. Mi Duende es viudo o al menos un hombre que vive solo. Si hubiera una mujer metida en el asunto, habría habido hace tiempo algún chismorreó. Recuerde que ha transcurrido medio año, ¡una mujer no es capaz de mantener la boca cerrada tanto tiempo!

—¿Y una mujer que haya perdido a su único hijo?

—Tampoco. ¡Esa menos aún! —decidió Escherich—. El que sufre desea ser consolado, y para recibir consuelo es preciso hablar. No, seguro que no hay una mujer metida en el ajo. Este solo lo conoce uno, y sabe callar.

—Como ya he dicho: ¡cura! ¿Qué más indicios tenemos?

—Escasos, mi *Obergruppenführer*, muy escasos. Es bastante seguro que el hombre es avaro o ha tenido alguna vez desavenencias con la Organización de Ayuda Invernal, porque en las postales puede poner lo que sea, pero ni una sola vez ha

olvidado la recomendación: «No donéis nada a la Organización de Ayuda Invernal».

—Pues como tengamos que buscar en Berlín a alguien a quien no le gustan los donativos a la Organización de Ayuda Invernal, estamos apañados, Escherich...

—Ya digo, mi *Obergruppenführer*. Muy poco. Muy escaso.

—¿Algo más?

El comisario se encogió de hombros.

—Poco, nada —contestó—. Tal vez podamos suponer con bastante certidumbre que el autor de las postales carece de empleo fijo, porque las postales se han encontrado a todas horas del día, entre las ocho de la mañana y las nueve de la noche. Y dado que las escaleras que utiliza mi Duende están muy concurridas, hemos de suponer que cada postal ha sido encontrada al poco de su colocación. ¿Qué más? Se trata de un obrero que ha escrito poco durante su vida, pero con una cierta formación escolar, pues apenas comete faltas de ortografía y se expresa con cierta soltura...

Escherich calló, ambos guardaron silencio durante bastante rato, mientras contemplaban absortos el mapa con las banderitas rojas.

Después el *Obergruppenführer* Prall dijo:

—Un hueso duro de roer, Escherich. Duro para ambos.

El comisario comentó, consolador:

—No existen huesos tan duros... al final siempre se rompen.

—¡Pero a alguno que otro le cuestan un diente, Escherich!

—¡Paciencia, mi *Obergruppenführer*, un poco de paciencia!

—Con tal de que la tengan los de arriba; eso no depende de mí, Escherich. En fin, martirice un poco su cabecita, Escherich, a lo mejor se le ocurre algo mejor que esta estúpida espera. ¡Heil Hitler!

—¡Heil Hitler, mi *Obergruppenführer*!

Una vez solo, el comisario Escherich permaneció un rato delante del mapa, acariciándose, meditabundo, su bigote claro. La situación no era exactamente la que había querido hacer creer a su superior. En este caso él no era tan solo el criminalista curtido al que ya nada es capaz de alterar. Le interesaba ese mudo escritor de postales, por desgracia todavía desconocido por completo para él, que con tanta desconsideración y tanta cautela había emprendido un combate casi desesperado. El caso Duende había sido al principio uno de tantos. Después le había entusiasmado. Tenía que encontrar a ese hombre que estaba con él debajo de los diez mil tejados de Berlín, tenía que ver cara a cara al que con la regularidad de una máquina enviaba todas las semanas al escritorio del comisario dos, tres postales la noche del lunes, como muy tarde la mañana del martes.

Escherich estaba muy lejos de poseer esa paciencia que acababa de recomendar tan encarecidamente al *Obergruppenführer*. Escherich cazaba... ese viejo criminalista era un verdadero cazador. Lo llevaba en la sangre. Cazaba personas igual que otros cazan jabalíes. Que los jabalíes y las personas tuvieran que morir al finalizar la cacería no lo conmovía. El jabalí estaba destinado a morir de ese modo, igual que las

personas que escribían esas postales. Llevaba mucho tiempo rompiéndose la cabeza para averiguar cómo podría acercarse más deprisa al Duende, no hacía falta que el *Obergruppenführer* Prall se lo recordase. Pero no hallaba el modo, porque solo servía la paciencia. Por algo tan irrelevante no se podía poner en marcha a todo el aparato policial, registrar todas las viviendas de Berlín... aparte de que él no podía provocar semejante alarma en la ciudad. Debía seguir teniendo paciencia...

Y cuando uno tenía suficiente paciencia, entonces de repente sucedía: casi siempre sucedía algo. El delincuente cometía un error o la casualidad le jugaba una mala pasada. Había que esperar una de estas dos cosas: la casualidad o el error. Siempre o casi siempre se producía una de ellas. Escherich confiaba que en este caso no fuera «casi siempre». Estaba interesado, oh, sí, muy interesado. En el fondo le importaba un pimiento impedir que el criminal continuase o no con su actividad. Escherich, ya se ha dicho, era un cazador. No por la carne de la pieza, sino por el placer de la caza. Sabía que en el preciso momento en que la pieza fuera abatida, el delincuente apresado y sus delitos fehacientemente probados... en ese preciso momento el interés de Escherich por el caso concluiría. La pieza había sido abatida, el hombre estaría en prisión preventiva... la caza había terminado. ¡Hasta la próxima!

Escherich ha apartado del mapa su mirada incolora. Ahora está sentado a su escritorio comiendo despacio y meditabundo su bocadillo del desayuno. Cuando suena el teléfono, lo descuelga titubeando. Escucha el aviso con absoluta indiferencia:

—Aquí el distrito de policía de la avenida Frankfurter. ¿El comisario Escherich?

—Al aparato.

—¿Está usted trabajando en el caso de las postales desconocidas?

—Sí. ¿Qué hay? ¡Dese prisa!

—Hemos capturado con bastante seguridad al que reparte dichas postales.

—¿Durante el reparto?

—Casi. Como es natural, lo niega.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el distrito.

—Manténgalo ahí, llegaré con mi coche dentro de diez minutos. ¡No sigan interrogándolo! ¡Deje tranquilo a ese hombre! Quiero hablar personalmente con él. ¿Entendido?

—A sus órdenes, comisario.

—Allá voy.

Durante un instante el comisario Escherich se quedó casi inmóvil encima del teléfono. ¡La casualidad... la misericordiosa, buena casualidad! ¡Sabía que había que tener paciencia!

Y se apresuró para efectuar el primer interrogatorio del repartidor de postales.

Capítulo 23

MEDIO AÑO DESPUÉS: ENNO KLUGE

Medio año después, el mecánico de precisión Enno Kluge esperaba con impaciencia en la antesala del médico. Estaba sentado junto con otros treinta o cuarenta pacientes. Una auxiliar de clínica siempre irritada acababa de llamar al número 18, pero Enno tenía el 29. Tendría que esperar más de una hora y en la tasca Los Rezagados ya lo esperaban.

Enno Kluge fue incapaz de resistir más tiempo sentado. Sabía de sobra que no podía irse antes de que el médico le diera la baja, o habría bronca en la fábrica. Pero la verdad es que no podía esperar más, o se le haría demasiado tarde para cerrar sus apuestas.

A Enno le gustaría recorrer de un lado a otro la sala de espera, pero está demasiado llena, le bufarían. Se retira, pues, al pasillo, y cuando la auxiliar lo descubre y le ordena, muy enfadada, que regrese a la sala de espera, le pregunta por el retrete.

Ella se lo indica muy reacia, y se dispone a esperar a que el hombre salga de nuevo. Pero de pronto suena un par de veces el timbre de la entrada y se ve obligada a recibir a los pacientes 43 y 44, anotar sus datos personales, rellenar sus fichas, sellar los volantes de asistencia médica.

Así transcurre su jornada desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche. La auxiliar está medio muerta, el médico también, pero a ella ya no la abandona ese desdichado estado de continua irritación que padece desde hace semanas. La consecuencia es que ella ha proyectado un auténtico odio contra el torrente de enfermos que fluye cada vez más caudaloso, que no la deja descansar jamás, que desde las ocho de la mañana, su hora de llegada, esperan pacientes junto a la puerta y que a las diez de la noche aún permanecen sentados en la sala de espera, inundándola con sus malos olores: todos se escaquean del trabajo, del frente, son personas que con un certificado médico quieren obtener de manera subrepticia más y mejores alimentos. Toda esa gente pretende eludir sus obligaciones, pero ella no puede hacerlo. Ella tiene que aguantar allí, no puede enfermar (¿qué haría el doctor sin ella?), tiene que ser amable con esos comediantes que lo ensucian todo, llenándolo de flemas, de vómitos. El lavabo está siempre lleno de ceniza de cigarrillos.

Entonces recuerda al mosquita muerta al que antes ha tenido que indicar la ubicación del retrete. Seguro que continúa allí fumando como una chimenea. Se levanta de un salto, sale corriendo, sacude la puerta.

—¡Ocupado! —exclaman desde dentro.

—¡Haga el favor de salir ahora mismo! —Comienza a despotricar, impulsada por la ira—. ¿Cree que puede pasarse ahí metido horas y horas? ¡Otras personas desean utilizar el lavabo!

Mientras Kluge pasa despacio a su lado, le dice enfurecida:

—¡Todo lleno de humo, naturalmente! ¡Pienso contarle al doctor lo enfermo que está usted! ¡Se va a enterar de lo que es bueno!

Desanimado, Enno Kluge se apoya en la pared de la sala de espera, pues han ocupado su asiento. El médico va por el número 22. Seguramente es absurdo prolongar la espera. Ese bicho de ahí fuera es capaz de azuzar al médico para que no le dé la baja. ¿Y entonces, qué? ¡Saltarán chispas en la fábrica! Vuelve a faltar un día de cada cuatro; esos están capacitados para hacerlo y acabarán enviándolo de verdad a un batallón de castigo o a un campo de concentración... ¡esos camaradas son capaces de eso! Sí, hoy tiene que conseguir su volante de baja, y lo más inteligente es que siga esperando, dado que lleva haciéndolo ya tanto rato. La consulta de otro médico estará igual de abarrotada, tendrá que esperar hasta la noche, y al menos ha oído decir que este da la baja con facilidad. Así que esa noche no apostará a los caballos, tendrán que arreglárselas sin Enno, no queda más remedio...

Con una ligera tosecita se apoya contra la pared, es un flojucho. Mejor dicho, una nulidad. No ha podido recuperarse por completo de la paliza que le propinó el Persicke de las SS. Sí, después con el trabajo mejoró en unos días, a pesar de que sus manos ya no recobraron la antigua destreza. Ahora llegaba por los pelos a ser un trabajador medio. Nunca más recuperaría su antigua habilidad manual, nunca se convertiría en un hombre respetado en su oficio.

Quizá fue eso lo que le hizo encarar el trabajo con tanta indiferencia, pero a lo mejor también se debió a que a la larga ya no le gustaba trabajar. Ya no comprendía bien el sentido del trabajo. ¿Para qué esforzarse tanto si se podía vivir bien sin trabajar? ¿Para la guerra? ¡Que librasen tranquilamente ellos solos su guerra de mierda, a él le importaba un rábano! ¡Si algún día enviaban al frente a todos sus orondos jefes, la guerra se acabaría enseguida!

Pero no, tampoco era la cuestión del sentido de su trabajo lo que le hacía odiosa cualquier actividad, sino el hecho de que ahora Enno podía vivir sin trabajar. Sí, había sido débil, lo reconocía, había vuelto a frecuentar mujeres, primero a Tutti, después a Lotte, y estas se mostraron dispuestas a mantener durante una temporada a ese hombre menudo y acomodaticio. Y en cuanto te liabas con mujeres, fin del trabajo reglado. Ellas despotricaban ya desde la mañana, cuando él pedía a las seis el café y el desayuno, ¿qué se había figurado? A esas horas dormía todo el mundo, y él también lo necesitaría, ¿no? ¡Que volviera a meterse tranquilamente en la cama calentita!

Bueno, una o dos veces salías airoso de una escaramuza similar si te llamabas Enno Kluge claro, pero tres no. Cedías, te metías con la mujer en la cama y te volvías a dormir una, dos o incluso tres horas.

Cuando se hacía tarde, ya no ibas a la fábrica, dejabas de trabajar ese día. Y si era más temprano, llegabas un poco tarde al tajo con alguna excusa trivial, te echaban una bronca (pero a eso ya estabas acostumbrado hacía mucho, ya ni siquiera escuchabas), hacías algo durante un par de horas y regresabas a casa, donde volvían a recibirte con improperios: ¿Para qué tener en casa un hombre, si se pasaba el día entero fuera? ¡Y todo por unos míseros marcos! ¡Seguro que podrían ganarse de una manera más fácil! No, si tenía que trabajar, mejor habría hecho quedándose en su reducida habitación de hotel, las mujeres y el trabajo eran incompatibles. Con una sí, con Eva... y por supuesto Enno Kluge había vuelto a intentar refugiarse en casa de su mujer, la cartera. Pero allí se enteró por la señora Gesch de que Eva había salido de viaje. La señora Gesch había recibido una carta suya: estaba en algún lugar de la región de Ruppín en casa de unos parientes. Sí, la señora Gesch tenía las llaves del piso, pero ni se le pasaba por las mientes entregárselas a Enno Kluge. ¿Quién enviaba con regularidad el dinero del alquiler: él o su mujer? Pues entonces la vivienda le pertenecía a ella, no a él. Bastantes molestias había sufrido ya por su culpa, no tenía la menor intención de dejarlo entrar en el piso.

Por otra parte, si de verdad quería hacer algo por su mujer, podía pasarse por Correos. Ellos ya habían mandado a buscar un par de veces a la señora Kluge, y hacía poco había llegado una citación de algún tribunal del Partido; la señora Gesch la había devuelto simplemente con la nota «destinatario ausente con domicilio desconocido». Pero lo de Correos bien podía arreglarlo él. Seguro que su mujer aún tenía allí ciertos derechos.

Lo de los derechos lo espoléó; al fin y al cabo él podía acreditar su condición de esposo legal, los derechos de Eva eran también los suyos. Pero era una vía equivocada, porque en Correos lo pusieron en un verdadero aprieto. Eva tenía que haber cometido algún disparate en el Partido, porque estaban furiosos con ella. Él ya no tenía prisa por acreditarse como marido legítimo de Eva... al contrario, se esforzó al máximo por demostrar que llevaba mucho tiempo separado de ella y no tenía ni idea de sus ocupaciones.

Al final lo dejaron marchar. ¿Qué iban a sacar de ese hombrecillo canijo, siempre a punto de echarse a llorar y que empezaba a temblar a la menor bronca? Podía irse, largo de allí, y si volvía a ver a su mujer, debía enviarla inmediatamente a esa dirección. O mejor aún: debía decirles dónde vivía ella, del resto ya se encargarían ellos.

En el trayecto de vuelta a casa de Lotte, Enno Kluge exhibía una sonrisa irónica. Así que la eficaz Eva también se encontraba en aprietos, se había largado a la región de Ruppín con sus parientes y no se atrevía a dejarse ver por Berlín. Como es natural, Enno no había sido tan tonto como para revelar a la gente de Correos adónde había viajado Eva; él era tan listo como la señora Gesch. Le quedaba una última posibilidad: si alguna vez las cosas le iban muy mal allí, en Berlín, siempre podía presentarse donde Eva, a lo mejor le daba cobijo. Eva también se avergonzaría de

enfrentarse con demasiada dureza a él delante de los parientes. Eva aún concedía cierta importancia al prestigio y a la buena fama. Y a fin de cuentas él la tenía en sus manos por los hechos heroicos de su Karl; jamás permitiría que se lo contase a sus parientes, antes preferiría aguantarlo.

Una última salida si todo iba rematadamente mal. De momento aún contaba con su Lotte. Y la verdad es que esta era muy simpática, aunque no era capaz de mantener cerrado el pico ni un segundo, y tenía la maldita costumbre de traer continuamente hombres a casa. Entonces tenía que pasarse la mitad de la noche, a veces incluso la noche entera, en la cocina... y al día siguiente el trabajo volvía a irse al garete.

El trabajo ya nunca más volvería a ser lo que fue, eso lo sabía. Pero a lo mejor esa guerra terminaba antes de lo que se pensaba, y él conseguía darle largas hasta entonces. Así, poco a poco volvieron las juergas y las ausencias del trabajo. El jefe enrojecía de ira solo con verlo. Después le soltaron una segunda reprimenda en dirección, pero esta vez él no había dado demasiadas explicaciones. Porque Enno Kluge también se daba cuenta de lo que allí estaba en juego: necesitaban trabajadores a diario, de modo que ¡no lo echarían tan fácilmente!

Después transcurrieron muy deprisa tres días seguidos sin dar ni golpe. Había conocido a una viuda atractiva, ya no muy joven, algo ajada, pero sin duda mejor que sus anteriores mujeres. ¡Poseía una tienda de animales cerca de la puerta König que marchaba muy bien! Vendía pájaros y peces y perros, pienso y collares y arena y galletas para perro y gusanos de la harina. Tenía tortugas, ranas de san Antonio, salamandras, gatos... Una tienda muy rentable, y ella una mujer eficaz, una auténtica mujer de negocios.

Se había hecho pasar por viudo, también la había hecho creer que Enno era su apellido, ella lo llamaba Hänschen. Tenía posibilidades con esa mujer, lo había comprobado durante los tres días ociosos en los que la ayudó en su tienda. Un hombrecillo que demandase un poco de ternura era justo lo que a ella le apetecía. Estaba en esos años en los que una mujer se pregunta, temerosa, si podrá conseguir un hombre para los días de la vejez. Como es natural, a ella le gustaría casarse con él, pero eso también lo solucionaría del modo más conveniente. Al fin y al cabo ahora había matrimonios de guerra donde la documentación no se examinaba con demasiada diligencia, y por Eva no tenía por qué preocuparse. ¡Se alegraría de librarse de él para siempre, mantendría la boca cerrada!

Entonces, de repente, surgió en su interior el deseo abrasador de liberarse completamente de la fábrica como primera medida. De todos modos, tenía que fingirse enfermo, ya había faltado tres días sin justificación. ¡Así que quería estar enfermo de verdad! Y durante esa enfermedad remataría el asunto con la viuda Hete Häberle como es debido. Ahora le asqueaba estar con Lotte; ya no podía soportar más tiempo ese desorden, ni su hablar sin ton ni son, ni sus hombres, y menos sus ternezas cuando se emborrachaba. ¡No, dentro de tres o cuatro semanas quería estar casado y tener una economía saneada! Para eso tenía que echarle una mano el médico.

Solo el número 24, aún tardaría media hora en tocarle el turno a Enno. De manera mecánica pasa por encima de los pies ajenos y vuelve a salir al pasillo. Mal que le pese a la arisca auxiliar del médico, se fumará otro cigarrillo en el retrete. Tiene suerte, alcanza el lavabo sin ser visto, pero apenas ha dado las primeras caladas, esa fiera está sacudiendo de nuevo la puerta.

—¡Ya está usted otra vez en el lavabo! ¡Y encima fumando! —vocifera—. ¡Sé perfectamente que es usted! Haga el favor de salir, ¿o tendré que ir a buscar al doctor?

¡Cómo grita, que asquerosa! Así que prefiere ceder, siempre prefiere ceder a oponerse. Deja que lo persiga hasta la sala de espera, sin mascullar ni una palabra de disculpa. Una vez allí espera a que le toque el turno apoyado contra la pared. ¡Seguro que esa maldita víbora lo denuncia al médico!

La auxiliar de la consulta ha perseguido al pequeño Enno Kluge hasta su sitio, y regresa por el pasillo. ¡Pero a ese ya le ha leído la cartilla!

Entonces ve una postal caída en el suelo, algo alejada de la ranura del buzón. Hace cinco minutos, cuando le abrió la puerta al último paciente, la postal no estaba, lo sabe perfectamente. Y no han llamado al timbre, aparte de que no es la hora de repartir el correo.

La auxiliar ha pensado deprisa todo eso mientras se agacha a recoger la postal, y más tarde sabe también perfectamente que, antes de tomarla en sus manos, antes de haber visto lo que pasaba con ella, le ha dado la impresión de que ese hombre bajo y furtivo tenía algo que ver con el asunto.

Echa un vistazo al texto, lee unas palabras y muy alterada se precipita dentro de la consulta del médico.

—¡Doctor, doctor! ¡Mire lo que acabo de encontrar en el pasillo!

Interrumpe la consulta, consigue que el paciente medio desnudo pase a una habitación contigua, y entrega al médico la postal para que la lea. Ella, incapaz de esperar a que termine, le revela sus sospechas:

—¡Seguro que ha sido ese canijo que parece una mosquita muerta! ¡Me ha resultado antipático desde el primer momento con esa mirada asustadiza! ¡Y eso significa mala conciencia, no ha podido estar quieto ni un momento, siempre saliendo al pasillo, he tenido que sacarlo dos veces del retrete! ¡Y la segunda ha dejado la postal en el pasillo! No pueden haberla echado desde fuera, la ranura del buzón está demasiado lejos. ¡Llame ahora mismo a la policía, doctor, antes de que ese tipo se largue! ¡Ay, Dios mío, ahora ya se habrá ido, tengo que ir a ver enseguida...!

Y tras estas palabras sale de la consulta como un rayo, dejando la puerta abierta de par en par.

El médico mantiene la tarjeta entre sus manos. Le resulta muy desagradable que haya sucedido algo así precisamente en su consulta. Gracias a Dios que la postal la encontró la auxiliar y que él puede demostrar que lleva dos horas sin salir de su despacho, ni siquiera para ir al retrete. La chica tiene razón, lo mejor es llamar ahora

mismo a la policía. Comienza a buscar en la guía el número de la comisaría del distrito.

La chica espía por la puerta que ha quedado abierta.

—¡Aún sigue ahí, doctor! —susurra—. Es evidente que piensa que así puede alejar las sospechas de sí mismo. Pero estoy completamente segura de...

—Está bien —interrumpe el médico a la agitada mujer—. Por favor, cierre la puerta. Ahora hablaré con la policía.

Transmite su aviso, recibe la indicación de retener a todo trance al hombre hasta que llegue alguien de la comisaría, comunica esa indicación a la auxiliar, le dice que lo avise de inmediato si el hombre se dispone a marcharse y vuelve a sentarse en la silla ante su escritorio. No, ahora no puede continuar atendiendo a los pacientes, está demasiado nervioso. Que haya tenido que pasarle algo así, ¿por qué precisamente a él? ¡Un tipo sin conciencia, el escritor de postales ese, en menudo compromiso pone a la gente! ¿Acaso no piensa en los problemas que les causa con su maldita postal?

¡Verdaderamente esa postal era justo lo que le faltaba al médico! Ahora la policía se encamina hacia allí, quizá acabe siendo sospechoso, registrarán su domicilio, y aunque la sospecha resulte infundada, encontrarían atrás, en la habitación del servicio...

El médico se levantó, por lo menos tenía que avisarla...

Pero volvió a sentarse. ¿Cómo podía él resultar sospechoso? Además, aunque la encontrasen, ella era su ama de llaves, según demostraba su documentación. Todo eso había sido pensado y discutido cientos de veces desde que hacía cosa de un año había tenido que divorciarse de su mujer, una judía, por la presión de los nazis. Lo había hecho porque ella se lo había rogado, para garantizar al menos el futuro de los hijos. Más tarde, después de cambiar de domicilio, había traído de vuelta a su antigua esposa en calidad de ama de llaves con documentación falsa. En realidad, no podía suceder nada, no tenía pinta de judía...

¡Esa infausta postal! ¡Que tuviera que tocarle precisamente a él! Pero sin duda despertaba miedo y temor en cualquier lugar. ¡En esos tiempos todo el mundo tenía algo que ocultar!

¿No sería la finalidad de esa postal provocar miedo y pavor? A lo mejor la repartían con diabólica premeditación entre los sospechosos para comprobar su reacción. ¿Estaría sometido a vigilancia desde hace tiempo, y este sería solo uno de los medios para comprobar si el sospechoso se descubría?

De todos modos, su comportamiento había sido correcto. Había avisado a la policía cinco minutos después de encontrar la postal. Incluso podía presentarle un sospechoso, quizá un pobre diablo que no guardaba relación con el asunto. ¡Bueno, en eso no podía ayudarlo, que intentase arreglárselas para salir del aprieto! Lo principal era que él quedase fuera de peligro.

A pesar de que estas consideraciones han tranquilizado al médico, se levanta y con gesto rápido y seguro se pone una pequeña inyección de morfina que le permitirá

recibir a esos caballeros que se dirigen a su consulta con tranquilidad e incluso cierto tedio. Esa pequeña inyección es el recurso en el que el médico se refugia cada vez con más frecuencia desde la vergüenza de su divorcio, como denomina la medida en su fuero interno. No es un morfinómano, ni mucho menos, a veces aguanta cinco o seis días sin morfina, pero cuando aparecen problemas en su vida, y ahora, en plena guerra, se amontonan cada vez más, se inyecta morfina. Eso lo ayuda, sin esa ayuda artificial pierde los nervios. ¡No, él todavía no es morfinómano! Pero está en el mejor camino para convertirse en ello. Ay, ¡ojalá hubiera acabado esta guerra y pudiera abandonar ese infame país! Fuera, en el extranjero, se daría por satisfecho con el más ínfimo puesto de médico auxiliar.

Unos minutos después un médico pálido, algo cansado, recibe a los dos policías de la comisaría. Uno es un agente de uniforme, enviado para vigilar la puerta de entrada. Inmediatamente ocupa el puesto de la auxiliar.

El otro es un civil, el ayudante Schröder; el médico le entrega la postal en su despacho. ¿Tiene algo que declarar? Pues la verdad es que no, lleva más de dos horas atendiendo sin interrupción a los pacientes, unos veinte o veinticinco seguidos. Pero ahora mismo llamará a la auxiliar.

Esta viene, y ella sí que tiene mucho que decir. Muchísimo. Describe a ese mosquita muerta, como ella lo llama, con un odio absolutamente incomprensible por dos inofensivos fumeteos en el lavabo. El médico observa con atención cómo declara, alterada, con una voz que se le quiebra a menudo. Y piensa: Tengo que procurar que de verdad haga algo en serio contra su enfermedad de Basedow. Cada vez está peor. Se altera tanto que en realidad ya no es plenamente responsable de sus actos.

El ayudante parece pensar algo parecido. Con un breve:

—Gracias. De momento ya sé lo suficiente —interrumpe sus declaraciones—. Ahora, señorita, enséñeme en qué lugar del pasillo estaba la postal. Pero, por favor, sea lo más precisa posible.

La señorita, es decir, la auxiliar, coloca la postal en un lugar que desde la ranura del buzón parece imposible de alcanzar. Pero el ayudante, ayudado por el agente, prueba a lanzar la postal hasta que casi queda tirada en el lugar indicado por la auxiliar. Casi; faltan unos diez centímetros...

—¿Podría haber estado también aquí? —pregunta el ayudante.

La auxiliar de clínica está visiblemente enojada de que al asistente le haya salido bien ese experimento.

—¡No, la postal no estaba tan cerca de la puerta! —declara con tono decidido—. Estaba más dentro del pasillo de lo que he señalado antes. Ahora creo que yacía aquí, justo al lado de la silla. —Y señala un lugar medio metro más alejado de la ranura—. Estoy casi segura de que al recogerla choqué con esta silla.

—Ya, ya —dice el asistente con una gélida mirada a la iracunda mujer.

En su interior borra todas sus declaraciones. Es una histérica, piensa. Claro, le falta un hombre. Ahora están todos en campaña, y encima ella no parece muy

atractiva.

Y dirigiéndose al médico dice en voz alta:

—Ahora desearía esperar tres minutos en la sala de espera como un paciente cualquiera para examinar primero al acusado, sin que él sepa quién soy. ¿Es posible?

—Pues claro que sí —declara la auxiliar irritada—. ¡Ese no se sienta! Prefiere andar pisando los pies a los demás. ¡Su mala conciencia no lo deja tranquilo! Ese rastrero...

—Bueno, ¿dónde está? —vuelve a interrumpirla el ayudante con tono no demasiado cortés.

—Antes estaba junto al espejo que hay al lado de la ventana —le contesta ella, ofendida—. ¡Pero, claro, cualquiera sabe dónde se encontrará ahora, con lo inquieto que es!

—Yo lo encontraré —asegura el ayudante Schröder—. Usted me lo ha descrito.

Y se encamina a la sala de espera.

Allí reina cierta agitación. Desde hace más de veinte minutos no ha sido llamado ningún paciente a consulta. ¿Cuánto tiempo les tocará esperar aún? ¡Porque tienen otras cosas que hacer! Seguramente el doctor está atendiendo a pacientes privados que pagan bien, mientras los del seguro se quedan allí esperando hasta el día del juicio. ¡Pero así se comportan todos estos médicos, amigo mío, vaya donde vaya! ¡El dinero tiene preferencia en todas partes!

Mientras los comentarios sobre la venalidad de los médicos van subiendo cada vez más de tono, el ayudante examina en silencio a su hombre. Lo ha reconocido en el acto. El individuo no es ni tan inquieto ni tan rastrero como lo ha descrito la auxiliar. Permanece de pie tan tranquilo junto al espejo, sin intervenir en la conversación de los demás. Ni siquiera parece escuchar sus palabras, y eso se suele hacer con gusto para acortar el aburrido tiempo de espera. Mira con aire apático y cierto temor. Un obrero corriente, decide el ayudante. Nooo, un poco mejor, las manos parecen hábiles, con huellas de trabajo manual, pero no un trabajo duro... traje y abrigo conservados con gran cuidado, a pesar de lo que no pueden ocultar su aspecto raído. En conjunto, nada del hombre que uno se imagina por el tono de la postal. Este escribe con un estilo muy vigoroso, y este conejo receloso...

Pero el ayudante hace tiempo que aprendió que a menudo las personas no son lo que parecen. A fin de cuentas ese hombre está tan seriamente incriminado por la declaración de la testigo, que al menos habrá que comprobarlo. Ese escritor de postales tiene que haber puesto un poco nerviosos a los de arriba, hace poco que recibieron otra orden con el rótulo «¡Alto secreto!» para que en lo tocante a ese asunto se investigara hasta la pista más nimia.

¡Sería estupendo cosechar un éxito!, piensa el ayudante. Ya va siendo hora de conseguir un pequeño ascenso.

Entre los improperios generalizados, se acerca casi sin ser visto al hombre bajito situado junto al espejo, le da un golpecito en el hombro y le dice:

—Salga usted un momento al pasillo. Quiero hacerle unas preguntas.

Enno Kluge obedece sumiso, igual que cualquier otra orden. Pero mientras camina detrás del desconocido, lo invade el temor: ¿Qué significa esto? ¿Qué querrá este de mí? Parece un poli, y de hecho habla como un poli. ¿Qué tengo yo que ver con la policía...? ¡Si yo no he hecho nada!

En ese mismo momento recuerda el robo en casa de los Rosenthal. No hay duda, Barkhausen se ha enfadado y lo ha denunciado. Y el miedo crece cada vez más en su interior, porque ha jurado no decir nada, y como se vaya de la lengua, el tipo ese de las SS volverá a echarle la bronca y a apalearlo, y esta vez saldrá peor parado. No debe decir nada, pero si se calla, este poli la emprenderá con él, y entonces hablará. Aquí mal y allí mal... ¡Oh, qué miedo!

Al salir al pasillo, cuatro rostros lo miran expectantes, pero él no los ve, solo tiene ojos para el agente de policía uniformado, sabedor de que su miedo era certero, de que se encuentra en verdad entre la espada y la pared.

Y ese miedo confiere a Enno Kluge cualidades que por lo demás no posee, en concreto capacidad de decisión, fuerza y rapidez. Empuja contra el agente de policía al sorprendido ayudante, que jamás habría esperado eso del bajito debilucho, abre de par en par la puerta y sale a la escalera...

Pero detrás de él resuena el silbato del agente, y la velocidad de Enno no puede rivalizar con la de ese hombre joven de piernas largas. Lo alcanza en el tramo inferior de la escalera, el agente le propina un golpe que lo derriba sobre los escalones y cuando logra ver de nuevo entre soles que giran y círculos de fuego, el agente le dice con sonrisa amable:

—¡Venga, alarga tu bonita zarpa! Te voy a regalar una pulsera. Y la próxima vez daremos un paseo juntos, ¿eh?

Las esposas tintinean en torno a su muñeca, y vuelve a subir las escaleras entre el policía silencioso de mirada sombría y el agente que sonrío satisfecho, porque ese pequeño fugitivo le hace gracia.

Arriba, los pacientes están ahora en el pasillo sin el menor enfado por la larga espera para ver a su médico, porque una detención siempre es interesante y, como ha dicho la auxiliar de la consulta, ese hombre es incluso un político, un comunista, y a esos fulanos les está bien empleado... así que una vez arriba pasa delante de todos esos rostros hasta el despacho del médico. El ayudante manda salir en el acto a la señorita Kiesow, pero permite al médico asistir al interrogatorio y oye decir al ayudante:

—Bien, hijo mío, de momento siéntate en esta silla y descansa de tu carrera. ¡La verdad es que pareces realmente agotado! Agente, quítele las esposas a este hombre. Estoy seguro de que no volverá a intentar escapar... ¿me equivoco?

—No, no —asegura Enno Kluge desesperado, mientras las lágrimas ruedan por su rostro.

—¡Yo no te lo aconsejaría! La próxima vez dispararé, y tengo buena puntería,

hijo. —El ayudante continúa llamando «hijo» a Kluge, unos veinte años mayor que él—. ¡Pero bueno, no llores así! Tampoco habrá sido tan grave lo que has hecho, digo yo.

—No he hecho nada —balbucea entre lágrimas Enno Kluge—. ¡Nada en absoluto!

—Claro que no, hijo —coincide el ayudante—. ¡Por eso sales corriendo como una liebre en cuanto ves un uniforme de policía! Doctor, ¿no tendrá usted por aquí algo con lo que podamos reanimar un poco a este paño de lágrimas?

El médico nota que el peligro se ha alejado de su propia cabeza y contempla con franca compasión a ese desdichado hombrecillo. También es uno de esos golpeados por la vida a los que trastorna cualquier contratiempo. El doctor se siente tentado a ponerle también al bajito una inyección de morfina, con una dosis más suave. Pero no se atreve por el funcionario de la Brigada de Investigación Criminal. Mejor un poco de bromo...

Pero mientras disuelve en agua la sal de bromo, Enno Kluge dice:

—No necesito nada. No quiero tomar nada. No me dejaré envenenar. Prefiero declarar...

—¡Claro que sí! —dice el funcionario policial—. Sabía que serías razonable, hijo. Entonces, cuenta...

Enno Kluge se enjuga las lágrimas de las mejillas y comienza su relato...

Porque cuando empezó a llorar, sus lágrimas eran auténticas, sencillamente porque sus nervios lo dejaron en la estacada. Pero aunque eran auténticas, Enno sabe desde hace mucho por su trato con las mujeres, que el llanto te permite pensar de maravilla. Y al pensar ha caído en la cuenta de que es muy improbable que lo detengan en la consulta de un médico por un robo. Si lo hubieran seguido, podrían haberlo detenido en la calle o en la escalera, no había por qué dejarlo dos horas en la sala de espera...

No, seguramente el asunto no tiene nada que ver con el robo en casa de la señora Rosenthal. Seguramente la detención es fruto de un error, y Enno Kluge intuye que tiene algo que ver con la maligna auxiliar de la consulta.

Pero ha puesto pies en polvorosa, y jamás logrará convencer a un poli de que ha salido corriendo por puro nerviosismo, simplemente porque la visión de un uniforme le hace perder el juicio. Eso jamás se lo creería un poli. Así que tiene que confesar algo verosímil, comprobable, y sabe lo que será, lo sabe en seguida. Es malo hablar de ello, y las consecuencias son imprevisibles, pero entre dos males, esa confesión es sin duda el menor.

Así que cuando lo invitan a hablar, se seca las lágrimas y comienza a hablar con voz más firme de su labor como mecánico de precisión y lo enfermo que ha estado, y el enfado que los jefes han cogido con él, hasta el punto de que ahora quieren mandarlo a un campo de concentración o a un batallón de castigo. Como es lógico, Enno Kluge no menciona su aversión al trabajo, pero piensa que el poli se percatará

de todo.

Y no le falta razón, el poli se da perfecta cuenta de que el tal Enno Kluge es un pájaro de cuidado.

—Sí, señor comisario, y cuando lo he visto ahí, y he visto el uniforme del señor agente, yo estaba justo en la consulta del doctor para que me diera la baja, pues pensé, ha llegado el momento, ahora te llevarán al campo de concentración, y entonces he echado a correr...

—Ya, ya —dice el ayudante—. Ya, ya. —Medita un instante, y agrega—: Pero tengo la impresión, hijo, de que tú no crees que estemos aquí por eso.

—Pues no, lo cierto es que no —admite Kluge.

—¿Y por qué no, hijo?

—Porque usted podría detenerme mucho más fácilmente en la fábrica o en mi domicilio.

—¡Vaya! ¿Así que también tienes domicilio, hijo?

—Claro que sí, señor comisario. Mi mujer trabaja en Correos, estoy casado como Dios manda. Mis dos hijos están en campaña, uno en Polonia con las SS. Yo también llevo documentos, puedo demostrarle todo lo que he dicho, lo del domicilio y lo de mi puesto de trabajo.

Y Enno Kluge saca su cartera sobada y raída y empieza a rebuscar.

—De momento guárdate tus papeles, hijo —rechaza el ayudante—. Más tarde tendremos tiempo para eso...

Se sume en sus meditaciones. Todos callan.

Detrás de su escritorio, el médico comienza a escribir a toda prisa. A lo mejor tiene ocasión de entregarle a escondidas el volante de baja a ese hombrecillo muerto de miedo. Ha hablado de que sufre de la bilis, pues vale. Estos son tiempos en los que hay que ayudar a los demás siempre que sea posible.

—¿Qué está escribiendo, doctor? —pregunta el ayudante, saliendo de repente de su ensimismamiento.

—Historiales médicos —explica el médico—. Quiero aprovechar un poco el tiempo, tengo un montón de personas esperando en la sala.

—Es cierto, doctor —reconoce el ayudante, levantándose. Ha tomado una decisión—: En ese caso, no le retrasaremos más.

La historia del tal Kluge puede ser cierta, más aún, incluso es muy probable que lo sea, pero el ayudante no consigue librarse de la sensación de que detrás de todo eso hay algo más, de que aún no ha escuchado toda la historia.

—Venga, hijo, vámonos. ¿Querras acompañarnos un trecho? Oh, no, hasta la plaza Alexander, no, solo aquí cerca, a nuestra comisaría. Me apetece mucho charlar un rato contigo, hijo, siendo un muchacho tan espabilado. No debemos retrasar más al doctor. —Y dirigiéndose al agente, añade—: No, nada de esposas. Es muy buenecito y nos acompañará, es un niño muy listo. ¡Heil Hitler, doctor, y muchas gracias por todo!

Ya están junto a la puerta, todo hace suponer que se disponen a marcharse. Pero entonces el ayudante se saca del bolsillo la postal, la postal de Quangel, y se la coloca delante de las narices mientras dice con toda dureza al sorprendido Enno Kluge:

—Vamos, léenos esto en voz alta, hijo. Pero muy deprisa, sin atascarte ni tartamudear.

Habla con el estilo típico de un policía.

Pero cuando ve cómo coge Kluge la postal, cómo sus ojos espantados revelan una total incomprensión, cómo Kluge comienza a leer balbuciendo:

—Aleman, no lo olvides. Empezó con la anexión de Austria. Siguiéron los Sudetes y Checoslovaquia. Polonia fue invadida, Bélgica, Holanda...

Para entonces el ayudante tiene prácticamente la certeza de que ese hombre no ha tenido nunca la postal en sus manos, jamás ha leído su contenido, y mucho menos ha podido escribirla. ¡Es demasiado estúpido para algo así!

Y, malhumorado, arrebatada con brusquedad la postal de las manos de Enno Kluge.

—¡Heil Hitler! —saluda antes de abandonar la consulta junto con el agente y su detenido.

El médico rompe despacio el volante preparado para Enno Kluge. No ha tenido oportunidad de entregárselo a escondidas. ¡Lástima! Pero seguramente no le habría servido de nada, seguramente ese hombre que no parecía estar a la altura de las dificultades del presente estaba condenado de antemano al fracaso. Seguramente ninguna ayuda externa le serviría, porque no había nada firme dentro de él.

Lástima...

Capítulo 24

EL INTERROGATORIO

Si a pesar de su firme convicción de que Enno Kluge no era ni el autor ni el difusor de las postales, si a pesar de eso el ayudante dejó entrever en su comunicación telefónica con el comisario Escherich que Kluge era el difusor de esos panfletos, lo hizo porque un subordinado astuto jamás debe anticiparse a las opiniones de su superior. Contra Kluge existía una denuncia en firme de la señorita Kiesow, la auxiliar de la consulta, y el señor comisario debía averiguar en persona si esta estaba fundada o no.

Si tenía fundamento, el ayudante sería un hombre capaz y podría contar con el favor del comisario. Pero si era infundada, el comisario sería más inteligente que el ayudante, y esta mayor inteligencia de un superior suele ser más provechosa para el subordinado que cualquier otra capacidad.

—¿Y bien? —dijo el alto y gris Escherich entrando a grandes zancadas en la comisaría—. ¿Y bien, colega Schröder? ¿Dónde está su presa?

—En la última celda a la izquierda, señor comisario.

—¿Ha confesado el Duende?

—¿Quién? ¿El Duende? ¡Ah, ya entiendo! No, señor comisario, como es natural, después de nuestra conversación telefónica he ordenado que lo apresen inmediatamente.

—Bien hecho —alabó Escherich—. ¿Y qué sabe él de las postales?

—Le he obligado a leer en voz alta la postal hallada —contestó su ayudante con cautela—. El principio, quiero decir.

—¿Impresión?

—No quisiera anticiparme, señor comisario —contestó cauteloso el ayudante.

—¡No sea tan temeroso, colega Schröder! ¿Impresión?

—Me parece improbable que sea el autor de esa postal.

—¿Por qué?

—No es muy listo. Además está terriblemente asustado.

El comisario Escherich se acarició su bigote color arena con expresión de descontento.

—No muy listo. Terriblemente asustado —repitió—. Bueno, mi Duende es listo y seguro que no está asustado. ¿Y por qué cree haber dado con el autor? ¡Informe de una vez!

El ayudante Schröder obedeció. Sobre todo repitió mucho las acusaciones de la auxiliar de la consulta y recalcó también el intento de fuga.

—No pude hacer otra cosa, señor comisario. De acuerdo con las órdenes dadas,

me vi obligado a detenerlo.

—Correcto, colega Schröder. Ha actuado muy bien. Yo no lo habría hecho mejor.

Ese informe había fortalecido un poco el ánimo de Escherich. Sonaba mejor que «no muy listo» y «terriblemente asustado». A lo mejor era un repartidor de postales, a pesar de que hasta entonces el comisario había supuesto sin duda alguna que el Duende no tenía cómplices.

—¿Ha revisado ya sus papeles?

—Aquí están. Confirman en general todo lo que cuenta. Tengo la impresión, señor comisario, de que es uno de esos holgazanes con miedo al frente, sin ganas de trabajar, y también apuesta a los caballos, llevaba encima un gran fajo de periódicos de carreras y cuentas. Y además, bastantes cartas habituales de un determinado tipo de mujeres, es uno de esos pájaros... ¿me entiende, señor comisario? Sin embargo, frisa ya la cincuentena.

—Excelente, excelente —aprobó el comisario, aunque no se lo parecía.

Ni el autor de las postales ni un eventual repartidor podía tener mucho que ver con mujeres. Para él no había duda. Su esperanza, que acababa de reanimarse, comenzó a debilitarse de nuevo. Pero después Escherich pensó en su feje, el *Obergruppenführer* Prall, y en los superiores de mayor rango todavía hasta llegar a Himmler. Si no aparecía ninguna pista, le amargarían la vida en los tiempos venideros. Pero contaba con una pista, al menos con acusaciones sólidas y una conducta sospechosa. Se podía seguir esa pista, aunque en lo más recóndito de su ser no lo considerase del todo acertado. Se ganaba tiempo para seguir esperando con paciencia. No causaría daño a nadie. ¡Al fin y al cabo qué importaba semejante pieza!

Escherich se levantó.

—Iré a las celdas del fondo, Schröder. Deme la nueva postal y espere aquí.

El comisario caminó sin hacer ruido, sosteniendo con fuerza las llaves en la mano para que no tintineasen. Con sumo cuidado descorrió la tapa de la mirilla y escudriñó la celda.

El detenido, sentado en una banqueta y con la cabeza apoyada en las manos, dirigía sus ojos hacia la puerta. Parecía que el hombre miraba directamente los ojos acechantes del comisario. Pero la expresión del rostro de Kluge revelaba que no veía nada. El hombre no se había sobresaltado cuando habían movido la puerta, su rostro tampoco denotaba tensión, como siempre le sucede al que se siente observado.

Miraba ensimismado, sumido en sus pensamientos, más bien absorto, lleno de presentimientos sombríos.

El comisario, emplazado junto a la mirilla, lo supo entonces con certeza: ese no era ni el Duende ni un cómplice. Era un simple error, dijeran lo que dijeren las acusaciones y por sospechoso que hubiera sido su comportamiento.

Pero Escherich, al recordar a sus superiores, se mordió el bigote y meditó cómo alargar mucho ese asunto hasta que se descubriese que era un error. Además, no podía quedar en ridículo.

Abrió la celda de golpe y entró. El detenido dio un respingo al oír el tintineo de la cerradura, miró confundido al que entraba y después intentó levantarse.

Pero Escherich con una presión lo obligó a volver a la banqueta.

—No se levante, señor Kluge, no se levante. A nuestra edad ya empieza a pesarnos el trasero.

Rio, y el tal Kluge esbozó otra sonrisa por pura cortesía, una sonrisa un tanto lastimosa.

El comisario abrió la cama de la pared y se sentó encima.

—Bien, señor Kluge —comenzó escudriñando el rostro pálido de mentón débil, curiosa boca roja de labios gruesos y ojos claros que parpadeaban sin cesar—. Bien, señor Kluge, ahora cuénteme qué es lo que oprime su corazón. Soy el comisario Escherich de la Gestapo. —Y cuando la mención de esta palabra provocó un sobresalto en su interlocutor, añadió con suavidad—: No debe tener miedo. No nos comemos a los niños pequeños. Y usted no es más que un niño pequeño, ya me doy cuenta...

El interés que despertaron estas palabras hizo que los ojos de Kluge volvieran a llenarse de lágrimas, su rostro se contrajo, los músculos de los carrillos trabajaban espasmódicamente.

—Vamos, vamos —agregó Escherich colocando su mano sobre la del hombrecillo—. No será tan grave la cosa, digo yo. ¿O sí?

—¡Todo se ha ido al garete! —exclamó Enno Kluge, desesperado—. ¡Estoy perdido! No tengo volante de baja médica, y tendría que estar trabajando. Pero estoy aquí retenido, y ellos me enviarán al campo de concentración, aprisita, ¡y no aguantaré allí ni siquiera quince días!

—Vamos, vamos —repitió el comisario como si hablara con un niño—. Lo de su fábrica ya se arreglará. Cuando detenemos a alguien y resulta que es un hombre como es debido, nos encargamos también de que su detención no le cause el menor perjuicio. Porque usted, señor Kluge, es un hombre como es debido... ¿verdad?

La cara del detenido se contorsionó de nuevo, después Kluge optó por hacer una confesión parcial a ese hombre tan simpático.

—Ellos creen que no trabajo lo suficiente.

—Y usted, señor Kluge ¿qué opina? ¿Cree que trabaja lo suficiente o no?

Kluge reflexionó unos instantes.

—Enfermo con mucha frecuencia —explicó al fin con voz quejumbrosa—. Pero ellos se limitan a decir que ahora no es momento de enfermar.

—Pero ¿no estará siempre enfermo? Cuando no está enfermo y trabaja... ¿trabaja bastante? ¿Qué piensa al respecto, señor Kluge?

El aludido se decidió a contestar.

—¡Ay, señor comisario, me persiguen tanto las mujeres! —se lamentó.

Sus palabras sonaron tan lastimeras como vanidosas.

El comisario sacudió la cabeza, compasivo, como si eso fuera realmente malo.

—Eso no es bueno, señor Kluge —comentó—. A nuestra edad no nos gusta dejar escapar nada, ¿verdad?

Kluge lo miró con una leve sonrisa, contento de haber hallado comprensión en él.

—Claro —añadió el comisario—. ¿Y cómo andan las finanzas?

—A veces apuesto algo —reconoció Kluge—. No mucho, ni grandes cantidades, señor comisario. Nunca más de cinco marcos, cuando un pronóstico es completamente seguro. ¡Se lo juro, señor comisario!

—¿Y con qué paga todo eso, señor Kluge, las mujeres, las apuestas, si no trabaja usted mucho?

—¡Pero es que a mí me pagan las mujeres, señor comisario! —informó Kluge, un poco ofendido por tanta incompreensión, y con una sonrisa de vanidad añadió—: ¡Por lo capaz que soy!

En ese momento el comisario Escherich archivó definitivamente la acusación de que el tal Enno Kluge tuviese algo que ver con la redacción o distribución de las postales. El tal Kluge era sencillamente incapaz de algo así, le faltaban cualidades para ello. Pero tenía que interrogarlo sobre el asunto, porque debía redactar un informe sobre ese interrogatorio, para los jefes, para que se calmasen por el momento, un informe que siguiera manteniendo bajo sospecha a Kluge, que justificase las medidas contra él...

Así que sacó la postal del bolsillo, la colocó delante de Kluge y dijo con absoluta indiferencia:

—¿Conoce esta postal, señor Kluge?

—Sí —contestó Enno Kluge sin pensar, pero, sobresaltándose, se corrigió—. Es decir, no, por supuesto. La he tenido que leer antes en voz alta, o sea, el principio. ¡Pero no sé nada más de la postal! ¡Se lo juro por lo más sagrado, señor comisario!

—¡Ya, ya! —repuso Escherich dubitativo—. En fin, señor Kluge, ahora que hemos aclarado un asunto tan importante como su trabajo y el campo de concentración, y que sabe que acudiré en persona a ver a sus jefes para arreglar el asunto, supongo que llegaremos a un acuerdo en un asunto tan baladí como esta postal.

—No tengo nada que ver con ello, señor comisario, nada en absoluto.

—Yo no voy tan lejos como mi colega, señor Kluge —continuó el comisario con indiferencia ante semejantes protestas de inocencia—, yo no voy tan lejos como él, que lo considera el autor de las postales y está empeñado en llevarlo a todo trance ante el Tribunal del Pueblo... y entonces, despídase de su cabeza, señor Kluge.

El hombrecillo tembló y su cara adoptó un tono ceniciento.

—No —prosiguió el comisario tranquilizador volviendo a depositar su mano sobre la del otro—. No, no lo considero el autor de esas postales. Pero teniendo en cuenta que la postal estaba en el pasillo de la consulta, donde usted pasó un tiempo sospechosamente largo, amén de su agitación y su huida... De todo ello hay testigos fiables... No, señor Kluge, es mejor que me cuente la verdad. No me gustaría que

usted mismo se abocase a la desgracia.

—La postal tuvieron que introducirla desde fuera, señor comisario. ¡Yo no tengo nada que ver, es la pura verdad, señor comisario!

—Por el lugar donde cayó es imposible que la echasen desde fuera. Y cinco minutos antes no estaba allí, eso lo jurará la auxiliar del médico. Pero en el ínterin usted estuvo en el lavabo. ¿O afirma que alguien más salió de la sala de espera para ir al retrete?

—No, creo que no, señor comisario. No, seguro que no. Si se trata de cinco minutos, seguro que no. Porque yo llevaba ya un buen rato deseando fumar, y por eso presté mucha atención por si alguien iba al lavabo.

—¡Eso es! —exclamó el comisario, al parecer muy satisfecho—. Usted mismo lo acaba de decir: solo usted, únicamente usted, puede haber dejado la postal en ese lugar.

Kluge lo miraba con los ojos muy abiertos, aterrado.

—Así que después de haberlo confesado...

—¡Yo no he confesado nada, nada en absoluto! ¡Solo he dicho que en los últimos cinco minutos nadie fue al baño antes que yo! —Kluge casi gritaba.

—¡Vamos, vamos! —dijo el comisario sacudiendo la cabeza con tono de desaprobación—. No pretenderá usted retractarse de su reciente confesión, es usted un hombre demasiado sensato para eso. Me obligaría a incluir también su retractación en el expediente, y eso nunca queda bien.

Kluge lo miraba desesperado.

—Pero si no he confesado nada... —musitó con un hilo de voz.

—Ya nos pondremos de acuerdo sobre ese particular —comentó Escherich tranquilizador—. Ahora, para empezar, contésteme: ¿Quién le entregó la postal para que la colocase allí? ¿Un conocido, un amigo, o se lo pidió alguien en la calle dándole unos marcos a cambio?

—¡No, no! —volvió a gritar Kluge—. No he tenido la postal en las manos, ni siquiera la vi hasta que me la entregó su colega.

—Pero, señor Kluge, si acaba de confesar que dejó la postal en el pasillo usted mismo...

—¡No he confesado nada! ¡Yo nunca he dicho eso!

—No —repuso Escherich, acariciándose la barba para ocultar una sonrisa. Le divertía sobremanera hacer bailar un poco a ese perro cobarde y quejumbroso. Le quedaría un expediente primoroso con una poderosa sospecha... para los superiores—. No —repitió—. Usted no lo ha dicho de *esa* manera. Usted se ha limitado a confesar que allí no estuvo nadie salvo usted, lo cual es muy significativo.

Enno lo miraba fijamente con los ojos muy abiertos. Entonces comentó con repentino cabreo:

—Eso tampoco lo he dicho. Porque también pueden haber ido al lavabo otras personas, no solo las de la sala de espera.

Volvió a sentarse. La excitación anterior y las falsas acusaciones le habían hecho levantarse de un salto.

—Pero ya no voy a declarar ni una palabra más. Exijo un abogado. Y tampoco firmaré la declaración.

—Vamos, vamos —lo apaciguó Escherich—. ¿Acaso le he pedido que la firme, señor Kluge? ¿He tomado siquiera una nota de lo que usted ha declarado? Estamos aquí sentados como dos viejos amigos, lo que hablamos no le interesa a nadie.

Se levantó y abrió de par en par la puerta de la celda.

—¿Lo ve? En el pasillo no hay nadie escuchando. ¿Y me sigue causando usted tantos problemas por una ridícula postal? Sepa que no le concedo ningún valor a dicha postal. ¡El que la ha escrito es un imbécil! Pero como la auxiliar de la consulta y mi colega han armado tanto ruido, he de tratar de esclarecer el asunto. No sea gallina, señor Kluge, dígame sencillamente: Me la entregó un hombre en la avenida Frankfurter, diciendo que quería gastarle una pequeña broma al médico. Y le pagó diez marcos por ello. Usted llevaba un billete nuevo de diez marcos en el bolsillo, lo he visto. Ve, si me cuenta eso, es usted mi hombre. No me traerá problemas y podré marcharme a casa tranquilo.

—¿Y yo? ¿Adónde iré yo? ¡A la cárcel de Plötzensee! ¡Y me habré jugado la cabeza! ¡Nooo, señor comisario, no pienso declarar eso jamás!

—Y usted, ¿adónde irá cuando yo me marche a casa? También a casa, hombre, ¿es que no lo ha comprendido todavía? ¡Es usted libre, de un modo u otro lo dejaré marchar...!

—¿De verdad, señor comisario, de verdad de la buena? ¿Puedo irme sin declarar, sin firmar nada?

—Claro que puede irse, caramba. En este preciso instante. Pero antes, reflexione un poco... —dijo dando unos toquécitos en el hombro a Kluge, quien, muy alterado, se había levantado de un salto y se giraba ya hacia la puerta—. Oiga, yo arreglaré lo de su fábrica, le haré ese favor. Se lo he prometido y yo cumplo mi palabra. Pero ahora piense un poco en mí, señor Kluge. Piense en los grandes problemas que me causará mi colega si lo dejo marchar. Irá con el cuento a mis superiores y eso me causaría serias dificultades. Sería realmente decente por su parte, señor Kluge, que me firmara lo del hombre en la avenida Frankfurter, eso no supondría riesgo alguno para usted. ¡Porque ese hombre jamás será hallado! ¿Qué me dice, señor Kluge?

La verdad es que Enno Kluge nunca en su vida había afrontado una persuasión tan insistente y suave. Dudaba. La libertad atraía y además, si no se enfrentaba a ese hombre, en la fábrica se solucionaría todo. Tenía un miedo atroz a enfrentarse a ese hombre. Porque en ese caso el poli seguiría trabajando en el caso, y un buen día le haría confesar incluso el robo en casa de la Rosenthal. Entonces Enno Kluge estaría perdido, porque el Persicke de las SS...

La verdad es que bien podía hacerle ese favor al comisario... ¿qué importaba? Era una postal ridícula, un asunto político, con el que jamás había tenido nada que ver

y que no entendía. Y era cierto, jamás encontrarían al hombre de la avenida Frankfurter porque sencillamente no existía. Sí, le haría el favor al comisario y firmaría.

Pero entonces su cautela innata, su pusilanimidad, volvió a prevenirlo.

—Claro —dijo—, y en cuanto haya firmado, no me dejará libre.

—¡Vamos, vamos! —exclamó el comisario Escherich viendo ya el juego prácticamente ganado—. ¿Por esa postal inmunda y pudiendo hacerme usted un favor? Señor Kluge, como comisario y como hombre le doy a usted mi palabra de honor de que en cuanto haya firmado la declaración, quedará en libertad.

—¿Y si no la firmo?

—También quedará libre, por supuesto.

Enno Kluge se decidió.

—De acuerdo, señor comisario, firmaré para evitarle contrariedades, y también para hacerle un favor. Pero ¿no se olvidará de lo de mi fábrica?

—Quedará resuelto hoy mismo, señor Kluge. ¡Hoy mismo! Mañana déjese caer por allí, y olvídense de esas ridículas bajas médicas. Por no ir a trabajar de vez en cuando, digamos una vez por semana, nadie volverá a decirle ni una palabra después de que yo haya hablado con ellos. ¿Le parece bien, señor Kluge?

—¡Claro que sí! Le estoy muy agradecido, señor comisario.

En el curso de la conversación habían vuelto a acceder por la galería de las celdas a la habitación donde se sentaba su ayudante Schröder esperando con impaciencia el resultado del interrogatorio, y resignándose de antemano a su destino si le venía impuesto. Al entrar los dos, se levantó de un salto.

—Bueno, Schröder —dijo sonriente el comisario señalando con la cabeza a Kluge, que estaba a su lado, pequeño y temeroso porque ese poli volvía a dedicarle una mirada aterradora—. Aquí tiene a nuestro amigo. Me acaba de confesar que dejó la postal en el pasillo de la consulta, se la entregó un hombre en la avenida Frankfurter...

Del pecho del ayudante salió un sonido similar a un gemido.

—¡Truenos! —exclamó—. Pero él no puede...

—Y ahora —prosiguió impávido el comisario—, ahora redactaremos los dos aquí un breve informe, y luego el señor Kluge se irá a casa. Está libre. ¿Es cierto, señor Kluge, o no lo es?

—Sí —contestó Kluge, pero muy bajito, porque la presencia del poli reavivaba siempre sus dudas y temores.

El ayudante estaba allí con cara de pasmo. El tal Kluge no había colocado la postal, qué va, de eso estaba seguro. Y ahora el tipo estaba dispuesto a firmar lo contrario.

¡Menudo zorro estaba hecho el tal Escherich! ¿Cómo lo habría conseguido? Schröder —no sin envidia— reconoció que Escherich era muy superior a él. ¡Y después, tras semejante confesión, dejar de nuevo libre a ese tipo! ¡No entendía nada,

no adivinaba nada! En fin, que por listo que se creyera, siempre había personas más listas aún.

—Escuche, colega —dijo Escherich, que ya había disfrutado bastante del desconcierto de su ayudante—, ¿podría usted ir en mi lugar a la Jefatura ahora mismo?

—A sus órdenes, señor comisario.

—Ya sabe que tengo allí ese caso... ¿cómo se llamaba?... ah, sí, el caso del Duende. ¿Lo recordará usted, verdad?

Los ojos de ambos se cruzaron y se entendieron.

—Bien, señor Schröder, irá en mi lugar a Jefatura y le dirá a mi colega Linke..., pero siéntese usted, señor Kluge, y disculpe, solo quiero decirle unas palabras a mi colega.

Se encaminó hacia la puerta en compañía de su ayudante.

—Solicite allí dos agentes —susurró—. Que vengan inmediatamente hombres expertos en tareas de vigilancia. Kluge debe ser vigilado sin interrupción desde que salga de la comisaría. Quiero un informe telefónico a mí y a la Gestapo de todas sus acciones cada dos o tres horas, según sea posible. Palabra clave: Duende. Enseñe el hombre a los dos agentes y que se releven. Regrese cuando ambos agentes estén dispuestos. Entonces permitiré que la liebreccilla inicie su carrera.

—Se hará como usted dice, comisario. ¡Heil Hitler!

La puerta se cerró, el policía se había ido. El comisario, sentándose al lado de Enno Kluge, dijo:

—¡Ya nos hemos librado de él! ¿No le cae muy bien, verdad señor Kluge?

—No tan bien como usted, señor comisario.

—¿Ha visto la cara que ha puesto cuando oyó que le dejo en libertad? ¡Menuda rabia le estará corroyendo las entrañas! Por eso lo he enviado fuera, no me hace ninguna falta para nuestro informe. Habría estado interrumpiéndonos continuamente. No pienso llamar a una mecanógrafa, prefiero escribir de mi puño y letra ese par de líneas. Porque tan solo es un acuerdo entre nosotros, para guardarme un poco las espaldas ante mis superiores por su liberación.

Y después de haber tranquilizado al pequeño cagueta, cogió la pluma y se puso a escribir. A veces decía en voz alta y clara lo que escribía (cuando escribía lo que decía en alto, lo que ni siquiera era del todo seguro en un comisario tan ducho como Escherich), otras se limitaba a murmurar. Kluge no lograba entender bien lo que decía.

Él veía solamente que no eran un par de líneas, sino que el informe se alargó tres o cuatro páginas. Pero por el momento lo que más le interesaba a Kluge no era eso, sino si de verdad lo pondrían en libertad. Miraba hacia la puerta. Con rápida decisión se levantó, se aproximó y la entreabrió...

—¡Kluge! —llamó el otro a sus espaldas, pero no en tono imperioso—. ¡Señor Kluge, por favor!

—¿Qué? —contestó este lanzando la vista atrás—. ¿Es que no puedo irme? —sonrió temeroso.

El comisario, con la pluma en la mano, lo miró sonriente.

—¿Así que vuelve a arrepentirse de lo que habíamos hablado, señor Kluge? ¿De lo que me había prometido? ¡De acuerdo, he escrito estos disparates para nada! —Apartó la pluma con energía—. Pero váyase, Kluge... ciertamente ahora me doy cuenta de que no es usted un hombre de palabra. Váyase de una vez, sé de sobra que no firmará. Y por mí, vale...

De ese modo el comisario consiguió que Enno Kluge firmase la declaración. Es más, Kluge ni siquiera exigió que antes se la leyera en voz alta y clara. Firmó sin sospechar nada.

—¿Puedo irme ya, señor comisario?

—Pues claro. Y muchas gracias, señor Kluge, ha actuado bien. Hasta la vista. Bueno, mejor que sea en otro lugar, aquí no. Oh, un momento, señor Kluge...

—¿Es que aún no puedo irme?

La cara de Kluge volvía a temblar.

—¡Desde luego que sí! ¿Sigue sin confiar en mí? ¡Es usted un hombre muy desconfiado, señor Kluge! Pero supongo que querrá llevarse su documentación y su dinero, ¿me equivoco? ¿Lo ve? Así que vamos a comprobar si todo sigue ahí, señor Kluge...

Y comenzaron a comparar: libreta de trabajo, cartilla militar, partida de nacimiento, libro de familia...

—¿Y para qué lleva usted consigo todos estos documentos? ¡Anda, que como se le pierdan!

... notificación policial, cuatro nóminas del salario...

—¡Pues no gana usted mucho dinero, señor Kluge! Ah, claro, ya veo, solo ha trabajado tres o cuatro días por semana. ¡Menudo holgazán está usted hecho!

... tres cartas...

—Nooo, déjelo, no me interesan nada.

... 37 marcos del Reich en billetes y 65 *pfennig* en monedas...

—Mire, aquí tenemos el billete de diez marcos que le dio ese hombre, será mejor que lo adjunte al expediente. Pero, espere, no quiero causarle ningún perjuicio, le daré diez marcos míos como compensación...

Y el comisario continuó así hasta que volvió a entrar su ayudante Schröder:

—Orden cumplida, señor comisario. Y debo comunicarle que el comisario Linke también querría hablarle del caso Duende.

—Bien, bien. Muchas gracias, colega. Ya hemos terminado. Adiós, señor Kluge. Schröder, muestre el camino al señor Kluge. Bueno, el señor Schröder lo acompañará por la comisaría. Adiós de nuevo, señor Kluge. No me olvidaré de lo de la fábrica, se lo aseguro. ¡Heil Hitler!

—Bueno, señor Kluge, pelillos a la mar —dijo Schröder, ya en la avenida

Frankfurter, tendiéndole la mano—. Ya sabe, el trabajo es el trabajo y a veces tenemos que proceder con cierta rudeza. Pero enseguida volví a quitarle las esposas. ¿Le molesta todavía el golpe que le propinó el agente?

—No, nada. Lo comprendo... Perdone las molestias que le he ocasionado, señor comisario.

—Pues nada, lo dicho, ¡Heil Hitler, señor Kluge!

—¡Heil Hitler, señor comisario!

Y el pequeño y delgado Enno Kluge echó a andar. Caminaba por la avenida Frankfurter a trote lento entre la gente, mientras el ayudante Schröder lo seguía con la vista. En cuanto se convenció de que los dos hombres asignados salían tras sus pasos, hizo una inclinación de cabeza y regresó a la comisaría.

Capítulo 25

EL COMISARIO ESCHERICH TRABAJA
EN EL CASO DUENDE

—¡Lea esto! —exclamó el comisario Escherich a su ayudante Schröder entregándole el expediente.

—Vaya —contestó Schröder, devolviéndole los pliegos—. Así que lo ha confesado y está listo para el Tribunal del Pueblo y el verdugo. No lo habría creído. —Y añadió meditabundo—: Y alguien así camina libre por la calle.

—En efecto —dijo el comisario colocando el expediente en una carpeta y guardando esta en su cartera de cuero—. En efecto, alguien así camina libre por la calle... pero supongo que vigilado como es debido por nuestros hombres ¿no?

—Por supuesto —se apresuró a corroborar Schröder—. Yo mismo me he asegurado de eso. Los dos seguían su pista correctamente.

—Y él anda por ahí —continuó el comisario Escherich mientras se acariciaba la barba, pensativo—, anda que te anda, y nuestra gente siempre tras él. Y un buen día, hoy o dentro de una semana o dentro de medio año, nuestro pequeño y repugnante señor Kluge irá hasta su escritor de postales, hasta el hombre que le encargó: Deposítalas aquí y allá. Nos conducirá hasta él tan cierto como hay Dios. Y, ¡zas!, los atraparé, y solo entonces estarán los dos realmente listos para ir de cabeza a la trena.

—Señor comisario —repuso el ayudante Schröder—, todavía no acierto a creer del todo que Kluge haya dejado la postal. ¡Cuando se la puse en la mano me di cuenta de que no sabía nada de ella! Todo eso se lo ha inventado esa histérica, la auxiliar de la consulta.

—Pero la declaración afirma que él la depositó —adujo el comisario como de pasada—. Dicho sea de paso, le aconsejaría que no mencionase nada sobre una histérica en su informe. No quiero ideas preconcebidas, todo puramente objetivo. Si lo desea, puede preguntar al médico por la credibilidad de su auxiliar. Bah, no, será mejor que no lo haga. Porque eso implicaría otro juicio personal, dejemos que el juez de instrucción valore las distintas declaraciones. Nosotros solo trabajamos con circunstancias objetivas, ¿no es cierto, Schröder?, sin ideas preconcebidas.

—Por supuesto, señor comisario.

—Si hay una declaración, pues hay una declaración, y a ella nos atenemos. Cómo y por qué se hizo es algo que nos trae sin cuidado. No somos psicólogos, sino policías. El crimen, el delito, Schröder, solo eso nos interesa. Y si alguien confiesa haber cometido un delito, con eso nos basta. Esta es mi opinión al respecto, Schröder, ¿piensa usted de otra manera?

—Claro que no, señor comisario —respondió su ayudante. Sonó como si le

aterrorizase la idea de interpretar algo de manera distinta a su superior—. Es justo lo que yo pienso. ¡Siempre contra el delito!

—Lo sabía —repuso el comisario Escherich acariciándose la barba—. Los viejos policías como nosotros siempre somos de la misma opinión. Sabe usted, Schröder, ahora en nuestra profesión trabajan muchos advenedizos, pero nosotros siempre obramos de común acuerdo, y de eso también sacamos algunas cosas buenas. En fin, Schröder —y esto es puramente oficial—, hoy espero su informe sobre la detención de Kluge y el expediente con las declaraciones de la auxiliar de la consulta y del médico. Sí, cierto, usted también llevaba consigo a un agente...

—El sargento Dubberke de esta comisaría...

—No lo conozco. Pero que redacte otro informe sobre la huida de Kluge. Breve, objetivo, nada de palabrería, y sin juicios personales, ¿entendido, señor Schröder?

—Como usted mande, señor comisario.

—Pues nada más, Schröder. Cuando haya entregado los informes, ya no tendrá que ocuparse más de este asunto, a lo sumo alguna declaración ante un juez o con nosotros, en la Gestapo... —Contempló pensativo a su subordinado—. ¿Cuánto tiempo lleva usted siendo mi ayudante, señor Schröder?

—Tres años y medio ya, señor comisario.

La mirada del «poli», que ahora se posaba en el comisario, tenía algo conmovedor.

Sin embargo, el comisario se limitó a decir:

—Sí, entonces ya va siendo hora. —Y abandonó la comisaría.

En la calle Prinz-Albrecht pidió inmediatamente ser recibido por Prall, su superior inmediato y *Obergruppenführer* de las SS. Tuvo que esperar casi una hora; no es que Prall estuviera muy ocupado en ese momento, bueno sí, estaba muy ocupado. Escherich oyó el tintineo de vasos, los taponazos al descorchar botellas, carcajadas y gritos: se trataba de una de las frecuentes reuniones de los altos jerifaltes. Vida social, francachela, alegre desenvoltura, descanso después del pesado esfuerzo de torturar a semejantes y conducirlos al patíbulo.

El comisario esperó paciente, a pesar de que ese día tenía mucho que hacer. Conocía a los jefazos en general y a este en particular. No servía de nada apremiar, aunque medio Berlín estuviera en llamas: si ese quería empinar el codo, primero lo empinaría. ¡Así eran las cosas!

Al cabo de una horita hicieron pasar por fin a Escherich. La habitación, con huellas evidentes de una bacanal, estaba en completo desorden, y el señor Prall, con la tez brillante y de un color rojo oscuro por el armañac, también ofrecía un aspecto muy desordenado. Pero dijo muy campechano:

—¡Tome, Escherich! ¡Sírvese una copa! Son los frutos de nuestra victoria sobre Francia: armañac auténtico, diez veces mejor que el coñac. ¿Diez veces? ¡Cien veces! ¿Por qué no bebe usted?

—Le pido disculpas, mi *Obergruppenführer*, hoy tengo bastante que hacer y me

gustaría mantener la cabeza despejada. Además, ya no estoy acostumbrado a la bebida.

—¿Que no está acostumbrado? ¡Pamplinas! ¡Cabeza despejada, bobadas! ¿Para qué necesita usted una cabeza despejada? Mande a otro a hacer su trabajo y duerma a pierna suelta. ¡Salud, Escherich, por nuestro Führer!

Escherich brindó con él, pues no le quedaba otro remedio. Brindó también por segunda vez, y por tercera, mientras pensaba cuánto había cambiado ese hombre por la compañía de sus camaradas y el alcohol. En realidad Prall había sido siempre muy soportable, ni la mitad de malo que cientos de otros tipos que merodeaban con sus uniformes negros por ese edificio. Era más bien algo escéptico, un «mandado», como él decía en ocasiones, no un convencido del todo.

Sin embargo, bajo la influencia de los camaradas y el alcohol se volvió igual que ellos: imprevisible, brutal, impulsivo y dispuesto a extirpar de raíz cualquier otra opinión, aunque versase sobre el aguardiente. Si Escherich se hubiera negado en redondo a brindar, habría estado tan perdido como si hubiera dejado escapar al peor criminal. Sí, en realidad algo así habría sido aún más imperdonable, pues el hecho de que el subordinado no brindase tanto y con la frecuencia que su superior deseaba suponía casi una ofensa personal.

Así que Escherich brindó varias veces y bebió con él.

—¿Qué hay de nuevo, Escherich? —inquirió entonces Prall, procurando mantenerse lo más derecho posible en su escritorio—. ¿Qué tiene ahí?

—Un informe —explicó Escherich—. Redactado por mí sobre mi Duende. Le seguirán otro par de informes y expedientes, pero este es el más importante. Tenga, mi *Obergruppenführer*.

—¿Duende? —preguntó Prall, perspicaz—. Ese es el tipo de las postales. ¿Es que se le ha ocurrido algo, tal como le ordené, Escherich?

—A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*. Si mi *Obergruppenführer* tuviera a bien leer el expediente...

—¿Leer? Nooo, ahora no. Quizá más tarde. ¡Léamelo en voz alta, Escherich!

Pero al cabo de las tres primeras frases volvió a interrumpir la lectura.

—Echemos otro trago. ¡Salud, Escherich! ¡Heil Hitler!

—¡Heil Hitler, mi *Obergruppenführer*!

Y tras vaciar su copa, Escherich reanudó la lectura.

Pero ahora al alcoholizado Prall se le había ocurrido un juego guasón. En cuanto Escherich había leído tres o cuatro frases, le interrumpía con un «¡salud!» y Escherich, después de haber brindado también, tenía que reanudar la lectura desde el principio. Prall nunca le permitía pasar de la primera página, pues le interrumpía con otro «¡salud!». Pese a su borrachera, comprendía a la perfección el efecto que causaba en el hombre, la repugnancia que le provocaba la fuerte bebida, hasta el punto de que diez veces tuvo ganas de dejar el expediente y marcharse (¡vete a tomar por culo!), pero no se atrevía a hacerlo porque el otro era su superior, y tenía que

agachar la cabeza y no dejar que se le notase el enfado...

—¡Salud, Escherich!

—¡Gracias, mi *Obergruppenführer*! ¡Salud!

—Bien, ¡siga leyendo, Escherich! O mejor no, vuelva a empezar por el principio. Hay un pasaje que no termino de entender. Siempre he sido lento de entendederas...

Y Escherich leía. Sí, ahora lo atormentaban igual que dos horas antes había atormentado él al débil Kluge, y al igual que este, también a él lo corroía el deseo de salir por la puerta. Sin embargo, tenía que leer, leer y beber, beber y leer, mientras eso agradara al otro. Ya sentía que se le nublabla la cabeza... ¡Adiós a su estupendo trabajo! ¡Maldita disciplina!

—¡Salud, Escherich!

—¡Salud, mi *Obergruppenführer*!

—Vamos, lea desde el principio.

De repente ese juego aburrió a Prall y dijo con tono grosero:

—¡Bah, olvide esa estúpida lectura! Ya ve que estoy borracho, ¿cómo voy a entender todo eso? Quiere pavonearse con su brillante informe, ¿verdad? ¡Le seguirán otros, pero no tan importantes como el de Escherich, el gran criminalista! ¡Lo que hay que oír! Termine de una vez: ¿ha atrapado al autor de las postales?

—A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*. Pero...

—Entonces ¿por qué viene a verme? ¿Por qué me roba mi valioso tiempo y se ventila mi excelente armañac? —Ahora eran ya auténticos gritos—. ¿Es que se ha vuelto loco, señor mío? Pero con usted voy a hablar ahora en un tono muy diferente. He sido demasiado indulgente, le he permitido ser demasiado descarado, ¿entendido?

—A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*. —Y rápidamente, antes de que se iniciaran las voces, Escherich balbuceó—: Pero he atrapado a alguien que ha repartido las postales. Eso creo al menos.

La noticia apaciguó un poco a Prall. Tras clavar la mirada en el comisario, ordenó:

—¡Haga pasar a ese hombre! Me va a decir quién le dio las postales. ¡Le apretaré las tuercas... tengo el ánimo preciso para ello!

Escherich vaciló un instante. Habría podido aducir que el hombre aún no estaba en la calle Prinz-Albrecht, que lo mandaría traer... y ahora de verdad, de la calle o de su domicilio, con ayuda de sus espías. O esperaría tranquilamente lejos a que el *Obergruppenführer* hubiera dormido la mona. Entonces seguro que lo habría olvidado todo.

Pero como Escherich era Escherich, es decir, un investigador pertinaz, valiente en lugar de cobarde, su valor lo indujo a decir (y que pasara lo que tuviera que pasar):

—¡He vuelto a poner al hombre en libertad, mi *Obergruppenführer*!

¡Voces... no, cielo santo, era un griterío bestial! Prall, el en otras ocasiones bien educado alto dirigente, perdió la compostura hasta el punto de agarrar por el pecho a su comisario y zarandearlo de acá para allá mientras gritaba:

—¿En libertad? ¿En libertad? ¿Sabes lo que voy a hacer contigo, cerdo? ¡Te voy a empapelar, te voy a meter preso! Te colgaré una lámpara de mil watios delante de tu bigote que parece mierda de perro, y cuando te quedes dormido mandaré que te despierten a golpes, puerco...

Continuó así durante un buen rato. Escherich, que se dejaba zarandear e insultar, mantuvo un completo silencio. A lo mejor ahora estaba muy bien que hubiera tomado alcohol. Aturdido por el armañac, percibía todo lo que estaba sucediendo con cierta confusión, como si fuera más bien un sueño.

¡Grita lo que te apetezca!, pensaba. Cuanto más grites, antes te quedarás ronco. Sigue así, cántale las cuarenta al viejo Escherich.

Y en efecto, después de haber gritado hasta enronquecer, Prall soltó a su subordinado. Se sirvió otra copa de armañac, observó furioso a Escherich y graznó:

—¡Y ahora haga el favor de contarme por qué ha cometido tamaña estupidez!

—Ante todo me gustaría mencionar —contestó Escherich en voz baja— que ese hombre está siendo vigilado continuamente por dos de nuestros mejores hombres de Jefatura. Creo que antes o después irá a ver a su cliente, el autor de las postales. Ahora niega conocerlo. El conocido gran desconocido.

—Yo ya le habría sacado el nombre a la fuerza. Vigílalo... espero que no se les ocurra perderlo.

—Esos, no. Son los hombres más eficaces de la plaza Alexander.

—¡Bueno, bueno! —Prall volvía a animarse a ojos vistas—. Ya sabe que a mí no me gustan esas arbitrariedades. Preferiría tener a ese tipo en mis manos.

Eso querrías tú, pensaba Escherich. Y en media hora averiguarías que no tiene nada que ver con las postales, y empezarías a azuzarme de nuevo...

Sin embargo, en voz alta añadió:

—Es un pobre hombrecillo atemorizado, mi *Obergruppenführer*. Para decirlo con sinceridad: es un cobarde del carajo. Si le aprieta las tuercas, soltará mentira tras mentira, le dirá lo que usted desee, y nosotros correríamos detrás de mil mentiras. De este modo nos conducirá sin rodeos hasta el autor de las postales.

El *Obergruppenführer* rio.

—¡Bien, bien, es usted un zorro viejo, vamos, echemos otro trago!

Bebieron.

El *Obergruppenführer* miró, inquisitivo, al comisario. Era evidente que su estallido de rabia le había sentado bien, devolviéndole en parte la sobriedad.

Tras una breve reflexión dijo:

—De ese expediente de ahí, ya sabe...

—A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*.

—... de ese expediente me hará un par de copias. Guárdese de nuevo su inteligente chapuza. —Ambos sonrieron irónicos—. Si la deja aquí, igual termina todavía en el armañac...

Escherich volvió a guardar el expediente en la carpeta y esta en la cartera.

Entretanto su superior había rebuscado en un cajón del escritorio y regresaba con la mano a la espalda.

—Oiga, Escherich, ¿tiene ya la Cruz al Mérito Militar?

—No, mi *Obergruppenführer*.

—¡Un error, Escherich! ¡Aquí la tiene! —Y extendió por sorpresa la mano oculta hasta entonces, descubriendo la cruz sobre la palma.

El comisario se sentía tan abrumado que solo acertaba a tartamudear palabras sueltas.

—Pero, mi *Obergruppenführer*. No la merezco... no encuentro palabras...

Durante la bronca de cinco minutos antes esperaba de todo, incluso unos días con sus noches en el búnker se le habrían antojado posibles, pero que inmediatamente después le fuese concedida la Cruz al Mérito Militar...

—... En cualquier caso, gracias, siempre a sus órdenes...

El *Obergruppenführer* se regocijaba con la sorpresa del condecorado.

—En fin, Escherich —añadió—, ya sabe que yo no soy así. Al fin y al cabo usted es un funcionario muy eficiente. Solo hay que hacerlo sudar un poco de vez en cuando, o se me duerme como un lirón. Venga, tomemos otra. ¡Salud, Escherich, por su cruz!

—¡Salud, mi *Obergruppenführer*! ¡Y reciba mi más rendida gratitud!

El *Obergruppenführer* comenzó su charla.

—Lo cierto es que la cruz no iba destinada a usted, Escherich. En realidad debía recibirla su colega, Rusch, por un asunto muy vidrioso con una vieja judía. Pero usted ha llegado antes.

Siguió parlotando un rato y después encendió la luz roja encima de su puerta, que significaba «Entrevista importante. No molesten», y se tumbó a dormir en un sofá.

Cuando Escherich, con la Cruz al Mérito todavía en la mano, entró en su oficina, su sustituto, sentado al aparato, decía:

—¿Cómo dice? ¿Caso Duende? ¿No será un error? ¡Aquí no hay ningún caso Duende!

—¡Deme eso! —ordenó Escherich alargando la mano hacia el auricular—. Y esfúmele a toda prisa. —Y hablando por el teléfono—: ¡Sí, aquí el comisario Escherich! ¿Qué hay del Duende? ¿Quieren dar parte?

—A sus órdenes, mi comisario. Le comunico que desgraciadamente hemos perdido al hombre, pues...

—¿Que han hecho qué? —Escherich estuvo a punto de sufrir un estallido de ira como el que había padecido un cuarto de hora antes su superior, pero se controló—. ¿Cómo ha podido suceder? Lo tenía por un hombre eficaz y están siguiendo a un pobre hombrecillo.

—Sí, eso es lo que usted dice, comisario, pero es ágil como una comadreja y de repente ha desaparecido entre el gentío de la estación de metro de la plaza Alexander.

Ha debido de darse cuenta de que lo seguíamos.

—¡Lo que faltaba! —se quejó Escherich—. ¡Se ha dado cuenta! ¡Habéis echado a perder mi película, idiotas! Ahora ya no puedo enviaros a vosotros, porque os conoce. Y los nuevos no lo conocen a él —reflexionó—. Regresad a Jefatura lo más deprisa posible. Cada uno de vosotros dos se llevará un relevo. Y uno se apostará lo más cerca posible de su vivienda, pero muy a cubierto, ¿entendido? ¡Que no se os vuelva a escapar! Vuestra única tarea es enseñar a Kluge a vuestros sustitutos, a continuación os esfumáis. El otro irá a la fábrica donde trabaja y se presentará en Dirección. ¡Espere un momento, gran héroe, primero tengo que darle las señas de su casa! —Las buscó y se las comunicó—. ¡Bien, ahora deprisa a sus puestos! Ah, el relevo puede ir solo a la fábrica, pero mañana por la mañana. Ellos le indicarán quién es Kluge. Yo los avisaré. Dentro de una hora llegaré a su domicilio.

Sin embargo, tuvo tanto que dictar y telefonar que no llegó a la vivienda de Eva Kluge hasta mucho tiempo después. Al no ver a sus hombres, llamó al timbre, pero en vano. Así que tuvo que recurrir a la vecina, la señora Gesch.

—¿Kluge? ¿Se refiere a él? Nooo, ya no vive aquí. Aquí solo vive su mujer, que hace mucho que no lo deja entrar en casa. Pero ha *salío* de viaje. ¿Que dónde vive? ¿Cómo *quíe* que lo sepa, señor? Ese vive siempre a salto de mata, siempre con mujeres. Al menos eso es lo que he oído decir, pero yo no he dicho nada. Bastantes reproches me hizo ya la mujer por haberlo *ayudao* a entrar en su piso en cierta ocasión.

—Escuche, señora Gesch —dijo Escherich, que había entrado en el pasillo de la vivienda cuando ella se disponía a darle con la puerta en las narices—. Ahora cuénteme absolutamente todo lo que sepa de los Kluge.

—¿Cómo voy a hacer eso, señor mío? Además, ¿cómo se le ocurre meterse por las buenas en mi casa...?

—Porque soy el comisario Escherich de la Gestapo, si quiere ver mi placa...

—¡Noo, nooo! —Rechazó la mujer que, asustada, había retrocedido hasta la pared de la cocina—. ¡No quiero ver ni oír nada! ¡Y de los Kluge ya *l'he* contado *to* lo que sé!

—En fin, señora Gesch, yo que usted me lo pensaría mejor, porque si no quiere contarme nada aquí, me vería obligado a invitarla a la calle Prinz-Albrecht, sede de la Gestapo, para interrogarla como es debido. Le garantizo que no le haría ninguna gracia. Aquí solo charlaríamos cómodamente un ratito, sin anotar nada...

—Sí, claro, claro, señor comisario, pero es que no tengo nada más que contar, en serio. No sé nada de esa gente.

—Como desee, señora Gesch. Prepárese, tengo abajo a dos agentes, puede venirse ahora mismo. Y déjele a su marido... porque tiene marido, ¿verdad? ¡Claro que lo tiene! Bueno, pues déjele a su marido una nota: «Estoy en la Gestapo. Regreso indeterminado». Vamos, señora Gesch, escriba la nota.

La mujer palideció, sus miembros temblaban, los dientes le castañeteaban.

—Pero, señor, por favor, no será capaz de hacer algo así —suplicó.

—Por supuesto que lo haré —respondió él con fingida aspereza— si continúa negándome una información obvia. Así que sea razonable, siéntese y cuénteme todo lo que sepa de los Kluge. ¿Cómo es la mujer?

Como es lógico, la señora Gesch fue razonable. Además, en el fondo ese hombre de la Gestapo era un señor muy amable, muy distinto de la imagen que se había formado de esos hombres. Y así, el comisario Escherich se enteró de todo lo que sabía la señora Gesch. Supo incluso del pequeño Karl, el miembro de las SS, porque lo que sabían en la tasca de la esquina, también lo sabía la señora Gesch. Le contó que a la trabajadora excarтера Eva Kluge le había roto el corazón saber que ella y su antiguo preferido Karl andaban en boca de la gente.

Cuando el comisario Escherich se despidió de la Gesch, además de regalarle unos cigarrillos para su marido, había ganado para la Gestapo una espía diligente, no remunerada e impagable. Además de vigilar continuamente la vivienda de los Kluge, acecharía por todo el edificio y en las colas de los comercios y telefonaría en el acto al comisario si se enteraba de algo que pudiera serle útil.

Tras esta entrevista, el comisario Escherich retiró a sus hombres. La probabilidad de pescar a Kluge en la vivienda de su mujer era muy reducida; además, la señora Gesch vigilaba la vivienda. Después el comisario Escherich se acercó a Correos y a la oficina del Partido para recabar más informes sobre la tal señora Kluge. Nunca se sabía si eso podía ser útil.

Escherich habría podido informar en Correos y en el Partido de que creía que existía una relación entre la salida del Partido de la señora Kluge y las vilezas de su hijo en Polonia. También habría podido revelar la dirección de la señora Kluge en Ruppín, pues había anotado las señas de la carta que la señora Kluge envió a su vecina cuando mandó la llave. Pero no lo hizo; planteó abundantes preguntas, pero no proporcionó información. Es verdad que se trataba del Partido y de Correos, es decir, organismos oficiales, pero la misión de la Gestapo no consistía en ayudar a otros en sus asuntos. Era demasiado buena para eso, y en este punto al menos, Escherich compartía plenamente la vanidad generalizada de este cuerpo policial.

De esto tuvieron que enterarse por narices los directivos de la fábrica. Vestían uniforme, y por su rango y también por su sueldo, estaban sin duda mucho más arriba que el gris comisario. Pero él no cejó.

—No, caballeros, lo que hay contra Kluge es asunto exclusivo de la Gestapo. No diré una palabra al respecto. Me limito a comunicarles que tienen que permitir a Kluge ir y venir adonde le venga en gana sin el menor reparo, que no habrá más broncas ni intimidaciones y que permitirán acceso libre a su empresa al agente que envié, facilitando su trabajo en la medida de lo posible. ¿Entendido?

—¡Exijo una confirmación por escrito de estas disposiciones! —exclamó el oficial—. ¡Y hoy mismo!

—¿Hoy mismo? Es un poco tarde para eso. Quizá mañana. Kluge seguro que no

volverá antes. ¡Suponiendo que vuelva! Bien, esto es todo. ¡Heil Hitler, caballeros!

—¡Maldición! —Rechinó el oficial—. ¡Estos tipos son cada vez más arrogantes! ¡Que el demonio se lleve a toda la Gestapo! Piensan que les está permitido todo porque pueden detener a cualquier alemán. Pero soy un oficial, un oficial de carrera...

—Otra cosa más... —La cabeza de Escherich reapareció por la abertura de la puerta—, ¿es posible que ese hombre guarde aquí documentos, cartas, algo de su propiedad?

—Eso debe preguntárselo a su jefe de taller. Él tiene la llave de su taquilla.

—De acuerdo —repuso Escherich, sentándose en una silla—. Entonces haga el favor de preguntárselo al jefe, teniente. Pero si no es mucho pedir, dese prisa, por favor.

Las miradas de ambos se cruzaron un instante. Los ojos del burlón e insulso Escherich y los oscuros y airados del teniente libraron un combate. Después el oficial entrechocó los talones y abandonó la estancia presuroso para pedir el informe solicitado.

—¡Qué tipo tan ridículo! —Comunicó Escherich al jefazo del Partido que de repente se afanaba en su escritorio—. Desea que a la Gestapo se la lleve el diablo. Me gustaría saber cuánto tiempo seguiríais aquí sentados si no fuera por nosotros. En última instancia, la Gestapo es el corazón del Estado. Sin nosotros, todo se desplomaría... ¡y el diablo se os llevaría a todos vosotros!

Capítulo 26

HETE DECIDE

El comisario Escherich y sus dos espías de la plaza Alexander se habrían extrañado muchísimo de saber que el pequeño Enno Kluge ni se había imaginado que lo seguían. Desde el instante en que el ayudante Schröder le había puesto por fin en libertad solo había tenido un pensamiento: alejarse de allí cuanto antes y dirigirse a casa de Hete.

Caminaba por las calles y no veía personas, no adivinaba quién estaba detrás de él y a su lado. Tampoco levantaba la vista, solo pensaba: ¡A casa de Hete!

La boca del metro lo engulló. Montó en un vagón y por esa vez se libró del comisario Escherich, de los señores de la plaza Alexander y de toda la Gestapo.

Enno Kluge se había decidido: primero iría a casa de Lotte a recoger sus cosas. Quería presentarse en casa de Hete con su maleta, entonces comprobaría si ella lo quería de verdad, y él le demostraría que quería poner fin a su antigua vida.

Así fue como sus seguidores lo perdieron de vista entre el gentío y la luz mortecina del metro. ¡Ese flaco Enno era en verdad una sombra! Pero si se hubiera dirigido en derechura a casa de Hete —y desde la plaza Alexander podía perfectamente ir andando hasta la puerta König—, ellos no lo habrían perdido y en la pequeña tienda de animales habrían tenido siempre un punto de partida para sus observaciones.

Tuvo suerte con Lotte. No estaba en casa, de modo que empaquetó a toda prisa en la maleta las cuatro cosas que poseía. Resistió incluso la tentación de registrar los objetos de ella para ver si encontraba algo útil que llevarse... no, esta vez tenía que ser diferente. Nunca más debía suceder lo mismo de entonces, cuando se trasladó a la reducida habitación de aquel pequeño hotel, no, esta vez quería cambiar de vida de verdad... si Hete lo aceptaba.

Cuanto más se acercaba a la tienda, más despacio caminaba. Dejaba la maleta en el suelo cada vez con más frecuencia, aunque no pesaba mucho. Se limpiaba el sudor de la frente sin cesar, y eso que tampoco hacía tanto calor.

Cuando llegó ante la tienda, atisbó hacia el interior a través de los brillantes barrotes de las jaulas de pájaros: sí, Hete estaba trabajando. En ese momento atendía a los cuatro o cinco clientes que se encontraban dentro. Situándose junto a ellos, Kluge observó orgulloso pero con el corazón estremecido con qué habilidad despachaba a los clientes, con cuánta cortesía les hablaba.

—Ya no hay mijo indio, señora. Debería saberlo, puesto que la India pertenece al Imperio británico. Pero me queda mijo búlgaro, que es mucho mejor.

E interrumpiendo su tarea, agregó:

—Ah, Enno, es muy amable al venir a echarme una mano. Lo mejor será que deje la maleta en la habitación. Y después haga el favor de traerme del sótano arena para pájaros. También necesito arena para gatos. Y larvas de hormiga...

Y mientras él estaba completamente ocupado con esos y otros menesteres, pensaba: me ha visto enseguida, y se ha dado cuenta en el acto de que traía una maleta. Que me permita dejarla en la habitación es una buena señal. Pero seguro que antes me interrogará, es muy meticulosa. Ya le contaré cualquier historia.

Y ese hombre que rondaba los cincuenta, ese trasnochador, holgazán y mujeriego rezaba como un niño de escuela: ¡Por favor, Dios mío, haz que tenga suerte otra vez, solo esta vez! Te prometo que quiero comenzar una nueva vida, haz que Hete me acoja.

Tal era su plegaria, su súplica. Y al mismo tiempo deseaba que todavía quedase mucho tiempo hasta el cierre de la tienda, hasta esa entrevista detallada y su confesión, porque era obvio que algo tenía que contar a Hete. ¡Cómo si no iba a hacerle comprender por qué se había presentado allí con armas y bagajes, y encima con unas armas y bagajes tan escasos! Él siempre se había dado aires de grandeza.

Y llegó el momento. La puerta de la tienda llevaba mucho tiempo cerrada, después costó otra hora y media proveer a todos sus moradores de agua fresca y comida y ordenar la tienda. Ahora estaban sentados a la mesa frente a frente, habían comido, charlado un poco, rehuyendo siempre con temor el tema principal, y de repente esa mujer fofa, marchita, levantó la cabeza y preguntó:

—Bueno, Hans, ¿qué sucede? ¿Qué te ha ocurrido?

Apenas pronunció esas palabras en un tono de preocupación muy maternal, las lágrimas de Enno comenzaron a fluir; primero despacio, y después cada vez más abundantes se derramaban por su rostro flaco, incoloro, cuya nariz parecía volverse más puntiaguda cada vez.

—¡Ay, Hete, ya no puedo más! ¡Es demasiado terrible! Me ha interrogado la Gestapo... —gimió.

Y en medio de ruidosos sollozos ocultó la cabeza junto a su generoso pecho maternal.

Al oír estas palabras la señora Hete Häberle enderezó la cabeza, y un brillo duro asomó a sus ojos, su nuca se tensó y preguntó casi con brusquedad:

—¿Y qué querían de ti?

El insignificante Enno Kluge —con seguridad de sonámbulo había acertado con sus palabras. Con ninguna de sus otras historias para implorar su compasión o su amor habría tenido tanto éxito como con la palabra Gestapo. Porque la viuda Hete Häberle odiaba el desorden, y jamás habría aceptado en su casa ni en sus brazos maternales a un hombre de mal vivir y vago. Pero la palabra Gestapo le franqueó todas las puertas de su corazón maternal, un perseguido por la Gestapo podía contar de antemano con su compasión y su ayuda.

Porque a su primer marido, un modesto funcionario comunista, se lo había

llevado la Gestapo en 1934 a un campo de concentración, y ella nunca más había vuelto a ver ni oír nada de él, excepto un paquete que contenía algunos de sus efectos personales, rotos y sucios. Encima estaba el certificado de defunción, emitido por el Registro Civil II, Oranienburg, causa de la muerte: pulmonía. Pero ella había sabido más tarde por otros prisioneros que habían sido puestos en libertad lo que entendían por pulmonía en Oranienburg y en el cercano campo de concentración de Sachsenhausen.

Y ahora volvía a tener a un hombre en sus brazos, un hombre por el que antes ya había sentido simpatía debido a su carácter tímido, adaptable, necesitado de cariño, otro perseguido por la Gestapo.

—Tranquilízate, Hans —lo serenó consoladora—. Cuéntamelo todo. ¡Cualquier perseguido por la Gestapo puede contar con todo mi apoyo!

Estas palabras fueron un bálsamo para los oídos de Enno Kluge, y no habría sido un experto en mujeres si no hubiera aprovechado su oportunidad. Lo que refirió entre abundantes sollozos y lágrimas fue desde luego una extraña mezcla de verdades y mentiras: incluso logró meter de contrabando en sus últimas aventuras la paliza que le había propinado el Persicke de las SS.

Pero para Hete Häberle el odio a la Gestapo ocultaba cualquier asomo de inverosimilitud que pudiera encerrar esa narración. Su amor comenzó ya a tejer un esplendor brillante en torno al inútil que tenía junto a su pecho y dijo:

—Así que firmaste la declaración para encubrir al autor. Hans, has sido muy valiente, te admiro. De diez hombres, apenas uno se habría atrevido a tanto. Ya sabes que si te pillan, lo pasarás mal, porque está más claro que el agua que con ese expediente te tienen cogido en la trampa para siempre.

Él dijo, ya más animado:

—Oh, si cuento con tu apoyo no me pillarán jamás.

Ella sacudió la cabeza con suavidad mientras reflexionaba.

—No comprendo por qué han vuelto a soltarte. —De pronto se le ocurrió una idea terrible—: Ay, Dios mío, ¿y si te han seguido, y si solo quisieran saber adónde vas?

—No lo creo, Hete —negó sacudiendo la cabeza—. He estado primero en... bueno, he estado primero en otro sitio, recogiendo mis cosas. Si alguien me hubiera seguido, me habría dado cuenta. Además, ¿para qué? En ese caso no me habrían soltado.

Pero ella ya tenía preparada la respuesta.

—Ellos creen que conoces al autor de las postales y que los pondrás sobre su pista. Y a lo mejor lo conoces de verdad y depositaste allí la postal. ¡Pero no quiero saberlo, no debes decírmelo jamás! —Inclinándose hacia él, susurró—: Voy a salir una media hora, Hans, y observaré la casa para averiguar si hay algún espía cerca. ¿Verdad que te quedarás en este cuarto muy quietecito?

Kluge le aseguró que su intento era completamente inútil, que nadie lo había seguido, seguro que no.

Pero ella tenía un recuerdo demasiado espantoso de cómo un día habían sacado a un hombre de su vivienda y, en consecuencia, de su vida. No soportaba la inquietud, tenía que levantarse y salir a ver.

Y mientras rodeaba despacio el bloque —se ha llevado también a Blacky, un precioso scottish terrier, atado a una correa y gracias al can ese paseo vespertino parece completamente inofensivo—, mientras camina despacio de arriba abajo por la seguridad de él, en apariencia solo ocupada con el perro, pero con ojos y oídos siempre vigilantes... Enno, con manos cuidadosas, efectúa un apresurado primer inventario de su habitación. Es por fuerza muy superficial, además casi todos los muebles están cerrados con llave. Pero ya ese primer examen le revela que en toda su vida ha tenido una mujer así, ¡una mujer con cuenta en un banco, e incluso con una cuenta de cheques postales con su nombre impreso en todos los formularios!

Y Enno Kluge decide comenzar de veras una nueva vida, portarse siempre con corrección en esa vivienda y no incautarse de nada que su dueña no le dé voluntariamente.

Esta regresa y dice:

—No, no he observado nada raro. Pero a lo mejor te han visto entrar aquí y no regresan hasta mañana temprano. Volveré a salir mañana, pondré el despertador a las seis.

—No es necesario, Hete —insiste él—. Seguro que no me ha seguido nadie.

Después ella le prepara la cama en el sofá, y se acuesta en su cama. Pero deja abierta la puerta entre ambas habitaciones y lo escucha dar vueltas de un lado a otro, gemir y removerse inquieto hasta que al fin se queda dormido. Después, ella acaba adormilándose, pero vuelve a despertarse al oír su llanto. Esté dormido o despierto, llora. Hete percibe claramente su rostro en la oscuridad, ese rostro que pese a sus cincuenta años aún tiene rasgos infantiles... quizá el mentón débil y la boca de labios llenos, muy rojos.

Durante un rato escucha en silencio ese llanto, que continúa sin queja a través de la noche, como si la propia noche se afligiera por la cantidad de penas que existen en el mundo.

Entonces la señora Häberle se decide, se levanta y llega a tientas hasta el sofá.

—No llores, Hans. Estás seguro, estás conmigo. Tu Hete te ayudará...

Le habla con voz consoladora, y cuando a pesar de todo no cesa su llanto, se inclina sobre él, desliza su brazo debajo de sus hombros y conduce al plañidero hasta su lecho, donde lo toma entre sus brazos, estrechándolo contra su pecho...

Una mujer madura, un hombre maduro, tan necesitado de cariño como un niño, un poco de consuelo, un poco de pasión, un pequeño nimbo alrededor de la cabeza del amado... ni siquiera a Hete se le ocurre explicarse cómo ese ser inconsistente, lloriqueante, encaja en el papel de luchador y héroe.

—Ahora todo va bien, ¿verdad, Hans?

Pero no, esa sencilla pregunta hace fluir de nuevo el torrente de lágrimas que se

acababa de secar, él se estremece entre los brazos femeninos.

—¿Pero qué te sucede, Hans? ¿Tienes otras preocupaciones de las que no me has hablado?

Ese es el momento para el que lleva trabajando desde hace horas ese viejo cazador de mujeres, porque ha tomado la decisión de que es demasiado peligroso, amén de imposible a la larga, silenciar su verdadero nombre y su matrimonio. Puesto ya a confesar, pues bien, confesará también eso, ella lo aceptará, no lo querrá menos por eso. No lo pondrá de patitas en la calle justo ahora que acaba de tomarlo entre sus brazos.

Ella ha preguntado a su Hans si tiene otras preocupaciones de las que no le ha hablado. Este, llorando desesperado, confiesa que no se llama Hans Enno, sino Enno Kluge, que es un hombre casado, con dos hijos mayores. Sí, es un canalla, ha querido mentirla y engañarla, pero ya no tiene valor para hacerlo después de lo bien que se ha portado con él.

Como siempre, su confesión es parcial, una verdad a medias mezclada con abundantes mentiras. Dibuja el retrato de su mujer, una nazi dura y malvada, funcionaria de Correos, que se niega a admitir en casa a su marido porque se opone a ingresar en el Partido. Esa mujer, que obligó a su hijo mayor a ingresar en las SS... e informa de las crueldades del pequeño Karl. Proyecta una imagen de ese matrimonio malo, desigual, de un marido tranquilo, paciente, que lo soporta todo y una mujer malvada, ambiciosa, nazi. Ellos no pueden vivir juntos, tienen que odiarse mutuamente. ¡Y ahora ella lo ha echado de casa! Así que él ha mentido a su Hete, por cobardía, porque la ama demasiado, porque no quería causarle ningún dolor.

Pero ahora se ha liberado. No, ya no llorará más. Se levantará, recogerá sus cosas y se irá de su lado... saldrá a ese mundo cruel. Ya se ocultará de la Gestapo en algún lugar, y si a pesar de todo lo atrapan, tampoco importa mucho. ¡Y menos ahora que ha perdido el amor de Hete, la única mujer que ha amado de verdad en el mundo!

Sí, el tal Enno Kluge es un viejo y muy experto seductor de mujeres. Sabe cómo hay que manejarlas: con amor y mentiras, todo en uno. Solo tiene que haber algo de verdad entremedias, ella solo tiene que creer un poco de todo lo que le cuenta, y sobre todo hay que mantener las lágrimas y el desamparo siempre a punto...

Esta vez Hete ha escuchado su confesión con verdadero sobresalto. ¿Por qué le ha mentido así? ¡Si cuando se conocieron no había motivo alguno para tales mentiras! ¿Es que él ya tenía por entonces pretensiones con ella? Pero en ese caso solo pueden haber sido malas pretensiones si motivaron semejantes mentiras.

Su instinto le dice que tiene que dejarlo, que un hombre capaz de engañar desde el principio a una mujer con semejante falta de escrúpulos también estará dispuesto a mentirle más tarde. Y ella es incapaz de vivir con un mentiroso. Llevó siempre una existencia limpia con su primer marido, y el par de pequeñas historias que hubo desde su muerte, eso, en una mujer con experiencia, mueve a risa.

No, lo dejaría marchar... si con ello no lo empujase a los brazos del enemigo, la

odiada Gestapo. Porque está convencida de que lo hará si le dice que se marche. Se toma en serio esa persecución de la Gestapo desde que se la contó por la noche. Ni siquiera se le ocurre dudar de su veracidad, a pesar de que acaba de comprobar que es un mentiroso.

Y además está esa mujer... No es posible que todo lo que le ha contado sea mentira. No hay nadie capaz de inventarse algo así, tiene que haber algo de verdad en ello. Ella cree conocer al hombre que tiene al lado, una criatura débil, un niño, en realidad bueno: se le puede dirigir con un par de palabras amables. Pero esa mujer dura, ambiciosa, esa nazi ansiosa por ascender en el Partido, es lógico que considere una nulidad a un hombre así, un hombre que odia al Partido, que quizá trabaja en secreto contra él, un hombre que se niega a ingresar en el Partido.

¿Puede echarlo de nuevo en brazos de esa mujer? ¿En brazos de la Gestapo?

No puede, y tampoco debe.

Se enciende la luz. Él ya está de pie al lado de su cama, con una camisita azul demasiado corta, lágrimas silenciosas recorren su cara pálida. Inclínándose sobre ella, susurra:

—Adiós, Hete. Has sido demasiado buena conmigo, pero no lo merezco, soy una mala persona. Adiós. Me marchó...

Ella lo sujeta.

—No, te quedas conmigo —musita—. Te lo he prometido y cumpliré mi promesa. No, no digas nada. Ahora, por favor, vuelve al sofá e intenta dormir un poco. Pensaré el modo de arreglar todo de la mejor manera posible.

Él menea lenta y tristemente la cabeza.

—Eres demasiado buena para mí, Hete. Haré todo lo que digas, pero de verdad, Hete, es mejor que me dejes marchar.

Mas no se marcha. Se deja convencer para quedarse, faltaría más. Ella pensará y lo arreglará todo. Y por supuesto, también con sigue que el destierro al sofá se revoque y regrese a la cama con ella. Rodeado enteramente por su calor maternal, se queda dormido enseguida, esta vez sin llantos.

Ella, sin embargo, yace despierta mucho tiempo. A decir verdad, toda la noche. Escucha la respiración de él, es hermoso volver a escuchar a un hombre respirar a su lado, tenerlo tan cerca en el lecho. Ha estado tanto tiempo sola... Ahora vuelve a tener a alguien a quien cuidar. Su vida ya no estará vacía de contenido. Oh, sí, él acaso le ocasione más preocupaciones de lo razonable. Pero esas preocupaciones, causadas por la persona a la que se ama, son buenas.

Hete decide ser fuerte por los dos. Decide protegerlo de todos los peligros que lo amenazan procedentes de la Gestapo. Hete decide educarlo y convertirlo en un hombre sincero. Hete decide rescatar a su Hans, ay, no, ahora se llama Enno... Hete decide rescatar a Enno de esa otra mujer, la nazi. Hete decide traer orden y limpieza a ese ser que ahora yace junto a ella.

Pero Hete no tiene ni idea de que ese hombre débil que tiene a su lado será lo

bastante fuerte para traer a su vida desorden, sufrimiento, reproches, lágrimas, peligro. Hete no tiene ni idea de que toda su fuerza se ha convertido en nada en el mismo momento en que ha decidido mantener a su lado a Enno Kluge y defenderlo contra el mundo entero. Hete no tiene ni idea de que su persona y el pequeño reino que se ha construido corren el mayor de los peligros.

Capítulo 27

MIEDO Y PAVOR

Desde esa noche han transcurrido dos semanas. A Hete y a Enno Kluge la estrecha convivencia les ha servido para conocerse mejor el uno al otro. Porque el hombre no podía salir de casa por el miedo a la Gestapo. Vivían como en una isla, solo ellos dos. No podían evitarse, cambiar de aires con otras personas. Dependían por completo el uno del otro.

Los primeros días ella ni siquiera permitió a Enno ayudarla en la tienda, en esos primeros días en que aún no tenía la absoluta certeza de que algún agente de la Gestapo rondara la casa. Le había dicho que tenía que permanecer muy callado en la habitación. Que no debía permitir que nadie lo viera. Se quedó un poco sorprendida al ver con qué tranquilidad se tomaba esa declaración; a ella le habría resultado terrible verse condenada a permanecer inactiva en esa angosta habitación. Pero él se había limitado a decir:

—Bueno, entonces me cuidaré un poco.

—¿Y qué harás, Enno? —le había preguntado—. El día así se hace eterno, y yo no puedo ocuparme mucho de ti. Además, darle vueltas a la cabeza no conduce a nada.

—¿Hacer? —había preguntado muy asombrado—. ¿Qué quieres decir? ¿Ah, te refieres a trabajar? —Tenía ya en la punta de la lengua que en su opinión ya había trabajado lo suficiente para una larga temporada, pero aún se mostraba muy cauteloso con ella y por eso añadió—: Claro que me gustaría trabajar. ¿Pero qué puedo hacer en esta habitación? Si dispusiera aquí de un torno... —Y se echó a reír.

—¡Pues yo tengo un trabajo para ti! Mira, Enno.

Hete trajo a la habitación una caja grande abarrotada de todo tipo de semillas. Luego colocó delante de él un tablero, uno de esos de contar monedas como los que se encuentran sobre muchos mostradores de tienda. Y cogió una pluma con el plumín colocado al revés y utilizando esta pluma a modo de pala, comenzó a clasificar las distintas variedades de un puñado de semillas que había vertido sobre el tablero. La pluma iba de un lado a otro con rapidez y habilidad, separando, empujándolo a una esquina, volviendo a separar, mientras explicaba:

—Todo esto son restos de pienso, barridos de los rincones, de bolsas explotadas, lo he reunido desde hace años. Ahora que el pienso es tan escaso me viene muy bien. Lo selecciono...

—¿Y por qué lo seleccionas? ¡Es un trabajo tremendo! Dáselo así a los pájaros, ya se encargarán ellos de seleccionarlo.

—¿Desperdiciando tres cuartas partes del pienso? Además, puede que comieran

pienso que no les sentara bien y muriesen. No, es preciso realizar este pequeño trabajo. Yo lo hacía casi siempre al anochecer y los domingos, en cuanto disponía de tiempo. Un domingo seleccioné casi cinco libras además de efectuar los quehaceres domésticos. Bueno, ahora veremos si bates mi récord. Dispones de mucho tiempo y mientras tanto se puede pensar muy bien. Seguro que tienes mucho que pensar. ¡Inténtalo, Enno!

Le puso en la mano la pequeña palita y observó cómo empezaba a trabajar.

—No eres nada torpe —alabó—. Tienes manos hábiles.

Y un instante después:

—Pero has de prestar más atención, Hans, no, quiero decir Enno. ¡Tengo que acostumbrarme! Mira, ese grano brillante y picudo es mijo, y ese romo, negro y redondo es colza. No debes mezclarlos. Las semillas de girasol es mejor que las saques primero con los dedos, es más rápido que con la pluma. Espera, te traeré recipientes para que coloques lo que termines de seleccionar.

Estaba empeñada en darle trabajo para esos días tediosos. Entonces sonó por primera vez el timbre de la tienda, y desde ese momento ya no se acabaron los clientes, de modo que solo podía visitarlo unos instantes. Entonces lo encontraba soñando delante de su tablero con las semillas. Peor era cuando él, sobresaltado por el ruido de la puerta, se deslizaba furtivo a su puesto de trabajo igual que un niño sorprendido mientras holgazanea.

La mujer comprendió enseguida que él nunca batiría su récord de las cinco libras, que ni siquiera llegaría a las tres. Y que estas tendría que volver a revisarlas ella, tan chapucera era su labor.

Hete se sentía un poco desilusionada, pero le dio la razón cuando él dijo:

—No estás muy satisfecha, ¿verdad, Hete? —sonrió con timidez—. Es que este no es trabajo para un hombre. Dame un auténtico trabajo de hombre, y verás lo que es bueno.

Él tenía razón, claro, y al día siguiente ella no le puso la tabla con las semillas.

—Tendrás que ver cómo pasas el día, pobrecillo —le dijo para consolarlo—. Debe de ser terrible para ti. ¿Por qué no lees un poco? En ese armario tengo muchos libros de mi marido. Espera, voy a abrirlo.

Kluge se hallaba a su espalda mientras ella examinaba las filas.

—Era funcionario del Partido Comunista. Mira, ese Lenin lo salvé por los pelos durante un registro domiciliario. Lo metí dentro de la estufa, y cuando un hombre de las SA estaba a punto de abrir la puerta, le di un cigarrillo y se olvidó. —Lo miró a la cara—. Pero estos libros no son para ti, querido. He de confesarte que yo apenas los he mirado desde la muerte de mi marido. A lo mejor es un error, todos deberíamos preocuparnos por la política. Si todos nosotros lo hubiéramos hecho a su debido tiempo, no habría sucedido lo de los nazis, Walter siempre lo decía. Pero yo solo soy una mujer... —Se interrumpió al darse cuenta de que no la escuchaba—. Ahí abajo hay unas novelas mías.

—Lo que más me gustaría es una auténtica novela de detectives, algo de delitos y de crímenes —explicó Enno.

—Creo que no hay nada de eso. Pero aquí tengo un libro realmente bonito, lo he leído una y otra vez. Raabe, *Crónica de la calle Sperling*. Intenta leerlo, te gustará...

Sin embargo, cuando entraba en la habitación, veía que no estaba leyendo. El libro yacía abierto sobre la mesa, más tarde lo apartó a un lado.

—¿No te gusta?

—Pues no sé... es que, ¿sabes?, todas esas personas son tan buenas que resulta aburrido. Es un libro realmente piadoso. No es libro para un hombre. A nosotros nos gusta algo más emocionante, ¿entiendes...?

—Lástima —dijo ella—. Lástima. —Y volvió a colocar el libro en el armario.

La irritaba entrar ahora en la habitación y ver al hombre sentado, siempre en la misma postura desmadejada, sin pensar en nada. O también dormido, la cabeza apoyada en la mesa. O junto a la ventana, mirando el patio y silbando entre dientes la misma melodía. La irritaba mucho. Siempre había sido una mujer activa, lo era todavía, la vida sin trabajo le habría parecido un sinsentido. Lo que más le gustaba era tener la tienda llena de clientes, momentos en que le habría encantado multiplicarse por diez.

Y ahora ese hombre pasaba diez, doce, catorce horas al día de pie, sentado, acurrucado, tumbado, sin hacer nada, nada en absoluto. ¿Qué le ocurría? Dormía bastante, comía con apetito, no le faltaba de nada, ¡pero no trabajaba! En una ocasión perdió la paciencia y le soltó, irritada:

—¡Deja de silbar siempre la misma melodía, Enno! Llevas seis u ocho horas silbando: «Las niñas pequeñas tienen que irse a dormir...».

Él esbozó una tímida sonrisa.

—¿Te molestan mis silbidos? Bueno, puedo cambiar de tema. ¿Quieres que te silbe la canción de Horst Wessel? Y comenzó: «¡La bandera en alto! Prietas las filas...».

Ella regresó a la tienda sin decir palabra. Esta vez, además de irritarla, la había ofendido gravemente.

Pero eso pasó. No era rencorosa, y además él también se había dado cuenta de que había cometido un error, y para darle una sorpresa le hizo una lámpara nueva para colocarla encima de la cama. Sí, se le daban bien esas cosas; cuando quería era muy mañoso, pero casi nunca quería.

Por otra parte, los días de destierro en la habitación transcurrieron deprisa. La señora Hete se convenció pronto de que ningún espía rondaba el edificio, y Enno pudo echarle una mano en la tienda. Por el momento no podía salir a la calle, pues siempre podía verlo algún conocido. Pero ayudar en la tienda sí que podía, tarea en la que reveló su utilidad y su destreza. Pronto se dio cuenta de que un trabajo monótono realizado durante cierto tiempo le fatigaba, así que ahora le encargaba primero esto, luego aquello.

Pronto lo dejó también atender a la clientela. Se las apañaba bien, era cortés, listo, a veces incluso gracioso a su manera, aunque un poco flojo.

—Ha tenido usted suerte con ese hombre, señora Häberle —decían los clientes antiguos—. ¿Es un pariente?

—Sí, un primo mío —mentía Hete, feliz por la alabanza que tributaban a Enno.

Un día le dijo:

—Enno, hoy quisiera viajar a Dahlem. Ya sabes que la tienda de animales de allí va a cerrar, porque la Wehrmacht ha movilizado al dueño. Puedo comprar sus existencias. Tiene mucho género, sería una gran ayuda para nosotros ahora que la mercancía escasea cada vez. ¿Podrás arreglártelas solo con la tienda?

—¡Por supuesto, Hete, por supuesto! Sin problemas. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Saldré nada más comer, pero no creo que regrese antes de la hora de cierre. Porque además me gustaría pasarme por mi modista...

—Hazlo, Hete. Por mí tienes permiso hasta medianoche. Y no te preocupes por la tienda, la atenderé de maravilla.

La acompañó hasta el metro. Era el descanso de la comida, la tienda estaba cerrada.

Hete sonreía cuando el vagón se puso en marcha. ¡La vida de pareja era otra vida! Era hermoso trabajar en compañía de alguien. Solo entonces sentías de noche verdadera satisfacción. Y él se esforzaba, y de qué manera, por contentarla. Hacía lo que podía. Sin duda no era un hombre enérgico o al menos trabajador, lo reconocía. Cuando había tenido que correr mucho le gustaba retirarse a la habitación, por llena que estuviera la tienda, dejándola sola con la clientela. O después de estar mucho tiempo llamándolo en vano, lo encontraba en el sótano, sentado en el borde de la caja de arena, adormilado, con el cubito medio lleno de arena ante él... ¡y ella llevaba diez minutos esperándolo!

Él se sobresaltaba cuando ella le gritaba con un punto de dureza:

—¿Dónde te has metido, Enno? ¡Estoy hasta las narices de esperar!

Kluge se levantaba de un salto como un escolar asustado.

—Me he dormido un poco —murmuraba con timidez y comenzaba a palear despacio—. En seguida voy, jefa, no volverá a ocurrir.

Intentaba aplacarla con esos pequeños chistes.

No, Enno no era una lumbrera en ningún sentido, lo reconocía, pero hacía lo que podía. Además era agradable, cortés, de trato amable, complaciente, sin vicios visibles. Que fumase algunos cigarrillos de más, eso se lo disculpaba. También a ella le gustaba fumarse uno cuando se relajaba...

Pero aquel día la señora Häberle tuvo mala suerte con sus recados. La tienda de Löbe en Dahlem estaba cerrada cuando llegó, tampoco acertaron a decirle cuándo regresaría el dueño. No, todavía no había sido llamado a filas, pero seguramente ahora tenía muchos trámites que hacer debido a su movilización. La tienda siempre

abría por la mañana a partir de las diez, ¿por qué no lo intentaba de nuevo al día siguiente?

Ella dio las gracias y se fue a su modista. Pero delante de la casa se detuvo asustada. Por la noche había caído una bomba, el edificio era un montón de ruinas. La gente pasaba por delante a toda prisa, algunos giraban deliberadamente la cabeza para no ver el horror de la destrucción o por miedo a no ser capaces de ocultar su amargura, otros muy despacio (la policía se encargaba de que nadie se detuviera), con rostros curiosos que sonreían despreocupados o examinaban la devastación con una mirada sombría, casi amenazadora.

Sí, ahora Berlín entero se refugiaba cada vez más en los sótanos y las bombas, también las temidas bombas incendiarias, caían cada vez con mayor frecuencia. Ahora se citaba cada vez más la frase de Göring: si un bombardero enemigo alcanzaba el Ruhr podrían llamarlo Meier. La noche anterior también Hete había bajado al sótano, sola, porque no quería que Enno fuera considerado su novio oficial con el que convivía. Había oído por encima de ella el zumbido de los aviones, ese ruido que le destrozaba los nervios, igual que cuando un mosquito zumba sin parar. No había oído el ruido de los impactos, su zona no se había visto afectada hasta entonces. La gente decía que los ingleses no querían hacer daño a los trabajadores, sino liquidar a las familias elegantes del oeste...

La modista no era rica, pero ahora le había tocado a ella. La señora Hete Häberle intentó averiguar por un guardia municipal el paradero de la modista, si le había sucedido algo. El guardia lamentó no poder proporcionarle información. Le sugirió que acudiese a la comisaría o preguntase en el siguiente puesto de la Liga de Defensa Aérea.

Pero ahora Hete carecía de sosiego para eso. Por pena que le diera la modista y por mucho que le hubiera gustado conocer su estado, Hete tenía prisa por llegar a casa. Necesitaba convencerse en el acto de que todo iba bien. Era una bobada, ya lo sabía, pero a pesar de todo era así. Tenía que convencerse con sus propios ojos de que allí no había sucedido nada.

Mas por desgracia en la pequeña tienda de animales de la puerta König sí que había sucedido algo. Nada trágico, desde luego, aunque causó una profunda impresión en la señora Häberle, mayor que cualquier otro incidente en muchos años. La señora Häberle encontró bajada la persiana de la tienda, y en ella había un cartel, un cartel con la estúpida inscripción que tanto la irritaba: «Vuelvo enseguida». Y debajo: «Señora Hedwig Häberle».

Que al pie de esa nota figurase encima su nombre, que ella tuviera que ocultar con su buen nombre esa negligencia y olvido del deber, le causó una ofensa tan honda como el abuso de confianza cometido por Enno. Se había marchado furtivamente a sus espaldas, y a sus espaldas habría vuelto a abrir sin advertirle de que le había mentado. Además, qué estúpido, qué tremendamente estúpido, porque era casi seguro que una de sus clientas habituales le preguntaría: «¿Cerró ayer por la tarde? ¿Estuvo

fuera, señora Häberle?».

Entra en su vivienda por el edificio. Después levanta la persiana de su tienda, abre la puerta. Espera hasta que entre el primer cliente, no, ahora no le apetece que entre nadie. Una traición así a sus espaldas... en todo su matrimonio con Walter jamás sucedió algo parecido. Siempre confiaron plenamente el uno en el otro, y jamás ninguno de los dos traicionó la confianza del otro. ¡Y ahora, esto! ¡Y sin que ella le hubiera dado el menor motivo!

Llega la primera clienta, la atiende; pero cuando Hete se dispone a cambiarle un billete de veinte marcos y abre la caja, la encuentra vacía. Había bastante cambio en la caja cuando se marchó, cerca de cien marcos. Se contiene, saca dinero de su monedero, entrega el cambio, ¡listo! Suena la campanilla de la puerta de la tienda.

Sí, ahora le gustaría cerrar y quedarse completamente a solas. Mientras sigue atendiendo a los clientes cae en la cuenta de que en los últimos días en un par de ocasiones le pareció que la caja no cuadraba, que el rendimiento diario debería ser más alto. Entonces ahuyentó, malhumorada, tales pensamientos. Además ¿qué iba a hacer Enno con el dinero? Si no podía salir de casa, si lo tenía siempre a la vista.

Ahora, sin embargo, piensa que el lavabo está a mitad de la escalera y que ha fumado muchos más cigarrillos de los que puede haber traído en su maletita. Sin duda ha encontrado en el edificio a alguien que se los proporciona, comprados en el mercado negro, sin cartilla, a sus espaldas. ¡Cuán cínico y denigrante! ¡Ella le habría proporcionado de mil amores cigarrillos con solo abrir la boca!

Durante esa hora y media hasta la reaparición de Enno, la señora Häberle libra una dura batalla consigo misma. En los últimos días se ha acostumbrado a tener un hombre en casa, a no estar sola, a cuidar de alguien, alguien a quien quiere. Pero si ese hombre es como ahora parece, tiene que erradicar ese cariño de su corazón. Mejor sola que vivir con esa eterna desconfianza y un miedo tan atroz. ¡Ya no podrá doblar la esquina para ir a la verdulería, aterrorizada por la posibilidad de que vuelva a engañarla!

Y entonces Hete recuerda que también tuvo la impresión de que sus cosas no estaban colocadas como siempre en el ropero. No, tiene que hacerlo, tiene que echarlo, hoy mismo, por duro que le resulte. Más adelante aún le costaría más.

Pero entonces piensa que es una mujer entrada en años, que esta quizá sea su última oportunidad de escapar de un ocaso de la vida solitario. Tras esta experiencia con Enno le costará mucho decidirse a intentarlo de nuevo con otro hombre. ¡Tras esta terrible y devastadora experiencia con Enno!

—Sí, vuelve a haber gusanos de la harina. ¿Cuánto quiere, señora?

Enno se presenta media hora antes del cierre. Es significativo del estado de ánimo de Hete que solo ahora piense que él no debía dejarse ver en la calle, dado el peligro tan grande que corría debido a la Gestapo. Hasta ahora no ha podido pensar en eso, tan ocupada estaba con su traición. ¿Pero de qué sirven todas las medidas de precaución si él se marcha sin más ni más durante su ausencia? ¡Quién sabe si lo de la

Gestapo no será también otro engaño...! ¡Tratándose de ese hombre, todo es posible!

Naturalmente, él ya ha visto por la persiana levantada que ella está de nuevo en la tienda. Entra desde la calle, con cuidado y delicadeza serpentea entre los clientes, la sonríe como si nada hubiera pasado, y dice desapareciendo en el cuarto:

—Enseguida vengo a echar una mano, jefa.

Y la verdad es que vuelve enseguida, y obligada a guardar las apariencias delante de los clientes, tiene que hablar con él, darle instrucciones, comportarse como si nada hubiera ocurrido... y sin embargo ¡su mundo se ha venido abajo! Pero no deja que se le note, incluso responde a sus chistecitos endebles de los que hoy tiene abundante provisión, y solo cuando quiere ir a la caja, le advierte con dureza:

—Perdón, de la caja me encargo yo.

Se sobresalta un poco, la mira de reojo con timidez, igual que un perro apaleado, sí, exactamente igual que un perro apaleado, piensa. Pero después se lleva la mano al bolsillo, una sonrisa asoma a su cara, él ha vuelto a superar el golpe.

—¡A sus órdenes, jefa! —Grazna, entrechocando los tacones.

Los clientes se ríen de ese hombrecillo ridículo que pretende dárselas de soldado, pero ella no tiene ganas de reír.

Después se cierra la tienda. Trabajan juntos con ahínco durante hora y cuarto, completamente ocupados en dar de comer y beber y limpiar, al final casi mudos ambos, sin que ella reaccione a los chistes que intenta contarle una y otra vez.

En la cocina Hete prepara la cena. Ha frito en la sartén patatas con tocino, auténticas y deliciosas patatas salteadas. El tocino se lo cambió a una clienta por un queso de leche agria. Se alegra de sorprenderlo con una cena tan rica, porque a él le gusta comer bien. Las patatas están adquiriendo un hermoso tono amarillo dorado.

Pero de pronto apaga la llama de gas de debajo de la sartén, incapaz de esperar más las explicaciones. Va a la habitación, se apoya, oscura y maciza, con la espalda contra la estufa y pregunta con un tono casi amenazador:

—¿Y bien?

Kluge está sentado a la mesa, poniendo el servicio para la cena para los dos, mientras silba ensimismado según su costumbre.

Ante ese «y bien» amenazador, el hombre da un respingo, se levanta y mira hacia la oscura figura de enfrente.

—¿Qué, Hete? —inquire—. ¿Falta mucho para la cena? Tengo un hambre canina.

De la rabia, le gustaría pegar a ese hombre que la cree dispuesta a sufrir en silencio semejante traición. ¡Se siente muy seguro ese caballero por haber dormido con ella en la misma cama! Dominada por una furia completamente inusual, le encantaría sacudir y golpear a ese tipo, una y otra vez.

Pero se controla y repite su «¿y bien?», con tono más amenazador todavía.

—Ah, ya —contesta—. Te refieres a lo del dinero. —Mete la mano en el bolsillo y saca un montón de billetes—. Toma, Hete, son 210 marcos y yo he cogido 92 de la

caja. —Ríe con cierta timidez—. Para que yo también aporte algo a la economía doméstica.

—¿Y cómo has conseguido tanto dinero?

—Hoy por la tarde se celebraba la gran carrera de caballos de Karlshorst. He llegado justo a tiempo de apostar por *Adebar*. *Adebar*, victoria. Porque me gusta apostar a los caballos. Es que entiendo mucho de carreras, Hete —dice con un orgullo poco común en él—. No he apostado los 92 marcos, solamente 50. La cuota era...

—¿Y qué habrías hecho si el caballo no hubiera ganado?

—Pero es que *Adebar* tenía que ganar... no cabía otra posibilidad.

—¿Y si no hubiera ganado?

Ahora es él quien se siente superior a la mujer.

—Oye, Hete, tú no entiendes nada de carreras, pero yo sí —dice sonriendo—. Y si digo que *Adebar* gana, y apuesto encima 50 marcos...

Ella lo interrumpe.

—Has arriesgado mi dinero —replica con dureza—. Eso no lo tolero. Si necesitas dinero, dímelo, no tienes que trabajar conmigo solo por la manutención. Pero sin mi permiso no cogerás de la caja ni un céntimo, ¿entendido?

Ante ese tono de inusitada dureza, vuela a sentirse completamente inseguro. Atribulado (ella sabe que está a punto de echarse a llorar, y se asusta ya de sus lágrimas), replica:

—Pero ¿por qué me hablas así, Hete? Como si solo fuese un trabajador tuyo. Pues claro que no volveré a coger dinero de la caja. Pensaba que te daría una alegría ganando tanto dinero. ¡Cuando además la victoria estaba cantada!

La mujer no entra en la conversación. Para ella el dinero siempre ha sido algo secundario, lo importante es que había defraudado su confianza. Enno cree que está furiosa por el dinero, ¡qué imbécil!

—¿Y por esas apuestas en las carreras has cerrado la tienda sin más? —le pregunta Hete.

—Sí —contesta—. Tú también habrías tenido que cerrarla si yo no hubiera estado aquí.

—Y cuando yo me fui, ¿sabías ya que querías cerrar?

—Sí —responde como un bobo. Y se corrige deprisa—: No, claro que no, o te habría pedido permiso. No se me ocurrió hasta que pasé por el pequeño local de apuestas de la calle Neue König, ya sabes. Al pasar leí los pronósticos, y cuando vi a *Adebar* tan solo, me decidí.

—Ya —dice ella.

No le cree. Eso ya se lo había propuesto antes de dejarla a ella en el metro. Recuerda que esa mañana temprano se había pasado mucho rato haciendo crujir el periódico y después haciendo cálculos en un papel, cuando los primeros clientes ya habían entrado en la tienda.

—Ya —repite—. Y entonces te vas sencillamente a pasear por la ciudad, cuando

habíamos quedado en que te dejarías ver por la calle lo menos posible por culpa de la Gestapo, ¿verdad?

—Tú también permitiste que te acompañase hasta el metro.

—Entonces estábamos juntos. Y yo había dicho expresamente que era una prueba. Eso no significa que te pases medio día zascandileando por la ciudad. ¿Dónde has estado?

—En un pequeño local conocido de antaño, eso es todo. Allí no entra nunca nadie de la Gestapo, solo lo frecuentan corredores de apuestas y apostadores.

—¡Todos los cuales te conocen! Y contarán por todas partes: ¡Hemos visto a Enno Kluge en tal y tal sitio!

—Pero la Gestapo también sabe que tengo que estar en alguna parte, aunque ignora dónde. El local está muy lejos de aquí, en Wedding. ¡Y allí no había ningún conocido que pudiera delatarme!

Habla con fervor y bondad; de creerle, parece tener toda la razón. Él no entiende hasta qué punto ha traicionado la confianza de la mujer, ni qué lucha libra consigo misma por su culpa. Cogerle dinero... para darle una alegría. La tienda cerrada... ella también lo habría hecho. Se fue a un local... estaba muy lejos, en Wedding. ¡Pero que ella se hubiera asustado por amor, de eso Kluge no entendía nada, eso no le cabía en la cabeza!

—Bueno, Enno, ¿eso es todo lo que tienes que decir? ¿O no? —le pregunta.

—¿Qué más quieres que diga, Hete? Veo que estás muy descontenta de mí, pero la verdad es que no creo haber hecho tantas cosas mal. —Llegaron las temidas lágrimas—. ¡Ay, Hete, por favor, vuelve a ser buena conmigo! ¡Te aseguro que te lo preguntaré todo antes! Pero vuelve a ser buena conmigo. Esto no lo resisto...

Pero esta vez ni las lágrimas ni los ruegos surtieron efecto. Algo en ellos sonaba a falso. Casi sentía asco por ese hombre lloriqueante.

—Primero tengo que pensarlo muy bien, Enno —le comunicó con tono de rechazo—. Tú no parece entender la profunda decepción que ha sufrido mi confianza.

Y pasó a su lado en dirección a la cocina, a seguir friendo las patatas. Así que ya le había ofrecido una explicación. ¿Y qué le había aportado? ¿Había aclarado la situación, propiciado una decisión?

¡Qué va! Solo había probado que ese hombre no sentía el menor asomo de culpabilidad. Que mentía sin escrúpulos cuando la situación parecía exigirlo, sin importarle un pimiento a quién mentía.

No, ese hombre no era el hombre adecuado para ella. Tenía que terminar con él. Aunque una cosa estaba clara, esa noche ya no podía ponerlo en la calle. Ni siquiera era consciente de haber hecho nada malo. Era como un perro joven que muerde un par de zapatos y no comprende por qué le pega su amo.

No, tenía que darle uno o dos días de tiempo para buscar otro alojamiento. Si mientras tanto caía en manos de la Gestapo... correría ese riesgo. Él también lo

corre... ¡por apostar a una carrera de caballos! No, tiene que librarse de él, jamás podrá volver a confiar en él. Tiene que vivir solo para ella, desde ahora hasta el día de su muerte. Y este pensamiento la aterroriza.

Pero pese a su miedo, después de cenar le dice:

—Enno, he estado reflexionando y debemos separarnos. Eres un hombre simpático y cariñoso, pero tú ves el mundo con ojos muy distintos a los míos, a la larga no nos llevaríamos bien.

Él la mira fijamente mientras ella, para corroborar sus palabras, le prepara la cama en el sofá. Al principio no da crédito a sus oídos, después empieza a llorar:

—¡Ay, Dios mío, no puedes hablar en serio, Hete! ¡Con lo que nos queremos! ¡No puedes desear echarme a la calle y en brazos de la Gestapo!

—¡Vamos! —replica Hete intentando tranquilizarse—. Lo de la Gestapo no será ni la mitad de terrible, o no te habrías pasado media jornada caminando por la ciudad.

Él cae de rodillas. De veras, se desliza hacia ella de rodillas. El miedo le ha hecho perder el juicio.

—¡Hete, Hete! —grita y solloza—. ¿Pretendes matarme? ¡Tienes que dejar que me quede aquí! ¿Adónde voy a ir? Ay, Hete, quíereme un poquito, soy tan desgraciado...

Sollozos y gritos, un perrillo dando gañidos de miedo.

Quiere rodear sus piernas, intenta coger sus manos. Ella huye a su dormitorio, corre el cerrojo de la puerta. Pero durante toda la noche lo oye empujar la puerta, probar el picaporte, lloriquear, suplicar...

La mujer yace en completo silencio, haciendo acopio de toda su fuerza para no ceder, para no dejarse ablandar por su propio corazón y por los ruegos de ahí fuera. Se mantiene firme en su decisión de no continuar viviendo con él.

Durante el desayuno se sientan uno enfrente del otro con la cara pálida, faltos de sueño. Apenas cruzan una palabra. Se comportan como si esa disputa no hubiera existido jamás.

Sabe a qué atenerse, piensa ella, y si hoy no se busca habitación, mañana por la noche tendrá que abandonar mi casa. Mañana a mediodía se lo repetiré. ¡Tenemos que separarnos!

Oh, sí, la señora Hete Häberle es una mujer valiente y honrada. Y si a pesar de todo no pone en práctica su decisión, si no echa a Enno de su lado, no se debe a ella, sino a personas que todavía no conoce. Por ejemplo, al comisario Escherich y al señor Barkhausen.

Capítulo 28

EMIL BARKHAUSEN HACE ALGO DE PROVECHO

Mientras Enno Kluge y la señora Häberle acordaban una convivencia que se rompió tan deprisa, el comisario Escherich había atravesado una época muy dura. Se había negado a ocultar a Prall, su superior, que Enno Kluge había vuelto a escapar de sus secuaces sin dejar rastro, sumergiéndose en el océano de la gran ciudad.

El comisario Escherich había aceptado resignado la granizada de insultos por esa confesión: era un idiota, un incompetente, lo meterían en la cárcel, un vago que en casi un año no había sido capaz de atrapar a un estúpido escritor de postales.

¡Y cuando da con el rastro, vuelve a dejar al tipo en libertad, menudo imbécil! En realidad el comisario Escherich había sido cómplice de alta traición, y si en el plazo de una semana no presentaba al tal Enno Kluge ante el *Obergruppenführer*, también procederían contra él.

Sí, el comisario Escherich escuchó resignado esos insultos. Pero ejercieron un extraño efecto sobre él: a pesar de que sabía de sobra que el tal Enno Kluge no tenía que ver lo más mínimo con las postales, que no podía ayudarlo a detener al verdadero autor, a pesar de eso el interés del comisario se concentró casi exclusivamente en la detención del pequeño e insignificante Enno. La verdad es que también le resultaba demasiado irritante que esa garrapata, con la que había querido entretener a sus superiores, se le hubiera escurrido de entre los dedos. Esa semana el Duende había sido de lo más aplicado: tres postales suyas habían acabado en el escritorio del comisario. Pero, por primera vez desde que investigaba ese caso, a Escherich no le importaban nada las postales ni su autor. Olvidó incluso marcar con banderitas en el plano de Berlín los lugares del hallazgo.

No, primero quería tener en su poder al tal Enno Kluge, y lo cierto es que el comisario Escherich hacía esfuerzos inusitados por capturar a ese hombre. Viajó incluso a Ruppín, para entrevistarse con Eva Kluge, equipado para cualquier eventualidad con una orden de detención contra ambos. Pero no tardó en comprender que esa mujer ya había roto con él y sabía muy poco de su vida durante el último año.

Contó al comisario lo que sabía, ni muy complaciente ni reacia, con absoluto desinterés. A esa mujer le resultaba a todas luces indiferente el destino de ese hombre, lo que hubiera hecho o dejado de hacer. El comisario se enteró por ella de los nombres de dos o tres locales que Enno Kluge frecuentaba antes, supo de su pasión por las apuestas a las carreras y conoció la dirección de una tal Tutti Hebekreuz, de la que en cierta ocasión llegó una carta a su domicilio. En ella acusaba a Enno de haberle robado dinero y cartillas de racionamiento. No, la última vez que vio a ese hombre la señora Kluge no le entregó la carta ni le habló de ella. Solo

memorizó las señas por casualidad, como carterera tenía una memoria excelente para las direcciones.

El comisario Escherich regresó a Berlín equipado con estos nuevos datos. Fiel a su máxima de hacer preguntas pero no contestar a ninguna, de no transmitir información de ningún tipo, fiel a su máxima, pues, se guardó de mencionar a la señora Eva Kluge el procedimiento que se había iniciado contra ella en Berlín. Eso a él le importaba un bledo. Así pues, aunque no se trajo mucho a casa, sí que había conseguido la pista de una pista por así decirlo... y podía demostrar a Prall que actuaba, que no se limitaba a esperar. Eso era lo único que les importaba a los mandamases, que se hiciera algo, aunque fuera equivocado, como en todo el caso Kluge. Pero los jefazos no soportaban la espera.

Las pesquisas sobre la Hebekreuz no dieron el menor fruto. Había conocido a Kluge en un café, sabía dónde trabajaba. Durante unas semanas se había alojado en dos ocasiones en su casa, sí, era cierto, lo había denunciado por apoderarse de dinero y de cartillas de racionamiento. Pero Enno lo había aclarado en su segunda visita: las había robado otro inquilino, no él.

Después volvió a largarse sin decir palabra, seguramente a casa de alguna mujer, así vivía Enno. No, ella nunca había tenido nada con él, faltaría más. No, no tenía ni idea de adónde se había ido. Pero allí, en esa zona, seguro que no estaba, pues de lo contrario hacía mucho que habría tenido noticias suyas.

En las dos tabernas lo conocían por el nombre de Enno, sí. Estuvo mucho tiempo sin dejarse ver, pero siempre volvía. Sí, señor comisario, no haremos el menor comentario. Somos mesoneros respetables, a nuestro establecimiento solo acude gente decente interesada por el noble deporte ecuestre. Lo avisaremos inmediatamente en cuanto aparezca por aquí. ¡Heil Hitler, señor comisario!

El comisario Escherich encargó a diez hombres que preguntasen por Enno Kluge a todos los corredores de apuestas y taberneros del norte y del este de Berlín. Y mientras Escherich esperaba los resultados de esta medida, le aconteció la segunda cosa notable: de repente le pareció que no había que descartar que el tal Enno Kluge tuviera algo que ver con las postales. En torno a ese individuo erraban como fantasmas demasiados hechos extraños y conectados entre sí: la postal encontrada en la consulta del médico, y luego la mujer, primero nazi fervorosa y después con esa súbita prisa por abandonar el Partido, seguramente porque la conducta del hijo en las SS no gustaba a la madre. Todo lo que rodeaba a ese tipo terminaba de algún modo en lo político, y justamente a él. Escherich lo había considerado hasta hace poco un hombre al que la política le resultaba completamente indiferente. A lo mejor Enno Kluge era mucho más taimado de lo que el comisario pensaba, a lo mejor tenía otras cosas que ocultar además de esa postal, pero parecía casi seguro que algo ocultaba.

Así lo confirmó también el ayudante Schröder, con quien el comisario volvió a analizar el caso despacio y con absoluta minuciosidad para refrescar su memoria. También Schröder había tenido la impresión de que algo no encajaba en Kluge, que

escondía algo. Bueno, ya se vería, en ese asunto pronto habría novedades. El comisario lo presentía, y en esas ocasiones su olfato pocas veces lo engañaba.

Y en esta tampoco lo engañó. En esos días de amenaza y disgustos comunicaron al comisario que un tal Barkhausen solicitaba hablar con él.

¿Barkhausen?, se preguntó el comisario Escherich. ¿Barkhausen? ¿Quién demonios es ese Barkhausen? Ah, sí, ya sé, ese soplón de tres al cuarto que denunciaría a su madre por cuatro perras.

Y en voz alta:

—Que pase.

Cuando entró Barkhausen, le soltó:

—Si quiere hablarme de los Persicke, ya puede dar media vuelta.

Barkhausen clavó los ojos en el comisario y calló. Se comportó como si a pesar de todo se propusiera hablar de los Persicke.

—¡Vamos! —exclamó el comisario—. ¿Por qué no da media vuelta, Barkhausen?

—Persicke robó la radio de la señora Rosenthal, señor comisario —dijo con tono de reproche—. Ahora lo sé con certeza, he...

—¿La señora Rosenthal? —preguntó Escherich—. Esa es la vieja judía que se tiró por la ventana en la calle Jablonski, ¿verdad?

—Así es —confirmó Barkhausen—. Y él le robó la radio, mejor dicho, ella ya estaba muerta, pero de la vivienda...

—Le diré una cosa, Barkhausen —explicó Escherich—. He discutido este caso con el comisario Rusch. Si no deja usted de intrigar contra los Persicke, lo trataremos a patadas. No queremos oír ni una palabra más de esta historia... ¡y de usted menos todavía! Es usted la última persona que debería hurgar en este asunto. ¡Sí, usted, Barkhausen!

—Pero es que él robó la radio —insistió Barkhausen con esa tozuda obstinación que confiere el puro odio—. Y yo puedo demostrarlo de manera fehaciente...

—¡Fuera de aquí, Barkhausen, o haré que lo conduzcan al sótano!

—Entonces iré a la plaza Alexander, a Jefatura —anunció Barkhausen profundamente ofendido—. Lo que es de justicia, es de justicia, y un robo es un robo...

Pero Escherich estaba pensando en otra cosa, en concreto en el caso Duende, que ocupaba casi de continuo sus pensamientos. Ya no prestaba atención a ese idiota.

—Dígame, Barkhausen, usted conocerá a un montón de gente y frecuentará mucho las tabernas, ¿no? ¿No conocerá por casualidad a un tal Enno Kluge?

Barkhausen, que olfateaba un buen negocio, contestó todavía malhumorado:

—Conozco a un tal Enno. Si se apellida Kluge, lo desconozco. En realidad, siempre pensé que Enno era su apellido.

—¿Un hombre bajo, delgado, pálido, silencioso y tímido?

—Ese podría coincidir con el mío, señor comisario.

—¿Gabán claro, gorra deportiva con grandes cuadros marrones?

—Ese es su aspecto.

—¿Eternamente enredado en historias con mujeres?

—Al mío no le conozco historias con mujeres. El lugar donde lo he visto no lo frecuentan mujeres.

—Apostador a los caballos.

—Cierto, señor comisario.

—Locales: ¿Los Rezagados y Antes de la Salida?

—El mismo, señor comisario. ¡Su Enno Kluge es el que yo conozco como Enno!

—¡Tiene que encontrarlo para mí, Barkhausen! ¡Olvídese de todo ese estúpido lío de los Persicke, que acabará costándole su ingreso en un campo de concentración! ¡Averigüe dónde se oculta Enno Kluge!

—¡Pero ese no es presa para usted, señor comisario! —exclamó Barkhausen con desdén—. Es un don nadie. ¡Un desgraciado, eso es lo que es! ¿Qué va a hacer con semejante idiota, señor comisario?

—¡Deje que yo me ocupe de eso, Barkhausen! ¡Si agarro a Enno Kluge por mediación suya, se habrá ganado quinientos marcos!

—¿Quinientos marcos, señor comisario? ¡Ni diez Ennos de los míos valen esa suma! Eso debe de ser un error.

—Es posible que se trate de un error, pero eso no le incumbe, Barkhausen. Usted recibirá sus quinientos... ¡sea lo que sea!

—Entonces de acuerdo. Si usted lo dice, intentaré localizar a Enno. Pero solo le mostraré al hombre, no lo traeré aquí. Yo no hablo con tipos como ese...

—¿Qué os traéis los dos entre manos? Porque tú no eres tan melindroso, Barkhausen. Seguro que os habéis comido juntos algún marrón. Pero no quiero inmiscuirme en vuestros delicados secretos, lárgate, Barkhausen, y encuéntrame a Kluge.

—Quisiera pedirle un pequeño anticipo, señor comisario. No, un anticipo, no —se corrigió—, dinero para mis gastos.

—¿Y qué gastos tienes tú, Barkhausen? Me gustaría saberlo.

—Tendré que coger el metro, recorrer todas las tabernas habidas y por haber, pagar una cerveza aquí, una ronda allá, y eso cuesta dinero, señor comisario. Creo que con cincuenta marcos bastará.

—Claro, hombre. Cuando el poderoso Barkhausen sale de paseo, todo el mundo espera que invite a algo. Toma, te daré diez marcos, y ahora lárgate de una vez. ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que hablar contigo?

Lo cierto es que Barkhausen opinaba que un comisario no tenía otra cosa que hacer que tirar de la lengua a la gente y ordenar a otros que trabajen para él. Pero se guardó muy mucho de comentarlo. Y mientras se dirigía hacia la puerta, dijo:

—Pero si le consigo a Kluge, tendrá usted que ayudarme también con los Persicke. Esos hermanos me han cabreado demasiado...

Escherich se puso de un salto detrás de él, lo agarró por el hombro y le puso el

puño debajo de la nariz.

—¿Ves esto? —gritó iracundo—. ¿Quieres tragarte esto, perro asqueroso? Una palabra más sobre los Persicke y te mando al búnker, aunque todos los Enno Kluge del mundo corraen libres por ahí.

Y lo sorprendió propinándole un golpe en el trasero con la rodilla, de forma que salió disparado al pasillo como una bala de cañón y se chocó con un ordenanza de las SS que le propinó otra enérgica patada...

El ruido que provocaron los dos golpes llamó la atención de dos guardianes de las SS apostados en el rellano de la escalera. Estos recibieron al tambaleante Barkhausen y lo tiraron escaleras abajo, igual que un saco de patatas, sin importarles adónde iba a parar.

Y cuando Barkhausen se quedó tumbado abajo gimiendo y sangrando un poco, pero solo un poco, completamente atontado por la caída, el guardia siguiente lo agarró por el cuello chillando:

—¿Oye, cerdo, es que quieres ponernos perdido este hermoso suelo? —Y arrastrándolo hacia la salida, lo echó a la calle.

El comisario Escherich contempló, complacido, el comienzo de esa caída, hasta que la escalera la ocultó de su vista.

Los que pasaban por la calle Prinz-Albrecht, temerosos, evitaban mirar al desgraciado que yacía en medio de la suciedad, concedores de qué peligroso edificio había sido expulsado. Quizá fuera ya delito mirar de manera compasiva a ese accidentado, y desde luego cualquier posible ayuda era impensable. Pero el guardián que, arrastrando los pies, reapareció ahora en la salida, advirtió:

—Como dentro de tres minutos sigas deshonrando nuestra fachada, te voy a meter prisa, cerdo, y ¡te vas a enterar!

Eso bastó. Barkhausen se levantó con esfuerzo y, con los miembros pesados y doloridos, se dirigió tambaleándose hacia su casa. Pero por dentro ardía de rabia, de odio y de impotencia, y ese odio lo quemaba más de lo que le dolían sus heridas. Estaba firmemente decidido a no mover un dedo para ese canalla de comisario. ¡Que buscase solo a su Enno Kluge!

Al día siguiente, sin embargo, cuando la ira se había mitigado un poco y comenzó a escuchar de nuevo la voz de la razón, se dijo que, primero, había recibido diez marcos del comisario Escherich, por lo que estaba obligado a trabajar por ellos o recibiría sin falta una denuncia por fraude. Y segundo, no era nada bueno enemistarse con gente tan importante. Ellos ostentaban el poder, y los seres vulgares tenían que doblegarse. Al fin y al cabo lo de la expulsión del día anterior había acaecido de un modo fortuito. Si no hubiera chocado contra el ordenanza, todo habría transcurrido de manera apacible. Ellos debieron de considerarlo un chiste, y si Barkhausen hubiera visto que trataban así a otra persona, se habría reído a mandíbula batiente, por ejemplo de cierto Enno Kluge expulsado de idéntica manera.

Sí, esa era la tercera razón por la que Barkhausen prefería cumplir el encargo: le

permitiría jugarle una mala pasada a Enno Kluge, que con su estúpida borrachera le había chafado un buen negocio.

Así que Barkhausen, con los huesos doloridos, pero rebosante de buenas intenciones, se encaminó a esos dos locales que también había visitado el comisario Escherich, y a unos cuantos más. No preguntó por Enno a los taberneros, se limitó a permanecer repanchigado, tomando despacio, en más de una hora, una cerveza, hablando también de caballos, de los que, gracias a mantener siempre los oídos bien abiertos, sabía algo (aunque la pasión por las apuestas le resultaba ajena), y después se dirigió al siguiente local para hacer lo mismo. Le sobraba paciencia, Barkhausen podía pasarse así días enteros, no le importaba.

Pero no necesitó tener mucha paciencia, porque al segundo día vio a Enno en el local Los Rezagados. Presenció el triunfo del esmirriado con el caballo *Adebar* y sintió una intensa envidia por la potra que tenía semejante idiota. Además lo asombró el billete de cincuenta marcos que Kluge había entregado al corredor de apuestas. Barkhausen se olió en el acto que no lo había conseguido trabajando. ¡Ese mosquita muerta tenía que haberse montado una vida muy cómoda!

Como es natural, los señores Barkhausen y Kluge no se reconocieron, ni siquiera se miraron.

Menos lógico fue que el dueño del local no telefonease al comisario Escherich a pesar de su firme promesa. Y es que así eran las cosas, la gente temía a la Gestapo y vivía en un miedo permanente, pero prestarle apoyo era harina de otro costal. No, por otro lado tampoco fue tan lejos como para prevenir a Enno Kluge, pero al menos no lo delató.

El comisario Escherich, sin embargo, no olvidó esa llamada no realizada. Dio parte de ello a determinado departamento, tras lo cual al tabernero se le abrió una ficha en la que figuraban las palabras «indigno de confianza». Un día, tarde o temprano, el tabernero sabría lo que significaba que la Gestapo no te considerase digno de confianza.

De ambos caballeros, Barkhausen fue el primero en abandonar el local. Pero no fue lejos, pues se plantó detrás de una columna anunciadora, donde esperó con total tranquilidad la salida del alfeñique. Barkhausen era un espía que no perdía de vista a su víctima tan fácilmente, y a Kluge menos todavía. Logró incluso apretujarse en el metro en el mismo vagón que él, y a pesar de la altura de Barkhausen, Enno Kluge no lo vio.

Enno Kluge pensaba en su triunfo con *Adebar*, en el dinero que por fin volvía a llenar su bolsillo, y después pensó en Hete, con quien se daba tan buena vida. Con cariño y emoción recordó a la bondadosa mujer madura, pero no pensó que le había mentido y robado pocas horas antes.

Desde luego, cuando llegó a la tienda y vio que la persiana estaba levantada y que ella estaba trabajando de nuevo en la tienda, y que seguramente se había tomado a mal su escapada, su buen humor se esfumó. Sin embargo, entró en la tienda con el

fatalismo con que la gente de su condición se somete incluso a la mayor adversidad, y afrontó el rapapolvo que se le venía encima. A nadie puede asombrar que, enfrascado en tales pensamientos, no prestase demasiada atención al hombre que le pisaba los talones.

Barkhausen vio a Kluge desaparecer en el interior de la tienda. Se mantenía a distancia prudencial en un portón, porque supuso que Kluge quería comprar algo y no tardaría en salir. Pero los clientes iban y venían, entraban y salían, y Barkhausen empezó a ponerse nerviosísimo. ¡Anda que como se le hubiera pasado por alto la salida de Kluge... ya sentía completamente seguros los quinientos pavos en su bolsillo, esa misma noche!

En ese momento la persiana descendió con gran estrépito, y tuvo la certeza de que Enno se había escaqueado de algún modo. A lo mejor se había dado cuenta de que lo seguían, había entrado con cualquier pretexto en la vivienda a través de la tienda y había vuelto a salir por la puerta del edificio. Barkhausen maldijo su estupidez por no haber vigilado también la puerta de la casa. ¡No había dejado de clavar los ojos en la puerta de la tienda, qué imbécil había sido!

Bueno, aún quedaba la posibilidad de volver a encontrar en el local a Enno al día siguiente o al otro. Ahora que había hecho su agosto gracias a *Adebar*, su obsesión por las apuestas no le daría tregua. Acudiría a diario y apostaría hasta gastarse todo el dinero. Un pencho como *Adebar* no corría todas las semanas, y cuando corría no apostaban por él. Enno no tardaría en perder hasta el último céntimo.

De camino hacia su casa, Barkhausen pasó cerca de la pequeña tienda de animales. Entonces a través del escaparate (únicamente estaba bajada la persiana de la puerta de la tienda) vio de repente que en la tienda permanecía encendida una luz solitaria y, aplastando la nariz contra el cristal y atisbando por encima de los acuarios y entre las pajareras, divisó a dos figuras que continuaban trabajando en el interior: una vieja que parecía un enorme pudín y, según una certera estimación, en la edad más peligrosa, y con ella su amigo Enno. Este, en mangas de camisa y con un delantal azul, llenaba laboriosamente escudillas de comida, vertía agua y limpiaba a un scotch.

¡Pero qué suerte tenía el idiota de Enno! ¿Qué veían las mujeres en él? Él, Barkhausen, estaba empantanado con la Otti y cinco arrapiezos, y un vejestorio como ese conseguía instalarse en toda una tienda de animales al completo, con una mujer, peces y pájaros.

Barkhausen escupió con desprecio. ¿Qué mundo asqueroso era ese que privaba de todo lo bueno a Barkhausen para regalárselo a semejante cretino?

Pero cuánto más miraba Barkhausen, más claramente comprendía que la pareja de ahí dentro no estaba viviendo un idilio amoroso. Apenas hablaban entre ellos, casi no se miraban y era muy posible que el pequeño Enno Kluge fuera un simple empleado que ayudaba a la mujer a ordenar la tienda. En ese caso debería salir de la vivienda sin excesiva tardanza.

Barkhausen volvió a retirarse a su puesto de observación en el portón. Como la persiana enrollable estaba bajada, Kluge saldría por la puerta del edificio, así que Barkhausen la vigiló. Pero la luz de la tienda se había apagado y Kluge seguía sin aparecer. Entonces Barkhausen optó por arriesgarse. A pesar del peligro de encontrarse a Enno en la escalera, se deslizó al interior de la casa.

Barkhausen anotó primero en su cerebro el nombre «H. Häberle» y después salió al patio. Y mira, tuvo suerte, ya habían encendido la luz a pesar de que apenas había oscurecido, y mirando por un estor que colgaba torcido Barkhausen consiguió abarcar a la perfección toda la estancia. Pero lo que vio le sorprendió tanto que casi se asustó.

Porque su amigo Enno, arrodillado en el suelo, se arrastraba de rodillas detrás de la mujer gorda que retrocedía paso a paso levantándose ligeramente las faldas con temor. El pequeñín de Enno tenía los bracitos levantados y parecía llorar y proferir voces lastimeras.

¡Menuda parejita!, pensó Barkhausen, que, entusiasmado, bailoteaba, inquieto, en su puesto de observación. ¡Menuda parejita; si así es como abrís el apetito para la noche, estamos listos, pedazo de ridículos! En ese caso me quedaré complacido media noche observándoos.

Pero entonces la puerta se cerró de golpe detrás de la vieja, y Enno se quedó delante de ella, subiendo y bajando el picaporte sin dejar de lloriquear y suplicar.

A lo mejor se trata de un pequeño prelude festivo para la noche, pensó Barkhausen. A lo mejor se han peleado, o Enno quiere algo que ella no le da, o quizá la mujer ya no quiere saber nada de ese viejo gallo enamorado... ¿A mí qué me importa? En cualquier caso se quedará aquí esta noche, ¿para qué si no le habrían preparado una camita tan blanda en el sofá?

Enno Kluge se encontraba justo delante de la camita de marras. Barkhausen percibía con total claridad la cara de su antiguo compinche. Su expresión era asombrosa. Momentos antes lloros y lamentos, y ahora ese hombre sonreía con sarcasmo, contemplaba la puerta, volvía a sonreír...

¡Así que estaba haciendo teatro ante la vieja! ¡Bueno, chico, en ese caso, que tengas suerte! Pero me temo que Escherich te escupirá en la sopa.

Kluge encendió un cigarrillo y se dirigió directamente hacia la ventana por la que espiaba Barkhausen. Este se apartó asustado... la persiana de la ventana bajó, y Barkhausen pudo abandonar con tranquilidad su puesto de observación esa noche. Ya no cabía esperar grandes emociones, al menos ya no podría presenciarlas. Pero por esa noche tenía seguro a Enno...

En realidad había acordado con el comisario Escherich que Barkhausen lo llamaría en cuanto descubriera a Enno Kluge, fuera de día o de noche. Pero a medida que Barkhausen se alejaba de la puerta König, cada vez lo asaltaban más dudas sobre si una llamada inmediata era lo más indicado y lo más beneficioso, para Barkhausen, claro. Se le había ocurrido que ese asunto se componía de dos partes, y por tanto podía sacar beneficio de ambas.

Tenía seguro el dinero de Escherich, así que ¿por qué no intentar obtener también algo de Enno Kluge? Ese chavalote había tenido en la mano un billete de cincuenta marcos que se había convertido en más de doscientos gracias a la victoria de *Adebar*... ¿Por qué no podía quedarse Barkhausen también con esa suma? Eso no perjudicaría a Escherich, que tendría a su Enno a pesar de todo, ni tampoco a Enno, porque los de la Gestapo le quitarían la pasta de todos modos. ¿Entonces?

Y luego estaba esa gorda detrás de la que Enno se había arrastrado de rodillas de un modo tan ridículo. Seguro que tenía dinero, quizá incluso mucho. La tienda parecía buena, contenía aún mercancía abundante y no parecían faltarle clientes. No, esos lloriqueos y ese arrastrarse de Kluge no indicaban precisamente que los dos estuvieran de acuerdo en todo, eso no, pero ¿quién entrega un amante a la Gestapo, aunque lo haya mandado a paseo? El hecho de que la vieja cobijase todavía en su casa a Enno, pese al rechazo, de que le hubiese preparado un lecho para pasar la noche en el sofá, demostraba que aún sentía algo por él. Y si todavía sentía algo por ese viejo canoso, pagaría, puede que no mucho, pero algo sí. Y Barkhausen no estaba dispuesto a dejar escapar ese algo.

Cuando los pensamientos de Barkhausen llegaron a este punto —y durante su camino de regreso a casa y de noche, acostado al lado de Otti, fueron más lejos todavía—, le invadió un ligero temor, pues cayó en la cuenta de que se proponía emprender un juego muy peligroso. Sin duda el tal Escherich no era hombre que tolerase arbitrariedades, esos jefes de la Gestapo no eran así, y para él enviar a un hombre al campo de concentración era la cosa más sencilla del mundo. Y Barkhausen tenía pánico al campo de concentración.

De todos modos, estaba tan contaminado por esas ideas delictivas y su moral, que se dijo con tozudez que si un asunto podía dar mucho juego, tenía que darlo, así eran las cosas. Y no había duda de que ese asunto de Enno podía dar juego. Barkhausen decidió consultarlo con la almohada. A la mañana siguiente sabría si acudir enseguida a ver a Escherich o si se pasaba antes a echar un vistazo a Kluge. Ahora, a dormir...

Pero en lugar de dormir, pensó que esa empresa requería más de una persona. Necesitaba disponer de cierto margen de acción. Si iba a ver a Escherich, por ejemplo, dejaría a Enno sin vigilancia. O mientras apretaba las tuercas a la gorda, era probable que se le escapase Enno. No, uno era demasiado poco. Pero no había otro en quien pudiera confiar, aparte de que ese otro exigiría su parte en el negocio. Y Barkhausen no estaba para repartos.

Al final se le ocurrió que entre sus cinco mocosos figuraba un chaval de trece años, que tal vez incluso fuera suyo. Siempre había tenido la sensación de que ese crío con el distinguido nombre de Kuno-Dieter podría ser suyo, a pesar de que Otti siempre había afirmado que era de un conde, un terrateniente de Pomerania. Pero Otti siempre había sido una fanfarrona, como demostraba el mero nombre del chico, copiado de su supuesto padre.

Con un profundo suspiro Barkhausen decidió llevarse al chico como espía de

reserva. Eso solo le costaría una pequeña bronca con Otti y unos marcos para el chico. Entonces los pensamientos de Barkhausen comenzaron de nuevo a girar sobre todo ese asunto y poco a poco se fueron tornando cada vez más confusos hasta que se quedó dormido.

Capítulo 29

UN BONITO CHANTAJE

Ya hemos dicho que la señora Hete Häberle y Enno Kluge desayunaron aquella mañana casi sin cruzar palabra y trabajaron en la tienda, pálidos ambos por una noche pasada casi en vela y muy enfrascados en sus pensamientos. La señora Häberle pensaba que Enno tenía que abandonar a todo trance su casa al día siguiente; Enno, que por nada del mundo permitiría que lo echase.

En ese silencio entró el primer cliente, un hombre alto que dijo a la señora Häberle:

—Perdone, tiene usted unos periquitos en el escaparate. ¿Cuánto costaría una pareja? Pero tiene que ser una parejita, a mí siempre me han gustado las parejitas...

—Y Barkhausen giró la cabeza, y con fingido asombro, con asombro deliberadamente mal fingido, llamó a Kluge que en ese momento pretendía desaparecer a la chita callando en la trastienda—. ¡Pero si eres tú, Enno! ¡Demonios! ¡Hombre, hablo, miro, pienso, ese no puede ser Enno! ¿Qué va a hacer Enno en un zoo tan pequeño como este? ¡Y resulta que eres tú, compañero! ¿Cómo va esa vida, colega?

Enno, con el picaporte en la mano, se ha quedado petrificado en el sitio, incapaz de escapar y de responder.

Hete, sin embargo, mira con los ojos como platos a ese hombre alto que habla a Enno con tanta amabilidad, sus labios empiezan a temblar y se le aflojan las rodillas. Así que ese era el peligro, así que no todo lo que había contado Enno sobre el acoso al que lo sometía la Gestapo era mentira. Porque no duda ni un segundo que ese hombre de rostro tan cobarde como brutal es un espía de la Gestapo.

Pero ahora que ese peligro se ha materializado, solo tiembla el cuerpo de Hete. Su mente serena le dice: Ahora, en este peligro, no puedes de ningún modo dejar a Enno en la estacada, sea él como sea.

Y a ese hombre de mirada penetrante que vaga por todas partes, que parece un auténtico soplón, Hete le pregunta:

—¿Desea tomar una taza de café con nosotros, señor... cuál es su nombre?

—Barkhausen. Emil Barkhausen —se presentó el espía—. Soy un viejo amigo de Enno, un amigo del deporte. Señora Häberle, ¿qué me dice del magnífico golpe que dio Enno ayer con *Adebar*? Nos vimos en la taberna... ¿acaso no se lo dijo?

Hete lanzó una mirada fugaz a Enno. Allí seguía, con la mano encima del picaporte, igual que cuando lo había sorprendido la familiar perorata de Barkhausen. Un hombre desvalido, atemorizado. No, no le había contado nada del encuentro con ese viejo conocido, había comentado incluso que no había visto a ningún conocido.

Así que le había mentado nuevamente... y lo había hecho en su propio perjuicio, porque ahora estaba claro que ese espía había encontrado el refugio que tenía en su casa. Si anoche le hubiera hablado de ese conocido, aún habría podido sacarlo de allí...

Pero no era el momento adecuado para reñir con Enno Kluge o reprocharle sus mentiras. Era el momento de actuar. Así que insistió:

—Vamos, tomemos una taza de café, señor Barkhausen. Ahora no acude mucha clientela. Enno, tú vigila la tienda. Primero deseo hablar un rato con tu amigo...

La señora Hete había superado ya el temblor de su cuerpo. Solamente pensaba en lo que le había sucedido en su día a su Walter, y esos recuerdos le daban fuerza. Sabía que frente a esas personas los temblores, los lamentos, las peticiones de compasión eran inútiles, esos verdugos de la horca de Hitler y Himmler no tenían corazón. Lo que servía era el valor, no demostrar nunca cobardía, ni temor. Esos creían que todos los alemanes eran tan cobardes como Enno; pero ella, Hete, la viuda Häberle, no lo era.

Con su aire tranquilo, consiguió que los dos hombres se aviniesen sin rechistar. Al dirigirse a la habitación añadió:

—¡Y nada de tonterías, Enno! ¡Nada de huidas absurdas! Piensa que tu abrigo está colgado en la habitación y que apenas llevas dinero en el bolsillo.

—Es usted una mujer inteligente —dijo Barkhausen sentándose a la mesa y mirándola mientras servía el café—. Y también enérgica, no se me habría ocurrido pensarlo cuando la vi anoche.

Sus miradas se encontraron.

—Bueno —añadió entonces de prisa Barkhausen—, en realidad también fue usted enérgica anoche, cuando él se arrastraba de rodillas y usted le dio con la puerta en las narices. Supongo que no volvería a abrir durante la noche... ¿o sí?

Ante esta alusión desvergonzada, el rubor retornó a las mejillas de la señora Hete, así que la vergonzosa, la repugnante escena de la noche anterior había tenido un testigo, ¡y encima asqueroso! Pero ella se sobrepuso enseguida.

—Supongo que usted será un hombre inteligente, señor Barkhausen, pues ahora no vamos a hablar de fruslerías, sino de negocios. Porque supongo que podremos hacer negocios, ¿eh?

—Quizá, quizá, seguro... —se apresuró a afirmar Barkhausen, intimidado a su pesar por el ritmo que le marcaba esa mujer.

—Así que desea comprar una pareja de periquitos —prosiguió Hete—. Supongo que para echarlos a volar después. Porque, si continúan en la jaula, los periquitos no obtendrán beneficio alguno...

Barkhausen se rascó la cabeza.

—Señora Häberle, esto es muy complicado para mí. Yo soy solo un hombre sencillo, sin duda usted es más lista que yo. Espero que no me engañe.

—¡Ni usted a mí!

—¡Ni se me pasa por la cabeza! Le hablaré con absoluta franqueza, nada de periquitos y tal. Le contaré las cosas como son, la pura verdad. La Gestapo, el comisario Escherich, por si usted lo conoce. —Hete negó con la cabeza—, me ha encargado averiguar el paradero de Enno. Nada más. No tengo ni idea de por qué ni para qué. Deseo decirle una cosa, señora Häberle, yo soy un hombre muy sencillo y sincero...

Se inclinó hacia Hete y esta lo miró a los ojos, que eran penetrantes. Él apartó la mirada, una mirada de persona sencilla, sincera.

—Lo cierto es que el encargo me asombró, señora Häberle, se lo digo de verdad. Porque ambos sabemos qué tipo de persona es Enno, concretamente un don nadie que solo lleva en la cabeza apuestas y líos con mujeres. Y ahora la Gestapo va detrás de él, es más, lo persigue el mismísimo Departamento Político, donde todo se convierte en alta traición y cabezas cortadas. No lo comprendo... ¿y usted? —La miró esperanzado. Sus ojos se encontraron de nuevo y sucedió lo de antes: él no pudo mantener la mirada.

—Continúe, señor Barkhausen —lo animó ella—. Lo escucho...

—¡Una mujer inteligente! —afirmó Barkhausen con una inclinación de cabeza—. Una mujer tremendamente inteligente y enérgica. Ese arrastrarse de rodillas de anoche...

—Solo queremos hablar de negocios, señor Barkhausen...

—¡Por supuesto! Dado que soy un buen alemán, sincero de verdad, es posible que a usted le asombre que pertenezca a la Gestapo. Quizá lo piense. Pues no, señora Häberle, no estoy en la Gestapo, solo trabajo a veces para ella. Hay que vivir, ¿no le parece?, y yo tengo en casa cinco criaturas, el mayor de trece años recién cumplidos. Tengo que alimentarlos a todos...

—¡Al grano, señor Barkhausen!

—Noo, señora Häberle, no estoy en la Gestapo, soy un hombre honrado. Y cuando oí que esos buscaban a mi amigo Enno e incluso fijaban elevadas recompensas por él, y conociendo yo de antes a Enno y siendo su verdadero amigo... pues pensé, señora Häberle: Mira tú, están buscando a Enno. A ese pequeño inútil. Si lo encontrara yo, pensé, ¿me entiende usted, señora Häberle?, se me ocurrió que podría advertirle para que se largara mientras esté a tiempo. Y le dije al comisario Escherich: «No se preocupe por Enno, yo se lo entregaré, porque es un viejo amigo mío». Y entonces recibí el encargo y mi dinero para gastos, y ahora estoy aquí sentado con usted, señora Häberle, y Enno se encarga de atender la tienda, y la verdad es que todo marcha a las mil maravillas...

Se quedaron callaron un instante, Barkhausen esperando, la señora Häberle pensando.

Luego la mujer dijo:

—¿Así que la Gestapo todavía no ha recibido noticias tuyas?

—¡Y un cuerno! Con esos no tengo ninguna prisa, no vaya a ser que me echen a

perder el negocio. Primero deseaba avisar a mi viejo amigo Enno... —se corrigió.

Callaron de nuevo. Y la señora Hete preguntó al fin:

—¿Y qué recompensa le ha prometido la Gestapo?

—¡Mil marcos! Es un dineral por semejante don nadie, señora Häberle. Yo mismo me quedé completamente sorprendido. Pero el comisario Escherich me dijo: «Tráigame a Kluge y le pagaré mil marcos». Eso me dijo Escherich. Y me entregó cien marcos para gastos, que ya he recibido, además de los mil marcos de la recompensa.

Se quedaron largo rato sentados y meditabundos.

Entonces Hete comenzó a hablar de nuevo.

—Eso de antes, lo de los periquitos, fue intencionado, señor Barkhausen. Porque si le pago ahora mil marcos...

—Dos mil, señora Häberle. Entre amigos siempre dos mil marcos. A los que habría que añadir otros cien para gastos...

—Bueno, aunque le pagase esa cantidad, y usted sabe de sobra que el señor Kluge no tiene dinero, y que a mí nada me ata a él...

—Vamos, vamos, señora Häberle. ¡Usted, una señora tan decente! ¿No pensará entregar a la Gestapo a su amigo, que se ha arrastrado de rodillas ante usted, por un poco de dinero? ¿Habiéndole dicho, por añadidura, que allí pasa de todo, denuncias de alta traición y guillotina? ¡Usted no hará eso, señora Häberle!

Esta habría podido argumentar que él, el alemán sencillo y honrado, estaba haciendo justo lo que ella no debía hacer por nada del mundo al ser una mujer muy decente, que era vender a un amigo. Pero sabía que ese tipo de comentarios carecían de sentido, a esos tipos no les interesaba algo así.

Así que dijo:

—Bien, entonces si yo misma pagase los dos mil cien, ¿quién me garantiza que los periquitos no se quedarán en la jaula? —Y al ver que volvía a rascarse la cabeza aturullado, optó por mostrar un completo descaro—: Bueno, ¿quién me garantiza que usted no cogerá mis dos mil cien y luego acudirá a Escherich a reclamar sus otros mil?

—¡Se lo garantizo, señora Häberle! Le doy mi palabra; soy una persona sencilla, sincera, y cuando prometo algo, lo cumplo. Ya ha visto que me he apresurado a ver a Enno y avisarlo, corriendo el peligro de que se largue de la tienda con viento fresco. Entonces se habría echado a perder todo el negocio.

La señora Häberle lo miró con una leve sonrisa.

—Todo eso está muy bien, señor Barkhausen. Pero precisamente por ser usted tan buen amigo de Enno, comprenderá que necesito tener la absoluta seguridad. Suponiendo que pueda reunir el dinero.

Barkhausen hizo un gesto tranquilizador que quería indicar que eso era fácil para una mujer como ella.

—No, señor Barkhausen —agregó Hete al comprender que no era sensible a la

ironía, que tenía que hablarle con total franqueza—, ¿quién me garantiza que usted no coge ahora mi dinero...

Barkhausen se alteró muchísimo al pensar que pudiera obtener a continuación la enorme e inédita suma de dos mil marcos...

—... y aparece luego delante de la puerta un agente de la Gestapo y detiene a Enno? ¡Necesito más garantías!

—¡Le juro, señora Häberle, que no hay nadie delante de la puerta! ¡Soy un hombre honrado! ¿Para qué iba a mentirle? He venido directamente desde mi casa, puede preguntárselo también a mi Otti.

Ella interrumpió al excitado caballero.

—Piense qué garantía puede ofrecerme aparte de su palabra.

—¡Pues ninguna! Este es un negocio basado únicamente en la confianza. ¿Confiará usted en mí, señora Häberle, después de haberle hablado con tanta franqueza?

—Ay, la confianza... —contestó la señora Häberle distraída, y después se sumieron ambos en un prolongado silencio, él esperando su decisión, ella rompiéndose la cabeza para conseguir al menos un mínimo de seguridad.

Entretanto, Enno Kluge atendía la tienda. Servía a la clientela, ahora más nutrida, con rapidez y soltura, incluso se atrevía a hacer pequeños chistes. El susto inicial provocado por la visión de Barkhausen se había disipado. Hete estaba en la habitación hablando con Barkhausen, ella se encargaría de arreglar el asunto. Pero eso demostraba que la amenaza de echarlo de casa no iba en serio. Así que ahora se sentía aliviado, y por eso contaba chistes.

Al fondo, en la habitación, la señora Häberle interrumpió el largo silencio.

—Veamos, señor Barkhausen —dijo decidida—, he pensado lo siguiente. Haré el negocio con usted con las siguientes condiciones...

—¿Sí? ¡Vamos, suéltelo! —la apremió Barkhausen, ávido. Ya veía próxima su recompensa.

—Le daré dos mil marcos, pero no aquí, sino en Múnich.

—¿En Múnich? —La miró alucinado—. ¡Si yo nunca voy a Múnich! ¿Qué demonios voy a hacer en Múnich?

—Ahora iremos juntos a Correos —continuó—, y le enviaré a Múnich un giro postal de dos mil marcos. Luego lo llevaré a la estación, usted tomará el próximo tren a Múnich, donde cobrará el dinero. En el andén de la estación le entregaré otros doscientos marcos para el viaje además del billete...

—¡Nooo! —exclamó Barkhausen exasperado—. ¡De eso, ni hablar! ¡Eso es inaceptable! Si viajo a Múnich, usted irá a Correos a buscar su giro.

—En el andén le entregaré el resguardo, sin él me será imposible reclamarlo.

—¿Múnich? —inquirió él—. ¿Por qué Múnich? ¡Somos personas honradas! ¿Por qué no aquí y ahora, en la tienda, y asunto resuelto? Ir a Múnich y volver requerirá al menos dos días y una noche, y entretanto Enno, lógicamente, se habrá largado.

—¡Pero, señor Barkhausen, eso es lo que hemos acordado, por eso le doy el dinero! El periquito no debe quedarse en su jaula. Quiero decir que hay que dar a Enno la posibilidad de esconderse, por eso le pago los dos mil marcos.

Barkhausen, que no supo replicar nada acertado, dijo refunfuñando:

—¡Y me dará otros cien marcos para gastos!

—Los tendrá. En metálico. En el andén.

Pero tampoco esa promesa mejoró el humor de Barkhausen. Seguía enfurruñado.

—¡Múnich, en mi vida he oído semejante tontería! Habría sido todo facilísimo, y ahora... a Múnich. ¡Precisamente a Múnich! ¿Por qué no ha dicho Londres...? ¡Después de la guerra puedo viajar hasta allí! ¡Y todo echado a perder! ¡Podría ser tan sencillo, pero nooo, hay que complicarlo! ¿Y por qué? Porque no tiene confianza en su prójimo, porque usted, señora Häberle, es una desconfiada. Con lo honesto que he sido con usted...

—¡Y yo con usted! ¡Este negocio se hará así y punto!

—¡Vale! —repuso—. Entonces me marchó. —Se levantó y cogió su gorra de visera, pero no se fue—. Múnich queda completamente descartado...

—Será un viaje muy interesante para usted —trató de persuadirlo la señora Häberle—. El trayecto es precioso, y en Múnich dicen que se come y se bebe de maravilla. Y la cerveza es mucho más fuerte que la nuestra.

—A mí no me interesa la bebida —insistió, ya menos enfurruñado y pensativo.

Hete se daba cuenta de que se estaba rompiendo la cabeza pensando en una salida para coger el dinero y denunciar a Enno a pesar de todo. Ella volvió a analizar su propuesta. Le pareció buena. Quitaba de en medio a Barkhausen al menos durante dos días, y si la casa no estaba vigilada (no tardaría en cerciorarse de eso), dispondrían de tiempo suficiente para llevar mientras tanto a Enno a otro lugar.

—Bien —dijo al fin Barkhausen mirándola—. ¿No cambiará de idea, señora Häberle?

—No —contestó Hete—. Estas son mis condiciones, y me atenderé a ellas.

—Entonces tendré que aceptarlas —repuso Barkhausen—. No puedo despreciar por las buenas dos mil del ala.

Esto lo dijo más para sus adentros, para justificarse ante sí mismo.

—Viajaré a Múnich. Y usted me acompañará ahora mismo a Correos.

—Enseguida —repuso, pensativa, la señora Häberle.

Ahora que había aceptado, seguía sin sentirse satisfecha. Estaba completamente convencida de que maquinaba jugarle una mala pasada. Tenía que averiguar cuál...

—Sí, enseguida —repitió ella—. Es decir: primero tengo que arreglarme un poco y cerrar la tienda.

Él adujo a renglón seguido:

—¿Para qué cerrar la tienda? Si se queda Enno...

—Enno vendrá con nosotros —replicó la mujer.

—¿Y eso por qué? ¡Enno no tiene nada que ver con este asunto!

—Porque yo lo quiero así. Pues de lo contrario podría ocurrir —añadió— que detengan a Enno mientras yo estoy ingresando el dinero para usted. Esos descuidos son posibles, señor Barkhausen.

—¿Y quién va a detenerlo, eh?

—Pues por ejemplo el espía que está delante de la puerta...

—¡Pero si no hay ningún espía delante de la puerta! —Ella sonrió—. Convéncese, señora Häberle. Dé una vuelta, observe a todo el mundo. ¡No hay ningún espía delante de la puerta! Soy una persona honrada...

Hete insistió, obstinada:

—Quiero que Enno me acompañe. Es más seguro.

—¡Es usted más tozuda que una mula vieja! —gritó, iracundo—. Bien, vale, que nos acompañe también Enno. ¡Pero ahora dese prisa!

—No tenemos tanta prisa —repuso ella—. El tren de Múnich no sale hasta cerca de las doce. Tenemos todo el tiempo del mundo. Y ahora discúlpeme un cuarto de hora, quisiera arreglarme un poco. —Lo miró inquisitiva, sentado a la mesa, con el ojo siempre atento dirigido al cristal que permitía observar la tienda—. Y un ruego más, señor Barkhausen. No hable ahora con Enno, bastante quehacer tiene en la tienda, además...

—¡Qué voy a hablar yo con ese idiota! —replicó furioso Barkhausen—. ¡A semejante cretino no le dirijo la palabra!

Pero, obediente, se sentó de otra manera: ahora tenía ante sus ojos la puerta de su alcoba y la ventana del patio.

Capítulo 30

LA EXPULSIÓN DE ENNO

Dos horas después todo había concluido. El rápido de Múnich había partido del andén de la estación de Anhalt con Barkhausen en un compartimento de segunda clase, un Barkhausen ridículamente fanfarrón y presuntuoso que utilizaba por primera vez en su vida un compartimento de segunda. Sí, la señora Häberle, que también podía darse aires de gran señora, había comprado a petición de ese espía de tres al cuarto un billete de segunda clase, para mantenerlo de buen humor, o también porque ella misma se alegraba de haberse librado de ese tipo al menos durante dos días.

Cuando los demás compañeros de viaje se apiñaban para pasar despacio por la barrera, le dijo a Enno en voz baja:

—Espera, Enno, nos sentaremos un momento en la sala de espera mientras pensamos nuestros próximos pasos.

Se sentaron con la puerta de entrada a la vista. La sala de espera estaba ocupada a medias, tras ellos no entró nadie más durante largo rato.

—¿Te has fijado en lo que te he dicho, Enno? ¿Crees que nos vigilan? —preguntó Hete.

Y Enno Kluge, con su habitual irreflexión, apenas había pasado el peligro más apremiante:

—¿Vigilarnos? ¡Qué va! ¿Crees que alguien obedecería a un idiota como Barkhausen? ¡Ni borracho! ¡No existe nadie tan imbécil!

Ella estuvo a punto de decirle que el tal Barkhausen, con su recelosa zorrería, le parecía mucho más inteligente que el pequeño, cobarde e irreflexivo hombre que tenía al lado. Pero se lo calló. Esa mañana temprano, mientras se cambiaba de ropa, había jurado que acabarían los reproches. Ahora su única tarea era poner a salvo a Enno Kluge. En cuanto estuviera concluida, no quería volver a verlo nunca más.

Este, abandonando los pensamientos que lo torturaban desde hacía una hora, dijo rebosante de envidia:

—Si yo fuera tú, jamás le habría pagado a ese tipo dos mil cien marcos. Y encima doscientos cincuenta para gastos de viaje. Y además los billetes. ¡Le has dado a ese tipo más de dos mil quinientos marcos, a un cerdo! ¡Yo no lo habría hecho jamás!

—¿Y qué habría sido de ti si yo no lo hubiera hecho? —inquirió.

—Si me hubieras dado los dos mil quinientos marcos a mí, habrías visto lo bien que habría solucionado yo el asunto. ¡Créeme, Barkhausen se habría contentado con quinientos!

—¡La Gestapo ya le había ofrecido mil!

—¡Mil... voy a morirme de risa! ¡Como si los de la Gestapo se dedicaran a tirar

el dinero! Y encima a un pequeño soplón como Barkhausen. A ese no tienen más que darle órdenes... para que haga lo que ellos quieran, ¡por cinco marcos al día! Mil, dos mil quinientos... ¡te ha desplumado a conciencia, Hete!

Rio sarcástico.

Su ingratitud dolió a la mujer. Pero no tenía ganas de entrar en más explicaciones y dijo con cierta dureza:

—¡No quiero hablar más del asunto! ¡No quiero, a ver si lo entiendes! —Y le dedicó una mirada enérgica hasta que él bajó sus pálidos ojos—. Ahora será mejor que pensemos en lo que vamos a hacer contigo.

—Bah, para eso hay tiempo todavía —dijo Enno—. No volverá antes de pasado mañana. Ahora regresemos a la tienda, que de aquí a pasado mañana ya se nos ocurrirá algo.

—Pues no sé, no me gustaría que me acompañases a la tienda, como mucho únicamente para recoger tus cosas. Me siento tan inquieta... ¿no nos habrán espiado?

—¡Te digo que no, mujer! ¡De eso entiendo más que tú! Y el tal Barkhausen no puede permitirse pagar a un espía, nunca tiene dinero.

—Pero la Gestapo puede facilitarle uno.

—¡Y el espía de la Gestapo contempla cómo Barkhausen se marcha a Múnich y yo lo acompaño al tren! ¡No digas disparates, Hete!

Esta se vio obligada a admitir que su objeción era razonable. Pero su intranquilidad no cedía.

—¿No te has fijado en lo de los cigarrillos? —le preguntó.

Él ya no lo recordaba. Y ella tuvo que referirle cómo Barkhausen, nada más salir de casa, comenzó a buscar cigarrillos por todas partes, tenía que conseguirlos a toda costa. También se los había pedido a Hete y a Enno. Pero ellos tampoco tenían, Enno se los había fumado todos durante la noche. Sin embargo, Barkhausen había insistido tanto aduciendo que tenía que conseguirlos, que no aguantaba más, que por las mañanas estaba acostumbrado a fumarse uno, que enseguida le pidió «prestados» veinte marcos a Hete y llamó a un chico crecido que jugaba ruidosamente en la calle.

—¡Eh, tú, chaval!, ¿no conocerás a alguien por aquí que venda cigarrillos? ¡Pero sin cartilla de tabaco!

—A lo mejor sé de alguien. ¿Tiene pasta?

Barkhausen había interpelado a un chico muy rubio, de ojos azules, vestido con el uniforme de las Juventudes Hitlerianas; un rubio auténtico de cosecha berlinesa.

—Vale, deme esos veinte, iré a ver...

—¿Y de volver, qué? Noo, chaval, te acompañaré. Un momento, señora Häberle.

Y los dos habían entrado en una casa. Al cabo de un rato Barkhausen regresó solo y devolvió a Hete los veinte marcos sin habérselos pedido.

—No tenían. Ese mocoso solo pretendía birlarme los veinte marcos. Pero le he sacudido tal torta, que aún está tirado en el patio.

Caminaban hacia Correos, a la oficina de viajes.

—¿Y qué hay de raro en eso, Hete? Le sacudió una torta, eso será verdad.

—Por casualidad ¿no será ese chico nuestro espía?

Enno Kluge se quedó momentáneamente desconcertado. Pero después dijo con su acostumbrada despreocupación:

—¡Hay que ver qué imaginación la tuya! ¡Para mí quisiera yo tus preocupaciones!

Ella calló. Pero su inquietud interna no se desvanecía, por eso insistió en que ahora solo entrarían un instante en la tienda para recoger las cosas de Enno. A continuación pensaba alojarlo, con todas las precauciones imaginables, en casa de una amiga.

A él no le gustaba nada el plan. Lo notaba: ella quería deshacerse de él, pero él no quería irse. Había hallado en ella seguridad y buena comida, y no más trabajo del que le apeteciera. Y cariño, y calor, y consuelo. Además, era una vaca de primera. Barkhausen acababa de ordeñarla por valor de dos mil quinientos marcos. ¡Ahora le tocaba a él!

—¡Tu amiga! —exclamó, descontento—. ¿Y qué mujer es esa? No me gusta ir a casa de gente desconocida.

Hete habría podido contarle que era una antigua colaboradora de su marido, que continuaba actuando en absoluto secreto y que cualquier persona perseguida encontraba refugio en su casa. Pero ahora desconfiaba de Enno, ya había percibido su cobardía un par de veces, no debía saber demasiado.

—¿Mi amiga? —preguntó—. Es una mujer como yo. De mi edad. Quizá unos años más joven.

—¿Y qué hace? ¿De qué vive? —siguió indagando Kluge.

—No lo sé muy bien. Es secretaria no sé dónde. Y soltera, dicho sea de paso.

—Pues si lo es a tu edad, ya va siendo hora de que se case —repuso, sarcástico.

Ella dio un respingo, pero no contestó.

—No, Hete —insistió el hombre imprimiendo a su voz un deje de ternura—. ¿Qué voy a hacer yo con tu amiga? Nosotros dos solos, eso es lo más bonito. Déjame quedarme contigo, Barkhausen no regresará hasta pasado mañana... ¡eso por lo menos!

—No, Enno —contestó—. Quisiera que ahora hagas lo que te diga. Iré sola a mi casa y prepararé la maleta. Entretanto puedes esperarme en un bar. Después iremos juntos a casa de mi amiga.

Él albergaba numerosas objeciones, pero al final cedió cuando Hete, haciendo sus cálculos, le dijo:

—Necesitarás dinero. Te lo meteré en la parte superior de tu maleta, lo suficiente para que no pases apuros durante la primera época.

La perspectiva de hallar pronto dinero en su maleta (¡y era imposible que ella le diera menos de lo que le había entregado a Barkhausen!) lo atrajo, lo convenció. Si se

quedaba con ella hasta pasado mañana, no dispondría de dinero hasta entonces. Pero él deseaba saber inmediatamente qué cantidad pensaba darle.

Hete comprendió con tristeza lo que le había inducido a ceder. Él mismo se encargaba de destruir el último vestigio femenino de respeto y amor. Pero la mujer lo aceptó sin quejas. Sabía desde hacía mucho que en la vida había que pagar por todo, y por la mayoría, más de lo que valía. Lo importante era que la obedeciera.

Cuando Hete Häberle se aproximaba a su domicilio, volvió a ver al chico rubio de ojos azules de antes, alborotando en la calle con una pandilla. Se sobresaltó. Le hizo una seña para que se acercase:

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó—. ¿Por qué te dedicas a escandalizar precisamente aquí?

—¡Porque vivo aquí! —contestó—. ¿Dónde si no voy a alborotar?

Buscó la huella de una bofetada en su cara, pero no consiguió ver nada. Era evidente que el chico no la había reconocido, mientras hablaba con Barkhausen sin duda no se fijó en ella. Era una prueba en contra del espionaje.

—¿Que vives aquí? Pues nunca te había visto en esta calle.

—¿Y qué culpa tengo yo de que esté ciega? —replicó con descaro. Metiéndose un dedo en la boca, emitió un penetrante silbido como un golfillo, y gritó hacia lo alto del edificio—: ¡Madre, asómate! Aquí hay una mujer que no *quién* creer que estás bizca. ¡Madre, échale un ojo, anda!

Hete entró riendo en su tienda, ya completamente convencida de que en lo referente a ese chico había visto fantasmas.

Pero al preparar la maleta volvió a ponerse seria. Se preguntó si hacía bien en llevar a Enno a casa de su amiga Anne Schönlein. No cabía la menor duda de que Anne arriesgaba a diario la vida por cualquier desconocido al que brindaba refugio. Pero Hete tenía la sensación de que con Enno Kluge le estaba metiendo a Anne el enemigo en casa. Es verdad que Enno parecía un delincuente político, no común, y eso lo había confirmado hasta Barkhausen, pero...

Era tan despreocupado, no tanto por imprudencia como por su absoluta indiferencia por el destino de sus semejantes. A él le importaba un bledo lo que les sucediera. Solo pensaba en sí mismo, y era capaz de ir dos veces al día a verla, con el pretexto de que la echaba de menos, atrayendo así todo el peligro sobre Anna. Hete tenía autoridad sobre él, pero Anna no.

Con un profundo suspiro Hete Häberle introdujo trescientos marcos en un sobre que colocó en la parte superior de la maleta. Ese día había gastado más dinero del que había ahorrado en dos años. Pero haría un sacrificio adicional, prometería a Enno cien marcos por cada día que no saliera de la vivienda de su amiga. Por desgracia, su manera de ser le permite plantearle esa oferta: no se sentirá ofendido, a lo sumo fingirá estarlo en un primer momento. Pero eso lo mantendrá en casa, él tiene afección por el dinero.

Hete sale de casa con la maleta en la mano. El chico rubio ya no está jugando en

la calle, a lo mejor ahora está con su madre bizca. Hete se dirige a la taberna de la plaza Alexander donde se reunirá con Enno.

Capítulo 31

EMIL BARKHAUSEN Y SU HIJO KUNO-DIETER

Sí, Barkhausen se había sentido muy bien en el distinguido compartimento de segunda clase de ese tren tan elegante, con oficiales y generales y damas que olían de maravilla. A él no le molestaba en absoluto no ser elegante, ni oler bien, ni que sus compañeros de viaje no le dirigieran miradas amables. Barkhausen estaba acostumbrado a que lo mirasen con hostilidad. En toda su lamentable vida casi ninguno de sus semejantes le había dedicado una mirada amable.

Barkhausen paladeó su breve dicha, porque fue corta. No se prolongó hasta Múnich, ni siquiera hasta Leipzig, como temía en un principio, sino únicamente hasta Lichterfelde, porque ese tren hacía otra parada en Lichterfelde. Ese fue el error de cálculo de la señora Häberle. Para recibir dinero en Múnich, no era necesario viajar en el acto hasta allí. Se podía hacer más tarde, una vez resueltos los asuntos más urgentes en la ciudad de Berlín. Y el asunto más urgente era denunciar a Enno a Escherich y embolsarse quinientos marcos. Dicho sea de paso, quizá ni siquiera fuera necesario viajar a Múnich, solo era preciso escribir a Correos para que le remitiesen el dinero a Berlín y cobrarlo allí. En cualquier caso el viaje inmediato a Múnich quedaba descartado.

Así que Emil Barkhausen —no sin sentir un leve pesar— se apeó en Lichterfelde. Todavía mantuvo un breve pero acalorado debate con el subjefe de estación, que se negaba a comprender que en el trayecto entre la estación de Anhalt y Lichterfelde uno pudiera cambiar de idea sobre un viaje a Múnich. En resumen, que Barkhausen le pareció sumamente sospechoso a ese hombre.

Pero Barkhausen se mantuvo firme.

—Telefonee a la Gestapo, al comisario Escherich, y comprobará quién tiene razón, señor jefe de estación. Pero ya verá en qué lío se mete, porque estoy de servicio.

Al final el de la gorra roja, encogiéndose de hombros, ordenó que le devolvieran el dinero del billete, a él le daba igual. Hoy en día todo era posible, por ejemplo que esos personajes sospechosos deambularan por ahí por encargo de la Gestapo. ¡Tanto peor!

Emil Barkhausen emprendió la búsqueda de su hijo.

Pero no lo encontró delante de la tienda de animales de Hete Häberle, a pesar de que el comercio estaba abierto y entraban y salían clientes. Oculto detrás de una columna anunciadora, Barkhausen, sin apartar los ojos de la puerta de la tienda, pensó qué podía haber ocurrido. ¿Había abandonado Kuno-Dieter su puesto por simple aburrimiento? ¿Se había marchado Enno... quizá de nuevo a Los Rezagados?

¿O el hombrecillo había acabado marchándose y la mujer trabajaba sola en la tienda?

Emil Barkhausen se preguntaba en ese momento si debía volver a presentarse con total desvergüenza ante la burlada Häberle para exigirle información, cuando un golfillo de unos nueve años le soltó:

—¡Eh, *usté*, oiga! ¿Es *usté* el padre del Kuno?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Tiene *usté* que darme un marco.

—¿Para qué?

—*Pa* que le diga lo que sé.

Barkhausen alargó rápido la mano hacia el chico, diciendo:

—¡Primero la mercancía, luego el dinero!

Pero el chico fue más rápido que él, se escurrió por debajo de su brazo y gritó:

—¡Pues entonces, nada! Quédese *usté* con su marco. —Y se reunió de nuevo con sus compañeros de juegos, que alborotaban en la calzada justo delante de la tienda.

Barkhausen no podía seguirlo hasta allí, prefería no dejarse ver. Gritó y silbó llamando al chico, mientras al mismo tiempo maldecía por su inoportuna parsimonia. Pero el chico no se dejaba engañar ni atraer con tanta facilidad; más de un cuarto de hora después reapareció delante de Barkhausen, se situó cauteloso a cierta distancia del hombre iracundo y proclamó con todo descaro:

—¡Ahora le costará dos marcos!

Barkhausen habría preferido agarrar al golfillo y zurrarle la badana, pero ¿qué iba a hacer? Estaba en sus manos, no podía salir corriendo tras él.

—Te daré un marco —anunció con voz sombría.

—¡Noo! ¡Dos!

—Vale, tendrás tus dos marcos.

Barkhausen sacó un fajo de billetes del bolsillo, encontró uno de dos marcos, se guardó los demás billetes y le tendió el dinero al chico.

Este negó con la cabeza.

—¡A *usté* ya le conozco! Cuando coja el dinero, me agarrará. Nooo, déjelo ahí, en el *empedrao*.

Ceñudo, Barkhausen hizo lo que le ordenaba el chico sin decir palabra.

—¿Y bien? —dijo luego incorporándose y retrocediendo un paso.

El chico se acercó al billete despacio y con precaución, sus ojos vigilantes siempre posados en el hombre. Cuando se agachó a recoger el dinero, Barkhausen tuvo que resistir la tentación de agarrar a ese pequeño buitres y darle una zurra. Habría podido atraparle, pero a lo mejor entonces no le proporcionaba ninguna información, y el crío gritaría y gritaría hasta alborotar a todo el vecindario.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo, esta vez con tono de amenaza.

El chico contestó:

—Ahora podría ser un carroñero y pedirle a *usté* más dinero, y más, y más. Pero no soy de esos. Sé de sobra que hace un momento quería *usté* atizarme, pero yo no

soy un buitre como otros. —Y tras haber manifestado tan debidamente su superioridad moral sobre Barkhausen, añadió de prisa—: ¡Tie que esperar en su casa a que le avise el Kuno! —Y el chico desapareció.

Las dos horas largas que Barkhausen se vio obligado a aguardar en su vivienda del subsuelo a que Kuno diera señales de vida no atenuaron su cólera, qué va, sino que la aumentaron todavía más. Los críos berreaban, Otti no paraba de darle la tabarra con sus comentarios mordaces sobre los cerdos holgazanes que se pasaban el día sentados sin otra cosa que hacer que fumar como una chimenea y dejar todo el trabajo a la mujer.

Habría podido sacar un billete de diez o de cincuenta marcos, convirtiendo de ese modo el humor de perros de Otti en la más hermosa primavera, pero se negó. No quería volver a regalar dinero, momentos antes había dado dos marcos por una noticia estúpida que habría podido deducir por sí mismo. ¡Le invadía tal furia hacia Kuno-Dieter, que le había echado encima a semejante pequeño canalla y que seguro que había metido la pata! Kuno-Dieter, Barkhausen ya lo había decidido, se llevaría la zurra de la que se había librado el pequeño.

Entonces llamaron a la puerta, y en lugar del esperado recado de Kuno-Dieter apareció un tipo vestido de paisano al que se le notaba de lejos su condición de antiguo sargento.

—¿Es usted Barkhausen?

—Sí, ¿qué hay?

—Tiene que venir a ver al comisario Escherich. Prepárese, yo lo llevaré.

—Ahora es imposible —arguyó Barkhausen—. Estoy esperando un recado. Dígale al comisario que he atrapado al pez.

—Tengo que llevarlo ante el comisario —repitió, contumaz, el antiguo sargento.

—¡Ahora, no! ¡No voy a permitir que me echen a perder el negocio! ¡Y menos, vosotros! —Barkhausen estaba furioso, pero se dominó—. Dígale al comisario que ya tengo al pájaro y que hoy mismo pasaré a verle.

—Déjese de rollos y acompáñeme —insistió con terquedad el otro.

—¡Parece que se lo ha aprendido de memoria! ¿Sabe usted decir otra cosa aparte de ese continuo «acompañeme»? —gritó Barkhausen—. ¿Es que no entiendes lo que te digo? ¡Y dale que te pego con lo de «acompañeme»! ¡Está claro que no entiendes que tengo que esperar aquí, que no puedo moverme o se me escapará la liebre! ¡Debe de ser muy complicado para ti! —Miró a su interlocutor un poco sofocado, después añadió enfurruñado—: La liebre que tengo que atrapar es para el comisario, ¿comprende?

El antiguo sargento dijo incommovible:

—No sé nada de todo eso. El comisario me ha dicho: «Fritsche, trae a Barkhausen». ¡Así que acompáñeme de una vez!

—No —replicó Barkhausen—, me pareces demasiado idiota. Me quedo... ¿o vas a detenerme? —Se le veía en la cara que no podía hacerlo—. ¡Bueno, lárgate de una

vez! —gritó dándole con la puerta en las narices.

Tres minutos después vio al antiguo sargento largarse por el patio, se había pensado mejor eso de «acompañeme».

En cuanto el hombre desapareció por la puerta cochera del edificio delantero, a Barkhausen le entró miedo por las consecuencias que podía desencadenar el descaro que había mostrado frente al mensajero del todopoderoso comisario. Solo la ira contra Kuno-Dieter le había impelido a ello. Era una desvergüenza hacer esperar horas y horas a tu padre, seguramente hasta bien entrada la noche. ¡Por todas partes había chiquillos, en cualquier esquina había alguien a quien poder mandar a un recado! Ya le enseñaría a Kuno la opinión que le merecía su comportamiento, ¡no pensaba tolerar esas bromitas sin castigo!

Barkhausen se solazó abandonándose a las fantasías de cómo iba a moler a palos al muchacho. Se veía golpeando ese cuerpo infantil, y una sonrisa se extendía por su rostro, mas no una sonrisa de furia decreciente... Lo oía chillar, y le ponía una mano sobre la boca que gritaba mientras seguía atizándole con la otra, y seguía pegándole hasta que el chico solo temblaba y gemía...

Barkhausen no se cansaba de imaginarse semejantes escenas. Al mismo tiempo se tendió en su sofá con un gemido de placer.

El chico, el mensajero de Kuno-Dieter que acababa de llamar a la puerta, casi lo molestó.

—¿Qué pasa? —preguntó escueto.

—Tengo que llevarlo con Kuno. —Esta vez era un chico mayor, de catorce o quince años, con camisa de las Juventudes Hitlerianas—. Pero primero deme cinco marcos.

—¡Cinco marcos! —gruñó Barkhausen, sin atreverse a oponerse abiertamente a ese chaval alto de camisa parda—. ¡Cinco marcos! ¡Hay que ver la maña que os dais los jóvenes para andar tirando por ahí mi dinero! —Rebuscó entre sus billetes.

El chico de las Juventudes Hitlerianas observaba, impaciente, el fajo de dinero en la mano del hombre.

—Me he pagado el transporte —adujo—. Y además, ¿cuánto tiempo cree que he perdido para llegar hasta aquí desde el oeste de la ciudad, eh?

—Y tu tiempo cuesta mucho dinero, claro. —Barkhausen aún no había encontrado el billete—. ¡Y hablas del oeste, así, sin más, pero creo que eso del oeste no puede ser verdad! ¡A saber lo que tú llamas oeste! ¡A lo mejor te refieres al centro de la ciudad, eso sería más probable!

—¡Pues si la calle Ansbacher no está en el oeste...!

El chico se dio cuenta demasiado tarde de que había metido la pata. Barkhausen ya se había guardado los billetes.

—Gracias —repuso con una risa burlona—. Ya no tienes que seguir perdiendo tu valioso tiempo. Lo encontraré yo solo. Lo mejor será que tome el metro hasta la plaza Viktoria-Luise, ¿no crees?

—¡A mí no me hará usted esto! ¡Claro que no! —replicó el joven avanzando hacia el hombre con los puños cerrados—. He pagado el transporte, he...

—Has perdido tu valioso tiempo, ya lo sé. —Barkhausen rio—. ¡Lárgate de una vez, hijo, la estupidez siempre cuesta dinero! —De pronto volvió a dominarlo la ira—. ¿Qué demonios haces todavía en mi habitación? ¿Es que piensas pegarme en mi propia casa? ¡Sal de aquí ahora mismo o te haré gritar de dolor!

Y empujó sin miramientos al chico furioso fuera de la habitación, cerrándole la puerta en las narices. Durante todo el camino, hasta que se apearon del metro de la plaza Viktoria-Luise, dedicó comentarios sarcásticos y coléricos alternativamente a ese granuja que no se apartaba de su lado pero que —a pesar de estar lívido de rabia— no volvió a contestar a ninguna de sus invectivas.

Arriba, en la plaza, saliendo por la boca de metro, el chico se puso de pronto al trote y se adelantó un buen trecho. Barkhausen optó por seguirlo tan deprisa como pudo: no quería que esos dos granujas hablaran mucho rato entre ellos. No estaba seguro de si Kuno-Dieter optaría por su padre o por ese perro.

Los dos se encontraban efectivamente delante de un edificio de la calle Ansbacher. El chico de las Juventudes Hitlerianas hablaba con insistencia a Kuno-Dieter, que lo escuchaba con la cabeza inclinada. Cuando se acercó Barkhausen, el recadero se alejó unos diez pasos y dejó que ambos hablaran entre ellos.

—¿Pero en qué demonios piensas, Kuno-Dieter —comenzó a decir, enfurecido, Barkhausen—, para mandarme a estos tipos, a estos granujas desvergonzados que siempre me piden dinero por anticipado?

—Sin dinero nadie hace *ná*, papa —contestó Kuno-Dieter con indiferencia—. De sobra lo sabes. Y yo también quiero saber qué voy a sacar de este negocio, he *gastao* pasta en transporte...

—¡Siempre la misma monserga, ya se os podía ocurrir otra cosa! No, Kuno-Dieter, ahora le contarás primero a tu padre lo que está pasando aquí, en Ansbacher, y después verás lo que tu padre hace por ti. ¡Tu padre no es así, tu padre no tolera tanta insistencia!

—Ni hablar, padre —replicó Kuno-Dieter—. Me da miedo que luego te olvides del pago... del dinero, naturalmente. Seguro que bofetadas sí que tienes para pagar. Has ganado un montón de pasta con este asunto y creo que piensas sacar todavía más. Yo llevo todo el día de acá para allá por ti, sin comer, así que también quiero ver mi dinero. He pensado que cincuenta marcos...

—¡Cincuenta marcos! —Barkhausen casi se quedó sin aliento al escuchar esa exigencia desvergonzada—. Yo te diré lo que te voy a dar. Te daré cinco marcos, justo los cinco marcos que me pidió ese grandullón de ahí, ¡y alégrate de que te los dé! Yo no soy...

—Que no, padre —repuso Kuno-Dieter mirando con rebeldía a Barkhausen con sus ojos azules—. Vas a ganar un montón de pasta con este negocio, yo no te voy a sacar las castañas del fuego para que luego me despaches con cinco marcos, ni que

fuera tonto, para eso no te digo nada.

—¿Qué cosa tan importante pretendes contarme? —Barkhausen rio sarcástico—. ¿Que el alfeñique está en ese edificio? Eso ya lo sé. Y el resto lo averiguaré solo. Nooo, vete a casa y que tu madre te dé algo de comer. ¡No creas que tu padre es tan majadero! ¡Vaya par de héroes!

—Entonces voy a subir —repuso Kuno-Dieter con decisión— y le diré al pequeñajo que lo estás vigilando. Pienso delatarte, padre.

—¡Maldito mocoso! —gritó Barkhausen, lanzando un golpe a su hijo.

Pero este entraba ya corriendo por la entrada lateral del edificio. Barkhausen salió tras él, lo siguió cruzando el patio y lo alcanzó en la escalera del fondo del edificio trasero. Tras derribarlo de un golpe, comenzó a moler a patadas al caído. Era casi como lo que se había imaginado en el sofá, solo que Kuno-Dieter en lugar de gritar se defendía con rabia encarnizada. Eso aumentó la cólera de Barkhausen. Con total deliberación golpeó al chico en la cara e intentó patearle el estómago.

—Te voy a enseñar lo que es bueno, asqueroso —jadeaba, mientras una niebla roja flotaba delante de sus ojos.

De pronto notó que lo agarraban por detrás: alguien le sujetaba el brazo, otro tiraba de una de sus piernas y un tercero de la otra. Se volvió a mirar deprisa: era el chaval de las Juventudes Hitlerianas, era toda una pandilla de golfos, de gamberros, cuatro o cinco chicos, los que se habían lanzado sobre él. Tuvo que soltar a Kuno-Dieter, tenía que defenderse de esos chicos a los que habría podido derribar uno a uno con una sola mano, pero que juntos podían ser muy peligrosos para él.

—¡Maldita chusma de cobardes! —vociferó, intentando librarse del muchacho que tenía encima de la espalda apretándolo contra la pared. Pero tiraron de sus piernas y lo derribaron.

—¡Kuno! —gritó—. Ayuda a tu padre. Estos cobardes...

Pero Kuno no lo ayudó. Ahora se había incorporado y fue él quien propinó a Barkhausen el primer golpe en la cara.

Del pecho del hombre brotó un gruñido de protesta, un profundo gemido. Después rodó por el suelo con los chicos, esforzándose siempre por empujar contra paredes y escalones a los que colgaban de él, por aplastarlos, por volver a ponerse de pie.

Ahora ya solo se oían las quejas jadeantes de los combatientes, ruido de golpes, arrastrar de pies... Luchaban en silencio, con saña salvaje.

Una anciana que bajaba por las escaleras, se detuvo, horrorizada, al contemplar la lucha feroz que libraban a sus pies. Aferrándose a la barandilla, chilló desvalida:

—¡Pero... oh, no! ¡En nuestro magnífico edificio!

Su capa se agitó. Después se decidió y profirió un tremendo grito de pánico.

Los chicos se soltaron de Barkhausen y se largaron. El hombre se incorporó y miró a la anciana, iracundo.

—¡Menuda panda! —resolló—. Querían apalear a un viejo, y mi propio hijo

estaba entre ellos.

Al grito de la anciana se habían abierto algunas puertas, un par de vecinos salieron atemorizados y cuchichearon entre ellos, mientras contemplaban al hombre sentado.

—Se estaban pegando —dijo con un hilo de voz la anciana de color violeta—. ¡Se estaban pegando en nuestro magnífico edificio!

Barkhausen volvió en sí. Si Enno Kluge vivía ahora allí, había llegado la hora de desaparecer. Porque él también podría presentarse en cualquier momento, deseoso de averiguar el significado de ese barullo.

—Solamente le he zurrado un poco a mi chico —explicó, sonriendo, a los inquilinos que lo miraban fijamente en silencio—. No tengo nada qué decir. Todo va bien. Aquí no ha pasado nada.

Se levantó y, cruzando el patio trasero, volvió a salir a la calle por el «jardín» mientras se sacudía la ropa y se anudaba de nuevo la corbata. De los chicos, como es lógico, no se veía ni rastro. ¡Espera y verás, esa noche el desgraciado de Kuno-Dieter se iba a enterar de quién era su padre! Luchar contra su propio padre, pegarle en la cara el primero. No había Otti en el mundo que pudiera interponerse para protegerle. Noo, igual se llevaba también ella una buena zurra por haberle metido esa oveja negra en el redil.

Mientras Barkhausen mantiene el edificio bajo vigilancia, su furia contra Kuno-Dieter crece cada vez más. Pero casi se desmaya al descubrir que durante la pelea esos sinvergüenzas le han robado del bolsillo el fajo de billetes. Solo le han dejado unos marcos sueltos en el bolsillo del chaleco. ¡Cerdos, maldita sea vuestra estampa, mira que pegársela así! Su único deseo es lanzarse en pos de ellos sin tardanza, encontrarlos, hacerlos picadillo y recuperar su dinero.

¡Y se lanza a por ellos!

Pero recupera el juicio: ¡no puede irse de allí! Tiene que permanecer en su puesto, o también se quedará sin los quinientos marcos restantes. Está más claro que el agua: esos golfos nunca le devolverán su dinero, así que intentará al menos salvar los quinientos.

Completamente devastado por una furia corrosiva, se dirige a un pequeño café y telefona desde allí al comisario Escherich. Después regresa a su puesto de observación y espera con impaciencia la llegada de Escherich. ¡Ay, qué triste se siente! ¡Con el esfuerzo que le ha dedicado... y siempre tiene todo en su contra! Otros consiguen todo lo que tocan, hasta un pequeño canalla como Enno consigue a una mujer con mucho dinero, una bonita tienda, semejante apuesta inútil a un único caballo, ¡y gana! Mientras que él... haga lo que haga, siempre fracasa en todo. Con lo que se esforzó con la tal Häberle, con lo que se alegró de tener algo de dinero en el bolsillo, y ahora... ha desaparecido. La pulsera de la señora Rosenthal... también ha desaparecido. Un buen robo, toda una tienda de ropa... ¡a la mierda! Toque lo que toque, nada le sale a derechas.

¡Soy un jodido cenizo, eso es lo que soy!, se dice lleno de amargura. Si al menos el comisario trajera los quinientos marcos. ¡Y a Kuno lo mataré a golpes! Pienso torturarlo, lo dejaré sin comer hasta que reviente. ¡No se lo perdonaré jamás!

Barkhausen dijo por teléfono al comisario que trajese el dinero.

—Ya veremos —contestó el comisario.

¿Qué demonios significará eso? ¿Querrá pegársela también ese? ¡No, de eso ni hablar!

De todo ese asunto únicamente le interesa el dinero. En cuanto lo consiga, se largará con viento fresco, y de Enno que sea lo que Dios quiera. ¡Ese ya no le interesa! Y entonces a lo mejor sí que viaja a Múnich. ¡Está más que harto de todo lo de aquí! Ya no aguanta más. Y Kuno... mira que sacudirle en la cara y robarle el dinero... ¡es lo nunca visto, tu propio hijo!

No, la señora Häberle tiene razón: se irá a Múnich. Suponiendo que Escherich traiga el dinero, pues de lo contrario no podrá comprar el billete. Pero un comisario que no cumple su palabra... ¡eso no puede suceder! ¿O sí?

Capítulo 32

UNA VISITA A LA SEÑORITA ANNE SCHÖNLEIN

La llamada telefónica de Barkhausen comunicando que había descubierto a Enno Kluge en Berlín oeste sumió al comisario Escherich en una tremenda perplejidad.

—Sí, allá voy. ¡Enseguida! —contestó sin pensárselo dos veces.

Pero cuando estaba dispuesto para salir, volvieron a acometerle las dudas.

Sí, señor, así que ya lo tenía, al tan ardientemente deseado, al perseguido desde hacía días. Ya lo tenía, bastaría con ponerle la mano encima para tener a ese muchachote. En el curso de las pesquisas esforzadas, impacientes, solo había pensado en el instante en que lo capturaría; había ahuyentado con energía cualquier otro pensamiento sobre lo que había que hacer con él una vez que lo hubiese atrapado.

Pero el momento había llegado. Y se planteó la pregunta: ¿qué hacer en realidad con Enno? Porque él lo sabía, y ahora lo reconocía con claridad meridiana: Enno Kluge no era el autor de las postales, lo sabía con absoluta certeza. Durante la búsqueda había podido enmascararlo, había comentado incluso con su ayudante Schröder que Kluge ocultaba sin duda alguna otra fechoría.

Pues sí, alguna otra cosa puede, pero no esa, ¡él no había escrito las postales! ¡De ninguna manera! ¡Si lo detenía, si lo traía allí, a la calle Prinz-Albrecht, nadie conseguiría disuadir al *Obergruppenführer* de interrogar en persona a Kluge, y estaba claro que entonces todo saldría a relucir, o sea, nada de postales pero sí una declaración firmada con engaños! ¡No, imposible llevar allí a Kluge!

Pero también era imposible dejarlo suelto, aunque estuviera sometido a continua vigilancia, Prall jamás lo toleraría. Y tampoco se dejaría entretener mucho más tiempo con falsas promesas, aunque Escherich le ocultase de momento el hallazgo de Kluge. Ya en un par de ocasiones había insinuado con mucha firmeza que pensaba poner el caso Duende en otras manos, unas manos un poco más astutas. Y el comisario no podía permitirse quedar en ridículo... Además el caso le interesaba sobremanera, había cobrado importancia para él.

Escherich, sentado ante su escritorio, mira abstraído, mordiéndose su amado bigote de color arena. Un maldito callejón sin salida, se dice. ¡Me he metido en un maldito callejón sin salida! ¡Haga lo que haga, estará mal, y si me cruzo de brazos, será todavía peor! ¡Maldito callejón sin salida!

Se queda sentado, cavilando. Transcurre el tiempo y el comisario sigue sentado, cavilando. ¡Barkhausen...! ¡Al diablo con Barkhausen! ¡Que continúe allí, vigilando el edificio! ¡Le sobra tiempo para eso! ¡Y como pierda a Enno mientras tanto, le sacará las tripas! ¡Le pide quinientos marcos y que los lleve en el acto! ¡Me cago en él y en sus quinientos marcos! ¡Un Enno, cien Ennos, no valen quinientos marcos!

¡Le sacudirá bien fuerte en los morros a Barkhausen, ese perro imbécil! ¿Qué le importa Kluge a él? ¡Al que necesita es al autor de las postales!

Pero luego, mientras está sentado en silencio sin dejar de pensar, el comisario Escherich cambia de opinión en el caso Barkhausen. Se levanta y va hacia la caja. Manda que le entreguen quinientos marcos («más tarde arreglaremos la cuenta») y regresa a su despacho. Había pensado en acercarse a la calle Ansbacher en el coche oficial, acompañado por dos de sus hombres... pero ahora revoca la orden, no necesita coche ni escolta.

A lo mejor Escherich no solo ha cambiado de opinión en lo que respecta a Barkhausen, a lo mejor también se le ha ocurrido algo sobre el caso Enno Kluge. Sea como fuere, saca del bolsillo del pantalón su revólver oficial, la pipa, y lo sustituye por una pistola ligera procedente de una incautación efectuada hace poco. Ya la ha probado, ese chisme pequeño se adapta de maravilla a la mano y dispara bien.

Bueno, en marcha. En el umbral de su despacho, el comisario se detiene, se vuelve de nuevo. Ocurre algo extraño: sin quererlo, hace un movimiento de saludo, de despedida a esa habitación. Adiós... un sentimiento oscuro, un presentimiento, de esos que casi lo avergüenzan, de que ya no volverá a ver ese cuarto tal como la abandona ahora. Hasta entonces el comisario Escherich era un funcionario que cazaba personas igual que otros venden sellos: con método, con laboriosidad, de acuerdo con las ordenanzas.

Pero cuando hoy o incluso mañana temprano regrese a ese despacho, acaso ya no sea el mismo. Tendrá algo que reprocharse, algo que no podrá olvidar. Algo que quizá solo él sepa, pero tanto peor: lo sabrá y nunca podrá liberarse contándolo.

Así que Escherich saluda a su despacho y se marcha avergonzado por ese saludo de despedida. Ya veremos, se dice para tranquilizarse. Puede que todo suceda de otra manera. Primero he de hablar con Kluge...

También utiliza el metro y cuando llega a la calle Ansbacher está anocheciendo.

—¡Menudo plantón me ha dado! —gruñe Barkhausen al verlo, enfurecido—. ¡Todo el día sin comer! ¿Ha traído mi dinero, señor comisario?

—¡Cierra el pico! —grita el comisario, y Barkhausen acierta al considerarlo una respuesta afirmativa. Su corazón comienza a latir más ligero: ¡dinero a la vista!

—¿Dónde vive Kluge? —le pregunta el comisario.

—¡Ni idea! —contesta Barkhausen, ofendido, para anticiparse a posibles reproches—. No puedo entrar en el edificio y preguntar por él, conociéndome de antes como me conoce. Nooo, pero seguramente vivirá en el edificio trasero, eso lo averiguará usted mismo, señor comisario. Yo he cumplido con mi trabajo, ahora quisiera mi dinero.

Escherich, sin hacerle caso, pregunta a Barkhausen por qué Enno vive ahora en el oeste, y cómo ha descubierto su paradero.

Barkhausen le informa del asunto con detalle y el comisario toma notas sobre la señora Hete Häberle, la tienda de animales, la escena nocturna de rodillas: esta vez el

comisario lo apunta todo. Como es natural, el informe de Barkhausen no es exhaustivo, pero tampoco se le puede reprochar. Nadie puede exigirle a un hombre que reconozca su propio fracaso. Porque si Barkhausen refiere cómo llegó a obtener el dinero de la Häberle, también tendría que contar cómo lo perdió. Y seguramente tendría que hablar asimismo de los dos mil marcos del ala que ahora van camino de Múnich. ¡Nooo, nadie puede exigirle eso!

Si Escherich hubiera estado más en forma, le habrían llamado la atención algunas incongruencias del informe de su soplón. Pero el comisario continúa muy ocupado en su fuero interno con otras cosas, lo que más le gustaría sería despedir a Barkhausen. Pero todavía lo necesita un rato, así que le ordena:

—Espere aquí. —Y entra en el edificio.

Pero no se dirige enseguida al edificio trasero, sino que se detiene en la portería del edificio principal y pide informes. Después, acompañado por el portero, entra en el inmueble trasero y comienza a ascender despacio por las escaleras hasta el cuarto piso.

El portero no ha podido confirmarle que Enno Kluge se encuentre en el edificio. El portero solo está para los señores del edificio exterior, no para la gente del bloque interior. Pero como es natural, por el mero hecho de estar encargado del reparto de las cartillas de racionamiento conoce a todos los que viven allí. A algunos bien, a otros no tanto. Por ejemplo, a la señorita Anna Schönlein del cuarto, de la que se sospecha que recibe a algún hombre que otro. El portero no puede verla ni en pintura, todas las noches pernocta en su casa una chusma de lo más variopinta, y el vecino de abajo, un funcionario de Correos que vive en el tercero, afirma sin ningún género de duda que ella también escucha por la noche emisoras extranjeras. Solo que el funcionario no puede confirmarlo, aunque piensa seguir esmerándose en aguzar los oídos. Sí, el portero ya había querido hablar en alguna ocasión con el jefe de bloque sobre la tal Schönlein, según le comentaba en ese momento al señor comisario. Este debía preguntar primero en casa de la Schönlein, y solo si resultaba que el hombre no estaba allí, podrían indagar en los demás pisos. Porque en general en el edificio trasero vivían personas decentes.

—Aquí es —susurra el portero.

—Quédese aquí, para que se le vea por la mirilla —le indica en voz muy baja el comisario—. Diga cualquier cosa sobre el motivo de su venida, que es para pedir el maldito pienso para la Asistencia Social Nacionalsocialista o para la Organización de Ayuda Invernal.

—Eso está hecho —contesta el portero tocando el timbre.

Durante un momento no sucede nada, el portero llama por segunda y por tercera vez. Pero la vivienda permanece en completo silencio.

—¿No está en casa? —susurra el comisario.

—No lo sé —responde el portero—. Hoy todavía no he visto por la calle a la señora Schönlein.

Y llama al timbre por cuarta vez.

De repente se abre la puerta, ninguno de los dos ha oído el menor ruido procedente de la vivienda. Ante ellos aparece una mujer alta y delgada. Lleva unos pantalones de deporte deformados y descoloridos, y un jersey amarillo canario con botones rojos. Tiene un rostro flaco de líneas marcadas y con manchas rojas, de esas que con tanta frecuencia ostenta el rostro de los tuberculosos. Sus ojos brillan como si tuviera fiebre.

—¿Qué desean? —pregunta sin revelar el menor temor cuando el comisario se sitúa tan cerca de la puerta que impide que se cierre.

—Desearía charlar un ratito con usted, señorita Schönlein. Soy el comisario Escherich de la Gestapo.

Ni el menor sobresalto; la mujer continúa mirándolo con sus ojos brillantes. Después dice deprisa:

—Venga conmigo. —Y lo precede al interior de la vivienda.

—Usted quédese aquí, en la puerta —susurra el comisario al portero—. Y si alguien quiere entrar o salir, avíseme.

La habitación a la que conducen al comisario está algo descuidada y polvorienta. Viejísimos muebles afelpados con columnas y bolas de los tiempos de Maricastaña. Cortinas de terciopelo. Un caballete con el cuadro de un hombre barbudo, una gran fotografía coloreada. En el aire flota olor a cigarrillos, el cenicero contiene un par de colillas.

—¿Qué desea? —vuelve a preguntar la señorita Schönlein.

Se ha quedado quieta junto a la mesa, sin invitar al comisario a tomar asiento.

A pesar de todo el comisario se sienta, saca del bolsillo una cajetilla de cigarrillos y señala el cuadro.

—¿Quién es? —inquiérese.

—Mi padre —contesta la mujer. Y pregunta a su vez—: ¿Qué desea?

—Me gustaría preguntarle varias cosas, señorita Schönlein —dice el comisario ofreciéndole un cigarrillo—. Pero siéntese, por favor, y acepte un pitillo.

—No fumo —responde la mujer.

—Uno, dos, tres, cuatro. —Escherich cuenta las colillas del cenicero—. Y humo de tabaco en la habitación. ¿Tiene usted visita, señorita Schönlein?

Ella lo miró sin asomo de temor.

—Nunca reconozco que fumo —responde—, porque el médico me ha prohibido el tabaco por mis pulmones.

—¿Así que no tiene usted visita?

—Pues no, no tengo visita.

—Voy a echar una rápida ojeada a su casa —explica el comisario levantándose—. No, por favor, no se moleste. Ya encontraré el camino.

Recorre deprisa las otras dos habitaciones, repletas de sofás, aparadores, armarios, sillones y columnas. En una ocasión se detiene y escucha sonriente, con la

cara vuelta hacia un armario. Después regresa con la señorita Schönlein. Ella permanece en la misma posición en que la ha dejado, de pie junto a la mesa.

—Me han comunicado —dice el policía volviendo a sentarse que recibe usted muchas visitas, visitas que casi siempre permanecen en su casa un par de noches, pero que nunca se comunican oficialmente. ¿Conoce usted la normativa sobre el registro obligatorio de personas?

—Mis visitantes son casi siempre sobrinos y sobrinas que nunca permanecen conmigo más de dos noches a lo sumo. Creo que la obligación de registro comienza con la cuarta pernocta.

—Debe de tener usted una familia muy numerosa, señorita Schönlein —le advierte el comisario pensativo—. Casi todas las noches pernoctan aquí una, dos, y a veces hasta tres personas.

—Eso es una tremenda exageración. Dicho sea de paso, tengo en efecto una familia muy numerosa. Seis hermanos, todos casados con muchos hijos.

—¡Y muy dignos y ancianos caballeros y damas entre sus sobrinos y sobrinas!

—Sus padres, como es natural, también me visitan de vez en cuando.

—Una familia muy extensa y aficionada a viajar... Por cierto, desearía preguntarle otra cosa: ¿dónde tiene usted su aparato de radio, señorita Schönlein? No he visto ninguno.

—No poseo aparato de radio —contesta ella apretando los labios.

—Seguro que sí —replica el comisario—. ¡Seguro! Igual que usted nunca reconocerá que fuma cigarrillos. Pero la música de la radio no es mala para los pulmones.

—Pero sí para las convicciones políticas —dice ella con un ligero tono burlón—. No, no tengo aparato de radio. Si han oído música procedente de mi casa, se trata de un gramófono portátil que está a su espalda, encima de un estante.

—Y que habla en lenguas extranjeras —añade el comisario.

—Tengo muchos discos de baile extranjeros. No considero ningún delito ponérselos ocasionalmente a mis visitantes ni siquiera ahora, en tiempo de guerra.

—¿A sus sobrinos y sobrinas? No, eso realmente no sería delito.

Él se levanta con las manos en los bolsillos. De repente abandona el sarcasmo y dice con voz brutal:

—¿Qué cree usted que pasará si yo me la llevo ahora mismo, señorita Schönlein, y emplazo aquí, en su vivienda, a un policía secreto? Él recibiría a sus visitantes y examinaría con más atención la documentación de sus sobrinos y sobrinas. ¡A lo mejor alguno de ellos trae un aparato de radio! ¿Qué le parece?

—Creo que usted tenía de antemano el propósito de detenerme —contesta impávida la señorita Schönlein—. Así que sobra cualquier cosa que diga. ¡Vámonos! Me permitirá ponerme rápidamente un vestido en lugar de estos pantalones de deporte, ¿no?

—¡Un momento, señorita Schönlein! —Advierte el comisario mientras ella se

aleja.

Ella se detiene y, con la mano en el picaporte, se vuelve hacia el hombre.

—¡Un momento! Desde luego, me parece muy bien que antes de nuestra marcha libere usted al caballero que está dentro de su ropero. Ya antes, cuando he andado por su dormitorio, me ha parecido que sufría una grave escasez de aire. Seguramente el armario contiene demasiado polvo antipolillas...

En ese momento las manchas rojas del rostro de la mujer desaparecen, lo mira de hito en hito, blanca como la tiza.

Él menea la cabeza.

—¡Criaturas! ¡Criaturas! —exclama con sarcástica desaprobación—. ¡Qué fácil nos lo ponéis! ¿Y pretendéis ser conspiradores? ¿Pretendéis combatir a este Estado con vuestros manejos infantiles? ¡Solo os perjudicáis a vosotros mismos!

La mujer sigue mirándolo de hito en hito. Tiene la boca firmemente cerrada, los ojos brillan febriles, la mano continúa encima del picaporte.

—Bueno, tiene usted suerte, señorita Schönlein —continúa el comisario siempre con tono de ligera y despectiva superioridad—, puesto que hoy por hoy usted carece de interés para mí. Hoy solo me interesa el caballero que está dentro de su ropero. Puede que en mi despacho, cuando analice más detenidamente su caso, me sienta obligado a dar parte de usted a la instancia competente. Puede, digo, aún no lo sé. A lo mejor entonces su caso me parece demasiado anodino... sobre todo teniendo en cuenta su afección pulmonar...

De pronto ella estalla:

—¡No os pido clemencia! ¡Odio vuestra compasión! ¡Mi caso no es anodino! ¡Sí, he ofrecido alojamiento con regularidad a perseguidos políticos! ¡He escuchado emisoras extranjeras! ¡Ahora ya lo sabe! ¡Ahora ya no puede ser indulgente conmigo... pese a mis pulmones!

—¡Pero, chica —replica burlón el policía, mirando casi con compasión a esa extraña solterona de pantalones deportivos y jersey amarillo de botones rojos—, a usted no solo le fallan los pulmones, sino también los nervios! Media hora de interrogatorio con nosotros y se asombraría del vociferante, lastimoso montón de basura que es su cuerpo. Es muy desagradable descubrirlo en uno mismo, algunos no superan nunca esa humillación de la dignidad personal y después se ahorcan.

Tras mirarla de nuevo, asiente, pensativo.

—¡Y que una persona así se considere un conspirador...! —dice con desprecio.

Ella se sobresalta como si la hubiera alcanzado un latigazo, pero no contesta.

—Pero con nuestra amena conversación nos estamos olvidando de su visitante del ropero —añade el policía—. ¡Venga usted, señorita Schönlein! Si no lo liberamos rápidamente, morirá.

Y la verdad es que cuando Escherich lo saca del armario, Enno Kluge estaba a punto de asfixiarse. El comisario tumba al hombrecillo en un diván y mueve un par de veces sus brazos arriba y abajo para ventilar sus pulmones.

—Y ahora —dice el comisario mirando a la mujer que permanece callada en la habitación—, y ahora, señorita Schönlein, déjeme un cuarto de hora a solas con el señor Kluge. Métase en la cocina, es la habitación menos propicia para escuchar.

—¡Yo nunca escucho!

—No, y tampoco fuma cigarrillos, y solo entretiene a sobrinos y sobrinas con música de discos. No, será mejor que se meta en la cocina. Si la necesito, la llamaré.

Él hace otro gesto de asentimiento y se cerciora de que se ha ido de verdad a la cocina. Después se gira hacia el señor Kluge que, sentado en el sofá, mira fija y temerosamente al comisario con sus ojos incoloros. Las lágrimas empiezan a correr por su cara.

—Vamos, vamos, señor Kluge —dice el comisario tranquilizador—. ¿Tanto se alegra de volver a ver al viejo comisario Escherich? ¿Así que me ha echado de menos? Para ser sincero, yo también lo he echado de menos a usted, y me alegro de haberlo encontrado. ¡Ya no nos separaremos así como así, querido señor Kluge!

Las lágrimas de Enno corren a raudales. Solloza a toda prisa.

—¡Ay, señor comisario, pero usted me prometió solemnemente que me dejaría en libertad!

—¿Y acaso no lo hice? —pregunta el comisario asombrado—. Pero eso no excluye que vuelva a detenerlo siempre que lo eche de menos. A lo mejor tengo una nueva declaración que firmar, ¿comprende, señor Kluge? Y usted como buen amigo mío no me negará ese pequeño favor, ¿eh?

Enno se estremece bajo la mirada de esos ojos sardónicos y despiadados. Sabe que esos ojos le sonsacarán todo, que se lo contará todo al momento y entonces estará perdido para siempre, de una manera u otra...

Capítulo 33

ESCHERICH Y KLUGE SALEN DE PASEO

Había oscurecido por completo cuando el comisario Escherich abandonó con Enno Kluge el edificio interior de la calle Ansbach. No, el comisario no podía juzgar anodino el caso de la señorita Anna Schönlein, a pesar de sus pulmones. Porque esa vieja solterona parecía acoger en su casa al buen tuntún a cualquier delincuente, sin conocer siquiera su historia. A Enno Kluge, por ejemplo, no le había preguntado ni su nombre, lo había escondido únicamente porque una amiga lo había traído a su casa.

También investigaría con más detenimiento a la tal señora Häberle. ¡Ese pueblo era un dolor! Ahora que se estaba librando la mayor guerra por un futuro feliz, incluso ahora seguía siendo rebelde. Por dondequiera que olías, apestaba. El comisario Escherich estaba firmemente convencido de que casi en cada casa alemana hallaría un montón similar de secretos y mentiras. Casi nadie tenía la conciencia limpia... excepto los camaradas del Partido, por supuesto. Por otra parte él se guardaría muy mucho de efectuar en casa de los camaradas del Partido una inspección como la que acababa de realizar en el domicilio de la Schönlein.

Bien, de todos modos había encomendado al portero la vigilancia de la vivienda. Parecía un tipo de absoluta confianza, además de miembro del Partido; había que intentar facilitarle algún puestecillo bien remunerado. Eso alegraba a ese tipo de gente y aguzaba su vista y su oído. Premiar y castigar, esa era la mejor forma de gobernar.

El comisario, con Enno Kluge cogido del brazo, se dirige hacia la columna anunciadora detrás de la que se encuentra Barkhausen. A este no le apetece nada ver a su antiguo compinche; para evitar verlo, rodea la columna. Pero el comisario, que ha dado media vuelta, lo sorprende y Emil y Enno se encuentran frente a frente.

—¡Buenas, Enno! —saluda Barkhausen alargando la mano.

Pero Kluge no se la estrecha. Incluso esa criatura lastimosa manifiesta ahora cierto enfado. Odia a Barkhausen, que lo convenció para llevar a cabo un robo donde solo hubo golpes y que esta mañana ha obtenido mediante chantaje miles de marcos, a pesar de lo cual lo ha traicionado.

—Señor comisario —dice Kluge vehemente—, ¿no le ha contado Barkhausen que esta mañana temprano ha chantajeado a mi novia, la señora Häberle, y le ha sacado dos mil quinientos marcos? Después iba a dejarme marchar, y ahora me ha...

El comisario solo había ido a buscar a Barkhausen para darle su dinero y mandarlo a casa. Pero ahora suelta el paquetito de dinero dentro de su bolsillo y escucha, divertido, cómo Barkhausen contesta con voz grosera:

—¿Y acaso no te he dejado marchar, Enno? Yo no tengo la culpa de que seas un

cenutrio y te dejes atrapar al momento. Yo he cumplido mi promesa.

El comisario dice:

—Bueno, ya volveremos a hablar de eso, Barkhausen. Ahora, váyase a su casa.

—Pero antes quiero mi dinero, señor comisario —exige Barkhausen—. Me prometió usted quinientos si le entregaba a Enno. Ya lo lleva del brazo, así que, afloje la mosca.

—¡No se le pagará dos veces por lo mismo, Barkhausen! —Rechaza el comisario—. ¡Ya ha recibido usted dos mil quinientos!

—¡Pero es que todavía no tengo ese dinero! —protesta casi a gritos el nuevamente decepcionado Barkhausen—. Ella lo ha enviado a Múnich a lista de Correos para que yo no me encontrase aquí con usted.

—Una mujer inteligente —alaba el comisario—. ¿O fue idea suya, señor Kluge?

—Está mintiendo otra vez —grita Enno furioso—. A Múnich solo se enviaron dos mil. Quinientos, y más incluso, los recibió en metálico. Registre sus bolsillos, señor comisario.

—¡Me los han robado! Una banda de gamberros me ha asaltado y robado todo el dinero. Puede usted registrarme de arriba abajo, señor comisario, solo llevo encima unos marcos que guardaba por casualidad en el chaleco.

—Barkhausen, a usted no se le puede confiar dinero —advierte el comisario meneando la cabeza—. No sabe qué hacer con él. Mira que dejarse robar por unos gamberros, ¡un hombre hecho y derecho!

Barkhausen empieza de nuevo a suplicar, a exigir, a persuadir, pero el comisario, apenas han llegado a la plaza Viktoria Luise, ordena:

—Ahora mismito se irá a casa, Barkhausen.

—Señor comisario, me prometió solemnemente...

—Como no entre ahora mismo en el metro, lo entregaré a ese policía de ahí. ¡Y lo detendrá por extorsión!

Dicho esto, el comisario se dirige al agente de policía y Barkhausen, el iracundo Barkhausen, ese delincuente de tres al cuarto al que siempre arrebatan las ganancias justo antes de la victoria, se apresura a desaparecer de la plaza Viktoria Luise. (¡Espera a que llegue a casa, Kuno-Dieter!).

El comisario habla, en efecto, con el policía, se identifica y le encarga que detenga a la señorita Anna Schönlein y la retenga en comisaría.

—Por el momento, digamos que por escuchar emisoras enemigas —arguye—. Nada de interrogatorios, se lo advierto. Mañana irá uno de los nuestros a llevarse a esa mujer. Buenas noches, agente.

—¡Heil Hitler, señor comisario!

—Bien —dice el comisario reanudando la marcha por la calle Motz en dirección a la plaza Nollendorf—, ¿qué hacemos ahora? Tengo hambre, es mi hora de cenar. ¿Sabe una cosa?, lo invito a cenar. Supongo que no tendrá demasiada prisa por venir a visitarnos a la Gestapo. Me temo que nuestra comida deja mucho que desear y la

gente es tan olvidadiza, a veces durante dos o tres días no reciben nada. Ni siquiera agua. Mala organización. Bueno, ¿qué me dice, señor Kluge?

Con esta conversación u otra parecida, el comisario conduce al desconcertado Kluge a una pequeña tasca donde parecen conocerlo. El comisario come opíparamente, la comida es excelente y abundante, con vino y copitas de aguardiente, amén de café, tarta y cigarrillos. Al mismo tiempo, Escherich explica sin ningún pudor:

—¡No crea que pago yo, Kluge! Todo esto es por cuenta de Barkhausen. Porque lo pagaré con el dinero que habría debido recibir él. Me agrada que usted se llene la panza con el premio fijado por su captura. Justicia distributiva...

El comisario habla y habla, pero a lo mejor no se siente tan superior como aparenta. Ha comido muy deprisa y ha bebido mucho. Acaso sienta cierta inquietud, pues manifiesta un nerviosismo desacostumbrado en él. A veces juega con bolitas de pan y luego se lleva de repente la mano al bolsillo trasero del pantalón, en el que lleva la pistola ligera, mientras dirige una rápida ojeada a Kluge.

Enno presencia todo esto con bastante apatía. Ha comido mucho, pero apenas ha bebido. Sigue totalmente desconcertado, no sabe qué pensar del comisario. ¿Está detenido o no lo está? No entiende una palabra.

Escherich se lo explica en ese preciso instante.

—Ahí está usted, señor Kluge —le dice— asombrándose de mí. Desde luego, he mentido, no tenía tanta hambre, solo quiero matar el tiempo hasta después de las diez. Porque tenemos que dar un paseíto, y entonces verá lo que quiero hacer con usted. Sí... entonces... verá...

El comisario ha hablado cada vez más bajo, meditabundo y lento, y Enno Kluge le dirige una mirada recelosa. Sin duda ese paseíto después de las diez de la noche obedece a alguna idea diabólica oculta. Pero ¿cuál? ¿Cómo puede escapar? Escherich vigila como un demonio, Kluge ni siquiera puede ir solo al baño.

El comisario prosigue.

—El asunto es que no me reuniré con mi hombre hasta después de las diez. Vive en las afueras, en Schlachtensee, ¿comprende, señor Kluge? Eso es lo que yo llamo un paseíto.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? ¿Conozco a ese hombre? ¡No conozco a nadie en Schlachtensee! Siempre he vivido en los alrededores de Friedrichshain...

—Tal vez lo conozca. Me gustaría que lo viera.

—Y cuando lo haya visto y compruebe que no lo conozco, ¿qué? ¿Qué pasará conmigo?

El comisario esboza un gesto de indiferencia.

—Ya veremos. Creo que conocerá a ese hombre.

Ambos callan. De repente Enno Kluge pregunta:

—¿Tiene esto algo que ver con la maldita historia de las postales? Desearía no haber firmado jamás esa declaración. No debí hacerle ese favor, comisario.

—¿De veras? Casi creo que tiene razón, habría sido mejor para usted y para mí. ¡Ojalá no hubiera firmado, señor Kluge! —Y dirige a su interlocutor una mirada tan sombría que Enno Kluge se lleva un nuevo susto. El comisario se percata de ello—. Vamos, vamos —agrega tranquilizador—, eso ya se verá. Creo que tomaremos otro aguardiente y nos marcharemos. Me gustaría llegar a tiempo de tomar el último tren de regreso a la ciudad.

Kluge lo mira horrorizado.

—¿Y yo? —pregunta con labios temblorosos—. ¿Tengo que quedarme allí fuera?

—¿Usted? —El comisario ríe—. Como es natural viajará conmigo, señor Kluge. ¿Por qué me mira tan horrorizado? No he dicho nada que pueda asustarlo. Por supuesto que regresaremos juntos a la ciudad. Ahí viene el camarero con nuestro aguardiente. Camarero, espere un momento, le daremos las copas para cambiarlas.

Poco después caminaban hacia la estación de Zoo. Viajaron en el ferrocarril metropolitano, y cuando se apearon en Schlachtensee la noche era tan oscura que en un primer momento se quedaron en la plaza de la estación sin saber qué hacer. Debido al oscurecimiento para prevenir los ataques aéreos no se veía luz por ninguna parte.

—Con esta oscuridad jamás encontraremos el camino —se quejó Kluge muerto de miedo—. Señor comisario, por favor, regresemos. ¡Se lo ruego! Prefiero pasar la noche con usted en la Gestapo a...

—¡Déjese de estupideces, Kluge! —lo interrumpió brutalmente el comisario, agarrando con fuerza el brazo del alfeñique—. ¿Se figura que vengo aquí a pasear con usted en plena noche para dar media vuelta un cuarto de hora antes de llegar a mi destino? —Y prosiguió con tono más suave—: Yo veo muy bien. Si tomamos ese camino lateral, llegaremos antes al lago...

Echaron a andar en silencio, tanteando con cuidado con los pies en busca de obstáculos invisibles.

Tras recorrer un tramo del camino, el aire ante ellos pareció aclararse.

—Lo ve, Kluge —dijo el comisario—, ya sabía yo que podía fiarme de mi sentido de la orientación. Ahí está el lago.

Kluge calló, y continuaron andando en silencio.

Era una noche sin un soplo de viento, todo estaba tranquilo. No se toparon con persona alguna. El agua lisa del lago, que más que ver intuían, parecía exhalar una claridad gris, como si devolviera el debilísimo resplandor luminoso captado durante el día.

El comisario carraspeó como si fuese a hablar, pero siguió callado.

De repente, Enno Kluge se detuvo. De un tirón liberó su brazo del de su acompañante.

—¡No pienso dar un paso más! —exclamó casi a gritos—. Si quiere hacerme algo, es tan buen momento ahora como dentro de un cuarto de hora. Nadie acudirá en mi ayuda. Debe de ser medianoche.

Como para confirmar esas palabras un reloj comenzó de pronto a dar la hora. El sonido resonaba sorprendentemente cercano y fuerte en la noche oscura. Los hombres contaron las campanadas sin darse cuenta.

—¡Once! —exclamó el comisario—. Son las once. Todavía falta una hora hasta medianoche. Vamos, Kluge, aún nos quedan cinco minutos de trayecto. —Y agarró de nuevo al otro por el brazo.

Kluge, sin embargo, se soltó con una energía sorprendente.

—He dicho que no daré ni un paso más, y así lo haré.

Se le escapó un gallo por el miedo, tan fuerte gritaba. Un pájaro acuático alzó el vuelo, asustado, entre los juncos y se alejó volando con torpeza.

—¡No grite de ese modo! —le ordenó, irritado, el comisario—. ¡Va a sublevar usted a todo el lago!

Después cambió de opinión.

—De acuerdo, descanse un momento. Ya entrará en razón. ¿Quiere que nos sentemos aquí? —Y alargó nuevamente la mano hacia el brazo de Kluge.

Enno golpeó la mano que lo agarraba.

—¡No permitiré que me toque! Haga conmigo lo que quiera, pero no me toque.

El comisario repuso con dureza:

—¡No me hable en ese tono, Kluge! ¿Quién demonios se ha creído que es? ¡Un perro cobarde, pequeño y mugriento!

También el comisario comenzaba a perder los nervios.

—¿Y usted, qué? —volvió a gritar Kluge—. ¿Qué es usted? ¡Un asesino traicionero!

Él mismo se asustó de sus propias palabras.

—Ay, perdone, señor comisario, no quería decir eso... —murmuró.

—Son los nervios —se disculpó el comisario—. Tendría que cambiar de vida, Kluge, sus nervios no soportan la existencia que lleva. Vamos, sentémonos ahí, en el embarcadero. No tema, no volveré a agarrarlo, ya que me tiene tanto miedo.

Se encaminaron hacia el embarcadero. La madera crujió al pisarla.

—Unos metros más —lo animó Escherich—. Lo mejor será que nos sentemos en la punta. Me gusta acomodarme en uno de estos chismes, solo rodeado de agua.

Kluge volvió a negarse. De improviso, él, que un momento antes había mostrado un asomo de resolución y de valor, comenzó a lloriquear.

—No quiero seguir. ¡Oh, tenga piedad de mí, señor comisario! ¡No me ahogue! No sé nadar, se lo digo sin rodeos. Siempre he tenido un pánico terrible al agua. Le firmaré todas las declaraciones que desee. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Soc...!

El comisario agarró al hombrecillo y lo arrastró pataleando hasta el final del embarcadero. Apretaba con fuerza el rostro de Enno contra su pecho, con tanta fuerza que le impidió continuar sus gritos. Así lo condujo hasta el final del embarcadero y una vez allí lo mantuvo muy cerca del agua.

—¡Perro, como vuelvas a gritar otra vez, te tiro dentro!

Un profundo sollozo brotó de la garganta de Enno.

—No gritaré —repuso en susurros—. ¡Bah, ya estoy muerto, tíreme de una vez! Ya no aguanto más...

El comisario lo depositó sobre el embarcadero y tomó asiento a su lado.

—Bueno —comenzó—. Después de haber comprobado que podía haberte tirado al lago y no lo he hecho, ¿comprendes al fin que no soy un asesino, Kluge?

Este murmuró algo incomprensible. Sus dientes castañeteaban ruidosamente.

—Y ahora, escucha. Tengo algo que decirte. Lo del hombre al que tenías que identificar aquí en Schlachtensee es una mentira, por supuesto.

—Entonces ¿por qué...?

—Aguarda. Sé que no tienes nada que ver con el autor de las postales; creí que lo de la declaración era una buena idea, pues al menos tendría una pista para mis superiores hasta capturar al verdadero autor. Pero no fue buena. Ahora los jefazos de las SS te quieren a ti, Kluge, y desean interrogarte a su manera. Creen en tu declaración, te consideran el autor o al menos el distribuidor. Y te exprimirán a fondo, te exprimirán todo lo que quieran en sus interrogatorios, te exprimirán como un limón y después te matarán a golpes o te llevarán ante el Tribunal del Pueblo, y el final será el mismo, solo que el tormento se prolongará durante unas semanas más.

El comisario hizo una pausa y Enno, completamente aterrorizado, se arrimaba ahora mucho al que acababa de llamar «asesino», como si le pidiera ayuda.

—¡Usted sabe que no he sido yo! —balbució—. ¡Es la pura verdad! No puede llevarme con ellos, no lo resistiré, gritaré...

—Seguro que gritarás —corroboró el comisario con indiferencia—. Claro que lo harás. Pero eso a ellos no les preocupa, solo les divierte. Sabes, Kluge, te sentarán en un taburete y colocarán justo delante de tu cara un foco muy intenso, y tú tendrás que mirar continuamente la luz y te morirás de calor y de claridad. Mientras tanto te interrogarán, hora tras hora, ellos se relevarán, pero a ti no te relevará nadie, por exhausto que estés. Y cuando te desplomes de agotamiento, te obligarán a levantarte a patadas y a latigazos, y te darán de beber agua salada, y cuando todo eso ya no sirva de nada, te retorcerán una a una las articulaciones de los dedos. Verterán ácido sobre tus pies...

—¡Basta, por favor, basta, no puedo escucharlo...!

—No solo lo escucharás, tendrás que soportarlo, Kluge, un día, dos, tres, cinco... siempre, día y noche, y además te harán pasar hambre hasta que tu estómago se contraiga como una habichuela, hasta que te creas al borde de la tumba por dentro y por fuera debido a los dolores. Pero no perecerás; ellos no sueltan tan fácilmente al que cae en sus garras. Sino que te...

—No, no, no —gritó el menudo Enno tapándose los oídos—. ¡No quiero oír nada más! ¡Ni una palabra más! ¡Prefiero morirme ahora mismo!

—Estoy de acuerdo —confirmó el comisario—. Yo preferiría morir ahora mismo.

Durante un rato reinó un profundo silencio entre ambos. De repente el pequeño

Enno Kluge dijo estremeciéndose:

—Pero no quiero ir al agua...

—No, no —repuso el comisario con afecto tratando de convencerlo—. Eso tampoco debe hacerlo, Kluge. Fíjese, he traído otra cosa, observe qué bonita y pequeña pistola. Basta con apretarla contra la frente, no tema, yo sostendré su mano para que no tiemble, y a continuación doblar el dedo un poquito... No sentirá dolor, de repente todos estos tormentos y persecuciones habrán desaparecido y hallará por fin paz y descanso...

—¡Y la libertad! —exclamó, meditabundo, el pequeño Enno Kluge—. Esto es exactamente igual, señor comisario, que cuando me convenció de lo de la declaración, también entonces me prometió la libertad. ¿Será verdad esta vez? ¿Tú que crees?

—Claro que sí, Kluge. Esta es la única libertad verdadera que existe para nosotros, los humanos. Entonces no podrán volver a capturarte y atemorizarte y torturarte de nuevo. Nadie más podrá hacerlo. Te reirás de todos nosotros...

—¿Y qué vendrá luego, después de la calma y la libertad? ¿Habrá algo más detrás? ¿Tú qué crees?

—No creo que después haya nada más, ni tribunales ni infierno. Solo tranquilidad y libertad.

—¿Y para qué he vivido? ¿Para qué he tenido que soportar tanto aquí? No he hecho nada, no he vivido para satisfacción de nadie, nunca he querido de verdad a nadie.

—Psé, no has sido un gran héroe, Kluge —comentó el comisario—. Y en cierto modo tampoco has sido útil. Pero ¿por qué se te ocurre meditar ahora sobre esto? En cualquier caso, ya es demasiado tarde, tanto si haces lo que te propongo, como si me acompañas a la Gestapo. Te aseguro, Kluge, que en la primera media hora caerás de rodillas suplicando una bala. Pero la tortura durará muchas muchas horas hasta que mueras...

—No, no —rechazó Enno Kluge—. Yo con esos no voy. Ponme la pistola en la mano... ¿la estoy sujetando bien así?

—Sí.

—¿Y dónde tengo que apoyarla? ¿Aquí, junto a la sien?

—Sí.

—Y ahora, colocar el dedo en el gatillo... Lo haré con cuidado, todavía no ha llegado el momento... Me gustaría charlar un rato contigo...

—No temas, la pistola aún tiene el seguro puesto.

—¿Te das cuenta, Escherich, de que eres la última persona con la que hablo? Después ya solo habrá paz, nunca más podré volver a hablar con nadie —se estremeció—. Hace un momento, cuando me he puesto la pistola en la sien, estaba fría. Así de helados deben de ser el descanso y la libertad que me esperan después.

Se inclinó acercándose al comisario y susurró:

—¿Me prometes solemnemente una cosa, Escherich?

—Sí. ¿De qué se trata?

—Pero tienes que mantener tu promesa.

—Si puedo, lo haré.

—Cuando esté muerto, no me dejes caer al agua. El agua me da miedo. Déjame aquí arriba, sobre el embarcadero seco.

—Claro que sí. Te lo prometo.

—Bien, entonces dame la mano, Escherich.

—Aquí la tienes.

—¿No me engañarás, Escherich? Ya ves que no soy más que un pequeño y miserable canalla, no importa mucho que me engañen o no. Pero tú no lo harás, ¿verdad?

—Te lo garantizo, Kluge.

—Dame otra vez la pistola, Escherich... ¿le has quitado el seguro?

—No, todavía no. Lo haré cuando tú quieras.

—¿He apuntado bien así? Ahora apenas noto la frialdad del cañón, estoy tan frío como el cañón. ¿Sabes que tengo mujer e hijos?

—He hablado con tu mujer, Kluge.

—¡Oh! —El hombrecillo estaba tan interesado, que apartó la pistola en el acto—. ¿Está aquí, en Berlín? Me gustaría volver a hablar con ella.

—No, no está en Berlín —contestó el comisario maldiciéndose por haber infringido su máxima de no proporcionar información—. Sigue en Ruppín con sus parientes. Y es mejor que no hables con ella, Kluge.

—¿Me guarda rencor?

—No, qué va, solo está enfadada contigo.

—Lástima —repuso el pequeño—. Lástima. La verdad es que es curioso, Escherich. Soy una auténtica nulidad y nadie puede amarme. Pero odiarme, eso sí que lo hacen muchos.

—No sé si lo de tu mujer es odio, creo que únicamente desea disfrutar de un poco de tranquilidad. Tú la molestas...

—¿La pistola tiene el seguro puesto, comisario?

—Sí —contestó el policía, asombrado de que Kluge, que la última media hora se había tranquilizado del todo, volviese a preguntar impelido por un súbito nerviosismo—. Sí, lo tiene... ¿Qué demonios?

El fogonazo de la pistola pasó tan cerca de sus ojos, que cayó de espaldas en el embarcadero gimiendo; se apretaba las manos delante de los ojos con la sensación de haberse quedado ciego.

Kluge le susurraba al oído:

—¡Sabía que no tenía puesto el seguro! ¡Otra vez querías engañarme! Y ahora estás en mis manos, ahora puedo proporcionarte tranquilidad y libertad... —Colocó el cañón de la pistola contra la frente del quejumbroso policía, soltó una risita—:

¿Notas lo fría que está? Esto es la tranquilidad y la paz, es el hielo en el que estaremos enterrados por los siglos de los siglos...

El comisario se incorporó, quejándose.

—¿Lo has hecho a propósito, Kluge? —preguntó con tono severo y se levantó de golpe los párpados escocidos de sus ojos doloridos. El otro, a su lado, le parecía una masa más negra en medio de la oscuridad de la noche.

—Pues claro. —El pequeño rio.

—¡Ha sido un intento de asesinato! —exclamó el comisario.

—¡Pero tú has dicho que el arma tenía el seguro puesto!

Ahora el comisario tenía la certeza plena de que a sus ojos no les había ocurrido nada.

—¡Voy a tirarte al agua, cabrón! ¡Y habrá sido en defensa propia! —Y agarró al hombrecillo por el hombro.

—¡No, no, por favor, no! ¡Eso no, por favor! ¡Te aseguro que haré lo que quieras! ¡Pero al agua, no! Me lo has prometido...

El comisario lo había agarrado por el hombro.

—¡Ni hablar! ¡Deja de lloriquear! ¡Nunca tendrás valor para hacerlo! ¡Al agua...!

Se oyeron dos disparos muy seguidos. El comisario notó cómo el hombre que tenía entre sus manos se desplomaba y caía sin remedio. Por un momento, Escherich se movilizó al ver al muerto deslizándose al agua por encima del borde del embarcadero. Intentó sujetarlo con las manos.

El comisario, encogiéndose de hombros, contempló cómo el pesado cuerpo chocaba con el agua y al instante desaparecía.

¡Mejor así!, se dijo, humedeciéndose los labios secos. Un sospechoso menos.

Durante unos instantes vaciló, pensando si tirar o no al agua la pistola caída en el embarcadero. Al final la dejó allí. Se alejó despacio del embarcadero, subió la pendiente de la orilla y se encaminó hacia la estación.

Estaba cerrada, el último tren ya había partido. El comisario se dispuso a emprender con indiferencia la larga caminata hasta Berlín.

En ese momento comenzaron a sonar de nuevo las campanadas del reloj.

Medianoche, pensó el comisario. Lo ha conseguido. Medianoche. Siento curiosidad por saber qué le parecerá su paz, verdadera curiosidad. ¿Volverá a sentirse engañado? ¡Canalla, pequeño canalla llorica!

TERCERA PARTE

La suerte le da la espalda
a los Quangel

Capítulo 34

TRUDEL HERGESELL

Los Hergesell viajaron en tren desde Erkner a Berlín. Trudel Baumann había perdido su apellido, el amor tenaz de Karl había vencido, se habían casado, y en esos momentos, corría el funesto año de 1942, Trudel se encontraba en su quinto mes de embarazo.

Con la boda ambos habían renunciado asimismo a su trabajo en la fábrica de uniformes; tras la dolorosa experiencia con Grigoleit y Bebé ya nunca volvieron a sentirse a gusto en ella. Él trabajaba ahora en una fábrica química en Erkner, mientras que Trudel se ganaba unos marcos adicionales como modista a domicilio. La pareja recordaba la época de su actividad ilegal con ligera vergüenza. Ambos eran conscientes de que habían fracasado; pero ahora sabían que no eran aptos para una actividad clandestina, que exigía un postergamiento total del propio yo. Ahora solo vivían para disfrutar de la felicidad doméstica y de la alegría anticipada por el hijo que esperaban.

Cuando abandonaron Berlín y se trasladaron a Erkner, pensaron que allí, lejos del Partido y de sus exigencias, lograrían vivir en paz. Al igual que muchos habitantes de la gran ciudad, profesaban la errónea creencia de que los soplones solo eran tan malos en Berlín, que en el campo, en una ciudad pequeña, seguía reinando la decencia. Y como muchos habitantes de la gran ciudad habían comprobado que precisamente las denuncias, las escuchas y el espionaje eran diez veces peores en una población pequeña que en la gran ciudad. En una ciudad pequeña nunca podías perderte entre la masa, todos eran claramente visibles, tus circunstancias personales se conocían con gran rapidez, evitar conversaciones con los vecinos era casi imposible, y ya en un par de ocasiones habían experimentado con pesar hasta qué punto podían tergiversarse tales conversaciones.

Puesto que ninguno de los dos estaba afiliado al NSDAP, ambos participaban en todas las colectas con la menor aportación posible y tendían a vivir exclusivamente para sí mismos; como ambos preferían leer a acudir a mítines, Hergesell, con sus largos cabellos oscuros siempre alborotados y sus ardientes ojos negros parecía un verdadero socialista y pacifista (en opinión de los miembros del Partido nazi), y Trudel había dicho en cierta ocasión en un minuto de irreflexión que los judíos eran dignos de lástima... no tardaron en ser considerados políticamente sospechosos, hasta el punto de que vigilaban cada uno de sus pasos e informaban de todas y cada una de sus palabras.

Los Hergesell sufrían en el ambiente en que se veían obligados a vivir en Erkner. Pero se persuadieron de que no debían preocuparse por eso, de que no podría pasarles

nada, pues no luchaban contra el Estado. «Los pensamientos son libres», decían, pero habrían tenido que saber que en ese Estado ni siquiera los pensamientos eran libres.

Así que se refugiaban cada vez más en su felicidad amorosa. Eran dos amantes que, en medio de una inundación, a merced de las olas, entre los edificios desplomándose y el ganado ahogándose, se aferran el uno al otro creyendo que su unión, su amor, los libraría de la catástrofe general. Aún no habían comprendido que en esa Alemania en guerra la vida privada había dejado de existir. Que ningún repliegue te libraba de pertenecer a la comunidad de los alemanes y tenías que sufrir el destino de los demás alemanes, al igual que las bombas cada vez más numerosas caían al azar tanto sobre los justos como sobre los pecadores.

Los Hergesell se separaron en la plaza Alexander. La mujer tenía que entregar un pequeño encargo de costura en la calle Kleine Alexander, mientras que el marido deseaba examinar un carrito infantil cuya venta había visto anunciada. Acordaron reencontrarse en la estación hacia el mediodía, y cada uno se fue por su camino. Trudel Hergesell, a la que el embarazo, tras las molestias iniciales, había infundido ahora, en el quinto mes, un sentimiento de confianza en sí misma y una felicidad desconocida hasta entonces, llegó deprisa a la calle Kleine Alexander y entró en el portal.

Un hombre subía por las escaleras por delante de ella. Solo lo veía de espaldas, pero lo reconoció en el acto por la postura característica de su cabeza, por la nuca rígida, la figura alta, los hombros erguidos: era Otto Quangel, el padre de su antiguo prometido, el hombre al que en su día había revelado el secreto de su organización clandestina.

Se detuvo sin darse cuenta. Era obvio que Quangel aún no se había percatado de su presencia. Subía las escaleras sin prisa, pero sin pausa. Ella lo siguió desde un piso más abajo, siempre dispuesta a detenerse inmediatamente en cuanto Quangel llamase a una de las numerosas puertas de ese edificio de oficinas.

Pero en lugar de llamar, ella lo vio detenerse junto a uno de los ventanales de la escalera, sacar una postal del bolsillo y depositarla en la repisa de la ventana. Al hacerlo, su mirada se encontró con la de la observadora. Pero a Quangel no se le notó si la había reconocido o no, y bajó por la escalera sin mirarla cuando pasó a su lado.

Cuando llegó un poco más abajo, la joven corrió hacia la ventana y recogió la postal. Solo leyó las primeras palabras: «¿Acaso no habéis comprendido todavía que el Führer os mentía ignominiosamente cuando dijo que Rusia se preparaba para invadir Alemania?».

Echó a correr detrás de Quangel.

Lo alcanzó cuando salía del edificio, se apresuró a ponerse a su lado y preguntó:

—¿No me has reconocido hace un momento, padre? ¡Soy yo, Trudel, la Trudel de Otto!

El hombre giró la cabeza y a ella le pareció que jamás había tenido la impronta dura y furiosa de un pájaro como en ese instante. Durante un momento creyó que se

negaba a reconocerla, pero después esbozó una leve inclinación de cabeza y dijo:

—Tienes buen aspecto, muchacha.

—Sí —reconoció, con los ojos resplandecientes—. Además, no me había sentido nunca tan fuerte y tan feliz. Espero un hijo. Me he casado. ¿No te enfadas, padre?

—¿Por qué iba a enfadarme contigo? ¿Por casarte? No seas tonta, Trudel, eres joven y Otto lleva casi dos años muerto. No, ni siquiera Anna te reprocharía haberte casado, y eso que ella sigue pensando día tras día en su pequeño Otto.

—¿Qué tal está?

—Como siempre, Trudel, como siempre. Nosotros, los viejos, ya cambiamos poco.

—¡Sí! —replicó, deteniéndose—. ¡Sí! —Su rostro adoptó una expresión muy seria—. Sí, han cambiado muchas cosas en vosotros. ¿Te acuerdas de la vez que estuvimos en aquel pasillo de la fábrica de uniformes, debajo de los carteles de las ejecuciones? Entonces me previniste...

—No sé de qué me hablas, Trudel. Los viejos olvidan muchas cosas.

—Hoy soy yo la que te previene, padre —prosiguió en voz baja con tono muy insistente—. He visto cómo dejabas la postal en la escalera de ese edificio, esa terrible postal que ahora llevo en mi bolso.

Él la miraba de hito en hito con sus ojos fríos, que ahora parecían brillar enfadados.

—Padre, se trata de tu cabeza —susurró—. Al igual que yo, pueden haberte observado otros. ¿Sabe madre lo que estás haciendo? ¿Lo haces a menudo?

Quangel guardó silencio durante tanto rato que ella pensaba que no quería contestarle. Pero de pronto dijo:

—Ya sabes, Trudel, que no hago nada sin mi mujer.

—¡Oh! —exclamó la joven y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me lo temía. También has comprometido a madre.

—Madre perdió a su hijo. Ella aún no lo ha superado... no lo olvides, Trudel.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rojo, como si le hubiera hecho un reproche.

—Creo que Otto no estaría de acuerdo si viera a su madre metida en algo así —murmuró Trudel.

—Cada cual sigue su camino, Trudel. —Contestó Otto Quangel con tono gélido—. Tú, el tuyo, nosotros, el nuestro. Sí, nosotros seguimos nuestro camino. —Echó de golpe la cabeza hacia atrás y luego hacia delante, fue como si el pájaro asestara un picotazo—. Y ahora tenemos que separarnos. Que te vaya bien, Trudel, con tu hijito. Saludaré a madre de tu parte... quizá.

Y ya se había ido.

Después regresó.

—Esa postal no la guardes en el bolso, ¿comprendes? —le recomendó—. Déjala en cualquier sitio, como he hecho yo. Y a tu marido no le cuentes una palabra, ¿me lo prometes, Trudel?

Esta asintió con suavidad, limitándose a mirarlo asustada.

—Y después nos olvidarás. Olvidarás todo sobre los Quangel; si vuelves a verme alguna vez, no me conoces, ¿entendido?

Nuevo asentimiento de cabeza.

—Entonces, que te vaya bien —repitió, y esta vez se marchó de verdad, con la de cosas que ella habría querido decirle.

Cuando Trudel dejó la postal de Otto Quangel, sintió todos los miedos que experimenta un delincuente que teme ser sorprendido y optó por no seguir leyéndola. Destino trágico también el de esa postal de Otto Quangel, hallada por una persona amiga, mas tampoco esta surtió efecto. También fue escrita en vano, también a su destinataria le asaltó el deseo de librarse de ella lo antes posible.

Cuando Trudel depositó la postal justo en la misma repisa de la ventana donde la había dejado Quangel (a ella ni se le habría pasado por la cabeza elegir otro sitio), subió deprisa los últimos peldaños y llamó al timbre del bufete de un abogado para cuya secretaria estaba haciendo un vestido... con una tela robada en Francia y enviada a la secretaria por un amigo suyo que estaba en el Servicio de Seguridad del Führer.

Mientras se lo probaba, Trudel sintió escalofríos y de repente se le nubló la vista. Tuvo que echarse en el despacho del abogado —este había salido a una cita— y más tarde tomarse un café, muy bueno y auténtico (robado en Holanda por otro amigo de las SS).

Pero mientras todo el personal del bufete le prestaba ayuda con amabilidad —su estado era difícil de pasar por alto, porque llevaba toda la carga «delante»—, Trudel Hergesell pensaba: Tiene razón, nunca debo decirle nada de esto a Karl. Ojalá no sea perjudicial para el bebé, esto me ha alterado muchísimo. ¡Ay, padre, no debería hacer algo así! ¿Es que no piensa en el peligro y en el miedo al que expone a la gente con eso? ¡Bastante dura es ya la vida!

Cuando volvió a bajar por la escalera, la postal había desaparecido. Soltó un suspiro de alivio, pero ese alivio no perduró. No podía evitarlo, tenía que pensar en su posible descubridor, en si esa persona se habría llevado el mismo susto que ella, en qué haría con la postal. Todos sus pensamientos giraban en torno a ese asunto.

Trudel no regresó a la plaza Alexander con la misma presteza que a la ida. En realidad pretendía hacer unos recados, pero no se sintió capaz. Se sentó muy quieta en la sala de espera, confiando en que Karl llegase pronto. Cuando estuviera allí, se le pasaría el susto que tenía metido en el cuerpo... aunque no le dijera nada. Su mera presencia lo lograría...

Sonrió y cerró los ojos.

¡El bueno de Karl!, pensó ella. ¡Mi único...!

Y se quedó dormida.

Capítulo 35

KARL HERGESELL Y GRIGOLEIT

Karl Hergesell no pudo consumir el trueque del cochecito infantil, lo que le provocó un monumental enfado. El cochecito tenía veinte o veinticinco años de antigüedad, era un modelo antediluviano, seguro que Noé condujo en él a su hijo menor hasta el arca. La anciana pidió a cambio una libra de mantequilla y otra de tocino. Con una tenacidad increíble insistió en que «¡Vosotros en el campo tenéis de todo! ¡Nadáis en la abundancia!».

Era una verdadera desvergüenza lo que la gente exigía. Hergesell aseguró en vano que Erkner era cualquier cosa menos el campo y que allí no recibían ni un gramo de comida más que en Berlín. Además él era un obrero modesto y no estaba en situación de pagar esos precios de estraperlistas.

—¿Se figura usted que yo me separaría de un cochecito en el que he llevado a mis dos hijos si no consiguiera algo bueno a cambio? —había argumentado la mujer—. ¡Usted pretende arreglarlo poniendo unos cochinos marcos encima de la mesa! ¡No, muchas gracias, señor, para eso búsquese a otra más tonta!

Hergesell, que no se habría llevado el cochecito, un cachivache de ruedas altas que se balanceaba sobre sus resortes, por cincuenta marcos, insistió en que era una desvergüenza. Y además, ella estaba cometiendo un delito porque estaba prohibido pedir comida a cambio de mercancía.

—¿Un delito? —La vieja soltó un silbido despectivo por la nariz—. ¿Un delito? ¡Pues intente denunciarme, joven! Mi marido es sargento mayor de la policía, para nosotros no hay delitos que valgan. Y ahora salga ahora mismo de esta casa. ¡No pienso tolerar que me griten en mi propio domicilio! Contaré hasta tres, y si para entonces no se ha ido, será allanamiento de morada, y seré yo quien lo denuncie a usted.

Karl Hergesell volvió a cantarle las cuarenta antes de irse. Le dijo bien claro lo que pensaba de esos explotadores que se aprovechaban de la situación de necesidad de muchos alemanes. Después se marchó, muy enfurecido.

Y poseído por la ira se tropezó con Grigoleit, el hombre de la época en la que luchaban por un futuro mejor.

—¡Hombre, Grigoleit! —dijo Hergesell al cruzarse con esa figura alta de frente amplia y huidiza y cargada con dos maletas y una cartera—. ¿Qué, otra vez en Berlín? —Agarró una maleta—. ¡Demonios, cómo pesa! ¿Vas a la plaza Alexander? Yo también me dirijo hacia allí, te echaré una mano.

Grigoleit esbozó una leve sonrisa.

—Gracias, Hergesell, eres muy amable. Veo que sigues siendo el viejo camarada

altruista. ¿Qué es de tu vida? ¿Y qué hace la pequeña y bonita chica de entonces... cómo se llamaba?

—Trudel, Trudel Baumann. Pues me casé con la pequeña y bonita chica de entonces, y ahora estamos esperando un niño.

—Bueno, era previsible. Felicidades.

El cambio de vida de los Hergesell no parecía interesar en demasía a Grigoleit... mientras que para Karl Hergesell era una fuente de la que manaba a borbotones una felicidad incesante y renovada.

—¿Y tú a qué te dedicas, Hergesell? —siguió preguntando Grigoleit.

—¿Yo? ¿Quieres decir en qué trabajo? Otra vez como electrotécnico en una fábrica química de Erkner.

—No, Hergesell, me refiero a qué haces de verdad por nuestro futuro.

—Nada, Grigoleit —contestó el aludido sintiendo de repente una especie de culpabilidad. Y luego explicó—: Mira, Grigoleit, llevamos poco tiempo casados y solo vivimos para nosotros. ¿Qué nos importa el mundo de ahí fuera y su guerra de mierda? Ahora somos felices porque vamos a tener un hijo. Y eso también es algo, Grigoleit. Esforzarnos por seguir siendo decentes y educar a nuestro hijo para que se convierta en una persona decente...

—¡Pues os resultará muy difícil en el mundo que nos preparan los señores pardos! Bah, déjalo, Hergesell, de vosotros nunca se ha podido esperar otra cosa. Siempre habéis pensado más con el bajo vientre que con la cabeza.

Hergesell enrojeció de furia. Grigoleit hablaba con desprecio insuperable. Pero al mismo tiempo, ni siquiera parecía haberlo dicho con intención de ofender, pues sin darse cuenta de la ira del otro, prosiguió con absoluta indiferencia:

—Yo continúo, y Bebé, también. No, aquí, en Berlín, no. Ahora estamos mucho más al oeste, es decir, yo no estoy nunca, viajo sin parar, soy una especie de correo...

—¿Y de verdad esperáis grandes resultados de vuestra actuación? ¿Unos pocos hombrecillos contra esa maquinaria gigantesca...?

—En primer lugar, no somos unos hombrecillos. Todo alemán decente, y todavía quedan dos o tres millones, colaborará con nosotros. Primero han de liberarse de su miedo. Ahora su miedo al futuro que nos deparan los mandamases pardos aún es menor que el miedo a las amenazas del presente. Pero esto cambiará pronto. Hitler triunfará durante cierto tiempo, pero después vendrán los reveses, él sencillamente está engordando para morir. Y los ataques aéreos también serán cada vez más masivos...

—¿Y en segundo? —preguntó Hergesell que se aburría soberanamente con los pronósticos bélicos y las divagaciones de Grigoleit—. En segundo...

—En segundo lugar, amiguito, deberías saber que carece de importancia que muy pocos luchen contra muchos. Lo importante es que cuando has reconocido una causa como verdadera, debes luchar por ella. Y es indiferente que obtengas éxito o lo haga el que te sustituya. Yo no puedo cruzarme de brazos y decir: Son unos cerdos, pero ¿a

mí qué me importa?

—Sí, claro —replicó Hergesell—, pero tú tampoco estás casado, no tienes una mujer y un hijo por los que velar...

—¡Maldita sea tu estampa! —gritó Grigoleit, asqueado—. ¡Abandona ya esa maldita cháchara sentimentaloides! ¡Ni tú mismo crees una palabra de lo que balbuceas! ¡Mujer e hijo! ¿Es que no se te ocurre, idiota, que habría podido casarme ya veinte veces si me hubiera interesado fundar una familia? Pero no lo he hecho. Me digo que solo tendré derecho a la felicidad privada cuando haya espacio en este mundo para una felicidad semejante.

—Nos hemos distanciado mucho —murmuró Karl Hergesell con cierto tono de tedio—. Yo no privo a nadie de nada con mi felicidad.

—¡Sí, tú robas! Robas los hijos a sus madres, los maridos a sus mujeres, el novio a las chicas consintiendo que millares de seres humanos sean fusilados a diario sin mover un dedo para detener esos crímenes. Lo sabes de sobra, y me pregunto si no serás casi peor que cualquier nazi pardo hasta la médula. Esos son demasiado estúpidos para saber los crímenes que comenten. ¡Pero tú sí lo sabes y no haces nada para evitarlo! ¿Que no eres peor que los nazis? ¡Pues claro que sí!

—A Dios gracias ya hemos llegado a la estación —dijo Hergesell depositando en el suelo la pesada maleta—. No pienso seguir dejándome insultar más tiempo. Si siguiéramos juntos un rato más, concluirías que la guerra no la inició Hitler, sino yo.

—¡Y así ha sido! En sentido figurado, claro está. Hablando con rigor, tu tibieza es la que ha hecho posible que...

Hergesell se echó a reír, y también el sombrío Grigoleit esbozó una sonrisa al contemplar su expresión risueña.

—¡Bueno, dejémoslo! —exclamó Grigoleit—. Jamás nos entenderemos. —Se pasó la mano por su frente despejada—. Pero la verdad es que podrías hacerme un favor, Hergesell.

—Con mucho gusto, Grigoleit.

—Se trata de esta cochina maleta tan pesada que acabas de cargar hasta aquí. Dentro de una hora tengo que continuar viaje a Königsberg, pero allí no la necesitaré para nada. ¿Podrías guardármela mientras tanto?

—Oye, Grigoleit —contestó Hergesell, mirando con aversión la pesada maleta—, ya te he dicho que ahora vivo en Erkner. Y hasta allí será una carga excesiva. ¿Por qué no dejas la maleta aquí, en consigna?

—¿Que por qué? ¿Por qué es curvo el plátano? Porque no me fío de esta gente. Llevo dentro toda mi ropa, y los zapatos, y los mejores trajes. Y aquí roban a mansalva. Aparte caen bombas, ya sabes que a los *Tommy* s les encanta bombardear las estaciones... entonces perdería todo lo que poseo. —Y apremiándolo—: Vamos, di que sí, Hergesell.

—Bueno, vale. A mi mujer no le parecerá bien. Pero por ser tú... Aunque, sabes, Grigoleit, preferiría no contarle a mi mujer que me he encontrado contigo. Se pondría

nerviosa, y en su estado actual eso no es bueno para ella ni para el niño.

—Vale, vale. Haz lo que quieras. Lo importante es que me la guardes bien. Dentro de una semana más o menos volveré y me llevaré esa maleta que pesa un quintal. Dame tu dirección. Vale, vale. Entonces, hasta pronto, Hergesell.

—¡Adiós, Grigoleit!

Karl Hergesell entró en la sala de espera para reunirse con Trudel. La encontró acurrucada en un rincón oscuro, la cabeza apoyada en el respaldo del banco, profundamente dormida. La contempló durante un instante. Respiraba con suavidad, su pecho turgente subía y bajaba levemente. Tenía la boca entreabierta y el semblante muy pálido. Parecía preocupada, y gotitas de sudor claras se diseminaban por su frente, como si acabara de hacer un tremendo esfuerzo.

Inclinó la vista hacia su amada. De repente, con súbita decisión, agarró la maleta de Grigoleit y se aproximó con ella a la consigna. No, ahora para Karl Hergesell lo más importante del mundo era que a Trudel no le asaltaran pensamientos sombríos, ni se inquietase. Si se llevaba la maleta a Erkner, tendría que hablarle de Grigoleit, y sabía que cualquier recuerdo sobre la «condena a muerte» de entonces le preocupaba sobremanera.

Al regresar a la sala de espera con el resguardo de la consigna de equipajes, Trudel, ya despierta, se está pintando los labios. Le sonrío, un poco pálida, y pregunta:

—¿Cómo es que acarreabas una maleta tan enorme, Karl? ¡Seguro que no contenía un cochecito de bebé!

—¿Maleta enorme? —Finge asombro—. ¡No tengo ninguna maleta enorme! Acabo de llegar, y lo del cochecito ha sido un fracaso, Trudel.

Su esposa lo mira atónita. ¿Le miente su marido? ¿Por qué? ¿Qué secretos oculta? Porque acaba de verlo con toda claridad junto al mostrador con la maleta, y después dar media vuelta y abandonar la sala de espera con ella.

—¡Pero Karl! —exclama un poco ofendida—. Si acabo de verte junto al mostrador con la maleta.

—¿De dónde iba a sacar yo una maleta, mujer? —responde ligeramente irritado—. ¡Lo has soñado, Trudel!

—No entiendo a qué viene esta mentira. ¡No lo habías hecho nunca!

—¡No te estoy mintiendo, no te atrevas a repetirlo! —Él está ahora muy enfadado, su mala conciencia lo pone así. Se contiene y prosigue, algo más tranquilo—: Te he dicho que acabo de llegar. No sé nada de una maleta. ¡Lo has soñado, Trudel!

—Ya, ya —contesta mirándolo fijamente—. Ya, ya. Pues muy bien, Karl. Lo habré soñado. No hablemos más del asunto.

La joven baja la vista. Le duele muchísimo que tenga secretos para ella, y ese hecho es aún más doloroso porque ella también los tiene con él. Le ha prometido a Otto Quangel que no le contará su encuentro a su marido, y mucho menos lo de la

postal. Pero no está bien. Los esposos no deben guardarse secretos el uno al otro. Y ahora él también los tiene para ella.

Karl Hergesell siente vergüenza. El cinismo con que ha mentido a su amada lo avergüenza, incluso la ha tratado groseramente por decir la verdad. Se pregunta si no sería preferible contarle el encuentro con Grigoleit. Y al final decide que no: eso la alteraría aún más.

—Perdona, Trudel —dice, apretándole de prisa la mano—. Perdona por haberte soltado un bufido. Pero es que lo del cochecito me ha enfadado mucho. Escucha...

Capítulo 36

EL PRIMER AVISO

El ataque de Hitler a Rusia había alimentado la cólera de Quangel contra el tirano. Esta vez Quangel había seguido con todo lujo de detalles la génesis de dicho ataque. Nada lo había sorprendido, desde las primeras agrupaciones de tropas en «nuestras fronteras» hasta la invasión. Él sabía de antemano que los Hitler, Goebbels, Fritzsche, mentían, todas sus palabras eran una solemne mentira. No podían dejar a nadie en paz, y con rabiosa indignación había escrito en una de las postales: «¿Qué hacían los soldados rusos cuando Hitler los atacó? ¡Jugar a las cartas, nadie en Rusia pensaba en la guerra!».

Ahora, cuando en el taller se acercaba a un grupo de charlatanes, deseaba que no se dispersaran tan deprisa. Ahora le gustaba escuchar los comentarios ajenos sobre la guerra.

Pero los trabajadores se sumían inmediatamente en un hosco silencio, charlar se había vuelto muy peligroso. El en comparación inofensivo carpintero Dollfuss había sido relevado hacía tiempo; Quangel solo podía sospechar quién era su sucesor. Once de sus trabajadores, entre ellos dos hombres que llevaban más de veinte años en la fábrica de muebles, habían desaparecido sin dejar rastro, sacados en plena jornada de trabajo, o una mañana no acudieron más. Nunca se supo qué había sido de ellos, y eso era una prueba de que en algún momento se les había escapado alguna palabra inconveniente y por eso habían ido a parar al campo de concentración.

Para sustituir a esos once hombres habían aparecido nuevos rostros, y el viejo jefe de taller solía preguntarse si no serían es pías todos ellos, si la mitad de la plantilla no se dedicaría a espiar a la otra mitad. El aire olía a traición. Nadie se fiaba ya del prójimo, y en ese ambiente espantoso la gente parecía cada vez más insensibilizada frente a todo, ya solo eran partes de las máquinas que manejaban.

Pero a veces esa insensibilidad generaba una furia espantosa, como cuando un obrero apretó el brazo contra la sierra gritando:

—¡Muera Hitler! ¡Y morirá! ¡Tan cierto como que me sierro el brazo!

Les costó mucho arrancar a ese demente de la máquina, y como es natural, jamás volvieron a tener noticias suyas. Seguramente llevaba ya mucho tiempo muerto, ¡ojalá lo estuviera! Sí, había que comportarse con extremada cautela, no todos estaban tan libres de sospecha como esa vieja y abúlica mula de carga llamada Otto Quangel, al que ya solo parecía interesar conseguir la cuota diaria de ataúdes. ¡Sí, ataúdes! De las cajas para bombas habían pasado a los ataúdes, objetos miserables de la madera de desecho más barata y delgada, embadurnada de color negro parduzco. ¡Fabricaban millares, decenas de miles de esos ataúdes, trenes de mercancías, una

estación llena de trenes de mercancías, muchas estaciones llenas!

Quangel, estirando la cabeza para vigilar todas las máquinas, pensaba con frecuencia en las numerosas vidas que serían conducidas a la tumba dentro de esos ataúdes, vidas asesinadas, muertes inútiles, ya estuvieran destinados esos ataúdes a las víctimas de los ataques aéreos, es decir, fundamentalmente a ancianos, mujeres y niños..., o fuesen a parar a los campos de concentración, varios miles de piezas por semana, para hombres que no habían podido o no habían querido ocultar sus convicciones, varios miles de ataúdes por semana a un único campo de concentración. O también podía ser que esos trenes de mercancías repletos de ataúdes emprendieran el largo camino hacia los diversos frentes... pero en realidad Otto Quangel no creía esto, porque ¡a ellos les importaban un bledo los soldados muertos! Para ellos un soldado muerto valía lo mismo que un topo muerto.

El frío ojo de pájaro parpadea, duro y furioso, bajo la luz eléctrica, la cabeza se mueve a intervalos, la boca de labios finos permanece cerrada con fuerza. Nadie adivina la sublevación, la aversión que habitan en el pecho de este hombre, pero él sabe que aún tiene mucho que hacer, sabe que está llamado a una gran tarea, y ahora ya no escribe solo los domingos. También lo hace los días laborables antes de comenzar el trabajo. Desde la invasión de Rusia de vez en cuando escribe cartas que le cuesta terminar dos días, pero necesita desahogar su cólera.

Quangel reconoce que ya no trabaja con la precaución de antes. Lleva dos años sin sufrir el menor tropiezo, nunca ha recaído sobre él la menor sospecha, se siente completamente a salvo.

El encuentro con Trudel Hergesell fue el primer aviso. En lugar de ella también habría podido verlo en la escalera otra persona, y entonces todo habría acabado para Anna y para él. Pero ellos no importaban; lo único que importaba era llevar a cabo el trabajo ese día y los siguientes. Por esa razón debía incrementar las precauciones. Que Trudel lo hubiera visto dejar la postal en la escalera había sido un descuido deplorable por su parte.

Sin embargo, Otto Quangel no se imaginaba que en ese momento el comisario Escherich había recibido ya una descripción de su persona por dos vías diferentes. Otto Quangel había sido visto dejando las postales en dos ocasiones anteriores, y en ambas por mujeres que después habían recogido las postales por curiosidad, pero no habían dado la voz de alarma con la rapidez suficiente como para atrapar al autor en el edificio.

Sí, el comisario Escherich poseía ya dos descripciones personales del individuo que dejaba las postales. Solo cabía lamentar que esas descripciones diferían en casi todos los puntos. Solo en uno coincidían ambas observadoras: en que el rostro del autor tenía un aspecto muy raro, muy distinto al de otras personas. Pero cuando Escherich solicitó una descripción más minuciosa de esa extraña cara, se puso de manifiesto que ambas mujeres o no sabían observar o no acertaban a expresar con palabras lo que habían visto. Las dos declararon que el autor tenía pinta de verdadero

maleante. Preguntadas por lo que en su opinión caracterizaba a un auténtico maleante, se encogieron de hombros comentando que eso debían saberlo ellos mejor que nadie.

Quangel dudó mucho tiempo si debía referir a Anna su encuentro con Trudel o no. Al final optó por contárselo: no quería guardar secretos con ella.

Anna también tenía derecho a saber la verdad. A pesar de que el peligro de que Trudel revelase algo era mínimo, Anna debía conocer incluso el menor peligro. Así que le contó punto por punto lo sucedido, sin silenciar su descuido.

La reacción fue típica de Anna. Trudel, su matrimonio y el hijo que esperaba no le interesaron nada, pero susurró muy asustada:

—¡Ay, Otto, piensa lo que habría ocurrido si hubiera estado allí otra persona, alguien de las SA!

Su marido esbozó una sonrisa de desdén.

—Pero no había nadie más. A partir de ahora volveré a tener cuidado.

Pero esa aseveración no logró tranquilizarla.

—No, no —replicó con vehemencia—. A partir de ahora repartiré yo las postales. Nadie se fija en una vieja. ¡Tú enseguida llamas la atención de la gente, Otto!

—En dos años no he llamado la atención de nadie, mamá. No pienso permitir que te encargues sola de lo más peligroso del asunto. ¡Sería como esconderme detrás de tus faldas!

—¡Sí, claro! —replicó enfadada—. ¡No me vengas ahora con esas pamplinas de hombres! ¡Qué tontería más grande, esconderte detrás de mis faldas! Yo ya sé que eres valiente, pero acabo de enterarme de que también eres imprudente, y actuaré en consecuencia. ¡Digas lo que digas!

—Anna —repuso cogiéndole la mano— no debes echarme siempre en cara la misma falta, como hacen otras mujeres. Te he dicho que seré más precavido, y debes creerme. Si durante dos años no lo he hecho mal... ¿por qué iba a estropearlo en el futuro?

—No comprendo por qué no puedo repartir yo las postales —insistió con terquedad—. Hasta ahora lo he hecho de vez en cuando.

—Y debes seguir haciéndolo. Cuando sean muchas o yo sufra un ataque de reuma.

—Pero tengo más tiempo que tú. Y la verdad es que llamo menos la atención. Mis piernas son más ágiles. No quiero quedarme aquí muerta de miedo día tras día, cuando sé que estás repartiendo.

—¿Y yo, qué? ¿Crees que estoy feliz aquí, en casa, sabiendo que tú andas por ahí fuera? ¿No comprendes que me avergonzaría que arrostraras tú el mayor peligro? ¡No, Anna, no puedes exigirme eso!

—Entonces vayamos juntos. Cuatro ojos ven más que dos, Otto.

—Juntos llamaríamos más la atención, uno solo pasa más desapercibido entre la gente. Y tampoco creo que en este asunto cuatro ojos vean más que dos. Porque uno

siempre se fía del otro. Además, Anna, no te enfades conmigo pero me pondría nervioso tenerte a mi lado, y creo que a ti te sucedería lo mismo.

—Ay, Otto. Ya sé que cuando quieres algo, te impones. No puedo oponerme a ti. Pero me moriré de miedo, ahora que sé el peligro que corres.

—El peligro no es mayor que antes, cuando dejé la primera postal en la calle Neue König. Anna, para quien hace lo que hacemos nosotros siempre hay peligro. ¿O prefieres que lo dejemos?

—¡No! —exclamó ella en voz alta—. No, no aguantaría ni dos semanas sin esas postales. ¿Para qué vivimos ya? ¡Esas postales son nuestra vida!

Su marido sonrió, apesadumbrado, y la contempló con un orgullo sombrío.

—Lo ves, Anna —contestó—. Así te quiero. No tenemos miedo. Sabemos lo que nos amenaza, y estamos dispuestos, sí, estamos dispuestos en todo momento... pero ojalá suceda lo más tarde posible.

—No —repuso—. No. Yo siempre pienso que nunca sucederá. Que sobreviviremos a la guerra, y a los nazis y que después...

—¿Después? —inquirió él, porque de pronto, tras la victoria al fin conquistada, los dos vieron ante sí... una vida completamente vacía.

—Bueno —contestó la mujer—, ya encontraremos algo por lo que merezca la pena luchar. A lo mejor algo público y notorio, sin tanto peligro.

—Peligro —repitió Quangel—, siempre hay, Anna, pues de lo contrario no sería lucha. A veces sé que ellos no podrán atraparme, pero después me paso horas y horas tumbado, cavilando dónde hay peligro, qué es lo que quizá he pasado por alto. Cavilo, pero no encuentro nada. Y sin embargo el peligro acecha en alguna parte, lo huelo. ¿Qué podemos haber olvidado, Anna?

—Nada —contestó ella—. Nada. Si eres cuidadoso al repartir las postales...

Él sacudió la cabeza malhumorado.

—No, Anna —dijo—, no me refiero a eso. El peligro no acecha en la escalera, ni al escribir. El peligro está en un lugar diferente que no puedo precisar. De pronto nos despertaremos y sabremos que siempre ha estado ahí, pero no lo hemos visto. Y entonces será demasiado tarde.

Anna seguía sin entenderlo.

—No sé por qué te preocupas de repente, Otto —opinó—. Hemos analizado y comprobado todo cientos de veces. Bastará con ser cuidadosos...

—¡Cuidado! —exclamó, irritado por su falta de comprensión—. ¡Cómo se puede ser cuidadoso con lo que no se ve! ¡Ay, Anna, no me entiendes! ¡En la vida no se puede calcular todo!

—No, no te comprendo —respondió ella meneando la cabeza—. Creo que te preocupas innecesariamente, papá. Deberías dormir más por la noche, Otto. Duermes demasiado poco.

Él calló.

Al cabo de un rato, Anna preguntó:

—¿Sabes cómo se apellida ahora Trudel Baumann y dónde vive?

Él negó con la cabeza.

—Ni lo sé, ni quiero saberlo —contestó.

—Pues a mí me gustaría saberlo —repuso su mujer, tenaz—. Quiero oír con mis propios oídos que dejó la postal sin problemas. ¡No deberías habérselo encomendado, Otto! ¡Qué sabe una cría así lo que tiene que hacer! A lo mejor dejó la postal sin ningún disimulo y la han visto mientras lo hacía. Y cuando tengan en sus garras a una joven como ella, no tardará en salir a relucir el nombre de Quangel.

Él meneó la cabeza:

—Sé que ningún peligro nos amenaza por parte de Trudel.

—¡Pues a mí me gustaría saberlo con certeza! —exclamó la señora Quangel—. Iré a la fábrica y me informaré.

—No lo harás, mamá. Trudel ya no existe para nosotros. No, cállate, tú te quedarás aquí. Y no quiero oír ni una palabra más del asunto. —Después, al verla todavía reacia, añadió—: Créeme, Anna, todo lo que te digo es acertado. No debemos volver a hablar de Trudel. Todo eso ha terminado. Cuando estoy acostado y en vela durante la noche —añadió bajando la voz—, a menudo pienso que no saldremos de esto indemnes, Anna.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Y entonces me imagino todo lo que sucederá. Es bueno imaginárselo con anterioridad, para que nada te sorprenda luego. ¿Tú también lo piensas a veces?

—No sé bien de qué hablas, Otto —contestó Anna Quangel con cierta reserva.

Su marido tenía la espalda apoyada contra la librería del pequeño Otto, uno de sus hombros rozaba el libro de construcción y reparación de aparatos de radio del chico. Le dirigió una mirada penetrante.

—En cuanto nos detengan nos separarán, Anna. Quizá nos veamos dos o tres veces más, durante el interrogatorio, durante el juicio, y a lo mejor después, media hora antes de la ejecución...

—¡No, no, no! —gritó ella—. ¡No quiero que hables de eso! ¡Saldremos sanos y salvos, Otto, tenemos que salir sanos y salvos!

Para tranquilizarla, Quangel colocó su mano grande, estropeada por el trabajo, sobre la suya, pequeña, cálida, temblorosa.

—¿Y si no es así? ¿Lamentarías algo? ¿Te arrepentirías de algo de lo que hemos hecho?

—No, de nada. Pero no nos descubrirán, Otto, lo presiento.

—Sabes, Anna —dijo sin prestar atención a su última aseveración—. Eso es lo que quería oír. Nunca nos arrepentiremos de nada. ¡Defenderemos lo que hemos hecho por mucho que nos torturen!

Ella lo miró, intentando reprimir un estremecimiento. En vano.

—¡Ay, Otto! —exclamó entre sollozos—. ¿Por qué hablas así? De ese modo atraes la desgracia sobre nosotros. ¡Nunca habías hablado así!

—No sé por qué te digo hoy estas cosas —comentó alejándose de la estantería—. Pero he de hacerlo. Seguramente nunca volveré a hablarte de ello. Al menos una vez tenía que hacerlo. Porque has de saber que estaremos muy solos en nuestras celdas, sin poder decirnos una palabra, después de no haber vivido ni un solo día el uno sin el otro durante más de veinte años. Nos resultará muy duro. Pero necesitamos saber que ninguno de los dos flaqueará, que podemos confiar el uno en el otro, que en la muerte será igual que en la vida. También tendremos que morir solos, Anna.

—Otto, hablas como si hubiera llegado el momento. Sin embargo, gozamos de libertad plena y estamos libres de toda sospecha. Si quisiéramos, podríamos dejarlo cualquier día...

—Pero ¿queremos? ¿Podemos deseárselo siquiera?

—No, no digo que deseemos parar. ¡Yo no quiero, tú lo sabes! Pero tampoco me gusta que hables como si ya nos hubieran detenido y nos esperase la muerte. No quiero morir todavía, Otto. ¡Quiero vivir contigo!

—¿Y quién quiere morir? —preguntó él—. Todos quieren vivir, todos, todos... hasta el gusanito más miserable grita pidiendo vivir. También yo quiero vivir. Pero quizá sea bueno, Anna, pensar durante una vida tranquila en una muerte difícil, prepararse para ella. Porque así uno sabe que morirá con dignidad, sin llantos, sin gritos. Eso me repugnaría...

Durante unos instantes reinó el silencio.

Después Anna Quangel musitó:

—Puedes confiar en mí, Otto. No te avergonzaré.

Capítulo 37

EL COMISARIO ESCHERICH CAE EN DESGRACIA

En el año posterior al «suicidio» del pequeño Enno Kluge, el comisario Escherich llevó una vida relativamente tranquila, sin que la impaciencia de sus superiores lo importunara. Cuando se dio parte de ese suicidio, con lo que se puso de manifiesto que ese hombre débil se había librado de todos los interrogatorios de la Gestapo y las SS, el *Obergruppenführer* Prall desató una ruidosa tormenta. Pero con el tiempo se calmó, la pista se había enfriado definitivamente y había que esperar otra nueva.

Por lo demás, el llamado Duende ya no era tan importante. La terca monotonía con la que escribía postales siempre con idéntico tono, que nadie leía ni quería leer y que sumían a todo el mundo en la confusión o el miedo, lo hacía parecer ridículo y estúpido. Escherich, sin embargo, continuaba clavando con ahínco sus banderitas en el plano de Berlín. Con cierta satisfacción comprobó que al norte de la plaza Alexander se concentraban cada vez más... ¡allí debía de tener el pájaro su nido! Y después estaba esa llamativa acumulación de casi diez banderitas al sur de la plaza Nollendorf; el Duende también debía de acudir con regularidad a la zona, aunque con grandes intervalos de tiempo. Todo eso se solucionaría satisfactoriamente algún día...

¡Ya te atraparemos! ¡Nos vamos acercando a ti cada vez más, de forma inexorable!, el comisario reía frotándose las manos.

Pero después volvía a dedicarse a otros asuntos. Había casos más importantes y urgentes. Por entonces estaba de palpitante actualidad una especie de loco, un nazi convencido, como se calificaba a sí mismo, que escribía todos los días al ministro Goebbels una carta grosera y ofensiva, a menudo pornográfica. Al principio esas misivas divirtieron al ministro, después lo irritaron, al final, hecho un basilisco, exigió la cabeza de su víctima. Su vanidad había sido herida de muerte.

Bien, el comisario Escherich había tenido suerte, había podido resolver el caso Puerco, como él lo había bautizado, en tres meses. El autor de las cartas, que dicho sea de paso pertenecía al Partido, es más, era un miembro antiguo, había sido conducido ante el ministro Goebbels, con lo que Escherich podía dar carpetazo al caso. Sabía que nunca volvería a oír nada del Puerco. El ministro jamás perdonaba una ofensa.

Después vinieron otros casos... sobre todo el del hombre que remitía encíclicas del Papa y discursos radiofónicos de Thomas Mann..., auténticos y falsos, a personalidades destacadas. Un tipo hábil ese hombre, no había sido nada fácil echarle el guante. Pero al final Escherich había conseguido llevarlo a la celda de los condenados a muerte en la prisión de Plötzensee.

Y ese modesto apoderado, que se convirtió de repente en un megalómano,

director general de una inexistente acería, que escribía cartas confidenciales no solo a los directores de otras factorías reales sino también al Führer, para comunicar detalles sobre el alarmante estado de la industria armamentística alemana que, a menudo, no podían ser inventados. Bueno, ese pájaro fue fácil de atrapar; el círculo de personas que poseían informaciones similares al autor de las cartas era relativamente reducido.

Sí, el comisario Escherich había cosechado algunos éxitos significativos; entre sus colegas corrían ya rumores de que pronto ascendería saltándose el escalafón. Había sido un año muy provechoso el período transcurrido desde el suicidio del pequeño Kluge; el comisario Escherich estaba satisfecho.

Pero los tiempos cambiaron cuando los superiores de Escherich volvieron a plantarse en silencio delante del plano del Duende en Berlín. Solicitaron que les explicaran el significado de las banderitas, asintieron meditabundos cuando se les señaló la concentración de tropas al norte de la plaza Alexander, y más meditabundos todavía cuando Escherich les llamó la atención sobre la interesante avanzadilla al sur de la plaza Nollendorf, tras lo cual preguntaron:

—¿Y qué pistas tiene usted, Escherich? ¿Qué planes ha tramado para capturar al Duende? ¡Porque desde la invasión de Rusia ese tipo ha redoblado su actividad! En la última semana han aparecido cinco cartas y postales, ¿verdad?

—Sí —contestó el comisario—. ¡Y esta semana ya van tres!

—En resumidas cuentas, ¿cómo va el asunto, Escherich? Considere el largo tiempo que lleva actuando ese hombre, las cosas no pueden continuar así. ¡Esto no es un registro oficial de misivas de alta traición, usted es un funcionario policial, amigo mío! Por tanto, ¿qué pistas tiene?

Asediado, el comisario se quejó con amargura de la estupidez de dos mujeres que habían visto al hombre y no lo habían retenido y que, a pesar de haberlo visto, tampoco acertaban a describirlo.

—Sí, sí, todo eso está muy bien. Pero no estamos hablando de la estupidez de los testigos, sino de las pistas que ha encontrado esa mente suya tan brillante.

El comisario volvió a conducir a sus superiores ante el mapa y en susurros subrayó que las banderitas estaban por todas partes al norte de la plaza Alexander, y solo quedaba completamente libre de ellas una zona concreta, no muy grande.

—En esa zona vive mi Duende. Allí no deposita postal alguna, porque es demasiado conocido, teme que lo vea un vecino. No son más que un par de calles donde solo residen personas modestas. Ahí está.

—¿Y por qué no ha hecho nada? ¿Por qué no ha ordenado registros domiciliarios en ese par de calles? ¡Tenemos que atraparlo, Escherich! La verdad es que no acabamos de entenderlo, por lo demás es usted de gran utilidad, pero en este caso comete una estupidez detrás de otra. Hemos estado revisando los informes. Entre ellos figura esa historia de Kluge al que usted dejó marchar, pese a su confesión. Pero después no se ocupa más de él y permite que el tipo se suicide, justo cuando más lo necesitábamos. ¡Estupidez tras estupidez, Escherich!

El comisario, retorciéndose el bigote muy nervioso, se permitió llamar la atención sobre el hecho de que el tal Kluge no tenía nada que ver con el autor de las postales, pues estas habían seguido llegando tanto antes como después de su muerte.

—Creo que su confesión de que un desconocido le entregó la postal para que la depositase es muy verosímil.

—Crea usted lo que le plazca. Nosotros creemos necesario que haga algo de una vez. Nos da igual qué, pero ahora pedimos resultados. De modo que, para empezar, ordene un registro domiciliario en esas calles. Ya veremos lo que sale a relucir. Siempre saldrá algo porque ¡este asunto apesta!

El comisario Escherich vuelve a llamar la atención con toda humildad sobre el hecho de que aunque se trata de unas pocas calles, las viviendas que deberían registrarse ascienden a casi un millar.

—La población se inquietará muchísimo. La gente ya está muy nerviosa por los crecientes ataques aéreos, ¡solo falta que les demos verdaderos motivos para protestar! Pero además: ¿qué podemos esperar de un registro domiciliario? ¿Qué vamos a encontrar? Para su actividad delictiva ese hombre solo necesita una pluma, cualquier hogar la tiene, un frasquito de tinta, ídem, unas cuantas postales, ídem. No sabría qué indicaciones dar a mis hombres para estos registros, qué ordenarles buscar. A lo sumo algo negativo: el escritor de postales seguro que no dispone de aparato de radio. Nunca he encontrado en esas postales la menor alusión a que haya sacado sus noticias de la radio. A menudo está mal informado. No, no sé qué buscar en ese registro domiciliario.

—¡Mi querido, mi estimado Escherich... de veras que no acertamos a comprenderlo! Usted no hace más que poner reparos, no sabe sugerir ni una sola propuesta positiva. ¡Pero tenemos que atrapar a ese hombre, y pronto!

—Y lo atraparemos —respondió el comisario con una sonrisa—, pero ¿pronto? No puedo prometerlo. De todos modos, no creo que continúe escribiendo postales otros dos años.

Ellos suspiraron.

—¿Que por qué? Porque el tiempo trabaja en su contra. Vean las banderitas, otras cien más, y el caso estará mucho más claro para nosotros. Mi Duende es un tipo condenadamente tenaz y frío, pero también ha tenido una suerte de la leche. Porque no basta con tener sangre fría, hace falta tener también una pizca de suerte, y hasta ahora la ha tenido hasta extremos casi inconcebibles. Sin embargo, esto es igual que cuando se juega a las cartas, caballeros, durante un rato las cartas pueden favorecer a un jugador, pero después de repente se termina la suerte. Entonces el juego estará en contra del Duende y nosotros tendremos todos los triunfos en la mano.

—¡Una teoría muy bonita e interesante, Escherich! Una teoría criminalista de lo más sutil, lo entendemos. Pero a nosotros la teoría no nos interesa, y de sus palabras solo deducimos que es posible que tengamos que esperar dos años más hasta que usted se decida a actuar. Nosotros no estamos de acuerdo, de manera que le

proponemos que vuelva a analizar a fondo el caso y nos plantee, digamos que dentro de una semana, sus propuestas. Entonces veremos si es usted o no la persona adecuada para resolverlo. ¡Heil Hitler, Escherich!

Pero el *Obergruppenführer* Prall, que hasta entonces se había visto obligado a mantener la boca cerrada debido a la presencia de superiores de más alto rango, irrumpió de nuevo en el despacho de Escherich.

—¡Es usted un idiota, un tarugo! ¿Cree que voy a permitir que un inepto como usted siga deshonrando mi departamento? ¡Tiene usted una semana! —Agitó los puños, enfurecido—. ¡Que el cielo le ayude como no se le ocurra nada en dicho plazo! ¡Lo hundiré!

Etcétera, etcétera, etcétera. El comisario Escherich dejó de escucharlo.

En el plazo de gracia de una semana que le quedaba, el comisario Escherich se ocupó del caso Duende desentendiéndose por completo de él. En una ocasión había permitido que sus superiores le hicieran abandonar la táctica de esperar que él consideraba correcta, y enseguida todo se le fue de las manos, por eso había tenido que recurrir al tal Enno Kluge.

No es que Enno Kluge le causara muchos remordimientos de conciencia. Un llorica lastimoso y cobarde, era totalmente irrelevante que viviera o no. Pero ese pequeño canalla había causado multitud de problemas al comisario Escherich y le había costado cierto esfuerzo cerrar la boca que se había abierto una vez. Sí, aquella noche que no le gustaba recordar, el comisario había estado muy nervioso... y si había algo que odiaba ese hombre alto, insulso, anodino, era precisamente el nerviosismo.

No, no permitiría que nadie, ni siquiera superiores de altísimo rango, le arrebataran su perseverante paciencia... ¿Qué le podía suceder? Necesitaban a su Escherich, en muchos asuntos él era para ellos sencillamente insustituible. Despotricarían, se enfurecerían, pero al final harían lo único correcto: esperar con paciencia. No, Escherich no tenía ninguna propuesta que hacer...

Fue una reunión memorable. Pero en esta ocasión no se desarrolló en el despacho de Escherich, sino en la sala de reuniones y fue presidida por uno de los jefazos. Como es natural, no solo se abordó el caso Duende, también se discutieron numerosas cuestiones de otros departamentos. Hubo reproches, gritos, burlas despectivas. Y después se pasó al caso siguiente.

—Comisario Escherich, ¿quiere usted exponernos lo que tenga que decir sobre el caso del escritor de postales?

El comisario emitió un breve informe sobre lo sucedido y averiguado hasta entonces. Su exposición fue excelente, breve, precisa, no exenta de gracia, mientras se acariciaba el bigote con aire meditabundo.

Después llegó la pregunta del presidente:

—¿Y qué propuestas plantea para resolver ese caso que colea desde hace dos años? ¡Dos años, comisario Escherich!

—Solo puedo recomendar continuar esperando con paciencia, no hay otro remedio. Pero quizá se podría poner el caso en manos del comisario Zott para su revisión.

Durante un instante reinó un silencio sepulcral.

Después estallaron aquí y allá unas carcajadas burlonas. Una voz gritó:

—¡Pedazo de vago!

Y otra:

—¡Primero la cagas y luego se lo endosas a otros!

El *Obergruppenführer* Prall dio un tremendo puñetazo en la mesa:

—¡Te voy a hundir, carroña!

—Les ruego absoluto silencio.

La voz del presidente sonó ligeramente asqueada. Todos callaron.

—Caballeros, hemos presenciado aquí una conducta que casi cabe equiparar a la deserción. Una huida cobarde ante las dificultades que todo combate conlleva de forma inevitable. Lo lamento. Escherich, queda usted dispensado de seguir participando en esta reunión. Espere mis órdenes en su despacho.

El comisario, completamente lívido (porque no esperaba una medida por el estilo), hizo una inclinación. Después se dirigió hacia la puerta, allí entrechocó los tacones y gritó con el brazo estirado:

—¡Heil Hitler!

Nadie le prestó atención. El comisario se fue a su despacho.

Las órdenes prometidas se presentaron primero bajo la figura de dos hombres de las SS que lo miraron sombríos, uno de los cuales advirtió con tono amenazador:

—¡No se le ocurra tocar nada más aquí! ¿Entendido?

Escherich giró la cabeza despacio hacia el hombre que le hablaba de ese modo. Era un tono nuevo. No es que Escherich no lo conociera, pero jamás lo habían empleado con él. Un simple miembro de las SS, el tipo ese... las cosas debían de estar muy negras para Escherich si adoptaba ese tono con el comisario.

Un rostro brutal, nariz aplastada, mentón muy desarrollado, tendencia a actos de brutalidad, inteligencia escasamente desarrollada, peligroso en estado de embriaguez, resumió Escherich. ¿Qué había dicho el pez gordo arriba? ¿Deserción? Qué ridiculez. ¡El comisario Escherich, desertor! Típico de esos individuos, siempre con palabras grandilocuentes en los labios que después se quedaban en nada.

Entraron el *Obergruppenführer* Prall y Zott.

¡Me lo figuraba, han aceptado mi propuesta! Lo más razonable que podían hacer, aunque creo que ni siquiera esa astuta mente privilegiada podrá deducir algo nuevo del material existente.

Escherich se dispone a saludar con amabilidad a Zott para demostrarle que no se siente ofendido porque le hayan confiado el caso, pero se siente brutalmente apartado a un lado por los dos miembros de las SS, y el de cara de homicida grita:

—¡Se presentan los miembros de las SS Dobat y Jacoby con un detenido!

¿Detenido...? ¿Seré yo?, se pregunta Escherich asombrado.

Y en voz alta:

—Mi *Obergruppenführer*, me permito decir que...

—¡Haz que ese canalla cierre el pico! —grita, iracundo, Prall, que seguramente también se ha llevado una buena reprimenda.

El SS Dobat golpea en la boca a Escherich con el puño cerrado. Este siente un dolor espantoso, un sabor a sangre en la boca, repugnante y cálido. Después se inclina hacia delante y escupe unos dientes sobre la alfombra.

Y mientras hace todo eso de manera completamente mecánica, ni siquiera nota auténtico dolor, piensa: Tengo que aclarar esto de inmediato. Claro que estoy dispuesto a todo. Registros domiciliarios por todo Berlín. Espías en cada edificio donde vivan varios abogados y médicos. Haré todo lo que queráis, pero a mí no podéis sacudirme sin más un puñetazo en la boca, ¡a mí, un comisario de la Brigada de Investigación Criminal condecorado con la Cruz al Mérito Militar!

Mientras se rompe la cabeza e intenta liberarse mecánicamente de las manos de los hombres de las SS, disponiéndose a hablar una y otra vez —aunque el labio superior partido y la boca sangrante se lo impiden—, el *Obergruppenführer* Prall ha saltado ante él y, agarrándolo con las dos manos por la pechera, vocifera:

—¡Vaya, por fin te tenemos a punto, listillo arrogante! Te creías la mar de astuto cuando me presentabas tus sagaces informes de mierda, ¿eh? ¿Crees acaso que no me daba cuenta de lo estúpido que me considerabas, y de lo inteligentísimo que te creías tú? ¡Pues ya te tenemos, y ahora te vamos a machacar, te vas a enterar de lo que vale un peine!

Durante un instante Prall, casi enloquecido por la cólera, clavó sus ojos en el hombre ensangrentado.

—Llenándome de escupitajos la alfombra con tu asquerosa sangre de perro, ¿eh? —chilló—. ¡Trágate la sangre, cerdo, o yo mismo te sacudiré un puñetazo en los morros!

Y el comisario Escherich... no, el lastimoso, aterrorizado hombrecillo Escherich, que una hora antes había sido un poderoso comisario de la Gestapo, con la frente cubierta por un sudor mortal, se esforzó por tragarse el torrente de sangre repulsivamente caliente para no manchar la alfombra, su propia alfombra, mejor dicho, ahora la alfombra del comisario Zott...

El *Obergruppenführer* había observado con mirada ávida el lamentable comportamiento del comisario. Luego se apartó de Escherich con un irritado «¡Bah!» y preguntó al comisario Zott:

—¿Necesita a este hombre para alguna aclaración, señor Zott?

Una ley no escrita prescribía que los policías comisionados para prestar servicio en la Gestapo se ayudaran en cualquier eventualidad, al igual que también los SS se ayudaban entre sí... a menudo en contra de los funcionarios policiales. A Escherich jamás se le habría ocurrido entregar a un colega a las SS, por culpable que fuera; más

bien habría intentado ocultar ante estos incluso la mayor de las vilezas. Y ahora se vio obligado a presenciar cómo el comisario, tras una breve mirada a Escherich, decía con tono gélido:

—¿A este hombre? ¿Para una aclaración? Gracias, mi *Obergruppenführer*. Prefiero aclararme solo.

—Llévense a este hombre —gritó el *Obergruppenführer*—. ¡Y metedle un poco de prisa, chicos!

Y los dos SS, riéndole la gracia, arrastraron a Escherich a toda velocidad por el corredor, el mismo corredor al que, un año antes, había lanzado de un patada a Barkhausen. Y lo arrojaron por la escalera de piedra, y quedó tendido sangrando en el mismo lugar que Barkhausen. Lo levantaron a patadas y lo tiraron escaleras abajo hacia el búnker...

Le dolían todos sus miembros, y después, golpe a golpe, lo obligaron a quitarse el traje de paisano, a enfundarse el uniforme a rayas, el desvergonzado reparto franco de sus propiedades entre los hombres de las SS. Y continuos golpes, empujones, amenazas...

¡Oh, claro que sí!, el comisario Escherich había visto todo eso muchas veces a lo largo de los últimos años, y no le había parecido asombroso o reprobable, porque lo sufrían los delincuentes. Ocurría así con razón. Pero al comisario de investigación criminal Escherich no le cabía en la cabeza que él figurase ahora entre esos delincuentes sin derechos, no señor. No había delinquido. Solo había propuesto traspasar un caso en el que tampoco ninguno de sus superiores había conseguido avanzar una propuesta útil. ¡Eso había que aclararlo, tenían que volver a por él enseguida! Si no podían arreglárselas sin él... Hasta entonces tenía que guardar la compostura, no mostrar el menor temor, ni siquiera debía dejar que se notasen sus dolores.

En ese momento trajeron a otro al búnker. Un carterista de tres al cuarto, según se supo enseguida, que había tenido la desgracia de intentar robar a la esposa de un alto dirigente de las SA y había sido sorprendido.

Ya llegaban, por el camino se habían ocupado de él, una criatura llorosa que apestaba a sus excrementos y que arrastrándose de rodillas no dejaba de rodear las piernas de los hombres de las SS, suplicando por la santísima Virgen que no le hicieran nada. Que se apiadasen de él, que Jesucristo se lo recompensaría.

Los hombres de las SS se divertían golpeando con las rodillas al desgraciado suplicante que rodeaba sus piernas y el carterista se retorció entre alaridos por el suelo... hasta que volvía a atisbar los rostros duros, creía descubrir un atisbo de piedad y reanudaba sus súplicas...

Y con ese gusano, con ese cobarde que apestaba a mierda, fue encerrado en una celda el todopoderoso comisario Escherich.

Capítulo 38

EL SEGUNDO AVISO

Una mañana de domingo, la señora Anna dijo, vacilante:

—Otto, creo que tendríamos que volver a ver a mi hermano Ulrich. Ya sabes que nos toca a nosotros. Hace ocho semanas que no hemos aparecido por casa de los Heffke.

Otto Quangel levantó la vista de su escritura.

—Muy bien, Anna. —Accedió—. Entonces, el próximo domingo. ¿Te parece bien?

—Preferiría que fuera este domingo. Creo que nos esperan.

—A ellos les da igual un domingo que otro. No tienen un trabajo extra como nosotros, esos mosquitas muertas.

Y soltó una risita burlona.

—Pero es que Ulrich cumplió años el viernes. —Objetó la señora Quangel—. Le he preparado una pequeña tarta que me gustaría llevarle. Seguro que nos esperan hoy.

—Pues la verdad es que a mí me apetece escribir otra carta además de esta postal —precisó Quangel de mala gana—. Lo he decidido así, y ya sabes que no me gusta cambiar de planes.

—¡Por favor, Otto!

—Anna, ¿no puedes ir sola y decirles que estoy con reuma? Ya lo hiciste una vez.

—Precisamente por eso no me gustaría repetirlo —adujo Anna—. Hoy que celebra su cumpleaños...

Quangel miró el rostro suplicante de su mujer. Le apeteecía hacerle ese favor, pero la idea de abandonar su salita lo ponía de mal humor.

—Hoy quería escribir una carta, Anna. Una carta importante de verdad. Se me ha ocurrido una idea... Seguro que provocará un efecto tremendo. Además, ya me conozco todas vuestras historias infantiles, me las sé de memoria. Me aburro tanto con los Heffke... No tengo nada que hablar con él, y tu cuñada parece siempre petrificada. No tendríamos que haber recuperado la relación con los parientes, los parientes son un horror. ¡Nosotros nos bastamos y nos sobramos!

—De acuerdo, Otto —accedió ella—, la de hoy será nuestra última visita. Te prometo que nunca volveré a pedírtelo. Solo hoy, pues ya he preparado la tarta y Ulrich celebra su cumpleaños. ¡Solo esta única vez! Por favor, Otto.

—Hoy no me apetece nada —comentó.

Pero vencido por sus ojos suplicantes, gruñó finalmente:

—Vale, Anna, lo pensaré. Si de aquí a mediodía consigo escribir dos postales...

Y lo consiguió antes del mediodía, de modo que los Quangel abandonaron su

vivienda hacia las tres de la tarde. Pensaban viajar en metro hasta la plaza Nollendorf, pero Quangel propuso a su mujer apearse poco antes de la calle Bülow, quizá pudieran hacer algo allí.

Esta, sabedora de que su marido llevaba las dos postales en el bolsillo, lo entendió al momento y asintió.

Bajaron un trecho por la calle Potsdamer sin hallar un edificio adecuado. Después tuvieron que doblar a la derecha para adentrarse en la calle Winterfeldt, o se habrían desviado mucho de la casa del cuñado. Y de nuevo buscaron.

—Esta zona no es tan buena como la nuestra —dijo Quangel descontento.

—Y hoy es domingo —precisó ella—. ¡Ten mucho cuidado!

—Siempre lo tengo —contestó, y añadió—: Voy a entrar ahí.

Y antes de que su mujer pudiera decir algo, desapareció en el interior del edificio.

Para Anna comenzaron entonces unos minutos de espera, esos minutos siempre nuevos y torturadores en los que temía por Otto y sin embargo no podía hacer nada más que esperar.

¡Dios mío, esta casa tiene muy mala pinta!, pensaba al contemplar el edificio. Ojalá vaya todo como la seda. Quizá no habría debido convencerlo para venir aquí. No le apetecía nada, se lo he notado. Y no era solo por la carta que quería escribir. ¡Si hoy le sucede algo, me lo reprocharé toda la vida! Ahí viene Otto...

Pero no era Otto quien salía del edificio, sino una señora que pasó junto a Anna mirándola fijamente.

¿Me ha mirado con desconfianza? Casi me lo ha parecido. ¿Habrá sucedido algo dentro del edificio? ¡Otto lleva ahí un buen rato, por lo menos diez minutos! Qué va, si esto ya lo sé por otras veces: cuando estás esperando delante de un edificio, el tiempo se te hace eterno. ¡Gracias a Dios, ahí está Otto!

Quiso ir hacia él... pero se detuvo.

Porque Otto no había salido solo del edificio, pues iba acompañado de un hombre muy alto que vestía un abrigo negro con cuello de terciopelo y tenía la mitad del rostro deformada por un gigantesco angioma con protuberantes cicatrices. Ese hombre portaba en la mano una gruesa cartera negra. Sin cruzar palabra entre ellos, ambos pasaron junto a Anna, a la que del susto se le había parado el corazón, en dirección a la plaza Winterfeldt. Ella los siguió temblando como un flan.

Pero ¿qué ha sucedido? Se preguntaba muerta de miedo. ¿Quién es ese hombre que va con Otto? ¿Será de la Gestapo? ¡Tiene un aspecto espantoso con ese angioma! No hablan ni una palabra entre ellos... ¡ay, Dios, ojalá no hubiera convencido a Otto! ¡Ha fingido no conocerme, así que debe de estar en peligro! ¡Esa desdichada postal!

De pronto Anna ya no aguantó más. No soportaba más tiempo esa torturante incertidumbre. Con una decisión inusual en ella, adelantó a los dos hombres y se detuvo.

—¡Señor Berndt! —exclamó tendiendo la mano a Otto—. ¡Cuánto me alegro de encontrarlo! Tiene que venir ahora mismo a nuestra casa. Tenemos una tubería rota

en la conducción de agua, toda la cocina está inundada... —Se interrumpió, le pareció que el hombre del angioma le dedicaba una mirada muy rara, muy sarcástica, muy despectiva.

Pero Otto repuso:

—Enseguida acudiré a su casa. Solo quiero acompañar al doctor a ver a mi mujer.

—Yo puedo adelantarme solo —dijo el hombre del angioma. Calle Von Einem, 17, ha dicho usted, ¿verdad? Bien. Confío en que no tarde mucho en alcanzarme.

—Dentro de un cuarto de hora, doctor, dentro de un cuarto de hora como mucho estaré allí. Primero iré a cerrar la llave de paso.

Y diez pasos más allá apretó el brazo de Anna contra su pecho en una muestra de ternura completamente inusual.

—¿Lo has hecho de maravilla, Anna! No sabía cómo librarme de ese tipo. ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea?

—¿Quién era? ¿Un médico? Creí que pertenecía a la Gestapo y ya no he podido soportar más tiempo la incertidumbre. Camina más despacio, Otto, ahora me tiemblan todos los miembros. Antes no temblaba, ¡pero ahora! ¿Qué ha pasado? ¿Sabe algo?

—Ni gota. Estate tranquila. No sabe nada de nada. Tampoco ha sucedido nada. Pero desde esta mañana temprano, desde que me dijiste que teníamos que visitar a tu hermano, no me he librado de un mal pálpito. Pensaba que era por la carta que me había propuesto escribir. Y por el aburrimiento en casa de los Heffke. Pero ahora sé que se debía a que siempre he tenido la impresión de que hoy sucedería algo. Hoy era preferible no salir de la madriguera...

—Entonces ¿ha ocurrido algo, Otto?

—No, nada en absoluto. Ya te he dicho que no ha sucedido nada, Anna. Yo iba subiendo por la escalera y estaba a punto de dejar mi postal, la tenía en la mano, cuando ese hombre ha salido corriendo de su casa. Te digo, Anna, que corría de tal modo que ha estado a punto de derribarme. No he tenido tiempo de volver a guardar la postal. «¿Qué está haciendo en este edificio?», me ha gritado a las primeras de cambio. Ya sabes que tengo la costumbre de fijarme siempre en el nombre de algún ocupante del edificio que figure en los rótulos de la entrada. «Voy a ver al doctor Boll», le dije. «Soy yo, respondió él. ¿Qué ocurre? ¿Hay alguien enfermo en el edificio?». No me quedaba más remedio que mentir. Así que le conté que estabas enferma, que se pasara por nuestra casa. Menos mal que me acordaba del nombre de la calle Von Einem. Pensé que me contestaría que vendría por la tarde o mañana por la mañana, pero exclamó inmediatamente: «¡Me viene de perlas porque me pilla justo de camino! Acompáñeme, señor Schmidt». Porque le he dicho que me llamo Schmidt, ¿comprendes? Hay mucha gente que lleva ese apellido de verdad.

—Sí, y resulta que yo te he llamado delante de él «señor Berndt» —reconoció Anna asustada—. Seguro que se ha dado cuenta.

Quangel se detuvo, consternado.

—Así es —convino—. Todavía no he pensado en eso. Pero por lo visto no se ha dado cuenta. La calle está vacía. Nadie nos sigue. Como es lógico, buscará en vano en la calle Von Einem, pues para entonces llevaremos un buen rato en casa de los Heffke.

Anna se detuvo.

—Sabes una cosa, Otto —dijo—, ahora soy yo quien lo dice: no vayamos a ver a Ulrich. Presiento que es un mal día. Regresemos a casa. Mañana llevaré yo las postales.

Pero él sacudió la cabeza riendo.

—No, no, Anna, llegados a este punto, efectuaremos nuestra visita. Ya hemos acordado que será la última. Además, no quisiera ir justo ahora a la plaza Nollendorf. ¡Vete a saber si volvemos a toparnos con el médico!

—Entonces, dame al menos las postales. No quiero que deambules por ahí con ellas en el bolsillo.

Tras una breve resistencia le entregó las dos postales.

—La verdad es que no es un buen domingo, Otto...

Capítulo 39

EL TERCER AVISO

Pero después, en casa de los Heffke, olvidaron por completo sus malos presagios. Resultó que los esperaban de verdad. La cuñada morena y silenciosa también había preparado una tarta, y después de comerse ambas tartas acompañadas por una taza de achicoria, Ulrich Heffke sacó una botella de aguardiente que le habían regalado los compañeros de la fábrica.

Bebieron despacio y con agrado copitas de aquella bebida desacostumbrada para todos ellos, y se animaron más de lo habitual, se tornaron más locuaces por la bebida. Al final, con la botella ya vacía, el jorobado bajito de ojos tiernos comenzó a cantar. Cantó canciones religiosas, himnos: «Cuesta mucho ser cristiano» y «Salvador, a Ti me entrego»... con todas sus estrofas.

Las cantó con una voz muy aguda de falsete, con claridad y devoción, y hasta Otto Quangel se sintió trasladado a los días de su infancia, cuando esas canciones aún significaban algo para él, pues había sido un sencillo creyente. Por entonces la vida aún era fácil, él no solo creía en Dios, sino también en las personas. Creía que frases como «Ama a tus enemigos» y «Bienaventurados los pacíficos» tenían validez en el mundo. Desde entonces se había vuelto muy distinto y sin duda no mejor. Ya nadie podía creer en Dios; era imposible que un Dios bondadoso permitiera la ignominia que existía en el mundo, y en lo tocante a las personas, esos cerdos...

El jorobado Ulrich Heffke cantaba muy alto y nítido: «Bien sabes que eres una persona, ¿por qué ansías cosas...?».

Pero los Quangel rechazaron de manera tajante la invitación a quedarse a cenar. Sí, se lo habían pasado de maravilla, pero ahora debían regresar a casa. Otto tenía cosas que hacer. Además, tampoco debían, aunque solo fuera por los cupones de racionamiento, ellos sabían cómo funcionaba eso. A pesar de las protestas de los Heffke aduciendo que por una vez no importaba, que no todos los domingos se celebraba un cumpleaños y que todo estaba preparado, que lo comprobarían inspeccionando la cocina... a pesar de todas las protestas, los Quangel insistieron en que tenían que marcharse.

Y lo hicieron, aunque los Heffke se quedaron muy ofendidos.

Una vez en la calle, Anna dijo:

—¿Has visto? Ulrich se ha enfadado, y su mujer también...

—Olvídalos. De todos modos esta ha sido nuestra última visita.

—Pero esta vez todo ha resultado muy simpático, ¿no crees, Otto?

—Seguro. Desde luego. El aguardiente ha ayudado mucho...

—Y Ulrich ha cantado tan bien... ¿a ti no te ha gustado?

—Sí, mucho. Un tipo curioso. Estoy seguro de que todas las noches, en la cama, continúa rezando al buen Dios.

—¡Déjalo, Otto! Hoy en día las personas piadosas lo tienen más fácil. Cuentan con alguien a quien confiar sus preocupaciones. Y creen que toda esta matanza tiene un sentido.

—¡Lo que me faltaba! —replicó Quangel, con repentina ira—. ¡Sentido! ¡Todo eso es un disparate! Como creen en el cielo, ya no quieren cambiar nada en la tierra. ¡Siempre humillándose y mortificándose! En el cielo todo volverá a ir bien. Dios sabe por qué sucede todo. ¡El día del Juicio Final lo averiguaremos! ¡No, gracias!

Quangel había hablado deprisa y muy enfadado. El desacostumbrado alcohol ejercía su efecto. De repente se detuvo.

—¡Esa es la casa! —exclamó de improviso—. Quiero entrar ahí. ¡Dame una postal, Anna!

—¡Oh, no, Otto, olvídalo! Hemos acordado que hoy ya no haríamos nada más. ¡Es un mal día!

—Ya no, ya no. ¡Dame la postal, Anna!

Ella se la entregó con cierta vacilación.

—Ojalá no salga mal, Otto. Tengo un miedo terrible...

Pero él no prestó atención a sus palabras, ya se había ido.

La mujer esperó, pero esta vez el susto le duró poco, pues Otto regresó enseguida.

—Bueno —dijo, cogiéndola del brazo—, hecho. ¿Ves lo fácil que ha sido? No hay que hacer caso de esos presentimientos.

—Gracias a Dios —repuso Anna.

Pero apenas habían dado unos pasos en dirección a la plaza Nollendorf, un hombre se abalanzó hacia ellos. Con la postal de Quangel en la mano.

—¡Eh, usted! ¡Sí, usted, usted! —chillaba alterado como un loco—. ¡Acaba de dejar esta postal en mi descansillo! ¡Lo he visto perfectamente! ¡Policía! ¡Aquí! ¡Agente!

Gritaba cada vez más alto. La gente se congregó a su alrededor, un policía se acercaba a toda prisa por Kurfürstendamm.

No había duda: el juego ya no favorecía a los Quangel. Tras haber actuado con éxito durante dos años, de pronto la suerte había dado la espalda al jefe de taller. Un fracaso detrás de otro. El antiguo comisario Escherich tenía razón: en el juego la suerte no puede acompañarte siempre, también hay que contar con la mala fortuna. Otto Quangel lo había olvidado. Nunca había pensado en las pequeñas adversidades que la vida siempre tiene preparadas, que son imprevisibles y con las que, sin embargo, hay que contar.

En este caso el imprevisto había aparecido bajo la figura de un pequeño funcionario rencoroso que había utilizado su domingo libre para espiar a la inquilina que vivía en el piso de arriba. Le encolerizaba que durmiera hasta bien avanzada la mañana, que siempre fuera vestida con pantalones de hombre y tuviera la radio

encendida de noche hasta mucho después de las doce. Sospechaba que llevaba «tipos» a su piso. Si eso era cierto, la denigraría en todo el edificio. Iría a ver al casero y le diría que semejante furcia no podía seguir viviendo en una casa decente.

Llevaba ya más de tres horas acechando con paciencia por la mirilla de su puerta cuando, en lugar de la inquilina de arriba, vio a Otto Quangel subiendo por la escalera. Había visto con sus propios ojos cómo Quangel dejaba la postal en un escalón, lo hacía a veces cuando las ventanas de la escalera no tenían repisa.

—¡Lo he visto, lo he visto con mis propios ojos! —gritaba el alterado hombre al policía, sacudiendo la postal—. ¡Lea esto, agente! ¡Es alta traición! ¡Este tipo se merece la horca!

—¡Deje de gritar! —ordenó el policía con voz de desaprobación—. Ya ve que este otro señor está completamente tranquilo. No piensa escapar corriendo. Bien, ¿ha sucedido tal como dice este caballero?

—¡Bobadas! —contestó, furioso, Otto Quangel—. Me ha confundido. Acabo de visitar a mi cuñado en su casa para celebrar su cumpleaños, en la calle Goltz. Aquí, en la calle Maassen, no he entrado en ningún edificio. Pregúntele a mi mujer...

Miró a su alrededor, buscándola. Anna se abría paso entre el apretado círculo de curiosos. Ella había pensado inmediatamente en la segunda postal que llevaba en el bolso. Tenía que librarse de ella enseguida, eso era lo más importante. Deslizándose entre la gente, vio un buzón y sin llamar la atención —todos miraban al excitado denunciante— la echó dentro.

De nuevo junto a su marido, le sonrió dándole ánimos.

Entretanto el policía había leído la postal. Muy serio, se la metió en la bocamanga. Conocía la existencia de esas postales; no una, sino diez veces habían llamado la atención sobre ellas en todas las comisarías. Perseguir la más leve pista era una obligación.

—¡Acompañenme los dos a comisaría! —decidió.

—¡Y yo! —exclamó Anna Quangel enfurecida, deslizando su brazo en el de su marido—. ¡Yo también voy! ¡No dejaré solo a mi marido!

—¡Tiene razón la mujer! —corroboró una voz procedente del corro de curiosos—. ¡Con esos fulanos, nunca se sabe... vigila a tu costilla!

—¡Silencio! —gritó el policía—. ¡Silencio! ¡Retrocedan! ¡Dispérsense! ¡Aquí no tienen nada que hacer!

Pero el público no opinaba lo mismo y el agente, comprendiendo que era imposible vigilar a tres personas y obligar a dispersarse a un grupo de casi cincuenta, dejó de ordenarles que se fueran.

—¿Está seguro de que no se equivoca? —preguntó al excitado denunciante—. Y la mujer ¿estaba también en la escalera?

—No, ella no. ¡Pero estoy seguro de que no me equivoco, agente! —vociferó de nuevo—. Lo he visto con mis propios ojos, llevaba ya más de tres horas junto a la mirilla de mi puerta...

—¡Maldito chivato! —exclamó una voz estridente y desaprobadora.

—¡Entonces se vienen conmigo los tres! —decidió el policía—. ¡Vamos, circulen! Ya ven que estos caballeros desean pasar. ¡Qué curiosidad más estúpida! Por ahí, caballero, haga el favor.

En la comisaría tuvieron que esperar cinco minutos antes de ser llamados al despacho del jefe, un hombre alto de rostro bronceado, franco. La postal de Quangel reposaba sobre su escritorio.

El denunciante repitió sus acusaciones.

Otto Quangel lo negó. Solo había ido a visitar a su cuñado a la calle Goltz, nunca había entrado en un edificio de la calle Maassen. Ese viejo jefe de taller, según se identificó, hablaba sin la menor excitación y constituyó también para el jefe un agradable contraste con el vociferante y alterado denunciante que no paraba de escupir sapos y culebras.

—Oiga, ¿por qué se ha pasado tres horas detrás de la mirilla? —le preguntó despacio el jefe—. Usted no podía saber que iba a llegar alguien con semejante postal, ¿o sí?

—Ay, es que en nuestro edificio vive una furcia, señor comisario. Va siempre en pantalones, tiene la radio encendida toda la noche... y yo quería vigilar para averiguar qué tipos trae a su casa. Y entonces ha llegado este hombre...

—Jamás he estado en ese edificio —repitió Quangel, tozudo.

—¿Pero cómo iba a hacer algo así mi marido? ¿Cree usted que yo lo permitiría? —terció Anna—. ¡En los más de veinticinco años que llevamos casados mi marido jamás ha sido acusado de nada!

El comisario dirigió una ojeada a la hierática cara de pájaro. ¡Este es capaz de muchas cosas!, le pasó veloz por la mente. Pero ¿escribir esas postales?

Se volvió hacia el denunciante.

—¿Cómo se llama usted? ¿Millek? Y tiene un cargo en Correos, ¿me equivoco?

—Primer secretario, señor comisario, así es.

—¿Y es usted el Millek que nos presenta dos denuncias semanales por término medio sobre lo mal que pesan los comerciantes, que han sacudido el polvo a las alfombras el jueves, que alguien ha hecho de vientre delante de su puerta, etcétera, etcétera? ¿Es usted?

—La gente es muy mala, señor comisario. Lo hacen todo para fastidiarme. Créame, señor comisario.

—Así que esta tarde ha estado vigilando a una mujer a la que califica de furcia, y ahora denuncia a este caballero...

El primer secretario aseguró que se había limitado a cumplir con su deber. Había visto a ese hombre dejando la postal, y un vistazo a lo escrito le indicó que se trataba de alta traición, por lo que le siguió en el acto.

—¡Ya, ya! —exclamó el comisario—. Un momento, por favor...

Se sentó ante su máquina de escribir y fingió leer la postal que ya había leído tres

veces. Reflexionó. Estaba convencido de que el tal Quangel era un viejo obrero, sus datos eran correctos; Millek, por el contrario, era un quisquilloso cuyas denuncias jamás se habían probado. Habría preferido enviar a casa a los tres.

Pero al fin y al cabo la postal había sido encontrada allí, ese dato no se podía soslayar, y además existía una orden rigurosa de seguir cualquier pista, por pequeña que fuere. El comisario no quería tirar piedras contra su propio tejado. Los de arriba no tenían muy buena opinión de él. Era sospechoso de sensiblería, se decía que simpatizaba en secreto con asociales y judíos. Debía ser muy cauteloso. En el fondo, ¿qué mal podía sucederles a esa mujer y a ese hombre si los entregaba a la Gestapo? Si eran inocentes, al cabo de unas horas recobrarían la libertad; pero al falso denunciante le echarían un buen rapapolvo por el trabajo inútil que había ocasionado.

Se disponía a telefonar al comisario Escherich cuando se le ocurrió una idea. Llamó al timbre y le dijo al policía que entró:

—Llévese ahí delante a estos dos hombres y regístrelos a fondo. Pero tenga cuidado de que no se confundan sus pertenencias. Después envíeme un hombre, yo registraré aquí a la mujer.

Pero también estos registros resultaron infructuosos, no se hallaron circunstancias agravantes para Quangel. Su esposa recordó, con un ligero suspiro de alivio, la postal que había echado al buzón. Otto Quangel, que aún desconocía esa acción apresurada de su mujer, la cual demostraba una gran presencia de ánimo, pensó: Qué hábil es Anna. ¿Qué habrá hecho con la postal? ¡Si yo he estado siempre a su lado! La documentación de Quangel confirmó asimismo todas sus declaraciones.

En el bolsillo de Millek, por el contrario, se encontró una denuncia dirigida a la comisaría contra una tal señora Von Tressow, residente en la calle Maassen número 17, que dejaba suelto a su agresivo perro, a pesar de la obligación de llevarlos sujetos con correa. El can había gruñido ya dos veces al primer secretario de Correos. Este temía por sus pantalones, que ahora, en tiempos de guerra, eran insustituibles.

—¡Qué preocupaciones las tuyas, caballero! —exclamó el comisario—. ¡Ahora, en el tercer año de guerra! ¿Cree que no tenemos otra cosa que hacer? ¿Por qué no se acerca usted mismo a la señora y le pide cortésmente que lleve al perro atado con la correa?

—De ninguna manera, señor comisario. ¿Abordar a una dama en la calle por la noche...? ¡Ni hablar! ¡Después ella me denunciaría por inmoralidad!

—En fin, agente, llévese a los tres. Me gustaría hacer una llamada telefónica.

—¿Acaso también yo estoy detenido? —exclamó furioso Millek—. ¡He denunciado algo importante y usted me detiene! ¡Lo denunciaré!

—¿Ha mencionado alguien la palabra detención? ¡Agente, llévese a los tres!

—¡Ha hecho que me vacíen los bolsillos como si fuera un delincuente! —volvió a gritar el primer secretario de Correos antes de que la puerta se cerrase tras él.

El comisario descolgó el teléfono y se identificó.

—Quisiera hablar con el comisario Escherich —dijo—. Por el asunto de las

postales.

—El comisario Escherich está acabado, liquidado, perdido —respondió en su oído una voz descarada—. Ese caso lo lleva ahora el comisario Zott.

—Pues entonces póngame con el comisario Zott... si es que está un domingo por la tarde como hoy.

—¡Ah, ese está siempre! Le paso con él.

—Aquí Zott.

—Aquí Kraus, jefe de la comisaría de distrito. Acaban de traernos a un hombre que al parecer está relacionado con ese asunto de las postales, ¿está usted al corriente?

—Por supuesto. El caso del Duende. ¿Qué profesión tiene ese hombre?

—Carpintero. Jefe de taller en una fábrica de muebles.

—Entonces ha atrapado al hombre erróneo. El verdadero autor trabaja en los tranvías. ¡Deje libre a ese hombre, comisario! Buenas tardes.

De ese modo recobraron los Quangel la libertad, con enorme sorpresa por su parte, pues daban por sentado que los someterían a un interrogatorio concienzudo y registrarían su domicilio.

Capítulo 40

EL COMISARIO ZOTT

El señor comisario Zott, con barba saliente y barriga prominente, un hombrecillo que parecía salido de una historia de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, una criatura que parecía compuesta de papel, polvo de expedientes, tinta y mucha sagacidad, había sido en la época anterior un personaje muy ridículo entre los miembros de la policía científica de Berlín. Él desdeñaba los métodos habituales, casi nunca practicaba interrogatorios y la visión de un asesinato lo ponía enfermo.

Lo que más le gustaba era estudiar los expedientes ajenos, comparar, buscar, extractar varias páginas... pero su fuerte era hacer tablas, unas tablas interminables, minuciosamente diseñadas, de las que extraía sus sagaces conclusiones. Dado que su método de trabajar solo con la cabeza había granjeado a Zott algunos éxitos sorprendentes en casos que parecían carentes de toda esperanza, había cundido la costumbre de endosarle todos los casos desesperados... si Zott no averiguaba nada, nadie lo haría.

Así pues, la propuesta del comisario Escherich de confiar el caso Duende al comisario Zott no había sido tan insólita. Solo que Escherich tendría que haber logrado que esa propuesta partiese de sus superiores, pues hecha por él era simplemente una desfachatez, más aún, cobardía ante el enemigo, deserción...

Zott se encerró durante tres días con el expediente del caso Duende, al cabo de los cuales solicitó una entrevista con el *Obergruppenführer*. Este, ansioso por ver resuelto el caso de una vez, acudió inmediatamente a ver a Zott.

—Bueno, comisario ¿qué es lo que ha descubierto usted, viejo Sherlock Holmes? Estoy convencido de que ya tiene cogido por los cojones al autor. Ese asno de Escherich...

Y a continuación dedicó una larga retahíla de insultos a Escherich por haberlo estropeado todo. El comisario Zott escuchó sin pestañear, sin revelar su propia opinión ni siquiera con una inclinación o un meneo de cabeza.

Cuando al fin se aplacó su furia, Zott dijo:

—Mi *Obergruppenführer*, tenemos, pues, a ese escritor de postales, un hombre sencillo, bastante inculto, que no ha escrito mucho durante su vida y al que le cuesta bastante esfuerzo expresarse. Debe de ser soltero o viudo y vivir completamente solo en su casa, o en estos dos años ya hace mucho que su esposa o su casera le habrían sorprendido escribiendo y algo habría salido a relucir. El hecho de que no se haya revelado un solo dato sobre su persona, a pesar de que según nuestras suposiciones se habla mucho sobre esas postales en la zona situada al norte de la plaza Alexander, demuestra que nadie lo ha visto escribiendo. Debe de vivir completamente solo.

Tiene que ser un hombre mayor... si fuera joven hace mucho que se habría hartado de esta actividad sin resultados visibles para comenzar otro quehacer. Tampoco dispone de radio...

—¡Bien, bien, señor comisario! —Lo interrumpió impaciente el *Obergruppenführer*—. Todo eso me lo contó ya hace mucho tiempo y con las mismas palabras el idiota de Escherich. Lo que yo necesito son análisis nuevos, resultados que me permitan detener a ese tipo. Veo que tiene una tabla. ¿Qué me cuenta de ella?

—Sí, la tengo aquí —contestó el comisario sin dejar que se le notara la grave ofensa que acababa de causarle Prall al atribuir a Escherich todas las sagaces deducciones de Zott—, he anotado en ella las horas de hallazgo de las postales. Hasta el día de hoy son doscientas treinta y tres postales y ocho cartas. Si examinamos con más atención las horas, llegamos a las siguientes conclusiones: ninguna postal se ha depositado después de las ocho de la tarde ni antes de las nueve de la mañana...

—Eso está más claro que el agua —exclamó el *Obergruppenführer* con tono impaciente—. ¡Porque entonces están cerrados los edificios! ¡Para saberlo, la verdad es que no necesito tabla alguna!

—Un momento, por favor —rogó Zott, y su voz traslucía irritación—. Todavía no he acabado de exponer mis apreciaciones. Los edificios, dicho sea de paso, no se abren a las nueve de la mañana, sino a las siete y con frecuencia a las seis. Prosigo. Además, el ochenta por ciento de las postales se han depositado en el período comprendido entre las nueve de la mañana y las doce del mediodía. Jamás se ha abandonado ninguna postal entre las doce y las catorce horas. El veinte por ciento lo ha sido entre las catorce y las veinte horas. De ello se deduce que el autor de las postales, sin duda el mismo que las distribuye, suele comer entre las doce y las catorce horas, trabaja de noche o al menos nunca por la mañana, rara vez por la tarde. Si analizamos el lugar del hallazgo, la plaza Alexander pongamos por caso, comprobamos que la postal fue depositada a las once quince. Teniendo en cuenta la distancia que un hombre puede recorrer en cuarenta y cinco minutos, es decir, hasta las doce, y trazando con el compás un círculo alrededor del lugar del hallazgo, siempre me encuentro con esta zona libre de banderitas al norte. Con ciertas reservas inevitables, pues no todas las horas de hallazgo coinciden con las horas en que se depositaron las postales, esto es aplicable a todos los lugares donde se han encontrado. De esto deduzco, primero: el hombre es muy puntual. Segundo: no le gusta utilizar el transporte público. Vive en el triángulo delimitado por las calles Greifswalder, Danziger y Prenzlauer, y en concreto en el extremo norte de ese triángulo, seguramente en la calle Chodowiecki, Jablonski o Christburger.

—¡Excelente, señor comisario! —dijo el *Obergruppenführer* cada vez más decepcionado—. Por cierto, recuerdo que ya Escherich mencionó esas calles. Solo que él pensaba que un registro domiciliario sería inútil. ¿Qué opina usted al respecto?

—Un momento, por favor —solicitó Zott levantando la pequeña mano que parecía haber adquirido el tono amarillento del papel de los expedientes que había

manejado. Ahora estaba de verdad profundamente ofendido—. Quisiera exponerle con todo detalle mis resultados para que usted mismo pueda comprobar si las medidas que voy a sugerir son adecuadas...

¡El pequeño zorro quiere asegurarse!, pensó Prall. ¡Espera y verás, conmigo no hay seguros que valgan, y si quiero joderte, lo haré!

—Si continuamos analizando esta tabla —prosiguió el comisario— veremos que todas las postales han sido depositadas en días laborables. De ello es forzoso deducir que el autor no abandona su domicilio los domingos. El domingo es su día de escribir, y así lo corrobora el hecho de que la mayoría de las postales se encuentran los lunes o los martes. El hombre siempre tiene prisa por sacar de su casa ese material inculpatario.

El pequeño barrigudo levantó el dedo.

—Las nueve postales halladas al sur de la plaza Nollendorf constituyen una excepción. Todas ellas han sido depositadas los domingos, en general con un intervalo de casi tres meses y siempre a última hora de la tarde o primera de la noche. De ello se deduce que el autor tiene un pariente que vive allí, quizá una madre anciana, a la que hace una visita formal a intervalos regulares.

El comisario Zott se calló y miró al *Obergruppenführer* a través de sus gafas de montura de oro como si esperase una palabra de reconocimiento.

Pero este se limitó a decir:

—Todo perfecto. Desde luego muy sagaz. Sin duda todo es correcto. Pero no veo cómo nos ayudará a progresar...

—¡Un poco, sí, mi *Obergruppenführer*! —le rebatió el comisario—. Como es natural, ordenaré investigaciones confidenciales y cautelosas en los edificios de las calles mencionadas, para indagar si allí vive un hombre que responde a mis conclusiones.

—¡Eso ya sería algo! —exclamó, aliviado, el *Obergruppenführer*—. ¿Alguna cosa más?

—He confeccionado también —dijo el comisario conteniendo su tono de triunfo mientras sacaba otra lista— una segunda tabla en la que he rodeado con círculos rojos que abarcan un kilómetro de diámetro los principales lugares de los hallazgos. Además, he dejado fuera los dos descubrimientos de la plaza Nollendorf y el supuesto domicilio. Si analizo con más atención estos once lugares principales, once, mi *Obergruppenführer*, hago el sorprendente descubrimiento de que todos ellos, todos sin excepción, están junto a estaciones de tranvía o cerca. ¡Compruébelo usted mismo! ¡Aquí! ¡Y allá! ¡Y allí! Aquí está la estación, algo a la derecha y casi fuera del círculo, pero en su radio. Y de nuevo, aquí, en el mismísimo centro...

Zott miró suplicante al *Obergruppenführer* y prosiguió:

—Esto no puede ser fruto de la casualidad. ¡En criminalística no se dan esas casualidades! Mi *Obergruppenführer*, ese hombre tiene alguna relación con los tranvías. Cualquier otra hipótesis es imposible. Tiene que trabajar allí de noche, en

ocasiones también por la tarde. Pero no viste uniforme, según sabemos por los informes de las dos testigos que lo vieron al depositar las postales. Pido permiso, mi *Obergruppenführer*, para apostar a un hombre experto en cada una de estas estaciones. Auguro más frutos a esta acción que a las pesquisas en los edificios. ¡Pero ambas juntas, si son concienzudas, nos conducirán sin duda al éxito!

—¡Zorro astuto! —exclamó ahora el *Obergruppenführer*, también de excelente humor, y palmeó los hombros del comisario con tal brío que faltó poco para que el hombrecillo cayera al suelo de rodillas—. ¡Viejo maleante taimado! Lo de las estaciones de tranvía es magistral. ¡Escherich es un imbécil! Eso debería haberlo averiguado él. ¡Claro que tiene mi permiso! ¡Dese prisa y dentro de dos o tres días comuníqueme que le ha echado el guante a ese individuo! ¡Quiero restregarle por los morros a ese majadero, a Escherich, el pedazo de inútil que es!

Y sonriendo satisfecho el *Obergruppenführer* abandonó la habitación.

Una vez solo, el comisario Zott soltó una ligera tosecilla. Sentado ante las tablas colocadas sobre su escritorio, miró de reojo la puerta a través de las gafas y tosió de nuevo. Odiaba a todos esos tipos ruidosos y descerebrados que solo sabían vociferar. Y uno de los que más odiaba era el que acababa de salir del despacho, ese mono idiota que siempre le mencionaba el nombre de Escherich. «Eso ya lo dijo Escherich», y «Eso ya me lo contó el idiota de Escherich».

Y encima le ha golpeado los hombros en broma, cuando el comisario aborrece cualquier contacto físico. No, ese tipo... en fin, había que esperar el momento oportuno. Esos individuos no estaban tan seguros en sus monturas, sus voces ocultaban a duras penas el miedo a ser derribados algún día. Por seguros y cortantes que parecieran, en su interior sabían muy bien que nada sabían y nada eran. ¡Mira que tener que comunicar su gran descubrimiento de las estaciones de tranvía a semejante mentecato, a un hombre incapaz de apreciar la inteligencia que exigen tales deducciones! ¡Era echar margaritas a los cerdos... siempre la misma canción!

Pero después el comisario vuelve a concentrarse en sus informes, en sus tablas, en sus planos. Tiene la cabeza bien amueblada; cierra un cajón y se olvida por completo de su contenido. Abre el cajón de estaciones de tranvías y comienza a meditar sobre el puesto que ocupará el autor de las postales. Telefonea a la dirección de las empresas de transportes, al departamento de personal, y manda que le proporcionen una lista interminable de las profesiones de todos los trabajadores de la empresa municipal de transportes de Berlín. Ocasionalmente toma notas.

Está convencido de que el autor tiene algo que ver con los tranvías. Se siente muy orgulloso de este descubrimiento. Sentiría una decepción infinita si ahora le trajesen a Quangel, el jefe de taller de una fábrica de muebles, acusándolo de ser el autor. Le daría completamente igual haber capturado por fin al culpable, solo le dolería que su hermosa teoría fuese errónea.

De ahí que, cuando uno o dos días después, en plena actividad de búsqueda en los edificios y en las estaciones de tranvía, un comisario le comunica que acaso hayan

detenido al autor, él se limite a preguntar por su profesión. Al oír carpintero, ese hombre queda desechado en el acto. ¡Tiene que ser tranviario!

¡Olvidado y liquidado! Tan completamente liquidado que el comisario ni siquiera tiene en cuenta que esa comisaria está al lado de la plaza Nollendorf, que es domingo por la tarde y que en la plaza Nollendorf precisamente toca una nueva postal. El comisario ni siquiera retiene en su memoria el número de la comisaría. ¡Esos idiotas solo cometen estupideces... liquidado!

Ya me traerá información mi gente, mañana o pasado mañana a más tardar. ¡La que aportan los agentes casi siempre es basura, ellos no pertenecen a la policía científica!

Y de este modo los Quangel, que ya estaban detenidos, recobraron la libertad...

Capítulo 41

OTTO QUANGEL SE VUELVE INSEGURO

Ese sábado por la noche los dos Quangel se fueron a casa en silencio y cenaron sin decir palabra. Anna, que, cuando fue preciso, se mostró tan valiente y decidida, derramó en la cocina unas lágrimas apresuradas y clandestinas de las que Otto no debía tener noticia. Ahora, cuando todo había concluido, el susto y el miedo se apoderaron de ella. Por poco sale todo mal, una minucia y los dos habrían estado acabados. Si el tal Millek no hubiera sido un conocido querellante... Si ella no se hubiera librado de la postal... Si el comisario hubiera sido un hombre diferente... ¡porque se le notaba que aborrecía al denunciante! Sí, por una vez las cosas habían salido bien, pero nunca jamás debía volver a arrostrar Otto semejante peligro.

Entra en la sala que su marido recorre sin cesar de un lado a otro. No tienen ninguna luz encendida, pero ha levantado el dispositivo de oscurecimiento y entra la luz de la luna.

Otto deambula de aquí para allá, todavía mudo.

—¡Otto!

—¿Qué?

Se detiene de improviso y mira hacia la mujer que se ha sentado en la esquina del sofá, apenas visible a la pálida y débil luz de la luna que penetra en la habitación.

—Otto, creo que lo mejor será que nos tomemos un descanso. En este momento la suerte nos da la espalda.

—Imposible —responde—. Imposible, Anna. Si de repente dejasen de aparecer postales, llamaría la atención. Justo ahora que casi nos han pillado, llamaría mucho la atención. Ellos tampoco son tan tontos, se darían cuenta de que existe una relación entre nosotros y las postales que de repente ya no llegan. Tenemos que continuar, queramos o no.

Y añade con dureza:

—¡Y yo, quiero!

Ella respira hondo. No tiene valor para darle su conformidad, aunque comprende que tiene razón. No se trata de un camino en el que puedas detenerte cuando te apetezca. No hay vuelta atrás, ni descanso. Hay que continuar.

Tras unos momentos de reflexión, dice:

—Entonces deja que yo reparta las postales a partir de ahora, Otto. Tú ya no tienes suerte en esa labor.

—No puedo hacer nada si un delator se pasa tres horas detrás de la mirilla. Miré a mi alrededor por todas partes, tuve cuidado —replicó, encolerizado.

—No he dicho que no tuvieras cuidado, Otto. He dicho que ya no tienes suerte.

Tú no tienes la culpa.

Él cambia de conversación.

—Por cierto, ¿qué hiciste con la segunda postal? ¿Te la escondiste pegada al cuerpo?

—Imposible, porque siempre había gente delante. No, Otto, la eché en un buzón de Correos de la plaza Nollendorf, aprovechando los primeros momentos de agitación.

—¿En un buzón? Muy bien. Bien hecho, Anna. En las próximas semanas echaremos postales en los buzones de todos los lugares que visitemos, para que esta última postal no llame la atención. Los buzones de Correos no están nada mal, tampoco en Correos serán todos nazis. Además, el riesgo es menor.

—Te lo ruego, Otto, déjame repartir las postales a partir de ahora —insistió su mujer.

—No creas, mamá, que tú hubieras podido evitar el error que yo he cometido. Son las casualidades que siempre he temido, contra las que es imposible tomar precauciones porque son imprevisibles. ¿Qué puedo hacer contra un espía que se pasa tres horas pegado a la mirilla? Y tú puedes ponerte enferma de repente, caerte y partirte una pierna... enseguida revisarían tus bolsillos y encontrarían la postal. No, Anna, contra las casualidades no existe protección.

—Me tranquilizaría tanto que me confiases el reparto... —repuso, obstinada.

—No digo que no, Anna. Quiero confesarte la verdad, de repente me siento inseguro. Es como si solo pudiera mirar a un lugar en el que no está el enemigo. Como si los enemigos pulularan a mi alrededor por doquier y yo no lograra verlos.

—Te has puesto nervioso, Otto. Esto dura ya demasiado tiempo. ¡Ojalá pudiéramos descansar durante unas semanas! Pero tienes razón, no es posible. Desde ahora yo repartiré las postales.

—No digo que no. ¡Hazlo! No tengo miedo, aunque tienes razón, estoy nervioso. Es fruto de esas casualidades con las que nunca conté. Creí que bastaba con hacer mi parte como es debido. Pero eso no es nada, se necesita también suerte, Anna. La hemos tenido durante mucho tiempo, ahora parece que han cambiado las tornas...

—Bueno, las cosas han vuelto a salir bien —repuso, tranquilizadora—. No ha sucedido nada.

—Pero ellos tienen nuestra dirección, en cualquier momento pueden volver a cogernos. ¡Maldita parentela, siempre dije que no servía para nada!

—No seas injusto, Otto. ¿Qué culpa tiene el pobre Ulrich?

—Ninguna, por supuesto. ¿Quién ha dicho lo contrario? Pero si no fuera por él, no les habríamos hecho una visita. Anna, el apego a la gente no sirve de nada. Eso solo lo hace todo más difícil. Ahora somos sospechosos.

—Si de verdad lo fuéramos, no nos habrían dejado marchar, Otto.

—¡La tinta! —exclama, deteniéndose de repente—. ¡Todavía tenemos tinta en casa! La tinta con la que escribí la postal, la misma tinta de este frasquito.

Se aproxima a la pila y vierte la tinta. A continuación se viste.

—¿Adónde vas, Otto?

—Hay que sacar el frasco de casa. Mañana compraremos de otra clase. Mientras tanto quema la pluma, y las postales viejas y el antiguo papel de cartas que aún conservamos. ¡Hay que quemarlo todo! Revisa los cajones. ¡No tiene que quedar nada de eso en casa!

—Pero, Otto, que no somos sospechosos. Hay tiempo para todo eso.

—No hay tiempo para nada. Haz lo que te digo. Revisa todo, quémalo todo.

Se marchó.

Regresó más calmado.

—He tirado el frasquito en Friedrichshain. ¿Lo has quemado todo?

—Sí.

—¿De veras? ¿Has revisado y quemado todo?

—¡Te lo estoy diciendo, Otto!

—De acuerdo, Anna. Es curioso, pero me siento de nuevo como si no pudiera ver la posición real del enemigo. ¡Como si me hubiera olvidado de algo!

Se pasó la mano por la frente, la miró meditabundo.

—Tranquilízate, Otto, seguro que no has olvidado nada. En esta casa ya no queda nada.

—¿Tengo tinta en los dedos? Ahora que ya no hay tinta en casa no puedo llevar ni una mancha de tinta, ¿entiendes?

Miraron y en efecto encontraron una en el índice de la mano derecha. Ella se la quitó frotando con la mano.

—¡Lo ves, es lo que yo digo, siempre se encuentra algo! Estos son los enemigos que no acierto a ver. Bueno, a lo mejor era esa mancha de tinta en la que no me había fijado la que me atormentaba.

—Ha desaparecido, Otto, ya no hay nada que pueda inquietarte.

—Gracias a Dios. Entiéndelo, Anna, no tengo miedo, pero no quiero que nos descubran demasiado pronto. Me gustaría realizar mi cometido el mayor tiempo posible. Si pudiera, me gustaría presenciar el derrumbe de todo esto. Sí, me encantaría. ¡Porque también nosotros hemos contribuido a ello!

Esta vez es Anna la que le consuela.

—Sí, lo verás, los dos lo veremos. ¿Qué es lo que ha pasado? Es verdad, hemos corrido un gran peligro, pero... ¿dices que la suerte nos ha dado la espalda? La suerte nos ha sido fiel, el peligro ha pasado. Estamos aquí.

—Sí —contestó Otto Quangel—. Estamos aquí, somos libres. Todavía. Y confío en que lo seremos durante mucho, mucho tiempo más...

Capítulo 42

PERSICKE, EL VIEJO CAMARADA DEL PARTIDO

El soplón del comisario Zott, un tal Klebs, tenía que recorrer la calle Jablonski en busca de un hombre viejo que vivía solo cuya detención tanto interesaba a la Gestapo. En el bolsillo llevaba una lista en la que se mencionaba a un camarada del Partido de confianza en cada edificio delantero y a ser posible también en cada uno de los traseros. En esa lista figuraba el nombre de Persicke.

Si en la Gestapo concedían enorme importancia a la detención de este hombre, para el soplón Klebs se trataba de un asunto rutinario. Bajo, mal pagado y mal alimentado, con las piernas torcidas, la piel sucia y los dientes con caries, Klebs recordaba a una rata, y llevaba a cabo sus negocios igual que la rata escarba en los toneles de basura. Siempre estaba dispuesto a aceptar un bocadillo, a mendigar bebida o cigarrillos y, en ese pordioso, su voz quejumbrosa, chillona, adquiría una suave calidad sibilante, como si el desgraciado estuviera dando el último suspiro.

En casa de los Persicke le abrió el viejo. Tenía pinta de abandono, el pelo gris desgredado, la cara hinchada, los ojos rojos y toda su persona oscilaba y se balanceaba como un barco en medio de una turbulenta tempestad.

—¿Qué quieres?

—Solo una pequeña información, para el Partido.

Porque a esos soplones les estaba terminantemente prohibido remitirse a la Gestapo en sus averiguaciones. Todas las preguntas tenían que parecer un informe carente de importancia sobre un miembro del Partido.

Pero incluso ese dato inocente del «informe para el Partido» cayó sobre el viejo Persicke como un puñetazo en el estómago. Gimiendo, se apoyó contra la jamba de la puerta. Su estúpido cerebro, nublado por las emanaciones del alcohol, recuperó por un instante una pizca de conciencia y —con ella— el miedo.

Después se incorporó.

—Pasa —invitó.

La rata lo siguió en silencio. Observaba al viejo con ojos vivos y agudos. Nada se le pasaba por alto.

La salita estaba desordenada. Sillas caídas, botellas volcadas bajo cuyos golletes se evaporaba un aguardiente hediondo. Una manta arrugada en el suelo. Un mantel arrancado bruscamente. Debajo del espejo, que exhibía una telaraña de rajadas producidas por un golpe, un montón de fragmentos de cristal. Una cortina corrida y otra arrancada. Y por doquier colillas y más colillas, paquetes de tabaco a medio terminar.

Los dedos de ladrón del soplón Klebs se estremecían. Le habría encantado

arramblar con el aguardiente, el tabaco, las colillas y hasta el reloj de bolsillo que asomaba por ese chaleco que colgaba de una silla. Pero ahora era un mero enviado de la Gestapo o del Partido. Así que se sentó en una silla muy buenecito y gorjeó, contento:

—¡Caramba, aquí sí que hay bebida y tabaco! ¡Qué bien vives, Persicke!

El viejo le dirigió una mirada turbia y obnubilada. Después, de golpe, empujó por encima de la mesa hacia su visitante una botella mediada de aguardiente... Klebs consiguió cogerla por los pelos antes de que volcase.

—¡Búscate algo para fumar! —murmuró Persicke acechando a su alrededor—. Por aquí tiene que haber algo. —Y con lengua pastosa añadió—: Pero no tengo fuego.

—No te preocupes, Persicke —lo tranquilizó Klebs con voz sibilante—. Ya encontraré lo que necesite. En la cocina tendrás gas y un encendedor.

Se comportaban como si se conocieran desde hacía una eternidad. Como si fueran viejos amigos. Con absoluta naturalidad caminó sobre sus piernas torcidas hasta la cocina que, con la vajilla destrozada y los muebles volcados, tenía peor aspecto que la sala. En medio de todo ese barullo encontró el encendedor de gas y prendió un cigarrillo.

Se guardó tres cajetillas empezadas. Una de ellas estaba bañada en aguardiente, pero ya se secaría. A su regreso, Klebs miró en las otras dos habitaciones, todo parecía completamente devastado y echado a perder. Klebs sospechó enseguida que el viejo estaba solo en el piso. El confidente se frotó las manos satisfecho, exhibiendo a la vez sus dientes amarillo negruzcos. A ese le sacaría algo más que un poco de aguardiente y unos cuantos cigarrillos.

El viejo Persicke continuaba sentado a la mesa en la misma silla, igual que lo había dejado Klebs. Pero el astuto soplón se dio cuenta de que entretanto el viejo debía de haberse levantado, pues ahora tenía ante él una botella de aguardiente mediada.

Así que en algún sitio tiene más. ¡Ya lo averiguaremos!

Klebs se sentó en su silla con un gemido placentero, proyectó hacia el rostro de su interlocutor una nube de humo, dio un trago de la botella y preguntó con tono inocente:

—A ver, Persicke, ¿qué oprime tu corazón? ¡Suéltalo todo, colega, ábreme tu corazón! Y nada de mentiras, o te fusilarán.

El viejo tembló al escuchar las últimas palabras. No acertó a discernir en qué contexto habían sido pronunciadas. Lo único que entendió fue que se habló de fusilar.

—¡No, no! —murmuró amedrentado—. Nada de fusilar. Ya vendrá Baldur y lo arreglará todo.

Por el momento la rata de Klebs no intentó aclarar quién era Baldur, ese que lo arreglaría todo.

—Persicke, no sé si podrás volver a arreglarlo —aventuró, cauteloso, mientras

lanzaba una ojeada al rostro del otro que lo miraba, eso le pareció, sombrío y enfurecido—. Pero bueno, cuando venga Baldur... —añadió conciliador.

El viejo continuaba clavándole la vista en silencio. De pronto, en uno de esos momentos de lucidez de los que disfrutaban de vez en cuando los que viven en una borrachera continua, preguntó sin balbucear:

—¿Quién es usted en realidad? ¿Qué quiere de mí? ¡No lo conozco de nada!

La rata miró con mucho cuidado al que se había despejado de una forma tan repentina. En esas fases, los borrachos solían volverse pendencieros y agresivos, y Klebs no era más que un alfeñique (y además cobarde), mientras que al viejo Persicke se le notaba incluso ahora, en la etapa más degenerada, que había entregado a su Führer dos gallardos hombres de las SS y un alumno de la Napola.

Klebs, cambiando de actitud, contestó:

—Ya se lo he dicho, señor Persicke. Quizá no me ha entendido bien. Me llamo Klebs y el Partido me ha encargado hacer ciertas averiguaciones...

El puño de Persicke retumbó sobre la mesa. Las dos botellas se tambalearon... Klebs las salvó con rápido gesto.

—¡Perro! —gritó Persicke—. ¿Cómo se te ocurre decir que no he entendido? ¿Acaso te crees más listo que yo, mofeta apestosa? ¡Me sueltas en mi propia casa y en mi propia mesa que no puedo entender lo que dices, cerdo asqueroso!

—¡No, no, no, señor Persicke! —susurró tranquilizadora la rata—. No lo he dicho con esa intención. Ha sido un pequeño malentendido. Haya paz. Amistad y tranquilidad, siempre... ¡entre viejos camaradas como nosotros!

—¿Dónde está tu carné? ¿Cómo se te ocurre presentarte en mi casa sin enseñar el carné? ¡Ya sabes que el Partido lo prohíbe!

Pero en este punto Klebs no temía nada: la Gestapo le había proporcionado una documentación legal, óptima, irrefutable.

—Aquí tiene, señor Persicke, examínelo sin prisas. Todo está en regla. Estoy autorizado a solicitar información y usted debe ayudarme, si puede...

El viejo examinaba con ojos vidriosos la documentación que le mostraba. Klebs se guardó muy mucho de entregársela. Las letras se difuminaban ante sus ojos mientras daba golpecitos con dedos torpes:

—¿Este es usted?

—¡Compruébelo usted mismo, señor Persicke! Todos dicen que he salido parecidísimo en la foto. —Y vanidoso—: Solo que en persona parezco diez años más joven. No lo sé, no soy presumido. Jamás me miro al espejo.

—Guárdate eso —gruñó el antiguo tabernero—. Ahora no me apetece leer. Siéntate, bebe aguardiente, fuma, pero cállate. Necesito pensar.

La rata hizo lo que se le ordenaba mientras observaba con atención al hombre que tenía enfrente y que parecía sumido de nuevo en su embriaguez.

Sí, la lucidez había abandonado al viejo Persicke, que, tras dar un buen trago de su botella, había vuelto a caer irremisiblemente en la vorágine de la borrachera. Lo

que llamaba pensar eran cavilaciones desvalidas, la búsqueda de algo que había perdido hacía mucho tiempo. Ni siquiera sabía lo que buscaba.

El viejo se encontraba en mala situación. Primero uno de sus hijos había sido enviado a Holanda, después otro a Polonia. Baldur había sido destinado a una Napola, ese granuja ambicioso había conseguido su primer objetivo: había sido elegido entre los primeros de la nación alemana, era un alumno especial del propio Führer. Seguía aprendiendo, aprendía a dominar, no precisamente a sí mismo, pero sí a todas las demás personas que no habían llegado tan lejos como él.

El padre se había quedado solo con la mujer y la hija. Siempre le había gustado demasiado empinar el codo, y de hecho el mejor cliente de su taberna antes de la quiebra había sido el mismo Persicke. Cuando los hijos se fueron, cuando faltó sobre todo la vigilancia de Baldur, Persicke empezó a beber y a emborracharse. Al principio su mujer sintió inquietud; bajita, asustadiza, llorosa en ese hogar de hombres en el que siempre había sido una criada gratuita y muy mal tratada, la invadió el miedo al preguntarse de dónde sacaría su marido el dinero para tanto aguardiente. A ello se añadió el temor a las amenazas, al maltrato del borracho... y en secreto huyó a casa de unos parientes dejando al padre a cargo de la hija.

La hija, un ser inculto, que había pasado por la Asociación de Jóvenes Alemanas, de la que incluso había sido dirigente, no tuvo la menor intención de limpiar la mugre del viejo y encima permitir que la maltratara. Gracias a sus relaciones se procuró un puesto de guardiana en el campo de concentración de mujeres de Ravensbrück y, con feroces pastores alemanes y chasqueando la fusta, prefirió obligar allí a ancianas que en su vida habían realizado un trabajo físico a trabajar más de lo que su cuerpo podía soportar.

El padre, que se había quedado solo, se fue hundiendo cada vez más. Se dio de baja por enfermedad en su oficina, nadie se encargaba de su comida, vivía casi exclusivamente de alcohol. Los primeros días había ido de vez en cuando a recoger el pan con sus cupones de racionamiento, pero los había perdido o se los habían robado; hacía días que Persicke no probaba bocado.

La noche pasada había estado muy enfermo, eso sí lo recordaba. Ya no sabía que se había puesto fuera de sí, hecho trizas la vajilla, volcado armarios, que, atenzado por un pánico atroz, había visto perseguidores por todas partes. Los Quangel y el viejo juez Fromm se habían presentado ante su puerta y habían llamado al timbre sin parar. Pero él no se había movido, se había guardado de abrir a sus perseguidores. Allí fuera solo estaban los mensajeros del Partido que querían que les entregara las cuentas de la caja, pues faltaban más de tres mil marcos (aunque cabía la posibilidad de que fueran seis mil, ni siquiera en los momentos de mayor lucidez acertaba a precisarlo con exactitud).

El viejo juez del Tribunal Cameral dijo fríamente:

—Dejémoslo que siga con su alboroto. No tengo el menor interés...

Su rostro siempre tan amable, por lo general levemente irónico, ofrecía un

aspecto gélido. El anciano caballero había bajado por la escalera.

Y Otto Quangel, con su profunda aversión a verse mezclado en algo, también había dicho:

—¿Por qué tenemos que mezclarnos en esto? ¡Solo nos dará quebraderos de cabeza! ¡Ya lo oyes, Anna, está borracho! Pues ya se le pasará la curda.

Sin embargo, a Persicke, que al día siguiente apenas recordaba ninguno de estos acontecimientos, no se le había pasado la borrachera. Por la mañana se había sentido muy mal, le temblaban tanto los miembros que apenas acertaba a llevarse el gollete a la boca. Pero cuanto más aguardiente bebía, más disminuían el temblor y el miedo que aún lo acometían a intervalos. Ya solo lo atormentaba la vaga sensación de que había olvidado algo que debía recordar a toda costa.

Y ahora se sentaba frente a él la rata, paciente, astuta, ávida. La rata no tenía prisa, había visto su oportunidad y estaba decidida a aprovecharla. La rata Klebs no tenía prisa por entregar su informe al comisario Zott. A ese siempre le podías colar algún pretexto para justificar por qué no habías avanzado más. Se le había presentado una oportunidad única que no podía dejar escapar.

¡Y Klebs ciertamente no la dejó escapar! El viejo Persicke se sumía en una embriaguez cada vez más profunda, y balbuceaba con esfuerzo, pero hasta el informe de un balbuceante tenía su valor.

Al cabo de una hora Klebs sabía todo lo que necesitaba saber sobre los desfalcos del viejo; sabía también dónde estaban las botellas de aguardiente y el tabaco... para entonces el resto del dinero había pasado ya a su bolsillo.

Ahora la rata es ya el mejor amigo del borracho. Lo ha llevado a la cama; y cuando Persicke grita, Klebs corre a su lado y le da a beber aguardiente hasta que deja de gritar. Mientras tanto, la rata mete en dos maletas todo lo que le parece aprovechable. La hermosa ropa adamascada de la difunta señora Rosenthal cambia de dueño, una vez más con métodos no del todo legales.

Tras dar mucho de beber al viejo, Klebs coge las maletas y abandona furtivamente la vivienda.

Al abrir la puerta de entrada, aparece ante él un hombre alto y huesudo de expresión sombría que le espeta:

—¿Qué hace usted aquí, en el piso de los Persicke? ¿Qué es lo que se lleva? ¡Usted ha venido sin maletas! Vamos, conteste de una vez. ¿O prefiere acompañarme a la policía?

—Por favor, acérquese —pía, humilde, la rata—. Soy un viejo amigo y camarada del señor Persicke. Él se lo confirmará. Usted es el administrador del edificio, ¿verdad? Preste atención, señor administrador, mi amigo Persicke está muy enfermo...

Capítulo 43

BARKHAUSEN, ESTAFADO POR TERCERA VEZ

Los dos caballeros se acomodaron en el devastado cuarto de estar; ahora el «administrador de la finca» ocupaba el sitio de la rata y Klebs la silla de Persicke. No, el viejo Persicke no había podido proporcionar ni un solo dato, pero la seguridad con la que Klebs se movía por la casa, la tranquilidad con la que hablaba con Persicke y le daba de beber había impulsado al «administrador» a mostrar cierta prudencia.

Klebs volvió a sacar su raída cartera de plástico que un día fue negra y ahora ostentaba un brillo rojo herrumbroso en los bordes.

—Si me permite, le enseñaré mi documentación —anunció—. Todo está en orden, señor administrador, el Partido me ha encargado...

Pero su interlocutor rechazó los papeles y el aguardiente, solo aceptó un cigarrillo. No, él ya no tomaba aguardiente, recordaba demasiado bien cómo en su día, arriba en casa de la señora Rosenthal, Enno le destrozó un negocio espléndido bebiendo coñac. Eso no volvería a suceder. Barkhausen, pues no es otro que Barkhausen el que se sienta allí en el papel de «administrador de la finca», se pregunta cómo abordar a su interlocutor. Porque ha adivinado en el acto el juego de ese fulano: sea verdad o no que es un conocido del viejo Persicke, esté allí por encargo del Partido o no... lo mismo da: ¡ese tipo quería robar! Lo que llevaba dentro de las maletas era mercancía robada, o no se habría asustado tanto al ver a Barkhausen, ni se mostraría ahora tan espantado y solícito. Nadie que actúe de manera legítima se humilla así ante otra persona, Barkhausen lo sabe por propia experiencia.

—¿Le apetece un trago de aguardiente, señor administrador?

—¡No! —Barkhausen casi grita—. Cierre el pico, necesito pensar...

La rata enmudece, sobresaltada.

Barkhausen lleva un año muy malo a las espaldas. No, tampoco recibió los dos mil marcos enviados por la señora Häberle. Cuando solicitó en Correos que se los reexpidiesen, le comunicaron que la Gestapo había reclamado el dinero por proceder de un delito, por lo que debía ponerse en contacto con ellos. Pero Barkhausen no lo había hecho. No deseaba tener nada que ver con el tal Escherich nunca más, pues faltaba a su palabra, y este tampoco volvió a llamar a Barkhausen.

Así que ese asunto fue un fiasco; pero mucho peor fue que Kuno-Dieter no regresase a casa. Al principio Barkhausen pensó: ¡Espera y verás! ¡Espera a estar en casa! Y se solazó imaginándose escenas de palizas, sacudiéndose con grosería las preocupadas preguntas de Ottilie por la ausencia de su preferido.

Pero cuando transcurrieron las semanas, la ausencia de Kuno-Dieter tornó la

situación bastante insoportable. Otti se convirtió en una auténtica serpiente venenosa y transformó su vida en un infierno. A él, al fin y al cabo, le daba igual que no volviera el golfo ese, tanto mejor: ¡una boca inútil menos en la casa! Pero Otti enloqueció del todo por su preferido, era como si no pudiera vivir un día más sin Kuno-Dieter, y eso que antes tampoco le había ahorrado insultos y golpes.

Al final Otti perdió la chaveta, acudió a la policía y denunció a su propio marido por el asesinato de su hijo. Con tipos como Barkhausen la policía no se andaba con chiquitas, él carecía de reputación, mejor dicho, la tenía pésima, así que el juzgado de lo penal lo encarceló inmediatamente.

Estuvo preso once semanas, tuvo que currar de lo lindo y deshilar cordajes o le quitaban la comida, de la que de todos modos nunca se hartaba. Pero lo peor fueron las noches, cuando había ataques aéreos. A Barkhausen los ataques aéreos le daban pánico. Había visto una vez a una mujer en la avenida Schönhauser: le cayó una bomba de fósforo y se le quedó dentro... Barkhausen jamás olvidaría esa visión.

Total, que los aviones lo aterraban, y cuando se acercaban zumbando y el aire se llenaba con ese ruido, y se oían luego los primeros impactos, y el resplandor de las llamaradas de incendios lejanos y cercanos iluminaba tiñendo de rojo la pared de su celda... No, ellos no dejaban salir de la celda a los presos, esos cabrones no les permitían bajar al sótano en el que habrían estado más seguros. A lo largo de esas noches la gigantesca prisión celular de Moabit se volvía histérica, los presos se colgaban de las ventanas y gritaban... ¡oh, y de qué manera! ¡Y Barkhausen los secundaba! Aullaba como un animal, ocultaba la cabeza en su catre, y después corría de cabeza contra la puerta de la celda: el cráneo chocaba siempre contra ella, hasta que se quedaba tirado en el suelo aturdido... Era su forma de anesthesiarse para soportar esas noches.

Como es natural, tras esas once semanas de prisión preventiva no regresó a casa con ánimo muy amable. No habían podido probarle lo más mínimo, ¡faltaría más!, pero si Otti no hubiera sido tan cerda se habría ahorrado esas once semanas. A partir de entonces la trató como a un perro, a esa pécora que se había dado la gran vida con sus amigos en casa de Barkhausen (cuyo alquiler pagaba ella con regularidad), mientras él tenía que deshilar cuerdas y casi enloquecía de pánico.

A partir de entonces, los golpes llovían en su vivienda. A la mínima, el hombre empezaba a pegarle, arrojaba lo que tuviera a mano a la cara de esa maldita perra que lo había hundido en la desgracia.

Pero también Otti se defendía. Jamás cocinaba para Barkhausen, ni le daba dinero, ni cigarrillos. Gritaba tanto bajo sus golpes que los vecinos acudían en tropel y tomaban partido contra Barkhausen, aunque sabían que ella no era más que una fulana indecente. Y un día que le arrancó el pelo de la cabeza a mechones, ella hizo lo más indecente de todo: desapareció para siempre de la vivienda y lo dejó plantado con los cuatro críos restantes, que no tenía la certeza de haber engendrado. Maldita sea, Barkhausen tuvo que trabajar en serio o se hubieran muerto todos de hambre, y

Paula, a sus diez años, llevaba ahora la casa.

¡Ese había sido un año jodido, verdaderamente jodido! Y encima el odio contra los Persicke, que no dejaba de carcomerlo, a los que no podía ni debía jugar una mala pasada, la furia y los celos impotentes cuando se supo en el edificio que Baldur ingresaría en una Napola, y por último el pequeño, débil renacer de la esperanza cuando observó la embriaguez del viejo Persicke... a lo mejor... a lo mejor, sí...

Y ahora estaba en el piso de los Persicke, ahí, sobre la mesita bajo la ventana estaba la radio que Baldur había robado a la vieja Rosenthal. Barkhausen estaba cerca de su meta y ahora solo importaba cómo librarse de esa garrapata sin despertar sospechas...

Los ojos de Barkhausen brillaron al imaginarse cómo se enfurecería Baldur si lo viera sentado a la mesa. Un zorro muy astuto, Baldur, pero no lo suficiente todavía. A veces la paciencia es más valiosa que la astucia. Y de pronto Barkhausen recuerda lo que quiso hacer Baldur con Enno Kluge y con él cuando irrumpieron a robar en casa de la Rosenthal, es decir, no fue un verdadero robo con fuerza, sino un asunto acordado... Barkhausen adelanta el labio inferior, contempla meditabundo a su interlocutor, que durante su largo silencio se ha puesto muy nervioso, y dice:

—¡Bien, entonces enséñeme lo que lleva en esas maletas!

—Oiga usted —la rata intenta oponerse—, creo que eso es mucho pedir. Si mi amigo, el señor Persicke, ha permitido que... esto va más allá de sus derechos como administrador de la finca...

—¡Vamos, déjese de bobadas! —lo interrumpe Barkhausen—. O me enseña lo que lleva en las maletas o vamos juntos a la policía.

—No tengo por qué —afirma la rata con voz chillona—, pero se lo enseñaré voluntariamente. La policía solo trae problemas, y ahora que mi camarada Persicke está tan enfermo, tardarían días en confirmar mis declaraciones.

—¡Venga, venga, ábrelas! —ordena Barkhausen con tono airado, dando al fin un trago de la botella.

La rata Klebs lo mira, de pronto una sonrisa taimada asoma al rostro del soplón. «¡Venga, venga, ábrelas!»: con ese grito Barkhausen ha revelado su avidez, pero también que no es el administrador de la finca, y si lo fuera, es un administrador que se propone ser desleal.

—¿Qué, colega? —replica de pronto la rata en un tono muy diferente—. ¿Por qué no vamos a medias?

Un puñetazo lo tira al suelo. Por seguridad, Barkhausen le sacude a Klebs otros dos, tres golpes con la pata de una silla. ¡Bueno, ya no rechistará durante la próxima hora!

Barkhausen empieza entonces a empaquetar y desempaquetar. La ropa de la señora Rosenthal cambia de dueño una vez más. Barkhausen trabaja deprisa y con total tranquilidad. Esta vez nadie se interpondrá entre él y el éxito. ¡Antes los machaco a todos, aunque me cueste la cabeza! No volverá a dejarse timar otra vez.

Un cuarto de hora más tarde, después de una lucha muy corta con dos policías, Barkhausen abandonó la vivienda. Tras un breve pataleo y unos tirones, Barkhausen quedó sujeto y esposado.

—¡Bien! —exclamó satisfecho el pequeño juez retirado Fromm—. Con esto, creo yo, ha terminado para siempre su actividad en esta casa, señor Barkhausen. No olvidaré entregar a sus hijos a la Asistencia Social. Pero eso seguro que le interesa menos. Bien, señores. Ahora solo nos queda entrar en la vivienda. Señor Barkhausen, confío en que no habrá hecho nada malo con el pequeño señor que subió por la escalera antes que usted. También encontraremos al señor Persicke, agente, la noche pasada sufrió un ataque de *delirium tremens*.

Capítulo 44

INTERLUDIO: UN IDILIO CAMPESTRE

La excartera Eva Kluge trabaja en el sembrado de patatas, como soñó en cierta ocasión. Es un hermoso día de principios de verano, bastante caluroso para el trabajo, el cielo es de un azul radiante y allí, en el rincón resguardado cerca del bosque, casi no corre aire. Mientras cava, Eva se ha quitado una pieza de ropa después de otra; ahora solo lleva blusa y falda. Sus fuertes piernas desnudas, igual que su rostro y sus brazos, han adquirido un tono moreno dorado.

Su azada golpea armuelles, rabanillos, cardos, agropiros... avanza muy lentamente, el sembrado está invadido por las malas hierbas. A menudo su azada golpea una piedra, que produce un sonido argentino... grato al oído.

Ahora, cerca del lindero del bosque, Eva topa con un cúmulo de salicarias, esa hondonada es húmeda, las patatas no consiguen desarrollarse, pero la salicaria triunfa. En realidad ahora le apetecería desayunar, y a juzgar por la posición del sol es el momento apropiado, pero, antes de hacer una pausa, prefiere exterminar esa peste de salicarias. Cava con esfuerzo, los labios cerrados con fuerza. Allí, en el campo, ha aprendido a despreciar las malas hierbas, esas sabandijas, de manera que empieza a arrancarlas sin piedad.

Pero aunque la boca de Eva está firmemente cerrada, su mirada es clara y serena. Sus ojos ya no muestran la severidad y sempiterna preocupación de hace dos años en su época berlinesa. La mujer se ha tranquilizado, ha vencido. Sabe que el pequeño Enno está muerto, la señora Gesch le escribió desde Berlín. Sabe que ha perdido a sus dos hijos: Max cayó en Rusia, y Karl está perdido para ella. No ha cumplido aún los cuarenta y cinco años, le queda un buen trecho de vida por delante, no se desespera, trabaja. No quiere limitarse a esperar los años que le queden, quiere crear algo.

También tiene algo por lo que alegrarse todos los días: la reunión vespertina diaria con el maestro suplente del pueblo. Schwoch, el «auténtico» maestro, un furibundo miembro del Partido, un pequeño y cobarde vocinglero y delator que ha asegurado cien veces con lágrimas en los ojos lo que lamenta no poder ir al frente, pues se ha visto obligado por orden del Führer a quedarse en su puesto rural... Schwoch, el «auténtico» maestro, fue llamado a filas a pesar de todos los certificados médicos. De eso hace casi medio año. Pero el camino al frente debe de ser difícil para este entusiasta de la lucha: de momento el maestro Schwoch continúa ejerciendo de secretario en una pagaduría. En sus viajes para ver a su marido, la señora Schwoch lleva a menudo tocino y jamón, pero el marido no ha debido de comerse solo estas grasas deliciosas: la táctica ha dado resultado, ahora su buen Walter será suboficial, anunció la señora Schwoch después de su último viaje grasiento. Suboficial... cuando

según una orden del Führer los ascensos solo podían concederse a la tropa de combate. Pero, como es natural, esas órdenes del Führer no se aplican a ardientes camaradas del Partido que disponen de jamón y tocino.

Bueno, a Eva Kluge eso le da igual. Ahora sabe exactamente cómo es todo eso, desde que abandonó el Partido. Sí, estuvo en Berlín; cuando recuperó la paz interior necesaria, viajó a Berlín y se presentó ante el tribunal del Partido y en la oficina de Correos. No fueron días gratos, qué va, le gritaron, la amenazaron y durante los cinco días de detención hasta la golpearon en una ocasión... pero al final la dejaron en libertad. Enemiga del Estado... algún día se enteraría de lo que suponía eso.

Eva Kluge liquidó su hogar. Tuvo que vender muchas cosas, porque en el pueblo solo disponía de una habitación, pero ahora vivía para ella sola. Tampoco trabajaba en exclusiva para su cuñado, que habría preferido pagarle con la manutención en lugar de con dinero, ella ayudaba a cualquier campesino. Además de realizar trabajos en el campo y en la granja, hacía de enfermera, costurera, jardinera, esquiladora de ovejas. Tenía manos hábiles, en realidad no fue como si aprendiese algo nuevo, sino como si recordase un trabajo no ejercido durante largo tiempo. Llevaba las labores agrícolas en la sangre.

Pero esta vida sencilla y apacible que se había creado en medio de todo ese cataclismo, adquirió su verdadera luz y alegría gracias al maestro suplente Kienschäper. Era este un hombre alto que caminaba siempre ligeramente inclinado hacia delante, a finales de la cincuentena, de blancos cabellos ondeantes y rostro muy moreno en el que sonreían unos juveniles ojos azules. Kienschäper, que amansaba a los niños del pequeño pueblo con sus ojos risueños y los conducía desde la educación enérgica de su predecesor hasta ámbitos más humanos; que, armado con una podadera, recorría los huertos de los campesinos y liberaba los frutales silvestres de chupones y ramas secas, cortaba las heridas del chancro de los frutales y las untaba con carbolíneo... también había curado las heridas de Eva, disolviendo la amargura y trayendo la paz.

No es que hubiera hablado mucho sobre eso, Kienschäper no era un gran orador. Pero cuando estaba con ella en su colmenar y le hablaba de la vida de las abejas, a las que amaba con pasión; cuando recorría con ella los campos al atardecer y le enseñaba lo chapuceramente cultivado que estaba un campo y con qué poco trabajo podría volverse más productivo; cuando Kienschäper ayudaba a parir a una vaca; levantaba de nuevo, sin que se lo hubieran pedido, una valla caída; cuando se sentaba al órgano y tocaba suavemente solo para ellos dos; cuando todo aparecía ordenado y tranquilo detrás de sus pasos... eso satisfacía a Eva más que todas las palabras de consuelo. Una vida que declinaba en una época rebosante de odio, lágrimas y sangre, pero apacible, en la que se respiraba paz.

La mujer del maestro Schwoch, que apostaba por el nacionalsocialismo más que su marido por la guerra, odió en el acto, como es natural, a Kienschäper y ponía en práctica todas las ocurrencias de su mente hostil para fastidiarlo. Tenía que dar

alojamiento y comida al sustituto de su marido, pero lo hacía con tan escrupulosa codicia que Kienschäper nunca podía desayunar antes del comienzo de las clases, pues su comida siempre estaba quemada y su habitación sucia.

Sin embargo, ella era impotente contra su alegre sosiego. Podía acalorarse, enfurecerse, echar espumarajos, decir pestes de él, escuchar a la puerta de la clase y después presentar denuncias al inspector de primera enseñanza... que él siempre la trataba como una niña maleducada que algún día comprendería por sí sola sus malos modales. Finalmente, Kienschäper se hospedó con Eva Kluge, se mudó al pueblo, y la gorda e iracunda Schwoch ya solo pudo librar su guerra contra él desde la distancia.

Ni Eva Kluge ni el canoso maestro Kienschäper recordaban ya cuándo hablaron por primera vez de la posibilidad de casarse. A lo mejor nunca discutieron del asunto y ocurrió de forma completamente espontánea. Tampoco tenían prisa... algún día, a cualquier hora, llegaría el momento. Dos personas que encaraban la vejez y no deseaban terminar solos la jornada. No, ya no vendrían más hijos, nunca... (Eva se estremecía al pensarlo), pero sí camaradería, amor, comprensión y sobre todo confianza. Ella, que a lo largo de su primer matrimonio jamás había confiado, ella, que siempre había tenido que ser la guía, ahora desea dejarse guiar llena de confianza durante el último trecho de la vida. Cuando estaba muy oscuro y ella completamente desalentada, el sol reapareció entre las nubes.

Las salicarias están cortadas en el suelo, por el momento han sido exterminadas. Seguro que volverán a crecer, es una mala hierba, al arar hay que recogerla de la tierra floja, cualquier trocito de raíz subterránea rebrota. Pero ahora Eva conoce ese lugar, y no lo olvidará, volverá hasta haber exterminado de raíz las salicarias.

En realidad ahora podría desayunar, es la hora, su estómago lo atestigua. Pero cuando mira hacia sus bocadillos y su botella de café colocados a la sombra del lindero del bosque, ve que no desayunará, ese día no, su estómago debe enmudecer. Porque allí alguien ha comenzado su labor, un chico de unos catorce años, increíblemente desharrapado y sucio, se está zampando sus bocadillos como si estuviera a punto de morir de hambre.

Tan ocupado está el chico saciándose que no se fija en que la azada se ha detenido en el campo de mala hierba. Solo se sobresalta cuando la mujer se planta justo delante de él. Entonces la mira fijamente con sus grandes ojos azules bajo su pelambreira enmarañada de cabellos rubios. A pesar de haber sido sorprendido robando y de que la huida es imposible, el golfillo no mira atemorizado o consciente de su culpabilidad, sino con ojos más bien desafiantes.

En los últimos meses el pueblo y la señora Kluge han aprendido a acostumbrarse a esos niños: los bombardeos de Berlín son cada vez más frecuentes, por lo que han exhortado a la población a enviar a sus hijos al campo. La provincia está inundada de niños berlineses. Pero, cosa curiosa, algunos de ellos no han logrado acostumbrarse a la tranquila vida campesina. Allí tienen calma, mejor comida, sueño nocturno sin

sobresaltos, pero no lo soportan, ansían regresar a la gran ciudad. Y se ponen en camino; descalzos, mendigando un poco de comida, sin dinero, amenazados por los guardias rurales, buscan imperturbables su camino de vuelta hacia una urbe que arde casi todas las noches. Capturados, enviados de retorno a su comunidad rural, esperan apenas a que los alimenten un poco para escapar de nuevo.

Ese de ahí de la mirada desafiante que se estaba comiendo el pan del desayuno de la señora Eva Kluge debía de llevar mucho tiempo caminando. La mujer no recordaba haber visto nunca una figura tan sucia y harapienta. Llevaba pajas pegadas al pelo y en sus orejas se habrían podido sembrar zanahorias.

—¿Qué, está rico? —preguntó la señora Kluge.

—¡Claro! —contestó, y esta simple palabra reveló su origen berlinés.

El rapaz la miró.

—¿Vas a sacudirme? —preguntó.

—No. Sigue comiendo. A veces también puedo pasar sin el desayuno, y tú tienes hambre.

—¡Claro! —repitió. Y luego añadió—: ¿Después me dejarás largarme?

—Tal vez —contestó la mujer—. Pero a lo mejor estás de acuerdo en que antes te lave y arregle un poco tus ropas. Quizá encuentre también unos pantalones en buen estado que te estén bien.

—De eso, *ná* —rechazó—. Los venderé por cuatro perras en cuanto tenga hambre. Ni te imaginas *tó* lo que he *malvendío* ya en el año que llevo corriendo mundo. ¡Lo menos quince pantalones! ¡Y diez pares de zapatos! —Le dirigió una mirada triunfal.

—¿Y por qué me lo cuentas? —inquirió—. Para ti habría sido más ventajoso coger el pantalón sin decirme nada.

—Y yo qué sé —respondió con tono esquivo el chico—. Igual por no haberme *sermoneao* por birlarte el desayuno. No me gustan los sermones.

—¿Así que llevas ya un año de camino?

—Bueno, eso es algo *esagerao*. Durante el invierno me refugié con un tabernero en un pueblucho. Echaba de comer a los cerdos y lavaba jarras de cerveza, *to* eso hacía. Fue una buena época. —Reconoció meditabundo—. El tabernero era un tipo muy chusco. Siempre trompa, pero conmigo hablaba como si yo *fuá* igual que él, igual de mayor y tal. Allí aprendí a darle al aguardiente y a fumar. ¿Te gusta el aguardiente?

La señora Kluge aplazó para más tarde el debate sobre si beber aguardiente era lo más aconsejable para chicos de catorce años.

—Pero después te largaste de allí. ¿Quieres regresar a Berlín?

—Nooo —contestó el chico—. No pienso volver con mi gente. Me *paicen* muy ordinarios.

—Pero tus padres estarán preocupados por ti; ¡no tienen ni idea de dónde estás!

—¿Preocupaos, esos? ¡Alegres estarán por haberse *librao* de mí!

—¿Qué es tu padre?

—¿Ese? Un poco de *to*: chulo y soplón, y ladrón... si encuentra qué robar. Solo que es tonto, nunca encuentra *ná* bueno.

—Vaya —dijo la señora Kluge; tras esas confidencias su voz se endureció un poco—. ¿Y qué dice tu madre?

—¿Mi madre? ¿Qué va a decir? ¡Si no es más que una puta!

¡Plas! Ahora, pese a su promesa, la mujer le soltó un tortazo.

—¿No te da vergüenza hablar así de tu madre? ¡Qué asco!

El golfillo, sin torcer el gesto, se frotó la mejilla.

—¡Buen sopapo! —constató—. No quisiera más de esa clase.

—¡No debes hablar así de tu madre! ¿Lo entiendes? —replicó, enfurecida.

—¿Por qué no? —preguntó, recostándose. Parpadeó complacido, ahora completamente saciado, mientras observaba a su anfitriona—. ¡Y por qué no! Si es una puta. Ella misma lo dice. «Si no hiciera la calle, solía decir, os moriríais de hambre *tos* vosotros». Porque somos cinco hermanos, pero *tos* de padres distintos. Me *paice* que el mío tenía muchas tierras en Pomerania. En realidad quería ir a buscarlo y echarle un vistazo. *Tie* que ser un tío raro, se llama Kuno-Dieter. No *pue* haber muchos con ese nombre tan ridículo, en realidad tendría que encontrarlo...

—¿Kuno-Dieter? —preguntó la señora Kluge—. ¿Así que tú también te llamas Kuno-Dieter?

—Prefiero que me llames Kuno, el Dieter *pués* metértelo ‘*onde* te quepa.

—Bueno, Kuno, ahora dime, ¿a qué comunidad te evacuaron? ¿Cómo se llama el pueblo al que viajaste en tren?

—A mí no *m’han* *evacuao* jamás. ¡Yo *m’he* *escapao* de mis viejos!

Ahora yacía de lado, la mejilla sucia descansaba sobre el antebrazo igual de sucio. Le dirigió una mirada indolente con los ojos entrecerrados, completamente dispuesto a un pequeño chismorreó.

—Voy a contarte *tó lo qu’* ha *pasao*. Hace ya más de un año, mi llamado padre me tangó cincuenta pavos, y encima me zurró la badana. Así que me fui a buscar a unos amigos, bueno, amigos, lo que se dice amigos, no eran, unos camorristas, ya sabes, y entonces nos abalanzamos sobre mi viejo y lo atizamos. Esto le vino al pelo, así aprendió que las cosas no son siempre los mayores encima de los pequeños. Después le robamos la pasta que llevaba en el bolsillo. No sé cuánto fue, la repartieron los mayores. A mí solo me tocaron veinte marcos, y luego me dijeron: Lárgate a toda prisa o tu viejo te matará a palos o te entregará a la beneficencia. Lárgate al campo con los labriegos. Así que me piré al campo, con los campesinos. Y te aseguro que desde entonces me he pegado la gran vida.

El chico calló y volvió a mirarla.

Ella lo contemplaba en silencio desde arriba, pensaba en su hijo Karl. Solo tres años después ese chico sería también un Karl, sin amor, sin fe, sin aspiraciones, pensaría exclusivamente en sí mismo.

—¿Y qué piensas ser, Kuno? —preguntó, y añadió—: ¿Querrás ingresar en las SA o en las SS?

—¿Con esos fulanos? —contestó arrastrando las palabras—. ¡Ni borracho! Esos son *toavía* peores que mi viejo. Siempre regañando y dando órdenes. Nooo, gracias, eso no es *pa* mí.

—Pero a lo mejor te gustaría dar órdenes a otros, ¿no?

—¿Y eso por qué? Noo, eso no me gusta. Sabes... por cierto, ¿cómo te llamas?

—Eva, Eva Kluge.

—Sabes, Eva, lo que de verdad me gustaría, serían los coches. Me gustaría saber *to* de los coches, el funcionamiento del motor, cómo va lo del carburador y el encendido... bueno, no cómo es, que eso ya casi me lo sé, pero sí por qué es así... Eso sí que me gustaría saberlo, pero soy muy corto *pa to'* eso. De crío me sacudieron muchos coscorriones en el coco y se me reblandecieron los sesos. Ni siquiera he aprendido a escribir bien.

—Pues no pareces tan tonto, te lo aseguro. Estoy segura de que aprenderías a escribir y más tarde también lo de los motores.

—¿Aprender? ¿Ir otra vez a la escuela? Ni hablar del peluquín, ya soy *mu'* viejo *pa* eso. ¡Que ya he tenido dos amantes!

Durante un instante la mujer se estremeció. Pero después dijo animosa:

—¿Y te has creído que esos ingenieros o técnicos terminan de aprender alguna vez? Esos tienen que seguir estudiando siempre, ya sea en la universidad o en cursos nocturnos.

—Ya lo sé. ¡Yo lo sé *to'*! Lo pone en las columnas publicitarias. Cursos nocturnos de electrotécnica avanzada. —De pronto hablaba un alemán completamente correcto y sin errores—. Las bases de la electrotécnica.

—¿Lo ves? —exclamó Eva—. ¡Y tú pensando que eres demasiado mayor para eso! ¿No quieres estudiar? ¿Quieres seguir siendo toda tu vida un vagabundo que se pasa el invierno fregando vasos y cortando leña? ¡Qué vida tan agradable, no creo que te guste mucho!

El chico volvió a abrir los ojos como platos: era una mirada inquisitiva, pero también desconfiada.

—Tú lo que *quiés* es que vuelva con mi gente y vaya a la escuela en Berlín, ¿verdad?

—Ni una cosa ni otra. Quiero averiguar si puedes quedarte conmigo. Entonces yo te daría clase, y también un amigo mío.

Su desconfianza no desaparecía.

—¿Y tú qué ganas con ese negocio? Porque yo te costaría una pasta, con la comida, la ropa, los libros y *to* eso.

—No sé si lo vas a entender, Kuno. Yo tuve un marido y dos hijos, y los he perdido. Ahora me encuentro completamente sola, ya solo me queda ese único amigo.

—¡Entonces *toavía* *pues* tener un crío!

Se puso colorada; ella, una mujer madura, se ruborizó bajo la mirada del chico de catorce años.

—No, ya no puedo tener hijos —respondió mirándolo fijamente—. Pero me alegraría que tú pudieras llegar a ser algo, un ingeniero de automóviles o un diseñador de aviones. Me alegraría haber hecho algo de un chico como tú.

—¿Porque piensas que no valgo *pa ná*?

—Tú mismo sabes de sobra que ahora no sirves para gran cosa, Kuno.

—*Tiés* razón. Es una *verdá* como un templo.

—¿Y no te apetece cambiar?

—Ganas no me faltan, pero...

—¿Pero qué? ¿No te gustaría venirte conmigo?

—Gustarme sí, pero...

—¿Qué más peros puede haber?

—Pues que pienso que te hartarás de mí, y a mí no me gusta que me echen, *pa* eso prefiero irme por mi cuenta.

—Podrás marcharte cuando quieras, yo nunca te detendré.

—¿Me das tu palabra?

—Te la doy, Kuno, te lo prometo. Conmigo serás completamente libre.

—Pero si vivo en tu casa, tendrás que notificarlo como es debido, y entonces mis viejos también sabrán dónde estoy. No me permitirán quedarme contigo ni un día.

—Si la situación en vuestra casa es tal como me has contado, nadie te obligará a regresar. A lo mejor me transfieren los derechos y serás por completo mi chico.

Se miraron un instante. Ella creyó descubrir un brillo lejano en esa mirada azul. Pero después, apoyando la cabeza en el brazo y cerrando los ojos, el muchacho dijo:

—Vaya, pues muy bien. Ahora voy a echar una cabezadita. Y tú vuelve con tus patatas.

—¿Pero Kuno, al menos tienes que responder a mi pregunta! —exclamó la mujer.

—¿Tengo? —preguntó, muy somnoliento—. Ninguna persona *tie* que tener.

Durante un momento, ella lo miró desde arriba dubitativa. Después reanudó su trabajo con una leve sonrisa.

Cavaba, pero ahora distraída. Dos veces se sorprendió a sí misma tumbando una planta de patata. ¡Presta atención, Eva!, se dijo irritada.

Mas no por eso se concentró en la labor. Pensó que quizá fuera mejor no llegar a ninguna componenda entre ese chico descarriado y ella. Cuánto amor y cuánto trabajo había dedicado a Karl, que había sido un niño inocente... ¿y en qué se habían convertido ese trabajo y ese amor? ¿Y pretendía cambiar completamente a un golfo de catorce años que despreciaba la vida y al mundo entero? ¿Qué se figuraba? Además Kienschäper jamás estaría de acuerdo...

Se volvió a mirar al durmiente. Pero ya no estaba allí, solo vio sus cosas a la sombra, en el lindero del bosque.

¡Pues qué bien!, se dijo. Acaba de evitarme cualquier decisión. ¡Se ha largado!

¡Tanto mejor!

Y empezó a cavar muy enfadada.

Sin embargo, un instante después descubrió a Kuno-Dieter al otro extremo del campo de patatas, arracando laboriosamente malas hierbas y apilando los haces al borde del sembrado. Ella se le acercó caminando por encima de los surcos.

—¿Ya has dormido a gusto? —le preguntó.

—No he *podío* pegar ojo —respondió—. *M'as atontao* con tus palabras. Tengo que pensar.

—Pues hazlo. Pero no vayas a creer que tienes que trabajar por mí.

—¡Por ti! —El chico concentró en esas dos palabras un desprecio inimaginable—. Estoy arrancando malas hierbas porque así pienso mejor y porque *m'apetece*. ¡Palabra! ¡Por ti! ¿*Quiés* decir que lo hago por ese par de bocadillos de cuatro perras?

Eva Kluge regresó a su trabajo con una sonrisa muda. Pues claro que lo hacía por ella, aunque no quisiera reconocerlo ni siquiera ante sí mismo. Ahora ya no tuvo la menor duda de que se iría con ella a mediodía, y ante eso todas las voces de exhortación y advertencia que resonaban en su interior perdieron importancia.

Terminó de trabajar antes de lo habitual. Regresó junto al chico y le dijo:

—Me voy a almorzar, Kuno. Si quieres, puedes acompañarme.

El chaval arrancó unas cuantas malas hierbas y luego miró el trozo limpio.

—He *limpiao* un buen trozo —constató, satisfecho—. Solo he *arrancao* las grandes, claro, a las pequeñas tendrás que darles con la azada, pero te cundirá más.

—Por supuesto —replicó ella—. Tú límitate a arrancar las malas hierbas grandes, que de las pequeñas me ocuparé yo.

El chico volvió a mirarla de reojo y ella se dio cuenta de que esos ojos azules también podían mirar con picardía.

—¿Eso ha *sío* una indirecta? —preguntó.

—Piensa lo que quieras —le contestó—. No tiene por qué serlo.

—Vale.

En el camino de regreso ella se detuvo junto a un arroyuelo que fluía impetuoso.

—No me gustaría llevarte al pueblo con el aspecto que tienes ahora, Kuno —le advirtió.

En el acto una arruga cruzó la frente del chico, que preguntó malhumorado:

—¿Es que te avergüenzas de mí?

—Por mí puedes venir tal como estás —le explicó Eva—. Pero si quieres vivir más tiempo en el pueblo, recuerda que aunque lleves allí cinco años y vayas siempre vestido como es debido, los campesinos no olvidarán nunca cómo llegaste a ellos. Dentro de diez años todavía dirán que llegaste hecho un cerdo. Como un vagabundo.

—*Tiés* razón —reconoció—. Así son esos fulanos. Entonces ve a por *to* lo necesario. Entretanto yo me lavaré un poco.

—Traeré jabón y cepillo —le comunicó antes de emprender, presurosa, el camino del pueblo.

Más tarde, mucho más tarde, ya de noche, cuando los tres ya habían cenado: Eva, el canoso Kienschäper y un Kuno-Dieter cambiado hasta resultar casi irreconocible, más tarde, pues, dijo Eva:

—Hoy tendrás que dormir en el pajar, Kuno. A partir de mañana me cederán la habitación pequeña, primero tienen que sacar todos los trastos. Te la dejaré muy bonita. Tengo bastantes muebles.

Kuno se limitó a mirarla.

—Eso *quíé* decir que ahora tengo que pirarme —comentó— porque los señores quieren estar a solas. Vale. Pero no pienso irme *toavía* a la cama, Eva, que no soy un bebé. Iré a echarle un vistazo al pueblucho este.

—Pero no vuelvas muy tarde, Kuno. ¡Y no fumes en el pajar!

—¡Pues claro que no! Ni que fuera lelo. Yo sería el primero en diñarla. Pues eso, que os divirtáis, jovencitos, como decía mi padre antes de hacerle un hijo a mi madre.

Y el señor Kuno-Dieter se marchó. Un espléndido producto de la educación nacionalsocialista.

Eva Kluge sonrió, un tanto preocupada.

—No estoy segura, Kienschäper —dijo— si he hecho bien en acoger en nuestra pequeña familia a esta alhaja. ¡Es un auténtico descarado, eso es lo que es!

—Pero Evi. —Kienschäper rio—, tú misma tienes que darte cuenta de que el chico está fanfarroneando. Solo pretende dárselas de mayor. Aunque sea soltando atrocidades. Y precisamente porque se da cuenta de que eres un poco melindrosa...

—¡Que voy a ser melindrosa! —protestó—. Pero si un chico de catorce años me cuenta que ya ha tenido dos amantes...

—... es que sí que eres melindrosa, Evi. Y además, ¿qué significan dos amantes, que seguro que no ha tenido, sino que, en el peor de los casos, lo han tenido a él? ¡No significa nada! Les ahorraré a tus oídos, Evi, la narración de todo lo que se traen entre manos los niños de este pueblo sencillo y piadoso cuando se reúnen. ¡Comparado con ellos, tu Kuno-Dieter es oro puro!

—¡Pero los niños no hablan de eso!

—Porque tienen mala conciencia. Pero él no, porque lo ve completamente natural, pues nunca ha visto ni oído otra cosa. Todo eso pasará con el tiempo. El chico es de buena pasta; dentro de medio año se pondrá colorado como un tomate cuando piense en todo lo que te dijo los primeros días. Y lo olvidará igual que su habla vulgar. ¿Te has dado cuenta de que es capaz de hablar con absoluta corrección? Solo que no quiere.

—Yo tengo mala conciencia, sobre todo contigo, Kienschäper.

—Pues no tienes por qué, Evi. El chico me cae bien, y ten la seguridad de que será como él desee: jamás se convertirá en un hitleriano adocenado. Acaso sea un tipo raro, pero nunca un hombre del Partido, sino siempre un solitario.

—¡Ojalá! —deseó Eva—. Me conformo con eso.

Y tuvo la confusa sensación de que con la salvación de Kuno-Dieter volvía a

compensar un poco las vilezas cometidas por Karl.

Capítulo 45

LA DESTITUCIÓN DEL COMISARIO ZOTT

El jefe de la comisaría de distrito dirigió la carta muy correctamente al señor comisario Zott de la Gestapo, Berlín. Pero eso no tuvo como consecuencia que llegase directamente a su destinatario, pues su superior, Prall, *Obergruppenführer* de las SS, la tenía en las manos cuando entró en el despacho del comisario.

—¿Pero qué significa esto, señor comisario? —preguntó Prall—. Aquí tengo otra de esas postales del Duende y grapada a ella una nota: «Siguiendo indicación telefónica del comisario Zott de la Gestapo, los detenidos han sido puestos en libertad». ¿Qué detenidos son esos? ¿Por qué no se me ha informado al respecto?

El comisario miró de soslayo a su superior a través de sus gafas:

—¡Ah, sí! ¡Ahora lo recuerdo! Sucedió anteayer o quizá un día antes. Ahora lo sé: fue el domingo. A última hora de la tarde. Entre las seis y las siete, mejor dicho, quería decir entre las dieciocho y las diecinueve horas, mi *Obergruppenführer*.

Y miró a su jefe, muy orgulloso de su excelente memoria.

—¿Y qué sucedió allí el domingo entre las dieciocho y las diecinueve horas? ¿Por qué hubo detenidos? ¿Por qué se les volvió a poner en libertad? ¿Por qué no se me informó de ello? Es muy tranquilizador que usted lo sepa, Zott, pero a mí también me gustaría saberlo.

Ese «Zott» a secas fue el primer cañonazo.

—¡Pero si se trata de una historia completamente banal! —El comisario de la policía científica hizo ademanes tranquilizadores con sus manitas de color amarillo legajo—. Un error de la comisaría. Esos detuvieron en calidad de autores o distribuidores de las postales a un par de infelices, un matrimonio, como es natural, otro disparate mayúsculo de la policía. ¡Un matrimonio, cuando sabemos que el hombre debe de vivir solo! Además, ahora lo recuerdo, el hombre era carpintero de profesión, cuando sabemos que tiene algo que ver con los tranvías.

—¿Quiere usted decir con eso, señor mío —respondió el *Obergruppenführer* conteniéndose a duras penas (y «el señor mío» fue el segundo disparo de esa guerra, mucho más duro)—, pretende decirme que ordenó la puesta en libertad de esa gente sin verlos siquiera, sin interrogarlos, tan solo porque eran dos en lugar de uno y porque el hombre afirmó ser carpintero? ¡Señor mío!

—Mi *Obergruppenführer* —contestó el comisario Zott levantándose—. Nosotros, los miembros de la policía científica, trabajamos de acuerdo con un plan determinado y no nos desviamos de él. Yo busco a un hombre que vive solo, relacionado con los tranvías, y no a un marido carpintero. Este no me interesa, por ese ni me molesto.

—¡Como si un carpintero no pudiera trabajar también para la compañía de

tranvías, reparando vagones, por ejemplo! —gritó Prall—. ¡Qué soberana estupidez!

Al principio Zott quiso hacerse el ofendido, pero el comentario acertado de su superior le dio que pensar.

—Es cierto —admitió, confuso—, desde luego no pensé en eso —se repuso—. Pero busco a un hombre que vive solo —insistió—. Y ese hombre está casado.

—¿Tiene idea de lo malas y canallas que pueden ser las mujeres? —gruñó Prall, que aún tenía algo más reservado—: ¡Y por casualidad, señor policía científico Zott —(el tercero y más duro disparo)—, por casualidad ¿tampoco ha pensado que esa postal fue depositada una tarde de verano cerca de la plaza Nollendorf, que pertenece a esa comisaría? ¿Se le habrá escapado también esta pequeña e insignificante circunstancia a su perspicacia de investigador?!

Esta vez el comisario Zott se quedó sinceramente consternado, su barba de chivo se contrajo y sus ojos oscuros y penetrantes parecieron velarse.

—¡Me siento profundamente abochornado, mi *Obergruppenführer*! Estoy consternado, ¿cómo ha podido sucederme eso? Ay, sí, me he metido en un callejón sin salida. He pensado siempre en esas estaciones del tranvía, me sentía tan orgulloso de ese descubrimiento. Demasiado orgulloso...

El *Obergruppenführer* miraba con ojos iracundos a ese hombrecillo que reconocía sus pecados con sincera aflicción, pero sin pedir perdón.

—Ha sido un error por mi parte, un grave error —prosiguió con vehemencia el comisario— haberme atrevido a asumir esta investigación. Yo solo sirvo para el trabajo silencioso en mi despacho, no para las pesquisas. Eso lo hace mi colega Escherich diez veces mejor que yo. Y encima he tenido la desgracia —continuó su confesión— de que uno de mis hombres, un tal Klebs, al que había encargado hacer pesquisas en uno de esos edificios, ha sido detenido. Por lo visto, según me han comunicado, participó en un robo, en el desvalijamiento de un dipsómano. Está gravemente herido, dicho sea de paso. Una historia muy fea. El hombre no mantendrá la boca cerrada en el juicio, dirá que lo enviamos allí...

El *Obergruppenführer* Prall temblaba de ira, pero la pesadumbre y la seriedad con las que hablaba Zott y la total indiferencia por su propio destino, lo obligaban a contenerse.

—¿Y cómo se figura usted que continuará el asunto, señor mío? —preguntó con frialdad.

—Se lo ruego, mi *Obergruppenführer* —rogó Zott alzando las manos en gesto de súplica—, se lo ruego, ¡reléveme! ¡Reléveme de este cometido porque no estoy a la altura! Vuelva a sacar del sótano al comisario Escherich, él lo hará mejor que yo...

—Espero —repuso Prall, que parecía no haber escuchado sus palabras—, espero que al menos anotaría la dirección de esos dos detenidos...

—¡Pues no! Seducido por mi idea favorita, he actuado con una ligereza imperdonable. Pero me pondré en comunicación con la comisaría, me proporcionarán las señas, intentaremos...

—¡Pues hágalo ya!

La conversación fue muy breve. El comisario comunicó al *Obergruppenführer*:

—Allí tampoco anotaron las direcciones. —Y al vislumbrar un gesto iracundo de su superior, agregó—: ¡La culpa es mía, solo mía! Tras hablar conmigo por teléfono consideraron el asunto definitivamente zanjado. Yo soy el único culpable de que ni siquiera se tomaran notas.

—¿Quiere decir que no disponemos de ninguna pista más?

—Sí.

—¿Y qué piensa usted de su comportamiento?

—Solicito que saquen del sótano al comisario Escherich y me detengan a mí en su lugar.

Durante un momento Prall miró al hombrecillo en silencio. Después dijo, temblando de ira:

—¿Sabe que lo enviaré a un campo de concentración? ¿Se atreve a plantearme semejante propuesta sin temblar ni llorar de miedo? ¡Está usted hecho de la misma pasta que los rojos, los bolcheviques! Ellos confiesan su culpa, pero parecen enorgullecerse de ella.

—Yo no me enorgullezco, pero estoy dispuesto a asumir las consecuencias de mis actos. Y confío en hacerlo sin temblar ni sollozar.

El *Obergruppenführer* Prall sonrió despectivo al escuchar estas palabras. Había visto esfumarse la dignidad de mucha gente bajo los golpes de los hombres de las SS. Pero también había contemplado la mirada de algunos torturados, esa mirada que en medio de todos los sufrimientos traslucía una superioridad fría, casi sarcástica. Y el recuerdo de esa mirada hizo que, en lugar de gritar y golpear, se limitase a decir:

—Manténgase en esta habitación a mi disposición. Primero he de redactar un informe.

El comisario Zott inclinó la cabeza en gesto de aprobación, y el *Obergruppenführer* Prall se marchó.

Capítulo 46

EL COMISARIO ESCHERICH, LIBRE DE NUEVO

El comisario Escherich ha sido repuesto en su cargo. El que había sido dado por muerto ha resucitado a la vida desde los sótanos de la Gestapo. Un poco deteriorado y apabullado, pero se sienta de nuevo en su despacho y sus colegas se apresuran a expresarle sus simpatías. Siempre han creído en él. Les habría gustado hacer por él todo lo que estuviera en su mano.

—Solo que, ya sabes, cuando la dirección suprema jode a alguien, ninguno de nosotros puede hacer nada. Te quemarías las patas. Bueno, Escherich, tú sabes de sobra todo eso y lo comprendes.

Escherich asegura que lo comprende todo. Tuerce la boca en una sonrisa que parece desdichada, seguramente porque Escherich aún no ha aprendido a sonreír debido a la falta de algunas piezas dentales en la boca.

Solo dos peroratas lo han impresionado tras ser repuesto en el cargo. Una, de labios del comisario Zott.

—Colega Escherich —le dijo—, no seré enviado al sótano en su lugar, a pesar de que lo merecería diez veces más que usted. No solo por los errores que he cometido, sino porque me he comportado con usted como un cerdo. Mi única disculpa es que pensé que no hacía bien su trabajo...

—Vamos, no hablemos más de eso —contestó Escherich con su sonrisa mellada—. Hasta ahora en el caso Duende todos hemos trabajado mal: usted, yo, todos. Es curioso, siento verdadera curiosidad por conocer a ese hombre cuyas postales tanta desgracia han traído sobre sus semejantes. Tiene que ser un pájaro extraño...

Miró al comisario, pensativo.

Este le tendió su mano amarillenta como un legajo.

—No piense muy mal de mí, Escherich —musitó—. Y una cosa más: he esbozado la nueva teoría de que el autor tiene algo que ver con los tranvías. La encontrará usted en el expediente. Por favor, no la pierda totalmente de vista en el curso de sus investigaciones. Me sentiría muy feliz si al menos ese punto de mis reflexiones fuese certero. ¡Se lo ruego!

Y tras estas palabras, el comisario Zott desapareció hacia su apartado y tranquilo despacho, totalmente enfrascado en sus teorías.

La segunda perorata memorable la pronunció, como es natural, el *Obergruppenführer* Prall.

—¡Escherich! —exclamó alzando la voz—. ¡Comisario Escherich! ¿Se siente completamente bien?

—¡Por supuesto! —respondió el comisario.

Estaba de pie detrás de su escritorio, involuntariamente mantenía las manos con los pulgares muy apretados pegadas al pantalón, según había aprendido abajo, en la celda. Por mucho que intentase disimularlo, el comisario temblaba. Sus ojos atentos estaban centrados en su superior. Este hombre le daba miedo, un miedo incontrolable a ser enviado de nuevo al sótano en cualquier momento.

—Pues si se siente completamente bien, Escherich —prosiguió Prall, consciente del efecto que provocaban sus palabras—, también podrá trabajar, ¿no?

—Puedo trabajar, mi *Obergruppenführer*.

—Y si puede trabajar, Escherich, también podrá capturar al Duende. ¿Podrá hacerlo, verdad?

—Sí, mi *Obergruppenführer*.

—En el menor tiempo posible, Escherich.

—En el menor tiempo posible, mi *Obergruppenführer*.

—Ve usted, Escherich —dijo Prall, indulgente, disfrutando del pavor que despertaba en su subordinado—. ¡Qué bien sientan unas pequeñas vacaciones en el sótano! ¡Así me gusta ver a mis hombres! ¿Ya no se siente muy superior a mí, señor Escherich?

—No, mi *Obergruppenführer*, seguro que no. ¡A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*!

—Ya no piensa que es usted el perro más astuto de toda la Gestapo y que todos los demás son una mierda. Ya no lo piensa, ¿verdad, Escherich?

—¡A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*, no, ya no lo pienso!

—¿Lo ve, Escherich? —prosiguió el *Obergruppenführer*, dándole en broma un fuerte capirotazo en la nariz a Escherich, que retrocedió asustado—, y si alguna vez vuelve a sentirse muy listo o si incurre en la arbitrariedad o si cree que el *Obergruppenführer* Prall es un miserable cretino, dígamelo a tiempo. Entonces, antes de que la cosa empeore demasiado, le prescribiré un pequeño tratamiento en el sótano. ¿Qué me dice?

El comisario Escherich se limitaba a clavar los ojos en su superior. Ahora lo habría percibido hasta un ciego, tanto temblaba el comisario.

—¿Qué pasará, Escherich, me avisará si alguna vez vuelve a sentirse el más listo?

—¡A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*!

—¿O si no progresa el trabajo, para que le meta un poco de prisa?

—¡A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*!

—Entonces estamos de acuerdo, Escherich.

De pronto el augusto personaje, sorprendentemente, tendió la mano a su muy humillado subalterno.

—Escherich, me alegro de verlo de nuevo en su puesto. Confío en que reanudaremos nuestra excelente colaboración. ¿Cuál será su próximo paso?

—Solicitar a los funcionarios de la comisaría de la plaza Nollendorf una descripción personal exacta. ¡Y al fin la recibiremos! El hombre que interrogó a los

dos acusados quizá recuerde el apellido, aunque sea vagamente. Proseguir las pesquisas de mi colega Zott...

—Bien, bien. Por algo hay que comenzar. Quiero un informe diario...

—¡A sus órdenes, mi *Obergruppenführer*!

Esta fue la segunda charla, tras ser repuesto en el cargo, que causó cierta impresión al comisario Escherich. Por lo demás, tras cerrársele el agujero del diente, ya no se le notaba nada más de sus pasadas experiencias. Los colegas pensaron incluso que la simpatía de Escherich había aumentado. Esto se debía a que había perdido por completo su tono de burlona superioridad. Ya no podía sentirse superior a nadie.

El comisario Escherich trabaja, hace informes, realiza interrogatorios, pergeña descripciones personales, lee expedientes, telefonea... Escherich trabaja como de costumbre. Pero aunque nadie le nota nada y aunque confía en poder volver a hablar algún día con su superior Prall sin temblar, Escherich sabe que nunca volverá a ser el que era. Ya solo es una máquina de trabajar; pero se trata de un trabajo rutinario. Con el sentimiento de superioridad ha desaparecido también el gusto por el trabajo, la vanidad era el abono que hacía madurar sus frutos.

Escherich siempre se sintió a salvo. Siempre creyó que nada podía sucederle. Suponía que era una persona muy distinta a las demás. Pero tuvo que renunciar a todos esos autoengaños en cuestión de segundos, cuando Dobat, el hombre de las SS, le dio un puñetazo en la boca y aprendió lo que era el miedo. En pocos días Escherich aprendió tan a fondo lo que era el miedo, que ya no lo olvidaría en toda su vida. Sabe que puede tener el aspecto que quiera, puede alcanzar lo imposible, puede ser honrado y celebrado... pero sabe que no es nada. Un puñetazo puede convertirlo en una nulidad, en un ser lloriqueante, tembloroso, aterrado, no mucho mejor que el pequeño, apestoso y cobarde carterista con el que compartió celda durante días y cuyas oraciones recitadas de carrerrilla aún resuenan en sus oídos. No mucho mejor. ¡Nada mejor!

Pero una cosa mantiene todavía en pie al comisario Escherich: pensar en el Duende. Todavía tiene que atrapar a ese tipo; después, por él, que suceda lo que tenga que suceder. Tiene que mirar a los ojos a ese hombre que se ha convertido en la causa de su desdicha. Le dirá a la cara a ese fanático cuánta desgracia, cuánta preocupación, cuánta necesidad ha arrojado sobre numerosas personas. Destrozará a ese enemigo oculto en la oscuridad.

¡Ojalá lo tuviera ya en sus manos!

Capítulo 47

EL LUNES INFAUSTO

Ese lunes, que tan funesto sería para los Quangel; ese lunes, ocho semanas después de que Escherich hubiera sido repuesto en su cargo; ese lunes, en el que Emil Barkhausen fue condenado a dos años de cárcel, y Klebs, la rata, a uno; ese lunes en que Baldur Persicke llegó por fin desde su Napola a Berlín y visitó a su padre en la clínica para alcohólicos; ese lunes, en que Trudel Hergesell cayó por las escaleras de la estación de Erkner sufriendo como consecuencia un aborto; ese lunes fatal, pues, Anna Quangel yacía en la cama con una fuerte gripe. Tenía mucha fiebre. A su lado se sentaba Otto Quangel, el médico se había ido. Discutían sobre si él debía repartir las postales ese día o no.

—¡No volverás a ir, lo acordamos firmemente, Otto! ¡Las postales pueden esperar hasta mañana o pasado mañana, para entonces ya podré levantarme!

—Quiero sacarlas de casa, Anna.

—Entonces lo haré yo. —Y se incorporó en su lecho.

—Te quedarás acostada —le ordenó empujándola de nuevo contra las almohadas—. No seas tonta, Anna. He colocado cien, doscientas postales...

En ese momento sonó el timbre.

Se sobresaltaron, asustados como ladrones sorprendidos en pleno robo. Quangel guardó rápidamente las postales hasta entonces depositadas sobre la colcha.

—¿Quién será? —preguntó Anna temerosa.

Y él:

—¿A estas horas? ¡Son las once de la mañana!

—¿Habrá sucedido algo en casa de los Heffke? —conjeturó la mujer—. ¿O habrá regresado el doctor?

El timbre sonó de nuevo.

—Iré a ver —murmuró él.

—No —le pidió ella—. Quédate aquí sentado. Si hubiéramos estado fuera de casa con las postales, también habría llamado en vano.

—Solo quiero echar un vistazo, Anna.

—No, no abras, Otto. Te lo ruego. Tengo un presentimiento. Si abres la puerta, la desgracia entrará en esta casa.

—Iré sin hacer ruido y primero te informaré.

Y fue.

Anna yacía furiosa e impaciente. ¡Que no cediera nunca, que jamás pudiera satisfacer uno de sus ruegos! Su marido se equivocaba; fuera acechaba la desgracia, él no se daba cuenta, pero estaba allí. ¡Y ni siquiera cumple su palabra! Lo oye abrir

la puerta y hablar con un hombre. Y eso que le había prometido que la informaría.

—Bueno, ¿qué pasa? ¡Di algo, Otto! Sabes que me muero de impaciencia. ¿Quién es ese hombre? Todavía no ha salido de casa.

—No es nada preocupante, Anna. Solo es un mensajero de la fábrica. El jefe de taller del turno de mañana ha sufrido un accidente y tengo que ir ahora mismo a sustituirlo.

Ella vuelve a reclinarse en las almohadas, más tranquila.

—¿Y lo harás?

—Pues claro.

—¡Pero si no has comido!

—Ya tomaré algo en la cantina.

—Al menos llévate un trozo de pan.

—Sí, sí, Anna, no te preocupes por nada. Siento mucho dejarte sola en la cama tanto tiempo.

—Bueno, de todos modos habrías tenido que marcharte a la una.

—Inmediatamente después haré mi propio turno.

—¿Está esperando el hombre?

—Sí, me iré con él enseguida.

—No tardes, Otto. ¡Y coge el tranvía!

—Claro, Anna. ¡Que te mejores!

Se disponía a marcharse, cuando ella lo llamó:

—Ay, Otto, por favor, dame un beso.

Él regresó, un poco asombrado y avergonzado por esa necesidad de ternura, tan infrecuente entre ellos. Apretó sus labios sobre la boca de ella. La mujer atrajo con fuerza su cabeza y lo besó con toda su alma.

—Qué tonta soy, Otto. Tengo miedo. Debe de ser cosa de la fiebre. ¡Anda, vete ya!

Así se separaron. Nunca volverían a verse como personas libres. En la precipitación de la partida, ninguno de los dos recordó las postales que llevaba en el bolsillo.

Pero el viejo jefe de taller las recuerda en el acto mientras viaja en el tranvía con su acompañante. Mete la mano en el bolsillo... ¡ahí están! Se siente descontento de sí mismo, habría debido recordarlo. Habría preferido dejarlas en casa o apearse ahora mismo del tranvía para depositarlas en cualquier edificio. Pero no encuentra ningún pretexto plausible para su acompañante. Así que tiene que llevarse las postales a la fábrica, algo que jamás ha hecho hasta entonces, y nunca habría debido hacer... pero ya es demasiado tarde.

Está en el retrete. Tiene las postales en las manos, desea romperlas, tirar de la cadena... y su mirada cae sobre esas líneas escritas con tanto esfuerzo durante tantas horas: le parecen vigorosas, eficaces. Sería una pena destruir un arma semejante. Su sentido del ahorro, su «sucia avaricia» le impiden destruirlas, pero también su respeto

al trabajo; todos los frutos del trabajo son sagrados. Es un pecado destruir el trabajo en vano.

Pero no puede dejar las postales en la chaqueta, que también lleva en el taller. Así que las mete en la cartera, con el pan y el termo de café. Otto Quangel sabe de sobra que la cartera tiene una costura descosida en un lado, hace semanas la llevó al guarnicionero. Pero este, sobrecargado de trabajo, gruñó que la reparación tardaría al menos dos semanas. Quangel no quiso prescindir de la cartera durante tanto tiempo, y la verdad es que tampoco se le ha caído nada fuera todavía. Así que coloca las postales dentro con despreocupación.

Cruza el taller dirigiéndose a las taquillas, despacio, mirando a un lado y a otro. Es un personal nuevo, apenas reconoce una cara conocida, en ocasiones saluda con una inclinación de cabeza. Una vez también echa una mano. La gente lo mira curiosa, muchos lo conocen: Ah, sí, ese es el viejo Quangel, un tipo raro, pero su personal nunca echa pestes de él, es justo, eso hay que reconocérselo. Qué va, es un tirano, exprime a su gente hasta la última gota. Que no, que nadie de su personal reniega nunca contra él. Qué pinta tan rara tiene, debe de tener bisagras en la cabeza, por eso inclina la cabeza de ese modo tan extraño. Callad, que vuelve, y ese odia a muerte los chismorreos, fulmina con la mirada a todo el que charla.

Otto Quangel ha guardado la cartera en la taquilla, las llaves están en su bolsillo. Bien, once horas después las postales habrán salido de la fábrica, y aunque entonces sea de noche se librarán de ellas, no puede regresar a casa con ellas. Anna es capaz de levantarse solo para llevárselas.

Con este personal nuevo Quangel no puede ocupar su habitual puesto de observación en el centro del taller... ¡no paran de dar la matraca y chismorrear! Se ve obligado a pasar de grupo en grupo, pero sus integrantes aún no saben lo que significan su silencio y su mirada fija; algunos tienen incluso la desfachatez de intentar enredar al jefe en una conversación. Le cuesta un buen rato que el trabajo vaya como la seda, como él está acostumbrado, hasta que los obreros se calman y comprenden que allí lo único que hay que hacer es trabajar.

Quangel se dispone a situarse en su puesto de vigilancia cuando su pie se detiene. Su mirada se dilata, una sacudida lo recorre: una de sus dos postales yace, tirada ante él, en el suelo del taller cubierto de serrín y virutas.

Los dedos se le contraen, quiere recoger inmediatamente la postal a escondidas y dos pasos más allá divisa la otra. Es imposible recogerlas sin que lo vean. Siempre hay alguno de los trabajadores mirando al nuevo jefe, y por lo que respecta a las mujeres tampoco dejan de observarlo, como si no hubieran visto a un hombre en su vida.

¡Bah, las recogeré, tanto si lo ven como si no! ¡A ellos ni les va ni les viene! No, no puedo hacerlo, la postal tiene que llevar aquí tirada un cuarto de hora, es un milagro que aún no la haya recogido alguien. Pero a lo mejor ya la ha visto alguno y ha vuelto a tirarla a toda prisa al leer su contenido. ¡Mira que si ese me ve recoger la

postal y guardármela!

¡Peligro! ¡Peligro!, grita una voz en su interior. ¡Peligro extremo! ¡Deja tiradas las postales! Haz como si no las hubieras visto, deja que las encuentre otro. ¡Ve a tu puesto!

Pero de repente a Otto Quangel le sucede algo extraño. Lleva mucho tiempo, dos años, escribiendo y repartiendo postales... pero nunca ha presenciado el efecto que causan. Se ha limitado a vivir siempre en su oscura guarida; se lo ha imaginado cientos de veces, pero nunca ha visto el torbellino que deben de provocar...

¡Me gustaría presenciarlo una vez, una sola vez! ¿Qué puede sucederme? Aquí soy uno más de ochenta trabajadores, todos tan sospechosos como yo, más aún, porque todos me conocen como un viejo que es una fiera trabajando, alejado de toda política. Me arriesgaré, tengo que presenciarlo una vez.

Y antes de pensárselo bien, llama a un trabajador:

—¡Eh, tú! ¡Recoge eso! Debe de haberlo perdido alguien. ¿Qué es? ¿Qué miras con esa cara de bobo?

Arrebata al trabajador de la mano una de las postales y finge leerla. Pero ahora no es capaz de leer su propia letra del tamaño de letras de imprenta. Le resulta imposible apartar la vista del rostro del trabajador que contempla fijamente la postal. El hombre tampoco lee ya, pero su mano tiembla, su mirada denota miedo.

Quangel lo mira de hito en hito. Así que miedo, puro miedo. El hombre ni siquiera ha terminado de leer la postal, apenas ha pasado de la primera línea cuando el temor se ha apoderado de él.

Unas risas ahogadas obligan a Quangel a prestar atención. Alza la vista y ve que la mitad del taller los mira fijamente, dos hombres parados en medio del trabajo, leyendo postales... ¿O perciben ya que ha sucedido algo espantoso?

Quangel arrebata al otro la postal de la mano. Este juego tiene que jugarlo solo, el hombre está tan asustado que ya no es capaz de nada.

—¿Dónde está el delegado del Frente del Trabajo? ¿Es el de los pantalones de pana que está junto a la aserradora? ¡Bien! Vuelve al tajo y nada de charlas, o lo pasarás mal.

—Oye —dice Quangel al hombre que está junto a la aserradora—, sal un momento conmigo al pasillo, que quiero entregarte algo.

Y cuando los dos están fuera:

—Mira estas dos postales. Las ha recogido el hombre situado al fondo. Yo lo he visto. Creo que debes llevarlas a Dirección. ¿Qué te parece?

El otro lee. También se limita a leer un par de frases.

—¿Qué es esto? —pregunta asustado—. ¿Estaban tiradas en nuestro taller? ¡Ay, Dios mío, esto puede costarnos la cabeza! ¿Quién dices que las ha recogido? ¿Tú lo has visto?

—Yo le dije que las recogiera. Puede que haya sido el primero en verlas. ¡Puede!

—¡Ay, Dios mío! ¿Y qué voy a hacer yo con estos chismes? ¡Qué mierda! Las

arrojaré al retrete.

—Tienes que entregarlas en Dirección o te considerarán culpable. El hombre que las ha encontrado no mantendrá la boca cerrada siempre. Anda, ve enseguida, yo te sustituiré entretanto en la sierra.

El hombre se marcha, vacilante. Las postales, en su mano, parecen abrasar sus dedos.

Quangel regresa al taller. Pero no puede ponerse inmediatamente junto a la aserradora: todo el taller es presa de la inquietud. Nadie sabe nada concreto, pero sí que ha sucedido algo. Juntan las cabezas, cuchichean, y esta vez la mirada fija de pájaro y el silencio del jefe no sirven para restablecer la calma. Tiene que hacer algo que no ha hecho desde hace años: despotricar en voz alta, amenazar con castigos, fingir enfado.

Y cuando en un rincón del taller se hace el silencio, mayor ruido se levanta en el otro, y cuando todo vuelve a funcionar más o menos bien, descubre que dos, tres máquinas no están completamente ocupadas: ¡la banda está en el retrete! Allí los descubre y uno tiene el descaro de preguntarle:

—¿Qué es lo que estaba leyendo antes, jefe? ¿Era de verdad una octavilla de los ingleses?

—¡A trabajar! —gruñe Quangel y conduce a los mozos por delante de él hacia el taller.

Allí retornan las habladurías. Se han congregado en pequeños grupos, reina una agitación inédita. Quangel tiene que ir de un lado a otro, renegando, amenazando, insultando... Tiene la frente cubierta de sudor...

Al mismo tiempo no para de pensar: Así que este es el primer efecto. Puro miedo. Tanto, que ni siquiera siguen leyendo. Pero eso no quiere decir nada. Aquí se sienten observados. Mis postales casi siempre las ha encontrado una persona que ha podido leerlas con calma, meditarlas, de manera que han surtido un efecto completamente distinto. He hecho un experimento estúpido. Ya veremos cómo termina. En realidad, es bueno que yo, como jefe, haya encontrado y entregado las postales, eso me eximirá. No, no he arriesgado nada. Aunque efectúen un registro domiciliario en mi casa, no encontrarán nada. Anna se llevará un buen susto, claro... pero no, antes del registro yo estaré allí y prepararé a Anna... las 14 horas y 2 minutos... ya debería ser el cambio de turno, ahora viene el mío.

Pero de cambio de turno, nada. En el taller no resuena la campanilla, el personal de relevo (el auténtico personal de Quangel) no aparece, las máquinas siguen zumbando. Ahora la gente se inquieta de verdad, las cabezas se juntan cada vez más, se consultan los relojes.

Quangel tiene que renunciar a poner fin a su cháchara, pero es un hombre contra ochenta y ya no lo consigue.

De repente, aparece un hombre de las oficinas, un caballero distinguido con los pantalones perfectamente planchados y el distintivo del Partido. Tras situarse al lado

de Quangel, grita en medio del estruendo de las máquinas:

—¡Que todos los trabajadores presten atención!

Todos los rostros se vuelven hacia él con curiosidad, expectación, pesadumbre, rechazo, indiferencia.

—Por motivos especiales el personal continuará trabajando por el momento. ¡Se pagarán horas extraordinarias!

Se detiene y todos clavan los ojos en él. ¿Eso es todo? ¿Por motivos especiales? ¡Ellos esperan más!

Pero se limita a gritar:

—Que todo el personal continúe trabajando.

Y dirigiéndose a Quangel:

—Jefe, encárguese de que reinen un silencio y una laboriosidad absolutos. ¿Quién ha recogido esas postales?

—Yo he sido el primero que las ha visto, creo.

—Ya lo sé. Entonces, ¿fue ese de ahí? Bien, sabrá usted su nombre, ¿no?

—No. No pertenece a mi personal.

—Ya lo sé. Ah, informe además al personal de que por el momento queda prohibido ir a los lavabos y abandonar el taller. Detrás de cada puerta hay dos guardias...

El hombre del pantalón perfectamente planchado saluda a Quangel con una ligera inclinación de cabeza y se marcha.

Quangel pasa de un puesto de trabajo a otro. Durante un instante observa la labor y las manos del trabajador. Después repite:

—Por el momento queda prohibido ir a los lavabos y abandonar el taller. Detrás de cada puerta hay dos guardias...

Y antes de que ellos puedan preguntar más, ya se encuentra en el siguiente puesto de trabajo, donde repite el mensaje.

No, ahora ya no necesita prohibirles hablar ni espolearlos. Todos trabajan en silencio y con ahínco. Todos perciben el peligro que se cierne sobre ellos. Porque entre esos ochenta no hay nadie que no haya faltado al respeto al Estado actual de algún modo y en algún momento, aunque solo sea con una palabra. Todos se sienten amenazados. La vida de cada uno de ellos está en peligro. Todos tienen miedo...

Pero entretanto construyen ataúdes. Apilan en un rincón del taller los que no pueden ser trasladados al exterior. Al principio solo son un par, pero con el correr de las horas comienzan a apilarse unos encima de otros, crecen hasta el techo, y apilan los nuevos a su lado. ¡Ataúdes y más ataúdes, para cada miembro del personal, para cada integrante del pueblo alemán! Todavía viven, pero ya están fabricando sus ataúdes.

Quangel está entre ellos. Continúa moviendo la cabeza a intervalos. Él también ventea el peligro, pero se ríe de él. A él no lo atraparán nunca. Se ha permitido una broma, ha enloquecido a todo el aparato, pero él es Quangel, el viejo tonto poseído

por la avaricia. Jamás sospecharán de él. Y proseguirá su lucha sin desmayo.

Hasta que la puerta se abre de nuevo y aparece el caballero de los pantalones impecablemente planchados. Le sigue otro hombre, alto y bamboleante, con un bigote de color arena que se acaricia con ternura.

Inmediatamente cesa el trabajo en todos los puestos.

El hombre de las oficinas grita:

—¡A todo el personal! ¡Fin del trabajo!

Los hombres, liberados y sin embargo incrédulos, abandonan sus herramientas...

Mientras, lentamente, la luz reaparece en sus ojos embotados...

El hombre alto de bigote claro dice:

—Jefe de taller Quangel, queda detenido por sospecha fundada de alta traición a la patria. Camine delante de mí sin llamar la atención.

Pobre Anna, piensa Quangel, y camina despacio, la cabeza de perfil de pájaro muy alta, precediendo al comisario Escherich para salir del taller.

Capítulo 48

LUNES, EL DÍA DEL COMISARIO ESCHERICH

El comisario Escherich había trabajado rápido y sin errores.

Apenas recibió por teléfono la noticia de que en un taller de la fábrica de muebles Krause & Co. donde trabajaban ochenta obreros se habían encontrado dos postales, lo supo: era el momento que esperaba desde hacía tiempo, el Duende había cometido por fin el error tan largamente esperado. ¡Ahora lo atraparía!

Cinco minutos después había pedido los hombres suficientes para bloquear todo el terreno de la fábrica y se encaminaba hacia ella a toda velocidad en el Mercedes conducido por el propio *Obergruppenführer*.

Pero mientras Prall era partidario de sacar de inmediato del taller a los ochenta hombres e interrogarlos uno por uno hasta que la verdad saliera a la luz, Escherich había dicho:

—Necesito ahora mismo una lista de todos los trabajadores del taller con sus domicilios. ¿Cuánto tardarán en proporcionármela?

—Cinco minutos. ¿Qué hacemos con los trabajadores? Su jornada laboral finaliza dentro de cinco minutos.

—Cuando termine el turno, que les digan que deben seguir trabajando. No es necesario mencionar los motivos. Apostaremos una pareja de policías en cada puerta del taller. Nadie saldrá de él. Encárguese de que todo esto se haga con la mayor discreción posible, hay que evitar intranquilizarlos.

Y cuando el oficinista entra con la lista:

—El autor de las postales tiene que vivir en la calle Chodowiecki, Jablonski o Christburger. ¿Cuál de los ochenta vive allí?

Revisan la lista: ¡Ninguno! ¡Ninguno!

De nuevo la suerte parecía querer salvar a Otto Quangel. Él trabajaba en otro equipo y no figuraba en la lista.

El comisario Escherich avanzó el labio inferior, volvió a echarlo hacia atrás de prisa y se mordió con fuerza dos, tres veces el bigote que momentos antes había acariciado. Estaba completamente seguro de su teoría y ahora se sentía muy desilusionado.

Pero aparte del maltrato a su amado bigote, tampoco dejó traslucir su decepción y dijo con frialdad:

—Ahora revisaremos la situación personal de cada uno de los trabajadores. ¿Quién de ustedes puede proporcionar datos precisos? ¿Es usted el jefe de personal? Excelente, entonces comencemos: Abeking, Hermann... ¿Qué se sabe de este hombre?

Avanzaban con infinita lentitud. Al cabo de hora y cuarto solo habían llegado a la letra H.

El *Obergruppenführer* Prall fumaba cigarrillos que apagaba enseguida. Se iniciaban conversaciones en susurros que se extinguían a las pocas frases. Tamborileaba con los dedos marchas militares en los cristales de la ventana. De repente dijo con dureza:

—¡Todo esto me parece una estupidez! Sería mucho más fácil...

El comisario Escherich ni siquiera levantó la vista. Ya no le tenía miedo a su superior. Tenía que encontrar a ese hombre, pero reconocía ante sí mismo que el fracaso con las calles le molestaba mucho. Prall podía impacientarse cuanto quisiera, que él no pensaba embarcarse en un interrogatorio masivo.

—Continúe, por favor.

—Kämpfer, Eugen, este es el jefe de taller.

—Disculpe, pero no. Esta mañana a las nueve se hirió la mano en la cepilladora. Hoy lo sustituye el jefe de taller Quangel.

—Bien, sigamos: Krull, Otto...

—Le ruego de nuevo que me disculpe: el jefe de taller Quangel no figura en la lista del señor comisario.

—¡Deje de molestar continuamente! ¿Cuánto tiempo vamos a pasar todavía aquí? ¡Quangel, ese viejo idiota, queda descartado por completo!

Pero Escherich, en cuyo interior se avivó una chispa de esperanza, pregunta:

—¿Dónde vive el tal Quangel?

—Tendremos que consultarlo, porque no pertenece a este equipo.

—¡Pues consúltelo de una vez! Y dese un poco de prisa, ¿vale? ¡Yo había solicitado una lista completa!

—Por supuesto que lo consultaremos. Pero le aseguro, señor comisario, que ese Quangel es un viejo casi completamente chocho que, además, lleva muchos años trabajando en nuestra empresa. Conocemos a ese hombre perfectamente...

El comisario esbozó un gesto de desdén. Sabía cuántos errores cometen personas que creen conocer de cabo a rabo a sus congéneres.

—¿Y bien? —preguntó impaciente al joven oficinista, que entraba nuevamente—. ¿Qué hay?

El joven contestó, no sin solemnidad:

—El jefe de taller Quangel vive en la calle Jablonski número...

Escherich se levantó de un salto. Con una agitación por completo inusitada en él, exclamó:

—¡Ya está! ¡Ya tengo al Duende!

Y el *Obergruppenführer* Prall gritó:

—¡Traigan aquí a ese cerdo! ¡Y después, duro con él, a apretarle las tuercas sin contemplaciones!

La agitación era generalizada.

—¡Quangel! Quién lo habría pensado... ¿Quangel? Ese viejo idiota... es imposible. Pero fue el primero que encontró las postales. ¡Una gran muestra de habilidad teniendo en cuenta que él mismo las dejó allí! Pero ¿quién es tan idiota como para tenderse una trampa a sí mismo? ¿Quangel...? ¡Imposible!

Y por encima de todas, la voz vociferante de Prall.

—¡Traigan aquí a ese cerdo! ¡Y duro, duro con él!

El comisario Escherich fue el primero en recobrar la calma.

—Perdón, mi *Obergruppenführer*, una palabra más. Me permito sugerir que efectuemos primero un pequeño registro domiciliario en la vivienda del tal Quangel.

—¿A qué viene tanta ceremonia Escherich? ¡Después es posible que el tipo se nos escape!

—¡De esta madriguera, ya no saldrá nadie! Pero ¿y si en su domicilio encontramos alguna prueba palpable de su culpabilidad que imposibilite cualquier negativa? ¡Eso nos ahorraría mucho trabajo! ¡Ahora es el momento adecuado! Ahora que ese hombre y su familia ignoran que sospechamos de él...

—¡Cuánto más fácil sería retorcerle despacio el pescuezo hasta que confesase! En fin, de acuerdo: de paso atraparemos también a la mujer. Pero se lo advierto, Escherich, como entretanto ese tipo cometa aquí alguna tontería, tirarse a una máquina o algo parecido, volveré a machacarlo. ¡Quiero ver a ese tipo ahorcado!

—Y lo verá. Mandaré que vigilen continuamente al tal Quangel a través de la puerta. El trabajo continuará, caballeros, hasta nuestro regreso... creo que dentro de una hora más o menos...

Capítulo 49

LA DETENCIÓN DE ANNA QUANGEL

Después de la marcha de Otto Quangel, Anna cayó en un estado de cavilación y estupor del que salió de pronto, sobresaltada. Tanteó la colcha de la cama buscando las dos postales, pero no las encontró. Reflexionaba, pero no acertaba a recordar si Otto se las había llevado. No, al contrario, ahora volvía a recordar con exactitud que ella misma pensaba llevárselas mañana o pasado... así lo habían acordado.

Por tanto ¡las postales tenían que estar en casa! Comienza, pues, la búsqueda, helada o abrasada por la fiebre. Pone la casa patas arriba, rebusca entre la ropa, se mete debajo de la cama. Respira con esfuerzo, a veces se sienta en el borde de la cama, incapaz de continuar. Se envuelve en la colcha y se queda mirando absorta, en ese momento ha olvidado por completo las postales. Pero enseguida vuelve a deshabilitarse sobresaltada y reanuda la búsqueda.

Así transcurren las horas hasta que suena el timbre. Se sorprende. ¿Ha sonado el timbre? ¿Quién puede haber llamado? ¿Quién desea algo de ella?

Y cae en un nuevo letargo febril del que la arranca bruscamente el segundo timbrado. Esta vez el timbre repiquetea mucho tiempo, su estridencia reclama su atención. Luego golpean la puerta con los puños. Oye gritos:

—¡Abran la puerta! ¡Policía! ¡Abran inmediatamente!

Anna Quangel sonrío y se tumba de nuevo en la cama, apretando con fuerza la colcha en torno a su cuerpo. ¡Que llamen al timbre y griten hasta quedarse roncos! Está enferma y no está obligada a abrir. Que vuelvan en otro momento o cuando esté Otto. Ella no abrirá.

Más timbrados, gritos, porrazos...

¡Menudos idiotas! ¡Como si fuera a abrir por eso! ¡Anda y que los zurzan!

En el estado febril en que se encuentra no piensa ni en la falta de las postales ni en el peligro que entraña esa visita policial. Solo se alegra de estar enferma y de no verse obligada a abrir.

Pero después, como es natural, aparecen en la habitación: son cinco o seis hombres... habrán mandado llamar a un cerrajero o habrán abierto la puerta con una ganzúa. No tenía puesta la cadena, al estar enferma no la echó tras la marcha de Otto. Precisamente ese día... porque la cadena siempre estaba puesta.

—¿Se llama usted Anna Quangel? ¿Es usted la mujer del jefe de taller Otto Quangel?

—Sí, señor. Veintiocho años ya.

—¿Por qué no ha abierto al oír nuestros timbrados y llamadas?

—Porque estoy enferma, señor. Tengo gripe.

—¡Deje ya de hacer teatro! —interrumpe a voces un gordo vestido con un uniforme negro—. ¡Usted está tan enferma como mi culo, no hace más que fingir!

El comisario Escherich hace a su superior una seña apaciguadora. Hasta un niño sería capaz de ver que esa mujer está realmente enferma. Y a lo mejor es bueno que lo esté: mucha gente se va de la lengua durante la fiebre. Mientras sus hombres comienzan a registrar la vivienda, el comisario se dirige a la mujer. Toma su mano caliente y dice compasivo:

—Señora Quangel, lamento traerle una mala noticia...

Se interrumpe.

—¿Cuál? —pregunta la mujer, en absoluto asustada.

—He tenido que detener a su marido.

La mujer sonríe. Anna Quangel se limita a sonreír y, sin perder la sonrisa, sacude la cabeza y dice:

—Nooo, señor, no me venga con esas. A Otto no lo detiene nadie, es un hombre decente. —E inclinándose hacia el comisario, susurra—: ¿Sabe lo que pienso, querido señor? Que todo esto es un sueño. Porque tengo fiebre. Gripe, ha dicho el doctor, y con fiebre se sueñan estas cosas. Estoy soñando todo esto: usted y ese gordo vestido de negro y ese caballero que está ahí junto a la cómoda rebuscando entre mi ropa. Nooo, querido señor, usted no ha detenido a Otto, lo estoy soñando.

El comisario Escherich dice también en susurros:

—Señora Quangel, ahora también está soñando con las postales. Porque usted sabe lo de las postales escritas por su marido, ¿verdad?

La fiebre no ha confundido tanto los sentidos de Anna Quangel como para no prestar atención a la palabra «postales». Se estremece. Durante un instante sus ojos, dirigidos hacia el comisario, vuelven a estar muy claros y despiertos. Pero después, sacudiendo la cabeza, dice con otra sonrisa:

—¿Qué postales? ¡Mi marido no escribe postales! Cuando aquí se escribe algo soy yo quien lo hace. Pero hace ya mucho tiempo que no escribimos a nadie. Desde que mi hijo cayó no hemos vuelto a escribir. ¡Querido señor, usted sueña al afirmar que mi Otto ha escrito postales!

El comisario se ha percatado de su estremecimiento, pero este no constituye todavía una prueba. Así que dice:

—¿Lo ve usted? Y desde que su hijo cayó, escriben las postales, ustedes dos. ¿Es que ya no recuerda la primera? —Y repite con cierta solemnidad—: «Madre: el Führer ha matado a mi hijo. El Führer también asesinará a tus hijos, no se detendrá ni siquiera cuando haya llevado el luto a todos los hogares del mundo...».

Ella escucha. Sonríe.

—Eso lo ha escrito una madre —afirma—. ¡Eso no lo ha escrito mi Otto, usted sueña!

El comisario insiste.

—Eso lo ha escrito Otto, y tú se lo has dictado. ¡Reconócelo!

—No, señor —niega sacudiendo la cabeza—. Yo no puedo dictar algo así, no me da la cabeza para ello...

El comisario se levanta y sale del dormitorio. En el cuarto de estar comienza a buscar con sus hombres útiles de escritura. Encuentra un frasquito de tinta, pluma y plumín, que contempla con atención, y una postal. Regresa con todo junto a Anna Quangel.

Entretanto el *Obergruppenführer* Prall la ha interrogado, a su manera. Prall está firmemente convencido de que todos esos aspavientos de gripe y fiebre no son más que paparruchas, que la mujer finge. Pero aunque estuviera enferma de verdad, sus métodos de interrogatorio no cambiarían un ápice. Agarra por los hombros a Anna Quangel, haciéndole daño de verdad, y comienza a sacudirla. Su cabeza choca contra el cabecero de madera de la cama. Mientras la levanta veinte o treinta veces, apretándola luego contra la almohada, le grita iracundo:

—¿Quieres seguir mintiendo, vieja cerda comunista? ¡Te-digo-que-no-mientas! ¡No-mientas!

—¡No! —balbucea la mujer—. ¡Deténgase!

—¡Di que has escrito las postales! ¡Dilo-ahora-mismo! ¡O-te-aplastaré-los-sesos, cerda roja!

Y a cada palabra estrella su cabeza contra el cabecero de la cama.

El comisario Escherich, con los útiles de escritura en la mano, observa desde la puerta sonriendo. ¡De modo que así son los interrogatorios del *Obergruppenführer*! Como siga cinco minutos más, la mujer será incapaz de prestar declaración durante cinco días por lo menos. Entonces ninguna tortura, por refinada que sea, le devolverá la conciencia.

Pero durante unos momentos quizá tampoco sea tan malo. Que se asuste un poco, que sienta dolores, y tanto más deprisa se aferrará a él, el hombre educado.

Cuando Prall ve aparecer al comisario junto a la cama, interrumpe sus sacudidas y dice con un tono a medio camino entre la disculpa y el reproche:

—Es usted demasiado blando con las mujeres, Escherich. ¡A estas hay que zurrarlas hasta que canten!

—Por supuesto, mi *Obergruppenführer*, claro que sí. Pero ¿me permite que muestre algo a la mujer?

Se dirige a la enferma, que ahora yace en la cama jadeando con esfuerzo y con los ojos cerrados.

—Señora Quangel, preste atención.

Ella parece sorda.

El comisario la agarra y la incorpora con sumo cuidado.

—Así —dice, hablándole con suavidad—. Y ahora, abra los ojos.

Anna obedece. Escherich ha calculado muy bien: tras las sacudidas y las amenazas, la voz amable y educada le suena agradable.

—Acaba de decirme que en su domicilio nadie ha escrito nada desde hace mucho

tiempo. Pero fíjese en esta pluma. Acaban de escribir con ella, acaso hoy o ayer, la tinta adherida está todavía muy fresca. ¡Vea, puedo rascarla con la uña!

—Yo no entiendo nada de eso —rechaza la señora Quangel—. Tendrá usted que preguntar a mi marido, yo no entiendo nada de eso.

El comisario Escherich la mira de hito en hito.

—¡Entiende usted muy bien, señora Quangel! —dice endureciendo el tono—. ¡Solo que no quiere entender, porque sabe que ya se ha delatado!

—Aquí no escribimos ninguno de los dos —repite, obstinada, la mujer.

—Y a su marido no necesito preguntarle nada —prosigue el comisario—, porque ya lo ha confesado todo. Él escribió las postales y usted se las dictó...

—Bueno, pues si Otto lo ha confesado, no hay más que hablar —replica Anna.

—¡Sacúdele un buen sopapo en los morros a esta carroña desvergonzada, Escherich! —interrumpe de pronto a voz en grito el *Obergruppenführer*—. ¡Qué descaro, engañarnos así!

Pero el comisario, en lugar de propinar un sopapo en los morros a la carroña desvergonzada, informa:

—Hemos pillado a su marido con dos postales en el bolsillo. ¡No ha podido negarlo!

Cuando la señora Quangel oye lo de las dos postales, que ha buscado durante tanto tiempo en medio de la fiebre, vuelve a estremecerse. Así que se las ha llevado él, y eso que habían acordado que ella las repartiría mañana o pasado. Eso no ha estado bien por parte de Otto.

Ha tenido que pasar algo con las postales, piensa con esfuerzo. Pero Otto no ha confesado nada, o no estarían aquí interrogándome y rebuscando por todas partes. Sino que...

—¿Por qué no traen aquí a Otto? —pregunta en voz alta—. Yo no sé qué es eso de las postales. ¿Por qué iba a escribir él postales?

Y se recuesta del todo, la boca y los ojos cerrados, firmemente decidida a no pronunciar ni una palabra más.

El comisario Escherich baja la vista hacia la mujer, meditabundo. Se da cuenta de que está exhausta. De momento no hay nada que hacer con ella. Se gira un momento, llama a dos de sus hombres y ordena:

—Acuesten a la mujer en esa otra cama de enfrente y después registren con todo cuidado esta. Por favor, mi *Obergruppenführer*, sígame.

Quiere tener fuera de la habitación a su superior, no quiere presenciar otro interrogatorio al estilo de Prall. Es muy posible que en los próximos días necesite a toda costa a esa mujer, entonces deberá tener algo de fuerza y la mente despejada. Además, parece pertenecer a esas personas no precisamente numerosas cuyo empecinamiento aumenta con las amenazas físicas. Seguro que de ella no se saca nada a base de golpes.

Al *Obergruppenführer* no le gusta alejarse de esa mujer. Le habría encantado

enseñarle a esa vieja puta lo que pensaba de ella. Habría preferido descargar sobre ella toda su furia por esa historia equivocada del Duende. Pero estando ya en la habitación esos dos fisgones... Además, esa misma noche la vieja bruja ingresará en los sótanos de la calle Prinz-Albrecht, entonces podrá hacer con ella lo que se le antoje.

—Pero detendrá a esa vieja, ¿verdad, Escherich? —preguntó en el cuarto de estar.

—Por supuesto —contestó el comisario mirando, distraído, a sus hombres, que desdoblaban y volvían a doblar con pedante minuciosidad cada prenda de ropa, atravesaban con largas agujas los cojines del sofá y golpeaban las paredes; luego añadió—: Pero primero he de procurar prepararla para el interrogatorio. Con tanta fiebre solo comprende las cosas a medias. Antes debe comprender que está en peligro de muerte. Entonces le entrará miedo...

—¡Ya le enseñaré yo lo que es el miedo! —gruñó el *Obergruppenführer*.

—No de ese modo... en cualquier caso primero hace falta que desaparezca la fiebre —opinó Escherich, para interrumpirse después—: Pero ¿qué tenemos aquí?

Uno de sus hombres estaba ocupado con los escasos libros alineados en un pequeño estante. Al sacudir uno, algo blanco cayó revoloteando hasta el suelo.

El comisario fue el más rápido. Recogió el trozo de papel.

—¡Una postal! —exclamó—. ¡Una postal comenzada y a medio escribir! —Y leyó en voz alta—: «¡Führer, ordena, nosotros te seguiremos! Sí, nos hemos convertido en un rebaño de ovejas que nuestro Führer puede conducir hasta el matadero. Hemos renunciado a pensar...».

Bajó la postal y miró a su alrededor.

Todos lo miraban.

—¡Ya tengo la prueba! —gritó el comisario Escherich con un punto de orgullo—. Tenemos al autor. Su culpabilidad ha quedado probada de manera fehaciente, no ha sido una confesión obtenida por la fuerza, no, es una clara prueba de investigación. ¡Ha valido la pena esperar tanto tiempo!

Miró a su alrededor. Sus ojos pálidos brillaban. Su momento, el momento esperado durante tanto tiempo, había llegado. Recordó entonces el largo camino que había recorrido hasta llegar allí. Desde la primera postal que había recibido con risueña indiferencia, hasta esta que sostenía en su mano. Pensó en la creciente marea de postales, en las banderitas rojas que proliferaban de día en día, recordó también al pequeño Enno Kluge.

Volvió a estar con él en la celda de la comisaría, sentado a su lado junto a las aguas oscuras del lago Schlachtensee. Después sonó un tiro, y se creyó totalmente cubierto. Se vio a sí mismo, dos hombres de las SS lo tiraban escaleras abajo, sangrando, aniquilado, mientras un pequeño carterista se arrastraba de rodillas invocando a la santísima Virgen. Muy vagamente recordó también al comisario Zott... pobre hombre, su teoría de las estaciones del tranvía había resultado errónea.

Fue el momento del orgullo para el comisario Escherich. Consideró que había

merecido la pena ser paciente y soportar tantas cosas. Lo tenía, tenía a su Duende, como lo había llamado en broma al principio, aunque llegó a convertirse en un Duende de verdad: casi hace zozobrar la nave de la existencia de Escherich. Pero ahora lo había apresado, la caza había terminado, el juego había concluido.

El comisario Escherich alzó la vista como si acabase de despertar. Dijo con voz imperiosa:

—La mujer será trasladada en una ambulancia. Que la acompañen dos hombres, usted responde de ella ante mí, Kimmel, nada de interrogatorios, prohibición absoluta de hablar con nadie. Avise de inmediato a un médico. La fiebre tiene que haber desaparecido en tres días, dígaselo, Kimmel.

—A sus órdenes, comisario.

—Los demás volverán a ordenar la vivienda, debe quedar impecable. ¿En qué libro estaba esta postal? ¿Un libro de fabricación y reparación de aparatos de radio? Bien, pues coloque dentro la postal justo donde estaba. Dentro de una hora tiene que estar todo ordenado, porque entonces regresaré con el autor. Ninguno de ustedes permanecerá aquí. ¡Nada de guardias! ¿Entendido?

—A sus órdenes, comisario.

—¿Nos vamos ya, mi *Obergruppenführer*?

—¿No quiere enseñarle a la mujer la postal que ha encontrado, Escherich?

—¿Para qué? Ahora, con la fiebre, no reaccionaría bien, y a mí solo me interesa el marido. Wrede, ¿ha visto en algún sitio las llaves de la puerta de entrada?

—Sí, en el bolso de la mujer.

—Traiga... gracias. Bien, entonces vámonos, mi *Obergruppenführer*.

Abajo, junto a su ventana, el juez del Tribunal Cameral Fromm seguía con la vista a los que se marchaban en coche mientras meneaba la cabeza de un lado a otro. Más tarde vio cómo introducían la camilla con la señora Quangel en una ambulancia; pero por la pinta de los acompañantes comprendió que el vehículo no se dirigía a un hospital corriente.

—Uno detrás de otro —dijo en voz baja el consejero jubilado Fromm—. Uno detrás de otro. El edificio se vacía. Los Rosenthal, los Persicke, Barkhausen, Quangel... casi me he quedado solo aquí. La mitad del país encierra a la otra mitad, esto ya no puede durar mucho. Bueno, yo al menos continuaré viviendo aquí, a mí no me encerrarán...

Sonríe y asiente con la cabeza.

—Cuanto peor, mejor. ¡Antes acabará esto!

Capítulo 50

LA CONVERSACIÓN CON OTTO QUANGEL

Al comisario Escherich no le había sido muy fácil persuadir al *Obergruppenführer* Prall de que lo dejara solo con Otto Quangel durante el primer interrogatorio. Pero al final lo consiguió.

Cuando en compañía del jefe de taller subía las escaleras hasta su vivienda, ya había oscurecido. Alumbraba la luz de la escalera. Quangel encendió la luz al entrar en el cuarto de estar. Se dirigió al dormitorio.

—Mi mujer está enferma —murmuró.

—Su mujer ya no está aquí —le comunicó el comisario—. Se la han llevado. Siéntese aquí, a mi lado...

—Mi mujer tiene mucha fiebre... gripe... —murmuró Quangel.

Se le notaba que la noticia de la ausencia de su mujer lo había trastornado mucho. La rígida indiferencia que había mostrado hasta entonces había desaparecido.

—Un médico se encarga de su mujer —dijo tranquilizador el comisario—. Creo que la fiebre habrá desaparecido dentro de dos o tres días. He ordenado que venga una ambulancia para trasladarla.

Por primera vez Quangel examinó con más atención al hombre que tenía delante. Su inmóvil ojo de pájaro se posó largamente en el comisario. Después Quangel inclinó la cabeza, asintiendo.

—Ambulancia —repitió—. Un médico... eso está bien. Se lo agradezco. Es lo correcto. No es usted una mala persona.

El comisario aprovechó su oportunidad.

—No somos tan malos, señor Quangel, como a menudo se dice de nosotros —aseguró—. Hacemos todo lo posible para aliviar la situación de los detenidos. Porque solo queremos averiguar si existe delito. Ese es nuestro negocio, igual que el suyo es fabricar ataúdes...

—Sí —respondió Quangel con voz dura—. Sí, fabricante y suministrador de ataúdes, así es.

—¿Quiere usted decir —inquirió Escherich con ligero tono burlón— que yo suministro el contenido de los ataúdes? ¿Tan negro ve su caso?

—Yo no tengo ningún caso.

—Oh, sí, un poco sí. Observe por ejemplo esta pluma, Quangel. Sí, es la suya. La tinta aún está fresca. ¿Qué ha escrito usted hoy o ayer con esta pluma?

—Tuve que firmar algo.

—¿Qué, señor Quangel?

—Tuve que extender un volante de asistencia médica, para mi mujer. Porque mi

mujer está enferma, tiene gripe...

—Su mujer me ha dicho que usted no escribe jamás. Que todo lo que ustedes escriben es obra de ella, eso me ha contado.

—Lo que le ha dicho mi mujer es rigurosamente cierto. Ella lo escribe todo. Pero ayer tuve que hacerlo yo, porque ella tenía fiebre. Ella no lo sabe.

—Vea además, señor Quangel —continuó el comisario—, cómo raspa el plumín. Es una pluma nueva, pero ya raspa. Lo hace porque tiene usted una mano muy pesada, señor Quangel. —Depositó sobre la mesa las dos postales halladas en el taller—. Observe: la primera está escrita con suma facilidad. Pero en la segunda, ¿ve usted?, aquí... y aquí... y también en esta B..., ahí ha arañado el plumín. ¿Qué me dice, señor Quangel?

—Esas son las postales que yacían en el suelo del taller —le comunicó Quangel con indiferencia—. Yo le dije al de la chaqueta azul que las recogiese. Y él obedeció. Eché un vistazo a las postales y después se las entregué inmediatamente al delegado del Frente del Trabajo, que se marchó con las postales. Ya no sé nada más de ellas.

Quangel pronunció esas frases despacio y con voz monótona, con lengua torpe, como un hombre viejo y algo limitado.

El comisario preguntó:

—Pero, señor Quangel, reconocerá que esta segunda postal ha sido escrita al final con un plumín, ¿no?

—Yo no entiendo nada de eso. No soy, por así decirlo, un escriba, como dice la Biblia.

Durante un momento reinó en la estancia absoluto silencio. Quangel miraba la mesa abstraído, con el rostro casi sin expresión.

El comisario escudriñaba al hombre. Estaba firmemente convencido de que no era tan lento ni tan torpe como aparentaba, pero sí tan agudo como su cara y tan rápido como su ojo. El comisario consideró que su primera tarea consistía en sonsacar de ese hombre toda su agudeza a base de astucia. Quería hablar con el sagaz escritor de postales, no con ese viejo jefe de taller embrutecido por el trabajo.

Al cabo de un rato, Escherich preguntó:

—¿Qué libros son los del estante?

Quangel alzó la vista despacio, miró un momento al otro y después giró la cabeza poco a poco, hasta que vio el estante.

—¿Esos? Pues el libro de misa de mi mujer y su Biblia. Los demás deben de ser los libros de mi hijo, el caído. Yo no leo libros, no tengo ninguno. Nunca he sabido leer bien...

—Por favor, deme el cuarto libro por la izquierda, señor Quangel, el de tapas rojas.

Quangel sacó despacio el libro de la fila y lo trasladó a la mesa con sumo cuidado, como si fuera un huevo crudo, depositándolo delante del comisario.

—*Fabricación y reparación de aparatos de radio* de Otto Runge —leyó en voz

alta el comisario—. ¿Qué, Quangel, no se le ocurre nada al ver este libro?

—Es un libro de mi hijo Otto, el caído —contestó Quangel despacio—. Le gustaban las radios. Era conocido, los talleres se peleaban por él, conocía todos los circuitos...

—¿Y no se le ocurre nada más, señor Quangel, al ver este libro?

—Pues no. —Quangel sacudió la cabeza—. Yo no sé nada de nada. No leo libros.

—¿Y si hubiera guardado algo en su interior? ¡Abra el libro, señor Quangel!

El libro se abrió justo en el lugar en el que estaba la postal. Quangel clavó los ojos en las palabras: «Führer, ordena, nosotros te obedeceremos...».

¿Cuándo había escrito eso? Debió de ser hace tiempo, mucho tiempo. Muy al principio. Pero ¿por qué no terminó de escribirla? ¿Por qué la postal estaba dentro del libro de su hijo Otto?

Lentamente fue recordando la primera visita de su cuñado Ulrich Heffke. Entonces ocultaron de prisa la postal, y él siguió tallando la cabeza de su hijo. ¡Escondida y olvidada, tanto por él como por Anna!

¡Ese era el peligro que siempre había percibido! Ese era el enemigo en la oscuridad al que no había conseguido ver, pero siempre había sentido. Ese fue el error que había cometido, que no había podido tener en cuenta...

¡Te han pillado!, dijo una voz en su interior. Te has jugado la cabeza... por tu propia culpa. Estás perdido.

¿Habrá confesado algo Anna? Seguro que le han enseñado la postal. Pero a pesar de todo habrá negado, la conozco, y lo mismo haré yo. Aunque Anna tenía fiebre...

El comisario inquirió:

—Bueno, Quangel, ¿no dice nada? ¿Cuándo escribió esa postal?

—No sé nada de la postal —contestó—. Yo no sé escribir ese tipo de cosas, tengo pocas luces.

—¿Y cómo ha ido a parar la postal al libro de su hijo? ¿Quién la ha metido ahí?

—¡Y yo qué sé! —respondió Quangel con tono casi grosero—. A lo mejor ha sido usted mismo o uno de sus hombres. A menudo se oye que fabrican pruebas donde no las hay.

—La postal se ha encontrado dentro de este libro en presencia de varios testigos intachables. Su esposa también estaba presente.

—¿Y qué dijo mi mujer?

—Cuando encontraron la postal, confesó en el acto que ella dictaba y usted escribía. Vamos, Quangel, no sea testarudo. Simplemente confiese. Si confiesa ahora, no me dirá nada que yo no sepa. Pero aliviará su situación y la de su mujer. Si no confiesa, tendré que llevarlo a la Gestapo, y nuestros calabozos no son muy bonitos...

Al recordar lo que él mismo había vivido en ese sótano, la voz del comisario tembló un poco.

Pero se contuvo y prosiguió.

—Si confiesa, lo entregaré en el acto al juez instructor. Entonces iré a Moabit, allí

lo tratarán bien, igual que a todos los demás presos.

Mas a pesar de las palabras del comisario, Quangel persistió en sus mentiras. Porque Escherich acababa de cometer un error que el sagaz Quangel había captado al instante. La torpeza y los informes de sus superiores habían impresionado tanto a Escherich que no consideraba a Quangel el autor de las postales. Él era solo el que las escribía, su mujer se las dictaba...

Pero el hecho de que lo repitiera demostró a Quangel que Anna no había confesado. Ese fulano se lo había inventado.

Siguió negando una y otra vez.

Al final, Escherich interrumpió el infructuoso interrogatorio en la vivienda y se dirigió con Quangel a la calle Prinz-Albrecht. Ahora confiaba que un entorno diferente, con el despliegue de los hombres de las SS, todo ese aparato amenazador intimidaría a ese hombre sencillo, facilitando la labor de persuasión.

Estaban en el despacho del comisario y Escherich situó a Quangel ante el plano de Berlín con sus banderitas rojas.

—Fíjese, señor Quangel. Cada banderita simboliza una postal. Están en el lugar exacto donde fueron halladas. Si observa ahora esos lugares —dio unos golpecitos con el índice— verá banderitas por todas partes, pero ninguna aquí. Porque esta es la calle Jablonski, donde usted vive. Como es natural, en ella no dejó usted ninguna postal, allí es demasiado conocido...

Pero Escherich se dio cuenta de que Quangel ni siquiera lo escuchaba. Al ver el plano de la ciudad, al hombre lo había acometido una extraña e incomprensible agitación. Sus ojos brillaban, sus manos temblaban. Casi con timidez preguntó:

—Son un montón de banderitas, ¿cuántas pueden ser?

—Se lo diré con absoluta precisión —contestó el comisario, que ahora había comprendido lo que perturbaba al hombre—. Son 267 banderitas, 259 postales y 8 cartas. ¿Cuántas escribió usted en total, Quangel?

El hombre callaba, pero ahora su silencio ya no era fruto de la obstinación, sino de la agitación interna.

—Y tenga en cuenta una cosa más, señor Quangel —continuó el comisario, al darse cuenta de su ventaja—, todas estas cartas y postales nos han sido entregadas voluntariamente. Nosotros no hemos encontrado ni una. La gente venía con ellas corriendo, como si les quemasen. Les faltaba tiempo para librarse de ellas, la mayoría ni siquiera las leyó...

Quangel seguía callado, pero su rostro temblaba. En su interior se libraba una lucha formidable; la mirada del ojo inmóvil, perspicaz, ahora llameaba, se desviaba, bajaba hacia el suelo y volvía a alzarse, fascinada, hacia las banderitas.

—Y otra cosa, señor Quangel: ¿ha pensado alguna vez cuánto miedo y problemas causó usted a la gente con esas postales? Porque la gente se moría de miedo, algunas personas fueron detenidas, y me consta con certeza que una se suicidó por culpa de esas postales...

—¡No, no! —gritó Quangel—. ¡Yo nunca quise eso! ¡Nunca se me pasó por la cabeza! Yo deseaba que las cosas mejoraran, que la gente supiera la verdad, que la guerra terminase cuanto antes, que cesara de una vez esta degollina... ¡eso es lo que yo quería! ¡Esa pobre gente... y yo la hice más pobre aún! ¿Quién fue el que se suicidó?

—Bah, un pequeño holgazán, apostador en las carreras de caballos, carece de importancia, no se apene usted por él.

—Todos son importantes. Se me pedirán cuentas por su sangre.

—Ve usted, señor Quangel —dijo el comisario al hombre sombrío que estaba a su lado—. Acaba de confesar su delito sin darse cuenta.

—¿Mi delito? Yo no he cometido ningún delito, al menos no lo que usted dice. Mi delito es haberme considerado demasiado listo, querer hacerlo solo, a pesar de saber que un individuo no es nada. No, yo no he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme, pero el método elegido para llevarlo a cabo ha sido equivocado. Por eso merezco el castigo y por eso moriré de buen grado...

—Bueno, la cosa tampoco será tan grave —comentó el comisario consolador.

Quangel no lo escuchaba. Ensimismado, dijo:

—Lo cierto es que nunca he pensado de verdad en las personas, pues de lo contrario lo habría sabido.

—¿Sabe cuántas postales y cartas ha escrito en realidad? —preguntó Escherich.

—276 postales y nueve cartas.

—En ese caso han quedado sin entregar dieciocho.

—Dieciocho escritos, eso es mi trabajo de más de dos años, eso es toda mi esperanza. ¡Dieciocho escritos pagados con la vida, pero dieciocho al fin y al cabo!

—Quangel, no crea que esos dieciocho escritos pasaron de mano en mano —le advirtió el comisario—. No, esos fueron encontrados por personas tan pringadas que no se atrevieron a entregar las postales. También el efecto de esos dieciocho mensajes fue nulo, nosotros jamás oímos una palabra sobre su supuesta influencia en la gente...

—¿Así que no he conseguido nada?

—Pues no, no ha conseguido nada, al menos lo que usted quería. ¡Alégrese, Quangel, seguro que eso se considerará un atenuante! ¡A lo mejor se libra con quince o veinte años de cárcel!

Quangel se estremeció.

—¡No! —clamó—. ¡No!

—Pero en realidad ¿qué se figuraba, Quangel? ¿Pretendía usted, un sencillo obrero, luchar contra el Führer, que tiene el respaldo del Partido, del Ejército, de las SS, de las SA? ¿Contra el Führer, que ha derrotado ya a medio mundo y que dentro de uno o dos años habrá vencido al último de nuestros enemigos? ¡Eso es ridículo! ¡Usted debió decirse de antemano que eso no podía salir bien! Es como si un mosquito quisiera luchar contra un elefante. ¡No puedo comprenderlo, usted es una

persona razonable!

—No, usted no lo entenderá nunca. Da igual que solo luche uno o diez mil; cuando alguien se da cuenta de que tiene que luchar, lucha, sea solo o acompañado. Yo tenía que luchar, y siempre volvería a hacerlo. Solo que de un modo distinto, completamente diferente.

Volvió a dirigir hacia el comisario su mirada tranquila.

—Por cierto, mi mujer no ha tenido nada que ver con esto. ¡Tiene que ponerla en libertad!

—Está mintiendo, Quangel. Su mujer dictó las postales, ella misma lo ha confesado.

—¡Ahora es usted el que miente! ¿Tengo pinta de hombre que deja que su mujer le dicte? Seguramente la acusará además de haber urdido todo el asunto. Pero fui yo, yo solo. Se me ocurrió a mí, yo escribí las postales, yo las repartí, yo reclamo el castigo. ¡Ella no! ¡Mi mujer, no!

—Ha confesado...

—Ella no ha confesado nada. ¡No quiero volver a oír semejantes mentiras! No vuelva a hablarme mal de mi mujer.

Durante un instante los dos quedaron frente a frente, el hombre de descarnada cabeza de pájaro y mirada dura y el comisario gris, incoloro, de bigote dorado como un panecillo y ojos claros.

Después Escherich bajó la vista y añadió:

—Ahora haré entrar a alguien, redactaremos un pequeño informe. Espero que mantenga su declaración...

—La mantengo.

—¿Comprende entonces con claridad lo que le espera? ¿Una elevada pena de prisión, quizá la muerte?

—Sí, sé lo que he hecho. Y confío en que también usted sepa lo que hace, señor comisario.

—¿Qué es lo que hago?

—Usted trabaja para un asesino, al que suministra continuamente nuevas presas. Lo hace por dinero, tal vez ni siquiera cree en ese hombre. No, seguro que no cree en él. Solo por dinero...

De nuevo se enfrentaron en silencio, y de nuevo, al cabo de un rato, el comisario bajó los ojos, vencido.

—Entonces me voy —dijo casi cohibido—, y traeré a un escribiente.

Salió.

Capítulo 51

EL COMISARIO ESCHERICH

Hacia la medianoche, el comisario Escherich todavía se encuentra, o para ser exactos, vuelve a encontrarse en su despacho sentado y completamente hundido, pero a pesar del abundante alcohol que ha ingerido no ha olvidado la espantosa escena en la que se ha visto obligado a participar.

Esta vez su augusto superior, el cabrón asqueroso y siniestro de Prall, no ha traído una Cruz al Mérito Militar para su exitoso, eficaz, querido comisario, pero sí una invitación a una pequeña celebración del triunfo. Allí se sentaron juntos, bebieron abundante armañac en vasos no precisamente pequeños, jactándose de haber atrapado al Duende, y entre aplausos generalizados el comisario Escherich tuvo que leer en voz alta el informe con la confesión de Quangel...

¡Un trabajo de investigación esforzado y cuidadoso arrojado a los cerdos!

Pero después, cuando todos ellos estaban de verdad muy borrachos, se inventaron una diversión extra. Armados con botellas y vasos bajaron a la celda de Quangel, y el comisario se vio obligado a acompañarlos. Querían ver a ese pájaro extravagante, a ese demente que había tenido el descaro de luchar contra el Führer.

Encontraron a Quangel debajo de su manta, profundamente dormido en su camastro. Un rostro extraño, pensó Escherich, que ni siquiera en sueños se relajaba, que siempre parecía igual de hermético y preocupado, estuviese despierto o dormido. Pero en ese momento el hombre estaba sumido en un profundo sueño...

Ellos, como es natural, no lo dejaron dormir. Lo despertaron a golpes obligándolo a levantarse del catre. Se quedó ante esas personas de uniformes negros y plata con una camiseta demasiado corta, una camiseta que ni siquiera cubría su desnudez, una figura ridícula... ¡si no se miraba su cabeza!

Entonces se les ocurrió la idea de bautizar al viejo Duende y derramaron una botella de aguardiente encima de su cabeza. El *Obergruppenführer* Prall pronunció un discurso breve y graciosamente beodo sobre el Duende, sobre ese cerdo al que pronto le llegaría su San Martín, y al final del discurso estrelló su vaso de aguardiente en la cabeza de Quangel.

Fue una señal para los demás y todos rompieron sus vasos de licor en la cabeza del viejo. Armañac y sangre corrieron por su rostro. Pero mientras sucedía todo eso, a Escherich le pareció que entre los arroyos de sangre y licor Quangel lo miraba fijamente a él, y casi creía oír sus palabras: ¡Así que esta es la causa justa por la que asesinas! ¡Estos son tus verdugos! Así sois. Sabes muy bien lo que haces. Yo moriré por delitos que no he cometido, pero tú vivirás... ¡así de justa es tu causa!

Después ellos descubrieron que el vaso de Escherich permanecía intacto. Le

ordenaron romperlo en la cabeza de Quangel. Prall se vio obligado a ordenárselo dos veces con enorme dureza —«Ya sabes, Escherich, que te daré una buena si no obedeces»—, antes de que Escherich estrellara su vaso contra la cabeza de Quangel. Tuvo que golpear cuatro veces con su mano temblorosa antes de que se rompiera, y durante todo el rato sintió sobre sí la mirada dura y sarcástica de Quangel, que presenció su humillación en silencio. Esa figura ridícula con una camiseta demasiado corta había sido más fuerte y digna que sus torturadores. Y a cada golpe que el comisario Escherich propinaba, desesperado y atemorizado, le parecía que golpeaba los cimientos de su propio Yo, que un hacha removía las raíces del árbol de su vida.

Entonces Otto Quangel se desplomó de repente, y ellos lo dejaron tirado sobre el suelo desnudo de la celda, inconsciente y sangrando. También prohibieron a la guardia ocuparse de ese cerdo, y subieron de nuevo para seguir empujando el codo, para continuar la celebración como si hubieran logrado quién sabe qué victoria heroica.

Ahora el comisario Escherich está de nuevo sentado en su despacho. Frente a él, en la pared, cuelga todavía el mapa con las banderitas rojas. Está completamente abatido, pero aún piensa con claridad.

Sí, el mapa está concluido. Mañana será retirado. Y pasado mañana colgaré otro y perseguiré a un nuevo Duende. Y a otro más. Y a otro. ¿Qué sentido tiene todo eso? ¿Para eso estoy en este mundo? Así será, pero entonces no entiendo nada, entonces no existe la inteligencia ni la cordura. Entonces da completamente igual lo que haga...

Se me pedirán cuentas por su sangre... ¡cómo lo dijo! ¡Y a mí por la suya! No, también tengo sobre mí la sangre de Enno Kluge, ese patético debilucho al que sacrifiqué para entregar a este hombre a una pandilla de borrachos. Este no gimoteará como el pequeñajo en el embarcadero, este morirá como es debido...

¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? Un nuevo caso, y si el eficaz Escherich no tiene tanto éxito como espera el *Obergruppenführer* Prall, me enviará de nuevo al calabozo. Y finalmente llegará el día en que me mandarán abajo y ya no me dejarán subir. ¿Vivo para esperar eso? No, cuando Quangel llama asesino a Hitler y a mí su proveedor, tiene razón. A mí siempre me ha dado igual quién gobernaba el timón, por qué se libraba esta guerra, con tal de poder dedicarme a mi negocio habitual, la caza de seres humanos. Y cuando los atrapaba, me daba igual lo que fuera de ellos...

Pero ahora no me da igual. Estoy tan harto de esto, me asquea suministrar nuevas presas a esos individuos; me asquea desde que atrapé a Quangel. Cómo estaba ahí quieto, mirándome. La sangre y el licor corrían por su rostro, pero él me miraba a mí. ¡Esto lo has hecho tú, decía su mirada, tú me has traicionado! ¡Ay, si aún fuera posible, sacrificaría a diez Enno Kluge para salvar a este único Quangel, sacrificaría este edificio entero para liberarlo! Si todavía fuera posible, me marcharía de aquí, haría algo parecido a lo de Otto Quangel, mejor ideado, pero me gustaría luchar.

Sin embargo, es imposible, ellos no me dejan, a eso lo denominan deserción. Me

traerían aquí y me arrojarían de nuevo al sótano. Y mi carne grita cuando la atormentan, sí, soy cobarde. Soy cobarde como Enno Kluge, no valiente como Otto Quangel. Cuando el *Obergruppenführer* Prall me grita, tiemblo y temblando cumplo lo que me ordena. Rompo mi vaso de licor en la cabeza del único hombre decente, pero cada golpe es un puñado de tierra sobre mi ataúd.

El comisario Escherich se levantó despacio. Una sonrisa de desamparo se dibujaba en su rostro. Fue hacia la pared, escuchó. Ahora, después de medianoche, en el gran edificio de la calle Prinz-Albrecht reinaba el silencio. Solo el paso del centinela por el pasillo, de acá para allá...

Tampoco tú sabes por qué caminas de acá para allá, pensó Escherich. Algún día comprenderás que has malgastado tu vida...

Cogió el plano, lo arrancó de la pared. Numerosas banderitas cayeron al suelo, tintineando con sus alfileres. Escherich arrugó el plano y lo tiró con ellas.

—¡Se acabó! —exclamó—. ¡Punto y final! ¡Fin del caso Duende!

Regresó despacio a su escritorio, abrió un cajón e inclinó la cabeza en gesto de asentimiento.

—Aquí estoy, posiblemente soy el único hombre al que ha convertido Otto Quangel con sus postales. Pero no te sirvo de nada, Otto Quangel, no puedo continuar tu obra. Soy demasiado cobarde para eso. ¡Tu único seguidor, Otto Quangel!

Sacó de prisa la pistola y disparó.

Esta vez sin temblar.

El centinela que se precipitó hacia el despacho solo encontró un cadáver casi sin cabeza detrás del escritorio. Las paredes estaban salpicadas de sangre y sesos, de una lámpara colgaba, sucio y hecho trizas, el bigote rubio claro del comisario Escherich.

El *Obergruppenführer* Prall se enfureció.

—¡Deserción! ¡Todos los civiles son unos cerdos! ¡Todo el que no viste un uniforme debe estar en el calabozo o detrás del alambre de espino! ¡Pero espera, al sucesor de este cerdo de Escherich pienso atormentarlo desde el principio de tal modo que su cabeza no albergue un solo pensamiento, sino únicamente miedo! ¡He sido siempre demasiado bueno, ese ha sido mi principal error! ¡Subidme a ese cerdo, a Quangel! ¡Que contemple esta basura, y que la limpie!

Así, el único convertido por Otto Quangel proporcionó al viejo jefe de taller unas duras horas nocturnas.

CUARTA PARTE

EL DESENLACE

Capítulo 52

EL INTERROGATORIO DE ANNA QUANGEL

Ocurrió catorce días después de la detención: en uno de los primeros interrogatorios a Anna Quangel, ya restablecida, se le escapó que su hijo Otto estuvo prometido con cierta Trudel Baumann. En aquellos momentos Anna aún no había comprendido que la mención de cualquier nombre era peligrosa, para el mencionado, claro. Porque el círculo de amigos y conocidos de todo detenido era investigado con meticulosa exactitud, se seguía cualquier rastro para que «la pústula purulenta fuera cauterizada por completo».

Su interrogador, el comisario Laub, sucesor de Escherich, un hombre bajo, rechoncho, al que le gustaba golpear el rostro del interrogado utilizando sus dedos huesudos a modo de látigo, siguiendo su costumbre, soslayó al principio este dato y no lo tuvo en cuenta. Sometió a Anna Quangel a un interrogatorio largo y mortalmente fatigoso sobre los amigos y patrones de su hijo, preguntó cosas que ella no podía saber, pero debía, preguntó y preguntó, mientras le azotaba el rostro con sus dedos.

El comisario Laub era un maestro en el arte del interrogatorio, aguantaba diez horas sin interrupción, de modo que la interrogada también tenía que aguantar. Anna Quangel oscilaba de cansancio en su taburete. La enfermedad recién superada, el miedo por el destino de Otto, del que no había vuelto a tener noticias, la ignominia de ser golpeada como un escolar despistado, todo esto la dispersaba, la distraía, mientras el comisario Laub le propinaba otro golpe.

Anna Quangel gimió en voz baja y se cubrió la cara con las manos.

—¡Baje las manos! —vociferó el comisario—. ¡Míreme! ¡Vamos, que es para hoy!

Ella obedeció con una mirada que denotaba miedo. Pero no a él, sino a su propia debilidad.

—¿Cuándo vio por última vez a la susodicha novia de su hijo?

—Hace mucho. No lo sé. Desde que escribíamos las postales. Más de dos años... ¡Oh, no vuelva a pegarme! ¡Piense en su madre! A usted no le gustaría que pegasen a su madre.

Dos, tres golpes seguidos la alcanzaron.

—Mi madre no es una cerda acusada de alta traición como usted. Vuelva a mencionar a mi madre y le enseñaré cómo puedo pegar. ¿Dónde vivía esa chica?

—No lo sé. Mi marido me contó en cierta ocasión que se había casado. Seguro que se habrá mudado.

—Vaya, así que su marido la vio. ¿Y cuándo fue eso?

—No lo sé. Entonces ya escribíamos las postales.

—Y ella colaboraba, ¿verdad? ¿Les ayudaba?

—¡No! ¡No! —gritó la señora Quangel al percatarse, aterrada, de lo que había provocado—. Mi marido —agregó presurosa— se encontró a Trudel en la calle. Entonces ella le contó que se había casado y que ya no iba a la fábrica.

—Bueno... ¿y qué más? ¿A qué fábrica iba?

La señora Quangel mencionó el nombre de la fábrica de uniformes.

—¿Y qué más?

—Eso es todo. No sé nada más. Se lo aseguro, señor comisario.

—¿No le parece un poco raro que la novia del hijo no regresara a casa de sus suegros ni siquiera después de la muerte del novio?

—¡Pero es que mi marido era así! Nosotros nunca nos relacionamos con nadie, y desde que escribimos las postales rompió absolutamente con todo el mundo.

—¡Otra mentira más! ¡Iniciaron la relación con los Heffke cuando escribían las postales!

—Sí, eso es cierto. Lo había olvidado. Pero a Otto tampoco le parecía bien, lo permitió por tratarse de mi hermano. ¡Y cómo despotricaba siempre de los parientes!

—Miró con tristeza al comisario y añadió con voz tímida—: ¿Puedo preguntar algo, señor comisario?

—¡Pregunte! Quien pregunta mucho, recibe muchas respuestas —gruñó el comisario Laub.

—Es cierto... —Se interrumpió—. Creo que ayer por la mañana vi a mi cuñada abajo en el pasillo... ¿es verdad que los Heffke también están detenidos?

—¡Otra mentira! —Un golpe duro. Y otro más—. La señora Heffke está en un lugar completamente distinto. No puede haberla visto. Eso se lo ha soplado alguien. ¿Quién se lo ha soplado?

La señora Quangel meneó la cabeza.

—Nadie. Vi a mi cuñada a lo lejos. Ni siquiera tuve la certeza de que fuera ella —suspiró—. Así que ahora también los Heffke están detenidos y eso que no han hecho nada ni sabían nada. Pobrecillos.

—Pobrecillos —se burló el comisario Laub—. ¡No sabían nada de nada! Eso es lo que decís todos. Pero sois delincuentes, y tan cierto como que soy el comisario Laub, os arrancaré la piel a tiras hasta que digáis la verdad. ¿Quién comparte la celda con usted?

—Una mujer, no sé su nombre. Yo la llamo sencillamente Berta.

—¿Cuánto tiempo lleva Berta en la misma celda que usted?

—Desde ayer por la noche.

—Así que es ella la que le sopló lo de los Heffke. Confiéselo, señora Quangel, o haré subir a Berta y la golpearé en su presencia hasta que confiese.

Anna Quangel volvió a negar con la cabeza.

—Conteste sí, o conteste no —repuso ella—, usted, señor comisario, hará subir a

Berta y la maltratará. Yo solo puedo decir que he visto a la señora Heffke abajo en la entrada...

El comisario Laub se giró de prisa y soltó un pedo ruidoso en la cara de Anna Quangel. Después se volvió de nuevo y la miró a la cara esbozando una sonrisa sardónica.

—Huélalo usted —dijo—, tengo más de esa clase si usted se pasa de lista. —Y de repente aulló—: ¡Sois basura! ¡Todos vosotros sois basura! ¡Sois todos una mierda! Y no descansaré hasta que todos estéis bajo tierra como la basura que sois. ¡Así acabaréis todos! ¡Todos! ¡Ordenanza, suba a Berta Kuppke!

Pasó una hora atemorizando y golpeando a ambas mujeres, a pesar de que Berta Kuppke reconoció enseguida haber hablado a la señora Quangel de la señora Heffke. Hasta entonces había compartido celda con la señora Heffke. Pero al comisario Laub no le bastó. Quería conocer con precisión hasta la última palabra que habían hablado entre ellas, y eso que solo se habían desahogado contándose sus penas, como suelen hacer las mujeres. Pero él olfateaba por doquier conjuras y alta traición y golpeaba sin cesar mientras preguntaba.

Al final la llorosa Kuppke fue conducida de nuevo al sótano y Anna Quangel volvió a ser la única víctima del comisario Laub. Ahora estaba tan cansada que oía su voz como si viniese desde muy lejos, la figura del hombre se desvanecía ante sus ojos, y los golpes ya no le dolían.

—Entonces, ¿qué sucedió para que la susodicha novia de su hijo dejara de visitarlos?

—No sucedió nada. A mi marido no le gustaban las visitas.

—Pero usted ha reconocido que él se mostró de acuerdo con visitar a los Heffke.

—Los Heffke eran una excepción porque Ulrich es mi hermano.

—¿Y por qué no regresó Trudel a su casa?

—Porque mi marido no quería.

—¿Y cuándo se lo dijo a ella?

—¡No lo sé! Señor comisario, no puedo más. Déjeme descansar media hora. ¡Un cuarto de hora!

—Solo cuando me lo hayas contado. ¿Cuándo prohibió su marido la entrada en casa a la chica?

—Cuando cayó mi hijo.

—¿Lo ves? ¿Y dónde sucedió?

—En nuestra casa.

—¿Y qué motivo adujo?

—Que ya no quería relacionarse con ella. Señor comisario, no puedo más, de veras. ¡Solo diez minutos!

—De acuerdo. Dentro de diez minutos haremos una pausa. ¿Qué razón dio su marido para que Trudel no regresara nunca más?

—Que ya no quería tener ningún tipo de trato con ella. Por entonces ya habíamos

pensado lo de las postales.

—¿Así que adujo como motivo que ya tenía pensado lo de las postales?

—No, él jamás habló de eso con nadie.

—¿Entonces qué razón le dio?

—Que no quería tener más relación con ella. ¡Oh, señor comisario!

—Si me dice el verdadero motivo, terminaremos por hoy.

—Pero es que ese es el verdadero motivo.

—No, no lo es. Veo que miente. Si no me dice la verdad, la interrogaré diez horas más. Vamos, ¿qué dijo él? Repítame las palabras que le dijo a Trudel Baumann.

—Ya no las recuerdo. Estaba muy furioso.

—¿Por qué?

—Porque dejé a Trudel Baumann dormir conmigo.

—Pero ¿se lo prohibió después, o la echó inmediatamente?

—No, lo hizo por la mañana.

—¿Se lo prohibió entonces?

—Sí.

—¿Por qué estaba tan furioso?

—Se lo contaré, señor comisario —dijo Anna Quangel haciendo de tripas corazón—. No hago daño a nadie con ello. Yo también oculté en mi casa en secreto durante la noche a una vieja judía, la señora Rosenthal, que después se mató tirándose por una ventana. Por eso se enfureció tanto, y entonces de paso también echó de casa a Trudel.

—¿Por qué se escondió la señora Rosenthal en su casa?

—Porque tenía miedo de estar sola en la suya. Vivía en el piso de arriba del nuestro. Se llevaron a su marido. Y ella tenía miedo. Señor comisario, me ha prometido que...

—Enseguida. Enseguida acabamos. ¿Así que Trudel sabía que tenía escondida a una judía?

—Pero eso no estaba prohibido.

—¡Pues claro que lo estaba! Un ario decente no da cobijo a una cerda judía y una chica decente lo denuncia a la policía. ¿Qué dijo Trudel sobre la judía de vuestra casa?

—Señor comisario, no voy a declarar nada más. Tergiversa todas mis palabras. Trudel no cometió delito alguno. ¡Ella no sabía nada de nada!

—Pero sí que una judía durmió en vuestra casa, ¡eso sí que lo sabía!

—¡Eso no era nada malo!

—No comparto su opinión. Mañana le diré cuatro cosas a Trudel.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué he hecho? —La señora Quangel se echó a llorar—. Ahora también he provocado la desgracia de Trudel. Señor comisario, no le haga nada a Trudel, está embarazada.

—¡No me diga, así que de pronto sabe eso cuando por lo visto lleva dos años sin

verla! ¿Cómo se ha enterado?

—Ya le he dicho, señor comisario, que mi marido tropezó con ella en la calle.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Debió de ser hace unas semanas. Señor comisario, me prometió un pequeño descanso. Muy pequeño, por favor. De veras, ya no puedo más.

—¡Solo un momento! Enseguida acabamos. ¿Quién empezó a hablar, Trudel o su marido? Porque ambos estaban enfadados.

—No estaban enfadados, señor comisario.

—¡Su marido le había prohibido la entrada en su casa!

—Pero Trudel no se lo tomó a mal, conoce a mi marido.

—¿Y dónde se vieron?

—Creo que en la calle Kleine Alexander.

—¿Y qué hacía su marido en la calle Kleine Alexander? Usted ha dicho que solo iba y venía de la fábrica.

—Y así es.

—¿Qué hacía en la calle Kleine Alexander? ¿Depositar alguna postal, verdad señora Quangel?

—¡No, no! —exclamó asustada, palideciendo de repente—. Las postales siempre las repartí yo. Siempre sola, él nunca.

—¿Por qué acaba de ponerse tan pálida, señora Quangel?

—Yo no me he puesto pálida. Mejor dicho, sí. Porque me siento mal. ¡Usted quería hacer una pausa, señor comisario!

—Enseguida, en cuanto hayamos aclarado el asunto. ¿Así que su marido fue a depositar una postal y se encontró con Trudel Baumann? ¿Qué dijo ella de las postales?

—¡Pero si no sabía ni una palabra!

—¿Cuando su marido vio a Trudel, llevaba la postal en el bolsillo o ya la había depositado?

—Ya la había depositado.

—Lo ve, señora Quangel, ya nos vamos aproximando al meollo de la cuestión. Ahora cuénteme lo que dijo Trudel Baumann de la postal, y habremos terminado por hoy.

—Pero si ella no pudo decir nada; él ya la había dejado.

—¡Piénselo de nuevo! Noto que me está mintiendo. Si se empecina, mañana temprano seguiré aquí sentada. ¿Por qué se atormenta de forma tan innecesaria? Mañana yo le diré a la cara que ella sabía lo de las postales, y lo admitirá enseguida. ¿Por qué quiere meterse en problemas, señora Quangel? ¿Qué dijo Trudel Baumann sobre las postales?

—¡No, no, no! —gritó la señora Quangel, levantándose de un salto, desesperada—. Ya no diré ni una palabra más. No denunciaré a nadie. Puede decir lo que quiera, puede matarme a golpes: no diré una palabra más.

—Vuelva a sentarse y tranquilícese —le advirtió el comisario Laub propinando unos golpes a la desesperada mujer—. Yo decido cuándo puede usted levantarse. Y también cuándo termina el interrogatorio. Ahora acabaremos de discutir el asunto de Trudel Baumann. Después de confesar que ella cometió un delito de alta traición...

—¡Yo no he confesado eso! —exclamó la mujer atormentada, presa de la desesperación.

—Usted ha dicho que no quiere denunciar a Trudel —repuso el comisario con indiferencia—. Y ahora no cejaré hasta que me diga qué es lo que hay que denunciar.

—Nunca lo diré. ¡Nunca!

—¿Acabáramos? ¿Lo ve, señora Quangel? Es usted tonta. Debe reconocer que mañana le sonsacaré a Trudel Baumann con total facilidad lo que deseo saber. Una mujer embarazada no resistirá mucho un interrogatorio. En cuanto le sacuda un par de...

—¡No puede usted pegar a Trudel! ¡No puede hacerlo! ¡Ay, Dios mío, ojalá no hubiera mencionado nunca su nombre!

—Pero lo ha mencionado. Y le facilitará mucho las cosas a su Trudel si lo confiesa todo. Vamos, dígame, señora Quangel: ¿qué dijo Trudel de las postales?

Y más tarde:

—Podría enterarme de todo por Trudel, pero quiero que me lo cuente usted misma. ¡No cejaré hasta que lo haga! Tiene que aprender que no es más que una mierda ante mí. Tiene que aprender que todos sus propósitos de mantener la boca cerrada son inútiles. Tiene que aprender que, a pesar de toda su palabrería sobre la lealtad y su negativa a denunciar, usted no vale nada. ¡Usted no es nada! Bueno, señora Quangel, ¿qué se apuesta a que dentro de una hora oiré de sus labios la relación de Trudel con las postales? ¿Apuesta?

—¡No, no! ¡Nunca!

Por supuesto que el comisario Laub lo supo, y antes de una hora.

Capítulo 53

LOS AFLIGIDOS HERGESELL

Los Hergesell daban su primer paseo después del aborto de Trudel. Tomaron la calle que salía hacia Grünheide, pero al rato torcieron a la izquierda adentrándose en Frankenweg y pasearon por la orilla del lago Flakensee hacia la esclusa de Woltersdorf.

Caminaban muy despacio y de vez en cuando Karl lanzaba una rápida ojeada a Trudel, que caminaba a su lado con la vista baja.

—Qué bonito está el bosque —dijo él.

—Sí, muy bonito —contestó la joven.

—¡Mira esos cisnes en el lago! —exclamó él un poco después.

—Sí. Cisnes... —Y enmudeció.

—Trudel, ¿por qué no hablas? —preguntó, preocupado—. ¿Por qué has perdido la alegría?

—No puedo evitar pensar siempre en mi hijo muerto —musitó su esposa.

—Ay, Trudel. Todavía tendremos muchos hijos.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca volveré a tener un hijo.

—¿Te lo ha dicho el médico? —preguntó, temeroso.

—No, el médico no. Pero lo noto.

—No. No debes pensar así, Trudel. Somos jóvenes, aún podemos tener muchos hijos.

Ella negó nuevamente con la cabeza.

—A veces pienso que ha sido un castigo.

—¡Un castigo! ¿Por qué, Trudel? ¿Qué delito hemos cometido para ser castigados así? ¡No, ha sido una casualidad, una casualidad ciega e infame!

—No ha sido una casualidad, ha sido un castigo —insistió, testaruda—. No debemos tener ningún hijo. No dejo de pensar qué habría sido Klaus cuando hubiera crecido. ¿Miembro de las Juventudes Hitlerianas, de las SA, de las SS...?

—¡Pero Trudel! —exclamó el hombre completamente estupefacto por los sombríos pensamientos que atormentaban a su mujer—. ¡Para cuando Klaus hubiera crecido, el nazismo ya se habría acabado hace mucho! ¡Eso ya no durará mucho, confía en ello!

—Sí —replicó Trudel—, ¿y qué hemos hecho nosotros para que el futuro sea mejor? ¡Nada en absoluto! Menos que nada: abandonamos una buena causa. Ahora pienso tanto en Grigoleit y Bebé... por eso hemos sido castigados...

—¡Ese miserable Grigoleit! —replicó él enfadado.

Estaba muy furioso con Grigoleit porque aún no había acudido a recoger su maleta.

Hergesell había tenido que renovar el resguardo un par de veces.

—Creo —añadió— que Grigoleit lleva mucho en la cárcel. De lo contrario habríamos vuelto a tener noticias suyas.

—Si está en la cárcel —insistió ella— también es por nuestra culpa. Lo dejamos en la estacada.

—¡Trudel! ¡Te prohíbo pensar siquiera semejante disparate! Nosotros no tenemos madera de conspiradores. Para nosotros lo único correcto fue lo que hicimos: dejarlo.

—Sí —contestó ella con amargura—, pero tenemos madera de escaqueadores, de cobardes. Dices que Klaus no habría tenido que ingresar en las Juventudes Hitlerianas. Pero si no lo hubiera hecho, si hubiera podido respetar y amar a sus padres... ¿qué hemos hecho nosotros para eso? ¿Qué hemos hecho por un futuro mejor? ¡Nada!

—No todo el mundo puede jugar a conspirador, Trudel.

—No. Pero podríamos haber hecho algo. Si hasta un hombre como mi antiguo suegro, Otto Quangel... —Se interrumpió.

—Bueno, ¿qué pasa con Quangel? ¿Qué sabes de él?

—No, prefiero no decírtelo. Además se lo prometí. Pero si hasta un hombre viejo como Otto Quangel lucha contra este Estado, me parece vergonzoso que nosotros nos quedemos cruzados de brazos.

—¿Pero qué podemos hacer, Trudel? ¡Nada! Piensa en todo el poder que tiene Hitler, y nosotros dos no somos nada. ¡No podemos hacer nada!

—Si todos pensaran como tú, Hitler mantendría el poder durante toda la eternidad. Hay que empezar a luchar contra él.

—¿Pero qué podemos hacer?

—¿Qué? ¡Cualquier cosa! Podríamos escribir proclamas y colgarlas en los árboles. Tú trabajas en una fábrica química y por tu condición de electricista entras en todas las zonas de la factoría. Te bastaría cambiar la posición de una llave, aflojar el tornillo de una máquina, para arruinar el resultado de muchas jornadas de trabajo. Si hicieras algo así, y te secundaran un par de cientos más, Hitler podría esperar sentado el material bélico.

—Sí, y a la segunda vez me atraparían y me ejecutarían.

—Es lo que siempre digo: somos cobardes. Solo pensamos qué será de nosotros, nunca en lo que les sucede a los demás. Mira, Karli, a ti te han eximido del Ejército. Pero si tuvieras que ser soldado estarías a diario en peligro de muerte e incluso te parecería natural.

—¡Bah, con los militares también conseguiría alguna prebenda!

—¡Y dejarías a otros morir por ti! Es lo que yo digo: somos unos cobardes, no valemos para nada.

—¡Maldita escalera! —explotó él—. Si no hubiera ocurrido lo de tu aborto

habríamos continuado viviendo tan felices.

—No, no habría sido felicidad, al menos auténtica felicidad, Karli. Desde que me quedé embarazada de Klaus, no podía dejar de pensar en lo que sería de ese niño. No habría soportado verlo estirar el brazo derecho para decir Heil Hitler, no habría querido verlo con camisa parda. Si se volviera a celebrar otra victoria, él habría visto a sus padres enarbolando muy buenecitos la bandera de la cruz gamada y habría sabido que somos unos mentirosos. Bueno, al menos eso nos lo hemos ahorrado. ¡No deberíamos haber ido a por Klaus, Karli!

Él caminó un rato asustado sumido en un silencio sombrío. Iban ya de regreso, pero no veían ni el lago ni el bosque.

Al final preguntó:

—¿Así que piensas de veras que deberíamos hacer algo? ¿Yo debo hacer algo en la fábrica?

—Sin duda —contestó ella—. Tenemos que hacer algo, Karli, para no tener que avergonzarnos tanto.

Él meditó unos instantes.

—No puedo evitarlo, Trudel —dijo—, pero imaginar que me deslizo por la fábrica estropeando máquinas es algo que no me pega.

—¡Pues piensa en algo que te pegue! Ya se te ocurrirá. No tiene que ser ahora mismo.

—Y tú ¿has pensado ya en lo quieres hacer?

—Sí —contestó la joven—. Conozco a una judía que está escondida. Ya tendrían que habérsela llevado. Pero vive con gente mala y cada día teme una traición. La traeré a nuestra casa.

—¡No! —exclamó él—. No. No hagas eso, Trudel. Con la vigilancia a la que nos someten, se notaría enseguida. Además ¿piensa en las cartillas de racionamiento! Seguro que ella no tiene. No podemos alimentar a una persona más con las nuestras.

—¿Que no? ¿De verdad no podemos pasar un poco de hambre si así salvamos a una persona de la muerte? Ay, Karli, si las cosas son así, Hitler lo tiene muy fácil. Entonces todos nosotros somos basura, y tendremos bien merecido lo que nos suceda.

—Pero es que la verán en nuestra casa. En nuestra pequeña vivienda es imposible esconder a nadie. ¡No, eso no lo toleraré!

—Karli, no creo que necesite tu permiso. La vivienda es tan mía como tuya.

Y se enzarzaron en una discusión muy acalorada, la primera discusión de verdad de su matrimonio. Ella aseguró que mientras él estuviera trabajando, traería a la mujer a casa, y él le repuso que la echaría en el acto.

—¡Entonces haz lo mismo conmigo!

Tan lejos llegaron. Ambos sentían furia, conmoción, disgusto. No solucionaron el asunto, no llegaron a ningún compromiso. Trudel estaba empeñada en luchar contra Hitler, contra la guerra. En principio él también quería hacer algo, pero no podía tratarse de nada arriesgado, no quería correr el menor peligro. Lo de la judía era

simple y llanamente una locura. ¡Jamás lo consentiría!

Caminaron en silencio por las calles de Erkner hacia su casa. Iban tan callados que cada vez parecía más difícil romper el mutismo. Ya no se habían cogido del brazo, caminaban uno al lado del otro sin tocarse. Cuando sus manos se rozaban por casualidad, cada uno retiraba de prisa la suya y la distancia entre ambos aumentaba.

No se fijaron en el enorme coche cerrado estacionado delante de su portal. Subieron las escaleras sin darse cuenta de que desde cada puerta los miraban con curiosidad o temor. Karl Hergesell abrió la puerta del piso y franqueó el paso a Trudel. En la entrada no notaron nada. Cuando divisaron en el cuarto de estar al hombre bajo y rechoncho con chaqueta verde, se sobresaltaron.

—Pero ¡bueno! —exclamó Hergesell furioso—. ¿Qué hace usted en mi casa?

—Soy el comisario Laub de la Gestapo de Berlín —se presentó el hombre de la chaqueta verde, que llevaba en la cabeza el sombrerito de caza con el penacho de plumas dentro de la habitación—. ¿El señor Hergesell, verdad? ¿La señora Gertrud Hergesell, de soltera Baumann, llamada Trudel? ¡Muy bien! Me gustaría hablar unas palabras con su mujer, señor Hergesell. ¿Le importaría esperar mientras tanto en la cocina?

Los esposos se miraron asustados y palidecieron. De repente, Trudel sonrió:

—¡Adiós, Karli! —dijo abrazándolo—. ¡Adiós! ¡Qué pelea más tonta! ¡Las cosas siempre suceden de manera distinta a como pensamos!

El comisario Laub carraspeó, apremiándolos. Ellos se besaron. Hergesell salió.

—¿Acaba de despedirse de su marido, señora Hergesell?

—Me he reconciliado con él, habíamos discutido.

—¿Por qué motivo?

—Por la visita de una tía mía. Él se oponía, yo estaba a favor.

—¿Y mi presencia la ha inducido a ceder? Qué raro, no parece tener usted la conciencia muy tranquila. ¡Perdone un momento! ¡Usted quédese aquí!

Lo oyó hablar con Karli en la cocina. Seguramente su marido achacaría la discusión a otra causa, el asunto empezaba mal desde el principio. Ella había pensado inmediatamente en Quangel, pero la verdad es que no parecía propio de Quangel denunciar a nadie...

A su regreso, el comisario, frotándose las manos muy satisfecho, le comunicó:

—Su marido dice que discutieron por si adoptaban un hijo o no. Esta es la primera mentira en que la he sorprendido. No tema, en media hora se habrán sumado un montón de mentiras más y yo las descubriré todas. ¿Ha tenido usted un aborto?

—Sí.

—Con alguna ayudita, ¿verdad? Para que el Führer no reciba más soldados, ¿eh?

—¡Ahora es usted el que miente! Si hubiera querido eso, no habría esperado hasta el quinto mes.

Entró un hombre con un papel en la mano.

—Señor comisario, el señor Hergesell quería quemar esto hace un momento, en la

cocina.

—¿Qué es? ¿Un resguardo de la consigna? Señora Hergesell, ¿qué maleta es la que su marido ha depositado en la estación de la plaza Alexander?

—¿Una maleta? No tengo ni idea, mi marido no me ha contado ni una palabra de eso.

—Traiga al marido. Y que un agente vaya inmediatamente en coche a la plaza Alexander a recoger la maleta.

Un tercer hombre hizo pasar a Karl Hergesell. Así que la vivienda estaba llena de policías, habían entrado a ciegas.

—¿Qué maleta ha depositado usted en la plaza Alexander?

—No sé lo que hay dentro, nunca lo comprobé. Pertenece a un conocido. Dijo que contenía ropa interior y trajes.

—¡Es lo más probable! Por eso quiso usted quemar el resguardo al ver que había policía en su casa.

Hergesell vaciló, después, lanzando una rápida ojeada a su mujer, dijo:

—Lo he hecho porque no me fío mucho del conocido. También podría contener otras cosas. La maleta pesa mucho.

—Y en su opinión, ¿que podría contener?

—Impresos, tal vez. Siempre he procurado no pensar en ello.

—¿Qué extraño conocido es ese que no puede depositar él mismo su maleta en consigna? ¿No se llamará por casualidad Karl Hergesell?

—No, se llama Schmidt, Heinrich Schmidt.

—¿Y de qué conoce usted al tal Schmidt?

—Uf, desde hace mucho tiempo, diez años por lo menos.

—¿Y cómo se le ocurrió que podrían ser impresos? ¿A qué se dedicaba el tal Emil Schulz?

—Heinrich Schmidt. Era socialdemócrata o comunista. Por eso se me ocurrió que podría contener impresos.

—¿Dónde nació usted, señor Hergesell?

—¿Yo? Aquí, en Berlín. En el barrio de Moabit.

—¿Cuándo?

—El 10 de abril de 1920.

—Vaya, y afirma conocer por lo menos desde hace diez años a Heinrich Schmidt y estar enterado de su orientación política. ¡Pues por entonces tendría usted once años, señor Hergesell! No me tome por tonto, porque entonces me pondré antipático, y si me pongo antipático no tardará en dolerle algo.

—No he mentado. Le he dicho la pura verdad.

—Nombre: Heinrich Schmidt: primera mentira. Contenido de la maleta nunca visto: segunda mentira. Motivo de su depósito: tercera mentira. Noo, mi querido Hergesell, cada una de las frases que usted ha pronunciado son mentira.

—No, todo es verdad. Heinrich Schmidt pretendía viajar a Königsberg, y como la

maleta le pesaba mucho y no la necesitaba para el viaje, me pidió que la guardara en consigna. ¡Esa es toda la historia!

—Y se toma la molestia de viajar hasta Erkner y recoger el resguardo en su casa cuando podría llevarlo encima, en el bolsillo. ¡Muy verosímil toda su historia, señor Hergesell! En fin, de momento dejémosla de lado. Volveremos a hablar más veces de ella, tenga la amabilidad de acompañarme un momento a la Gestapo. Por lo que respecta a su mujer...

—¡Mi mujer no sabe nada de la maleta!

—Es lo que ella afirma. Ya me enteraré de todo lo que sabe o no sabe. Pero ahora, aprovechando que tengo tan juntos a dos tortolitos como vosotros... os conocéis desde que trabajabais en la fábrica de uniformes, ¿verdad?

—Sí... —contestaron.

—¿Y cómo era eso, a qué os dedicabais?

—Yo era electricista...

—Yo cortaba uniformes...

—Muy bien, estupendo, sois personas trabajadoras. Pero cuando no estabais dando tijeretazos a la tela y tendiendo cables... ¿qué hacíais, guapos? ¿No fundaríais por casualidad una pequeña y bonita célula comunista, verdad, vosotros dos, un tal Jensch, llamado Bebé, y un tal Grigoleit?

Ellos palidieron y lo miraron. ¿Cómo podía saberlo ese hombre? Intercambiaron una mirada de desconcierto.

—¿Qué? —Laub rio, sarcástico—. Os habéis quedado muy desconcertados, ¿eh? Porque allí vosotros cuatro estabais vigilados y si no os hubierais separado tan deprisa os habría conocido un poco antes. Usted, Hergesell, continúa sometido a vigilancia en su fábrica...

Se sentían tan confundidos que ni siquiera pensaron en contradecir a ese hombre.

El comisario los contemplaba meditabundo, y de pronto se le ocurrió una idea.

—¿A quién pertenecía la maleta, señor Hergesell? —preguntó—. ¿A Grigoleit o a Bebé?

—A..., bah, ahora da igual, usted ya lo sabe todo, me la endosó Grigoleit. Pensaba recogerla al cabo de una semana, pero de eso hace ya mucho tiempo...

—¡Habrán trincado a su Grigoleit! Bueno, ya le echaré el guante... si todavía vive, quiero decir.

—Señor comisario, le aseguro que desde que abandonamos la célula mi mujer y yo no hemos desarrollado la menor actividad política. Es más, disolvimos la célula antes de hacer nada. Porque nos dimos cuenta de que no valíamos para esa tarea.

—¡Yo también me he dado cuenta! ¡Yo también! —se burló el comisario.

Pero Karl Hergesell prosiguió, impávido:

—Desde entonces solo hemos pensado en nuestro trabajo, no hemos hecho nada en contra del Estado.

—¡Salvo lo de la maleta, no se olvide de la maleta, Hergesell! ¡Custodia de

impresos comunistas, eso es alta traición y le costará el cuello, querido! ¡Vamos, señora Hergesell! Por favor, señora, ¿a qué viene alterarse tanto? Fabian, separe a la joven esposa de su marido, pero con mucha delicadeza, por Dios, no vaya a hacer daño a la palomita. Acaba de tener un aborto, la dulce pequeña, ¡no quiere proporcionar más soldados al Führer!

—Trudel —rogó Hergesell—. ¡No escuches sus palabras! En la maleta no tiene por qué haber impresos, solo es una posibilidad que he imaginado a veces. También puede contener vestidos y ropa blanca, Grigoleit no tiene por qué haberme mentido.

—¡Eso está bien, joven, anime a su joven esposa! —lo alabó el comisario Laub—. ¿Ya nos hemos tranquilizado, corazoncito mío? ¿Podemos proseguir la conversación? Ahora vamos a pasar de la alta traición de Karl Hergesell a la alta traición de Trudel Hergesell, de soltera Baumann...

—¡Mi mujer no sabía nada de todas estas cosas! ¡Mi mujer nunca ha infringido la ley!

—¡No, no, los dos habéis sido buenos nacionalsocialistas! —El comisario Laub se sintió invadido por una súbita ira—. ¿Sabéis lo que sois? ¡Unos cobardes cerdos comunistas, eso es lo que sois! ¡Ratas de alcantarilla que hozáis en la mierda! ¡Pero yo os sacaré a la luz, os conduciré a los dos a la horca! ¡Pienso veros balanceándoos a los dos! A ti, con tu maleta de mentiras. Y a ti, con tu aborto. ¡Saltaste desde esa mesa de ahí hasta conseguirlo! ¿Fue así? ¿Fue así? ¡Contesta!

Había agarrado a Trudel y sacudía a la joven medio desmayada.

—¡Deje en paz a mi mujer! ¡No la toque!

Hergesell agarró al comisario. Un puñetazo de Fabian lo alcanzó. Tres minutos después estaba en la cocina, esposado, vigilado por Fabian y sabiendo —con el corazón rabioso y desesperado— que Trudel estaba en manos del torturador y no podía contar con su apoyo.

Laub siguió atormentando a Trudel a conciencia. La joven, que estaba medio desmayada de miedo por su Karli, tenía que hablar ahora de las postales. ¡No se tragaba lo del encuentro casual, ella había estado siempre en contacto con los Quangel, cobarde hatajo de conspiradores comunistas, y su marido, Karli, lo sabía!

—¿Cuántas postales dejó usted? ¿Qué llevaban escrito? ¿Qué dijo su marido al respecto?

La atormentaba así hora tras hora, mientras Hergesell permanecía desesperado en la cocina, el infierno dentro de su corazón.

Al final llegó el coche, y la maleta, y su apertura.

—¡Abra con maña este chisme, Fabian! —ordenó el comisario Laub.

Karl Hergesell había regresado al cuarto de estar, pero vigilado. Separados por la anchura de la habitación, los Hergesell se miraban pálidos y desesperados.

—¡Para ser ropa blanca y trajes pesa de lo lindo! —comentó el comisario, burlón, mientras Fabian manipulaba la cerradura con un gancho de alambre—. Bueno, enseguida descubriremos el pastel. Me temo que les va a resultar un poco penoso a

ambos, ¿qué piensa, Hergesell?

—Mi mujer jamás supo nada de esta maleta, señor comisario —aseguró el aludido una vez más.

—Sí, y usted tampoco sabía que su mujer dejaba en las escaleras de los edificios postales con un contenido de alta traición por encargo del tal Quangel. Cada uno de ustedes ha cometido por su cuenta y riesgo un delito de alta traición. ¡Un matrimonio estupendo, no puedo menos que reconocerlo!

—¡No! —gritó Hergesell—. ¡No! ¡Tú no hiciste eso, Trudel! ¡Di que no es cierto, Trudel!

—Pero lo ha confesado.

—Solo una sola vez, Karli, y fue por pura casualidad...

—¡Les prohíbo terminantemente que hablen! Una sola palabra más y regresará a la cocina, Hergesell. Bueno, ya está abierto ese chisme. ¿Qué tenemos aquí?

Estaba con Fabian delante de la maleta, pero los Hergesell no podían ver el contenido. Los dos agentes de la Brigada de Investigación Criminal cuchicheaban entre ellos. Después Fabian levantó el pesado objeto exponiéndolo a la luz. Una pequeña máquina, tornillos relucientes, muelles, tinta de imprenta brillante...

—¡Una máquina de imprimir! —exclamó el comisario Laub—. Una pequeña y bonita máquina de imprimir... libelos comunistas. Esto liquida su caso, Hergesell. ¡Para siempre!

—Yo no sabía qué había dentro de la maleta —lo contradijo Karl Hergesell, pero estaba tan asustado que su desmentido sonó muy débil.

—¡Como si eso ahora tuviera alguna importancia! Usted estaba obligado a denunciar su encuentro con el tal Grigoleit y entregar la maleta. Bueno, Fabian, aquí hemos terminado. Vuelva a guardar ese chisme. Ya sé más que suficiente. Espose también a la mujer.

—Adiós, Karli —gritó Trudel Hergesell con voz enérgica—. Adiós, amor mío. Me has hecho muy feliz...

—¡Obligue a la mujer a cerrar el pico! —gritó el comisario—. Caramba, Hergesell, ¿qué significa eso?

Karl Hergesell se había liberado de su guardián de un tirón, cuando en la otra pared de la salita un puñetazo brutal cerró la boca de Trudel. A pesar de estar esposado, logró derribar al que había golpeado a Trudel y ambos rodaron por el suelo.

El comisario hizo una seña a Fabian. Este se situó por encima de los contendientes, esperó y a continuación golpeó tres o cuatro veces a Karl Hergesell en la cabeza.

Hergesell gimió, sus miembros se estremecieron de manera convulsa, luego se desplomó y quedó inmóvil a los pies de Trudel. Ella lo miraba petrificada desde arriba: sangraba por la boca.

Durante el largo viaje a la ciudad ella esperó en vano que su marido recobrase la conciencia para volver a mirarlo a los ojos. No pudo ser.

No habían hecho nada. Y sin embargo, estaban perdidos...

Capítulo 54

LA PESADA CARGA DE OTTO QUANGEL

Durante los diecinueve días que Otto Quangel pasó en el búnker de la Gestapo antes de ser entregado al juez de instrucción del Tribunal del Pueblo, lo que peor soportó no fueron los interrogatorios del comisario Laub, a pesar de que ese hombre dedicaba sus no escasas fuerzas a quebrar la resistencia de Quangel, como él lo llamaba. Dicho de otra manera: dedicaba toda su perversa energía a convertir al detenido en una nulidad asustada y vociferante.

Tampoco era la preocupación creciente y muy torturadora por su mujer lo que desmoralizaba a Otto Quangel. No veía a Anna, no sabía nada de ella. Pero cuando Laub mencionó durante los interrogatorios el nombre de Trudel Baumann, ahora Trudel Hergesell, supo que su mujer se había asustado, que había sido engañada, que se le había escapado un nombre que jamás habría debido mencionar.

Más tarde, cuando se convenció de que también habían detenido a Trudel Baumann y a su marido, que habían declarado que también ellos estaban implicados en esa vorágine, en su imaginación se peleó muchas horas con su mujer. Durante toda su vida siempre se había sentido orgulloso de ser un solitario, de no necesitar a los demás, de no importunarlos, y ahora por su culpa (porque él se sentía responsable de Anna) había enredado en sus asuntos a dos jóvenes.

La pelea, sin embargo, no duraba mucho, pues el dolor y la preocupación por su esposa se sobreponían. A solas consigo mismo, apretaba con frecuencia las uñas contra las palmas de la mano, cerraba los ojos, hacía acopio de todas sus fuerzas... y entonces pensaba en Anna, intentaba imaginarla en su celda, y le enviaba torrentes de fuerza para infundirle nuevos ánimos, para que por nada del mundo olvidase su dignidad, para que no se humillase ante ese miserable que apenas tenía ya un vestigio de humanidad.

La preocupación por Anna era difícil de soportar, pero no era ni con mucho lo peor.

Lo peor no eran tampoco las irrupciones casi diarias en su celda de miembros de las SS borrachos y sus dirigentes, que descargaban su furia y sus sevicias sobre el hombre indefenso. Casi todos los días abrían de golpe la puerta de la celda, irrumpían dentro, embrutecidos por el alcohol, poseídos por la avidez de ver correr la sangre, de ver a personas convulsas, medio muertas, ansiosos por solazarse con la debilidad de la carne. También esto era muy difícil de soportar, pero todavía no era lo peor.

Lo peor era que no estaba solo en su celda, que tenía un compañero, un compañero de fatigas por lo visto igual de culpable, un semejante. Porque era una persona que horrorizaba a Quangel, un animal salvaje, sucio, cobarde y sin corazón,

tembloroso y brutal, una persona a la que Quangel no podía mirar sin sentir profundo asco, y con la que, sin embargo, debía ser complaciente, porque ese hombre era mucho más fuerte que el viejo jefe de taller.

Karl Ziemke, al que los guardias llamaban Karlitos, era un hombre de unos treinta años de constitución hercúlea, cabeza redonda similar a la de un bulldog, ojos muy pequeños, largos brazos y manos cubiertos de vello. Su frente baja, abombada, en la que siempre colgaba un estropajo de pelos mugrientos, estaba surcada por numerosas arrugas longitudinales. Apenas hablaba, y lo poco que decía eran gritos bestiales. Como Quangel averiguó pronto por las conversaciones de los guardianes, Karlitos Ziemke había sido un miembro destacado de las SS, había desempeñado una extraordinaria misión como ejecutor, y nunca se sabría a cuántas personas habían asesinado esas zarpas velludas, porque hasta el propio Karlitos lo ignoraba.

Pero, ni siquiera en esos tiempos tan sanguinarios el asesino profesional Karlitos Ziemke disponía de víctimas suficientes, por lo que en épocas sin ocupación empezó a cometer asesinatos que no le habían ordenado sus superiores. Si bien en ellos no desdeñaba despojar a sus víctimas de dinero y objetos de valor, la causa de sus desmanes nunca fue el robo, sino únicamente el puro placer de matar. Al final lo descubrieron, y como había sido tan torpe como para no limitarse a matar a judíos, enemigos del pueblo y presas similares, sino también a arios irreprochables entre los que figuraba incluso un compañero de Partido, de momento estaba allí, en el búnker, y su futuro era incierto.

Karlitos Ziemke, que había mandado a tantos a la muerte sin que le temblara el pulso, temía por su valiosa existencia y en su mente, que no albergaba muchos más pensamientos que un niño de cinco años aunque sí mucho más crueles, había surgido la idea de que podía salvarse de las consecuencias de sus actos haciéndose el loco. Para ello se había inventado el papel de un perro. O quizá se lo había aconsejado algún camarada, hipótesis más probable, y él desempeñaba ese papel a conciencia.

Solía recorrer la celda a cuatro patas completamente desnudo, ladraba como un perro, comía de su plato como un perro y se empecinaba continuamente en morder a Quangel en las piernas. O exigía del viejo jefe de taller que se pasara horas tirándole un cepillo que luego Karlitos le traía, por lo que ansiaba ser acariciado y alabado. O Quangel tenía que balancear los pantalones de Karlitos como si fueran una comba que luego Karlitos saltaba sin parar.

Si el jefe de taller no se mostraba lo bastante solícito, el «perro» lo atacaba, lo tiraba al suelo y le agarraba la garganta con los dientes igual que un can, y nunca tenía la seguridad de que el juego no se tornara más serio. Los guardianes se lo pasaban en grande con las diversiones de Karlitos. A menudo permanecían mucho rato en la puerta de la celda e incitaban al perro, lo azuzaban, y Quangel tenía que aguantarlo todo. Pero si venían beodos para descargar su furia sobre el prisionero, tiraban a Karlitos al suelo, este abría sus brazos y les imploraba que le sacaran a patadas las tripas de su cuerpo desnudo.

Quangel estaba condenado a convivir con ese hombre día tras día, hora tras hora, minuto a minuto. Él, que siempre había vivido solo, ahora ya no podía disfrutar ni un cuarto de hora de soledad. Ni siquiera de noche, cuando buscaba el sueño consolador, estaba seguro ante su martirizador. De pronto este se acurrucaba junto a su cama, colocaba la zarpa sobre el pecho de Quangel y pedía agua o un sitio en el lecho de Quangel. Este tenía que apartarse, estremeciéndose de asco ante ese cuerpo que no se lavaba jamás, peludo como el de un animal, pero que carecía por completo de la pureza e inocencia de los animales. Y entonces Karlitos ladraba en voz baja y empezaba a lamer la cara de Otto Quangel, y a continuación todo su cuerpo.

Sí, eso era difícil de soportar, y Otto Quangel se preguntaba muchas veces por qué lo aguantaba, dado que el final, ya próximo, era seguro. Pero había en él un rechazo a extinguirse, a abandonar a Anna, a la que por cierto no veía. En su fuero interno se negaba a facilitarles las cosas, a anticipar la sentencia. Que le quitaran ellos la vida, con la soga o la guillotina, lo mismo daba. Que no pensarán que se sentía culpable. No, él no quería ahorrarles nada, y por eso tampoco se lo ahorra a Karlitos Ziemke.

Y era extraño: a medida que transcurrían esos diecinueve días, más adicto a él parecía volverse el «perro». Ya no lo mordía, ni lo tiraba, ni lo cogía por la garganta. Si sus camaradas de las SS le daban alguna vez un bocado mejor, tenía que ser repartido, y muchas veces el perro yacía horas con su gigantesco cráneo redondo en el regazo del viejo, los ojos cerrados, emitiendo suaves gañidos, mientras los dedos de Otto Quangel le acariciaban el pelo.

Entonces el jefe de taller solía preguntarse si ese animal no habría enloquecido de verdad simulando la locura. Pero si lo estaba, también lo estaban sus camaradas «libres» en los pasillos del búnker. Eso no cambiaba nada, en ese caso ellos —junto con su Führer demente y su Himmler que no paraba de reír como un idiota— eran una casta que había que erradicar de la faz de la tierra para que pudieran vivir los sensatos.

Cuando luego se dijo que Otto Quangel sería trasladado, Karlitos se sintió muy desgraciado. Gemía y lloriqueaba, obligaba a Quangel a comerse su pan, y cuando el jefe de taller tuvo que salir al pasillo y apretar la cara contra la pared con los brazos en alto, el hombre desnudo salió a cuatro patas de la celda, se acurrucó a su lado y gimió en voz baja y lastimosa. Lo bueno de esto fue que los bárbaros miembros de las SS no trataron a Quangel con tanta brutalidad como a los demás prisioneros que iban a ser trasladados; un hombre que se había ganado la devoción de ese perro, el hombre de la fría y enfadada cara de pájaro, impresionó incluso a los verdugos.

Y cuando le ordenaron partir, cuando el perro Karlitos fue obligado a regresar a su celda, Quangel se mostró frío y enfadado, pero además sintió en su corazón una leve opresión, una especie de pena. El hombre cuyo corazón únicamente había amado durante toda su vida a una persona, su mujer, vio a disgusto salir de su vida a ese asesino múltiple, a esa persona convertida en bestia.

Capítulo 55

ANNA QUANGEL Y TRUDEL HERGESELL

A lo mejor fue una simple negligencia que, tras la muerte de Berta, Trudel Hergesell fuera asignada compañera de celda de Anna Quangel. Pero quizá se debió también a que, en el fondo, al comisario Laub le parecían completamente insignificantes. Las exprimía sacándoles cuanto sabían, lo que habían averiguado por sus hombres, y después estaban perdidas. Los auténticos delincuentes eran siempre los hombres, las mujeres eran una especie de acompañantes, lo que, por cierto, no impedía que fueran ejecutadas con sus maridos.

Sí, Berta había muerto, la Berta que, llena de candor, reveló a Anna la presencia de su cuñada, atrayendo por ello sobre su cabeza la furia del comisario Laub. Se había ido apagando como una vela y había fallecido en los brazos de Anna tras debilitarse poco a poco y con voz siempre queda suplicaba a su compañera de celda que no llamase a nadie. Berta, se apellidara como se apellidase y cometiera el delito que cometiese, había enmudecido de repente. Un par de veces salió un estertor de su garganta, luchó por conseguir aire, y después brotó un torrente de sangre, sangre y más sangre; los brazos aferrados a los hombros de Anna se soltaron...

Y quedó tendida muy blanca y callada, y Anna se preguntó llena de pena si no tendría algo de culpa por ese final. ¡Ojalá no hubiera mencionado a su cuñada al comisario! Después pensó en Trudel Baumann, en Trudel Hergesell, y comenzó a temblar... ¡a ella la había denunciado de verdad! Claro, claro, había disculpas de sobra. ¡Cómo habría podido intuir la desgracia que provocaría la mera mención de la novia de su hijo Otto! Pero después la cosa continuó, paso a paso, y al final la traición fue evidente: Anna había provocado la desgracia de una persona a la que quería, y quizá no solo de una.

Cuando Anna Quangel pensó que tenía que enfrentarse cara a cara con Trudel Hergesell, que tendría que repetirle las palabras con las que la había delatado, temblaba. Pero cuando recordaba a su marido, se desesperaba. Porque entonces estaba convencida de que ese hombre concienzudo, equitativo, jamás le perdonaría esa traición y que ella perdería a su único camarada antes del cercano final de su existencia.

Cómo he podido ser tan débil, se repriminaba Anna Quangel, y cuando la conducían ante Laub para ser interrogada, en sus adentros no pedía que no la martirizase, sino fuerza para no declarar nada que pudiera incriminar a otros, pese a todas las torturas. Y esa mujer baja, delgada, insistía en llevar su parte de la carga y más aún: ella, ella sola había repartido las postales —excepto una o dos—, y ella sola había ideado y dictado a su marido su contenido. Esas postales eran invención

exclusivamente suya; se le ocurrió la idea tras la muerte de su hijo.

El comisario Laub, que se daba perfecta cuenta de que sus declaraciones eran mentira, de que esa mujer no era capaz de hacer lo que afirmaba... el comisario Laub podía gritar, amenazar, torturar lo que se le antojara: no firmó ninguna otra declaración, ni quitó una coma de esas declaraciones aunque él le demostrase diez veces que no podían ser verdad. Laub se había pasado de la raya y ahora se sentía impotente. Y cuando la devolvían a la celda después de un interrogatorio, notaba una sensación de alivio, como si hubiera expiado parte de su culpa y Otto estuviera un poco más satisfecho de ella. Y en su interior se fortalecía la idea de que quizá lograra salvar la vida de Otto si ella asumía toda la culpa...

Según las costumbres de la cárcel de la Gestapo, no se dieron ninguna prisa en retirar de la celda de Anna a la difunta Berta. Podía ser otra negligencia, pero también una tortura deliberada... El caso es que la muerta llevaba tres días en la celda y en el ambiente flotaba un olor repugnante y dulzón, cuando la puerta se abrió e introdujeron en ella de un empujón precisamente a aquella cuyas miradas Anna tanto temía encontrar.

Trudel Hergesell dio un paso dentro de la celda. No veía casi nada, estaba exhausta, y el miedo por Karli —que no había vuelto a recobrar el conocimiento y del que la habían separado brutalmente— la llevaba casi al desmayo. Profirió un ligero grito de horror al reconocer en la celda el repulsivo olor a putrefacción cuando vio a la muerta, tendida en el catre de madera y salpicada de manchas e hinchada.

Gimió.

—No puedo más. —Y Anna Quangel impidió que la víctima de su traición se desplomara.

—¡Trudel! —susurró al oído de la joven medio inconsciente—. Trudel, ¿podrás perdonarme? Mencioné primero tu nombre porque eras la novia de Otto. Y después él me lo sacó todo a base de torturas. Ni siquiera yo misma logro entenderlo. Trudel, no me mires así, te lo suplico. Trudel, ¿no estabas esperando un hijo? ¿También he destruido eso?

Mientras Anna Quangel pronunciaba estas palabras, Trudel Hergesell se liberó de sus brazos y retrocedió hasta la entrada de la celda. Apoyada en la puerta de hierro, miraba con la cara pálida a la anciana que la contemplaba desde la pared opuesta de la celda.

—¿Fuiste tú, madre? —preguntó—. ¿Lo hiciste tú?

Y con súbito arrebato:

—¡Ay, de verdad que no me preocupo por mí! Pero han molido a palos a Karli, y no sé si recobrará el conocimiento. A lo mejor ya ha muerto.

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Y no puedo ir con él —se lamentó—. No sé nada, y a lo mejor estaré aquí días y días sin enterarme de nada. Entonces él estará muerto y enterrado, pero en mi interior seguirá vivo. Y tampoco tendré un hijo suyo... ¡qué pobre me he vuelto de

repente! Hace apenas unas semanas, antes de encontrarme a padre, lo tenía todo para ser feliz, y de hecho lo era. Pero ahora lo he perdido todo. ¡Todo! Ay, madre...

Y súbitamente añadió:

—Pero tú no tienes la culpa del aborto, madre. Lo tuve cuando aún no había sucedido nada.

De repente Trudel Hergesell cruzó la celda presurosa, tambaleándose, y ocultando su cabeza en el pecho de Anna, se quejó:

—¡Ay, madre, qué desgraciada soy! ¡Dime que Karli lo soportará con vida!

Anna Quangel la besó.

—Vivirá, Trudel, y tú también —susurró—. ¡Vosotros no habéis hecho nada malo!

Durante unos instantes se abrazaron en completo silencio. Una descansaba en el amor de la otra, sintieron renacer la esperanza.

Después Trudel sacudió la cabeza y dijo:

—No, nosotros tampoco saldremos bien parados. Han averiguado demasiadas cosas. Lo que dices es cierto: en realidad nosotros no hemos hecho nada malo. Karli guardó una maleta a otro, sin saber su contenido, y yo deposité una postal por padre. Ellos dicen que eso es alta traición y nos costará la cabeza.

—¡Seguro que lo dijo Laub, ese tipejo horrible!

—No sé cómo se llama, pero me da igual. ¡Todos ellos son iguales! Incluidos los de admisión de aquí, todos son iguales. Pero quizá sea muy bueno que sea tanto: pasar años y años en una cárcel...

—¡Su poder no durará eternamente, Trudel!

—¿Quién sabe? Y todo lo que han hecho a los judíos y a los otros pueblos... ¡sin castigo! ¿Crees de verdad en la existencia de Dios, madre?

—Sí, Trudel, creo. Otto nunca quiso permitirlo, pero ese es el único secreto que le oculté: yo todavía creo en Dios.

—Yo nunca he podido creer del todo. No obstante, sería hermoso que existiera, porque entonces sabría que Karli y yo estaremos juntos después de la muerte.

—Y lo estaréis, Trudel. Mira, Otto tampoco cree en Dios. Él asegura que con la muerte se acaba todo. Pero yo sé que después de morir estaremos juntos para siempre. ¡Lo sé, Trudel!

Trudel echó una ojeada al catre que contenía el cuerpo inmóvil y se asustó.

—Qué mal aspecto tiene esa mujer —opinó—. Cuando la miro me da miedo, con esas manchas cadavéricas y tan hinchada. No quisiera yacer así, madre.

—Ya lleva tres días ahí, Trudel, pero no se la llevan. Estaba muy guapa cuando murió, tan inmóvil, tan solemne. Ahora el alma se ha escapado del cuerpo, dejándolo convertido en un trozo de carne corrompida.

—¡Que se la lleven! ¡No puedo verla! ¡No quiero respirar más esta peste!

Y antes de que Anna Quangel pudiera impedirlo, Trudel corrió hasta la puerta. Aporreó con las manos la chapa de hierro y vociferó:

—¡Abran! ¡Abran inmediatamente! ¡Escuchadme!

Eso estaba prohibido, cualquier ruido estaba prohibido, en realidad estaba prohibido incluso hablar.

Anna Quangel se acercó deprisa a Trudel, le sujetó las manos, la apartó de la puerta y susurró asustada:

—¡No hagas eso, Trudel! ¡Está prohibido! ¡Entrarán y te pegarán!

Pero ya era demasiado tarde. La cerradura se abrió con un chasquido y un hombre altísimo de las SS irrumpió en la celda enarbolando una porra de goma.

—¿A qué vienen esos gritos, zorras? —vociferó—. ¿Acaso os creéis con derecho a dar órdenes, putas?

Las dos mujeres lo miraban aterrorizadas desde un rincón.

Este, en lugar de pegarles, bajó la porra y murmuró:

—¡Esto apesta como un depósito funerario! ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Era un chico muy joven, su cara había palidecido.

—Tres días —contestó Anna—. Ay, sea bueno y procure que saquen a la muerta de la celda. La verdad es que el aire es irrespirable.

El hombre de las SS murmuró algo y salió de la celda. Pero en lugar de cerrar la puerta, la entornó.

Las dos mujeres se deslizaron sigilosas hasta la puerta, la abrieron un poco más y por la rendija respiraron, aliviadas, el aire del pasillo, un olor mezcla de desinfectante y letrina.

Después volvieron a apartarse, porque el joven de las SS venía por el pasillo.

—¡Bien! —dijo empuñando una nota—. Agarradla deprisita. Tú, vieja, cógela por las piernas, y tú, joven, por la cabeza. ¡Vamos...! Supongo que podréis cargar con ese esqueleto, ¿no?

Pese a su rudeza, su tono era casi bondadoso, y también ayudó a transportarla.

Después de recorrer un largo pasillo, traspasaron una puerta enrejada de hierro, su acompañante mostró la nota al centinela y a continuación bajaron numerosos escalones de piedra. El ambiente se humedeció, había una luz eléctrica tétrica.

—Aquí es —anunció el de las SS abriendo una puerta—. Este es el depósito de cadáveres. Colocadla en este catre. Pero desnudadla. La ropa escasea. Todo se aprovecha.

Río, pero su risa sonó forzada.

Las mujeres profirieron un grito de horror. Porque ese verdadero depósito de cadáveres estaba lleno de hombres y mujeres muertos, todos desnudos como habían venido al mundo. Allí yacían, con los rostros destrozados a golpes, cardenales sanguinolentos, miembros retorcidos, cubiertos de costras de sangre y suciedad. Nadie se había tomado la molestia de cerrarles los ojos, que miraban yertos, y algunos parecían parpadear con malicia, como si mostrasen curiosidad y se alegraran al ver aumentar su número.

Y mientras Anna y Trudel, con manos temblorosas, se esforzaban por liberar

cuanto antes a la difunta Berta de sus ropas, no podían evitar lanzar continuas miradas hacia atrás al montón de muertos: a esa madre cuyo pecho colgante se había secado para siempre, a un anciano que seguro que había esperado morir tranquilamente en su cama después de una vida de trabajo incesante, a aquella chica de labios blancos que había sido creada para dar y recibir amor, al joven con la nariz rota y el cuerpo bien proporcionado que parecía de marfil amarillento.

En esa sala reinaba el silencio, las ropas de Berta, la muerta, crujían levemente bajo las manos de ambas mujeres. Entonces zumbaba una mosca y todo volvía a sumirse en el silencio.

El hombre de las SS, con las manos en los bolsillos, observaba el trabajo de las mujeres. Bostezó, encendió un cigarrillo y dijo:

—Sí, sí, así es la vida.

Y de nuevo se hizo el silencio.

Después, cuando Anna Quangel ató las ropas en un hatillo, ordenó:

—Bueno, vámonos.

Pero Trudel Hergesell, apoyando su mano sobre la manga negra, rogó:

—¡Por favor, por favor, permítame echar un vistazo. Mi marido... a lo mejor también está aquí abajo!

Durante un instante el joven bajó los ojos hacia ella. De repente dijo:

—¡Pero chica, chica! ¿Qué haces aquí? —Meneaba despacio la cabeza de un lado a otro—. Tengo una hermana en el pueblo que debe de ser de tu edad. —Volvió a mirarla—. Anda, echa un vistazo. Pero date prisa.

Ella caminó, sigilosa, entre los muertos. Contempló todos esos rostros extinguidos. Algunos estaban tan deformados por las heridas que eran irreconocibles, pero el color del pelo o una marca en el cuerpo le revelaba que no era Karl Hergesell.

Regresó muy pálida.

—No, no está aquí. Todavía no.

El guardia rehuyó su mirada.

—Entonces, vámonos —ordenó, dejando que le precedieran.

Pero ese día, mientras montó guardia en el corredor, abrió una y otra vez la puerta para que respiraran mejor dentro de la celda. También les llevó ropa limpia para la cama de la muerta, lo que en ese infierno despiadado constituyó una enorme muestra de compasión.

Ese día el comisario Laub no tuvo mucho éxito al interrogar a las dos mujeres. Se habían consolado la una a la otra y se habían granjeado un poco de simpatía, aunque procediera de un miembro de las SS. Se sentían fuertes.

Pero después vinieron muchos otros días, y ese hombre nunca volvió a estar de guardia en su corredor. Seguramente lo relevaron por inepto, porque aún era demasiado humano para prestar servicio allí.

Capítulo 56

BALDUR PERSICKE HACE UNA VISITA

Baldur Persicke, el orgulloso alumno de la Napola, el vástago con más éxito del hogar de los Persicke, ha concluido sus asuntos en Berlín. Por fin puede regresar y formarse en ella para convertirse en uno de los amos del mundo. Ha traído a su madre de su escondite con los parientes y le ha ordenado severamente que no abandone el domicilio o le sucederán todo tipo de males; asimismo, ha visitado una vez a su hermana en el campo de concentración de Ravensbrück.

Él no le negó su aprobación por espolear admirablemente a mujeres ancianas, y por la noche hermano y hermana, junto con algunas otras vigilantes de Ravensbrück y unos amigos de Fürstenberg, celebraron una pequeña orgía picante, en un círculo completamente íntimo, con abundante alcohol, cigarrillos y «amor»...

Sin embargo, Baldur Persicke dedicaba todos sus afanes a asuntos comerciales más serios. Su padre, el viejo Persicke, había cometido unas cuantas tonterías estando borracho, por lo visto faltaba dinero en la caja, incluso iba a ser llevado ante un tribunal del Partido. Pero Baldur puso en juego sus relaciones, presentó certificados médicos que describían al padre como un hombre decrepito, suplicó y amenazó, se mostró enérgico y humilde, aprovechándose como es debido del robo con fractura en el que el dinero había sido robado de nuevo... hasta que finalmente el hijo más leal de la familia consiguió que todo ese asunto podrido se arreglase discretamente. Ni siquiera había tenido que vender nada de la vivienda... el desfaldo se justificó aduciendo un robo. No se achacó al viejo Persicke, ¡faltaría más! El robo se lo cargaron a Barkhausen y compañía, dándole de ese modo la vuelta al asunto, y el escudo de honor de los Persicke permaneció impoluto.

Y mientras los Hergesell eran amenazados con golpes y con la muerte por un delito que no habían cometido, Persicke, miembro del Partido, fue redimido del delito cometido.

Baldur Persicke había solucionado todo a pedir de boca, aunque por otra parte no cabía esperar otra cosa tratándose de él. Podría partir hacia su Napola, pero antes desea cumplir otro deber de decoro más: visitar a su padre en la clínica para alcohólicos. Además, le gustaría prevenir la repetición de tales acontecimientos y garantizar la seguridad de su atemorizada madre en la vivienda.

Siendo Baldur Persicke, obtiene inmediatamente un permiso de visita y puede incluso hablar a solas con su padre, sin la presencia de médicos o enfermeros.

Baldur encuentra al viejo muy deteriorado, desinflado como un animalito de goma al que han pinchado con una aguja.

Sí, los días felices del tabernero arruinado han concluido, ya no es más que un

espectro, pero un espectro no exento de apetencias. El padre le pide suplicante al hijo algo que fumar, y después de que el hijo se niegue un par de veces («No te lo mereces, viejo maleante»), acaba regalándole un cigarrillo. Pero cuando el anciano Persicke le ruega a su hijo que le introduzca a escondidas una botella de aguardiente, aunque solo sea una vez, Baldur se ríe. Tras dar una palmada al padre en su rodilla flaca y temblorosa, exclama:

—¡Ya puedes quitarte eso de la cabeza, padre! Jamás en tu vida volverás a conseguir aguardiente para empinar el codo, has hecho demasiadas tonterías con eso.

Y mientras el padre lo mira enfurecido, el hijo informa, muy pagado de sí mismo, del esfuerzo que le ha costado solucionar esas tonterías.

El viejo Persicke nunca ha sido un gran diplomático, siempre ha manifestado su opinión sin rodeos y sin pensar jamás en los sentimientos ajenos. Así que replica:

—¡Siempre has sido un fanfarrón, Baldur! Yo ya sabía que nunca me pasaría nada en el Partido, con los quince años que llevo metido en los negocios de Hitler. ¡No, si te ha costado esfuerzo, solo tiene la culpa tu propia estupidez! Yo lo habría arreglado con tres palabras en cuanto hubiese estado fuera.

El padre es tonto. A poco que hubiera lisonjeado a su hijo con agradecimientos y alabanzas, seguro que Baldur habría mostrado mayor indulgencia. Pero ahora, profundamente herido en su vanidad, se limita a decir.

—¡Sí, en cuanto hubieses estado fuera, padre! ¡Pero no volverás a salir jamás de este manicomio mientras vivas!

Al escuchar estas palabras despiadadas el padre se lleva tal susto que le tiembla todo el cuerpo. Sin embargo, consigue dominarse y replica:

—¡Me gustaría ver quién podría mantenerme aquí! De momento soy todavía un hombre libre, y Martens, el médico jefe, me ha dicho en persona que si continúo el tratamiento otras seis semanas podré salir porque estaré curado.

—Tú no te curarás nunca, padre —contesta Baldur sarcástico—. Siempre vuelves a tus borracheras. Te conozco de sobra. Y después se lo diré también al médico jefe y me encargaré de que te incapaciten.

—¡Él no hará eso! El doctor Martens me quiere muchísimo; ha dicho que nadie sabe unas cochinadas tan amenas como yo. No me hará eso. Además, me ha prometido en serio que me darán el alta dentro de seis semanas.

—Pero si le cuento que acabas de intentar convencerme de que te traiga en secreto una botella de aguardiente, cambiará de opinión sobre tu curación.

—¡Tú no harás eso, Baldur! Eres mi hijo, y yo soy tu padre...

—¿Y qué tiene eso de particular? De alguien tengo que ser hijo, y creo que me ha tocado uno de los padres más impresentables.

Y tras mirar a su progenitor con desprecio, añade:

—No, no, padre, quítate eso de la cabeza. Acostúmbrate a la idea de que te quedarás aquí. ¡Fuera no harías más que ponernos a todos en ridículo!

El viejo, desesperado, arguye:

—Tu madre no lo tolerará jamás, ni lo de la incapacitación, ni que me quede aquí para siempre.

—¡Bueno, hombre, siempre tampoco durará demasiado, a juzgar por tu aspecto actual! —Baldur se echa a reír y cruza las piernas con los pantalones de montar bellamente abolsados. Contempla satisfecho el brillo de sus botas, obra de su madre—. Y mamá te tiene tal pánico que incluso se niega a visitarte. ¿Crees que ha olvidado que la cogiste del cuello e intentaste estrangularla? ¡Jamás lo olvidará!

—Entonces escribiré al Führer —gritó furioso el viejo Persicke—. El Führer no dejará en la estacada a un antiguo militante.

—¿Y de qué le sirves tú al Führer? ¡Al Führer le importas una mierda, ni siquiera se dignará echar un vistazo a tus garabatos! Además ya no puedes escribir con tus viejas y temblorosas manos de borracho, y pienso encargarme de que no permitan que salga ninguna carta tuya de aquí. Sería malgastar papel.

—Baldur, apiádate de mí. ¡Tú fuiste un niño pequeño! Yo te sacaba de paseo los domingos. ¿Recuerdas cuando estuvimos en Kreuzberg cómo corría el agua tan bonita de color rosa y azul? Siempre te compraba salchichas y caramelos, y cuando a los once años organizaste esa historia con el niño pequeño, me encargué de que no te expulsaran del colegio y te metieran en un correccional. ¿Qué serías sin tu anciano padre, Baldur? ¡No debes dejarme ingresado en este manicomio!

Baldur escuchó esa larga efusión sin inmutarse.

—Vaya, ¿así que ahora quieres tocar la tecla sentimental, padre? —inquirió—. Eres muy hábil. Solo que a mí esas cosas no me afectan, deberías saber que los sentimientos me importan un bledo. ¡Sentimientos... prefiero un buen bocadillo de jamón a todos los sentimientos del mundo! Pero no quiero ser así, te voy a regalar otro cigarrillo... ¡venga arriba!

Pero el viejo se sentía demasiado excitado para pensar en fumar. El cigarrillo — con un nuevo enfado de Baldur— cayó al suelo sin ser visto.

—¡Baldur! —volvió a implorar el viejo—. ¡Tú no sabes cómo es este lugar! Aquí te matan de hambre, y los enfermeros te pegan continuamente. Los demás enfermos también me pegan. Y me tiemblan tanto las manos que no puedo defenderme, y encima me roban la escasa comida que...

Mientras el viejo suplicaba, Baldur se preparaba para irse, pero su padre se aferró a su hijo, sujetándolo, y continuó hablando cada vez más deprisa.

—Y suceden cosas mucho más horribles. A veces el enfermero jefe pone a los enfermos que escandalizan una inyección con una cosa verde, no sé cómo se llama. Y la gente no para de vomitar, echan hasta la primera papilla, y de pronto desaparecen. Muertos, Baldur. No querrás que tu padre muera así, vomitando hasta la primera papilla, ¡tu propio padre! Baldur, sé bueno, ayúdame. ¡Sácame de aquí, estoy muerto de miedo!

Pero Baldur Persicke ya había escuchado demasiado tiempo esos lloriqueos. Se soltó violentamente del viejo Persicke y lo obligó a sentarse en un sillón.

—Bueno, padre, que te vaya bien —le deseó—. Saludaré a mamá de tu parte. Y recuerda que ahí, junto a la mesa, hay un cigarrillo en el suelo. ¡Sería una pena desperdiciarlo!

Y tras estas palabras, ese digno hijo de su digno padre, ambos dignos productos de la educación hitleriana, se marchó.

Sin embargo, todavía no abandonó la institución para alcoholísticos, pues solicitó ser recibido por Martens, el médico jefe. Tuvo suerte: el médico jefe estaba y accedió a recibirlo. Tras saludar cortésmente a su visitante, durante un instante ambos se miraron con cautela, inspeccionándose.

—Por lo que veo está usted en la Napola, señor Persicke, ¿o estoy equivocado? —preguntó el médico jefe.

—No, doctor —contestó Baldur, orgulloso—, estoy en la Napola.

—Sí, nuestra juventud dispone hoy en día de numerosas oportunidades —comentó el médico inclinando la cabeza en señal de aprobación—. Me gustaría haber tenido un estímulo parecido siendo joven. ¿Todavía no ha sido llamado a filas, señor Persicke?

—Seguramente me dispensarán del servicio militar vulgar y corriente —respondió Baldur Persicke con despectiva indolencia—. Seguramente me encargarán administrar un vasto territorio rural, Ucrania o Crimea. Unas docenas de kilómetros cuadrados.

—Comprendo —el médico asintió—, ¿y ahora está adquiriendo los conocimientos necesarios para ello, no?

—Estoy desarrollando mis dotes de mando —explicó escuetamente Baldur—. Dispondré de subordinados para todos los asuntos profesionales. Pero tendré siempre a la gente bajo presión. Y pienso machacar a los rusos. ¡Hay demasiados!

—Comprendo —volvió a asentir el doctor Martens—. El Este es nuestra futura zona de asentamiento.

—En efecto, señor médico jefe, dentro de veinte años hasta las costas del Mar Negro, hasta los Urales, ya no vivirá ningún eslavo. Todo será un país genuinamente alemán. ¡Somos los nuevos caballeros de la Orden!

Los ojos de Baldur relampaguearon detrás de las gafas.

—Y todo eso tendremos que agradeceréelo al Führer —dijo el médico jefe—. A él y a sus seguidores.

—¿Es usted miembro del Partido, doctor Martens?

—Por desgracia, no. Para ser sincero, un abuelo mío cometió una locura, el conocido defecto genético, ¿sabe usted? —Y agregó presuroso—: Pero el asunto está arreglado y solucionado, mis jefes han intercedido en mi favor, soy considerado ario puro. Me permito afirmar que lo soy. En breve confío también en llevar la cruz gamada.

Baldur se sentaba muy tieso. Como ario puro, se sentía muy superior a su interlocutor, que necesitaba dar tantos rodeos.

—Quería hablar con usted sobre mi padre, doctor —dijo casi con el tono de un superior.

—Oh, con su padre todo va como una seda, señor Persicke. Creo que dentro de seis u ocho semanas podremos darle de alta y considerarlo curado...

—¡Mi padre es incurable! —lo interrumpió bruscamente Baldur Persicke—. Mi padre bebe desde que tengo uso de razón. Y si usted le da el alta por la mañana, se presentará en nuestra casa borracho por la tarde. Ya conocemos esas curaciones. Mi madre y mis hermanos desean que mi padre pase aquí el resto de su vida. Yo me adhiero a esos deseos, doctor.

—Sin duda, sin duda —se apresuró a asegurar el médico—. Hablaré de ello con el señor catedrático...

—Eso es completamente innecesario. Lo que acordemos aquí será definitivo. Si mi padre regresa a nuestra casa, nos encargaremos de que ese mismo día se produzca un nuevo ingreso aquí, de un hombre totalmente borracho. ¡Esa sería su completa curación, señor médico jefe, y le garantizo que las consecuencias no serían agradables para usted!

Ambos se miraron a través de los cristales de sus gafas. Pero por desgracia, el médico jefe era un cobarde: ante la mirada indignamente descarada de Baldur agachó la cabeza y repuso:

—No hay duda de que los dipsómanos, los bebedores, tienen un peligro enorme de recaída. Y si su padre, tal como acaba de informarme, ha bebido siempre...

—Se bebió su taberna. Se bebió todo lo que ganaba mi madre. Y todavía hoy se bebería lo que ganamos sus cuatro hijos si se lo permitiéramos. ¡Mi padre se queda aquí!

—Su padre se queda aquí. Hasta nuevo aviso. Si más adelante, acaso después de la guerra, usted en alguna visita creyera que su padre ha experimentado una mejoría notable...

Baldur Persicke le cortó de nuevo la palabra.

—Mi padre no recibirá ninguna visita más, ni mía ni de mis hermanos, ni de mi madre. Sabemos que aquí está bien atendido, eso nos basta. —Baldur dirigió al médico una penetrante mirada. Hasta ese momento había hablado en voz alta, casi imperiosa, pero ahora baja el tono—: Mi padre me ha hablado de ciertas inyecciones verdes, doctor...

El médico se sobresaltó un poco.

—Una mera medida educativa. Utilizada muy ocasionalmente con jóvenes pacientes recalcitrantes. La edad de su padre impide...

Nueva interrupción.

—Mi padre ya ha recibido una de esas inyecciones verdes...

El médico exclamó:

—¡Imposible! Disculpe, señor Persicke, pero debe de haber un error.

Baldur replicó con tono severo:

—Mi padre me ha informado de esa única inyección. Me ha contado que le sentó bien. ¿Por qué no se le sigue aplicando ese tratamiento, doctor?

—¡Pero señor Persicke! —El médico estaba totalmente confuso—. ¡Se trata de una mera medida educacional! El paciente vomita durante horas, a menudo durante días enteros.

—Bueno, ¿y eso qué importa? ¡Déjelo que vomite! A lo mejor le gusta vomitar. A mí me ha asegurado que la inyección verde le sentó bien. Espera con verdadera ansia la segunda. ¿Por qué le niega el remedio si mejora su estado?

—No, no —negó el médico a toda prisa. Y avergonzado de sí mismo, añadió—: Tiene que haber un malentendido. Nunca he oído que un paciente reclame...

—Señor médico jefe, ¿quién entiende mejor a un paciente que su propio hijo? Debe usted saber que soy el hijo predilecto de mi padre. Le quedaría muy agradecido si ahora mismo, en mi presencia, le ordenara al enfermero jefe o a quien corresponda, que administre inmediatamente a mi padre una de esas inyecciones. Me marcharía más tranquilo a mi casa, valga la expresión... ¡habría cumplido el deseo de ese anciano!

El médico miró, muy pálido, la cara de su interlocutor.

—Pero ¿habla usted en serio? ¿Debo hacerlo ahora mismo? —murmuró.

—¿Le queda alguna duda, doctor? Decididamente lo encuentro un poco blando para ser un médico jefe. Tenía usted razón hace un momento: habría debido asistir a una Napola y desarrollar más sus cualidades dirigentes. —Y añadió con maldad—: Aunque a decir verdad para su defecto congénito existen otras posibilidades educativas...

Tras una larga pausa el médico dijo en voz baja:

—Siendo así, iré a ponerle la inyección a su padre...

—Se lo ruego, doctor, ¿por qué no ordena al enfermero jefe que lo haga, pues parece formar parte de sus obligaciones?

El médico estaba inmerso en una dura lucha consigo mismo. Se hizo un completo silencio en la habitación.

Después se levantó muy despacio.

—Bien, se lo comunicaré al enfermero jefe...

—Lo acompañaré con mucho gusto. Siento un tremendo interés por su profesión. Ya me entiende, eliminación de los indignos de vivir, esterilizaciones y todo eso...

Baldur Persicke se mantuvo junto al médico cuando impartió sus órdenes al enfermero jefe. Al paciente Persicke había que administrarle tal y cual inyección...

—¡Así que una inyección para vomitar! —exclamó Baldur, condescendiente—. Y por regla general, ¿cuántas administra usted? Vaya, vaya, bueno, creo que un poco más tampoco será perjudicial, ¿no le parece? Venga, tengo aquí unos cigarrillos. Bueno, quédese con la cajetilla, enfermero jefe.

Este le dio las gracias y se fue, la inyección con el líquido verde en la mano.

—¡Vaya, su enfermero jefe es un verdadero hércules! Me imagino que cuando

reparte leña los hará pedazos. ¡Músculos, los músculos son media vida, doctor Martens! Bueno, gracias de nuevo, señor médico jefe. Espero que el tratamiento prosiga con mucho éxito. ¡Heil Hitler!

—¡Heil Hitler, señor Persicke!

Una vez en su despacho, el doctor Martens se hundió pesadamente en un sillón. Todos sus miembros le temblaban y un sudor frío cubría su frente. Pero su intranquilidad persistía. Volvió a levantarse y se acercó al armario de los medicamentos. Lentamente se preparó una inyección. Pero no contenía ningún líquido verde, por muchos motivos que sintiera para vomitar por todo el mundo y sobre todo por su vida. El doctor Martens prefería la morfina.

Retornó a su sillón y estiró cómodamente sus miembros, esperando que el narcótico surtiera efecto.

¡Qué cobarde soy!, pensaba. ¡Asquerosamente cobarde! Qué miserable y descarado granuja... con toda seguridad la única influencia que ejerce consiste en lo bocazas que es. Y yo me he humillado ante él. No habría hecho falta. ¡Pero siempre esa maldita abuela y mi imposibilidad de mantener la boca cerrada! Y eso que era una anciana tan atractiva, y yo la quería tanto...

Dejando vagar sus pensamientos, volvió a ver ante él a la anciana de rostro refinado. Su casa olía a recipientes llenos de pétalos de rosa y a bizcocho de anís. Qué mano tan delicada la suya, una mano de niña envejecida...

¡Y por su culpa me he humillado ante ese miserable! Creo, señor Persicke, que prefiero no ingresar en el Partido, aunque en mi opinión ya es demasiado tarde para eso. ¡Habéis durado demasiado!

Parpadeó, se estiró. Respiró hondo, ya volvía el bienestar.

Inmediatamente después iré a comprobar el estado de Persicke. Desde luego no se le administrarán más inyecciones. Ojalá lo resista. Inmediatamente después iré a verlo, pero primero quiero disfrutar del benéfico efecto. Pero inmediatamente después... ¡palabra de honor!

Capítulo 57

EL OTRO COMPAÑERO DE CELDA DE OTTO QUANGEL

Cuando Otto Quangel fue conducido por un guardia a su nueva celda en la prisión preventiva, un hombre alto se levantó de la mesa ante la que leía y se situó debajo de la ventana de la celda, en la postura reglamentaria, con las manos pegadas a la costura del pantalón. Pero el modo de ejecutar ese «saludo militar» reveló que no lo consideraba muy necesario.

El guardia también hizo enseguida una señal negativa.

—Vale, vale, maestro —contestó—. Aquí tiene a un nuevo compañero de celda.

—Bien —dijo el hombre, que con su traje oscuro, camisa deportiva y corbata a Otto Quangel le parecía más un «caballero» que un compañero de celda—. Bien. Me llamo Reichhardt, soy músico. Acusado de actividades comunistas. ¿Y usted?

Quangel notó una mano fría y firme en la suya.

—Quangel —contestó vacilante—. Soy carpintero. Me acusan de alta traición contra mi país.

—¡Oiga! —llamó Reichhardt, el músico, al guardia, que se disponía a cerrar la puerta—. A partir de hoy, nuevamente dos raciones, ¿vale?

—Está bien, maestro —contestó el guardia—. Ya me he dado cuenta.

La puerta se cerró.

Los dos se escudriñaron mutuamente unos instantes. Quangel desconfiaba, casi echaba de menos a su perro Karlitos en el sótano de la Gestapo. Ahora tener que convivir con ese caballero tan fino, un auténtico maestro... lo incomodaba.

El «caballero» sonrió con los ojos.

—Compórtese como si estuviera solo, si así lo prefiere —dijo después—. Yo no lo molestaré. Leo mucho, juego solo al ajedrez. Hago gimnasia para mantener el cuerpo sano. A veces canturreo entre dientes, pero en voz muy baja; está prohibido, claro está. ¿Le molesta eso?

—No, no me molesta —contestó Quangel, y casi en contra de su voluntad añadió—: Vengo del búnker de la Gestapo, me he pasado allí tres semanas encerrado con un loco que estaba siempre desnudo y fingía ser un perro. No es fácil que me moleste algo.

—Bien —respondió el maestro Reichhardt—. Ciertamente habría sido mejor que le gustara un poco la música. Es la única manera de procurarse algo de armonía aquí, entre estos muros.

—No entiendo nada —contestó Otto Quangel y añadió—: Comparado con el lugar del que vengo, esto es una maravilla, ¿no le parece?

El caballero había vuelto a sentarse a la mesa con su libro. Respondió con tono

amable:

—Yo también pasé un tiempo ahí abajo, donde ha estado usted. Sí, esto es un poco mejor. Al menos no te golpean. Los guardias son torpes en su mayoría, pero no están muy embrutecidos. No obstante, la cárcel sigue siendo la cárcel, usted ya lo sabe. Existen ciertos consuelos. Por ejemplo, puedo leer, fumar, encargarme mi propia comida, utilizar mis propios trajes y mi ropa de cama. Pero yo soy un caso especial, y una reclusión más relajada no deja de ser reclusión. Lo importante es olvidar las rejas.

—¿Y ha llegado a eso?

—Quizá. Casi siempre. Bueno, no siempre. Sin duda no siempre. Cuando pienso en mi familia, por ejemplo, no.

—Yo solo tengo una mujer —le informó Quangel—. ¿Esta cárcel tiene también sección de mujeres?

—Sí, pero aquí nunca las vemos.

—Claro. —Otto respiró hondo—. También han encerrado a mi mujer. Ojalá la hayan traído aquí hoy. —Y añadió—: Es demasiado blanda para lo que tuvo que aguantar en los sótanos.

—Ojalá esté también aquí —deseó amablemente el caballero—. El pastor nos lo dirá. A lo mejor se presenta esta tarde. Otra cosa, también puede usted buscarse un defensor, ahora que está aquí.

Tras hacer con la cabeza una amable señal de aprobación, precisó:

—Dentro de una hora traerán la comida. —A continuación se puso las gafas y empezó a leer.

Quangel lo miró unos instantes, pero el caballero no deseaba seguir hablando, prefería concentrarse en la lectura.

¡Qué rara es esta gente finolis!, pensó. Aún tengo un montón de preguntas que hacerle. Pero si no quiere, me parece bien. No quiero parecer su perro, que no lo deja en paz.

Y se dispuso a hacerse la cama, un tanto ofendido.

Era una celda limpia y luminosa. Tampoco era muy pequeña, permitía dar tres pasos y medio de ida y otros tantos de vuelta. La ventana estaba entreabierta, el aire era bueno. Allí olía bien; según pudo comprobar Quangel más tarde, el buen olor procedía del jabón y de la ropa del señor Reichhardt. Tras el ambiente asfixiante y hediondo de los sótanos de la Gestapo, Quangel se sintió trasladado a un lugar luminoso y alegre.

Después de hacerse la cama, se sentó encima y miró a su compañero de celda. El «señor» leía. Pasaba en rápida sucesión hoja tras hoja. Quangel, que no recordaba haber leído un libro desde su época escolar, se preguntó asombrado: ¿Qué leerá? ¿No tendrá nada que pensar, aquí, en este lugar? ¡Yo no podría estar ahí sentado, leyendo tan tranquilo! No puedo dejar de pensar en Anna, en cómo ha sucedido todo y cómo continuará y si seguiré portándome como es debido. Dice que puedo buscarme un

abogado. Pero un abogado cuesta un dineral, y ¿de qué puede servirme a mí, que estoy condenado a muerte? ¡Si lo he confesado todo! Con un señor tan fino todo es diferente. Me di cuenta nada más entrar, el guardia se dirigió a él llamándolo maestro. Ese no habrá cometido muchos delitos... bien puede leer. Sin parar...

El maestro Reichhardt solo interrumpió dos veces su lectura matinal. En una de ellas informó sin levantar la vista:

—En el armarito hay cigarrillos y cerillas, ¿le apetece fumar?

—No fumo —contestó Quangel—. Sería tirar el dinero. —Pero su interlocutor ya estaba leyendo de nuevo.

En la otra ocasión, Quangel, subido al taburete, se esforzaba por atisbar el patio, desde el que resonaba el arrastrar regular de muchos pies.

—¡Es mejor que no lo haga, señor Quangel! —le advirtió el maestro Reichhardt—. Es la hora de patio. Algunos funcionarios se fijan en las ventanas por las que se asoma alguien. Este va a parar luego a la celda de castigo a pan y agua. Por la noche casi siempre podrá mirar por la ventana.

Después llegó la comida. Quangel, que estaba acostumbrado a la bazofia cocida con descuido del búnker de la Gestapo, vio asombrado que consistía en dos grandes cuencos de sopa y dos platos con carne, patatas y judías verdes. Pero con mayor asombro aún vio cómo su compañero de celda ponía un poco de agua en el lavabo, se lavaba las manos con sumo cuidado y se las secaba. El maestro Reichhardt echó agua limpia en el lavabo y dijo muy educado:

—¡Cuando guste, señor Quangel! —Y este, obediente, se lavó las manos a pesar de no haber tocado nada sucio.

Después tomaron, casi en silencio, una comida en opinión de Quangel inusitadamente buena.

Transcurrieron tres días hasta que el jefe de taller comprendió que esa comida no era la que habitualmente ofrecía el Tribunal del Pueblo a los presos preventivos, sino la comida privada del maestro Reichhardt que este compartía, sin demasiadas alharacas, con su compañero de celda. También estaba dispuesto a compartir con Quangel todo lo demás: su tabaco, su jabón, sus libros; el otro no tenía más que pedirlo.

Pasaron unos días más hasta que Otto Quangel superó su desconfianza por el maestro Reichhardt, que le había acometido de repente ante tantas muestras de amabilidad. En Quangel había arraigado la idea de que quien gozaba de tan desmesurados privilegios debía de ser un espía del Tribunal del Pueblo. Quien manifestaba tales deferencias tenía que querer algo del otro. ¡Ten cuidado, Quangel!

Pero ¿qué podía querer de él ese hombre? En el caso de Quangel todo estaba claro: ante el juez instructor del Tribunal del Pueblo había ratificado con serenidad y sin demasiadas palabras las declaraciones que ya había prestado ante los comisarios Escherich y Laub. Había contado todo como realmente había sucedido, y si los expedientes aún no habían sido cursados para la querrela y fijar la fecha de la vista,

solo se debía a que Anna, con una tenacidad sin par, insistía en que todo había sido obra suya y su marido un mero instrumento en sus manos. Pero todo eso no era motivo suficiente para regalar a Quangel cigarrillos caros y comida abundante y limpia. El asunto estaba claro, en su caso no había nada que espiar.

Quangel no superó su desconfianza por el maestro Reichhardt hasta una noche que su compañero de celda, el caballero superior y elegante, le confesó entre susurros que también a él lo acometía a menudo un miedo espantoso a la muerte, ya fuera en la guillotina o en la horca; solía pensar en ello a veces horas enteras. El maestro Reichhardt confesó asimismo que muchas veces solo pasaba de manera mecánica las páginas de su libro: sus ojos no veían las letras impresas de color negro, sino el patio de cemento de color gris de una prisión, una horca con una soga que se balanceaba suavemente al viento y que convertía en cinco minutos a un hombre sano y fuerte en el horrendo cadáver de alguien que había estirado la pata.

Pero más horripilante que ese final al que cada día de su existencia lo acercaba inevitablemente (según su firme convicción), más pavoroso le resultaba al maestro Reichhardt pensar en su familia. Quangel supo que Reichhardt tenía tres hijos de su mujer, dos niños y una niña, el mayor de once años y el menor de apenas cuatro. Reichhardt sentía muchas veces miedo, un miedo atroz, pánico, a que sus perseguidores no se contentasen con asesinar al padre, sino que su venganza se extendiera también a la mujer inocente y a los hijos, que los condujeran a un campo de concentración donde los torturarían lentamente hasta morir.

Estas preocupaciones no solo hicieron desvanecerse la desconfianza de Quangel, sino que en comparación con su compañero de celda se sintió un hombre privilegiado. Él solo tenía que preocuparse de Anna, y aunque las declaraciones de esta eran absurdas e insensatas, le demostraban que su esposa había recuperado el valor y la fuerza. Un día morirían juntos, pero la muerte era más fácil cuando sucedía en común, por no dejar a nadie en el mundo por quien tuvieran que temer en la hora de su muerte. Los tormentos que debía sufrir Reichhardt por su mujer y sus tres hijos eran incomparablemente mayores. Lo acompañarían hasta su último suspiro, el viejo jefe de taller lo comprendía de sobra.

Quangel nunca sabría con detalle qué delito había cometido el maestro Reichhardt para considerar la muerte tan segura. Le parecía que su compañero de celda no había tenido una oposición muy activa a la dictadura de Hitler, no había conspirado, ni pegado carteles, ni preparado atentados, sino que más bien había vivido de acuerdo con sus convicciones. Él había rehuido todas las tentaciones nacionalsocialistas, nunca había contribuido a sus colectas con palabras, actuaciones o dinero, pero a menudo había alzado su voz de advertencia. Había dicho con claridad que el camino que recorría el pueblo alemán bajo ese régimen era infausto; en suma, había manifestado a todos, tanto dentro como fuera del país, todo aquello que Quangel, con mano torpe, había resumido en pocas frases en las postales. Porque hasta muy avanzada la guerra, hasta los últimos años, sus conciertos habían llevado al maestro

Reichhardt al extranjero.

Requirió mucho tiempo que el carpintero Quangel se formara una imagen relativamente nítida del tipo de trabajo que el maestro Reichhardt había desempeñado fuera, en el mundo... y esa imagen nunca fue del todo clara, y en lo más íntimo de su fuero interno nunca consideró trabajo la actividad de Reichhardt.

Cuando al principio oyó que Reichhardt era músico, pensó en los músicos que tocaban para acompañar el baile en los cafés, y sonrió compasivo y despectivo porque un hombre fuerte de miembros sanos tuviera que realizar un trabajo así. Eso, al igual que la lectura, era algo superfluo que únicamente ocupaba a la gente fina que no desarrollaba un trabajo sensato.

Reichhardt tuvo que explicarle con todo lujo de detalles una y otra vez lo que era una orquesta y la labor que desempeñaba su director. Quangel no se cansaba de escuchar sus explicaciones.

—¿Así que usted se pone con un palito delante de su gente y ni siquiera toca usted mismo?

Sí, así era.

—Y solo por indicar cuándo tiene que empezar a tocar cada cual y cómo de alto... ¿solo por eso le pagan tanto dinero?

Sí, el maestro Reichhardt se temía que así era, que solo por eso le pagaban tanto dinero.

—Pero ¿sabe usted tocar el violín o el piano?

—Claro. Pero no lo hago, al menos ante el público. Fíjese, Quangel, es parecido a lo que le ocurre a usted: sabe cepillar, y serrar, y clavar clavos. Pero no lo hacía, se limitaba a vigilar a otros.

—Sí, para que rindieran al máximo. Pero ¿acaso su gente, gracias a su presencia, tocaba más deprisa?

—No, ciertamente no.

Silencio.

Quangel dijo de repente:

—Y solamente música... Oiga, en nuestros buenos tiempos, cuando trabajábamos, fabricábamos no solo ataúdes, sino muebles, y aparadores, y librerías, y mesas, hacíamos algo que se podía ver. Un trabajo de ebanistería de la mejor calidad, ensamblado a espiga y encolado, que aguantará cien años. Pero música solamente... cuando usted lo deje, no quedará nada de su trabajo.

—Sí, Quangel, la alegría en las personas que escuchan buena música, permanecerá.

No, en este punto nunca llegaron a ponerse totalmente de acuerdo; en Quangel quedó un ligero desprecio por la actividad de Reichhardt como director de orquesta.

Pero se dio cuenta de que el otro hombre era íntegro y sincero, que había continuado con su vida, imperturbable a las amenazas y horrores, siempre amable, siempre altruista. Otto Quangel comprendió, asombrado, que las muestras de

amabilidad que Reichhardt le manifestaba no iban especialmente dedicadas a él, sino que se las habría manifestado a cualquier compañero de celda, incluido, por ejemplo, el «perro». Durante unos días tuvieron en la celda a un ladronzuelo, una criatura corrompida y embustera, y ese granuja se aprovechaba burlándose de la amabilidad del maestro; se fumaba sus cigarrillos, vendió su jabón al preso de confianza, robaba su pan. A Quangel le habría encantado moler a palos a ese individuo, oh, el viejo jefe de taller habría zurrado la badana a ese sinvergüenza. Pero el maestro no quería ni oír hablar del asunto, tomó bajo su protección al ladrón que se mofaba de su bondad tomándola por debilidad.

Cuando por fin se llevaron a ese tipo de su celda, descubrieron que, impulsado por una inconcebible maldad, había roto una foto, la única foto que el maestro Reichhardt poseía de su mujer y sus hijos. Cuando el maestro vio los trozos, afligido porque ya no se podrían juntar de nuevo, Quangel dijo enfurecido:

—Mire, maestro, a veces creo que es usted realmente flojo. Si me hubiera permitido darle un buen repaso a ese miserable, nada de esto habría sucedido.

El director de orquesta respondió con una sonrisa triste:

—¿Entonces pretendemos igualarnos a los otros, Quangel? Porque ellos creen que pueden convencernos de sus ideas a base de golpes. Nosotros, sin embargo, no creemos en el poder de la violencia, sino en la bondad, en el amor y en la justicia.

—¡Bondad y amor para ese mono malvado!

—¿Sabe usted cómo se hizo malvado? ¿Sabe usted si ahora se defiende contra la bondad y el amor exclusivamente porque tiene miedo de vivir de otra manera cuando ya no sea malo? Si hubiéramos tenido a ese chico cuatro semanas más en nuestra celda, habría comprobado usted los efectos.

—¡También hay que recurrir en ocasiones a la dureza, maestro!

—No, no hay que recurrir. Una frase así disculpa cualquier insensibilidad, Quangel.

Este, malhumorado, meneó de un lado a otro la cabeza de duro y afilado perfil de pájaro. Pero no siguió rebatiendo.

Capítulo 58

LA VIDA EN LA CELDA

Se acostumbraron el uno al otro, se hicieron amigos, en la medida en que un hombre duro y seco como Otto Quangel podía convertirse en amigo de un hombre abierto y bondadoso. Su jornada estaba férreamente organizada por Reichhardt. El maestro se levantaba muy temprano, se lavaba todo el cuerpo con agua fría, hacía media hora de ejercicios gimnásticos y luego limpiaba él mismo la celda. Más tarde, después del desayuno, Reichhardt leía durante dos horas y a continuación caminaba una de un lado a otro de la celda, sin olvidar nunca quitarse los zapatos para no poner nerviosos a sus vecinos de las celdas de arriba y de abajo con sus continuas idas y venidas.

Durante ese paseo matinal que duraba de diez a once, el maestro Reichhardt canturreaba entre dientes. Casi siempre se limitaba a tararear en voz muy baja, porque apenas cabía esperar nada bueno de muchos guardianes, y Quangel se había acostumbrado a escuchar ese tarareo. Por poca importancia que atribuyese a la música, se daba cuenta de que ese tarareo le influía. A veces le infundía la valentía y fortaleza suficientes para soportar cualquier destino, y Reichhardt precisaba:

—Beethoven.

Otras le contagiaba una increíble ligereza y alegría que no había sentido hasta entonces, y Reichhardt decía:

—Mozart. —Y Quangel se olvidaba de sus preocupaciones.

En algunas ocasiones de la boca del maestro brotaba algo sombrío y grave, y a veces era como un dolor en el pecho de Quangel y otras como si estuviera sentado de pequeño con su madre en la iglesia: aún tenía toda la vida por delante, y eso era algo grande.

—Johann Sebastian Bach —informaba Reichhardt.

Sí; Quangel, aunque seguía sin valorar demasiado la música, no podía sustraerse del todo a su influjo, por primitivo que fuera el canto y el tarareo del maestro Reichhardt. Se acostumbró a escucharlo con atención sentado en un taburete, mientras él iba y venía, casi siempre con los ojos cerrados, porque los pies conocían el estrecho y corto camino de la celda. Quangel observaba el rostro de ese hombre, un caballero refinado con el que fuera, en el mundo, no habría sabido de qué hablar, y a veces se preguntaba si habría llevado su propia vida de manera correcta, separado de todos los demás, un camino de aislamiento elegido por él mismo.

El maestro Reichhardt también decía a veces:

—No vivimos para nosotros, sino para los demás. Lo que hacemos no lo hacemos para nosotros, sino únicamente para los demás...

Sí, no había duda: con más de cincuenta años, seguro de su próxima muerte,

Quangel aún experimentaba cambios. No le gustaba, se resistía a ello y sin embargo, notaba cada vez con más fuerza el cambio, debido no solo a la música, sino sobre todo al ejemplo del hombre que la tarareaba. Él, que había prohibido tantas veces hablar a Anna, que consideraba que el silencio a su alrededor era la situación ideal, se sorprendía a sí mismo deseando que el maestro Reichhardt dejara de una vez el libro y cruzara unas palabras con él.

Ocurría casi siempre tras haberlo deseado. De pronto el maestro levantaba la vista de su lectura y preguntaba sonriente:

—¿Qué hay, Quangel?

—Nada, maestro.

—No debería usted pasar tanto tiempo sentado, cavilando. ¿No quiere probar con la lectura?

—No, es demasiado tarde para mí.

—Quizá tenga razón. ¿Qué otras cosas hacía usted después del trabajo? No es posible que el tiempo que no pasaba en el taller permaneciese inactivo en su casa, ¡un hombre como usted!

—Escribía mis postales.

—¿Y antes, cuando no había guerra?

Quangel tuvo primero que recordar lo que hacía antes.

—Bueno, mucho antes me gustaba tallar la madera.

—Hmm, eso no nos lo permitirán: un cuchillo —dijo el maestro pensativo—. ¡No podemos privar al verdugo de sus derechos, Quangel!

Y este, vacilando:

—¿Por qué siempre juega al ajedrez solo, maestro? También se podrá jugar entre varios, ¿no?

—Sí, entre dos. ¿Le apetecería aprender?

—Creo que soy muy tonto para eso.

—¡Qué disparate! Podemos intentarlo.

Y el maestro Reichhardt cerró su libro.

Así que Quangel aprendió a jugar al ajedrez. Para su sorpresa aprendió de prisa y sin dificultad. Y volvió a experimentar que lo que había pensado antes era radicalmente falso. Había juzgado un poco ridículo e infantil ver en un café a dos hombres moviendo pequeñas piezas de madera, y lo había llamado matar el tiempo, una diversión para críos.

Ahora supo que esos movimientos de las pequeñas piezas de madera podían originar algo parecido a la dicha, claridad mental, profunda, sincera alegría por una hermosa jugada, el descubrimiento de que importaba muy poco ganar o perder, de que la alegría por una partida perdida, pero bien jugada, era mucho mayor que la que deparaba un juego ganado gracias a un error del maestro.

Ahora, cuando el maestro leía, Quangel se sentaba frente a él, con el tablero de ajedrez y las piezas blancas y negras delante, y al lado el libro: Dufresne, *Manual de*

ajedrez, y ensayaba aperturas y finales. Más adelante empezó a repasar partidas de maestros enteras; su mente clara, serena, retenía sin esfuerzo veinte, treinta jugadas, y no tardó en llegar el día en que fue mejor jugador.

—Jaque mate, maestro.

—Vaya, ha vuelto a ganarme, Quangel —dijo Reichhardt inclinándose a su rey a modo de saludo ante su adversario—. Tiene usted madera de gran jugador.

—Ahora pienso a veces, maestro, que tengo madera para algunas cosas que antes ignoraba por completo. Pero desde que las conozco, desde que he llegado a este caserón de cemento para morir, descubro la cantidad de cosas que me he perdido en la vida.

—Eso nos sucede a todos. Todo aquel que tiene que morir, y sobre todo aquel que, como nosotros, tiene que morir antes de su hora, se afligirá por cada hora perdida de su existencia.

—Pero en mi caso sucede algo completamente distinto. Yo siempre pensé que bastaba con hacer mi trabajo como es debido y sin estropear nada. Ahora, sin embargo, me entero de que podía haber hecho un montón de cosas más: jugar al ajedrez, ser amable con la gente, escuchar música, ir al teatro. De verdad, maestro, si antes de morir pudiera expresar un deseo, sería verlo a usted con su batuta en uno de esos grandes conciertos sinfónicos que dice. Siento curiosidad por ver cómo es eso y qué efecto provocaría en mí.

—Nadie puede vivirlo todo a la vez, Quangel. La vida es demasiado rica. Se habría dispersado. Usted ha cumplido siempre con su trabajo y se ha sentido siempre un hombre completo. Cuando aún estaba fuera, no le faltaba de nada, Quangel. Escribió sus postales...

—¡Pero no sirvieron para nada, maestro! ¡Cuando el comisario Escherich me comunicó que de las 285 postales escritas por mí 267 fueron a parar a sus manos sentí como un mazazo! ¡Solo 18 no se encontraron! ¡Y esas 18 tampoco surtieron efecto!

—¿Quién sabe? Al menos usted se opuso al mal. Usted no se volvió malo. Usted y yo y los muchos que hay en esta casa y los innumerables de otras prisiones y las decenas de miles ingresados en campos de concentración... todos ellos resisten todavía, hoy, mañana...

—Sí, y después nos quitarán la vida. ¿De qué habrá servido entonces nuestra resistencia?

—A nosotros, de mucho, porque podremos sentirnos personas decentes hasta la muerte. Y al pueblo, que será redimido por los justos, como dice la Biblia, más todavía. Fíjese, Quangel, como es natural habría sido cien veces mejor que hubiéramos tenido un hombre que nos hubiera dicho: Tenéis que actuar así y asá, y este es nuestro plan. Si hubiera existido en Alemania un hombre así, nunca se habría llegado a 1933. Así que todos hemos tenido que actuar por separado, y hemos sido capturados por separado, y cada uno tendrá que morir solo. Pero eso no hará que estemos solos, no por eso moriremos en vano. En este mundo nada acontece en vano,

y dado que luchamos contra la fuerza bruta en pro de la justicia, al final venceremos.

—¿Y qué sacaremos de eso, ahí abajo, en nuestras tumbas?

—¡Pero Quangel! ¿Acaso preferiría vivir por una causa injusta a morir por una justa? No hay elección, ni para usted ni para mí. Somos los que somos y por eso hemos de recorrer nuestro camino.

Callaron largo rato.

Luego Quangel inició la conversación.

—Ese juego del ajedrez...

—Sí, Quangel, ¿que pasa con él...?

—A veces pienso que es malo. El ajedrez ocupa mi mente durante muchas horas, y sin embargo tengo una mujer...

—Usted piensa lo suficiente en su mujer. Quiere mantenerse fuerte y valiente; todo lo que lo mantenga fuerte y valiente es bueno, y lo que lo torna débil y dubitativo, como las cavilaciones, es malo. ¿De qué le sirven a su mujer las elucubraciones? A ella le sirve que el pastor Lorenz pueda contarle de nuevo que usted está fuerte y es valiente.

—Pero desde que ella tiene esa compañera de celda, ya no puede hablar francamente con ella. Hasta el pastor considera a esa mujer una espía.

—Ya se encargará el reverendo de dar a entender a su mujer que se encuentra bien y se siente fuerte. Para eso al fin y al cabo, basta una leve inclinación de cabeza, una mirada. El pastor Lorenz sabe cómo hacerlo.

—Me gustaría darle alguna carta para Anna —dijo Quangel pensativo.

—No se lo aconsejo. No se negaría, pero usted pondría su vida en peligro. Ya sabe que desconfían continuamente de él. Sería malo que también nuestro buen amigo fuera a parar a una celda como esta. En realidad ya arriesga su vida a diario.

—Entonces no escribiré ninguna carta —decidió Otto Quangel.

Y lo cumplió, a pesar de que el pastor le trajo al día siguiente una mala noticia, una noticia malísima, sobre todo para Anna Quangel. El jefe de taller solo le pidió que no comunicase todavía a su mujer la mala noticia.

—¡Ahora no, por favor, todavía no, padre!

Y el pastor se lo prometió.

—Bien, de acuerdo; ya me dirá usted cuándo ha llegado el momento, señor Quangel.

Capítulo 59

EL BUEN PASTOR

El pastor Friedrich Lorenz, que desempeñaba, incansable, su ministerio en la cárcel, un hombre en la flor de la vida, pues rondaba la cuarentena, era muy alto, estrecho de pecho, tosía sin parar, un hombre marcado por la tuberculosis y que soslayaba su enfermedad, porque el trabajo no le dejaba tiempo para cuidar y curar su cuerpo. Su cara pálida, de ojos oscuros tras los cristales de las gafas y nariz fina y delgada, ostentaba grandes patillas, pero la zona de la boca siempre aparecía impecablemente afeitada y mostraba una boca grande, pálida, de labios finos y mentón redondo y firme.

Este era el hombre al que esperaban cada día cientos de presos, el único amigo que conocían en esa casa, que además constituía un puente con el mundo exterior, al que contaban sus preocupaciones y necesidades y que los ayudaba en todo lo que podía, desde luego mucho más de lo que le estaba permitido. Iba incansable de celda en celda, nunca indiferente al sufrimiento ajeno, olvidando siempre el suyo propio, completamente impávido en lo tocante a su propia persona. Un auténtico pastor de almas que jamás preguntaba por la fe, por el credo de los que demandaban ayuda, que rezaba con ellos si se lo pedían, y para los que en caso contrario era siempre un hermano.

El pastor Friedrich Lorenz está ante el escritorio del director de la prisión, la frente perlada de gotas de sudor, dos manchas rojas destacan en sus mejillas, pero dice muy tranquilo:

—Este es el séptimo fallecimiento en las últimas dos semanas fruto de la negligencia.

—En el certificado de defunción pone pulmonía —le rebate el director, sin levantar la vista de lo que está escribiendo.

—El médico no cumple con su obligación —arguye el pastor, obstinado, mientras golpea suavemente con los nudillos el escritorio, como si pidiera permiso para entrar en el despacho del director—. Siento tener que decir que el médico bebe en exceso. Descuida a sus pacientes.

—Oh, no hay nada que objetar contra el médico —contesta el director con ligereza y sigue escribiendo. Se niega a recibir al pastor—. Ya quisiera yo que usted fuese como él, reverendo. A ver, ¿le ha pasado a escondidas un escrito al número 397, sí o no?

Las miradas de ambos, la del director de cara colorada y llena de cicatrices de antiguos duelos estudiantiles y la del clérigo abrasado por la fiebre, se cruzan.

—Es la séptima muerte en dos semanas —insiste el pastor Lorenz—. La prisión

necesita un nuevo médico.

—Acabo de preguntarle algo, reverendo. ¿Tendría la bondad de contestarme?

—En efecto, he entregado una carta al número 397, pero no era una comunicación clandestina. Era una carta de su esposa comunicándole que el tercer hijo de este hombre no ha caído, sino que ha sido hecho prisionero. Ya ha perdido dos hijos y creía muerto también al tercero.

—Siempre encuentra usted un motivo para infringir el reglamento penitenciario. Pero no pienso seguir tolerando ese juego durante mucho tiempo.

—Solicito que el médico sea relevado —repite el pastor volviendo a golpear suavemente el escritorio con los nudillos.

—¡Y un cuerno! —grita de repente el director—. ¡Deje de darme la tabarra con sus majaderías! El médico es bueno y se quedará. Y usted procure cumplir el reglamento penitenciario o le sucederá algo.

—¿Qué puede sucederme? —preguntó el pastor—. Puedo morir. Y moriré. Muy pronto. Reitero mi petición de cese del médico.

—Es usted un mentecato, pastor —le espetó con tono gélido el director—. Supongo que la tisis lo ha enloquecido un poco. Si no fuera usted un pobre infeliz, ¡un mentecato, precisamente!, haría mucho tiempo que lo habrían ahorcado. Pero siento compasión por usted.

—Es mejor que consagre su compasión a sus presos —replicó el pastor con idéntica frialdad—. Y encárguese de buscar un médico consciente de sus obligaciones.

—Le aconsejo que cierre usted la puerta al salir, reverendo.

—¿Tengo su palabra de que buscará otro médico?

—¡No, no, maldita sea, no! ¡Váyase al diablo! —El director se enfureció, se levantó de su escritorio y dio dos pasos hacia el pastor—. Me obligará a echarlo a la fuerza, ¿es eso lo que quiere?

—No causaría buena impresión en los presos que están fuera, en la oficina. Quebrantaría todavía más el escaso crédito de que todavía goza entre ellos la autoridad del Estado. No obstante, haga lo que le plazca, señor director.

—¡Mentecato! —exclamó el director, pero la advertencia del pastor lo serenó hasta el punto de que se sentó de nuevo en su silla—. Ahora váyase. Tengo que trabajar.

—El trabajo más urgente es solicitar un nuevo médico.

—¿Cree usted que conseguirá algo con su testarudez? ¡Lo que conseguirá es justo lo contrario! ¡Ahora sí que se queda el médico!

—Recuerdo un día que usted mismo no quedó muy satisfecho de ese médico —precisó el pastor—. Era de noche, había tormenta. Usted había mandado a buscar y telefoneado a otros médicos que no venían. A Berthold, su hijo de seis años, le supuraba el oído medio, aullaba de dolor. Corría peligro de muerte. A instancias tuyas fui a buscar al médico de la prisión. Estaba borracho. Al ver al niño moribundo

perdió el último vestigio de cordura; señaló sus manos temblorosas que hacían imposible cualquier intervención quirúrgica y estalló en sollozos.

—¡Ese infame borracho! —murmuró el director que, de repente, tenía expresión adusta.

—A su Berthold lo salvó entonces otro médico. Pero lo que sucedió un día, podría repetirse. Usted se vanagloria de no ser cristiano, señor director, y a pesar de todo yo le digo: Dios no permite que se burlen de él.

El director de la prisión, conteniéndose, repuso sin levantar la vista:

—Márchese de una vez, reverendo.

—¿Y el médico?

—Veré lo que puede hacerse.

—Se lo agradezco, señor director. Muchos se lo agradecerán.

El clérigo recorría la prisión con su raída chaqueta negra cuyos codos desprendían un brillo grisáceo, sus deformados pantalones negros, sus zapatos de cuero engrasado y suelas gruesas y el brazalete negro torcido, una figura grotesca. Algunos de los carceleros lo saludaban, otros se volvían ostentadamente cuando se acercaba y en cuanto había pasado lo seguían con mirada recelosa. Sin embargo, todos los presos que estaban ocupados en los corredores le dedicaban una mirada (pues no les estaba permitido saludarlo), una mirada llena de gratitud.

El clérigo traspasa muchas puertas de hierro, camina por escaleras de hierro agarrándose a la barandilla de hierro. Oye brotar el llanto de una celda, se detiene un momento, pero después menea la cabeza y reanuda, veloz, su camino. Cruza un pasadizo de hierro en el sótano, a izquierda y derecha se abren las puertas abiertas de las oscuras celdas de castigo, una luz está encendida en una habitación. El pastor se detiene y mira hacia el interior.

En la estancia fea y sucia, un hombre de tenebroso rostro ceniciento se sienta a una mesa y clava sus ojos de pez en siete hombres, vigilados por dos guardianes, que, en cueros ante él, tiritan de frío.

—¡Qué os pasa, preciosidades! —berrea el hombre—. ¿A qué viene tanto bamboleo? Hace un poco de frío, ¿eh? Pues no, cuando estéis en el búnker, entre hierro y cemento, a pan y agua os enteraréis de lo que es el frío...

Se interrumpe. Ha visto en la puerta la figura silenciosa que le observa.

—¡Guardias! —ordena malhumorado—, ¡llévense a esta gente! Todos están sanos y son aptos para ser detenidos. Aquí tiene el papelucho.

Tras estampar su nombre bajo una lista, se la entrega al funcionario.

Los presos pasan por delante del pastor no sin lanzarle una mirada digna de lástima en la que reluce una débil esperanza.

El pastor espera a que el último de ellos haya desaparecido, para penetrar en la estancia.

—Así que también ha muerto el 352 —dice en voz baja—. Y yo que le había pedido...

—¿Qué puedo hacer, pastor? Yo mismo he pasado hoy dos horas junto a ese hombre, aplicándole cataplasmas.

—Entonces he debido de dormirme. Hasta ahora creía que me había pasado toda la noche con el 352. Y a sus pulmones no les pasaba nada, doctor, el preso 357 tenía pulmonía. El difunto Hergesell, el 352, tenía fractura de cráneo.

—Debería ser el médico en mi lugar —soltó, burlón, el hombre fofo—. Yo podría hacer de pastor.

—Me temo que sería peor pastor que médico.

—Cuando se pone descarado, clericastro, me encanta usted. ¿No puedo siquiera examinar sus pulmones? —El doctor rio.

—No, no puede, preferimos confiarle ese cometido a otro médico —contestó el pastor impertérrito.

—Pero incluso sin examinarlo puedo comunicarle que ya no aguantará ni tres meses —continuó el médico con maldad—. Sé que expectora sangre desde mayo; no, no falta mucho ya para el primer vómito de sangre.

Al oír esta pavorosa declaración, el pastor palideció un ápice, pero su voz no vaciló al decir:

—¿Y cuánto tiempo tendrán hasta su primer vómito de sangre esas personas que acaba usted de enviar a la celda de castigo, señor oficial sanitario?

—Todos ellos son sanos y aptos para el arresto en celda de castigo... según el dictamen médico.

—Sin embargo, ni siquiera han sido examinados.

—¿Pretende acaso valorar mi desempeño del cargo? ¡Se lo advierto, sé de usted más de lo que cree!

—¡Y con mi primer vómito de sangre sus conocimientos pierden su valor! Dicho sea de paso, ya lo he superado...

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha superado?

—Mi primer vómito de sangre... ocurrió hace tres o cuatro días.

El médico se levantó pesadamente.

—Ande, venga conmigo, clericastro, lo examinaré arriba, en mi despacho. Conseguiré que le den inmediatamente un permiso. Presentaremos una solicitud para que le permitan viajar a Suiza, y hasta que la aprueben lo enviaré a Turingia.

El pastor hacia cuyo brazo alargaba la mano el médico medio borracho, permanecía impassible.

—¿Y qué pasará entretanto con los hombres que están en celdas de castigo? Dos de ellos seguro que no son capaces de soportar la humedad, el frío y el hambre de allí, y a los siete les causará daños duraderos.

—El sesenta por ciento de los internos de esta institución será ejecutado —contestó el médico—. Calculo que al menos el treinta y cinco por ciento de los restantes serán condenados a largas penas de reclusión. Por consiguiente, ¿qué importa que mueran tres meses antes o después?

—Dado que piensa así, no tiene usted derecho a considerarse médico. Dimita de su cargo.

—Mi sustituto tampoco será distinto. De modo que ¿por qué cambiar? —El médico rio—. Vamos, pastor, lo examinaré. Ya sabe que siento debilidad por usted, a pesar de sus alborotos continuos y de que azuza a la gente contra mí. ¡Es usted un quijote magnífico!

—Precisamente acabo de alborotar y azuzar a la gente contra usted. He solicitado al director su relevo y he recibido una respuesta afirmativa al setenta y cinco por ciento.

El médico se echó a reír. Palmeando los hombros del pastor, dijo:

—Pero eso es magnífico por su parte, clericastro, entonces tendré que estarle francamente agradecido. Porque si me relevan, me darán una patada hacia arriba, me convertiré en oficial sanitario superior y no tendré que hacer absolutamente nada. ¡Mis más efusivas gracias, clericastro!

—Demuéstremelas sacando de la celda de castigo a Kraus y al pequeño Wendt. No saldrán con vida. En las dos últimas semanas ya hemos tenido siete defunciones debido a su negligencia.

—¡Adulador! Pero ahora no puedo darle calabazas. Esta noche los sacaré de allí. Ahora mismo, después de estampar mi firma, me comprometería demasiado, ¿no le parece, pastor?

Capítulo 60

TRUDEL HERGESELL, DE SOLTERA BAUMANN

El traslado a la prisión preventiva separó a Trudel Hergesell de Anna Quangel. A Trudel le resultó duro tener que pasar sin la «madre». Había olvidado hacía tiempo que Anna había sido la causa de su detención, no, no lo había olvidado, pero la había perdonado. Más aún, había comprendido que en realidad tampoco había nada que perdonar. En esos interrogatorios nadie estaba totalmente seguro, los comisarios hábiles podían convertir una mención inocente en una trampa en la que uno caía sin remisión.

Ahora Trudel estaba sin la madre, no tenía a nadie con quien hablar. No podía hablar de la felicidad que la había embargado una vez, de la preocupación por Karli, que ahora la poseía por completo. Su nueva compañera de celda era una señora de edad, amarillenta, ambas se odiaron desde el primer momento, y esa mujer siempre estaba cuchicheando con las guardianas y las celadoras. Cuando el pastor estaba en la celda, ninguna de sus palabras escapaba a sus oídos.

Trudel, sin embargo, se había enterado de algo sobre su Karli gracias al pastor. La señora Hänsel, su compañera de celda, se había marchado de nuevo a Administración, seguro que para precipitar a alguna persona en la desgracia con sus chivateos. El pastor había contado a Trudel que su marido estaba en la misma prisión que ella, aunque estaba enfermo y solía permanecer sin conocimiento... A pesar de todo le transmitía saludos de parte de Karl.

Desde entonces Trudel vivía esperanzada con las visitas del pastor. Aunque Hänsel estuviera presente, el clérigo siempre conseguía proporcionarle alguna noticia. A menudo se sentaban debajo de la ventana, las banquetas muy juntas, y el reverendo Lorenz le leía en voz alta un capítulo del Nuevo Testamento, mientras la Hänsel solía permanecer apoyada en la otra pared de la celda, con la vista centrada en ambos.

Para Trudel la Biblia constituía una auténtica novedad. Ella había recorrido las escuelas hitlerianas sin religión, y nunca había sentido una necesidad religiosa. Para ella Dios no era un concepto, sino una simple palabra en exclamaciones como: «Dios mío». También se podía decir: «Cielo santo»... no había diferencia alguna.

Ahora, al conocer la vida de Cristo por el Evangelio de San Mateo, le dijo al pastor que no podía concebir lo que significaba ser «hijo de Dios». Pero el pastor Lorenz se limitó a sonreír suavemente y comentar que eso ahora carecía de importancia. Ella solo tenía que fijarse en cómo había vivido Jesucristo en la tierra, en cómo había amado a las personas, incluso a sus enemigos. Podía interpretar los «milagros», si se le antojaba, como hermosos cuentos, pero tenía que saber cómo había vivido en este mundo alguien cuya huella seguía brillando imperecedera al

cabo de casi dos mil años, un eterno reflejo de que el amor era más fuerte que el odio.

En un primer momento Trudel Hergesell, que era capaz de odiar con la misma fuerza que amar (y que al escuchar esa doctrina odiaba a tres metros de distancia desde lo más profundo de su corazón a la señora Hänsel), se rebeló contra semejantes enseñanzas. Le parecían demasiado blandas. Así que no fue Jesucristo el que hizo su corazón más receptivo, sino su pastor Friedrich Lorenz. Cuando contemplaba a ese hombre cuya grave enfermedad nadie podía soslayar, cuando veía que se interesaba por sus preocupaciones como si fueran las suyas propias, que nunca pensaba en sí mismo, cuando percibía su valor, que durante la lectura ponía en su mano una nota en la que había un mensaje sobre Karl, y cuando después lo oía hablar con la soplona Hänsel con la misma amabilidad y bondad que con ella, con esa mujer a la que sabía capaz de delatarle en cualquier momento, de entregarlo a merced del verdugo, Trudel percibía algo parecido a la felicidad, una profunda paz que emanaba de ese hombre que no quería odiar, sino amar, incluso a la peor de las personas.

Ese nuevo sentimiento ciertamente no determinó que Trudel Hergesell se volviera más benigna con Hänsel, pero esta quizá le resultó más indiferente, el odio ya no era tan importante para ella. A veces, durante sus paseos por la celda, se detenía súbitamente delante de Hänsel y le preguntaba:

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué delata a todo el mundo? ¿Porque espera que disminuya el castigo?

Durante semejantes alocuciones Hänsel no apartaba de Trudel la mirada de sus ojos amarillos, crueles. O bien no respondía nada o decía:

—¿Cree que no he visto cómo ha apretado su pecho contra el brazo del pastor? ¡Qué maldad, intentar seducir a un hombre con un pie en la tumba! ¡Pero espera, que alguna vez os pillaré a los dos! ¡Vaya si os pillaré!

En qué quería pillar Hänsel al pastor y a Trudel Hergesell, quedaba en el aire. Trudel respondía a esas injurias con una breve carcajada burlona, y después reanudaba en silencio su interminable caminata por la celda, con sus pensamientos siempre puestos en Karl. No se podía negar que las noticias sobre él eran cada vez peores, pese a la prudencia y precaución con que el reverendo las refería. Cuando decía por ejemplo que no había novedades, que su estado continuaba igual, significaba que Karl no le había transmitido saludos, lo que a su vez había que entender como que yacía sin conocimiento. Trudel había aprendido que el pastor no mentía, que no transmitía saludos si no se lo habían encargado. Desdeñaba cualquier consuelo barato porque algún día acabaría demostrándose falaz.

Pero Trudel también sabía por los interrogatorios del juez de instrucción que la situación de su marido era mala. Nunca se refería a una declaración suya reciente, ella tenía que informar de todo, y la verdad es que ella no sabía nada de la maleta del miserable Grigoleit que los había arrastrado a ambos a la desgracia. Aunque los métodos de interrogatorio del juez de instrucción no eran tan crueles y brutales como los del comisario Laub, sí que mostraba la misma tenacidad de este último. Trudel

siempre regresaba a su celda de esos interrogatorios completamente agotada y desanimada. ¡Ay, Karli, Karli! ¡Ojalá pudiera verlo solamente una vez, sentarse junto a su lecho, sostener su mano, en completo silencio, sin decir palabra!

Hubo un tiempo en que creyó que no lo amaba, que jamás podría amarlo. Ahora estaba impregnada de él, él era el aire que respiraba, el pan que comía era él, la manta que la calentaba era él. Y estaba tan cerca, un par de pasillos, un par de escaleras, una puerta... ¡pero no había ninguna persona en el mundo tan compasiva como para llevarla a su lado una vez, una única vez! ¡Ni siquiera ese pastor tísico!

¡Porque todos ellos temían por su querida vida, no se atrevían a hacer nada serio para ayudar de verdad a una desvalida! Y de pronto recordó el sótano de los cadáveres en el búnker de la Gestapo, el hombre alto de las SS que encendió un cigarrillo y le dijo «¡chica, chica!», su búsqueda entre los cadáveres después de que Anna y ella hubieran desnudado a la difunta Berta... y le embarga la sensación de que entonces, cuando le permitieron buscar a Karl, gozó de un momento benigno, compasivo. ¿Y ahora? ¡El corazón palpitante encerrado entre hierro y piedra! ¡Sola!

Cierran la puerta con mayor lentitud y suavidad que las guardianas, pero luego llaman: el pastor.

—¿Puedo pasar? —inquire.

—Pase, por favor, reverendo —lo invita Trudel llorando.

Mientras, la señora Hänsel murmura con una mirada hostil:

—¿Qué querrá este otra vez?

Entonces Trudel apoya su cabeza contra el pecho estrecho, que respira deprisa, del religioso, sus lágrimas corren por sus mejillas, oculta la cara contra su pecho y suplica:

—¡Tengo tanto miedo, reverendo! ¡Tiene que ayudarme! ¡Necesito ver a Karl, solamente una vez! Presiento que será la última...

Y la voz chillona de la señora Hänsel:

—¡Lo denunciaré! ¡Voy a denunciarlo ahora mismo!

Mientras, el pastor acaricia la cabeza de Trudel con ademán consolador y dice:

—Claro que sí, hija mía, lo verá usted una vez.

Entonces unos sollozos cada vez más fuertes la estremecen, y sabe que Karl está muerto, que no lo buscó en vano en el sótano de los cadáveres, que fue un presentimiento, una advertencia.

Y grita:

—¡Está muerto! ¡Reverendo, está muerto!

Y este contesta brindándole el único consuelo que puede ofrecer a esos seres señalados por la muerte.

—Hija, él ya no sufre —constata—. Tu situación es más penosa.

Ella todavía escucha. Quiere reflexionar, entenderlo bien, pero se le nubla la vista. La luz se extingue. Su cabeza se desploma.

—¡Écheme una mano, señora Hänsel! —ruega el pastor—. Estoy demasiado débil

para sostenerla.

Y después también fuera anochece, la noche se junta con la noche, la oscuridad con la oscuridad.

Trudel, la viuda Hergesell, ha despertado y sabe que no está en su celda, y recuerda que Karl ha muerto. Vuelve a verlo yacer en el estrecho catre de su celda, con su cara tan pequeña y joven, y piensa en la cara del niño que engendraron, y ambos rostros se funden uno en otro, y ella sabe que lo ha perdido todo en este mundo, hijo y marido, que jamás volverá a amar, que nunca podrá parir hijos, y todo porque dejó una postal sobre la repisa de una ventana por un hombre viejo, y por eso su vida entera se ha hecho pedazos y también la de Karl. Para ella no volverá a lucir el sol, ni existirá la felicidad, ni el verano, ni las flores...

Flores sobre mi tumba, flores sobre tu tumba...

Y ante el tremendo dolor que se propaga por su interior, que la congela como hielo, vuelve a cerrar los ojos ansiosa por retornar a la noche y al olvido. Pero la noche está fuera, se queda allí, no penetra dentro de ella, y de pronto el calor la inunda... Se levanta de la cama con un grito y quiere marcharse, correr, escapar de ese dolor espantoso. Pero una mano la sujeta...

Hay luz, y de nuevo es el reverendo, que estaba sentado a su lado, quien la sujeta. Sí, es una celda desconocida, es la celda de Karl, pero ya se lo han llevado, y el hombre que se encontraba con Karl en la celda también se ha ido.

—¿Dónde lo han llevado? —pregunta sin aliento, como si acabara de recorrer un largo camino.

—Rezaré mis oraciones junto a su tumba.

—¿De qué le sirven ahora sus oraciones? ¡Tendría que haber pedido por su vida cuando aún había tiempo!

—¡Ya descansa en paz, niña!

—¡Quiero irme de aquí! —exclama Trudel, febril—. Por favor, reverendo, déjeme regresar a mi celda. Allí tengo una foto suya, necesito verla ahora mismo. Estaba tan cambiado...

Y mientras habla, sabe de sobra que está mintiendo adrede al bueno del reverendo. Porque no posee ninguna foto de Karl, ni desea volver jamás a su celda con la señora Hänsel.

Una idea fugaz cruza por su mente: Estoy loca, pero ahora tengo que disimularlo bien, para que él no lo note... ¡Tengo que ocultar mi locura cinco minutos solamente!

El pastor la conduce fuera de la celda, llevándola con cuidado del brazo para regresar a la prisión de mujeres a través de numerosos corredores y escaleras, y escucha las respiraciones profundas que salen de muchas celdas —duermen— y de otras, pasos incesantes —se preocupan— y de algunas, lloros —sufren, pero nadie tanto como ella.

Pero cuando el pastor abre y cierra tras ella una puerta, Trudel se desprende de su brazo y los dos siguen caminando en silencio por el corredor nocturno con las celdas

de castigo de las que el médico borracho, faltando a su promesa, no ha rescatado a los dos enfermos, y ahora suben un montón de escaleras en la cárcel de mujeres hasta el módulo V, donde está Trudel.

Pero en el corredor de arriba del todo, una guardiana sale a su encuentro arrastrando los pies y pregunta:

—¿A las once de la noche trae usted de vuelta a la Hergesell, reverendo? ¿Dónde ha estado con ella tanto tiempo?

—Ha pasado muchas horas inconsciente. Su marido ha muerto, ¿sabe?

—Claro... y usted ha estado consolando a la joven, ¿verdad, reverendo? ¡Muy bonito! ¡Ya me ha contado la señora Hänsel que ella siempre se le abraza como una desvergonzada! Debe de ser estupendo ese consuelo nocturno. ¡Voy a anotarlo en el libro de incidencias!

Pero antes de que el pastor haya podido defenderse de semejante impudicia, los dos ven que Trudel, la viuda Hergesell, ha trepado encima de la reja de hierro del corredor. Durante un instante permanece allí, sujetándose con una mano a la barandilla, dándoles la espalda...

Y ellos gritan:

—¡Alto! ¡No! ¡No, por favor!

Y se abalanzan hacia ella para cogerla.

Pero Trudel se precipita al vacío igual que una nadadora que se lanza de cabeza al agua. Ellos oyen un revoloteo, un siseo rápido y un choque sordo.

A continuación se hace un silencio sepulcral, mientras asoman sus caras pálidas por encima de la barandilla sin lograr ver nada.

Dan un paso hacia la escalera.

Pero en ese mismo instante se desata el infierno.

Es como si a través de las puertas de hierro de las celdas hubieran visto lo sucedido. Al principio es un chillido histérico que se va propagando de celda en celda, de módulo en módulo, de un lado del corredor al otro, por encima del abismo.

Y mientras continúa, ese único grito se convierte en alaridos, sollozos, lamentos, gruñidos, voces de rabia.

—¡Asesinos! ¡La habéis matado! ¡Matadnos a todas de una vez, verdugos!

Algunas mujeres se agarran a las ventanas y gritan hacia los patios, de forma que también las secciones de hombres despiertan de su sueño ligero por el miedo, y comienzan a alborotar, a gritar, a bramar de furia, a gemir, a gruñir, a desesperarse...

Denuncian: son mil, dos mil, tres mil voces las que denuncian, el animal grita su denuncia a través de mil, dos mil, tres mil bocas.

Y suena el estridente timbre de alarma, y tamborilean con los puños contra las puertas de hierro, las golpean con sus taburetes. Los catres de hierro caen ruidosamente de sus bisagras, y vuelven a ser levantados antes de restallar de nuevo. Las escudillas ruedan ruidosas por el suelo, las tapas de los cubos alborotan, y el edificio entero, esa prisión gigantesca, de pronto apesta como una inmensa letrina.

El servicio de guardia se viste a toda prisa y agarra sus porras de goma.

Y abren las puertas de las celdas: ¡Plop! ¡Plop!

El chasquido sordo de las porras de goma cayendo sobre las cabezas se intensifica y las voces se tornan más iracundas, mezcladas con el ruido de pies que pelean, y los alaridos agudos, bestiales, de los epilépticos y los gritos de júbilo de guasones idiotas y los silbidos estridentes de los rufianes...

Y el agua azotaba las caras de los guardianes que entraban violentamente.

Y en el depósito de cadáveres yacía completamente inmóvil Karl Hergesell con su cara infantil, serena.

Así fue la sinfonía salvaje, terrorífica, espantosa que sonó en honor a Trudel, la viuda Hergesell, de soltera Baumann.

Pero ella yacía abajo, en parte sobre el linóleo, en parte sobre el suelo de cemento de un gris sucio del módulo I situado abajo.

Yacía completamente inmóvil, con su pequeña mano gris, todavía con muchos rasgos infantiles, ligeramente abierta, sus labios teñidos por un rastro de sangre, sus ojos mirando sin ver una región desconocida.

Pero sus orejas parecían escuchar esa atronadora barahúnda infernal que aumentaba y disminuía, y su frente arrugada parecía cavilar preguntándose si eso sería la paz que le había prometido el buen pastor Lorenz.

A raíz de ese suicidio, el suspendido en su cargo fue el pastor de la cárcel Friedrich Lorenz, y no el médico borracho. Se incoó expediente contra el clérigo. Porque permitir a un preso fijar por sí mismo el fin de su vida constituye un delito: a eso únicamente está autorizado el Estado y sus servidores.

Que un agente de la policía criminal hiera a un hombre con la culata de su pistola dejándolo herido de muerte, o que un médico borracho deje morir al herido, carece de importancia. Pero si un pastor no impide un suicidio, si permite hacer su propia voluntad a un preso que carece de voluntad propia, comete un delito y tendrá que pagar por ello.

Por desgracia, el pastor Friedrich Lorenz eludió —al igual que la Hergesell— la expiación de su delito al morir de un vómito de sangre justo en el momento en que iba a ser detenido. Porque había surgido también la sospecha de que mantenía relaciones deshonestas con las mujeres a las que atendía. Pero él alcanzó la paz, como él mismo habría dicho, y se ahorró muchos sinsabores.

Y sucedió que Anna Quangel no se enteró de la muerte de Trudel y Karl Hergesell hasta el día del juicio, porque el sucesor del buen pastor era demasiado medroso o desganado para encargarse de transmitir recados entre los presos. Él se limitaba a la asistencia espiritual estricta, cuando se lo solicitaban.

Capítulo 61

EL JUICIO: REENCUENTRO

Incluso el sistema más refinado y alambicado puede propiciar errores. El Tribunal del Pueblo de Berlín, un tribunal que no tenía nada que ver con el pueblo y en el que el pueblo no era admitido ni siquiera como espectador mudo porque la mayoría de sus sesiones eran secretas, era uno de esos sistemas refinados y alambicados: antes de que el acusado hubiera entrado en la sala de sesiones, prácticamente ya estaba condenado, y nada parecía abogar a favor de que un acusado pudiera vivir alguna experiencia medianamente satisfactoria en esa sala.

Esa mañana solo estaba señalada una causa: contra Otto y Anna Quangel por alta traición.

Apenas estaba ocupada la cuarta parte del auditorio: uniformes del Partido, abogados que deseaban asistir a este juicio por motivos imposibles de averiguar y sobre todo estudiantes de Derecho deseosos de aprender cómo la justicia acaba con personas cuyo crimen consiste en haber amado a su patria más que los jueces que pronuncian la sentencia condenatoria. Toda esta gente había conseguido pases gracias a sus «relaciones». No se sabe cómo lo había conseguido el hombre bajo de perilla blanca y ojos inteligentes rodeados de arruguitas, el juez retirado Fromm. Sea como fuere, se sentaba discretamente entre los demás, a poca distancia de ellos, con el rostro inclinado y se limpiaba con frecuencia sus gafas de montura de oro.

A las diez menos cinco un policía introdujo en la sala a Otto Quangel. Lo habían vestido con la ropa que llevaba en el taller en el momento de su detención, un traje de diario, limpio pero muy remendado, en el que los remiendos de color azul oscuro destacaban muy vivamente en el azul desvaído del color primitivo. Sus ojos todavía agudos se deslizaron con indiferencia desde los asientos todavía vacíos detrás de la barra hasta los espectadores situados más allá, brillaron un instante al reconocer al juez del Tribunal Cameral... y Quangel se sentó en el banquillo de los acusados.

Poco antes de las diez un policía hizo pasar a la segunda acusada, Anna Quangel, y fue en ese instante precisamente cuando se produjo el descuido: en cuanto Anna Quangel divisó a su marido, sin vacilar ni prestar atención a las personas de la sala, se dirigió hacia él y se sentó a su lado.

Otto Quangel le susurró, ocultando su boca con la mano:

—¡No hables! ¡Todavía no!

Pero un resplandor en su mirada le reveló la tremenda alegría que le causaba el reencuentro.

Como es natural, el reglamento de esa ilustre casa no preveía ni por asomo que dos acusados, que desde hacía meses habían sido sometidos a un escrupuloso

aislamiento mutuo, pudieran sentarse juntos y conversar a sus anchas un cuarto de hora antes de iniciarse el juicio. Ahora bien, sea porque los dos policías desempeñaban por primera vez ese servicio y habían olvidado sus órdenes, o porque no atribuían gran importancia a esa causa penal, o porque los dos personajillos entrados en años, sencillos, casi pobremente vestidos les parecieron del todo anodinos, no pusieron la menor objeción al asiento elegido por la señora Anna y en el siguiente cuarto de hora se despreocuparon por completo de ambos acusados. Antes bien, iniciaron una conversación interesantísima sobre ciertos complementos salariales, un plus de nocturnidad que se les escatimaba y deducciones del sueldo injustificadamente elevadas.

En la sala de los espectadores tampoco nadie —a excepción del juez cameral Fromm, por supuesto— se percató del error cometido. Todos eran negligentes y descuidados, nadie criticó esa falta que perjudicaba al Tercer Reich y beneficiaba a dos reos de alta traición. Un proceso instruido contra dos acusados de la clase obrera no podía causar gran impresión. Allí estaban acostumbrados a procesos monstruosos con treinta, cuarenta acusados que casi nunca se conocían, pero que para su sorpresa, en el curso de la vista se enteraban de que todos se habían conjurado entre sí, motivo por el cual los condenaban.

Quangel, tras unas ojeadas precavidas a su alrededor, acertó a decir:

—Me alegro de verte, Anna. ¿Va todo bien?

—Sí, Otto, ahora vuelvo a estar bien.

—No nos dejarán sentarnos juntos mucho tiempo. Disfrutemos, pues, de estos minutos. ¿Comprendes claramente lo que va a suceder?

—Sí, Otto —respondió en voz muy baja.

—Nos condenarán a muerte a los dos, Anna. Con toda seguridad.

—Pero, Otto...

—No, Anna, no hay peros que valgan. Sé que has intentado cargar con toda la culpa...

—No impondrán una condena tan dura a una mujer, y a lo mejor tú puedes salvar la vida.

—No, no. Tú no sabes mentir bien. Solo alargarás el juicio. Digamos la verdad y todo transcurrirá deprisa.

—Pero, Otto...

—No, Anna, nada de peros. Piensa. No mintamos. La pura verdad...

—Pero, Otto...

—¡Te lo ruego, Anna!

—Pero es que yo querría salvarte, Otto, me gustaría saber que tú vives.

—¡Te lo ruego, Anna!

—¡No me lo pongas tan difícil, Otto!

—¿Vamos a engañar a esos? ¿A discutir entre nosotros? ¿A ofrecerles un espectáculo? ¡La pura verdad, Anna!

La mujer luchaba consigo misma. Después cedió, como había cedido siempre ante él.

—De acuerdo, Otto, te lo prometo.

—Gracias, Anna. Te lo agradezco mucho.

Callaron y bajaron la vista, avergonzados ambos de revelar sus emociones.

Se escuchó la voz de uno de los policías situados a su espalda.

—Y entonces le dije al subteniente, subteniente, dije, no pueden hacer eso conmigo, subteniente, eso le dije...

Otto Quangel cobró ánimos. Había que hacerlo. Si Anna se enteraba de ello durante el juicio, y se enteraría por fuerza en su transcurso, todo iría mucho peor. Las consecuencias serían del todo imprevisibles.

—Anna —susurró—. Eres fuerte y valiente, ¿verdad que sí?

—Sí, Otto —contestó—. Ahora lo soy. Desde que estoy contigo, lo soy. ¿Hay algo peor?

—Sí, Anna...

—¿Qué, Otto? ¡Suéltalo ya, Otto! Si hasta tú tienes miedo de decírmelo, también me entrará miedo a mí.

—Anna, ¿no has vuelto a saber nada de Gertrud?

—¿De qué Gertrud?

—¡De Trudel, mujer!

—¡Ah, de Trudel! ¿Qué pasa con Trudel? No, desde que estamos en prisión preventiva no he tenido noticias de ella. La he echado mucho de menos, era tan buena conmigo. Me perdonó que la denunciase.

—¡Pero tú no denunciaste a Trudel! Al principio yo también lo pensé, pero después lo entendí.

—Sí, ella también lo entendió. Yo me sentía tan confundida durante los primeros interrogatorios de ese pavoroso Laub, que no sabía lo que decía, pero ella lo comprendió. Y me perdonó.

—¡Gracias a Dios! ¡Anna, tienes que ser valiente y fuerte! Trudel ha muerto.

—¡Oh! —gimió Anna y con la mano encima del corazón repitió—. ¡Oh!

Y Quangel añadió de prisa, para zanjar el asunto de una vez:

—Y su marido también ha muerto.

Durante un buen rato no hubo respuesta. Ella estaba allí sentada, cubriéndose con las manos su cara gacha, pero Otto sentía que su esposa no lloraba, que estaba aturdida por la espantosa noticia. Y sin darse cuenta pronunció las mismas palabras que el buen pastor Lorenz cuando le comunico la noticia:

—Han muerto. Descansan en paz. Se han ahorrado muchos sufrimientos.

—Sí —respondió Anna—. Sí. Ella tenía tanto miedo por su Karl, cuando no le llegaban noticias, pero ahora descansa en paz.

Calló largo rato, y Quangel no la apremió, aunque por la agitación en la sala presentía la pronta llegada del tribunal.

Anna preguntó en voz baja:

—¿Han sido ejecutados... los dos?

—No —contestó Quangel—. Él murió a consecuencia del golpe que recibió durante la detención.

—¿Y Trudel?

—Se quitó la vida —contestó, rápido, su marido—. Saltó por encima de la verja del quinto piso. Murió en el acto, aseguró el reverendo Lorenz. No sufrió.

—Eso sucedió la noche que toda la prisión gritó —recordó Anna Quangel de repente—. ¡Ahora lo sé! ¡Ay, Otto, fue espantoso! —Y se cubrió la cara.

—Sí, fue espantoso —repitió su marido—. También donde estamos nosotros fue espantoso.

Al cabo de un momento ella levantó la cabeza y miró a Otto de hito en hito. Todavía le temblaban los labios cuando dijo:

—Es mejor que haya sucedido así. Si estuvieran aquí, a nuestro lado, sería horrible. Ahora descansan en paz. —Y en voz muy baja—: Otto, Otto, nosotros podríamos hacer lo mismo.

Este la miró fijamente. Y en sus ojos duros, penetrantes, ella captó una luz inédita hasta entonces, una luz burlona, como si todo aquello, lo que ella decía ahora y lo que vendría después, el inevitable final, fuera un juego. Como si no valiera la pena tomárselo en serio.

Después sacudió despacio la cabeza.

—No, Anna, nosotros no lo haremos. No desapareceremos como si fuésemos unos criminales convictos y confesos. No les ahorraremos la sentencia. ¡Nosotros, no! —Y en un tono completamente distinto—: Es demasiado tarde para algo así. ¿Es que a ti no te esposan?

—Claro que me esposan —contestó—. Pero cuando el policía me llevó hasta la puerta de aquí, me quitó la cadenita.

—¿Lo ves? —dijo él—. Sería un fracaso.

Le ocultó que desde que lo habían sacado de la prisión preventiva iba atado, con esposas y una cadena, grillos y una barra de hierro. Igual que a Anna, el policía lo había despojado de esos adornos cuando llegó a la puerta de la sala del juicio: el Estado no debía verse privado de su víctima.

—Bien —se resignó ella—. ¿Crees que nos ejecutarán juntos, Otto?

—No lo sé —respondió, evasivo. No quería mentirla, pero sabía que cada uno de ellos tendría que morir solo.

—¿Pero nos ejecutarán a la misma hora?

—Seguro, Anna, seguro que sí.

Pero no estaba tan seguro.

—No pienses ahora en eso —agregó—. Hemos de ser fuertes. Si nos declaramos culpables, todo transcurrirá muy deprisa. Si no inventamos pretextos ni mentimos, quizá en media hora conozcamos nuestra sentencia.

—Sí, así lo haremos. Pero, Otto, si todo ocurre tan deprisa, también volverán a separarnos con la misma rapidez y quizá no volvamos a vernos nunca más.

—Seguro que nos veremos... volveremos a vernos antes, Anna. Me lo han dicho, nos dejarán despedirnos el uno del otro. ¡Seguro, Anna!

—Estupendo, Otto, entonces tendré algo de lo que alegrarme cada hora. Y ahora estamos juntos.

Solo estuvieron juntos un minuto más, pues, al descubrirse el error, separaron a ambos unos metros, obligándolos a girar la cabeza para verse. Gracias a Dios fue el abogado de la señora Quangel el que descubrió el error, un hombre amable, gris, con algunos medios de subsistencia, al que el tribunal había designado abogado de oficio, pues Quangel había insistido en no dedicar un céntimo a un asunto tan inútil como su defensa.

Dado que quien descubrió el error fue el abogado, la cosa acabó sin gritos. También los dos policías tenían motivo para mantener la boca cerrada, y así Feisler, el presidente del Tribunal del Pueblo, nunca conoció los imperdonables acontecimientos que habían sucedido allí. Porque si no el juicio probablemente habría durado mucho más.

Capítulo 62

EL JUICIO: EL PRESIDENTE FEISLER

Feisler, presidente del Tribunal del Pueblo y juez supremo en la Alemania de aquella época, tenía pinta de hombre culto. Según la terminología del jefe de taller Otto Quangel, era un hombre distinguido. Sabía llevar con donaire su toga, y el birrete confería dignidad a su cabeza, no estaba absurdamente pegado a ella como ocurría en otros muchos casos. Sus ojos eran inteligentes, pero fríos. Tenía una frente hermosa y despejada, pero su boca, maligna —una boca de labios duros, crueles y sin embargo lascivos—, lo delataba: era un libertino que había disfrutado de todos los placeres y que siempre había hecho pagar a otros por ello.

Las manos, de dedos largos y sarmentosos —unos dedos parecidos a las garras de un buitre—, eran malvadas; cuando hacía una pregunta especialmente ofensiva, esos dedos se encorvaban como si hurgasen en la carne de la víctima. Y su forma de hablar era cruel: ese hombre jamás hablaba con serenidad y objetividad, hacía pedazos a sus víctimas, los regañaba, hablaba con ironía cortante. Un hombre perverso, una mala persona.

Desde que a Otto Quangel le habían notificado el procesamiento había hablado alguna vez con el maestro Reichhardt, su amigo, sobre ese juicio. También el sensato maestro Reichhardt opinaba que, dado que el final era inevitable, Quangel debía admitir todo de antemano, sin disimular ni mentir. Eso desbarataría los argumentos de esa gente, no podrían dedicar mucho tiempo a increparlo. Sería un juicio corto, seguro que renunciarían a interrogar a los testigos.

Causó sensación que los dos acusados respondieran con un sencillo «sí» cuando el presidente les preguntó si se reconocían culpables de la acusación. Porque con ese sí ellos mismos firmaron su propia sentencia de muerte, haciendo innecesario el desarrollo ulterior del juicio.

Durante un instante, hasta el presidente Feisler se quedó desconcertado, derrotado por esa confesión casi inaudita.

Pero después se sobrepuso. Quería tener su juicio. Quería ver a esos dos obreros hundidos en la mierda, quería verlos retorcerse bajo sus preguntas, afiladas como cuchillos. Ese sí a la pregunta de «culpable» denotaba orgullo. El presidente Feisler lo notaba en los rostros de los espectadores, en parte desconcertados, en parte meditabundos, y deseaba arrebatarse a los acusados ese orgullo. Tenían que salir de ese juicio humillados, sin dignidad.

Feisler preguntó:

—¿Comprende con claridad que con ese sí ha firmado usted su sentencia de muerte, apartándose de todas las personas decentes? ¿Comprende que es usted un

vulgar delincuente merecedor de la muerte, cuyo cadáver colgará del cuello? ¿Lo comprende con claridad? ¡Responda sí o no!

Quangel contestó despacio:

—Soy culpable, he cometido los hechos que figuran en la acusación.

El presidente comenzó a asediarlo.

—Tiene que contestar sí o no. ¿Es usted un miserable traidor al pueblo o no? ¡Sí o no!

Quangel miró de hito en hito a ese señor elegante situado por encima de él y contestó:

—Sí.

—¡Qué asco! —gritó el presidente escupiendo detrás de él—. ¡Qué asco! ¡Y alguien así dice ser alemán!

Miró a Quangel con profundo desprecio y después sus ojos se centraron en Anna Quangel.

—Y usted, señora, ¿qué? —preguntó—. ¿Es usted tan malvada como su marido? ¿También es una infame traidora al pueblo? ¿También profana la dignidad de su hijo caído en el campo del honor? ¿Sí o no?

El preocupado abogado gris se levantó de prisa y solicitó:

—Ruego se me permita hacer constar, señor presidente, que mi cliente...

El presidente contraatacó.

—Le impondré una sanción, abogado —le advirtió—, le impondré una sanción inmediata si vuelve a tomar la palabra sin haber sido invitado a ello. ¡Siéntese!

El presidente se giró de nuevo hacia Anna Quangel.

—Bien, ¿qué responde usted? ¿Recuerda el último resto de decencia que le queda o prefiere ser igual que su marido, del que ahora ya sabemos que es un infame traidor al pueblo? ¿Es usted una traidora a su pueblo en tiempos de severa necesidad? ¿Tiene el valor de profanar a su propio hijo? ¿Sí o no?

Anna Quangel vaciló y miró, temerosa, a su marido.

—¡Debe mirarme a mí! ¡No a ese reo de alta traición! ¿Sí o no?

—Sí —respondió en voz baja, pero clara.

—¡Hable en voz alta! A todos nosotros nos gustaría oír que una madre alemana no se avergüenza de cubrir de oprobio la muerte heroica de su propio hijo.

—Sí —contestó Anna Quangel alzando la voz.

—¡Es increíble! —exclamó Feisler—. He vivido aquí muchos acontecimientos tristes y atroces, pero jamás he presenciado semejante infamia. ¡Ustedes no deberían ser ahorcados, unas bestias desnaturalizadas como ustedes deberían ser descuartizadas!

Hablaba más para los espectadores que para los Quangel, anticipaba el discurso acusatorio del fiscal (quería tener su juicio):

—Pero mi duro deber como juez supremo me impone no contentarme con un simple reconocimiento de culpabilidad. Por duro que me resulte y por estéril que me

parezca, mi deber me obliga a comprobar la eventual existencia de circunstancias atenuantes.

Así comenzó un juicio que duró siete horas.

Y es que el inteligente maestro Reichhardt se había equivocado en la celda y Quangel con él. Nunca habían imaginado que el juez supremo del pueblo alemán daría muestras en el juicio de un encarnizamiento tan profundo y cruel. Era como si los Quangel lo hubieran ofendido a él en persona, al señor presidente Feisler; como si el honor de un hombre insignificante, mezquino, implacable estuviera herido y se obstinase en vulnerar a su enemigo hasta matarlo. Era como si Quangel hubiera seducido a la hija del presidente, tan personal era todo y tan alejado de cualquier asomo de objetividad. No, los dos habían cometido una tremenda equivocación, ese Tercer Reich todavía guardaba nuevas sorpresas para sus detractores más acérrimos, su perversión trascendía la perversidad misma.

—Los testigos, sus honrados compañeros de trabajo, han declarado que estaba usted poseído por una avaricia casi inmundada, acusado. ¿Cuánto ganaba usted a la semana? —preguntaba, por ejemplo, el presidente.

—En los últimos tiempos llevaba a casa cuarenta marcos —contestaba Quangel.

—Vaya, cuarenta marcos, ¿y ya estaban deducidos los descuentos, el impuesto sobre sueldos y salarios, la Organización de Ayuda Invernal y las cotizaciones al seguro de enfermedad?

—Sí, ya estaban deducidos.

—Pues me parece que esas son unas ganancias bien bonitas para dos viejos como ustedes, ¿no le parece?

—Nos las arreglábamos con ellas.

—¡No, no se las arreglaban! ¡Miente usted de nuevo! ¡Porque encima ahorran de manera regular! ¿Es cierto o no?

—Es cierto. Casi siempre economizábamos un poco.

—¿Por término medio cuánto podían economizar por semana?

—No puedo precisarlo con exactitud. Eran cantidades distintas.

El presidente se alteró:

—¡Por término medio he dicho! ¡Por término medio! ¿No comprende lo que significa término medio? ¿Y se califica de maestro artesano? ¡Ni siquiera sabe hacer cuentas! ¡Magnífico!

Pero pero en realidad al presidente Feisler el caso no le parecía nada magnífico, pues miró enfurecido al acusado.

—Tengo más de cincuenta años y llevo trabajando veinticinco. Los años han sido diferentes. A veces también he estado en paro. O he tenido al hijo enfermo. No puedo hablar de términos medios.

—¿Ah, sí? ¿No puede? ¡Yo le voy a decir por qué! ¡Porque no le da la gana! Ha sido su sucia avaricia de la que sus honrados compañeros de trabajo se han apartado con repugnancia. ¡Usted teme que podamos averiguar cuánto ha acumulado! Y bien

¿cuánto ha sido? ¿Tampoco puede revelarlo?

Quangel luchaba consigo mismo. El presidente había encontrado su punto flaco. Ni siquiera Anna sabía a cuánto ascendían sus ahorros. Pero entonces Quangel cobró ánimos. También prescindió de eso. En las últimas semanas se había despojado de tantas cosas, ¿por qué no también de esto? Así que, desligándose por completo de lo último que lo mantenía unido a su antigua vida, dijo:

—¡4763 marcos!

—Sí —repitió el presidente reclinándose en su alto sillón de juez—, 4763 marcos y 67 *pfennig* —leyó en voz alta la suma que constaba en autos—. ¿Y no se avergüenza usted de luchar contra un Estado que le ha permitido amontonar tanto dinero? ¿Lucha usted contra la comunidad que tanto ha velado por usted? —Su ira se acrecentó—. Usted no sabe lo que es la gratitud. Usted no sabe lo que es el honor. ¡Usted es una lacra! ¡Y debe ser exterminado!

Sus garras de buitre se cerraron, se abrieron y volvieron a cerrarse, como si estuviera despedazando a un cadáver.

—Había ahorrado casi la mitad de esa suma antes de la toma del poder —precisó Quangel.

Alguien entre los espectadores rio, pero enmudeció en el acto asustado, al captar la mirada furibunda del presidente. Y soltó una tos apocada.

—¡Pido silencio! ¡Absoluto silencio! Y usted, acusado, sepa que si se muestra descarado, lo castigaré. No se le ocurra pensar que está a salvo de cualquier otro castigo. ¡Todavía podría sufrir más! —Dedicó a Quangel una penetrante mirada—. Y ahora, dígame, acusado, ¿para qué ahorraba usted?

—Para nuestra vejez.

—¡Qué me dice! ¿Para su vejez? Qué conmovedor. Pero es otra de sus mentiras. Al menos desde que escribía las postales, sabía que no llegaría a viejo. Porque ha reconocido usted mismo en esta sala que siempre comprendió claramente las consecuencias de su delito. Pero a pesar de todo continuó ahorrando e ingresando dinero en la caja de ahorros. ¿Para qué?

—Siempre conté con salir bien parado.

—¿Qué significa salir bien parado? ¿Que lo pondrían en libertad?

—No, nunca creí eso. Pensé que no me atraparían.

—Pues ya ve que se equivocó un poco. Aunque yo tampoco creo que llegase a pensarlo. No es usted tan tonto como quiere aparentar ahora. No puede haber pensado que podría continuar tranquilamente con su actividad delictiva durante años y años.

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué quiere decir?

—No creo que el Reich de los mil años vaya a durar tanto —repuso Quangel volviendo hacia el presidente su afilada cara de pájaro.

El abogado, abajo, dio un respingo, asustado.

Alguno de los presentes volvió a reír, y en el acto se escuchó un murmullo

amenazador.

—¡Menudo cerdo! —gritó uno.

El agente de policía que estaba detrás de Quangel se enderezó la gorra y se llevó la otra mano a la pistolera.

El fiscal se había levantado de un salto, agitando una hoja de papel.

La señora Quangel miró sonriente a su marido y asintió vehemente con la cabeza.

El policía situado detrás de ella la agarró por el hombro y se lo apretó sin contemplaciones.

Ella se contuvo y no gritó.

Un vocal miraba a Quangel con la boca abierta de par en par.

El presidente se levantó impetuosamente:

—¡Delincuente! ¡Idiota! ¡Criminal! ¡Atreverse a decir aquí...!

Se interrumpió pensando en su dignidad.

—Hay que sacar fuera al acusado. ¡Agente, saque de aquí a este tipo! El tribunal decidirá el castigo adecuado...

Al cabo de un cuarto de hora se reanudó la vista.

Llamó mucho la atención que ahora el acusado parecía no andar bien. Todos pensaron: A este le han zurrado la badana. También Anna Quangel lo pensó, aterrada.

El presidente Feisler anunció:

—El acusado Otto Quangel pasará cuatro semanas en una celda de castigo a pan y agua y privación total de alimentos un día de cada tres. Además —añadió a modo de explicación—, se ha despojado al acusado de sus tirantes dado que, según me acaban de comunicar, ha comenzado a manipularlos sospechosamente durante la reciente pausa. Existe sospecha de suicidio.

—Solo he ido al retrete.

—¡Cierre el pico, acusado! Existe sospecha de suicidio. Desde ahora el acusado tendrá que arreglárselas sin sus tirantes. Él se lo ha buscado.

En la zona de los espectadores sonaron risas, pero el presidente lanzó hacia allí una mirada casi benévola, hasta él mismo se alegraba de su buen chiste. El acusado mantenía una postura algo forzada, pues tenía que sujetarse continuamente los pantalones porque se le caían.

El presidente sonrió.

—Prosigamos con el juicio.

Capítulo 63

EL JUICIO: EL FISCAL PINSCHER

Mientras que para cualquier observador imparcial Feisler, el presidente del Tribunal del Pueblo, era comparable a un perro sanguinario y maligno, el fiscal se limitaba a interpretar el papel de un perro pinscher pequeño pero ladrador, que acecha la ocasión de morder en la pantorrilla al que ha atacado el sanguinario, que lo tiene agarrado por la garganta. Durante el juicio, el acusador había intentado un par de veces ladrar furioso contra los Quangel, pero los ladridos del perrazo sanguinario siempre lo habían hecho callar. ¿Le quedaba algo importante que ladrar? Al fin y al cabo desde el primer segundo el presidente había desempeñado la función de fiscal, desde el primer segundo Feisler había violado el deber fundamental de todo juez que consiste en averiguar la verdad: había demostrado la máxima parcialidad.

Pero tras la pausa del mediodía en la que el presidente había tomado sin cupones de racionamiento una copiosa comida regada con vino y aguardiente, Feisler se sentía cansado. Además, ¿para qué tanto esfuerzo? Si esos dos ya estaban muertos. Y encima ahora era el turno de la mujer, esa pequeña mujer trabajadora... aparte de que las mujeres le resultaban bastante indiferentes desde su perspectiva de juez. Todas eran unas memas y solo servían para una cosa. Por lo demás, hacían lo que deseaban sus maridos.

Así que Feisler, indulgente, permitió que el perro pinscher ocupara el primer plano y empezase a ladrar. Se reclinó en su silla de juez con los ojos entornados, la cabeza apoyada en su garra de buitre, aparentemente escuchando con atención, pero en realidad dedicado por completo a hacer la digestión.

El perro pinscher ladró:

—Acusada, usted tuvo antes un cargo en la Organización de Mujeres, ¿verdad?

—Sí —contestó la señora Quangel.

—Y por qué renunció a él. ¿Se lo exigió su marido?

—No —declaró la señora Quangel.

—Vaya, ¿conque no se lo exigió? Primero renuncia el marido a su cargo en el Frente del Trabajo y después, catorce días más tarde, la mujer al suyo en la Organización de Mujeres. Acusado Quangel, ¿se lo exigió usted a su mujer?

—Seguramente la idea se le ocurriría a ella, al enterarse de que yo había renunciado a mi cargo.

Quangel está de pie y tiene que sujetarse los pantalones.

Después se sienta, porque el fiscal vuelve a dirigirse a Anna Quangel.

—Bien, ¿y cómo fue eso, por qué dimitió de su cargo?

—Yo no dimití. Me cesaron.

El perro pinscher empezó a ladrar:

—¡Acusada, mida sus palabras! También usted, al igual que su marido, puede ser sancionada si se pasa de la raya. Acaba de reconocer ante mí que renunció a su cargo.

—No lo he hecho. He dicho: no, mi marido no me instigó.

—¡Miente usted! ¡Miente! Tiene la desvergüenza de mentirnos a la cara al Alto Tribunal y a mí.

Ladridos iracundos. La acusada insiste en su declaración.

—¡Que comparen el texto taquigráfico!

Tras leerlo, se comprueba que la acusada tiene razón. Agitación en la sala. Otto Quangel mira con gesto de aprobación a su mujer, que no se deja intimidar. Se siente orgulloso de ella.

El fiscal pinscher se queda un momento con las orejas gachas y mira de reojo al presidente. Este bosteza discretamente ocultándose detrás de su garra de buitre. El fiscal se decide, abandona la vieja pista y toma otra nueva.

—Acusada, usted ya era bastante mayor cuando se casó con su marido, ¿no?

—Tenía casi treinta años.

—¿Y antes?

—No le comprendo.

—No se haga la inocente, quiero saber qué relaciones con hombres tuvo antes de su matrimonio. ¡Vamos, que es para hoy!

Ante una pregunta tan malvada Anna Quangel primero se puso colorada y después palideció. Miró implorando ayuda a su añoso y preocupado defensor, que se levantó de un salto y dijo:

—Solicito que se rechace la pregunta por improcedente.

Y el fiscal:

—Mi pregunta es procedente. Se ha manifestado aquí la hipótesis de que la acusada ha sido una mera secuaz del marido. Yo demostraré que es una persona de gran bajeza moral, oriunda del populacho, que cabe esperar cualquier delito de ella.

El presidente declaró aburrido:

—La pregunta es procedente. Admitida.

El perro pinscher volvió a ladrar.

—Entonces, ¿con cuántos hombres ha tenido usted relaciones antes de su matrimonio?

Todos los ojos se dirigen hacia Anna Quangel. Algunos estudiantes universitarios presentes en la sala se lamen los labios, alguno gime, complacido.

Quangel mira a Anna con cierta preocupación, pues sabe lo sensible que es ella en ese punto.

Pero Anna Quangel se ha decidido. Al igual que su marido ha abandonado todos sus escrúpulos en relación con sus ahorros, ahora es ella la que opta por comportarse sin un ápice de vergüenza ante esos hombres que carecen de ella.

El fiscal ha preguntado:

—Entonces, ¿con cuántos hombres ha tenido usted relaciones antes de su matrimonio?

Y Anna Quangel responde:

—Con ochenta y siete.

Uno de los espectadores suelta una carcajada.

El presidente despierta de su duermevela y mira casi interesado a la pequeña mujer trabajadora, de figura rechoncha, mejillitas rojas, pecho abundante.

Los ojos oscuros de Quangel han chispeado, ahora vuelve a tener los párpados muy bajos. No mira a nadie.

El fiscal, sin embargo, balbucea totalmente confundido:

—¿Con ochenta y siete? ¿Por qué precisamente con ochenta y siete?

—Pues no lo sé —responde Anna, impasible—. Pero no fueron más.

—¿De veras? —dice el fiscal malhumorado—. ¿De veras?

Está de muy mal humor, porque de pronto ha convertido a la acusada en un personaje interesante, lo que en modo alguno pretendía. También él, como la mayoría de los presentes, está firmemente convencido de que miente, de que quizá tuvo únicamente dos o tres amantes, o puede que ninguno. Podría imponérsele un castigo por burlarse del tribunal. Pero ¿cómo demostrar que esa ha sido su intención?

Al final se decide.

—Estoy firmemente convencido de que la acusada exagera adrede —dice—. Una mujer que hubiese tenido ochenta y siete amantes, no recordaría esa cifra y habría respondido: muchos. Pero su respuesta prueba su depravación. ¡Encima celebra usted su indecencia! Está orgullosa de haber sido una puta. Y de puta ha pasado a lo que comúnmente llegan a ser todas las putas: una madre alcahueta. Una alcahueta de su propio hijo.

Ahora sí que mordió a Anna Quangel el perro pinscher.

—¡No! —grita Anna elevando las manos suplicantes—. ¡No diga eso! ¡Yo jamás he hecho algo así!

—¿Que no lo ha hecho? —ladra el perro pinscher—. ¿Y cómo llama usted a dar varias veces cobijo nocturno a la mentada novia de su hijo? Acaso entonces alojó a su hijo en otra parte, ¿eh? ¿Dónde durmió la tal Trudel? Sabe que está muerta, ¿verdad que sí? ¡Pues de no ser así esa mujer, esa cooperadora en los delitos de su marido, también se sentaría en el banquillo de los acusados!

Pero la mención de Trudel ha insuflado nuevos ánimos a la señora Quangel.

Dirigiéndose no al fiscal, sino al tribunal que tiene enfrente, reconoce:

—Sí, gracias a Dios que Trudel está muerta, que no ha sufrido esta última vergüenza...

—¡Haga el favor de moderarse! ¡Se lo advierto, acusada!

—Era una chica buena y honrada...

—Que se provocó un aborto de su hijo de cinco meses porque no quería traer soldados al mundo.

—¡No fue un aborto voluntario!, se sentía infeliz por su muerte.

—Lo confesó ella misma.

—¡No lo creo!

El fiscal empieza a gritar:

—¡Lo que usted crea o deje de creer nos trae sin cuidado! Pero le aconsejo encarecidamente que cambie de tono, acusada, o se encontrará con algo muy desagradable. La declaración de la Hergesell ha sido consignada en acta por el comisario Laub. ¡Y un comisario no miente!

El perro pinscher miró a su alrededor por toda la sala con aire amenazador.

—Y ahora, acusada, la exhorto de nuevo a que me conteste: ¿Tenía o no tenía su hijo relaciones íntimas con esa joven?

—Una madre no se fija en esos detalles. No soy una fisgona.

—¡Pero usted tenía el deber de vigilar. Si usted permite a su hijo una relación deshonesta en su propia vivienda, incurre en el grave delito de alcahuetería, recogido en el código penal!

—Yo de eso no sé nada. Lo que sé es que había guerra y que mi hijo quizá perdiese la vida. En nuestro ambiente, cuando dos personas están prometidas o a punto de estarlo, y encima hay guerra, no nos fijamos mucho en esas cosas.

—¡Ajajá, así que ahora lo admite, acusada! ¡Usted conocía esas relaciones inmorales y las toleró! Eso es lo que usted llama: no fijarse mucho. Pero el código penal lo califica de grave alcahuetería, y una madre que tolera algo así es inmoral y completamente depravada.

—¿De modo que se trata de eso? Pues entonces me gustaría saber —replica Anna Quangel sin el menor atisbo de miedo y con voz firme—, me gustaría saber cómo llama el código penal a las actividades favoritas de la Asociación de Jóvenes Alemanas...

Risas atronadoras.

—Y lo que hacen las SA con sus chicas...

Las risas se interrumpen.

—Y las SS... Dicen que los de las SS primero violan a las chicas judías y luego las matan de un tiro...

Silencio sepulcral...

Y estalla el tumulto. Chillidos. Algunos de los presentes trepan por encima de las barandillas e intentan abalanzarse sobre la acusada.

Otto Quangel se levanta de un salto, dispuesto a correr en ayuda de su mujer...

El policía y la falta de tirantes se lo impiden.

El presidente ordena silencio con tono enérgico, pero en vano.

Los vocales hablan en voz alta entre ellos.

El fiscal pinscher ladra y ladra sin que nadie entienda una palabra...

Finalmente, sacan a Anna Quangel de la sala, el barullo se calma y el tribunal se retira a deliberar...

Reaparece a los cinco minutos.

—La acusada Anna Quangel ha sido excluida de participar en la vista contra ella. Desde ahora permanecerá esposada. Arresto en celda de castigo hasta nueva orden. Pan y agua cada dos días.

El juicio continúa.

Capítulo 64

EL JUICIO: EL TESTIGO ULRICH HEFFKE

El testigo Ulrich Heffke, obrero cualificado, el hermano jorobado de Anna Quangel, ha pasado unos meses muy duros. El eficiente comisario Laub lo había detenido junto con su mujer inmediatamente después de la detención de los Quangel, sin sospechas sólidas, por el mero hecho de ser pariente de los Quangel.

A partir de entonces, Ulrich Heffke había vivido atemorizado. Ese hombre bonachón, de espíritu simple, sencillo, que durante toda su vida había eludido cualquier disputa, había sido detenido, atormentado, gritado, golpeado por el sádico Laub. Lo habían obligado a pasar hambre, lo habían humillado, en suma, torturado con todas las artes infernales.

Por ello el jorobado tenía la mente completamente confusa. Había escuchado con atención y temor lo que sus torturadores querían oír, y después, perdida la cordura, había hecho incluso las confesiones más graves para él, cuyo sinsentido sin embargo le demostraban a renglón seguido.

Lo torturaron de nuevo, con la esperanza de que el pequeño jorobado confesara un nuevo delito hasta entonces desconocido. Porque el comisario Laub actuaba de acuerdo con el axioma de la época: todo el mundo tiene algo que ocultar. Solo había que buscar lo suficiente para encontrarlo.

Laub quería y no quería creer que se había topado con un alemán que no era miembro del Partido y que, pese a todo, nunca había escuchado una emisora extranjera, ni había difundido propaganda clandestina derrotista, ni había infringido una disposición alimentaria. Laub reprochó a Heffke haber dejado las postales en la plaza Nollendorf por su cuñado.

Heffke lo admitía, y al cabo de tres días Laub le demostraba que era imposible que él, Ulrich Heffke, hubiera dejado las postales.

El comisario Laub lo acusó entonces de revelación de secretos industriales en la fábrica de óptica en la que trabajaba. Heffke lo admitió y, tras una semana de laboriosas averiguaciones, Laub comprobó que en esa fábrica no había secreto alguno que revelar; allí nadie sabía a qué arma iban destinadas las piezas sueltas que fabricaban.

Heffke tenía que pagar muy caro cada confesión falsa, pero eso lo volvía más asustadizo, no más listo. Confesaba sin pensar; con el fin exclusivo de disfrutar de cierta tranquilidad, de librarse de otro interrogatorio, firmaba cualquier declaración. Habría firmado su propia sentencia de muerte. Era más blando que la gelatina, y tan miedoso que empezaba a temblar a las primeras de cambio.

El comisario Laub fue lo bastante infame como para trasladar a ese desgraciado

junto con los Quangel a prisión preventiva, a pesar de que ni uno solo de los expedientes demostraba la participación de Heffke en los «delitos» de los Quangel. La seguridad ante todo, que el juez de instrucción intentara sacar a Heffke alguna agravante. Como primera medida, Ulrich Heffke utilizó las condiciones un poco más laxas de la prisión para ahorcarse. Lo encontraron en el último instante, frustraron su intento y le devolvieron una vida que se le antojaba completamente insoportable.

Desde ese momento el pequeño jorobado tuvo que vivir en condiciones mucho más duras: en su celda la luz permanecía encendida toda la noche, un guardia especial miraba por la puerta a intervalos de pocos minutos, estaba esposado y lo iban a buscar casi a diario para interrogarlo. Aunque el juez de instrucción tampoco había encontrado en el sumario circunstancias agravantes contra Heffke, estaba firmemente persuadido de que el jorobado ocultaba un delito, pues de lo contrario ¿por qué había intentado suicidarse? ¡Ningún inocente se comportaba así! La estupidez de Heffke, que lo impulsaba a admitir cualquier acusación, provocaba que el juez de instrucción se viera obligado a practicar las averiguaciones y los interrogatorios más tediosos que, más tarde, arrojaban como resultado que Heffke no había hecho nada.

En consecuencia, apenas una semana antes del juicio, Ulrich Heffke salió en libertad de la prisión. Regresó junto a su alta, morena y cansada mujer, que había sido puesta en libertad tiempo atrás. Ella lo recibió en silencio. Heffke estaba demasiado trastornado para acudir al trabajo; a menudo se pasaba horas arrodillado en un rincón de la habitación cantando con agradable y tenue voz de falsete himnos religiosos. Apenas hablaba, y por la noche lloraba mucho. Tenían dinero ahorrado, así que la mujer no hizo nada por impulsar a su marido a acudir al trabajo.

Tres días después de su excarcelación, Ulrich Heffke recibió otra citación para presentarse en el juicio en calidad de testigo. Su débil mente no pudo ya comprender que únicamente lo habían citado para testificar. Su agitación aumentaba de hora en hora, casi no comía y sus cánticos se incrementaban. El miedo a que los tormentos recién superados comenzasen de nuevo lo torturaba sin tregua.

La noche antes del juicio se ahorcó por segunda vez; en esta ocasión fue su mujer morena la que le salvó la vida. En cuanto recuperó el aliento, ella le dio una paliza. Su mujer desaprobaba su estilo de vida. Al día siguiente lo cogió con fuerza del brazo y en la puerta de la sala de los testigos lo entregó al ujier diciendo:

—¡A este le falta un tornillo! ¡Vigílelo bien!

Dado que la sala de los testigos estaba ya abarrotada —sobre todo por los compañeros de trabajo de Quangel, la dirección de la fábrica, las dos mujeres y el secretario de Correos que lo habían visto depositar las postales, las dos señoras de la directiva de la Organización de Mujeres y así sucesivamente—, es decir, dado que estaban ya presentes un montón de testigos cuando Anna Heffke pronunció esas palabras, el ujier y todos los testigos vigilaron con afán al hombrecillo. Algunos intentaron abreviar el tedioso tiempo de espera burlándose del jorobado, pero no llegaron muy lejos: al hombre se le veía demasiado el miedo en los ojos. La gente fue

demasiado caritativa y no lo importunó mucho.

Pese a su miedo, el jorobado superó bien el interrogatorio del presidente Feisler, sencillamente porque hablaba en voz tan queda y temblaba tanto que el juez supremo se aburrió pronto de interrogar a semejante cagueta. Después, el jorobado se ocultó, encogido, entre los demás testigos, confiando en que todo hubiera terminado para él.

Más tarde tuvo que presenciar cómo el fiscal pinscher interrogaba a su hermana, cómo la atormentaba, escuchó las preguntas indecentes que le hicieron a Anna. Su corazón se indignó, quería adelantarse, hablar en favor de su queridísima hermana, testificar que ella siempre había llevado una vida decente... y su miedo le hizo volver a agacharse, a ocultarse, a ser cobarde.

Perdida, pues, la cordura entre el miedo, la cobardía y los accesos de valor, siguió el desarrollo de los acontecimientos hasta el momento en que Anna Quangel insultó a la Asociación de Jóvenes Alemanas, a las SA y a las SS. Presenció el tumulto posterior, él mismo colaboró a su modo con su pequeña y ridícula figura subiéndose al banco para ver mejor. Vio cómo dos policías arrastraban a Anna fuera de la sala.

Seguía aún encima del banco cuando el presidente comenzó por fin a restablecer el orden en la sala. Sus vecinos lo habían olvidado y seguían cuchicheando entre ellos.

Entonces la mirada del fiscal pinscher cayó sobre Ulrich Heffke, contempló asombrado su figura digna de lástima y gritó:

—¡Eh, usted! ¡Usted es el hermano de la acusada! ¿Cómo se llama?

—Heffke, Ulrich Heffke —contestó al fiscal su ayudante.

—Testigo Ulrich Heffke, esa era su hermana. Le exijo que nos hable sobre la vida anterior de Anna Quangel. ¿Qué sabe usted al respecto?

Ulrich Heffke abrió la boca, estaba todavía subido al banco, y sus ojos miraron por primera vez sin temor. Abrió la boca y con una agradable voz de falsete, cantó:

Me despido de ti, mundo falso y malvado,

Abomino de tus perversos pecados.

Se vive bien en el cielo: tal es mi deseo.

Allí Dios recompensará a su siervo.

Todos quedaron tan desconcertados que lo dejaron cantar tranquilamente. Algunos incluso juzgaron agradable la sencilla melodía y menearon, embobados, la cabeza de un lado a otro al compás de la canción. Uno de los vocales tenía de nuevo la boca completamente abierta. Los estudiantes aferraban con fuerza la barrera con el rostro expectante. El preocupado abogado gris, con la cabeza ladeada, se hurgaba la nariz, ensimismado. Otto Quangel había girado su rostro afilado hacia su cuñado y sintió por primera vez latir su frío corazón por el pobre hombrecillo. ¿Qué harían con él?

*Oculto por misericordia mi alma en tu costado abierto,
Condúcela a Tu majestad y apártala del Mal.
Quien aquí ha sido bueno entra en el palacio celestial;
sanado ya para siempre lo acogerás en Tu seno.*

Mientras cantaba la segunda estrofa en la sala cundía de nuevo la agitación. El presidente había susurrado, el fiscal había enviado una nota al oficial de la policía que estaba de guardia.

Pero el pequeño jorobado no había prestado atención a nada de eso. Con la mirada dirigida al techo de la sala, gritó con voz arrebatada y extasiada:

—¡Ya voy!

Levantó los brazos, se apartó del banco empujándose con los pies, quería volar...

A continuación cayó pesadamente entre los testigos sentados delante de él, que se apartaron a un lado, asustados, y rodó entre los bancos...

—¡Saquen a este hombre de aquí! —vociferó con tono imperioso el presidente en una sala nuevamente alterada—. ¡Que lo reconozca un médico!

Sacaron a Ulrich Heffke de la sala.

—Ha quedado demostrado que se trata de una familia de delincuentes y dementes —afirmó el presidente—. Bien, velaremos por su erradicación.

Y lanzó una mirada amenazadora a Otto Quangel que, sujetándose los pantalones con la mano, seguía mirando hacia la puerta por la que había desaparecido su menudo cuñado.

Se encargaron de erradicar al pequeño jorobado Ulrich Heffke, faltaría más. Ni física ni mentalmente era digno de vivir, y tras una breve estancia en una institución, una inyección se encargó de que se despidiera de verdad de este mundo cruel.

Capítulo 65

EL JUICIO: LOS DEFENSORES

El defensor de Anna Quangel, el preocupado hombre gris entrado en años al que en los momentos de ensimismamiento tanto le gustaba hurgarse la nariz y que tenía un aspecto inequívocamente judío (pero al que no se le pudo «demostrar» nada porque sus documentos eran «arios de pura cepa»), ese hombre que había sido nombrado defensor de oficio de la mujer, se levantó para pronunciar su alegato.

Manifestó que lamentaba mucho verse obligado a hablar en ausencia de su defendida. Sin duda alguna sus invectivas contra instituciones del Partido tan acreditadas como las SA y las SS habían sido lamentables...

Interrupción a gritos del fiscal:

—¡Criminales!

Desde luego, por supuesto que coincidía con la fiscalía, esas invectivas eran sin duda criminales. No obstante, el caso del hermano de su cliente demostraba que ella no se encontraba en pleno uso de sus facultades mentales. El caso Ulrich Heffke, que seguro recordaba el Alto Tribunal, había demostrado que por las venas de la familia Heffke circulaba el espíritu de la locura religiosa. Sin pretender anticiparse al dictamen del perito médico, él se aventuraba a pronosticar que se trataba de esquizofrenia, y dado que la esquizofrenia formaba parte de las enfermedades hereditarias...

Aquí el defensor gris fue interrumpido por segunda vez por el fiscal, que pidió al tribunal que amonestase al letrado por sus divagaciones.

El presidente Feisler exhortó al abogado a no divagar.

El abogado argumentó que no divagaba.

Claro que no divagaba. Se trataba de alta traición, no de esquizofrenia y locura.

Nueva objeción del letrado: Si el fiscal tenía derecho a probar la inferioridad moral de su cliente, él tenía derecho a hablar de esquizofrenia. Solicitaba una decisión del tribunal.

El tribunal se retiró a deliberar sobre la solicitud del defensor. A continuación el presidente Feisler hizo saber:

—Ni en la instrucción de la causa ni en el juicio de hoy se ha evidenciado indicio alguno de perturbación mental en Anna Quangel. El caso de su hermano Ulrich Heffke no puede invocarse como prueba, dado que todavía no existe dictamen forense sobre el testigo Heffke. Es muy posible que Ulrich Heffke sea un peligroso simulador que solo ha querido prestar ayuda a su hermana. Se recomienda a la defensa que se atenga a los delitos de alta traición hechos públicos en el juicio de hoy...

Mirada triunfal del fiscal pinscher al preocupado abogado.

Que el letrado le devuelve con tristeza.

—Dado que el Alto Tribunal me prohíbe abordar el estado mental de mi cliente —prosiguió el abogado de Anna Quangel—, me saltaré todos los puntos que apuntan a que tiene sus facultades mentales perturbadas: injuriar a su propio esposo tras la muerte del hijo, su conducta a menudo extraña, casi enajenada...

El fiscal pinscher empieza a ladrar.

—¡Mi más enérgica protesta por el modo en que el defensor de la acusada elude la prohibición del tribunal! Se salta los puntos para destacarlos con mucho más vigor. ¡Solicito un pronunciamiento del tribunal!

El tribunal se retira nuevamente y en su reaparición el presidente Feisler comunica, enfadadísimo, que condena al abogado a una multa de quinientos marcos por contravenir una decisión del tribunal. Si el caso se repite, amenaza con retirarle el uso de la palabra.

El abogado gris inclina la cabeza. Parece preocupado, como si le agobiase pensar cómo va a reunir esos 500 marcos. Comienza su discurso por tercera vez. Se esfuerza por describir la juventud de Anna Quangel, sus años de sirvienta, después el matrimonio al lado de un hombre que es un frío fanático, toda una vida de mujer:

—Solo trabajo, preocupaciones, renuncia, sometimiento a un hombre duro. Y ese hombre comienza de repente a escribir postales cuyo contenido entraña alta traición. Se ha probado claramente en este juicio que fue el hombre quien concibió esta idea, no la mujer. Todas las afirmaciones contrarias de mi cliente en el sumario han de interpretarse como una abnegación fallida...

El abogado continúa:

—¿Qué podía hacer Anna Quangel contra la voluntad criminal de su esposo? ¿Qué? Llevaba a sus espaldas una vida de servidumbre, solo había aprendido a obedecer, jamás había opuesto resistencia. Ella era una criatura de su marido, estaba sujeta a él...

El fiscal permanece sentado, aguzando las orejas.

—¡Alto Tribunal! El hecho, o mejor dicho la complicidad en el hecho, de una mujer así no puede valorarse plenamente. Al igual que no se puede castigar a un perro que por orden de su amo caza liebres en coto ajeno, tampoco se puede responsabilizar plenamente a esta mujer por su complicidad subsidiaria. Ella —también por este motivo— tiene la protección del artículo 51 párrafo 2.º...

El fiscal interrumpe otra vez: ladra que el abogado ha vuelto a infringir la prohibición del tribunal.

El defensor protesta.

El fiscal lee en voz alta de una libreta:

—Según el taquigrama la defensa ha dicho lo siguiente: «Ella —también por este motivo— tiene la protección del artículo 51, párrafo 2.º». Las palabras «también por este motivo» se refieren con claridad meridiana a la enfermedad mental de la familia

Heffke aseverada por la defensa. ¡Solicito una decisión del tribunal!

El presidente Feisler pregunta al defensor a qué aludían las palabras «también por este motivo».

El abogado explica que se referían a argumentos que desarrollará en el curso ulterior de su defensa.

El fiscal grita que nadie alude en su alegato a algo que no ha sido dicho todavía. La alusión solo puede versar sobre algo conocido, nunca sobre lo desconocido. Las palabras del señor defensor eran una excusa absurda.

El defensor protestó contra la imputación injuriosa de haber utilizado una excusa absurda. Por lo demás en una alocución uno podía referirse perfectamente a algo que se expondría más tarde, era una figura retórica conocida para crear expectación por lo que vendría después. Así por ejemplo, Marco Tulio Cicerón, en su famosa *Tercera filípica*...

Anna Quangel había caído en el olvido; ahora Otto Quangel miraba a uno y otro, boquiabierto.

Se había iniciado una acalorada disputa. Llovían citas en latín y griego clásico.

Finalmente el tribunal optó por retirarse, y cuando reapareció, y para sorpresa generalizada (pues la disputa erudita había hecho olvidar el motivo de la misma a la mayoría), el presidente Feisler anunció que al abogado de la acusada se le había retirado el uso de la palabra por infracción reiterada de una decisión del tribunal. La defensa oficial de Anna Quangel se delegaba en el asesor Lüdecke, casualmente presente.

El defensor gris hizo una reverencia y abandonó la sala, más preocupado que nunca.

El asesor Lüdecke «casualmente presente» se levantó y habló. No tenía mucha experiencia y tampoco había escuchado bien, se sentía intimidado por el tribunal, además por entonces estaba muy enamorado y era incapaz de ningún pensamiento razonable. Habló durante tres minutos, pidió la aplicación de circunstancias atenuantes (suponiendo que el Alto Tribunal no fuera de otra opinión, en cuyo caso rogaba se considerase su ruego no formulado) y volvió a sentarse, muy colorado y confundido.

Se le concedió la palabra al defensor de Otto Quangel.

Este se levantó, muy rubio y altanero. Hasta entonces no había intervenido en el juicio ni había tomado una sola nota, la mesa ante él estaba vacía. Durante las horas que había durado el juicio se había dedicado a frotar suavemente entre sí las uñas rosadas y muy cuidadas de sus dedos y a contemplarlas una y otra vez con atención.

Pero ahora habló con la toga entreabierta y una mano dentro del bolsillo del pantalón, mientras con la otra hacía gestos pausados. Este defensor no podía soportar a su cliente, le parecía antipático, limitado, increíblemente feo y casi repugnante. Y por desgracia Quangel había hecho todo para acrecentar más todavía esa aversión de su defensor al negar cualquier información al abogado, a pesar de las acuciantes

recomendaciones del maestro Reichhardt: él no necesitaba ningún abogado.

Así que ahora tomó la palabra el doctor Stark, el abogado. Su habla nasal y monótona estaba en franca oposición a las brutales palabras que utilizaba.

—Seguramente todos los que nos hemos reunido en esta sala —decía— rara vez habremos presenciado una imagen tan abismal de la depravación humana como la que se ha exhibido hoy aquí. Traición a la patria, alta traición, prostitución, alcahuetería, aborto, avaricia... ¿existe acaso un delito humano que mi cliente no haya cometido o en el que no haya participado? Alto Tribunal, caballeros, me veo incapacitado para defender a semejante criminal. En un caso así me despojo de la toga del defensor, yo mismo, el defensor, he de convertirme en fiscal, y alzo mi voz con una exhortación: que la justicia siga su curso con la máxima severidad. Modificando una conocida frase solo puedo decir: *¡Fiat justitia, pereat mundus!* ¡No hay atenuantes para este criminal que no merece el calificativo de humano!

Tras esta perorata, el defensor hizo una reverencia para sorpresa de todos y volvió a tomar asiento, estirando con cuidado los pantalones por encima de las rodillas. Tras lanzar una mirada inquisitiva a sus uñas, comenzó a frotárselas con suavidad.

Después de unos momentos de desconcierto, el presidente preguntó al acusado si tenía algo que decir en su favor, pero le exigía la mayor brevedad posible.

Otto Quangel se sujetó los pantalones.

—No tengo nada que decir en mi favor —comunicó—. Pero quisiera dar mis más sinceras gracias a mi abogado por su defensa. Al fin he comprendido lo que es un iletrado.

Quangel se sentó en medio del tumulto provocado por los demás. El abogado dejó de pulirse las uñas, se levantó y anunció con indolencia que renunciaba a cualquier acción contra su cliente, pues este acababa de demostrar una vez más que era un delincuente incorregible.

Ese fue el instante en que Quangel rio, por primera vez desde su detención —no, desde tiempos inmemoriales—; fue la suya una risa alegre y despreocupada. La comicidad de que esa chusma de criminales pretendiera tildarlo en serio de delincuente se apoderó repentinamente de él.

El presidente riñó duramente al acusado por su alegría inconveniente. Barajó la posibilidad de proceder contra Quangel con penas más duras todavía, pero entonces cayó en la cuenta de que ya había impuesto al acusado todos los castigos posibles, que solo le quedaba expulsarlo de la sala, y consideró el escaso efecto que causaría pronunciar la sentencia en ausencia de los dos acusados. Así que se contentó con mostrarse clemente.

El tribunal se retiró para dictar sentencia.

Pausa prolongada.

La mayoría salió a fumarse un cigarrillo, como en el teatro.

Capítulo 66

EL JUICIO: LA SENTENCIA

Conforme a lo prescrito, durante la pausa del juicio los dos agentes de policía que ahora vigilaban a Otto Quangel tuvieron que conducir a su prisionero a la pequeña celda de espera prevista para dichas ocasiones. Pero como la sala se había vaciado casi por completo y la conducción del prisionero por los numerosos pasillos y escaleras con los pantalones bajándosele continuamente era muy incómoda, creyeron que podían obviar esa disposición y se quedaron charlando a cierta distancia de Quangel.

El viejo jefe de taller apoyó la cabeza en las manos y se sumió durante unos minutos en una especie de duermevela. El juicio había durado siete horas, durante las cuales él ni siquiera se había permitido divagaciones, y estaba agotado. Las imágenes pasaban, confusas, por su mente: la mano de dedos como garras del presidente Feisler, que se abría y se cerraba, el defensor de Anna hurgándose la nariz, el pequeño jorobado Heffke queriendo aprender a volar, Anna diciendo «ochenta y siete» con las mejillas coloradas mientras sus ojos expresaban una superioridad serena, inédita en ella, y otras imágenes más, muchas... otras... imágenes... más...

Apretó la cabeza más fuerte entre sus manos, estaba tan cansado, necesitaba dormir, aunque solo fueran cinco minutos...

Colocó, pues, un brazo sobre la mesa y puso la cabeza encima. Respiró plácidamente. Solo cinco minutos de sueño profundo, un corto espacio de tiempo para el olvido.

Pero volvió a incorporarse sobresaltado. Había algo en esa sala que le impedía el ansiado descanso. Escudriñó a su alrededor con los ojos muy abiertos y su mirada cayó en Fromm, el juez del Tribunal Cameral retirado que, desde la barandilla de la sala de los espectadores, parecía hacerle señas. Quangel ya había reparado antes en el anciano caballero, en su viva atención, a la que nada parecía escapar, pero con las numerosas y excitantes experiencias de ese día no había hecho mucho caso de su antiguo vecino de la calle Jablonski.

Ahora el juez le hacía señas desde la barrera.

Quangel lanzó una ojeada a los dos policías. Estaban a unos tres pasos de distancia de él, ninguno lo miraba, y parecían enfrascados en una conversación muy animada. Quangel oyó en ese momento las palabras:

—Y entonces voy y agarro al pavo por el pescuezo...

El jefe de taller se había levantado, agarrando firmemente con ambas manos los pantalones, y ahora recorría la sala pasito a pasito hacia el juez retirado.

Este estaba junto a la barrera, con la mirada baja, como si no quisiera ver al

prisionero que se aproximaba. Entonces —Quangel se encontraba a unos pasos de él — el juez del Tribunal Cameral se volvió rápidamente y caminando entre las filas de sillas se dirigió a la puerta de salida. Pero había dejado sobre la barandilla un paquetito blanco de tamaño más pequeño que una bobina de hilo.

Quangel dio los últimos pasos, alargó la mano y ocultó primero el rollito en la palma de la mano, después en el bolsillo del pantalón. Era duro al tacto. Se giró y comprobó que sus dos vigilantes no se habían percatado de su ausencia. Entonces se cerró una puerta en la sala de los espectadores: el juez del Tribunal Cameral había desaparecido.

Quangel comenzó el paseo de vuelta a su sitio. Estaba muy nervioso, le latía el corazón, era muy improbable que esa aventura terminase bien. ¿Y qué le había parecido tan importante al viejo juez como para pasárselo a escondidas, arriesgándose tanto?

Quangel ya solo estaba a unos pasos de su sitio cuando uno de los policías lo vio de repente. Dio un respingo, asustado, lanzó una mirada confundida al asiento vacío de Quangel como si quisiera convencerse de que el acusado realmente no estaba allí sentado, y después casi gritó del susto:

—¿Qué hace usted ahí?

También el otro policía se volvió de golpe y miró fijamente a Quangel. En su primera confusión ambos se quedaron clavados en el sitio, sin pensar en ir a por el prisionero.

—Me gustaría estirar las piernas, señor agente —solicitó Quangel.

El policía, que se había tranquilizado enseguida, gruñó:

—¡Pues a ver si dejamos de pasear solos! ¡Haga usted el favor de avisarnos!

Mientras el policía le dedicaba estas palabras, Quangel pensó de repente que quería que le sucediera lo mismo que a Anna. Pronunciar su sentencia sin los dos acusados les privaría de gran parte de su diversión. Quangel no sentía el menor atisbo de curiosidad, pues ya la conocía. Además, deseaba enterarse de qué cosa importante le había pasado a escondidas el viejo juez.

Los dos policías habían llegado junto a Quangel y lo agarraron por los brazos que sujetaban los pantalones.

Quangel los miró fríamente.

—¡Muera Hitler! —exclamó.

—¿Cómo? —Se quedaron perplejos, no daban crédito a sus oídos.

Y Quangel, muy deprisa y a voces:

—¡Muera Hitler! ¡Muera Göring! ¡Muera el canalla de Goebbels! ¡Muera Streicher!

El puño que le alcanzó bajo el mentón le impidió continuar recitando esa letanía. Los dos policías arrastraron fuera de la sala al inconsciente Quangel.

En resumidas cuentas, que el presidente Feisler se vio obligado a pronunciar la sentencia sin ambos acusados. El juez supremo, indulgente, había hecho la vista

gorda ante la ofensa al abogado, pero en vano. Y Quangel tuvo razón: el pronunciamiento de la sentencia sin los rostros de los dos acusados ya no divirtió nada al presidente, lo que se dice nada. Había inventado unas formulaciones injuriosas tan estupendas...

Mientras Feisler hablaba, Quangel abrió los ojos en la celda donde esperaba. Le dolía el mentón, la cabeza, le costaba recordar lo sucedido. Su mano tanteó con cuidado el interior de su bolsillo: gracias a Dios, el paquetito seguía allí.

Oyó los pasos del guardia por el pasillo, el sonido se interrumpió y en su lugar escuchó un ruido suave, parecido a arañazos, procedente de la puerta: retiraron la tapa de la mirilla. Quangel había cerrado los ojos, fingía seguir inconsciente. Tras un tiempo que se le antojó interminable volvió de nuevo el sonido quedo, similar a arañazos, desde la puerta y después nuevamente los pasos del guardia...

La mirilla volvía a estar cerrada, durante los dos o tres minutos siguientes seguro que el centinela no volvía a mirar.

Quangel introdujo de prisa la mano en el bolsillo y sacó el rollito. Retiró el hilo que lo rodeaba, desplegó la nota que rodeaba un tubito de cristal y leyó el texto mecanografiado: «Ácido cianhídrico, mata sin dolor en pocos segundos. Ocultar dentro de la boca. También se suministrará a la mujer. Destruir la nota».

Quangel sonrió. ¡El buen anciano! ¡El maravilloso anciano! Masticó la nota hasta que quedó bien ensalivada y luego se la tragó.

Contempló con curiosidad la ampolla, examinó el líquido, claro como el agua. Muerte rápida, indolora, se dijo a sí mismo. ¡Oh, si lo supierais! Y también se lo procurarán a Anna. Él piensa en todo. ¡Excelente anciano!

Se metió en la boca el tubito de cristal. Ensayó. Pensó que la mejor manera de ocultarlo era entre la encía y las muelas, como un clavo, como un pedazo de tabaco de mascar, que muchos obreros utilizaban en el taller de carpintería. Se palpó la mejilla. No, no se notaba ningún bulto. Y si ellos se percataban de algo, antes de que pudieran quitarle ese chisme lo habría mordido y aplastado en la boca.

Quangel volvió a sonreír. ¡Ahora era libre de verdad, ellos ya no ejercían el menor poder sobre él!

Capítulo 67

LA CASA DE LOS MUERTOS

La casa de los muertos de la prisión de Plötzensee alberga ahora a Otto Quangel. La celda individual de la casa de los muertos es ahora su última patria en este mundo.

Sí, ahora está recluso en una celda individual: para los condenados a muerte ya no hay compañeros, ni un maestro Reichhardt, ni siquiera un «perro». Los condenados a muerte solo tienen una compañera: la muerte, así lo quiere la ley.

Es un edificio entero en el que viven estos condenados, docenas, acaso centenares, una celda junto a otra. Los centinelas siempre recorren el corredor, siempre se oyen tintineos, y los perros ladran en los patios durante toda la noche.

Pero en las celdas los fantasmas están callados, en las celdas reina el silencio, no se oye sonido alguno. ¡Son tan taciturnos esos candidatos a la muerte! Proceden de todas partes de Europa, hay hombres, jóvenes, casi niños todavía, alemanes, franceses, holandeses, belgas, noruegos, buenas personas, personas débiles, malas personas, todos los temperamentos, desde el sanguíneo y el colérico hasta el melancólico. Pero en esa casa se difuminan las diferencias, todos se han callado, ya solo son fantasmas de sí mismos. Casi nunca escucha Quangel un llanto por la noche, y de nuevo silencio, silencio... silencio...

A él siempre le ha gustado el silencio. Durante esos últimos meses ha tenido que llevar una vida opuesta a su forma de ser: nunca a solas consigo, forzado con frecuencia a hablar, él que odia cualquier conversación. Ahora ha vuelto por última vez a su forma de vida, al silencio, a la paciencia. El maestro Reichhardt era bueno, le enseñó muchas cosas, pero ahora, tan cerca de la muerte, es mejor todavía vivir sin él.

De Reichhardt ha copiado la vida metódica dentro de la celda. Todo tiene su tiempo: el aseo muy cuidadoso, unos cuantos ejercicios físicos que aprendió viéndoselos hacer a su compañero de celda, una hora de paseo por la mañana y otra por la tarde, la limpieza a fondo de la celda, las comidas, el sueño. Aquí también dispone de libros para leer, cada semana le llevan seis a la celda; pero en eso no ha cambiado, no los mira. No va a empezar a leer en la vejez.

Sin embargo, hay otra cosa más que ha copiado al maestro Reichhardt. Durante sus paseos tararea entre dientes. Recuerda antiguas canciones infantiles y populares de su etapa escolar. Surgen en él desde su más temprana juventud, un verso sucede a otro... ¡qué cabeza tiene, si todavía las recuerda después de más de cuarenta años! Y después los poemas: *El anillo de Polícrates*, *El aval*, *Oda a la alegría*, *El rey de los elfos*. Pero no consigue recordar entero *El canto de la campana*. A lo mejor nunca se supo todos los versos, de eso ya no se acuerda...

Una vida tranquila, pero el contenido principal del día lo constituye el trabajo. Sí,

aquí tiene que trabajar, debe limpiar una determinada cantidad de guisantes, apartar aquellos con gusanos, eliminar los partidos o rotos al igual que las semillas de mala hierba y las bolas negro grisáceas de las algarrobas. Le gusta hacer ese trabajo, sus dedos limpian, laboriosos, hora tras hora.

Y es bueno que le hayan encargado precisamente ese trabajo, lo sacia. Porque ahora han transcurrido definitivamente los buenos tiempos en que podía compartir las viandas del maestro Reichhardt. Lo que le llevan a la celda está mal cocinado, es una bazofia aguada, pan húmedo, pegajoso, con patata añadida, que le cae como una pesa indigerible en el estómago.

Pero los guisantes le sirven de ayuda. No puede afanar muchos, porque los pesan, pero sí los suficientes para saciarse hasta cierto punto. Los ablanda en agua, y cuando están hinchados los añade a su sopa para que se calienten un poco y después los mastica. Así mejora su comida, a la que puede aplicarse el dicho: muy poco para vivir, demasiado para morir.

Quangel casi sospecha que los vigilantes, los inspectores del trabajo saben lo que hace, que roba guisantes, pero se callan. Y no dicen nada no porque deseen ser indulgentes con el condenado a muerte, sino porque les trae sin cuidado, porque se han embrutecido en esa casa en la que presencian tanta aflicción todos los días.

No hablan simplemente para que no hable el otro. No quieren escuchar quejas pues no pueden cambiar ni mejorar nada, aquí todo sigue su camino inmutable. Ellos no son más que ruedecitas de una máquina, ruedecitas de hierro, de acero. Si el hierro se reblandeciera habría que sustituir la ruedecita, ellos no quieren ser sustituidos, quieren seguir siendo ruedecitas.

Por eso tampoco pueden ofrecer consuelo, no quieren hacerlo, son como son: indiferentes, fríos, sin sombra de compasión.

Al principio, cuando Otto Quangel subió a esta celda desde la celda de castigo que le había impuesto el presidente Feisler, pensó que sería para uno o dos días, que estarían ansiosos por ejecutarlo enseguida, le habría parecido bien.

Pero luego se va enterando poco a poco de que la ejecución de la sentencia puede durar semanas enteras, meses, incluso un año. Sí, hay condenados a muerte que llevan un año esperando la muerte, que se echan a dormir todas las tardes sin saber si esa noche los despertarán de su sueño los ayudantes del verdugo; cada noche, cada hora, a cada bocado que se llevan a la boca, al desvainar guisantes, sentados en la cubeta donde hacen sus necesidades, siempre puede abrirse la puerta, una mano hacer una seña y una voz decir:

—¡Vamos! ¡Ha llegado la hora!

Es una crueldad infinita la que existe en ese miedo a morir prolongado a lo largo de días, semanas, meses, y no son solo formalidades jurídicas, ni los recursos de gracia interpuestos cuya resolución es preciso esperar, los que provocan ese retraso. Algunos afirman que el verdugo está desbordado de trabajo, que ya no da abasto. Pero el verdugo trabaja solo los lunes y jueves, los demás días no. Recorre el país,

efectuando ejecuciones en toda Alemania, el verdugo también trabaja en otras poblaciones. Pero ¿cómo es posible entonces que un condenado sea ejecutado siete meses antes que otro que fue condenado con él en la misma causa? No, aquí actúa de nuevo la crueldad, el sadismo; en esta casa no se golpea brutalmente, ni se tortura físicamente, aquí el veneno se filtra sin darse cuenta en las celdas, ellos no quieren liberar ni un minuto de la garra de la muerte a las almas que están aquí.

Todos los lunes y los jueves la casa de los muertos se inquieta. Siendo aún de noche los fantasmas se agitan, se acurrucan junto a las puertas, sus miembros tiemblan, aguzan los oídos hacia los corredores. Todavía resuenan los pasos de los centinelas, solo son las dos de la mañana. Pero pronto... Quizá incluso hoy mismo. Y ruegan, rezan: Solamente estos tres días, solo estos cuatro días hasta el próximo día de ejecución, entonces me resignaré de buen grado, ¡pero hoy no, por favor! Y piden, rezan, mendigan.

Un reloj da las cuatro. Pasos, tintineo de llaves, murmullos. Los pasos se aproximan. El corazón comienza a latir, brota sudor por todo el cuerpo. De repente una llave chasquea en la cerradura. ¡Tranquilo, tranquilo, han abierto la celda contigua, no, una más allá! Todavía no ha llegado tu turno. Gritos rápidamente sofocados.

—¡No, no! ¡Socorro!

Ruido de pies. Silencio. El paso regular del centinela. Silencio. Espera. Espera aterrada. No soporto esto...

Y al cabo de un plazo interminable, tras un abismo lleno de miedo, tras una espera insoportable que sin embargo hay que soportar, vuelven a acercarse los murmullos, el sonido de muchos pies, el tintineo de llaves... Se aproxima, cerca, cerca. ¡Ay, Dios mío, hoy todavía no, solo tres días más! ¡Y en un santiamén, la llave en la cerradura! ¿Es en mi celda? ¡Oh, en la tuya! No, es la celda vecina, unas palabras musitadas, así que se llevan al vecino. Se lo llevan, los pasos se alejan...

El tiempo transcurre lentamente, el escaso tiempo se desmenuza despacio en infinitos trozos pequeños. Esperar. Solo esperar. Y el paso de los centinelas en el corredor. ¡Ay, Dios, hoy se llevan a los ocupantes de celdas contiguas, el próximo eres tú! Dentro de tres horas serás un cadáver, este cuerpo estará muerto, estas piernas que todavía te sostienen serán estacas yertas, esta mano que ha trabajado, acariciado, mimado y pecado ya no será más que un trozo de carne corrompida. ¡Es imposible, y sin embargo es cierto!

¡Esperar... esperar... esperar! Y de repente el que espera ve alborear el día por su ventana, oye una campana que llama a levantarse. Ha llegado el día, un nuevo día de trabajo... y se ha librado una vez más. Tiene otros tres días de plazo, cuatro días si es jueves. ¡La suerte le ha sonreído! Respira más aliviado, al fin puede hacerlo, a lo mejor se libra del todo. A lo mejor sucede una gran victoria y con ella una amnistía, a lo mejor lo indultan condenándolo a cadena perpetua.

¡Una hora más de respirar aliviado!

Y vuelve a instalarse el miedo, que envenena esos tres o cuatro días: Esta vez terminaron justo antes de mi celda, el lunes empezarán por mí. ¿Oh, qué voy a hacer? Todavía no soy capaz...

Y siempre de nuevo, siempre de nuevo, dos veces a la semana, todos los días de la semana, cada segundo el miedo.

Y mes tras mes: miedo cerval.

A veces Otto Quangel se preguntaba cómo sabía todo eso. Porque en realidad nunca hablaba con nadie, ni nadie con él. Algunas palabras secas del vigilante: «Acompáñeme. Levántese. Trabaje más deprisa». A lo mejor justo al servirle la comida unas palabras más formadas con los labios que musitadas:

—Hoy siete ejecuciones.

Eso era todo.

Pero sus sentidos se habían agudizado muchísimo. Adivinaban lo que no veía. Sus oídos escuchaban cualquier ruido en el corredor, un retazo de conversación de los centinelas durante el relevo, una maldición, un grito... todo se le revelaba, nada permanecía oculto para él. Y después por las noches, durante las largas noches que según el reglamento interior duraban trece horas, pero que nunca eran noches, porque en su celda siempre debía estar encendida la luz, entonces a veces se atrevía a trepar hasta la ventana, comprimiéndose por encima de la persiana de oscurecimiento y atisbaba la noche. Sabía que los centinelas del patio con sus perros que no paraban de ladrar tenían orden de disparar a cualquier rostro que se asomase a una ventana, y no en pocas ocasiones disparaban un tiro... pero a pesar de todo se corría el riesgo.

Estaba allí de pie encima de su banqueta, percibía el aire puro de la noche (ese aire compensaba ya cualquier peligro), y después escuchaba ese susurro de ventana en ventana, palabras al principio incomprensibles:

—¡Karl lo ha hecho otra vez!

O:

—La mujer de 347 se ha pasado todo el día ahí abajo.

Pero con el tiempo consiguió entenderlo todo. Con el tiempo supo que en la celda contigua estaba un hombre del servicio de contraespionaje que al parecer se había vendido al enemigo y ya había intentado suicidarse dos veces. La celda de detrás de la suya la ocupaba un trabajador de una central eléctrica que había dejado quemarse las dinamos, un comunista. Y el guardia Brennecke te proporcionaba papel y trozos de lápiz, y también sacaba a escondidas cartas del edificio si lo sobornaban desde fuera, con mucho dinero o preferiblemente con alimentos. Y... y... noticias y más noticias. También una casa de los muertos habla, respira, vive, tampoco en una casa de los muertos se extingue la indomable necesidad que sienten las personas por comunicarse.

Pero aunque también Otto Quangel arriesgaba —en ocasiones— su vida para escuchar, aunque sus sentidos nunca se cansaban de prestar atención a cualquier cambio, Quangel no era del todo uno de ellos. A veces intuían que él también estaba

asomado a la ventana nocturna, y alguien susurraba:

—¿Qué tal te va, Otto? ¿Ya han devuelto el recurso de gracia?

(Ellos lo sabían todo sobre él). Pero él jamás contestaba una palabra, jamás reconocía que también escuchaba. Él no era uno de ellos, aunque le hubieran impuesto la misma sentencia, él era completamente distinto.

Y eso no se debía a su condición de solitario, como había sido antes, ni a su necesidad de tranquilidad que hasta entonces lo había apartado de todos, no procedía de su aversión a hablar que antes había silenciado su lengua... sino que se debía a aquel pequeño tubito de cristal que le había proporcionado el juez del Tribunal Cameral Fromm.

Ese tubito con la disolución de ácido cianhídrico clara como el agua lo había liberado. Los demás, sus compañeros de infortunio, tenían que transitar el último y amargo camino; él podía elegir. Podía morir en cualquier momento, solo tenía que quererlo. Era libre. En la casa de los muertos, detrás de muros y rejas, sujeto con cadenas y esposas... él, Otto Quangel, maestro carpintero fuera de servicio, jefe de taller fuera de servicio, esposo fuera de servicio, padre fuera de servicio, agitador fuera de servicio... había quedado libre. Eso lo habían conseguido ellos, ellos le habían concedido una libertad de la que no había disfrutado en toda su vida. Él, el propietario de ese tubito de cristal, no temía a la muerte. La muerte estaba a su lado a todas horas, él era su amigo. Él, Otto Quangel, no tenía que despertarse mucho antes de la hora los lunes y los jueves, y escuchar muerto de miedo junto a la puerta. No era como ellos, no del todo. No tenía que torturarse porque poseía el final de toda tortura.

Era una buena vida la que llevaba. Le gustaba. Ni siquiera tenía la certeza de que fuera a utilizar alguna vez esa ampolla de cristal. ¿No sería todavía mejor esperar hasta el último minuto? A lo mejor podía volver a ver a Anna. ¿No sería mejor no ahorrarles a esos ninguna ignominia?

¡Que lo ejecutasen, mejor, mucho mejor! Quería saber cómo era eso... pensaba que le correspondía hacerlo, que era su obligación saber también cómo lo hacían. Creía que debía saberlo todo hasta que el lazo rodease su cuello o su cabeza estuviese bajo la guillotina. Podía, todavía en el último minuto, darles un chasco.

Y en la certeza de que no podía pasarle nada, de que allí —quizá por primera vez en su vida— podía ser completamente él mismo, con absoluta sinceridad, en esa certeza hallaba tranquilidad, alegría, paz. Su cuerpo envejecido nunca se había sentido tan bien como a lo largo de esas semanas. Su dura mirada de pájaro nunca había sido tan amable como en la celda de condenado a muerte de Plötzensee. Su espíritu nunca había podido divagar con tanta libertad como allí.

¡Una buena vida, sí señor!

Ojalá también Anna estuviera bien. Pero el viejo juez Fromm era un hombre que cumplía su palabra. También Anna estaría más allá de toda persecución, también Anna era libre, una prisionera libre...

Capítulo 68

LOS RECURSOS DE GRACIA

Otto Quangel no llevaba más que unos días en la celda de castigo —según la resolución del Tribunal del Pueblo—, se moría de frío en la pequeña jaula de barrotes de hierro que se parecía mucho a una estrecha jaula de monos del zoo, cuando se abrió la puerta, se encendió la luz y su abogado, el doctor Stark, apareció en el umbral de la puerta de la habitación donde estaba montada la jaula y observó a su cliente.

Quangel se levantó despacio y lo miró a su vez.

Así que ese caballero acicalado y peripuesto había vuelto para verlo, con sus uñas sonrosadas y la forma indiferente y lánguida de hablar. Seguramente para contemplar los sufrimientos del delincuente.

Pero también entonces llevaba Quangel en su boca la ampolla de cianuro de potasio, ese talismán que le hacía soportar el frío y el hambre, y así había contemplado tranquilo, es más, con una superioridad placentera al «elegante caballero», él, con su aspecto andrajoso, tiritando de frío, el estómago ardiéndole por el hambre.

—¿Y bien? —había preguntado Quangel por fin.

—Le traigo la sentencia —informó el abogado sacando un papel del bolsillo.

Quangel no lo cogió.

—No me interesa —repuso—. Ya sé que me han condenado a muerte. ¿A mi mujer también?

—También a su mujer. Sin apelación posible.

—Bien —contestó Quangel.

—Pero puede interponer un recurso de gracia —dijo el abogado.

—¿Dirigido al Führer?

—Sí, al Führer.

—No, gracias.

—¿Entonces quiere morir?

Quangel sonrió.

—¿No tiene miedo?

Quangel siguió sonriendo.

El abogado contempló por vez primera el rostro de su cliente con un asomo de interés, y dijo:

—En ese caso yo interpondré por usted el recurso de gracia.

—¡Después de haber exigido mi condena!

—Es lo habitual, en cada condena de muerte se interpone un recurso de gracia.

Forma parte de mis obligaciones.

—De sus obligaciones. Comprendo. Igual que su defensa. Bueno, supongo que su recurso de gracia no tendrá mucho efecto, mejor olvídelo.

—A pesar de todo lo interpondré, incluso contra su voluntad.

—No puedo impedirselo.

Quangel volvió a sentarse en el catre. Esperaba que el otro cesara ahora con esas estúpidas majaderías, que se fuese.

Pero el abogado no se fue, sino que preguntó tras una larga pausa:

—Dígame, ¿por qué lo hizo en realidad?

—¿Hacer qué? —preguntó Quangel con indiferencia sin mirar al peripuesto letrado.

—Escribir esas postales. No han servido de nada y le van a costar la vida.

—Porque soy tonto. Porque no se me ocurrió nada mejor. Porque contaba con un efecto diferente. ¡Por eso!

—¿Y no lo lamenta? ¿No le da pena perder la vida por una tontería semejante?

Una mirada dura alcanzó al abogado, la vieja, orgullosa y dura mirada de pájaro.

—Yo por lo menos no he perdido la decencia —respondió Quangel—. No he colaborado.

El abogado miró largamente al hombre sentado en silencio. Luego añadió:

—Ahora sí que creo que mi colega, el que defendió a su mujer, tenía razón: ustedes dos están locos.

—¿Llama locura a pagar cualquier precio por mantener la decencia?

—También habría podido mantenerla sin postales.

—Eso habría sido aquiescencia silenciosa. ¿Qué ha pagado usted por haberse convertido en un caballero tan fino con los pantalones muy bien planchados, las uñas de los dedos esmaltadas y los embusteros discursos de defensa? ¿Qué ha pagado por ello?

El abogado calló.

—¿Lo ve? —continuó Quangel—. Y cada vez pagará más, y quizá algún día también tenga que sacrificar la cabeza, igual que yo, pero entonces la sacrificará por su indecencia.

El abogado callaba.

Quangel se levantó.

—¿Lo ve? —rió—. Sabe usted muy bien que quien está detrás de las rejas es decente, y usted que está delante es el canalla, que el criminal está libre y el decente condenado a muerte. Usted no es un letrado, no sin razón lo llamé iletrado. ¡Y usted quiere presentar un recurso de gracia en mi favor... bah, váyase de una vez!

—Y a pesar de todo interpondré un recurso de gracia en su favor —insistió el abogado.

Quangel no contestó.

—Entonces hasta la vista —dijo el abogado.

—Lo dudo mucho... a no ser que presencie mi ejecución. ¡Está usted invitado de corazón!

El abogado se marchó.

Era un hombre curtido, endurecido, era malo. Pero todavía tenía el discernimiento suficiente como para admitir que el otro era mejor.

Formuló el recurso de gracia, la causa que debía inducir al Führer al perdón era locura, pero el abogado sabía de sobra que su cliente no estaba loco.

También para Anna Quangel se envió un recurso de gracia directamente al Führer, pero este recurso no procedía de la ciudad de Berlín, sino de un pequeño y pobre pueblo de la Marca de Brandeburgo, y bajo el recurso se leía: «Familia Heffke».

Los padres de Anna Quangel habían recibido una carta de su nuera, la mujer de su hijo Ulrich. La carta solo refería malas noticias, escritas sin miramientos con frases duras y concisas. Su hijo Ulrich estaba loco, ingresado en Wittenau, y la culpa era de Otto y Anna Quangel, quienes habían sido condenados a muerte por haber traicionado a su país y a su Führer. ¡Esos son vuestros hijos, es una vergüenza llamarse Heffke!

Sin decir una palabra, sin atreverse siquiera a mirarse, los dos ancianos estaban sentados en su pequeño y modesto cuarto de estar. La carta, esa terrible noticia, se interponía entre ellos. Pero tampoco se atrevían a mirarla.

Durante toda su vida habían tenido que doblar la cerviz, pequeños agricultores en una finca grande bajo duros administradores, habían llevado una vida de pobreza: mucho trabajo, pocas alegrías. La alegría habían sido los hijos, que se habían convertido en gente de provecho. Habían prosperado más que sus padres, no habían tenido que deslomarse a trabajar, Ulrich era capataz en una fábrica de óptica y Anna, esposa de un maestro carpintero. El hecho de que apenas escribiesen, de que no se dejasen ver, apenas molestaba a los viejos, esa era la naturaleza de todos los pájaros que han echado a volar. Porque sabían que a sus hijos les iba bien.

¡Y ahora este golpe, este golpe despiadado! Al cabo de un rato la mano flaca, deformada por el trabajo, del viejo campesino se estira por encima de la mesa:

—Madre.

Y de repente a la anciana se le saltan las lágrimas:

—¡Ay, padre! ¡Nuestra Anna, nuestro Ulrich! ¡Ahora resulta que han traicionado a nuestro Führer! ¡No puedo creerlo, nunca jamás lo creeré!

Durante tres días estuvieron tan confundidos que no fueron capaces de tomar decisión alguna. No se aventuraban a salir de casa, ni se atrevían a mirar a nadie a los ojos por miedo a que la vergüenza ya se hubiera difundido.

Después, el cuarto día, pidieron a una vecina que les cuidara a sus escasos animales de corral y emprendieron el camino hacia Berlín. Cuando caminaban por la carretera azotada por el viento, el hombre delante, la mujer un paso por detrás según la costumbre campesina, parecían niños que se habían perdido en el vasto mundo para los que todo supone una amenaza: un golpe de viento, una rama seca que cae, un

coche que pasa a su lado, una palabra dura. Estaban completamente indefensos.

Al cabo de dos días recorrieron el camino de vuelta por la misma carretera, más pequeños aún, más encorvados, más desconsolados.

No habían conseguido nada en Berlín. La nuera los había cubierto de improperios. No habían podido ver a su hijo Ulrich, porque no había «horario de visita». Anna y su marido... nadie pudo decirles con exactitud en qué cárcel estaban. No habían encontrado a sus hijos. Y el Führer, del que esperaban ayuda y consuelo, cuya cancillería sí que encontraron, el Führer no estaba en Berlín. Estaba en el cuartel general, ocupado en asesinar hijos, no tenía tiempo para ayudar a padres que estaban a punto de perderlos.

Les dijeron que presentasen una solicitud.

Ellos no se atrevían a confiar en nadie. Temían la deshonra. Una hija suya había traicionado al Führer. No habrían podido seguir viviendo allí si eso se sabía. Pero debían hacerlo para salvar a Anna. No, no podían pedir ayuda a nadie en ese recurso de gracia, ni al maestro, ni al alcalde, ni siquiera al reverendo.

Y con mucho esfuerzo, tras largas horas de conversaciones y reflexiones, de escribir con mano temblorosa, lograron terminar un recurso de gracia. Fue escrito, copiado de nuevo y pasado otra vez a limpio, y empezaba así:

«Mi amadísimo Führer:

Una madre desesperada te suplica de rodillas por la vida de su hija. Ella ha cometido una falta grave contra ti, pero eres tan grande que te mostrarás clemente con ella. Tú la perdonarás...».

¡Hitler, convertido en Dios, señor del universo, todopoderoso, de bondad y clemencia infinitas! Dos viejos... fuera brama la guerra que asesina a millones de personas, pero ellos creen en él, incluso cuando ha puesto a su hija en manos del verdugo creen en él, ninguna duda se desliza dentro de su corazón, su hija es mala y el Führer un dios.

No se atreven a enviar la carta en el pueblo, juntos caminan hasta la capital del distrito para echarla al correo. Como dirección figura: «A la atención de nuestro amadísimo Führer...».

Después regresan a casa a su cuarto de estar y esperan como buenos creyentes que su dios sea compasivo...

¡Y lo será!

El correo recoge tanto el recurso embustero del abogado como el desamparado de los dos padres desolados y cursa ambos, pero no los lleva al Führer. El Führer no desea ver esos recursos, no le interesan. A él le interesa la guerra, la destrucción, el asesinato, no evitar el asesinato. Los recursos llegan a la cancillería del Führer, donde se les asigna un número, son registrados y después estampan un sello en ellos: Remitir al señor ministro de Justicia del Reich. Aquí solo regresarán si el condenado es miembro del Partido, lo que no se infiere del recurso de gracia...

El perdón dividido, el perdón para los camaradas del Partido y el perdón para los

compatriotas.

En el Ministerio de Justicia del Reich los recursos vuelven a registrarse y a numerarse, y reciben otro sello: A la administración de la prisión para solicitar su parecer.

El correo reparte los recursos por tercera vez, y por tercera vez reciben número y son asentados en un libro. La mano del escribiente consigna sobre los recursos de Anna y Otto Quangel unas pocas palabras: Su comportamiento se ha atendido al reglamento de régimen interior. No existe motivo para el perdón. Devolver al Ministerio de Justicia del Reich.

De nuevo el perdón dividido: los que contravenían el reglamento interior de la cárcel o los que solo lo obedecían no tenían motivos para ser perdonados; pero quien se había distinguido por el espionaje, la traición o el maltrato a sus compañeros de infortunio encontraba —quizá— el perdón.

En el Ministerio de Justicia vuelven a consignar la entrada de los recursos y estampan un sello encima: Rechazado, y una señorita vivaracha teclea en su máquina de escribir de la mañana a la noche: Su recurso de gracia ha sido rechazado... ha sido rechazado... rechazado... rechazado... rechazado..., durante todo el día, durante todos los días.

Y un buen día un funcionario comunica a Otto Quangel:

—Su recurso de gracia ha sido rechazado.

Quangel, que no ha hecho recurso de gracia alguno, no dice ni una palabra, no merece la pena.

Pero el correo lleva el rechazo a casa de los ancianos, por el pueblo corre el rumor: «Los Heffke han recibido una carta del Ministerio de Justicia del Reich».

Y aunque los ancianos guardan silencio, callan perseverantes, temerosos, temblorosos, un alcalde tiene medios para conocer la verdad, y pronto a la aflicción de los dos viejos se añade la ignominia...

¡Los caminos del perdón!

Capítulo 69

LA DECISIÓN MÁS DURA DE ANNA QUANGEL

Anna Quangel lo pasó peor que su marido: era una mujer. Añoraba cambiar impresiones, simpatía, una pizca de ternura... y ahora siempre estaba sola, de la mañana a la noche, ocupada desenredando y devanando sacos de cordeles que llevaban a su celda. Pese a las escasas palabras y manifestaciones solidarias que su marido le había tributado, esas minucias le parecían ahora un paraíso, es más, la presencia incluso de un Otto mudo habría sido una bendición para ella.

Lloraba mucho. El duro y largo arresto en la celda de castigo le había arrebatado un poco de la fuerza que había vuelto a avivarse al ver a Otto y que tan fuerte y valiente la había hecho durante el juicio. Había pasado mucha hambre y mucho frío, también ahora, en su desnuda celda individual. Ella no podía mejorar el magro menú con guisantes crudos como su marido, no había aprendido a dividir con inteligencia el día como él, a imprimirle un ritmo cambiante que hiciera esperar todavía algo parecido a la alegría: una hora de paseo después del trabajo o la satisfacción por el cuerpo recién lavado.

Anna Quangel también había aprendido a acechar de noche por la ventana de su celda. Mas no se asomaba de vez en cuando, sino todas las noches. Y susurraba, hablaba junto a la ventana, contaba su historia, preguntaba una y otra vez por Otto, por Otto Quangel... ¿Ay, Dios mío, pero es que de verdad nadie sabía allí dónde estaba Otto, cómo se encontraba, Otto Quangel, sí, un viejo jefe de taller, pero todavía fuerte, de tal y cual aspecto, cincuenta y tres años...? ¡Tenían que saberlo!

No se daba cuenta, o no quería dársela, de que importunaba a los demás con sus preguntas eternas, su relato desmedido. Allí todos tenían sus propias preocupaciones.

—¡Oye, tú, la 76, cierra el pico de una maldita vez, que nos sabemos todo lo que cuentas!

O también:

—¡Ahí está esa otra vez a vueltas con su Otto, que si Otto por aquí, que si Otto por allá... ¿Eh?!

O con toda dureza:

—¡Como no cierres el pico de una vez, te denunciaremos! ¡Que también hay otras que quieren que les toque el turno!

Y cuando Anna Quangel, ya muy entrada la noche, se metía al fin debajo de su manta para dormirse mucho más tarde, a la mañana siguiente no lograba hacer nada a tiempo. La guardiana la regañaba y la amenazaba con un nuevo arresto. Se ponía tarde a trabajar, demasiado tarde. Tenía que apresurarse y arruinaba cualquier éxito derivado de su prisa porque creía haber oído un sonido en el corredor y se ponía a

escuchar pegada a la puerta. Durante media hora, una hora. Ella, que había sido una mujer tranquila, afable, maternal, se transformó de tal modo durante su incomunicación que todos se enfadaban con ella. Como les daba mucho trabajo a las guardianas, discutía mucho con ellas, estas se mostraban antipáticas con ella; afirmaba que le daban menos comida y la peor, pero el máximo trabajo. Ya en un par de ocasiones se había acalorado tanto en estas disputas que empezó a gritar, simplemente a gritar como una loca.

Entonces ella misma se detenía asustada. Pensaba en el camino que había recorrido hasta llegar a esa desnuda celda de la muerte, pensaba en su hogar de la calle Jablonski, que nunca volvería a ver, recordaba a su hijo Otto, cómo iba creciendo, su parloteo infantil, las primeras preocupaciones escolares, la manita gris que le tocaba la cara con torpe ternura... ay, esa mano infantil que se había hecho carne en su vientre, con su sangre, hacía mucho que había retornado a la tierra, la había perdido para siempre. Pensó en las noches que Trudel había yacido a su lado en la cama, cuando, el joven cuerpo en la flor de la vida cerca del suyo, habían conversado en susurros durante horas, sobre el padre severo que dormía al otro lado, sobre su hijo Otto y sus perspectivas de futuro. Pero también Trudel se había perdido.

Y después pensaba en el trabajo común con Otto, en la lucha que habían librado ambos durante más de dos años en completo silencio. Le venían a la memoria los domingos, cuando se sentaban juntos en la salita junto a la mesa, ella en la esquina del sofá, zurciendo calcetines, y él en su silla, con sus útiles de escribir ante sí, formulando juntos frases, entregándose unidos a ensoñaciones del gran éxito que obtendrían. ¡Perdido, acabado, todo perdido, todo acabado! Sola en la celda, ante ella ya solo la cercana muerte segura, sin una palabra de Otto, quizá sin volver a ver su rostro nunca más... sola para morir, sola en la tumba...

Durante horas recorre la celda arriba y abajo, no lo soporta. Ha olvidado su trabajo, los ovillos de cordel continúan anudados y desordenados en el suelo, los aparta de un empujón con el pie, impaciente... y cuando la guardiana abre la celda por la noche no hay nada hecho. Le dirige palabras duras, pero Anna no las escucha, que hagan con ella lo que quieran, que la ejecuten de prisa... ¡tanto mejor!

—Recordad lo que os digo —advierte la vigilante a sus colegas—. Esa está a punto de perder la cabeza, tened siempre preparada una camisa de fuerza. Y mirad con frecuencia dentro de su celda, que es muy capaz de ahorcarse en pleno día, esa se va a ahorcar en menos que canta un gallo, y después los problemas serán para nosotras.

Pero la guardiana no tiene razón: Anna Quangel no piensa en ahorcarse. Lo que la mantiene viva, lo que hace que incluso esa existencia abyecta le parezca digna de vivirse es pensar en Otto. Ella no puede marcharse de aquí, tiene que esperar, a lo mejor recibe una noticia de él, a lo mejor hasta le permiten volver a verlo una vez más antes de morir.

Y entonces, un día cualquiera de esos días tristes, la suerte parece sonreírle. Una

guardiana abre de pronto la puerta de la celda:

—Acompáñeme, Quangel. Tiene visita.

¿Visita? ¿Quién va a visitarme aquí? Si no tengo a nadie que pueda venir a verme. ¡Será Otto! ¡Tiene que ser Otto! ¡Siento que es Otto!

Lanza una mirada a la guardiana, le encantaría preguntarle por su visitante, pero discute continuamente con ella, no puede preguntarle a esa mujer. La sigue, todo su cuerpo temblando, no ve nada, no sabe adónde van, ya no recuerda que morirá pronto... solo sabe que va a ver a Otto, la única persona del mundo que...

La guardiana entrega la prisionera 76 a un sargento primero, la conducen a una habitación dividida en dos mitades por una reja, al otro lado de la reja hay un hombre.

Toda la alegría de Anna Quangel se esfuma al ver a ese hombre. No es Otto, es solo el viejo juez del Tribunal Cameral Fromm. Ahí está el hombrecillo, mirándola con sus ojos azules rodeados por una coronita de arrugas.

—Quería saber cómo se encuentra, señora Quangel —dice.

El vigilante, situado junto a la reja, contempla meditabundo a ambos. Después se vuelve, aburrido, y se encamina hacia la ventana.

—¡Deprisa! —susurra el juez tendiéndole algo a través de la reja.

Ella, instintivamente, lo coge.

—¡Guárdese! —susurra el anciano.

Anna oculta el rollito blanco.

Una carta de Otto, piensa, y su corazón vuelve a latir con más libertad. La desilusión ha quedado superada.

El funcionario se ha vuelto de nuevo y los mira desde la ventana.

Al fin Anna encuentra unas palabras. En lugar de saludar al juez del Tribunal Cameral, le hace la única pregunta del mundo que todavía le interesa:

—¿Ha visto a Otto, señor juez?

El anciano caballero mece de un lado a otro su inteligente cabeza.

—En los últimos tiempos, no —contesta—. Pero he sabido por amigos que se encuentra bien, muy bien. Se conserva de maravilla.

Reflexiona, y añade tras una breve vacilación:

—Creo que puedo transmitirle saludos de su parte.

—Gracias —musita ella—. Muchas gracias.

Al decir estas palabras numerosas sensaciones diferentes la asaltan. Si no lo ha visto, tampoco puede tener una carta suya. Pero no, él habla de amigos; ¿habrá recibido una carta por mediación de esos amigos? Y las palabras: Se conserva de maravilla, le producen orgullo y felicidad... ¡Y ese saludo de su parte, ese saludo entre las celdas de hierro y piedra, esa primavera entre muros! ¡Qué maravilla, qué maravilla, la vida es maravillosa!

—Pero usted no tiene buen aspecto, señora Quangel —dice el viejo juez.

—¿De veras? —responde un poco asombrada, ausente—. Pues estoy bien. Muy bien. Dígaselo a Otto. ¡Dígaselo, por favor! No se olvide de saludarlo de mi parte.

Porque lo verá, ¿no?

—Creo que sí —responde vacilante.

¡Es tan meticuloso el menudo y probo caballero! La más mínima insinceridad con esta moribunda le repugna. ¡Ella no adivina qué artimañas ha tenido que emplear, qué intrigas maquinar, para obtener ese permiso de visita! Para el mundo Anna Quangel está muerta... ¿acaso se puede visitar a los muertos?

Pero no se atreve a comunicarle que no volverá a ver en esta vida a Otto Quangel, que no sabe nada de él, que acaba de mentirle al transmitirle sus saludos para infundir un poco de valor a esa mujer completamente vencida. Y es que a veces es preciso mentir a los moribundos.

—¡Ah! —exclama de pronto muy animada, y... ¡fíjate!... sus pálidas mejillas hundidas se sonrojan—. Cuando lo vea, dígame a Otto que pienso en él cada día, cada hora, y tengo la seguridad de que volveré a verlo antes de morir...

El vigilante, desconcertado, mira un instante a la mujer entrada en años que habla igual que una joven enamorada. ¡La paja vieja es la que más arde!, piensa antes de regresar junto a la ventana.

Anna no se ha dado cuenta de esto, y continúa, febril:

—Y dígame también a Otto que tengo una celda muy bonita para mí sola. Que estoy bien. Pienso siempre en él, y así soy feliz. Sé que nada podrá separarnos nunca, ni muros, ni rejas. Estoy a su lado, todas las horas, de día y de noche. ¡Dígaselo!

Miente, ¡oh, cómo miente!, para decirle solo cosas buenas a su Otto. Quiere darle paz, esa paz que ella no ha disfrutado ni un instante desde que está en esa casa.

El juez del Tribunal Cameral echa una ojeada de reojo al vigilante que mira por la ventana, y susurra:

—No pierda lo que le he dado. —Porque la señora Quangel parece como si se hubiera olvidado del mundo entero.

—No, no perderé nada, señor juez. —Y de repente, añade en voz baja—: ¿Qué es?

—Veneno, su marido también lo tiene —responde él, bajando aún más la voz.

Ella asiente con la cabeza.

El funcionario junto a la ventana se vuelve.

—Aquí solo se puede hablar en voz alta —dice en tono de advertencia—, de lo contrario se acabó la conversación. De todos modos —consulta su reloj— el tiempo de visita finaliza dentro de minuto y medio.

—Sí —dice la mujer pensativa—. Sí. —Y de repente sabe cómo debe decirlo. Pregunta—: ¿Cree usted que Otto se irá pronto de viaje... antes de su gran viaje? ¿Lo cree?

Su rostro expresa ahora una inquietud tan dolorosa que incluso el obtuso funcionario se da cuenta de que se refiere a cosas muy distintas a lo que dice. Por un momento quiere intervenir, pero después mira a esa mujer de edad y a ese caballero de perilla blanca, que según el volante de visita es juez del Tribunal Cameral... y el

funcionario sufre un arrebato de magnanimidad y vuelve a mirar por la ventana.

—Bueno, es difícil de precisar —contesta el consejero, cauteloso—. Ahora se ha puesto muy difícil viajar. —Y muy deprisa, musita—: Espere usted al último minuto, a lo mejor puede verlo antes. ¿De acuerdo?

Ella asiente dos veces.

—Sí —contesta en voz alta—. Seguro que es lo mejor.

A continuación ambos se quedan mudos, de repente perciben que ya no tienen nada que decirse. Es el fin. Se acabó.

—Bueno, creo que debo irme —observa el viejo juez.

—Sí —responde ella en voz muy baja—, creo que ya es hora.

Y de pronto —el guardián se ha dado la vuelta y los mira intimidándolos con el reloj en la mano— a la señora Quangel le da un arrebato. Aprieta el cuerpo contra la reja y susurra con la cabeza pegada a los barrotes:

—Por favor, por favor... usted quizá sea la última persona decente del mundo. ¡Por favor, señor juez, deme un beso! Cerraré los ojos, creeré que es Otto...

¡Zorra!, piensa el guardián. ¡La van a ejecutar y aún le apetece...! Y eso que es una vieja...

Pero el viejo juez contesta con voz suave y amable:

—No tenga miedo, niña, no tenga miedo...

Y sus viejos labios finos rozan con suavidad la boca seca y agrietada de la mujer.

—No tenga miedo, niña. Tiene la paz consigo...

—Lo sé —susurra ella—. Muchas gracias, señor juez.

Después vuelve a estar en su celda, los cordeles están tirados desordenadamente por el suelo y camina de un lado a otro, empujándolos impaciente con el pie hacia los rincones, como en sus días peores. Ha leído la nota, la ha comprendido. Ahora sabe que Otto y ella disponen de un arma, pueden abandonar en cualquier momento esta vida lamentable, si se torna demasiado insoportable. Ya no tiene que dejarse atormentar, ahora, en este mismo minuto, cuando todavía conserva un poso de felicidad por la visita, puede ponerle fin.

Camina, habla consigo misma, ríe, llora.

Las guardianas escuchan pegadas a la puerta.

—Ahora empieza a volverse loca de verdad —dicen—. ¿Está preparada la camisa de fuerza?

La mujer de dentro no se entera de nada de eso, libra su combate más duro. Ve de nuevo ante ella al anciano juez Fromm, estaba muy serio cuando le ha recomendado esperar hasta el último minuto, pues a lo mejor lograba volver a encontrarse con su marido.

Y ella se ha mostrado de acuerdo con él. Claro que es lo acertado, tiene que esperar, tener paciencia, a lo mejor todavía dura meses. Pero aunque sean apenas unas semanas, qué dura es la espera. Porque se conoce, volverá a desesperarse, a llorar mucho, a sumirse en la tristeza, son todos tan duros con ella, nunca una palabra

amable, nunca una sonrisa. El tiempo le resultará insoportable. Solo necesita jugar un poco, con la lengua y con los dientes, aún no va en serio, solo ensaya un poco, y ya habrá sucedido. ¡Se lo han puesto fácil... se lo han puesto tan fácil!

Eso es. En algún momento será débil, lo hará, y en el instante en que lo haya hecho, en ese pequeñísimo instante entre el hecho y la muerte lo lamentará como no ha lamentado nada en su vida: se habrá privado de la posibilidad de volver a ver a Otto por haber sido cobarde y débil. Le llevarán la noticia de su muerte y él sabrá que ella lo ha abandonado, que lo ha traicionado, que ha sido cobarde. Y la despreciará, él, cuyo respeto es lo único en el mundo que tiene algún valor para ella.

No, tiene que destruir en el acto ese infortunado tubo de cristal. Mañana temprano puede ser demasiado tarde, quién sabe con qué estado de ánimo se despertará mañana.

Pero de camino hacia el cubo se detiene...

Y reanuda sus paseos. De repente ha recordado que tiene que morir y cómo. Porque ha oído en esa cárcel en sus conversaciones de la ventana que no es la horca lo que la espera, sino la guillotina. Le han descrito de buen grado cómo la atarán encima de la mesa, tumbada boca abajo mirará fijamente una cesta medio llena de serrín, sobre el cual caerá su cabeza al cabo de pocos segundos. Descubrirán su cuello, y sobre ese cuello notará el frío de la guillotina antes incluso de que esta empiece a caer. Después el zumbido se irá intensificando poco a poco, atronará en sus oídos como las trompetas del Juicio Final y después su cuerpo se habrá convertido en algo que se contrae convulso, cuyo cuello cortado expulsa gruesos chorros de sangre mientras dentro del cesto la cabeza quizá clave los ojos en el cuello que arroja sangre y aún sea capaz de ver, de sentir, de sufrir...

Así se lo contaron, y así se lo ha imaginado cientos y cientos de veces, y con ello ha soñado alguna que otra vez, ¡y un simple mordisco al tubito de cristal puede liberarla de todos esos horrores! ¿Debe olvidar eso, tiene que renunciar a esa liberación? Cuenta con la posibilidad de elegir entre una muerte fácil y una muerte dura... ¿ha de elegir la muerte dura únicamente por miedo a mostrarse débil, a morir delante de Otto?

Sacude la cabeza, no, nunca será débil. Claro que puede esperar hasta el último minuto. Quiere volver a ver a Otto. Resistió el miedo que la invadía siempre que Otto depositaba las postales, resistió el susto de la detención, soportó las torturas del comisario Laub, se sobrepuso a la muerte de Trudel... ¡así que será capaz de esperar unas semanas, unos meses! Lo ha soportado todo... y también soportará eso. Como es natural, debe guardar el veneno hasta el último minuto.

Camina arriba y abajo, arriba y abajo.

Pero la decisión que acaba de tomar no le brinda ningún alivio. De nuevo comienza la duda, la lucha consigo misma, y decide destruir el veneno ahora, inmediatamente, en el acto, pero tampoco lo hace.

Entretanto ha caído la tarde y se ha hecho de noche. Han sacado de la celda el

trabajo sin hacer y le han comunicado que le quitarán el jergón durante una semana por su pereza y que pasará una semana a pan y agua. Pero apenas ha escuchado. ¿Qué le importa lo que digan?

Su sopa de la cena está sin tocar encima de la mesa, y ella sigue yendo de un lado a otro, mortalmente cansada, incapaz de ningún pensamiento lúcido más, presa de la duda: ¿Debo... no debo?

Ahora su lengua juega con el tubito de veneno en la boca, sin saber bien cómo, sin quererlo de verdad, coloca sus dientes con suavidad, con mucha suavidad sobre el cristal, los dientes muerden un poco con sumo cuidado...

Y a toda prisa se saca el cristal de la boca. Camina y ensaya, ya no sabe lo que hace... y fuera está preparada para ella la camisa de fuerza...

Entonces de pronto, ya muy entrada la noche, descubre que yace sobre su catre de madera, sobre las duras tablas, tapada con la delgada manta. Su cuerpo tiembla de frío. ¿Ha dormido? ¿Sigue allí el tubito? ¿Se lo habrá tragado? ¡Ya no lo tiene en la boca!

Se incorpora loca de miedo, se sienta... y sonrío. Ahí está... en su mano. Lo ha mantenido en el hueco de la mano durante el sueño. Sonrío, está salvada. No tendrá que morir de la otra muerte espantosa...

Y mientras está sentada aterida de frío, piensa en que a partir de ese momento tendrá que librar cada día esa terrible lucha entre voluntad y debilidad, entre cobardía y valor. Y qué incierto es el desenlace de dicha lucha...

Y a través de la duda y la desesperación oye una voz suave y bondadosa: No tenga miedo, niña, no tenga miedo...

De pronto Anna Quangel sabe: ¡Lo decidiré ahora! ¡Ahora tengo la fuerza!

Se desliza hacia la puerta, escucha fuera hacia el corredor. Los pasos de la guardiana se aproximan. Ella se sitúa en la pared de enfrente, cuando nota que la observan por la mirilla comienza a caminar despacio de un lado a otro. No tenga miedo, niña...

Solo cuando está completamente segura de que la guardiana ha reanudado la marcha, trepa a la ventana.

—¿Eres tú, 76? ¿Has tenido visita hoy? —pregunta una voz.

No responde. Jamás volverá a responder. Con una mano se agarra a la pantalla de oscurecimiento, asoma la otra fuera, con el tubito entre los dedos. Lo aprieta contra la pared de piedra, siente cómo se rompe su fino cuello. Deja caer el veneno al fondo del patio.

Cuando vuelve a estar dentro de la celda se huele los dedos: desprenden un fuerte olor a almendras amargas. Se lava las manos y se tumba en la cama. Está mortalmente cansada, tiene la impresión de haber escapado de un grave peligro. Se duerme deprisa. Duerme muy profundamente y no sueña. Se despierta reanimada.

A partir de esa noche, 76 no volvió a dar ningún motivo de crítica. Fue tranquila, alegre, trabajadora, amable.

Apenas pensaba ya en su dura muerte, solo pensaba en que tenía que hacer honor a Otto. A veces, en las horas tristes, volvía a oír la voz del viejo juez del Tribunal Cameral Fromm: No tenga miedo, niña, no tenga miedo.

No lo tuvo. Nunca más.

Lo había superado.

Capítulo 70

LLEGÓ EL MOMENTO, QUANGEL

Todavía es de noche cuando un guardián abre la puerta de la celda de Otto Quangel.

Quangel, despertado de su profundo sueño, mira parpadeando la enorme figura negra que ha entrado en su celda. Al instante siguiente está completamente despejado y su corazón late más deprisa de lo habitual porque ha comprendido el significado de esa figura grande y silenciosa situada en el umbral de la puerta.

—¿Llegó el momento, reverendo? —pregunta cogiendo su ropa.

—Llegó el momento, Quangel —responde el clérigo—. ¿Se siente preparado?

—Siempre estoy preparado —contesta Quangel y su lengua roza el tubito dentro de su boca.

Comienza a vestirse. Sus maneras son tranquilas, reposadas.

Durante un instante ambos se examinan en silencio. El pastor es un hombre todavía joven, de huesos recios con un rostro sencillito, quizá algo simple.

No sirve para gran cosa, decide Quangel. Ningún hombre como el buen pastor.

El pastor a su vez ve ante sí a un hombre alto, consumido por el trabajo. Su rostro de perfil duro, como de pájaro, le desagrade, la mirada inquisitiva de sus ojos oscuros, curiosamente redondos, le desagrade, como también la delgada boca exangüe de labios apretados. Pero el clérigo, haciendo de tripas corazón, dice con toda la amabilidad de la que es capaz:

—Confío en que haya quedado en paz con este mundo, ¿verdad, Quangel?

—¿Acaso este mundo está en paz, pastor? —replica Quangel.

—Por desgracia todavía no, Quangel, por desgracia todavía no —responde el clérigo y su rostro intenta expresar un pesar que no siente. Pasa por encima de ese punto y sigue cuestionando:— Pero se habrá puesto en paz con Dios, ¿no?

—Yo no creo en ningún Dios —contesta Quangel sin rodeos.

—¿Cómo?

El pastor parece casi asustado por esa brusca explicación.

—Pues —prosigue— si no cree en un Dios personal, tal vez sea un panteísta, ¿verdad, Quangel?

—¿Y eso qué es?

—Bueno, está claro... —El pastor intenta explicar algo que ni él mismo comprende con claridad—. Un alma universal, ¿entiende? Todo es Dios, ¿entiende? Su alma, su alma inmortal regresará a la gran alma universal, Quangel.

—¿Que todo es Dios? —Se sorprende Quangel. Acaba de terminar de vestirse y está de pie delante del camastro—. ¿Hitler también es Dios? ¿Los crímenes de ahí fuera, Dios? ¿Usted, Dios? ¿Yo, Dios?

—Usted me ha entendido mal, seguramente de manera deliberada —responde, irritado, el clérigo—. Pero no estoy aquí para discutir con usted cuestiones religiosas. He venido a prepararlo para su muerte. Morirá dentro de pocas horas, Quangel. ¿Está usted preparado?

En lugar de responder, Quangel le espeta:

—¿Conoció al pastor Lorenz de la prisión preventiva del Tribunal del Pueblo?

El pastor, desconcertado, contesta irritado:

—No, pero he oído hablar de él. Me permito decir que el Señor se lo llevó en el momento adecuado. Era una vergüenza para nuestro ministerio.

Quangel miró con atención al clérigo.

—Era un hombre muy bueno —aseguró—. Muchos presos lo recordarán agradecidos.

—¡Claro! —exclamó el pastor sin disimular su enfado—. ¡Porque cedía a vuestros deseos! Era un hombre muy débil, Quangel. El siervo de Dios tiene que ser un luchador en estos tiempos de guerra, no un flojo consentidor. —Y consultando apresuradamente su reloj, informó—: Ya solo dispongo de ocho minutos para usted, Quangel. Todavía tengo que brindar consuelo religioso a algunos de sus compañeros de infortunio que hoy, al igual que usted, emprenden su último viaje. Ahora, oremos...

El clérigo, ese campesino tosco de huesos fuertes, había sacado un pañuelo blanco del bolsillo y lo desplegó con cuidado.

—¿Brinda usted también su consuelo religioso a las mujeres que van a ser ejecutadas? —preguntó Quangel.

Su sarcasmo fue tan impenetrable que el pastor no lo captó. Extendió el paño blanco como la nieve sobre el suelo de la celda y respondió con indiferencia:

—Hoy no se celebrarán ejecuciones de mujeres.

—¿Recordará por casualidad si en los últimos tiempos ha estado con una mujer llamada Anna Quangel? —prosiguió Quangel, tenaz.

—¿La señora Anna Quangel? ¿Es su mujer? No, seguro que no. Me acordaría. Tengo una memoria extraordinariamente buena para los nombres...

—Tengo un ruego que hacerle, pastor...

—¡Pues dígame ya, Quangel! Sabe de sobra que mi tiempo es escaso.

—Le ruego que, cuando llegue el momento, no le diga a mi mujer que he sido ejecutado antes que ella. Por favor, dígame que moriré a la misma hora que ella.

—Eso sería mentir, Quangel, y yo, como siervo de Dios, no puedo pecar contra su octavo mandamiento.

—¿Así que usted nunca miente, pastor? ¿Jamás en su vida ha mentado?

—Espero —repuso el pastor, confundido ante la mirada inquisitiva y sardónica de su interlocutor—, espero haberme esforzado siempre según mis débiles fuerzas por cumplir los mandamientos de Dios.

—¿Y los mandamientos de Dios le exigen negar a mi mujer el consuelo de morir

a la misma hora que yo?

—¡No puedo dar falso testimonio a mis semejantes, Quangel!

—¡Lástima, lástima! Verdaderamente no es usted un buen pastor.

—¿Cómo? —exclamó el clérigo con un tono a medio camino entre desconcertado y amenazador.

—En la cárcel el pastor Lorenz se llamaba el buen pastor —explicó Quangel.

—¡No, no, yo no añoro uno de esos títulos honoríficos que vosotros conferís! ¡Yo llamaría a eso un nombre ignominioso! —exclamó furioso el reverendo.

Se contuvo, e hincándose de rodillas, cayó de golpe justo encima del pañuelo blanco. Señaló un lugar del oscuro suelo de la celda a su lado (porque el pañuelo blanco solo alcanzaba para él) y dijo:

—Arrodílese, Quangel, vamos a rezar.

—¿Ante quién he de arrodillarme? —preguntó Quangel fríamente—. ¿A quién he de rezar?

—¡Oh, no vuelva a empezar con eso! —estalló irritado el pastor—. ¡Ya he perdido demasiado tiempo con usted! —Arrodillado, miró al hombre de expresión dura y furiosa—. Da igual, cumpliré con mi deber. Rezaré por usted —murmuró.

Inclinó la cabeza, juntó las manos y sus ojos se cerraron. Después adelantó la cabeza, abrió mucho los ojos y gritó de repente, tan alto que Quangel se sobresaltó asustado:

—¡Oh, Señor, Dios mío! ¡Dios todopoderoso, omnisciente, de infinita bondad y justicia, juez del bien y del mal! Un pecador yace ante Ti en el polvo, te ruego que vuelvas Tus ojos misericordiosos hacia este hombre que ha cometido muchos crímenes, que alivies su cuerpo y su alma y perdones con Tu misericordia todos sus pecados...

El pastor arrodillado gritó más alto todavía:

—Acepta el sacrificio de la muerte inocente de Jesucristo, Tu amado hijo, como pago de sus crímenes. Porque él también fue bautizado en el mismo nombre y lavado y purificado con la misma sangre. Sálvalo, pues, del tormento y el suplicio del cuerpo. Acorta sus dolores, sosténlo contra la acusación de la conciencia. Concédele un bienaventurado tránsito a la vida eterna.

El clérigo bajó la voz hasta que solo se oyó un susurro misterioso:

—Envía a Tus santos ángeles para que lo acompañen a la reunión de Tus elegidos en Cristo nuestro Señor.

Y nuevamente en voz muy alta, añadió:

—¡Amén, amén, amén!

Se levantó, volvió a doblar el pañuelo con mucho cuidado y sin mirar a Quangel, preguntó:

—Supongo que será inútil que le pregunte si está dispuesto a tomar la santa comunión.

—Completamente inútil, pastor.

El pastor alargó vacilante su mano hacia Quangel.

Este sacudió la cabeza y colocó sus manos a la espalda.

—Esto también es inútil, pastor —le soltó.

El pastor, sin mirarlo, se dirigió hacia la puerta. Se volvió, lanzó una mirada fugaz a Quangel y dijo:

—Lleve consigo este versículo al patíbulo, Filipenses 1:21: *Porque para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia.*

La puerta se cerró, se había ido.

Quangel respiró aliviado.

Capítulo 71

EL ÚLTIMO VIAJE

Apenas se hubo marchado el clérigo, un hombre bajo y regordete vestido con un traje gris claro entró en la celda. Lanzó una mirada rápida, inquisitiva, inteligente a la cara de Quangel y se le acercó diciendo:

—Soy el doctor Brandt, médico de la prisión. —Estrechó la mano de Quangel mientras hablaba y la mantuvo entre las suyas, diciendo—: ¿Me permite tomarle el pulso?

—Por supuesto —contestó Quangel.

El médico contó despacio. Después soltó la mano de Quangel y dijo con tono de aprobación:

—Muy bien. Excelente. Es usted un hombre.

Lanzó una mirada rápida hacia la puerta, que se mantenía entreabierta, y preguntó en susurros:

—¿Puedo hacer algo por usted? ¿Algún anestésico?

Quangel negó con la cabeza.

—Gracias, doctor. Me las arreglaré.

Su lengua rozó la ampolla. Meditó un instante si debía transmitir al médico algún encargo para Anna. Pero no, ese pastor le contaría todo...

—¿Alguna cosa más? —musitó el médico, que había percibido en el acto la vacilación de Quangel—. ¿Quizá entregar una carta?

—No tengo nada para escribir... bah, no, no es necesario. De todos modos se lo agradezco, doctor, ¡por fin un ser humano! Gracias a Dios no todos son malos, ni siquiera en un lugar como este.

El médico asintió con tristeza, estrechó de nuevo la mano de Quangel, meditó y dijo deprisa:

—Solo puedo decirle que continúe con ese valor.

Y abandonó deprisa la celda.

Entró un guardián, seguido por un preso que llevaba un tazón grande y un plato. En el tazón humeaba el café caliente, y el plato contenía rebanadas de pan untadas con mantequilla. Al lado dos cigarrillos, dos cerillas y un trocito de superficie de raspador.

—Bueno —dijo el guardián—, como ve no somos mezquinos. ¡Y todo sin cupones de racionamiento!

Se echó a reír, y el preso de confianza lo secundó, muy consciente de su obligación. Se notaba que ese «chiste» se había contado ya en numerosas ocasiones.

En un repentino y sorprendente arrebató de ira, Quangel gritó:

—¡Llévese esto de aquí! ¡No necesito vuestra última comida!

—Eso no me lo dice nadie dos veces —repuso el guardián—. Además el café es achicoria, y la mantequilla, margarina...

Quangel volvió a quedarse solo. Arregló su cama, retiró las sábanas y las dejó junto a la puerta, colocó el armazón de la cama contra la pared. Después comenzó a lavarse.

Mientras lo hacía, entró en la celda un hombre seguido de dos ayudantes.

—Puede ahorrarse el lavado —le espetó el hombre ruidosamente—. ¡Ahora lo vamos a afeitar y peinar de primera! ¡Venga, chicos, apurad, que vamos tarde! —Y, dirigiéndose a Quangel, agregó a modo de disculpa—: Su predecesor nos ha retrasado mucho. Algunos no quieren ser razonables y no comprenden que yo no puedo cambiar las cosas. Porque soy el verdugo de Berlín...

Tendió la mano a Quangel.

—Bueno, ya verá usted que ni soy lento ni martirizo. Si no me causáis dificultades, yo tampoco os las causaré. Siempre digo a mis chicos: «Chicos —les digo—, si alguien pierde la cordura, vosotros, también. Agarradlo por donde podáis, aunque tengáis que arrancarle los cojones». Pero con gente razonable como tú, siempre nos comportamos con mucho tiento.

Mientras hablaba, una máquina de cortar el pelo había recorrido de un lado a otro la cabeza de Quangel, y sus cabellos yacían ahora en el suelo de la celda. El otro ayudante del verdugo había batido el jabón hasta formar espuma y le afeitaba la barba.

—Muy bien —aprobó el verdugo satisfecho—. ¡Siete minutos! Hemos recuperado el tiempo perdido. Un par más de personas sensatas como este y seremos tan puntuales como un reloj. —Y en tono de súplica a Quangel—: Sé amable y barre tú mismo estos pelos. No estás obligado, ¿entiendes?, pero es que vamos justos de tiempo. El director y el fiscal pueden llegar en cualquier momento. No los tires al cubo, aquí te dejo un periódico: envuélvelos en él y colócalos al lado de la puerta. Unos pequeños ingresos extraordinarios, ¿comprendes?

—¿Y qué vas a hacer con mi pelo? —preguntó Quangel, picado por la curiosidad.

—Vendérselo a un fabricante de pelucas. Siempre hacen falta pelucas. No solo para los actores, sino en general. Bueno, lo dicho, muchas gracias. ¡Heil Hitler!

Y se fueron también ellos, unos tipos espabilados, bien podía decirse que conocían su oficio, no se podían matar cerdos con mayor tranquilidad de ánimo. Y sin embargo, esos tipos brutales, sin corazón, eran más fáciles de soportar que el pastor de antes, decidió Quangel. Incluso había estrechado la mano del verdugo.

Cuando Quangel acababa de cumplir los deseos del verdugo relativos a la limpieza de la celda, la puerta se abrió de nuevo. Entraron un hombre gordo de bigote pelirrojo y cara sebosa y pálida, y un viejo conocido de Quangel: el fiscal del juicio, el que ladraba igual que un pinscher, acompañados por algunos tipos uniformados.

Dos hombres uniformados agarraron a Quangel y lo levantaron brutalmente

apretándolo contra la pared de la celda, donde lo obligaron a ponerse firme. Después se situaron a su lado.

—Otto Quangel —gritó uno.

—¡Vaya, vaya! —empezó a ladrar el pinscher—. ¡De esta cara me acuerdo muy bien! —Se giró hacia el director—. ¡A este le procuré yo mismo su condena a muerte! —informó con orgullo—. Es un tipo muy insolente. Pensó que podía mostrarse impertinente conmigo y con el tribunal. ¡Pero te dimos para el pelo, muchachote! ¿Cómo te sientes ahora? Ya no estás tan insolente, ¿eh?

Uno de los tipos que estaban a su lado dio un empujón a Quangel en el costado.

—¡Contesta! —le susurró imperioso.

—¡Que os den por culo a todos! —profirió Quangel con tono aburrido.

—¿Cómo? ¿Qué? —El fiscal, alteradísimo, comenzó a bailotear—. Señor director, exijo...

—¡Qué diablos, deje en paz a la gente! —replicó el director—. Ya ve que se trata de un hombre muy tranquilo. ¿No es cierto que lo es?

—Por supuesto —contestó Quangel—. Si él me deja en paz, yo lo dejaré en paz a él.

—¡Protesto! ¡Exijo...! —gritó el pinscher.

—¿Qué? —repuso el director—. ¿Qué más puede exigir ahora? A este hombre lo único que podemos hacerle ahora es ejecutarlo, y él lo sabe muy bien. ¡Así que, empiece, léale de una vez la sentencia!

El pinscher se tranquilizó al fin, desdobló un documento y comenzó a leer en voz alta. Leía deprisa y confusamente, se saltaba frases, se equivocaba y concluyó de repente:

—¡Bueno, usted ya lo sabe!

Quangel no contestó.

—Lleven abajo al condenado —dijo el director de barba roja, y los dos guardianes agarraron con fuerza a Quangel por los brazos.

Él se desasíó indignado.

Lo agarraron más fuerte aún.

—¡Dejen que vaya solo! —ordenó el director—. Este hombre no va a crear dificultades.

Salieron al corredor. Allí había un montón de gente, de uniforme y civiles. De pronto se había formado una comitiva cuyo centro era Otto Quangel. A la cabeza iban sargentos. Después seguía el pastor, que ahora llevaba una sotana de cuello blanco y rezaba entre dientes algo incomprensible. Tras él caminaba Quangel, rodeado por un racimo de guardianes, pero el médico bajito de traje claro se mantenía a su lado. Detrás seguían el director y el fiscal, y luego gente de paisano y con uniforme, los civiles armados en parte con cámaras fotográficas.

Así avanzó por la casa de la muerte la comitiva por corredores mal iluminados y escaleras de hierro con revestimiento de linóleo resbaladizo. Y por donde pasaba

parecían oírse unos suspiros en las celdas, unos quejidos contenidos que brotaban de lo más hondo del pecho. De repente una voz gritó muy alto desde una celda:

—¡Buena suerte, compañero!

Y Otto Quangel respondió mecánicamente:

—¡Buena suerte, compañero!

Solo un instante después cayó en la cuenta de lo ilógico que había sido ese «buena suerte» dirigido a un moribundo.

Se abrió una puerta y salieron al patio. La oscuridad de la noche aún estaba suspendida entre los muros. Quangel miró de prisa a derecha e izquierda, nada escapaba a sus ojos atentos. En las ventanas de las celdas de la prisión vio numerosas caras pálidas, los compañeros que, condenados a muerte como él, vivían todavía. Un pastor alemán, con fuertes ladridos, se lanzó contra la comitiva, pero el silbato de un centinela lo obligó a retirarse y retrocedió gruñendo. La gravilla chirriaba bajo los muchos pies, daba la impresión de que a la luz del día debía de ser ligeramente amarillenta, pero ahora, a la luz de las lámparas eléctricas, parecía de un gris blancuzco. Por encima del muro asomaban los perfiles difusos de un árbol desprovisto de hojas. El aire era frío y húmedo. Quangel pensó: Dentro de un cuarto de hora ya no volveré a tener frío... ¡qué raro!

Su lengua tanteó en busca de la ampolla de cristal. Pero todavía era demasiado pronto...

Era extraño, pero aunque veía y oía todo lo que sucedía a su alrededor, hasta el menor detalle, todo le parecía irreal. Eso se lo habían contado una vez. Él yacía en su celda y lo estaba soñando. Sí, era completamente imposible que caminase por allí de verdad y que todos los que lo acompañaban, con sus rostros indiferentes, o brutales, o ansiosos, o tristes, fueran incorpóreos. La gravilla era gravilla producto del sueño, y el arrastrar de pies, el chirrido de las piedrecitas bajo las suelas... también.

Cruzaron una puerta y entraron en una estancia tan vivamente iluminada que al principio Quangel no vio nada. Sus acompañantes tiraron de él con brusquedad hacia delante, pasando junto al clérigo que se arrodillaba en ese momento.

El verdugo con sus dos ayudantes se le acercó y le tendió la mano.

—No me lo tomes a mal —dijo.

—No, hombre, ¿por qué? —respondió Quangel, estrechando su mano con gesto maquinal.

Mientras el verdugo le quitaba a Quangel la chaqueta y cortaba el cuello de su camisa, este volvió la vista hacia los que lo habían acompañado. En la claridad cegadora solo percibió una corona de rostros, todos dirigidos hacia él.

Estoy soñando, pensó, y su corazón comenzó a latir con más fuerza.

Una figura se apartó de la zona de los espectadores, y cuando se aproximó, Quangel reconoció al caritativo médico bajito de traje gris claro.

—¿Qué tal? —preguntó el médico con una débil sonrisa—. ¿Cómo estamos?

—¡Siempre tranquilo! —contestó Quangel mientras le ataban las manos a la

espalda—. De momento tengo muchas palpitaciones, pero supongo que eso cesará en los próximos cinco minutos.

Sonrió.

—Espere, le daré algo —añadió el médico introduciendo la mano en el bolsillo.

—No se preocupe, doctor —contestó Quangel—. Estoy bien provisto...

Y durante un instante la lengua mostró entre los labios delgados la ampolla de cristal.

—De acuerdo. —El médico pareció confundido.

Hicieron volverse a Quangel. Ahora vio ante él la larga mesa cubierta con una desgastada funda lisa, negra, como de hule. Vio correas, hebillas, y sobre todo la cuchilla, la ancha cuchilla. Le pareció que colgaba muy alto por encima de la mesa, a una altura amenazadora. Desprendía un brillo gris plateado, maligno.

Quangel suspiró levemente...

De pronto el director apareció a su lado y cruzó unas palabras con el verdugo. Quangel miraba fijamente la cuchilla. Solo escuchaba a medias:

—En su calidad de verdugo de la ciudad de Berlín, le entrego a Otto Quangel, aquí presente, para que proceda a su ejecución mediante guillotina, tal como ha dispuesto mediante sentencia legal el Tribunal del Pueblo...

La voz resonaba insoportablemente fuerte. La luz era demasiado brillante...

Ahora, pensó Quangel. Ahora...

Pero no lo hizo. Una espantosa y torturante curiosidad lo cosquilleaba...

Solo unos minutos más, pensó. Aún tengo que saber qué se siente estando encima de la mesa...

—¡Vamos, viejo amigo —le advirtió el verdugo—, ahora a comportarse como es debido! Dentro de dos minutos lo habrás superado. Por cierto, ¿te acordaste de lo del pelo?

—Está junto a la puerta —contestó Quangel.

Un momento después Quangel yacía encima de la mesa, sentía cómo le ataban los pies con las hebillas. Una abrazadera de acero bajó sobre su torso y apretó con fuerza sus hombros contra la base...

Apestaba a cal, a serrín húmedo, a desinfectantes... Pero sobre todo apestaba a algo repulsivamente dulce, a...

Sangre..., pensó Quangel. Apesta a sangre.

Oyó cómo el verdugo susurraba en voz muy baja:

—¡Ahora!

Pero por bajo que susurrase, tan bajo como persona alguna podía susurrar, Quangel oyó ese «ahora».

Y oyó también un zumbido...

¡Ahora!, pensó también él, y sus dientes quisieron romper la ampolla de cianuro de potasio...

Entonces sintió una arcada, un torrente de vómito llenó su boca, arrastró consigo

el tubito de cristal...

Oh, Dios, pensó, he esperado demasiado tiempo...

El zumbido se había convertido en un silbido, el silbido en un alarido ensordecedor que debió de oírse incluso en el trono de Dios...

Después la cuchilla atravesó su cuello con un estampido.

La cabeza de Quangel cayó al cesto.

Durante un instante se quedó muy quieto, como si ese cuerpo sin cabeza estuviera perplejo por la mala pasada que le habían jugado. Entonces el cuerpo se arqueó, retorciéndose entre las correas y las abrazaderas de acero, y los ayudantes del verdugo se abalanzaron sobre él intentando apretarlo hacia abajo.

Las venas en las manos del muerto se tornaron mucho más gruesas, y después todo se desplomó. Ya solo se oía la sangre, la sangre siseante y rumorosa, cayendo sordamente.

Tres minutos después de haber caído la cuchilla, el médico, pálido, anunció con voz algo temblorosa la muerte del reo.

Retiraron el cadáver.

Otto Quangel había dejado de existir.

Capítulo 72

EL REENCUENTRO DE ANNA QUANGEL

Transcurrieron los meses, se sucedieron las estaciones y la señora Anna Quangel seguía en su celda esperando el reencuentro con Otto Quangel.

A veces la guardiana, cuya preferida era ahora Anna, le decía:

—Señora Quangel, creo que se han olvidado de usted.

—Sí —contestaba amablemente la presa 76—. Da esa impresión. De mí y de mi marido. ¿Cómo está Otto?

—Bien —contestó deprisa la guardiana—. Le envía saludos.

Todas habían acordado no informar a la buena mujer, siempre laboriosa, de la muerte de su marido. Le transmitían saludos de su parte con regularidad.

Y esta vez el cielo fue clemente con Anna: ninguna cháchara ociosa, ningún pastor consciente de su deber destruyeron su fe en que Otto Quangel vivía.

Permanecía casi todo el día sentada junto a su pequeña tejedora manual, haciendo calcetines, calcetines para los soldados de ahí fuera, tejiendo día tras día.

A veces canturreaba mientras tanto en voz baja. Ahora estaba firmemente convencida de que Otto y ella no solo volverían a verse, sino que podrían vivir todavía mucho tiempo juntos. O los habían olvidado de verdad o los habían indultado en secreto. La libertad ya no podía tardar.

Porque pese a lo poco que hablaban de ello las guardianas, Anna Quangel se había dado cuenta: la guerra iba mal, y las noticias empeoraban semana tras semana. Lo notaba también en la comida que disminuía cada día más, en el material de trabajo, que faltaba con frecuencia, en la pieza rota de su tejedora, cuya sustitución tardaba semanas, en que todo escaseaba cada vez más. Pero si la guerra iba mal, la situación era buena para los Quangel. Pronto serían libres.

Así que se sienta y teje. Teje en los calcetines sus sueños, esperanzas que nunca se cumplirán, deseos que nunca tuvo antes. Se imagina a un Otto completamente distinto a aquel con el que convivió, a un Otto contento, alegre, tierno. Se ha convertido casi en una chica joven a la que la vida entera le sonrío con alegría primaveral. ¿Acaso no sueña a veces incluso con tener hijos? ¡Ay, hijos...!

Desde que Anna Quangel destruyó el cianuro de potasio, cuando tras una durísima lucha decidió resistir hasta volver a ver a Otto, pasara lo que pasase... desde entonces se ha vuelto libre y joven y alegre. Se ha superado a sí misma.

Ahora es libre. Libre y carente de temor.

Lo es también durante las noches cada vez más difíciles que la guerra ha traído ahora sobre Berlín, cuando aúllan las sirenas, los aviones sobrevuelan la ciudad en enjambres cada vez más espesos, caen las bombas, las minas sueltan sus gritos

desgarradores y los incendios se propagan por doquier.

En las noches así los prisioneros permanecen en sus celdas. No se atreven a conducirlos a los refugios por miedo a un motín. Ellos gritan en su encierro, se ponen fuera de sí, ruegan e imploran, enloquecen de miedo, pero los corredores están vacíos, allí ya no quedan guardias, ni manos compasivas que abran las puertas de las celdas, el personal de vigilancia está en los refugios antiaéreos.

Anna Quangel no tiene miedo. Su pequeña máquina tabletea y resopla enlazando los círculos de malla. Aprovecha para tejer esas horas en las que no puede dormir. Y mientras teje, sueña. Sueña con el reencuentro con Otto, y en uno de esos sueños cae la mina que reduce a escombros esa zona de la prisión.

La señora Anna Quangel no ha tenido tiempo de despertar de su soñado reencuentro con Otto. Ella ya está con él. En cualquier caso está allí donde también está él. Dondequiera que sea.

Capítulo 73

EL CHICO

No queremos concluir este libro con la muerte, está consagrado a la vida, a la vida indomable, que triunfa siempre de nuevo sobre el oprobio y las lágrimas, la miseria y la muerte.

Es verano, principios de verano del año 1946.

Un chico, ya casi un hombre, cruza el patio de una granja de la Marca de Brandeburgo.

Una mujer mayor se encuentra con él.

—¿Qué vas a hacer hoy, Kuno? —le pregunta.

—Quiero ir a la ciudad —contesta el chico—. Tengo que recoger nuestro arado nuevo.

—Bien —dice ella—, entonces te apuntaré unas cosas que puedes traerme de paso... si es que las consigues.

—¡Si están, las conseguiré, madre! —exclama riendo—. Eso ya lo sabes.

Se miran riendo. Después ella entra en la casita donde está su marido, el viejo maestro, que ha alcanzado hace mucho la edad de jubilación y que continúa aún enseñando a sus niños... como si todavía fuera joven.

El chico saca del establo a *Toni*, el caballo, el orgullo de todos ellos.

Media hora después Kuno-Dieter Barkhausen va camino de la ciudad. Pero ya no se apellida Barkhausen: fue adoptado legalmente y con todas las formalidades por el matrimonio Kienschäper, cuando quedó claro que ni Karl ni Max Kluge regresarían de la guerra.

Dicho sea de paso, aprovechando la ocasión también fue eliminado el Dieter: Kuno Kienschäper suena de maravilla y es más que suficiente.

Kuno silba satisfecho entre dientes mientras el bayo *Toni* trota despacio al sol por el camino trillado. Que *Toni* se tome su tiempo, siempre están de regreso a mediodía.

Kuno examina los campos a derecha e izquierda con ojos de experto juzgando el estado de los sembrados. Ha aprendido mucho allí, en el campo, y —¡gracias a Dios! — ha olvidado casi otro tanto. El patio trasero con la señora Otti, no, ya no piensa en él casi nunca, y tampoco en el Kuno-Dieter de trece años que era una especie de ladrón, no, todo eso ya no existe. Pero los sueños de estudiar mecánica de motores se han postergado, de momento al chico le basta con poder conducir, pese a su juventud, el tractor en el pueblo durante la labranza.

Sí, el padre, la madre y él han progresado mucho. Ya no dependen de los parientes, el año pasado les concedieron tierras, son personas independientes que cuentan con *Toni*, una vaca, un cerdo, dos carneros y siete gallinas. Kuno sabe segar y

arar, ha aprendido de su padre a sembrar y de su madre a cavar. Esa vida le gusta, hará progresar de lo lindo la granja, vaya si lo hará.

Silba.

Al borde de la carretera se erige una figura alta, desastrada, de traje harapiento, rostro devastado. Ese no es uno de los desdichados refugiados, ese es un degenerado, un vagabundo, un bribón. Con voz de borracho grazna:

—¡Eh, chico, llévame contigo a la ciudad!

Kuno Kienschäper da un respingo al oír esa voz. Quisiera poner al galope al cómodo *Toni*, pero es demasiado tarde, así que contesta con la cabeza gacha:

—Sube aquí... no, aquí a mi lado, no. Puedes montar detrás.

—¿Y por qué no a tu lado? —grazna el hombre, desafiante—. ¿Es que no te parezco lo bastante fino?

—¡Cretino! —grita Kuno con fingida grosería—. Porque detrás, sobre la paja, irás más blando.

El hombre cede gruñendo, sube detrás al carro, y entonces *Toni* comienza a trotar de manera completamente espontánea.

Kuno ha superado el primer susto por haber tenido que cargar desde la cuneta al carro precisamente a su padre, no, a su padre, no, a Barkhausen, a él precisamente, precisamente a ese. Pero a lo mejor no ha sido una casualidad, a lo mejor Barkhausen ha estado acechándolo y sabe perfectamente quién lo lleva.

Kuno mira de soslayo al hombre por encima del hombro.

Este se ha tumbado en la paja y dice ahora, como si hubiera notado la mirada del chico:

—¿*Pués* decirme dónde vive por aquí, por esta zona, un chico de Berlín de unos dieciséis años? *Tie* que vivir por estos alrededores...

—Por estos alrededores vienen todavía muchos berlineses —contesta Kuno.

—Ya me he *dao* cuenta. Pero el chaval que te digo es un caso especial... ese no fue *evacuao* durante la guerra, ese se piró de casa de sus padres. ¿Has oído hablar alguna vez de un chico así?

—¡Qué va! —Miente Kuno. Y tras una pausa, pregunta—: ¿Sabe usted cómo se llama el chico?

—Sí, se apellida Barkhausen.

—Pues por aquí no hay ningún Barkhausen, yo lo sabría.

—¡Qué raro! —dice el hombre, finge que no puede aguantar la risa, y pega al chico un puñetazo doloroso entre los hombros—. ¡Y yo que habría *jurao* que aquí en el carro iba *sentao* un Barkhausen!

—Pues habría jurado en falso —replica Kuno, y ahora que tiene la certeza, su corazón late tranquilo y frío—. Porque yo me llamo Kienschäper, Kuno Kienschäper...

—¡Mira tú qué cosas! —El hombre se hace el asombrado—. Porque el que yo busco también se llama Kuno, Kuno-Dieter *pa* ser exactos...

—Pues yo me llamo solamente Kuno Kienschäper —insiste el chico—. Y otra cosa más: si yo supiera que un Barkhausen va sentado en mi carro, giraría el látigo y zurraría a ese tipo hasta obligarlo a bajar de mi carro.

—¡Lo que hay que oír! ¡No *pue* ser verdad lo que oigo! —Se asombra el vagabundo—. ¿Un hijo que tira a palos del carro a su propio padre?

—Y después de haber bajado a latigazos al tal Barkhausen —continúa Kuno Kienschäper sin compasión—, iría a la ciudad, a la policía, y les diría: Atención, vosotros. Anda por aquí un hombre que solo sabe hacer el vago, y robar y hacer daño, ya ha estado en la trena, es un malhechor, no lo dejéis escapar.

—¡No se te ocurra hacerme algo así, Kuno-Dieter! —exclama Barkhausen, asustado de veras—. ¿No irás a echarme encima a la bofia? Ahora que por fin he vuelto a salir de la trena y me he *regenerao*. Tengo un *certifcao* del pastor de que me he *corregío* de *verdá*, y te juro que ya no pienso tocar con mis manos nada *prohibío*, te lo juro. Pero me he *pensao*, que ya que *tiés* una granja y estás *forrao*, bien podías dejar a tu viejo padre descansar un poco en tu casa. Estoy muy *cascao*, Kuno-Dieter, estoy mal del pecho, necesito descansar un poco...

—¡Ya me conozco tu descansar un poco! —exclama el chico enfurecido—. Sé que si te dejo entrar un solo día en nuestra casa, te instalarás en ella y no habrá forma de sacarte de allí nunca más, y contigo entrarán en casa la cizaña, la desgracia y el gorroneo. ¡No, baja ahora mismo de mi carro o te aseguro que te sacudo unos latigazos!

El chico detuvo el carro y descendió de un salto. Se quedó allí parado, empuñando el látigo, dispuesto a todo para defender la paz de su nuevo hogar.

El eterno cenizo de Barkhausen dijo quejumbroso:

—¡No irás a hacerme eso! ¡No irás a zurrar a tu propio padre!

—¡Tú no eres mi padre! ¡Antes me lo decías con mucha frecuencia, por desgracia!

—¡Pero si era un chiste, Kuno-Dieter! ¿Es que no lo pillas?

—¡Yo no tengo padre! —gritó el chico hirviendo de furia—. Tengo una madre, y he empezado de cero. Y como venga gente de antes diciendo esto y lo otro, les zurraré lo que haga falta hasta que me dejen en paz. ¡No voy a dejar que me destroces la vida!

Ofrecía un aspecto tan amenazador con el látigo levantado que al viejo le entró miedo. Bajó del carro y se quedó en la carretera, con el temor y la cobardía reflejados en su cara.

Y amenazando cobardemente replicó:

—Puedo hacerte mucho daño...

—¡Lo que me esperaba! —gritó Kuno Kienschäper—. ¡Después de rogar, vienen las amenazas, así ha sido siempre contigo! Pero te lo digo, te lo juro: desde aquí pienso ir derecho a la policía y voy a denunciar que me has amenazado con prender fuego a nuestra casa...

—¡Si yo no he dicho *ná* de eso, Kuno-Dieter!

—Pero lo has pensado, lo he visto en tus ojos. ¡Sigue tu camino! Y recuerda que dentro de una hora la policía te seguirá los pasos. Así que procura alejarte de aquí lo más deprisa que puedas.

Kuno Kienschäper se quedó parado en la carretera hasta que la figura desastrada desapareció entre los campos de mies. Después palmeó el cuello del bayo *Toni* y dijo:

—Qué *,Toni*, no vamos a permitir que alguien así vuelva a arruinarnos la vida, ¿verdad? Hemos comenzado de nuevo. Cuando madre me metió en el agua y me lavó con sus propias manos toda la mugre, me juré a mí mismo: ¡desde ahora me mantendré limpio yo solo! ¡Y pienso cumplirlo!

En los días siguientes su madre se asombró alguna vez de que no hubiera forma de que el chico saliera de la granja. Porque siempre había sido el primero en el trabajo del campo, y ahora no quería ni atar a la vaca en el prado. Pero no dijo nada, y el chico tampoco, y cuando los días pasaron y llegó el pleno verano y comenzó la cosecha del centeno, el chico sí que salió con su guadaña...

Porque lo que se ha sembrado, también hay que cosecharlo, y el chico había sembrado buena simiente.

APÉNDICES

Hans Fallada

SOBRE LA OPOSICIÓN, QUE SÍ EXISTIÓ, DE LOS ALEMANES AL TERROR DE HITLER

Tengo ante mí un delgado volumen de documentos, de unas noventa páginas, iniciado y realizado en su mayor parte por la Gestapo de Berlín y terminado por el Tribunal del Pueblo también en Berlín. En ese volumen de documentos se consuma el destino de dos personas; ahora, llegado a mis manos, constituirá la materia prima de una novela. Examinemos primero el material que contiene ese documento, sin simpatía ni aversión, con objetividad pura, igual que, por ejemplo, un maestro carpintero revisa su montón de tablones para averiguar su utilidad práctica.

En el norte de la ciudad de Berlín vivieron desde 1940 hasta 1942 un matrimonio, ambos en torno a los cuarenta años de edad, no jóvenes, pero tampoco viejos, sin hijos, con pocos parientes, a los que además apenas veían. Él era ajustador en una fábrica de productos metálicos con unos ingresos semanales de cuarenta marcos del Reich, lo que, según se deduce de un comentario en la sentencia del Tribunal del Pueblo, han de considerarse unos ingresos casi principescos (el señor presidente del Tribunal del Pueblo debía de ganar considerablemente más). Si se contempla la foto de ese hombre —llamémoslo Otto Quangel— en los documentos, tomada durante su detención, de frente, desde la derecha y desde la izquierda, uno tiene primero la impresión de un insignificante subalterno, un rostro del montón, visto y olvidado con idéntica rapidez. Pero en una contemplación más atenta, llama de inmediato la atención la boca muy larga pero casi sin labios, como cortada con una navaja de afeitar. Después, la frente alta, pero muy huidiza. Algo despiadado, fanático, se lee en esa boca, ciertamente la frente huidiza permite aventurar reducidas aptitudes intelectuales.

El tal Otto Quangel trabajó casi veinte años en la misma empresa, en el mismo taller con unos ochenta hombres, durante esas dos décadas no se granjeó allí ni un solo amigo, nunca pronunció durante el trabajo una palabra personal que fuera más allá de lo más simple y cotidiano, al igual que, ya lo he comentado, apenas mantenía relación con sus escasos parientes. Un individualista por tanto, decidido a preservar su aislamiento, que solo compartía una persona, su mujer.

Esta mujer, Anna Quangel, era su segunda esposa, la primera había fallecido. Los dos se casaron a los treinta y tantos. Anna Quangel era de origen campesino, de una de las zonas más pobres de la Marca de Brandeburgo. Había sido durante muchos años empleada doméstica en Berlín. Los documentos no dicen cómo se conocieron los dos, por qué se casaron, si por miedo a una vejez solitaria o por cariño. Tampoco

existe ninguna foto suya, lo cual resulta bastante significativo: el hombre es digno al menos de una foto, pero la mujer que tuvo que morir con él por el hacha del verdugo ni siquiera gozó de semejante honor. Porque el Estado nacionalsocialista nunca tomó en serio a las mujeres, estas podían parir y votar, por lo demás le eran completamente indiferentes, incluso, como enseña este ejemplo, en calidad de delincuentes.

Pero uniera lo que uniese a estas dos personas, desde luego tuvieron un matrimonio auténtico, si se entiende por matrimonio la completa coincidencia de sentimientos y modo de pensar, la intervención incondicional a favor del otro. En la detención, separados entre sí, ambos bajo la amenaza mortal de la alta traición, cada uno de ellos intentó con ahínco descargar del otro la parte principal de la culpa y echársela sobre sus propios hombros. Solo en un lugar, en concreto en la sentencia del Tribunal del Pueblo, se dice lo contrario, es decir, que cada uno intentó inculpar al otro. Pero en esa sentencia figuran mentiras tan notorias que prefiero dar credibilidad al expediente, que siempre afirma lo mismo durante la detención preventiva de siete meses: ¡La culpa principal no es del otro, sino mía!

El matrimonio Quangel, dos individuos insignificantes del norte de Berlín, casi pobres, sin recursos, sin muchas luces, sin parientes, inician un día de 1940 la lucha contra la enorme maquinaria del Estado nazi, y lo grotesco sucede: ¡el elefante se siente amenazado por el ratón! Todo el poder, toda la astucia y la fuerza se movilizan contra el ratón, un aparato sin parangón comienza a trabajar para atrapar a esos dos personajillos. El elefante tiembla, casi no puede dormir, esos enemigos están agazapados en la oscuridad, han de ser capturados y eliminados.

¿Y cómo llegaron los Quangel, que hasta su mediana edad no se habían desviado nada de la marcha general, a salirse repentinamente de la fila y declarar la guerra a Hitler, al Führer, una guerra que a la vista de la aplastante supremacía solo podía terminar mal para ambos solitarios?

En sus declaraciones mencionan de manera directa o indirecta tres motivos que los decidieron a dar un paso de tan graves consecuencias y que provocó un alejamiento absoluto del pasado. Porque hasta 1940 fueron nazis, fieles seguidores del Führer, dispuestos a obedecer cada una de sus órdenes. Incluso ostentaron cargos, él, Otto Quangel, un puestecito en el Frente del Trabajo, ella, Anna Quangel, uno, más importante, en la Organización de Mujeres. Ellos declaran lo mismo: que las abundantes injusticias presenciadas precisamente en el ejercicio de sus cargos repugnaron a su sentido de la justicia. La diferencia que se hacía entre «camaradas del Partido» y «compatriotas» los indignaba. Fíjense bien, así lo declaran ellos, y el funcionario que les toma declaración lo escribe sin anotación al margen: La diferencia entre «camaradas del Partido» y «compatriotas». Así que se considera aceptado, no solo por los indignados Quangel, sino también por el hombre de la Gestapo encargado de redactar el expediente, que según la terminología del nacionalsocialismo había compatriotas y compañeros de Partido, siendo por supuesto los compañeros de Partido lo más excelso con creces. Sobre la denominada

comunidad del pueblo vivía imponente el Partido.

Así que un motivo de indignación es el ofendido sentido de la justicia de ambos; el otro, y el que provocaría más tarde la decisión, es la muerte en Francia del hermano de la mujer. Reciben la noticia de que el joven ha caído. Este motivo se lo creo a la mujer, pero menos al marido. A él, que casi no se ocupaba de los propios parientes, de sus padres, no le afectaría mucho la muerte del cuñado. Solo de manera indirecta a través de la mujer sinceramente afligida se afligió luego él, consideró la joven vida tan inútilmente sacrificada, y la silenciosa y larga duda se convirtió en indignación y enemistad.

Al igual que muchas personas solitarias, y también muchas simples, los dos creyeron (y además a pie juntillas, sin fantasías) que vivían algo único, que lo que les había sucedido no le había pasado a nadie todavía. Porque lo veían con sus propios ojos: a su alrededor el mundo continuaba su marcha sin cambios por mucho que ellos hubieran cambiado. ¡La prensa seguía informando de victorias, el nacionalsocialismo, al que ahora tanto odiaban, triunfaba sobre el mundo, Hitler, el enemigo, iba ganando y no podía hacerlo!

Sintieron entonces la necesidad de comunicar a los demás lo que ellos sabían, de ganar simpatizantes, de causar problemas al enemigo. Ellos mismos no supieron después quien concibió primero la idea, pero un domingo él se sienta y escribe con esfuerzo en letras de imprenta, con una caligrafía artística que no revela ningún rasgo de la auténtica letra del autor, su primera postal, más o menos con este contenido: «¡Dejad de creer en las mentiras de Hitler! Él solo quiere causar vuestra ruina. Trabajad despacio, más despacio aún. Y sobre todo, no donéis nada a la Organización de Ayuda Invernal...».

La mujer, sentada a su lado, menciona una palabra de vez en cuando, hace una sugerencia. El trabajo es muy esforzado, él escribe durante todo el domingo y termina solo dos, a lo sumo tres postales, de ortografía incorrecta y expresión torpe. Más tarde, cuando la invasión de Rusia alimenta de nuevo su enfado, escribe también de vez en cuando cartas más largas. Estas requieren el trabajo de varios domingos: «¿Qué nos han hecho los rusos? Los soldados rusos jugaban a las cartas cuando las bandas de asesinos de Hitler los asaltaron», y así sucesivamente.

Pero en cada una de esas cartas, en cada postal se repite una recomendación: «No donéis nada a la Organización de Ayuda Invernal». Aquí tenemos el tercer motivo de la lucha contra Hitler: piénsese en esa boca estrecha de labios finos, en la frente huidiza... ese hombre tiene que haber sido ahorrador, avaro incluso. Le sangraba el corazón por la deducción salarial para la Organización de Ayuda Invernal, por los pedigüeños del canciller que aparecían cada domingo de puchero. Le hacía auténtico daño tener que dar encima dinero al enemigo para forjar nuevas armas. ¡No, ni un céntimo para la Organización de Ayuda Invernal!

Las postales, una vez escritas, han de ser repartidas. Eso lo hace casi siempre el marido solo, en casos raros la mujer, con más frecuencia aún van juntos, y la esposa

se queda en la calle vigilando, lo que sin embargo apenas es necesario porque no hay peligro. También esto lo han pensado ellos minuciosamente con anterioridad: solo eligen edificios donde viven médicos o abogados, en los que por tanto reina un intenso flujo de público. El marido sube por las escaleras, deposita las postales en la repisa de la ventana o también en un peldaño de la escalera, vuelve a bajar, sale a la calle: ya está hecho, el peligro ha pasado.

Las primeras veces quizá se aceleraron todavía los latidos de su corazón, más tarde sucede todo con seguridad sonámbula, rutinaria, sin pensar en el peligro. Luego se sientan juntos por la noche y hablan sobre el efecto que causarían esas proclamas. Ven pasar las postales de mano en mano, sienten como si el efecto en el entorno tuviera que ser visible, muy pronto ya, quizá mañana. No en vano casi siempre ha escrito en ellas: «Pasa esta postal, haz que también la lean otros». Pero no viven totalmente fuera de la realidad, cuentan con que una parte de las postales será entregada a la policía o al Partido, pero esperan que la parte fundamental surtirá su efecto al pasar de mano en mano. Eso espera el matrimonio Quangel.

Así que las postales yacen en las escaleras de los edificios, son encontradas y casi todas ellas... ¡entregadas en el acto! Finalmente, más de doscientas veinte de esas postales y cartas se acumulan en la sede de la Gestapo. Si se piensa en el lento método de trabajo del hombre, pocas más postales habrá escrito en el tiempo en cuestión. Puede que a lo sumo no se hubieran entregado de cinco a diez proclamas, y también estas serían seguramente leídas con temor y a toda prisa y destruidas al momento, arrojadas al retrete. ¡Qué éxito lamentable para esfuerzos tan tenaces! ¡Qué pueblo incomprensible, que ni siquiera puede callar con consideración, que tiene que denunciar en el acto al que piensa de otra manera! ¡Qué miedo el que sienten todos, sí, todos, revela la entrega rapidísima de estas postales! ¡Un pueblo de delatores, educado por un seductor político, en el que los delatores reciben honores y promoción, en el que un padre no está seguro ante la denuncia del hijo ni la hermana ante la del hermano!

Entretanto, en la Gestapo las postales se acumulan en un despacho concreto entre cientos y cientos de despachos. Un determinado funcionario de la Gestapo entre cientos y cientos de funcionarios de la Gestapo recibe el encargo de descubrir la identidad del autor o autores, ostenta el título de primer secretario de investigación criminal y se llama Rusch. Este primer secretario se ve enfrentado a una tarea casi irresoluble: en esa ciudad de millones de habitantes que es Berlín hay un hombre al que tiene que atrapar. No dispone de ninguna pista: sus ojos nunca han visto a ese hombre, que escribe sus postales con tanta tenacidad y las deposita en las escaleras concurridas de ciertos edificios. Tampoco las huellas dactilares sirven de nada. Prescindiendo del hecho de que las huellas dactilares de ese hombre, que con muchísima probabilidad no es un delincuente profesional, no figuran en la colección de la sede de la plaza Alexander, esas postales han pasado ya por demasiadas manos: los que las hallaron, la policía, el Partido, como para proporcionar un indicio fiable.

Así que de momento tiene que contentarse con marcar con una cruz de color rojo el lugar de cada hallazgo en un gran mapa de Berlín y anotar con exactitud el día y la hora del hallazgo, así como el nombre de la persona que las encontró. A veces quizá suspiró hondamente, cuando las preguntas cada vez más apremiantes de sus superiores lo exhortaban, amenazaban, atemorizaban. Pero ¿qué podía hacer él? Contra ese hombre en la sombra, todo el enorme aparato de la maquinaria estatal hitleriana era impotente. El primer secretario sabía por experiencia que debía tener paciencia: en algún momento hasta el criminal más ducho comete una equivocación.

La denuncia de la auxiliar de la consulta de un médico en la zona norte parece arrojar al fin algo de luz sobre esta oscuridad. Durante las horas de consulta le llamó la atención un trabajador llamado Heidecke que le desagradó por su constante ir y venir de la sala de espera al baño. A pesar de sus advertencias no logró impedir que el hombre interrumpiera su nervioso trajín, y de repente aparecieron dos de esas postales en la escalera, delante de la puerta de la vivienda del médico. La auxiliar, que abre y cierra continuamente la puerta, podría casi jurar que un minuto antes las postales todavía no estaban delante de la puerta, que mientras tanto el trabajador Heidecke estaba en el pasillo de entrada y que las postales estaban colocadas de un modo que podían perfectamente haber sido lanzadas hacia fuera por la ranura del buzón.

Dicho sea de paso, qué momento más dramático: una auxiliar de clínica cansada, nerviosísima, que tiene a cuarenta o cincuenta pacientes en la sala de espera y que se enfadó con un hombre tan cansado y nerviosísimo como ella, el cual no tiene la tranquilidad de esperar con paciencia sus tres o cuatro horas hasta que el médico le dé la baja (porque Heidecke quiere la baja a toda costa), y entretanto sube tranquilamente por la escalera el verdadero autor, el hombre en la sombra, y deposita las postales justo delante de la ranura del buzón de esa puerta de la consulta de un médico, vuelve a bajar las escaleras y un momento después desaparece tras confundirse entre millones de personas. Esta coincidencia casual no causada por el autor de una novela sino por la propia vida diversa induce al primer secretario Rusch a seguir una pista completamente falsa, que lo tendrá sin aliento durante más de un año y lo alejará cada vez más del descubrimiento del verdadero culpable.

Esta pista, recibida con un hondo suspiro de alivio por un hombre que está sometido a la severa amenaza de su superior, lo conduce a un mundo extraño, marginal, de personajes insignificantes, también enemigos del Estado, al mundo de los gandules y los apostadores. Heidecke es un holgazán, fue licenciado del Ejército para trabajar en una empresa de armamento, pero el trabajo no le gusta, prefiere fingirse enfermo. Pero tiene mujer y dos hijos que viven con él en una pobreza extrema en algún sótano situado al norte de Berlín, casi sin objetos, sin ningún mueble, de prestado. Así que al menos tiene que aparecer el dinero del subsidio de enfermedad, primero para el padre y luego para la madre y los hijos. Sin embargo, el seguro de enfermedad solo paga un cierto número de semanas, así que entremedias

tiene siempre que fingirse sano y trabajar durante unos días. Él es un hombre experto en estos manejos, cambia con frecuencia de médicos, engaña también al médico inspector de la empresa, tiene males difíciles de verificar, casi siempre hemorragias intestinales o cólicos hepáticos.

Lleva ya con este juego uno o dos años, su empresa baraja la idea de volver a poner a disposición del Ejército a ese gandul, ya que a la empresa se le contabiliza como un trabajador, pero no trabaja. No obstante, eso no preocupa a Heidecke, tampoco le preocupa la conflagración mundial, las consignas hitlerianas, ni siquiera le preocupa el hambre de su mujer y sus hijos. ¿Qué preocupa a Heidecke?

Por la mañana a las diez o las once se levanta y se larga para desaparecer hasta la noche. Suele acudir preferentemente a dos pequeñas y sombrías tabernas del norte, donde sus colegas lo saludan llamándolo «Enno». En esas dos tascas todo el mundo se conoce, pero casi siempre solo por el nombre, fuera de esos lugares ninguno sabe nada de los demás. ¿Qué une a esos personajes que regresan día tras día? Cuando se organizan borracheras, el dinero tan necesario para la mujer y los hijos sigue ese camino.

No, Enno Heidecke no puede pasarse muchas horas sentado delante de una cerveza, a veces juega al descarte, pero todo eso no es lo que atrae hasta allí a él y a todos los demás, sino que, mientras se desencadena una conflagración mundial, esa gente tiene la mente poseída por las carreras de caballos, apuestan su escaso dinero, un marco aquí, dos allá, quizá hasta cinco, a la victoria de un caballo. Conversan durante horas sobre la forma y las posibilidades de los caballos de carreras, saben historias de cada *jockey*, hablan en susurros de pronósticos secretos absolutamente seguros de los que aseguran haberse enterado. Todos los que se sientan juntos en esos dos cuchitriles, vagos, miserables artesanos, pensionistas más miserables aún, no han visto casi nunca en su vida una verdadera carrera de caballos, jamás tuvieron dinero suficiente para ello. El holgazán de Enno Heidecke había estado tal como se demostró una única vez en el hipódromo de Ruhleben. Pero a ellos no les hacen ninguna falta los caballos ni sus jinetes, son jugadores obsesionados y adictos, las apuestas en las carreras son su pasión, para ellos el resto del mundo está muerto.

La testaruda estupidez de un funcionario de la Gestapo le impidió darse cuenta en unos días de esa adicción, suspendiendo a continuación la persecución. No es posible obsesionarse por dos ideas fijas a la vez, porque el autor de las postales con su actividad incansable también debe de ser un obseso. Pero hay que disculpar al primer secretario Rusch que insistiera en creer que allí había una pista, pues sus superiores se lo exigían apremiándolo y amenazándolo cada vez más... en fin, ahora tenía una y la siguió incansable.

Incansablemente, sí, pero también con una torpeza casi increíble y con escasez de ideas. En lugar de ello, destaca con tanta más claridad la vanidad de ese pobre cerebro. En su informe siempre llama «pesquisas» a sus investigaciones, dándose mucha importancia habla del observado, muy inteligente y ducho, y que jamás tuvo

ni idea de que era «observado». En contraste casi infantil con esto se halla el fracaso de las observaciones, que él reconoce con toda franqueza. Por ejemplo, quiere seguir al sospechoso desde su casa en su continuo deambular por la ciudad. Con regularidad un informe semejante finaliza con las palabras: «Aquí hubieron de interrumpirse las observaciones porque el observado caminaba muy deprisa». O: «Porque la aglomeración en el metro era demasiado grande». (Heidecke visitaba a veces a su padre o a otros parientes para pedirles dinero). O incluso: «Porque el terreno era demasiado visible» (y el observado habría podido darse cuenta de que lo seguían). Ni una sola vez logró el primer secretario de investigación criminal seguir al sospechoso hasta su destino.

Y otra cosa más se deduce de esos informes: la evidente e irreflexiva crueldad con la que Rusch se esforzó por entregar a su víctima al verdugo. Porque el primer secretario tenía que saber que si Heidecke era el autor de las postales, lo aguardaba una muerte segura. Y sin embargo, en todos esos escritos no encontramos ninguna palabra humana sobre ese miserable perseguido, sobre ese pobre hombrecillo. Esos expedientes solo se utilizan para desplegar la propia vanidad e importancia, por lo demás Rusch realiza su servicio de ojeador para el verdugo con la misma naturalidad con que otro funcionario vende sellos de Correos. En la Alemania de Hitler, en 1940, ya se había convertido en algo completamente natural, y por desgracia, como ya hemos leído, no solo para un funcionario de la Gestapo, asesinar y hacer servicios de suministrador para los asesinos. Como es lógico, para Rusch fueron más fáciles las investigaciones en la empresa de defensa en la que estaba empleado, aunque no trabajase, Heidecke. Habría sido más fácil —tan claro estaba el caso— llevar a ese hombre ante el juez por sabotaje laboral. Y en realidad la empresa estaba decidida a ello. Pero Rusch lo rechazó temeroso. El sabotaje laboral solo habría acarreado a Heidecke, que no tenía antecedentes, unos meses de cárcel y después el regreso a la tropa; aquí se trataba de algo más importante: ¡tenía que rodar una cabeza!

Así que la investigación se demoró todavía un año más, hasta que al final el acosado Rusch perdió los nervios y sencillamente detuvo al vago de Heidecke. Ya al cabo de muy poco tiempo quedó claro que ese hombre estaba completamente descartado como autor de las postales: en primer lugar, estas siguen repartiéndose como siempre, y por otra ese infeliz apenas sabe escribir y entiende de política menos que un niño. Con eso la acusación se derrumba y Heidecke desaparece de los informes; no puedo decir qué le ocasionó su sabotaje laboral, quizá incluso la «muerte heroica» en un «batallón de castigo». Pero el primer secretario Rusch se halla igual que hace más de dos años: ni una sola pista, solo las numerosas cruces rojas en el plano de Berlín. Ese plano es entregado entonces a alguna cabeza más «brillante» de la Gestapo, que se sienta ante él e igual que un eficaz Sherlock Holmes saca sus conclusiones, unas conclusiones completamente irrefutables, pero equivocadas de cabo a rabo.

Por ejemplo, ese hombre no puede tener cómplices ni tampoco estar casado, o si

no hace mucho que se habría contado algo en tan largo período de tiempo. Así que tiene que ser soltero o viudo (o divorciado). No puede tener un trabajo estable, porque esas postales se encuentran a todas las horas del día y de la noche en las escaleras de los edificios. Pero el autor tiene que tener algo que ver con los tranvías —y de esta conclusión está especialmente orgullosa la cabeza «brillante» de la Gestapo— porque siete de los ocho grupos principales de lugares de hallazgo están cerca de las cocheras del tranvía. Pero no puede tratarse de un empleado con el uniforme de la empresa de tranvías, porque para entonces el autor ha sido visto dos veces depositando sus postales y siempre iba vestido de paisano. Conclusión: un hombre no uniformado, no casado, civil, que tiene algo que ver con los tranvías y que con mucha probabilidad vive en o muy cerca de tal y tal calle del norte de Berlín, porque después de dos años de observaciones las cruces rojas se amontonan en esa zona.

Con ello la cabeza «brillante» ha cumplido con su deber y obligación y los expedientes vuelven de regreso al primer secretario Rusch: ¡¡Aquí tienes, querido, ahora haz el favor de arreglar tus observaciones!! Es fácil imaginar qué desesperado volvió a sentarse Rusch ante sus expedientes reproducidos durante años. ¡Todo lo que había escrito la cabeza «brillante» no eran más que vaguedades! En la calle en cuestión y en las cercanías a esta viven miles y miles de trabajadores: con los datos del tranvía no hay nada que hacer, y las descripciones de las dos mujeres que pretenden haber visto al autor son completamente imprecisas e incluso contradictorias entre sí. Ni siquiera coinciden en la estatura, edad y color del pelo.

Otto y Anna Quangel habrían podido seguir escribiendo y repartiendo sus postales hasta el derrumbamiento del Tercer Reich si no se hubieran vuelto demasiado seguros. Debido a esa seguridad sufren en el plazo de pocos meses dos percances, y el segundo, agravado por el primero, los llevó a su fin.

Quangel visita con su mujer a un cuñado que vive en el sur de Berlín. Ese cuñado vive allí solo desde hace unos meses, hasta entonces también vivió en el norte. Es la segunda visita que los Quangel hacen al cuñado en su nueva vivienda. Cuando regresan a su casa, el marido le dice a su mujer: «Adelántate, Anna, que yo voy a depositar aquí deprisa una postal».

La señora Quangel camina despacio hacia la parada del tranvía; están tan seguros que ni siquiera vigila. Ciertamente, vigilar tampoco los habría salvado de lo que se avecina; apenas está de nuevo junto a ella su marido en la parada cuando un hombre se abalanza hacia él:

—¡Eh, oiga, acaba usted de depositar esta postal en nuestra escalera...! —Y agita la postal como un loco.

Con sangre fría, enfadado, Quangel lo niega: él no ha estado jamás en ese edificio, y no tolera ser importunado de ese modo. Y Anna Quangel lo apoya: su marido no se ha separado de su lado.

Durante un instante el acusador se desconcierta cuando ve contra él a dos en vez

de uno. Pero está muy seguro de lo que dice, ha observado a Quangel depositando la postal y no lo ha perdido de vista ni un segundo. Disputa acalorada, aglomeración de gente, un policía que interviene, conducidos a comisaría. El acusador presenta su causa con tal seguridad que se considera necesario registrar a los Quangel, pero no se les encuentra nada acusatorio. Y los Quangel muestran tal seguridad en sus declaraciones, mencionan el nombre y el domicilio del cuñado al que acaban de visitar... que finalmente los dejan marcharse. Según los documentos es un viejo trabajador contra el que nunca ha habido nada, el acusador ha debido de perder de vista en la calle al verdadero depositador de la postal.

Lo mismo piensa también Rusch, a quien llega a parar por fin la postal con una breve nota policial. Se ve por así decirlo con qué desesperanza practica un par de investigaiones indagando por la persona del tal Quangel. No hay nada contra ese hombre, en su centro de trabajo no pueden mencionar ni la menor sospecha sobre él; con un suspiro profundo Rusch abandona las indagaciones sobre Quangel. Lo único que queda es una nueva cruz roja en el mapa. Con todo, se trata de un lugar muy desacostumbrado, es solo la segunda postal que ha sido depositada allí, en el sur, tan lejos de los demás lugares donde han sido halladas las demás postales.

Dicho sea de paso: si Rusch hubiera sido un poco más optimista, si el asunto hubiera sido solo un poco más reciente, habría podido demostrar la culpabilidad de Quangel a través del cuñado que se había trasladado del norte al sur. Pero Rusch se conformó con comprobar que el cuñado vivía realmente allí, no preguntó desde cuándo. El traslado de residencia unido a los dos lugares de donde se encontraron las postales en el sur coincidentes en el tiempo habría arrojado ya una fuerte sospecha contra Quangel.

Y de nuevo transcurren unos meses. Otto Quangel vuelve a escribir sus postales, ya casi ha vuelto a olvidarse de ese pequeño incidente en el sur. Entonces le sucede otro percance. Estamos en el año 1942, su cartera, en la que lleva al trabajo su desayuno y su termo, está rota desde hace mucho, pero no se puede sustituir en ese año de la guerra. Una mañana encuentran una de sus postales en el recinto de la fábrica donde él trabaja junto con ochenta obreros. Se ha caído de su cartera por un trozo descosido. Se avisa a la Gestapo, ese ajustador que lleva casi veinte años en la empresa no habría sido más sospechoso que cualquier otro de esos ochenta, pero ahí está en primer lugar esa nota policial con el nombre de Quangel referida al hallazgo de una postal en el sur de Berlín, y en segundo lugar el hecho de que Quangel vive justo en la calle donde más las postales se han repartido.

Esta vez Rusch no vacila. Ordena inmediatamente un registro del domicilio de los Quangel, y allí encuentra —tercer percance— una postal empezada con la conocida letra de imprenta que Quangel dejó en algún momento inconclusa y que luego olvidó hacía mucho tiempo. El matrimonio es detenido, y tras una breve negativa inicial confiesan su culpabilidad. Rusch ha hecho por fin una buena captura, ha merecido la pena ser paciente. Las amenazadoras advertencias de sus superiores sobre el autor

aún no detenido no volverán a amargarle el desayuno. Los autores han sido atrapados, han confesado su culpabilidad, el juez instructor del Tribunal del Pueblo impone la prisión preventiva... amenazante se alza al fondo la figura del verdugo.

Es significativo de lo ajeno a la realidad que estaba el matrimonio Quangel que —caídos en las garras de sus asesinos— son los últimos en ver esa sombra amenazadora del verdugo. Ellos, que trabajaron durante años para la maquinaria del Partido, todavía no tienen ni idea de su naturaleza despiadada. Él señala su vida sin mácula, pide una sentencia indulgente, promete expiar su falta, lo lamenta de veras. Y yo estoy decidido a creer en ese sincero arrepentimiento de Quangel. Cayó en esa contradicción, por qué, ni él mismo podría entenderlo hoy. Ahora, rodeado de tantos hombres más cultos, que en realidad lo saben todo mejor que él, sus acciones se sublevaron contra él. Fue una ruptura en su vida, siempre caminó con el gran rebaño, solo que bajo la presión de la maquinaria del Estado ya no sabe cómo pudo caminar tan solo durante años enteros, sintiendo además hostilidad contra todo lo que él mismo había sido. Cómo se sentiría cuando el fiscal superior del Reich solicitó la pena de muerte para él y su mujer, cuando dicha pena de muerte —muerte a manos del verdugo— fue pronunciada, de eso nada dicen los documentos, terminan con la condena de muerte.

Pero por lo que se refiere a la señora Quangel, se deduce tanto de las actas como del auto de procesamiento de la sentencia que ella nunca fue tomada en serio. Su expediente es breve y sucinto, el Estado nacionalsocialista condenó a esa mujer a ser ejecutada con su marido, sí, pero la considera, como a todas las mujeres, inferior, un factor indiferente en ese Estado de hombres.

Con la sentencia de muerte termina, como ya se ha dicho, el expediente Quangel, ni una palabra más sobre esas dos personas. En otoño del cuarto año de guerra debió de cumplir el verdugo su cometido con ellos, fueron eliminados de este mundo como traidores a su pueblo... por los traidores a ese pueblo. Encima de la condena de muerte está impreso en grandes letras negras: «En nombre del pueblo alemán» pero al lado, más pequeño, aunque en brillante color rojo: «Alto secreto». Aquí tenemos el meollo de la contradicción de todo ese Estado hitleriano, el cual afirmaba actuar en nombre del pueblo alemán pero lo hacía todo en riguroso secreto, pues el pueblo alemán no debía saber nada de sus verdaderos actos.

En general, los expedientes semejantes no terminan con la condena a muerte, sigue un cuadernillo, ciertamente casi siempre delgado: el recurso de gracia, que carece de toda piedad y compasión. Para completar el cuadro que damos de la actuación de esa maquinaria asesina, recurrimos a uno de esos recursos de gracia de otra causa. Aquí, por ejemplo, una madre pide por la vida de su hijo, también una madre habría podido pedir por Quangel, quizá lo hizo y el cuaderno solo se perdió. Esa madre es nacionalsocialista, cree en el Führer, su corazón está desgarrado entre esa fe y el amor por su hijo. Suena —se lee no sin emoción— más o menos así: «Mi amadísimo Führer: Una madre desesperada pide de rodillas por la vida de su hijo.

Este ha cometido una falta grave contra ti, pero tú usarás tu clemencia, lo perdonarás...». Hitler, que se ha convertido en Dios en el corazón insensato de una mujer. Todo el mundo está plagado de pruebas de su acción ignominiosa, pero esa mujer cree en él, incluso cuando este entrega a su hijo al verdugo, ella todavía cree... el sacrificio de Abraham, pero este nuevo dios no conoce el perdón.

¡Adentrémonos cada vez más en las confusiones de los corazones alemanes! Ahí hay dos chicos de las Juventudes Hitlerianas, de catorce y quince años, que piden por la vida de su padre: «Mi Führer. Te prometemos expiar con toda nuestra vida el crimen que nuestro padre ha cometido contra ti. Borraremos la ignominia de nuestro padre...». Los hijos, unos críos inmaduros, con las frases huecas de sus dirigentes de las Juventudes Hitlerianas en los oídos, se convierten en jueces y denigradores de su propio padre. La perversión de todos los conceptos, la decencia, la justicia, el honor: todo derrumbado, destruido tanto en los corazones jóvenes como en los viejos.

¿Qué hace el divino Führer a la vista de tales escritos de súplica, cómo premia la fe de sus adeptos? Rechaza ver siquiera tales peticiones, todas son tramitadas por la misma vía fría, objetiva, infame. Docenas de hombres trabajaron en un documento semejante, y siempre el mismo tono, la misma actitud: lo que sucede aquí, tiene que suceder. Todos coinciden en matar incluso a la víctima más lastimosa. Eso suena así: «La conducta (durante la detención) se ha atenido al reglamento interior. No existen motivos para el perdón». O la cancillería del Führer: «Remitir al señor ministro de Justicia del Reich. Devolver solo en caso de que el condenado sea miembro del Partido, lo que no se infiere del recurso de gracia».

Diez, veinte de tales recursos, todos conservados en documentos y actas, nunca topan con un corazón humano. Siempre se dice al final: Que la justicia siga su curso. Eso significa que se ahorcará o decapitará. Aparte del recurso de gracia, al expediente de los Quangel le falta además el cuaderno de costes. Tampoco esto carece de interés: ¿qué cuesta en el Tercer Reich decapitar a una persona? Tenemos en nuestras manos un cuaderno de esos, aquí no se trata de un caso berlinés, pero el método es igual en todas partes, tanto en Salzburgo como en Berlín. Un revisor del ferrocarril de Salzburgo ha sido ejecutado en Múnich, el cuaderno de gastos comienza afirmando que el instituto anatómico-forense de Múnich no puede aprovechar el cadáver por estar desbordado. Pero los institutos anatómico-forenses de Innsbruck y de Würzburg, que están interesados, no pueden recoger el cadáver por falta de gasolina. Como tampoco se dispone de cajones para enviarlo por ferrocarril, el ejecutado debe ser enterrado.

Declaración jurada de que era ario, así que tiene derecho a ser enterrado en un cementerio decente (cristiano o ario). Orden a una funeraria de que se encargue del entierro. Sigue la cuenta de dicha empresa, la cual luce el letrero publicitario: «Su primera visita en casos de muerte debe ser a Müller y Meyer, que realizan todos los pasos necesarios para entierros e incineraciones». ¡Alegraos, ejecutados, Müller y Meyer os tratarán con todo cuidado! Según las directrices del Tribunal de Pueblo no

recibiréis ninguna camisa, seréis depositados, desnudos como vinisteis al mundo, en un ataúd de alquiler facturado por diez marcos, pero a cambio se os concede un cojín para la cabeza por una cuantía de 40 *pfennig*. Incluidas la conducción del cadáver y las horas extraordinarias, un entierro así asciende a 94,40 marcos del Reich... si se produjera otra muerte semejante en vuestra familia, ¿quién os atendería más barato que Meyer y Müller?

Desde luego, los gastos de la condena y de la prisión preventiva ascienden a 1164 marcos, mientras que el defensor solo recibe 81,60 marcos, muy poco, si se comprueba por otra factura que los gastos de desplazamiento de los jueces sentenciadores ascienden a 2592,25 marcos. Al mismo tiempo, llama la atención que el señor Pfeiffenberg, director del Tribunal Regional «solo» liquida 294 marcos de gastos, mientras que el asistente judicial Becker afirma haber tenido unos gastos de desplazamiento de 434,20 marcos, que también se le abonan.

Ya han surgido los gastos... ahora se trata de: ¿quién los abona? ¿El fisco judicial o mejor todavía los deudos del condenado? Por lo menos, las ropas que el marido llevaba puestas en su detención pueden entregarse a su mujer, pero los 29,42 marcos de «dinero propio» que están en el bolsillo del ejecutado se los queda el Estado.

La caza de alguien que pueda asumir al menos una parte de los gastos se practica muy a fondo. Se pone de manifiesto que en el Estado de Hitler, no solo la esposa, no, también la madre, los hermanos y las hermanas de un condenado pueden ser obligados a participar en los gastos. Familiares que no saben lo más mínimo del «delito» del ejecutado tienen a pesar de todo que pagar por él.

Hasta que finalmente toda la cacería resulta inútil: todos los familiares carecen de recursos. «1. El cobro de los gastos es inútil. 2. Gastos fuera de presupuesto».

Tras lo cual, en cierto modo como una repercusión, la fiscalía del Reich del Tribunal del Pueblo de Berlín, sección de gastos, pregunta al fiscal superior de Múnich, sección de gastos, qué tarifas se pagaron al verdugo y sus ayudantes. El verdugo Reichhart de Múnich (¡de Múnich, no residente en Múnich!) ha cobrado 120 marcos por ejecución.

Fin. Deben cancelarse las anotaciones de plazos, las actas son archivadas.

Esos dos, Otto y Anna Quangel, vivieron una vez. Su protesta se extinguió sin ser oída, al parecer sacrificaron su vida en vano por una lucha sin esperanza. ¿Pero quizá no fue tan sin esperanza? ¿Quizá no fue del todo en vano?

Yo, el autor de una novela todavía por escribir, confío en que su lucha, su sufrimiento, su muerte no hayan sido del todo en vano.

En: *Aufbau*, revista mensual de política cultural.

Editado por la Asociación Cultural
para la Renovación Democrática de Alemania.

Cuaderno 3, noviembre de 1945.
(Editorial Aufbau GmbH, Berlín).

DATOS BIOGRÁFICOS

1893. Rudolf Ditzen, tercer hijo del juez de distrito Wilhelm Ditzen y de Elisabeth Ditzen, nace en Greifswald el 21 de julio.

1899. El padre es designado juez del Tribunal Cameral de Berlín. La familia se traslada a dicha ciudad.

1909. El padre es nombrado juez del Tribunal Imperial de Leipzig. La familia se muda a Leipzig.

1911. Estudia en el instituto de Rudolstadt, sufre graves heridas en un doble intento de suicidio, enmascarado de duelo, en el que resulta muerto Hanns Dietrich von Necker.

1912. Ingreso en el hospital psiquiátrico de Tannefeld (Sajonia).

1913. Aprende las labores agrícolas en Posterstein (Sajonia).

1915. Alumno en la propiedad rural de Heydebreck (Pomerania Ulterior).

1916. Trabaja en la Cámara Agraria de Stettin, después en la Sociedad de Cultivo de Patata de Berlín.

1917. Tratamiento de desintoxicación de drogas en Carlsfeld (Brehna). A continuación, administrador de diferentes propiedades rurales en Mecklenburg, Pomerania, Silesia y otros lugares.

1919. Nueva cura de desintoxicación en Tannefeld.

1920. *Der junge Goedeschal*. Desde entonces utiliza el seudónimo de Hans Fallada.

1923. Se publica *Anton und Gerda*. Condenado a varios meses de cárcel por malversación de fondos.

1924. Es condenado a tres meses de prisión en Greifswald. Tras su puesta en libertad, trabaja como administrador en Gudderitz, en la isla de Rügen.

1925. Por una nueva malversación de fondos, es encarcelado en la prisión central de Münster.

1928. Trabaja en Hamburgo escribiendo direcciones postales; se afilia al SPD y se compromete con Anna Issel.

1929. Agente publicitario en Neumünster, reportero local del periódico *General-Anzeiger*. El 5 de junio contrae matrimonio con Anna Issel, periodista en el «proceso de los campesinos».

1930. Se coloca en la editorial Rowohlt. Nace su hijo Ulrico.

1931. Publica *Bauern, Bonzen, Bomben*. Traslado a Neuenhagen, Berlín.

1932. Ve la luz *Kleiner Mann – was nun?* («Pequeño hombre, ¿y ahora qué?»). Se dedica a la escritura.

1933. Traslado a Berkenbrück. Once días preso por una denuncia. Compra una finca en Carwitz, Feldberg. Nace su hija Lore.

1934/35. Escribe *Wer einmal aus dem Blechnapf frisst; Wir hatten mal ein Kind; Das Märchen vom Stadtschreiber, der aufs Land flog* («Libre como el gorrión

volando»).

1936. *Altes Herz geht auf die Reise* («Corazón viejo a la ventura»); *Hoppelpoppel, wo bist du?*

1937. *Wolf unter Wölfen* («Lobo entre lobos»).

1938. *Der eiserne Gustav* («Gustavo el férreo»); *Geschichten aus der Murkelei* («Historias de la chiquillería»).

1939. *Kleiner Mann, grosser Mann – alles vertauscht* («Pequeño hombre, grande hombre y vuelta a empezar»).

1940. *Der ungeliebte Mann* («El hombre que no fue amado»). Nace su hijo Achim.

1941. *Ein Mann will hinauf: die Frauen und der Träumer*, también titulado *Ein Mann will nach oben*; *Der mutige Buchhändler*, también titulado *Die Abenteuer des Werner Quast*.

1942. *Damals bei uns daheim*; *Zwei zarte Lämmchen weiss wie Schnee*; *Die Stunde eh du schlafen gehst*.

1943. *Heute bei uns zu Haus*; *Der Jungherr von Strammin*, también titulado *Junger Herr ganz gross*. Por encargo del Servicio de Trabajo del Reich viaja a la Checoslovaquia anexionada y a la Francia ocupada.

1944. 5 de julio: se divorcia de Anna Ditzen; tras una disputa con un arma de fuego, internamiento forzoso en el centro provincial de Altstrelitz, donde escribe el manuscrito de *El bebedor* con el diario de la cárcel de 1944; y *Fridolin der freche Dachs*.

1945. Contrae matrimonio con Ursula Losch; al finalizar la guerra el Ejército Rojo lo nombra alcalde de Feldberg; quebranto de salud y estancia en un sanatorio; traslado a Berlín, colaboraciones para el periódico *Tägliche Rundschau*; traslado a Eisenmenger-Weg.

1946. Sufre repetidas hospitalizaciones; trabaja en la escritura de *Der Alpdruck* y en «Solo en Berlín», ambos publicados en 1947.

1947. Rudolf Ditzen / Hans Fallada muere el 5 de febrero en Berlín.

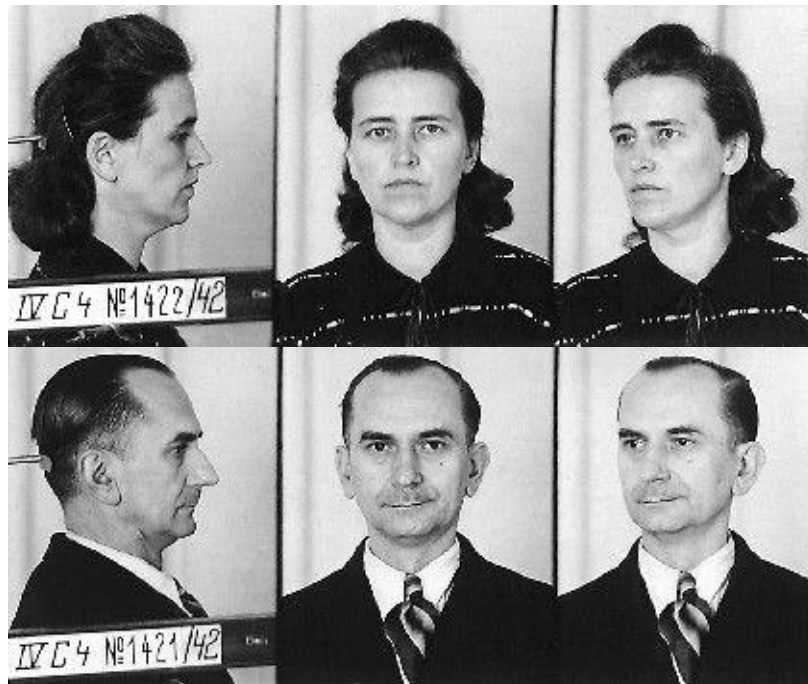
NOTA DEL AUTOR

Los sucesos relatados en este libro reflejan a grandes rasgos los expedientes de la Gestapo sobre la actividad ilegal de un matrimonio de trabajadores berlineses durante los años 1940 a 1942. Solo a grandes rasgos: la novela obedece a leyes propias y no puede atenerse en todo a la realidad. Por ello, el autor ha evitado conocer datos auténticos sobre la vida privada de estas dos personas: tenía que describirlas tal como se las imaginaba. Son, pues, dos personajes de la fantasía y al igual que el resto de los personajes de esta novela son fruto de la libre imaginación del escritor. A pesar de todo, su autor cree en la verdad interna de lo narrado, aunque algún detalle no responda del todo a hechos reales.

Algunos lectores opinarán que en este libro aparecen demasiado la tortura y la muerte. El autor quiere subrayar que esta obra trata casi exclusivamente de las personas que lucharon contra el régimen de Hitler, de ellas y de sus perseguidores. En el período 1940-1942, antes y después, se produjeron numerosas muertes en esos círculos. Casi la tercera parte de este libro transcurre en prisiones y manicomios, lugares en los que la muerte era muy habitual. A menudo al autor le hubiera gustado pergeñar un retrato menos sombrío, pero una mayor claridad hubiera entrañado mentir.

Berlín, octubre de 1946.

H. F.



Fotos de las fichas policiales de Elise y Otto Hampel.

Der stellvertretende Präsident
des Volksgerichtshofs
4417 S - 1. SS
10 J 247/42g

Berlin D 9, den 6. April 1945
Beltonstraße 15
Telefon: 3123

16
19.45
87

Geheim!

Betrifft: Vollstreckung der Todesurteile
an Otto Hampel und
Elice Hampel geb. Lonne
am Donnerstag, den 6. April 1945, 13 Uhr,
in Strafgefängnis Berlin-Plötzensee.

In der Zeit von 13 Uhr bis zur Hinrichtung bitte ich,
sich bereitzuhalten:


- 1) Volkgerichtsrat Fg. Dr. Lehmann,
- 2) Landgerichtsrat Fg. Dr. Döngler,
- 3) SA-Untersuchungsleiter Fg. Bauer,
- 4) Justizoberinspektor Fg. Barth.

Anwesenheit in Strafgefängnis ist nicht erforderlich.
Gemeinschaft ist Pflicht.

bifillich
Oberreichsanwalt b.VGH.
an 10 J 247/42g -

gez. Dr. Grahse

Beglaubigt:
Kämmerer



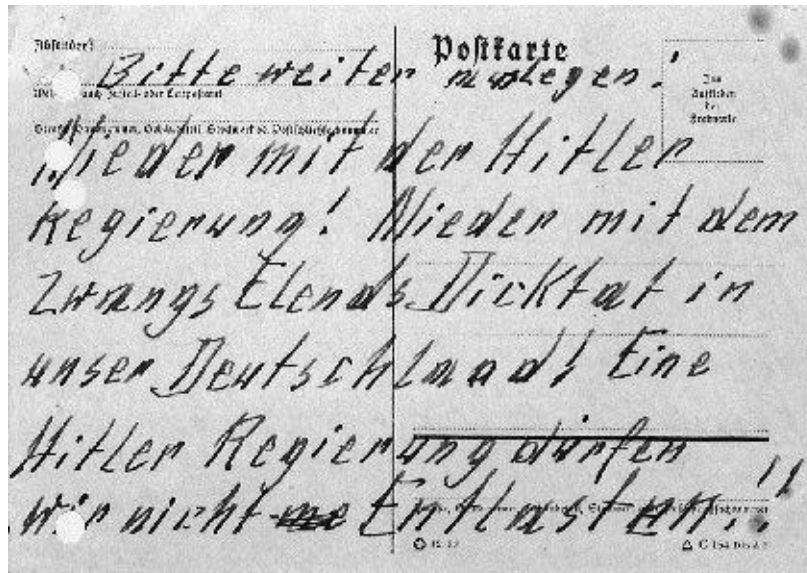
Copia de las actas procesales
© Bundesarchiv, NJ 36.



Berlín-Wedding, esquina de las calles
Amsterdamer y Müllerstrasse.

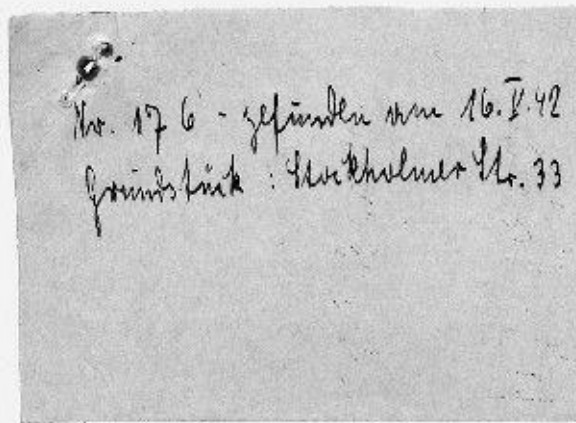
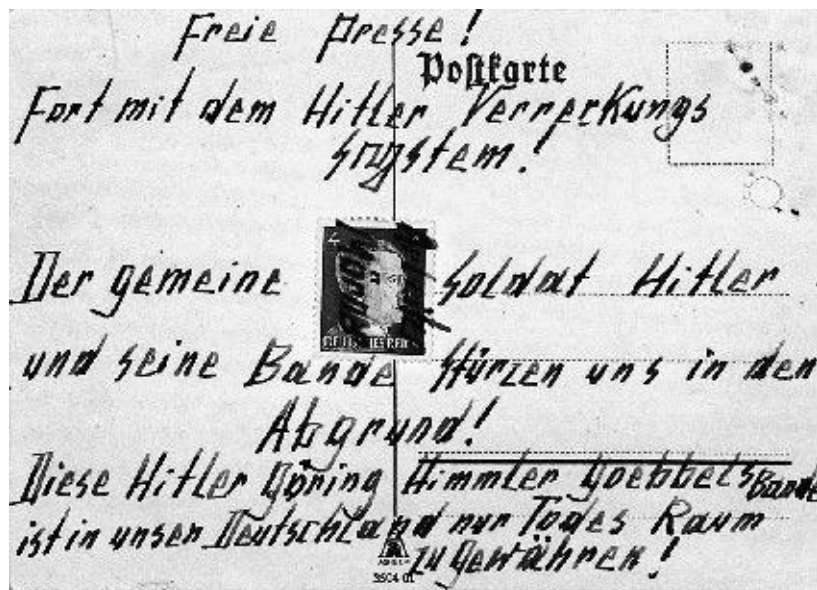


Placa conmemorativa en la calle Amsterdamer, 10.



Nr. 50 gefunden am 30.1.41
Falkensteinstr. 4.

Postal escrita y «enviada» por el matrimonio Hampel con la anotación de la Gestapo del lugar donde se encontró
© Bundesarchiv, NJ 36.



Postal escrita y «enviada» por el matrimonio Hampel con la anotación de la Gestapo del lugar donde se encontró

© Bundesarchiv, NJ 36.



Puerta de Brandeburgo en la visita del ministro de
Asuntos Exteriores japonés Matsuoka, el 26 de
marzo de 1941

© Heinrich Hofmann.

Fallada

Berlin, Charité, Herrenklinik, Station 5.

*Hans Fallada
Korrekturen
für die Zeit*

Lieber Wilhelm, vielleicht klingt es sehr unbescheiden, aber ich hätte Sie wirklich gerne vor dem Texte noch einmal gesehen und gesprochen. Ich bin schon wieder einmal ziemlich zurecht geflickt und auch arbeitslustig. Wenn Sie also Korrekturen mitzubringen haben - bitte! Und dann die Umänderungen von 'Jeder stirbt für sich allein' - ich hoffe, Sie haben das MS schon von Scherjabin zurücker. Ich habe vor ein paar Tagen Hauptmann Periwetow sehr daran erinnert. Das möchte ich jetzt auch so schön machen. Und dann habe ich eine gute Idee für Ihre Jugendreihe - ganz modernes Thema, aus dem Heute, mir hier in den Weg gelaufen. Damit will ich hier sofort anfangen, sobald ich all den Umarbeitungskram hinter mich gebracht habe!

Also hoffentlich sehe ich Sie noch!
Sendet Ihnen und Ihrer Frau ein recht schönes Fest

von Ihrem allen

Fallada

Carta de Hans Fallada a Kurt Wilhelm, el director
de la editorial Aufbau, sin fecha

© Archivo de la editorial Aufbau, Staatsbibliothek,
Berlín, Preussischer Kulturbesitz, dep. 38.

W/Dr.

2872
K. W.
don. 27. Januar 1947

Herrn
Hans Fallada
s.Z. Charité, Nervenklinik
Station C
(1) Berlin NW 7

Lieber Herr Fallada,

es wundert mich sehr, daß ich in den letzten beiden Wochen von Ihnen kein Lebenszeichen erhalten habe. Ich hatte jeden Tag damit gerechnet, daß Sie bzw. Ihre Gattin sich einmal besuchen, schon deswegen, weil ich die nahezu unendliche Kohlenverlegenheit von doch bevorstehenden konnte. Ist etwa in Ihrem Gemüthszustand eine Verschlechterung eingetreten? Das hoffe ich jedenfalls nicht. Daß ich Ihnen in der Zwischenzeit keinen persönlichen Besuch abstatten konnte, liegt dazu begründet, daß sich gerade in den letzten beiden Wochen wichtige Verdingungsverhandlungen klären mußten, die meine ganze "Freizeit" in Anspruch nahmen. Sicher werden Sie Verständnis dafür aufbringen können.

Unsere Herstellung benötigt noch immer dringender als von Ihnen herriichten Gebrauch zum "Alpzucht". Ist es Ihnen nicht möglich, mir durch jemand das Exemplar abzugeben nach Erhalt dieser Zeilen herauszugeben? - Haben Sie inzwischen die Kritiken zu Ihrem Buch "Jeder stirbt für sich allein" durchgelesen bzw. seine Ausgabe vom 31. Dezember v. J. dabei berücksichtigt?

Ich würde mich sehr freuen, wenn ich auf diese Zeilen von Ihnen recht bald hören würde, und verbleibe

mit herzlichen Grüßen
wie immer

Ihr
(Wilhelm)

Carta de Kurt Wilhelm a Hans Fallada, 27 de enero de 1947

© Archivo de la editorial Aufbau, Staatsbibliothek, Berlín, Preussischer Kulturbesitz, dep. 38.

1. Kapitel

Die Post bringt eine schlimme Nachricht

Die Briefträgerin Eva Kluge steigt langsam die Stufen im Treppenhaus Jablonski-Strasse 55 hoch. Sie ist nicht ~~aber~~ deshalb so langsam, weil ~~da~~ ihr Bestellgang ~~so~~ sehr ermüdet hat, ~~sondern~~ weil einer jener Briefe in ihrer Tasche steckt, die abzugeben sie hasst, und jetzt gleich, zwei Treppen höher, muss sie ihn bei Quangel abgeben. ~~Die Frau lauert sicher schon auf sie, seit über zwei Wochen schon lauert sie der Bestellerin auf, ob denn kein Feldpostbrief für sie davor sei.~~ *[Vorher hat sie]*

~~Eva die Briefträgerin Kluge den Feldpostbrief in Schreibmaschi-~~
nenschrift abgibt, hat sie noch den Persicke ~~in der Tasche~~ *in der Tasche* den ~~poli-~~
tischen Beobachter ~~auszuhändigen.~~ *auszuhändigen* Persicke ist Amtswalter oder Po-
litischer Leiter oder sonst was in der Partei - ~~obwohl Eva Kluge~~
~~seit sie bei der Post arbeitet, auch Parteimitglied ist, bringt sich~~
alle diese Aemter ~~noch immer durcheinander.~~ Jedenfalls muss man bei
Persicke *Heil Hitler* grüssen und sich gut vorsehen mit dem, was
man sagt. Das muss man freilich ~~eigentlich~~ *eigentlich* überall, selten mal ein
Mensch, dem Eva Kluge sagen kann, was sie wirklich denkt. Sie ist
gar nicht politisch interessiert, sie ist einfach eine Frau, und als
Frau findet sie, dass man Kinder nicht darum in die Welt gesetzt hat,
dass sie totgeschossen werden. Auch ein Haushalt ohne Mann ~~ist~~ nichts
wert, vorläufig hat sie gar nichts mehr, weder die beiden Jungen,
noch den Mann, noch den Haushalt. Statt dessen hat sie den Mund zu
halten, sehr vorsichtig zu sein und ekelhafte Feldpostbriefe auszu-
tragen, die nicht mit der Hand, sondern mit der Maschine geschrieben
sind und als Absender den Regimentsadjutanten nennen.

Original mecanográfico, Primera parte, capítulo 1
© Archivo de la editorial Aufbau, Staatsbibliothek,
Berlín, Preussischer Kulturbesitz, dep. 38.

²⁾
zusammen.

Die Mollige fährt fort: "Manchmal wünsche ich es mir direkt, nichts weiter zu sein als eine einfache Arbeiterin, in der Masse zu verschwinden. Man wird so erledigt von diesem ewigen Vorsichtigsein, dieser nie ablassenden Angst . . ."

Das Mutterkreuz ^{zu} schüttelt den Kopf. "Ich würde lieber nicht so reden" sagt sie kurz. Und sie setzt hinzu, als die andere gekränkt schweigt: "Jedenfalls haben wir die Sache auch ohne die Quangel, so gut wie es ging, hingekriegt. Er hat ausdrücklich gesagt, der Fall ist für ihn erledigt, und das melden wir nach oben weiter."

"Und dass die Quangel abgesetzt ist!"

"Natürlich, das auch! Die will ich nie~~x~~ wieder auf unserer Geschäftsstelle sehen!"

Und sie bekamen sie dort auch nicht wieder zu sehen. Anna Quangel aber konnte ihrem Mann einen Erfolg melden, und so sorgfältig er sie auch ausfragte, es schien ein wirklicher Erfolg zu sein. Quangels waren beide ihre Ämter los, ohne Risiko. . .

18. Kapitel

Die erste Karte wird geschrieben

Der Rest der Woche verlief ohne alle besonderen Ereignisse, und so kam der Sonntag wieder heran, dieser Sonntag, von dem sich Anna Quangel endlich die so sehnlich erwartete und so lange aufgeschobene Aussprache mit Otto über seine Pläne erwartete. Er war erst spät

Original mecanográfico, Primera parte, final del capítulo 17 que, por primera vez, se publica en su integridad

© Archivo de la editorial Aufbau, Staatsbibliothek, Berlín, Preussischer Kulturbesitz, dep. 38.

EPÍLOGO

¿Cuándo se ha visto algo parecido? Más de sesenta años después de la muerte de un escritor alemán, uno de sus libros se convierte en un acontecimiento internacional, en el título más importante de Amazon y en líder de las listas de las obras más vendidas en veinte países. Partiendo del redescubrimiento del editor de la editorial francesa Denoël, fascinado por una antigua traducción, pasando por el entusiasmo del responsable del programa de Penguin, hasta llegar a la exitosa campaña de la pequeña y refinada editorial americana Melville House, Hans Fallada, olvidado en el extranjero hace mucho tiempo, llega de repente con su última novela a amplias capas de lectores desde Nueva York a Ámsterdam, de Londres a Tel Aviv. Su descripción de la resistencia de la gente corriente contra el régimen nazi conmueve los corazones de los lectores de hoy en todo el mundo.

El hecho de que además de los personajes singulares y relevantes de la oposición alemana contra Hitler, existiese también esta forma de resistencia en una Alemania a cuya época oscura se aplicó durante largo tiempo el veredicto internacional de gregarismo colectivo, es una conclusión, huelga decirlo, actual. A ello hay que añadir el enorme interés mundial por la metrópolis berlinesa, que, además de ser un protagonista más de la novela, figura en el título de las ediciones traducidas: *Alone in Berlin*. Esto no solo es un eco lejano de la novela de Christopher Isherwood *Goodbye to Berlin* de 1939, cuyas diferentes versiones teatrales culminaron en 1972 en la exitosa película *Cabaret*: la ciudad es un protagonista fascinante también en esta obra, si bien unos diez años antes, a comienzos de la década de los años treinta. Aunque la visión interna de Fallada, única en su género, sobre los primeros años de la década de los cuarenta es un fenómeno tan insólito, que merece la pena analizar con más detalle las circunstancias de la génesis de la novela y la historia del texto original.

A comienzos de septiembre de 1945 Rudolf Ditzen / Hans Fallada se traslada de Feldberg (Mecklemburgo) a Berlín, la ciudad dividida en cuatro sectores^[1]. Acaba de dejar atrás la estancia en una clínica de Neustrelitz. La labor como alcalde de Feldberg, cargo para el que lo había nombrado el Ejército Rojo a comienzos de mayo, le planteaba demasiadas exigencias. Su salud quebrantada no resistió la desconfianza de la población y las tensiones con el comandante. Él era toxicómano desde su juventud, necesitaba morfina, cocaína, alcohol, nicotina, somníferos. Tras divorciarse de Anna («Suse») Ditzen, en febrero de 1945 contrajo matrimonio con una viuda treinta años más joven, Ursula («Ulla») Losch, también morfinómana, y que en el futuro ingresaría en clínicas casi al mismo tiempo que su marido. Tras la época nacionalsocialista, en la que fue considerado un «autor indeseable», Fallada confiaba

en experimentar en Berlín un nuevo renacimiento. Al principio compartió con Ulla la vivienda de esta en Schöneberg, en el sector americano; a partir de noviembre residió en Eisenmengerweg^[2] en Pankov, en la zona controlada por los soviéticos. Fallada debía la casa con jardín ubicada en el elegante barrio de Berlín Oriental a la mediación del poeta y futuro ministro de cultura Johannes R. Becher, al que había conocido en octubre.

A Becher y Fallada los unía una amistad ambivalente. Fallada alababa el «incomparable altruismo^[3]» de Becher, y este valoraba el talento de Fallada, al que consideraba un «extraordinario narrador y fabulador», aunque tampoco desdeñaba los peligros derivados de su conflictiva personalidad^[4]. Sus paralelismos biográficos acaso desempeñasen un papel en esta relación, porque también Becher procedía de una familia de juristas muy conservadora, era morfinómano y siendo joven sobrevivió a otra tentativa de suicidio doble, aunque su amada falleció. Sin embargo, el apoyo de Becher a Fallada es representativo sobre todo de su concepción políticocultural. Tras regresar en junio de 1945 de su exilio moscovita, intentaba motivar a artistas y escritores a comprometerse por una cultura nueva, dirigiéndose sobre todo a autores que no habían emigrado, pero tampoco se habían dejado atrapar por el régimen nacionalsocialista. Becher fue cofundador y primer presidente de la «Liga Cultural para la Renovación Democrática de Alemania». Fallada aprobaba este programa y ya durante las primeras semanas de estancia en Berlín manifestó interés por colaborar en la Liga Cultural y en la editorial Aufbau fundada por esta en 1945.

Así se inició, sin que Fallada lo advirtiera, el devenir de su novela *Solo en Berlín*^[5]. A través de Otto Winzer, concejal de Instrucción Popular en Berlín Oriental, la Liga Cultural había conseguido los expedientes procesales de opositores ejecutados y buscaba autores que escribiesen sobre el tema. Fue idea de Becher dar a conocer a Fallada el proceso contra un matrimonio berlinés que, entre 1940 y 1942, había difundido en postales y cartas llamamientos a la resistencia contra el régimen nacionalsocialista, por lo que habían sido ejecutados. Heinz Willmann, secretario general de la Liga Cultural y cofundador de la editorial Aufbau, entregó a Fallada, por encargo de Becher, el expediente del proceso al matrimonio Otto y Elise Hampel. Fallada, sin embargo, rechazó la oferta: él mismo se había dejado arrastrar por el impetuoso torrente y no quería aparecer mejor de lo que había sido^[6]. Pero ante la insistencia de Becher, Willmann consiguió una nueva entrevista con Fallada en la que subrayó la singularidad del caso, que no se trataba de una actuación derivada de un compromiso político consciente, sino de la voluntad individual de dos personas corrientes de vida retirada^[7]. Becher no se había engañado con el interés psicológico de Fallada. Esta vez, este aceptó los expedientes y después de leerlos escribió un ensayo para la revista *Aufbau*: «Sobre la resistencia, que sí existió, de los alemanes contra el terror de Hitler^[8]», que constituye una primera aproximación al tema. En sus líneas esenciales este texto sigue el auténtico devenir de los acontecimientos, pero

contiene interpretaciones propias y añadidos ficticios de personajes y episodios; también aparecen los futuros nombres de los protagonistas de la novela. En cualquier caso, Fallada, como ya sugiere su descripción, no dispuso del expediente completo^[9]. Él partió, por ejemplo, de que en el proceso, en el que se mintió tanto, también fue mentira la afirmación formulada en los fundamentos de la sentencia de que los Hampel se habían inculpado mutuamente. Pero de las peticiones de indulto que se conservan de los condenados y sus familias se desprende que esas personas profundamente desesperadas al verse en peligro de muerte confiaron realmente en conseguir de ese modo una posibilidad de salvación. Además, los padres de Elise, con una carta personal dirigida a Hitler y un regalo en efectivo de 300 marcos del Reich con motivo de su cumpleaños, intentaron lograr una revisión de la condena a muerte de su hija, que al parecer había sido inducida por su marido^[10].

Fallada describe en su ensayo lo que más le interesó del caso Hampel: «El matrimonio Quangel, dos individuos insignificantes del norte de Berlín [...] acepta un buen día del año 1940 luchar contra la enorme maquinaria del Estado nazi, y sucede algo grotesco: el elefante se siente amenazado por el ratón». La frase final del texto no deja la menor duda de que escribirá una novela sobre el tema. De hecho, el 18 de octubre de 1945 la editorial Aufbau redactó un contrato con Fallada para ese proyecto que ostentó el título provisional *¡En nombre del pueblo alemán! (Alto secreto)*. Como título alternativo se añadió posteriormente *Solo en Berlín*^[11]. Un día más tarde se firmó el contrato con la revista *Neue Berliner Illustrierte* para publicar la novela por entregas.

Pero Fallada retrasaba continuamente la escritura. Escribía relatos para *Tägliche Rundschau*^[12], convertido ya en un colaborador independiente; acompañaba a Becher a actos; pronunció un discurso sobre el proceso de Núremberg en el teatro nacional de Schwerin, y de enero a marzo de 1946 se sometió a una cura de desintoxicación en cuyo transcurso inició un nuevo proyecto: *Der Alpdruck*. Finalmente, en una carta dirigida a Kurt Wilhelm, director de la editorial Aufbau, el obsesionado escritor reveló lo que le impedía acometer el trabajo acordado. Describió su malestar y sus reparos frente a la proyectada novela, que le apetecía «cada vez menos». Primero por un argumento tan desesperanzado: «dos personas entradas en años, una lucha sin la menor posibilidad de éxito, amargura, odio, maldad, desánimo. Y segundo, por la total carencia de juventud y, en consecuencia, de perspectivas de futuro». Es verdad que él había hallado una vía para introducir de matute un asomo de juventud, pero: «Lo esencial en el caso Hampel es precisamente esa lucha solitaria de dos personas maduras, su total falta de relación con el entorno nazi, cada vez más violento. Introducir de matute supone volver a falsear el asunto. En suma, lisa y llanamente no acaba de convencerme y se convertiría en algo muy forzado^[13]».

Fallada se enfrascó en el trabajo en *Pesadilla*, una novela cifrada de carácter autobiográfico basada en las experiencias vividas desde abril de 1945 a julio de 1946. Siguió trabajando en ella en el hospital en el que estuvo ingresado de mayo a julio

debido a una recaída nerviosa. En agosto, una vez concluida esta novela, retomó el argumento del proceso, por el que también se interesaba la productora cinematográfica DEFA^[14] El 21 de octubre comunicó a Kurt Wilhelm que iba progresando con la novela y pidió papel para realizar cinco ejemplares mecanografiados. Estimaba que abarcaría entre 600 y 800 páginas impresas. Como título prefería ahora *Los Quangel* o solamente *Quangels*^[15]..

El 30 de octubre envió a Kurt Wilhelm un resumen del argumento que había escrito para DEFA, con el fin de que este pudiera «prepararse despacio» para lo que le esperaba^[16] y el 5 de noviembre remitió a Wilhelm el «ansiado galimatías» para el que se le había ocurrido otro título^[17]. (Seguramente se trata del definitivo). El 17 de noviembre siguió la Segunda parte con el anuncio de la Tercera y la Cuarta. «Después —comentó Fallada a Wilhelm— estaré medio muerto, pero me alegro de haber escrito este libro, ¡por fin de nuevo un Fallada! Dicho sea de paso, a continuación no pretendo abordar enseguida la colosal novela (conquista de Berlín), sino que se me ha ocurrido una idea para un relato muy simpático destinado a su colección juvenil... ¡para distraerme!»^[18]. En efecto, Fallada envió el final a la editorial el día 24 de noviembre^[19]. Había escrito una novela de 866 páginas mecanografiadas en apenas cuatro semanas.

Pese a su orgullo por el trabajo realizado, confesó las dificultades a la mujer de la que se había divorciado: en esta novela había resurgido «el primer auténtico Fallada desde *Lobo entre lobos*». Y eso «a pesar de que el argumento no me gustaba: actividades clandestinas durante la época hitleriana. Decapitación de los dos héroes^[20]». Tal vez por eso Fallada había añadido numerosos episodios que le abrieron la posibilidad de mostrar un amplio abanico de la conducta humana. Por una parte los caminos del comisario Escherich conducen al escenario de los soplones y delatores, de los jugadores y maleantes. Por otra, el mundo de los Quangel, en el que, a pesar de su hermetismo irrumpen el destino de otras personas: los Hergesell, la judía Rosenthal o el juez del Tribunal Cameral Fromm. Los personajes de esta novela viven su vida cotidiana en una de las épocas más sombrías de la historia alemana, expuestos a un ambiente de intimidación, miedo, traición, vigilancia. La forma de manejar esto constituye el tema de Fallada. Y de nuevo, igual que en *Lobo entre lobos*, el escenario es Berlín: sus calles y plazas, los patios traseros, las tabernas. La ciudad siempre está presente. En esta aleación característica de Fallada entre lo individual y lo urbano desarrolla el cuadro tan realista como conmovedor de la vida de la «gente corriente» en el Berlín nacionalsocialista.

En el período posterior Fallada revisó *Pesadilla*, atendiendo la sugerencia de Paul Wiegler, lector de la editorial Aufbau^[21], y se dedicó a corregir las pruebas para una nueva edición de *Historias de críos*. Pero a principios de diciembre sufrió otra recaída y fue ingresado en la clínica de enfermedades nerviosas de la Charité. Probablemente el 22 de diciembre escribió desde allí a Kurt Wilhelm^[22], solicitando,

en lo referente a posibles cambios en la novela, una entrevista que Wilhelm, que hasta entonces ignoraba el nuevo ingreso hospitalario de Fallada, aceptó en el acto^[23].

El último día del año Wilhelm escribió a Fallada diciéndole que entretanto habían llegado informes críticos sobre la novela que él —«debido a nuestro contacto estrecho y personal»— no quería ocultarle. Y prosigue: «Aunque de manera reiterada se traspasan los límites de la crítica objetiva a novelas contemporáneas, de vez en cuando se mencionan inexactitudes fundadas que deberían ser corregidas en una revisión definitiva; en el curso de la lectura seguro que usted mismo llegará a idéntica conclusión. Quizá sea muy bueno “podar” algún que otro pasaje de la novela antes de su impresión, pues no hay que ayudar innecesariamente a los críticos de los periódicos y revistas de todas las tendencias a hacer una crítica barata, seguro que usted también compartirá esta opinión^[24]».

En enero de 1947 Fallada y su mujer, que también había estado ingresada en la Charité, regresaron a su vivienda durante unos días, pero el 10 de ese mismo mes ambos fueron ingresados en el hospital de Pankov. Wilhelm, que desconocía esa tragedia, escribió varias cartas a Fallada para reclamar la entrega de las correcciones de *Historias de críos* y confirmar que había logrado organizar un suministro entrega de carbón para Fallada^[25]. Ya no obtuvo respuesta: Fallada falleció el 5 de febrero de un paro cardíaco.

En el archivo de la editorial Aufbau se encuentra el ejemplar completo mecanografiado de la novela dispuesto para la imprenta, que debe ser uno de los cinco ejemplares mencionados por Fallada^[26]. Contiene correcciones a mano y tachaduras del lector Paul Wiegler, al que las primeras ediciones mencionan como responsable de la edición^[27]. Wiegler, antiguo director del departamento de narrativa de la editorial Ullstein, era uno de los cofundadores de la editorial Aufbau y de la revista *Sinn und Form*. Fallada se lo había reencontrado en octubre de 1945 y a través de él conoció a Becher.

Wiegler tuvo a la vista los informes que Wilhelm, el director de la editorial, había enviado y comentado a Fallada el 31 de diciembre de 1946. En su última carta a Fallada, escrita el 27 de enero, Wilhelm le preguntaba si había leído los informes. Ignoramos la posible respuesta. Aunque Fallada llegase a conocerlos, no es probable que reaccionase, pues pasó la mayor parte del tiempo en el hospital y en ese breve intervalo tuvo que luchar con su quebrantada salud y la de su mujer.

Los informes^[28] están redactados como «comentarios a la novela de Fallada» resumidos, registrados por el nombre^[29] además hay una lista de comentarios críticos sobre pasajes aislados. No se sabe quién encargó estos informes, ni por qué. Cabe la posibilidad de que fueran ordenados por la redacción de la *Neue Berliner Illustrierte*, pues remiten a las condiciones específicas de la novela por entregas. Probablemente

no desempeñaron papel alguno en el imprimátur que en aquella época concedía la Administración militar soviética (SMAD) a todos los libros de la editorial Aufbau^[30].

Todas las opiniones son negativas. Se arguye que a la novela le falta la clase media, que solo hay personajes en blanco y negro, que la familia Persicke está completamente exagerada, que era un error que en ella no apareciera una sola persona decente, que en la novela no había personas vivas, pero sí demasiadas casualidades e inverosimilitudes, que la realidad alemana era demasiado sombría; en suma —según el veredicto más negativo— se trataba de «una novela de un chulo de putas con ribetes políticos. Nadie desea haber tenido que ver con eso en Alemania».

El comentario de Wilhelm de que las opiniones «traspasaban con reiteración los límites de la crítica objetiva a la novela actual» se referiría tanto a tales objeciones como al listado de algunas inexactitudes históricas o lógicas. Wilhelm había entendido que a su autor no le interesaba el cuadro real «exacto», sino la impresión sensorial, transmitir el ambiente. En ese sentido, a Fallada le traía sin cuidado si la señora Häberle sabía de memoria las horas de salida del tren de Múnich, o la auxiliar de la consulta del médico, agobiada de trabajo, estaba en condiciones de vigilar la ida de Enno al aseo; si las asambleas en la fábrica finalizaban o no con un «Heil Hitler»; si Hitler fue hijo natural o no o si más bien lo fue su padre. La lista de objeciones es larga. El lector Wiegler pasa por alto muchos de estos comentarios, sobre todo en los casos en que una corrección hubiera aplanado en exceso el estilo narrativo de Fallada.

Pero donde Wiegler intervino de manera consecuente, transformando también el contenido, fue casi siempre en los aspectos políticos. En la época de creación de la novela aún funcionaban en las zonas de ocupación de Alemania las medidas de «desnazificación» decretadas por los aliados, en las que se inspeccionaban o castigaban los lazos con el régimen nacionalsocialista. Al mismo tiempo Becher, en su diseño políticocultural para la editorial Aufbau, apostaba por la idea de la reconciliación e insistía en incluir a representantes del exilio interior^[31] en el que también figuraba Fallada. En este contexto cabe imaginar que se quisiera publicar precisamente un libro suyo, que representase a personas susceptibles de servir de modelos e ideales. Personajes de la novela como Anna y Otto Quangel, que además tenían un trasfondo real, se brindaban a ello. Total, que con la novela sucedió precisamente lo que Fallada había intentado evitar. Su olfato literario había captado la realidad y los hondos conflictos humanos de la época nacionalsocialista y, con plena conciencia, no había querido representar a los Quangel como personas políticamente independientes sino como simpatizantes que abandonan esa postura. Así lo destacó en su ensayo, y la versión original de la novela responde asimismo a eso. Aquí el matrimonio Quangel coincide en que tienen que agradecer al Führer el empleo del marido como jefe de taller en una fábrica de muebles. Y según la voluntad del autor, Anna Quangel no solo tenía que haber sido una admiradora del Führer, sino también miembro de la Organización Nacionalsocialista de Mujeres y haber desempeñado en ella un cargo menor. (En los informes se critica que en 1940 la mujer no podría haber

desempeñado esa función de la manera descrita). Wiegler suprimió todas las referencias a la anterior admiración de Anna a Hitler y a su cargo en la Organización de Mujeres. Esto afecta, además de a pasajes menores del texto, de manera muy grave sobre todo al capítulo 17, que muestra a una Anna Quangel inusualmente segura de sí misma y respondona. De él solo se conserva el comienzo que se suma al capítulo 18 original.

Además, Wiegler redujo al anonimato la célula de resistencia a la que pertenecía Trudel Hergesell tachando el adjetivo «comunista», tal vez por la condena inhumana de Trudel por parte de sus camaradas. Tachó pasajes en los que la cartera Eva Kluge es descrita como miembro del Partido. Siguiendo los informes, relativizó la deliberada ambigüedad del juez Fromm, que deja de ser calificado de «sangriento Fromm» o de «verdugo Fromm» para no «disminuir las simpatías por un juez antifascista» (informes).

Posiblemente las supresiones de expresiones vulgares o descripciones duras como la muerte de Escherich también obedecieron al criterio de revisión de Wiegler, que se guiaba por la corrección políticocultural. Sin embargo, desconocemos por qué cambió el nombre del chivato Barkhausen por Barkhausen.

La novela se publicó el año de la muerte de Fallada con la revisión de Wiegler^[32] y a esa versión se atuvieron las ininterrumpidas ediciones nacionales y extranjeras. La edición de la novela, que presentamos aquí por primera vez en su forma original, con todas las «contravenciones» contra la corrección, la fidelidad a los hechos y las cuestiones de buen gusto, la muestra más escabrosa y cruda, pero también más intensa, y a buen seguro eso era precisamente lo que pretendió Fallada^[33]. Porque el auténtico mensaje de su novela no viene del centro de la sociedad, sino de sus márgenes: que hasta el más insignificante acto de resistencia es importante.

Almut Giesecke

GLOSARIO

Asistencia Social Nacionalsocialista (Nationalsozialistische Volkswohlfahrt-NSV): creada por Hitler en 1933, integrada en el Partido Nacionalsocialista desde 1935 y en 1944 «titular de la asistencia popular», se encargaba de todas las cuestiones asistenciales y tenía que garantizar el nivel de rendimiento del pueblo alemán; programa racista.

Asociación de Jóvenes Alemanas (Bund Deutscher Mädel-BDM): integrada en las Juventudes Hitlerianas; desde 1932 única organización oficial para las chicas del Partido Nacionalsocialista y (a partir de 1938) para las mujeres jóvenes; a partir de 1936 la afiliación a la BDM era obligatoria.

Dollfuss-Engelbert Dollfuss (1892-1934): político austríaco, canciller desde 1932 a 1934, buscó el acercamiento a la Italia fascista y tras el derrocamiento del Consejo Nacional y la prohibición de los partidos de la oposición (entre los que se contaban el Partido Comunista de Austria y el ala austríaca del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) proclamó una nueva constitución que derogaba la democracia parlamentaria; fue asesinado en el curso de un golpe de estado de los nazis austríacos.

Frente Alemán del Trabajo (Deutsche Arbeitsfront-DAF): organización de masas para trabajadores y empresarios fundada en mayo de 1933 tras la erradicación de los sindicatos, integrado legalmente en el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Al Frente Alemán del Trabajo pertenecían también empresas (como por ejemplo, Volkswagen, bancos, astilleros, editoriales) y se convirtió en un factor importante en la adaptación de la economía alemana a la producción bélica.

Fritzsche-Hans Fritzsche (1900-1953): desde 1933, director del Departamento de Noticias, integrado en el Ministerio de Propaganda y miembro del Partido Nacionalsocialista. A partir de 1938, director de la División de Prensa Alemana, y en 1942 Jefe de la División de Radio del Ministerio de Propaganda, encargado del control y censura de todas las noticias. Absuelto en el Proceso de Núremberg, en 1947 fue condenado a nueve años de trabajos forzados y en 1950 liberado por buena conducta.

Gestapo (Geheime Staatspolizei): Policía política secreta creada en 1933 para descubrir y perseguir delitos políticos o raciales. En 1936 Himmler se convirtió en jefe de toda la Policía y la Gestapo pasó a depender de las SS y a integrarse en el Partido Nacionalsocialista. En 1946 fue condenada por ser una «organización criminal» en el Juicio de Núremberg.

Goebbels-Joseph Goebbels (1897-1945): miembro del Partido Nacionalsocialista desde 1924; en 1926 *Gauleiter* (jefe de distrito) de Berlín; en 1933 ministro de Propaganda e Instrucción Popular. Presidente de la Cámara de Cultura del Reich, perteneció al círculo más estrecho de Hitler, y como seguidor de este tuvo una participación decisiva en la ejecución de los crímenes nazis; se quitó la vida tras el suicidio de Hitler.

Göring-Hermann Göring (1893-1946): en 1933 primer ministro de Prusia, ministro de Aviación del Reich; en 1935, comandante de la Luftwaffe; en 1938, mariscal de campo; en 1940, mariscal del Reich; en 1939 fue nombrado oficialmente sucesor de Hitler. En abril de 1945 fue destituido de todos sus cargos y detenido acusado de intentar cooperar con los aliados. En 1946 fue condenado a muerte en el Juicio de Núremberg como corresponsable de guerras de agresión, persecución estatal de los judíos y trabajos forzados. Se suicidó con veneno poco antes de su ejecución.

Himmler-Heinrich Himmler (1900-1945): desde 1929 jefe de las SS; en 1933 jefe de la Policía de Múnich y en 1936 de la Policía Alemana. Desde 1943, ministro del Interior y procurador general del Reich; tras el atentado contra Hitler ocurrido el 20 de julio de 1944, comandante en jefe del Ejército de Reserva y organizó la milicia «Volkssturm» como un último esfuerzo. Fue responsable de la organización y ejecución del genocidio de los judíos europeos, de la política de colonización, de la lucha contra los partisanos, del programa de trabajos forzados. Se suicidó en mayo de 1945 siendo prisionero de los británicos.

Juventudes Hitlerianas (Hitlerjugend): organización juvenil del Partido Nacionalsocialista fundada en 1926. A partir de 1933, única asociación juvenil estatal destinada al adiestramiento ideológico y al fortalecimiento físico; los chicos se integraban en las Juventudes Hitlerianas, las chicas en la Asociación de Jóvenes Alemanas; tras la introducción del «servicio juvenil obligatorio», en 1936 casi todos los jóvenes alemanes estaban integrados en ellas debido a la afiliación obligatoria.

Napola (Nationalpolitische Erziehungsanstalt)-Escuela Política Nacional: internados-escuela destinados a formar a las clases dirigentes del estado nacionalsocialista; los primeros alumnos se integraron mayoritariamente en la Wehrmacht (Fuerzas Armadas) y en las Waffen-SS (SS Armadas); al final de la guerra existían 43 Napolas, tres de ellas para chicas.

Organización de la Ayuda Invernal (Winterhilfswerk): «Organización de la Ayuda Invernal del Pueblo Alemán», desde 1932-1933 llevó a cabo colectas públicas para ayudar a los necesitados con un gran despliegue propagandístico.

Organización de Mujeres (Frauenshaft): organización femenina del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, fundada en 1931 mediante la fusión de varias asociaciones de mujeres; se encargaba de la formación ideológica y práctica de amas de casa y mujeres campesinas (las mujeres trabajadoras estaban integradas en el Frente Alemán del Trabajo, las jóvenes en la Asociación de Jóvenes Alemanas).

Organización Todt: fundada en 1938, lleva el nombre de su fundador Fritz Todt. Encargada entre otras cosas de la construcción de obras militares de fortificación; actuó tanto en Alemania como en los territorios ocupados; se desarrolló hasta convertirse en la organización bélica más importante aparte de las Fuerzas Armadas y las SS; a partir de 1943 se utilizaron en las obras de esta organización trabajadores forzados y prisioneros de guerra.

Partido Comunista Alemán (Kommunistische Partei Deutschlands-KPD):

fundado en Berlín el 30 de diciembre de 1918 tras unirse la Liga Espartaquista y la Internacional Comunista Alemana. Tras el incendio del Reichstag en 1933 se anularon los mandatos de los diputados comunistas; el partido comunista alemán nunca fue prohibido oficialmente por el régimen nacionalsocialista, pero su estructura fue destruida, sus miembros internados en campos de concentración, detenidos u obligados a exiliarse o a pasar a la clandestinidad.

Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei-NSDAP): fundado en 1919 con el nombre de Partido Obrero Alemán, en 1920 pasó a convertirse en el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, presidido desde 1921 presidido por Adolf Hitler; este, de acuerdo con el principio de autoridad, determinó en solitario las directrices del partido. Su emblema era la cruz gamada; organización regional en distritos, circunscripciones, grupos locales, células y bloques; incorporó a numerosas asociaciones (entre ellas las SA, las SS, las Juventudes Hitlerianas, la Organización de Mujeres, la Asistencia Social Nacionalsocialista); en 1945 fue disuelto y prohibido por los aliados como «organización criminal».

SA (Sturmabteilung-Secciones de Asalto): asociación defensiva fundada en 1921 que en 1925 se integró en el Partido Nacionalsocialista. Caracterizada por sus uniformes pardos, organizaba desfiles propagandísticos, actos de terrorismo callejero y de provocación a los enemigos políticos; en 1933, nombrada en Prusia «policía auxiliar» con plenos poderes. Los primeros campos de concentración estuvieron bajo la dirección de las SA; los enfrentamientos entre la dirección del Reich y las SA por el papel de estas como «milicia popular» en competencia con la Reichswehr concluyeron en 1934 con la liquidación de los dirigentes de las SA; posteriormente las SA continuaron perdiendo importancia frente a las SS, pero en los pogromos de 1938 volvieron a actuar a nivel estatal.

Schirach-Baldur von Schirach (1907-1974): dirigente de las Juventudes del Reich de 1933 a 1940 y responsable de la educación extraescolar; desde 1940, *Gauleiter* (jefe de distrito) y *Reichsstatthalter* (gobernador del Reich) de Viena; acusado en el Juicio de Núremberg, en 1946 fue condenado a veinte años de prisión.

Servicio de Seguridad (Sicherheitsdienst-SD): servicio de inteligencia integrado en las SS.

Servicio de Trabajo del Reich (Reichsarbeitsdienst): desde 1935 se estableció un servicio de trabajo obligatorio de seis meses para los hombres de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años. A partir del comienzo de la Segunda Guerra Mundial este servicio también fue obligatorio para las mujeres; el salario era apenas superior al subsidio de desempleo.

SS (Schutzstaffel-Escuadrones de Defensa): fundadas en 1925 para la protección personal de Adolf Hitler y asegurar las reuniones del Partido Nacionalsocialista. Al principio estuvieron supeditadas a las SA, pero desde el año 1934 se convirtieron en una organización autónoma paramilitar del partido nazi; a partir de 1929 bajo el

mando de Himmler se convirtieron en una especie de «policía del Partido» y de «ejecutiva del Führer», que, entre otras cosas, suministró los cuerpos de guardia para los campos de concentración; las SS practicaron crímenes de guerra (ejecuciones masivas de civiles en los países ocupados, destierro de la población no alemana) y tuvieron una participación decisiva en el Holocausto. En el Juicio de Núremberg fue declarada una «organización criminal».

Streicher-Julius Streicher (1885-1946): desde 1923 editor del semanario antisemita *Der Stürmer* («El atacante»), *Gauleiter* (jefe de distrito); en 1933 diputado en el Reichstag; en 1934 general de división (*Gruppenführer*) de las SA. En 1935 participó en la aprobación de las leyes antisemitas de Núremberg. En 1940 fue despojado de todos sus cargos en un juicio del partido por delitos personales, pero conservó el rango de *Gauleiter* y siguió siendo el editor de *Der Stürmer*. Condenado a muerte en los Juicios de Núremberg, fue ejecutado.

Völkischer Beobachter («*Observador del Pueblo*»): diario desde 1923, órgano del Partido Nacionalsocialista (con el subtítulo: «Periódico de combate del movimiento nacionalsocialista de la Gran Alemania»), después de 1933 llegó a convertirse en el periódico oficial del gobierno y tenía una gran tirada.

SOBRE ESTA EDICIÓN

La edición se basa en el manuscrito mecanografiado que se utilizó para imprimir la primera edición (Aufbau-Verlag, 1947). Se encuentra en el archivo de la editorial Aufbau (Staatsbibliothek, Berlín, Preussischer Kulturbesitz, depósito 38). Este texto muestra por primera vez la versión original no abreviada de la novela; el capítulo 17 se incluye en su integridad.

El texto original se recuperó suprimiendo las tachaduras realizadas por el editor Paul Wiegler. Estas eliminaciones no su ponen cambios fundamentales en el texto, pero lo muestran en su tono auténtico, justo como había pretendido Fallada. Es pecial interés merecen las supresiones de motivación política, por ejemplo la eliminación de la pertenencia al Partido de la cartera Eva Kluge y la afiliación de Anna Quangel a la Organización de Mujeres.

En su conjunto, esta versión de *Solo en Berlín*, es la traducción de ese texto original e íntegro del autor, anterior a las correcciones y eliminaciones que se hicieron en 1947.



HANS FALLADA, seudónimo de Rudolf Ditzen (Greifswald, 1893 – Berlín, 1947). Se trasladó de niño a Berlín y más tarde a Leipzig por el trabajo de su padre. Un accidente marcaría su vida por sus secuelas dolorosas, que le llevaron a la droga. Se graduó en Agricultura y trabajó entre 1915 y 1925 de tesorero, inspector y contable, y entre 1928 y 1931 de mecanógrafo y empleado en una editorial. Escribió su primera novela, *El joven Goedeschal*, en 1920. Entre sus obras destacan *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?* (1932), llevada al cine por Frank Borzage, *Lobo entre lobos* (1937) y *Solo en Berlín* (1947), que ha sido recuperada recientemente con gran éxito en todo el mundo. Está considerado uno de los autores más destacados de las letras alemanas de los últimos tiempos. Su obra mereció los elogios de Thomas Mann, Hermann Hesse o Graham Greene.

La vida de Hans Fallada estuvo llena de episodios polémicos. Adicto al alcohol y las drogas, fue encarcelado por falsificación y entró en diversas ocasiones en instituciones psiquiátricas. En 1944, Fallada fue recluido en un psiquiátrico cercano a Berlín tras una fuerte discusión con su esposa en la que disparó un arma de fuego, según el autor, de forma accidental. Allí escribió *El bebedor* y *En mi país desconocido. Diario de la cárcel*, 1944.

Considerado autor no deseado por el nazismo, cayó en desgracia con la subida de Hitler al poder. *Solo en Berlín* fue la última novela que escribió, en 1947, antes de poner fin a su vida con una sobredosis de morfina.

Notas

[1] Obligación impuesta a los judíos de vender sus propiedades a «arios». [*N. de la T.*]. <<

[2] Las NPEA o Napola (Nationalpolitische Erziehungsanstalt, Establecimiento de Educación Nacional-política) eran escuelas donde se preparaba a una selecta minoría de alumnos entre los diez y los dieciocho años para ser los futuros dirigentes políticos. *[N. de la T.]*. <<

[3] *Volksempfänger* en el original: los «receptores populares» fueron una serie de receptores de radio desarrollados por Otto Griessing para la empresa Seibt a petición de Joseph Goebbels. [N. de la T.] <<

[4] *Obersturmbannführer*: jefe superior de unidad de asalto. Equivale a teniente coronel. [N. de la T.] <<

[5] Cruz de Honor de la Madre Alemana, condecoración creada por Hitler en 1938 para aumentar el índice de natalidad. *[N. de la T.]*. <<

[6] Rango paramilitar de las Sturmabteilung (SA) y posteriormente grado militar de las Schutzstaffel (SS), así como de las Waffen SS, todas ellas organizaciones del Partido Nazi y de Alemania durante el período de 1925 a 1945. El rango de *Obergruppenführer* equivalía al de teniente general que existía en el Ejército español y en los latinoamericanos. Es superior al de general de división (*Gruppenführer*) e inmediatamente inferior al de capitán general (*Oberstgruppenführer*). [N. de la T].

<<

Notas del epílogo

[1] Datos biográficos más detallados en Jenny Williams :*Mehr Leben als eins. Hans Fallada. Eine Biographie*, Aufbau Verlag, Berlín, 2002. <<

[2] Hoy llamado Rudolf-Ditzen-Weg. <<

[3] Fallada a Ernst Rowohlt, 26-11-1945, cfr. Günter Caspar: *Im Umgang. Zwölf Autoren-Konterfeis und eine Paraphrase*, Aufbau Verlag, Berlín y Weimar, 1984, p. 73 s. <<

[4] Fallada a Ernst Rowohlt, 26-11-1945, cfr. Günter Caspar: *Im Umgang. Zwölf Autoren-Konterfeis und eine Paraphrase*, Aufbau Verlag, Berlín y Weimar, 1984, p. 73 s. <<

[5] Abundante documentación sobre la creación de la novela y su contexto autobiográfico e histórico en Manfred Kuhnke: *Die Hampels und die Quangels. Authentisches und Erfundenes in Hans Falladas letztem Roman*, ed. por Literaturzentrum Neubrandenburg e. V., Federchen Verlag, Neubrandenburg, 2001.

<<

[6] Heinz Willmann: *Steine klopft man mit dem Kopf. Lebenserinnerungen*, Verlag Neues Leben, Berlín, 1977, p. 294 s. <<

[7] Heinz Willmann: *Steine klopft man mit dem Kopf. Lebenserinnerungen*, Verlag Neues Leben, Berlín, 1977, p. 294 s. <<

[8] En: *Aufbau, Kulturpolitische Monatsschrift*, n.º 3, noviembre, 1945. <<

[9] Las actas del proceso contra Otto y Elise Hampel se encuentran en el Bundesarchiv, Berlín, BArch NJ 36 1-4. Se sabe que Fallada no conoció las actas completas también porque echó de menos las fotos policiales de Elise Hampel, que sin embargo figuran en el conjunto de actas conservadas. <<

[10] Los investigadores difieren al evaluar el manejo de Fallada de las actas; cfr. al respecto Kuhnke, *op. cit.*, pp. 21 ss. <<

[11] Cfr. archivo de la editorial Aufbau conservado en la Staatsbibliothek de Berlín, depósito 38 [en adelante SBB Dep 38], 0583, 0136f. <<

[12] Cfr. Günter Caspar: «Hans Fallada, Geschichtenerzähler», en: Hans Fallada: *Ausgewählte Werke in Einzelausgaben IX, Märchen und Geschichten*, Aufbau Verlag, Berlín y Weimar, 1985. El diario *Tägliche Rundschau* apareció a partir de mayo de 1945 como *Zeitung für Politik, Wirtschaft und Kultur*, editado por la Administración Militar Soviética. <<

[13] Hans Fallada a Kurt Wilhelm, 17-3-1946, SBB Dep 38, 0583 0172. Fallada también mencionó sus dificultades con el argumento en una conferencia radiofónica pronunciada en 1946, cfr. Kuhnke, *op. cit.*, p. 24 s. <<

[14] La DEFA no llegó a filmar la novela. En la RDA se rodó una serie televisiva en tres partes (1970, dir. por Hans Joachim Kaszprizik) y en la RFA una película televisiva (1962, dir. Falk Harnack) y otra cinematográfica (1975, dir. Alfred Vohrer).

<<

[15] Hans Fallada a Kurt Wilhelm, 21 de octubre de 1946, SBB Dep 38, 0583 0135.

<<

[16] Hans Fallada a Kurt Wilhelm, 30 de octubre de 1946, SBB Dep 38, 0583 0119.

<<

[17] Hans Fallada a Kurt Wilhelm, 5 de noviembre de 1946, SBB Dep 38, 0583 0117.

<<

[18] Hans Fallada a Kurt Wilhelm, 17 de noviembre de 1946, SBB Dep 38, 0583 0161. <<

[19] Hans Fallada a Kurt Wilhelm, 24 de noviembre de 1946, SBB Dep 38, 0583 0160. <<

[20] Hans Fallada a Anna Ditzen, 27 de octubre de 1946, cit. en Williams, *op. cit.*, p. 339. <<

[21] SBB Dep 38, 0583 0167f. <<

[22] Hans Fallada a Kurt Wilhelm, s/f, SBB Dep 38, 0583 0156. <<

[23] Kurt Wilhelm a Hans Fallada, 23 de diciembre de 1946, SBB Dep 38, 0583 0155.

<<

[24] Kurt Wilhelm a Hans Fallada, 31 de diciembre de 1946, SBB Dep 38, 0583 0153.

<<

[25] Kurt Wilhelm a Hans Fallada, 11, 18 y 27 de enero de 1947, SBB Dep 38, 0583 0152, 051, 0150. <<

[26] SBB Dep. 38, M 0624 a-d. <<

[27] Una comparación caligráfica con un texto manuscrito del Archivo Paul Wiegler que se conserva en el Archiv der Akademie der Künste, Berlín, confirma la identidad en la mayoría de los casos; otras correcciones son de mano desconocida. La primera edición señala «Edición al cuidado de Paul Wiegler». <<

[28] SBB Dep. 38, 0583 0122-0127. <<

[29] Los nombres son: Kappus, Berghaus, Wohlgemuth, Nowak. Kappus se trata seguramente de Franz Xaver Kappus; existen cartas suyas en el Archivo Wiegler que permiten concluir que hubo contactos entre ambos. No hay datos de los demás expertos que debieron de ser, al igual que Wiegler, anteriores colaboradores de las editoriales Ullstein o Deutsches Verlag o bien trabajaron para la *Neue Berliner Illustrierte*. <<

[30] Un oficial cultural soviético examinó la novela para una posible edición en el diario *Tägliche Rundschau*, cfr. Hans Fallada a Kurt Wilhelm, 29 de noviembre de 1946, SBB Dep 38, 0583 0157. <<

[31] Cfr. Carsten Wurm :*Jeden Tag ein Buch. 50 Jahre Aufbau-Verlag 1945-1995*, Aufbau-Verlag, Berlín, 1995, p. 31 s. <<

[32] La edición de la obra a cargo de Günter Caspar de 1981 se basó también en esa versión, realizándose solo correcciones de puntuación y ortografía. <<

[33] Cfr. Williams, *op. cit.*, p. 343 s. <<